VOLUMEN NOVENO

EL EVANGELIO
COMO ME HA SIDO REVELADO

7 partes

Nacimiento y vida oculta de María y Jesús
capítulos 1-43

Primer año de la Vida pública de Jesús
capítulos 44–140

Segundo año de la Vida pública de Jesús
capítulos 141–312

Tercer año de la Vida pública de Jesús
capítulos 313–540

Preparación a la Pasión de Jesús
capítulos 541–586

Pasión y Muerte de Jesús
capítulos 587–613

Glorificación de Jesús y María
capítulos 614–651

Para despedida de la Obra, capítulo 652

10 volúmenes

Volumen primero, capítulos 1-78
Volumen segundo, capítulos 79-159
Volumen tercero, capítulos 160-225
Volumen cuarto, capítulos 226-295
Volumen quinto, capítulos 296-363
Volumen sexto, capítulos 364-432
Volumen séptimo, capítulos 433-500
Volumen octavo, capítulos 501-555
Volumen noveno, capítulos 556-603
Volumen décimo, capítulos 604-652

Maria Valtorta

EL EVANGELIO COMO ME HA SIDO REVELADO

Traducido del italiano
por Alberto Giralda Cid

VOLUMEN NOVENO
Capítulos 556–603

CENTRO EDITORIALE VALTORTIANO

Todos los derechos reservados

Título original:
L'Evangelo come mi è stato rivelato
Volume Nono, Capitoli 556-603

Traducción del italiano de
Alberto Giralda Cid

© Centro Editoriale Valtortiano srl., 1999
Viale Piscicelli 89-91
03036 Isola del Liri - Italia

ISBN 88-7987-029-7

ISBN 88-7987-031-9
(Obra completa de 10 volúmenes)

Fotocomposición e impresión:
Centro Editoriale Valtortiano srl

Diseño de cubierta de Piero Luigi Albery,
con retrato de Lázaro dibujado por Lorenzo Ferri
bajo la dirección de Maria Valtorta.

Reprinted in Italy, 2002

NOTA DEL EDITOR

La presente edición de la Obra mayor de María Valtorta es la traducción en lengua española, llevada a cabo por Alberto Giralda Cid, de la tercera edición italiana.

El título, *El Evangelio como me ha sido revelado*, traduce el de la edición francesa, *L'Evangile tel qu'il m'a été révélé*, y el de la tercera edición italiana, *L'Evangelo come mi è stato rivelato*, inspirados ambos en las indicaciones originarias de María Valtorta.

El precedente título, *El Hombre-Dios*, correspondiente a la edición traducida por Juan Escobar, era la traducción simplificada del título *Il poema dell'Uomo-Dio*, el cual, a pesar de no haber sido enunciado por María Valtorta, dio nombre a las dos primeras ediciones italianas.

Esta nueva edición española se compone de 10 volúmenes, como la tercera italiana, de la que toma, además del título, las principales características.

Cada uno de los volúmenes se abre con el texto unificado de los cuatro Evangelios correspondiente a los capítulos contenidos en el volumen.

Los capítulos están numerados en serie progresiva desde el primer volumen hasta el décimo. Cada capítulo ha sido dividido, a su vez, en fragmentos numerados, llamados parágrafos, que presentan una completitud textual. Los números del capítulo y del parágrafo, separados por un punto, aparecen en el margen externo de las páginas.

Las notas que no llevan la sigla *NdT* (nota del traductor) son traducción de notas de la tercera edición italiana; en ellas, la sigla *MV* significa *María Valtorta*, y *D* significa *Director de la edición italiana*.

SINOPSIS VALTORTIANA
DE LOS CUATRO EVANGELIOS

SINOPSIS VALTORTIANA DE LOS CUATRO EVANGELIOS
relativa al volumen noveno (capítulos 556-603)

A la presente sinopsis, realizada bajo la dirección de Emilio Pisani, se le da el nombre de "valtortiana" porque sigue la traza de la Obra de Maria Valtorta. Los números en negrita puestos en el margen derecho, al principio de los textos evangélicos, hacen referencia, progresivamente, a los capítulos de la Obra. (Los números saltados son los capítulos cuyo discurso no encuentra correspondencia en los Evangelios.) A lo largo del texto evangélico hay otros números más pequeños: reseñan los capítulos y parágrafos de la Obra que presentan contactos con los pasajes a cuyo lado aparecen.
El texto de los cuatro Evangelios ha sido tomado de: *Nuevo Testamento*, Editorial Herder, Barcelona 1962, porque corresponde a la versión italiana usada por Maria Valtorta.

Lc 9, 51-56. Y sucedió que, cuando estaban para cumplirse los días en que **575**
había de salir de este mundo, se dirigió resueltamente a Jerusalén. Y envió mensajeros delante de sí, los cuales, habiendo partido, entraron en una ciudad de samaritanos, a prepararle hospedaje. Mas no quisieron recibirle, porque conocían, por su aspecto, que iba a Jerusalén. Viendo esto, sus discípulos Santiago y Juan dijeron: «¿Quieres que mandemos que llueva fuego del cielo y los devore?». Pero Jesús, vuelto a ellos, los reprendió, diciendo: «No sabéis a qué espíritu pertenecéis. El Hijo del hombre no ha venido para perder a los hombres, sino para salvarlos». Y se fueron a otra aldea.

Mt 19, 16-30. Acercósele entonces uno y le dijo: «Maestro bueno, ¿qué obras buenas debo hacer para conseguir la vida eterna?». El cual le respondió: «¿Por qué me llamas bueno? Dios solo es el bueno. Por lo demás, si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos». Díjole él: «¿Qué mandamientos?». Respondió Jesús: «No matarás; no cometerás adulterio; no hurtarás; no levantarás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre; y ama a tu prójimo como a ti mismo». Dícele el joven: «Todos éstos los he guardado desde mi juventud, ¿qué más me falta?». Respon-

Mc 10, 17-31. Así que salió para ponerse en camino, vino corriendo uno, y arrodillado a sus pies, le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué debo yo hacer para conseguir la vida eterna?». Jesús le dijo: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino sólo Dios. Ya sabes los mandamientos: No cometer adulterio, no matar, no hurtar, no decir falso testimonio, no defraudar, honrar padre y madre». A esto respondió él, y le dijo: «Maestro, todas esas cosas las he observado desde mi mocedad». Y Jesús, mirándole de hito en hito, le amó, y le dijo: «Una cosa te falta aún: anda, vende cuanto

Lc 18, 18-30. Un **576**
personaje distinguido le hizo esta pregunta: «Buen Maestro, ¿qué podré yo hacer a fin de alcanzar la vida eterna?». Respondióle Jesús: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino Dios. Sabes los mandamientos: No matarás. No fornicarás. No hurtarás. No dirás falso testimonio. Honra a tu padre y madre». Dijo él: «Todos esos mandamientos los he guarda-

dióle Jesús: «Si quieres ser perfecto, anda, y vende cuanto tienes, y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; después ven y sígueme». Y habiendo oído el joven estas palabras, se retiró entristecido; y era que tenía muchas posesiones.

Jesús dijo entonces a sus discípulos: «En verdad os digo que difícilmente un rico entrará en el reino de los cielos. Y aún os digo más: Es más fácil el pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de los cielos». Oídas estas proposiciones, los discípulos se maravillaban, diciendo: «Según esto, ¿quién podrá salvarse?». Pero Jesús, mirándolos, les dijo: «Para los hombres es esto imposibile; mas para Dios todas las cosas son posibles».

302.1 Tomando entonces Pedro la palabra, díjole: «Bien ves que nosotros hemos abandonado todas las cosas, y te hemos seguido: ¿cuál será, pues, nuestra recompensa?». Mas Jesús les respondió: «En verdad os digo que vosotros que me habéis seguido, en el día de la resurrección, cuando el Hijo del hombre se sentará en el solio de su majestad, vosotros también os sentaréis sobre doce sillas, y juzgaréis a las doce tribus de Israel. Y cualquiera que habrá dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o esposa, o hijos, o heredades por causa de mi nombre, recibirá cien veces tanto, y dalo a los pobres, que así tendrás un tesoro en el cielo, y ven después, y sígueme». A esta propuesta, entristecido el joven, fuese muy afligido, pues tenía muchos bienes.

Y, echando Jesús una ojeada alrededor de sí, dijo a sus discípulos: «¡Oh, cuán difícilmente los acaudalados entrarán en el reino de Dios!». Los discípulos quedaron pasmados al oír tales palabras. Pero Jesús, volviendo a hablar, les añadió: «¡Hijos míos, cuán difícil es que quienes ponen su confianza en las riquezas entren en el reino de Dios! Más fácil es el pasar un camello por el ojo de una aguja, que el entrar un rico en el reino de los cielos». Con esto subía de punto su asombro, y se decían unos a otros: «¿Quién podrá, pues, salvarse?». Pero Jesús, fijando en ellos la vista, les dijo: «A los hombres es esto imposible, mas no a Dios, pues para Dios todas las cosas son posibles».

Aquí Pedro, tomando la palabra, le dijo: «Bien ves que nosotros hemos renunciado a todas las cosas y te hemos seguido». A lo que Jesús, respondiendo, dijo: «Pues yo os aseguro que nadie hay que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o hijos, o heredades, por amor de mí, y del evangelio, que ahora mismo en este siglo y en medio de las persecuciones no reciba el céntuplo en casas, y hermanos, y hermanas, en madres, en hijos y heredades, y en el do desde mi mocedad». Lo cual oyendo Jesús, le dijo: «Todavía te falta una cosa: vende todo cuanto tienes y distribúyelo entre los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y luego ven, y sígueme». Al oír esto, entristecióse, porque era sumamente rico.

Y Jesús, viéndole sobrecogido de tristeza, dijo: «¡Cuán dificultosamente entrarán los adinerados en el reino de Dios! Porque más fácil es a un camello el pasar por el ojo de una aguja, que a un rico el entrar en el reino de Dios». Y dijeron los que le escuchaban: «Pues ¿quién podrá salvarse?». Respondióles Jesús: «Lo que es imposible a los hombres, a Dios es posible».

Entonces dijo Pedro: «Bien ves que nosotros hemos dejado todas las cosas, y seguídote». Díjoles Jesús: «En verdad os digo que ninguno hay que haya dejado casas, o padres, o hermanos, o esposa, o hijos, por amor del reino de Dios, y no reciba mu-

ces más y poseerá la vida eterna. Y muchos primeros serán últimos, y muchos últimos, primeros».

siglo venidero la vida eterna. Pero muchos primeros serán últimos; y muchos últimos serán primeros».

cho más en este siglo y, en el venidero, la vida eterna».

Mt 20, 17-19. Poniéndose Jesús en camino para Jerusalén, tomó aparte a sus doce discípulos, y les dijo: «Mirad que vamos a Jerusalén, donde el Hijo del hombre ha de ser entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte. Y le entregarán a los gentiles para que sea escarnecido, y azotado, y crucificado, mas él resucitará al tercer día».

Mc 10, 32-34. Continuaba su viaje subiendo a Jerusalén; y Jesús se les adelantaba, y estaban atónitos, y le seguían llenos de temor. Y, tomando aparte de nuevo a los doce, comenzó a repetirles lo que había de sucederle: «Nosotros vamos, como veis a Jerusalén, donde el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes, y a los escribas y ancianos que le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles. Y le escarnecerán, y le escupirán, y le azotarán, y le quitarán la vida, y al tercer día resucitará».

Lc 18, 31-34. Después, tomando Jesús aparte a los doce, les dijo: «Ya veis que subimos a Jerusalén, donde se cumplirán todas las cosas que fueron escritas por los profetas acerca del Hijo del hombre; porque será entregado en manos de los gentiles, y escarnecido, y azotado, y escupido. Y después que le hubieren azotado, le darán la muerte, y al tercer día resucitará». Pero ellos ninguna de estas cosas comprendieron; antes era éste un lenguaje desconocido para ellos, ni entendían la significación de las palabras dichas. **577**

106.12 ***Mt 20, 20-28***. Entonces la madre de los hijos del Zebedeo se le acercó con sus dos hijos y se postró, manifestando querer pedirle alguna gracia. Jesús le dijo: «¿Qué quieres?». Y ella le respondió: «Dispón que estos dos hijos míos tengan asiento en tu reino, uno a tu derecha y otro a tu izquierda». Mas Jesús les dio por respuesta: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el caliz que yo tengo de beber?». Dícenle: «Podemos». Replicóles: «Mi cáliz sí que lo beberéis; pero el asiento a mi diestra o siniestra no me toca concederlo a vosotros, sino que será para aquellos a quienes lo ha destinado mi Padre».

Entendiendo esto los otros diez, se indignaron contra los dos hermanos. Mas Jesús los convocó a sí, y les dijo: «No ignoráis que los príncipes de las naciones avasallan a sus pueblos, y que sus magnates los dominan con imperio. No

Mc 10, 35-45. Entonces se arrimaron a él Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, y le hacen esta petición: «Maestro, quisiéramos que nos concedieses todo cuanto te pidamos». Díjoles él: «¿Qué cosa deseáis que os conceda?». «Concédenos, respondieron, que en tu gloria nos sentemos el uno a tu diestra y el otro a tu siniestra». Mas Jesús les replicó: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo voy a beber, o ser bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado?». Respondiéronle: «Sí podemos». «Pues tened por cierto, les dijo Jesús, que beberéis el cáliz que yo bebo y seréis bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado; pero eso de sentarse a mi diestra o a mi siniestra no está en mí el darlo a vosotros, sino a quienes se ha destinado».

Y, habiéndolo oído los diez, empezaron a indignarse contra Santiago y Juan. Mas Jesús, llamándolos, les dijo: «Ya sabéis que los que son considerados como gobernantes de los gentiles los gobiernan como dueños, y sus grandes ha-

ha de ser así entre vosotros, sino que quien aspire a ser mayor entre vosotros debe ser vuestro criado; y el que quiera ser entre vosotros el primero, ha de ser vuestro esclavo. Al modo que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida para rescate de muchos».

cen sentir su poder sobre ellos. No debe ser así entre vosotros, sino que quien quisiere hacerse mayor, ha de ser vuestro criado. Y quien quisiere ser entre vosotros el primero, debe hacerse siervo de todos. Porque aun el Hijo del hombre no vino a que le sirviesen, sino a servir, y a dar su vida por la redención de muchos».

Mt 20, 29-34. Al salir de Jericó le fue siguiendo gran multitud de gentes. Y he aquí que dos ciegos, sentados a la orilla del camino, habiendo oído decir que pasaba Jesús, comenzaron a gritar, diciendo: «¡Señor, hijo de David!, apiádate de nosotros». Mas las gentes los reñían para que callasen. Ellos, no obstante, alzaban más el grito, diciendo: «¡Señor, hijo de David!, apiádate de nosotros». Paróse a esto Jesús y, llamándolos les dijo: «¿Qué queréis que os haga?». «Señor, le dicen ellos, que se abran nuestros ojos». Movido Jesús a compasión, tocó sus ojos. Y en el mismo instante vieron, y se fueron en pos de él.

Mc 10, 46-52. Después de esto llegaron a Jericó; y al salir de Jericó con sus discípulos, seguido de muchísima gente, Bartimeo el ciego, hijo de Timeo, estaba sentado junto al camino pidiendo limosna. Habiendo oído, pues, que era Jesús nazareno, comenzó a dar voces, diciendo: «Jesús, hijo de David, ten compasión de mí». Y reñíanle muchos para que callara. Sin embargo, él alzaba mucho más el grito: «Hijo de David, ten compasión de mí». Parándose entonces Jesús, le mandó llamar. Y le llamaron diciéndole: «Ea, buen ánimo, levántate, que te llama». El cual, arrojando su capa, al instante se puso en pie, y vino a él. Y Jesús le dijo: «¿Qué quieres que te haga?». El ciego le respondió: «Maestro, haz que yo vea». Y Jesús: «Anda, que tu fe te ha curado». Y de repente vio, y le iba siguiendo por el camino.

Lc 18, 35-43. Y, al acer- **580**
carse a Jericó, estaba un ciego sentado a la orilla del camino, pidiendo limosna. Y, sintiendo el tropel de la gente que pasaba, preguntó qué novedad era aquélla. Dijéronle que Jesús nazareno pasaba por allí de camino. Y se puso a gritar: «Jesús, hijo de David, ten piedad de mí». Los que iban delante le reprendían para que callase. Pero él levantaba mucho más el grito: «Hijo de David, ten piedad de mí». Paróse entonces Jesús, y mandó traerle a su presencia; y cuando le tuvo ya cerca, preguntóle, diciendo: «¿Qué quieres que te haga?». «Señor, respondió él, que yo tenga vista». Díjole Jesús: «Tenla; tu fe te ha salvado». Y al instante vio, y le seguía celebrando las grandezas de Dios. Y todo el pueblo, cuando vio esto, alabó a Dios.

Jn 12, 9-11. Entre tanto una gran multitud de judíos, luego que supieron que **585**
Jesús estaba allí, vinieron, no sólo por Jesús, sino también por ver a Lázaro, a
593.7 quien había resucitado de entre los muertos. Por eso los príncipes de los sacerdotes deliberaron quitar también la vida a Lázaro, visto que muchos judíos por su causa se apartaban de ellos, y creían en Jesús.

593.1 ***Mt 26, 1-5.*** Y sucedió que, después de
597 haber concluido Jesús todos estos razonamientos, dijo a sus discípulos:

Mc 14, 1-2. Dos días después era la Pascua, cuando co-

Lc 22, 1-2. Acercábase ya la fiesta de los

«Bien sabéis que de aquí a dos días debe celebrarse la Pascua, y que el Hijo del hombre será entregado a muerte de cruz». Al mismo tiempo se juntaron los príncipes de los sacerdotes, y los magistrados del pueblo, en el palacio del sumo pontífice, que se llamaba Caifás. Y tuvieron consejo para apoderarse de Jesús con engaño
588.8 y hacerle morir. Y decían: «No durante la fiesta, no sea que el pueblo se alborote».

200.5/7 ***Mt 26, 6-13.*** Estando Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso, se llegó a él una mujer con un vaso de alabastro con perfume de gran precio, y derramólo sobre la cabeza de Jesús, el cual estaba a la mesa. Los discípulos, al ver esto, lo llevaron muy a mal, diciendo: «¿A qué fin ese desperdicio, cuando se pudo vender esto en mucho precio, y darse a los pobres?». Lo cual entendiendo Jesús, les dijo: «¿Por qué molestáis a esta mujer, siendo buena la obra que ha hecho conmigo? Pues a los pobres los tenéis siempre a mano; mas a mí no me tenéis siempre. Y, derramando ella sobre mi cuerpo este bálsamo, lo ha hecho para mi sepultura. En verdad os digo que doquiera que se predique este evangelio en todo el mundo, se celebrará también en memoria suya lo que acaba de hacer».

Mc 14, 3-9. Hallándose Jesús en Betania en casa de Simón el leproso, estando a la mesa, entró una mujer con un vaso de alabastro con perfume de nardo auténtico, de mucho precio, y quebrando el vaso, derramó el bálsamo sobre la cabeza de Jesús. Algunos de los presentes, irritados interiormente, decían: «¿A qué fin desperdiciar ese perfume, siendo así que se podía vender en más de trescientos denarios, y dar el dinero a los pobres?». Y exteriorizaban su indignación contra ella. Mas Jesús les dijo: «Dejadla; ¿por qué la molestáis? Ha hecho conmigo una obra buena. Pues que a los pobres los tenéis siempre con vosotros, y podéis hacerles bien cuando quisiereis; mas a mí no me tendréis siempre. Ella ha hecho cuanto estaba en su mano; se ha anticipado a embalsamar mi cuerpo para la sepultura. En verdad os digo que, doquiera que se predicare este evangelio, por todo el mundo, se contará también, en memoria de esta mujer, lo que ha hecho».

Jn 12, 1-8. Seis días 586
antes de la Pascua volvió Jesús a Betania, donde Lázaro había muerto, a quien Jesús resucitó. Aquí le dispusieron una cena: Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban a la mesa con él. Y María tomó una libra de perfume de nardo auténtico, de gran precio, y derramólo sobre los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos; y se llenó la casa de la fragancia del perfume. Por lo cual Judas Iscariote, uno de sus discípulos, aquel que le había de entregar, dijo: «¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios, para limosna de los pobres?». Esto dijo, no porque él pasase algún cuidado por los pobres, sino porque era la- 236.12
drón y, teniendo la bol- 567.11
sa, hurtaba el dinero que había en ella. Pero Jesús respondió: «Déjala. Lo ha guardado para el día de mi sepultura. Pues, a los pobres, los tenéis siempre con vosotros; pero a mí no me tenéis siempre».

587.3 589.9 ***Mt 26, 14-16.*** Entonces Judas Iscariote, uno de los doce, fue a verse con los príncipes de los sacerdotes, y les dijo: «¿Qué queréis darme y yo le pondré en vuestras manos?». Y se convinieron con él en treinta monedas de plata. Y desde entonces andaba buscando coyuntura favorable para entregarlo.

Mc 14, 10-11. Entonces Judas Iscariote, uno de los doce, salió a verse con los sumos sacerdotes, para entregarles a Jesús. Los cuales, cuando le oyeron, se holgaron mucho, y prometieron darle dinero. Y él buscaba ocasión oportuna para entregarle.

Lc 22, 3-6. Entre tanto Satanas se apoderó de Judas, por sobrenombre Iscariote, uno de los doce. El cual fue a tratar con los príncipes de los sacerdotes y con los jefes de la guardia del templo la manera de entregárselo. Ellos se holgaron, y concertaron darle dinero. Obligóse Judas, y buscaba oportunidad para entregarle sin tumulto. **588**

Mt 21, 1-6. Acercándose a Jerusalén, luego que llegaron a Betfagé, al monte de los Olivos, despachó Jesús a dos discípulos, dicién-
589.9 doles: «Id a esa aldea, que se ve en frente de vosotros, y en seguida encontraréis una asna atada y su pollino con ella: desatadlos, y traédmelos. Que si alguno os dijere algo, respondedle que los ha menester el Señor, y al punto os los dejará llevar». Todo esto sucedió en cumplimiento de lo que dijo el profeta: «Decid a la hija de Sión: Mira que viene a ti tu rey lleno de mansedumbre, sentado sobre una asna y su pollino, hijo de la que está acostumbrada al yugo». Idos los discípulos, hicieron lo que Jesús les había mandado.

Mc 11, 1-6. Cuando iban acercándose a Jerusalén, al llegar junto a Betania, al pie del monte de los Olivos, despacha dos de sus discípulos y les dice: «Id a ese lugar que tenéis enfrente, y luego, al entrar en él, hallaréis atado un jumentillo, en el cual nadie ha montado hasta ahora: desatadlo, y traedlo. Y si alguien os dijere: "¿Qué hacéis?", responded que el Señor lo ha menester; y al instante os lo dejará traer acá». Luego que fueron, hallaron el pollino atado fuera, delante de una puerta, a la entrada de dos caminos, y lo desataron. Y algunos de los que estaban allí les dijeron: «¿Qué hacéis? ¿por qué desatáis ese pollino?». Los discípulos respondieron conforme a lo que Jesús les había mandado, y se lo dejaron.

Lc 19, 28-34. Después de haber dicho estas cosas, Jesús prosiguió su viaje a Jerusalén, e iba él delante. Y estando cerca de Betfagé y de Betania, junto al monte llamado de los Olivos, despachó a dos de sus discípulos, diciéndoles: «Id a esa aldea de enfrente, donde al entrar hallaréis un pollino atado en que ningún hombre ha montado jamás; desatadlo y traedlo. Que si alguno os preguntare: "¿Por qué lo desatáis?", le diréis así: "Porque el Señor lo ha menester". Fueron, pues, los enviados; y hallaron el pollino de la misma manera que les había dicho. En el acto de desatarlo, les dijeron los dueños de él: «¿Por qué desatáis ese pollino?». A lo que respondieron ellos: «Porque lo ha menester el Señor». **590**

Lc 19, 41-44. Al llegar cerca de Jerusalén, poniéndose a mirar esta ciudad, derramó lágrimas sobre ella, diciendo: «¡Ah, si conocieses también tú, por lo menos en este día que se te ha dado, lo que puede atraerte la paz! Mas ahora está todo ello oculto a tus ojos. Días vendrán sobre ti en que tus enemigos te circunvalarán, y te rodearán y te estrecharán por todas partes. Y te arrasarán con los hijos tuyos, que tendrás encerrados dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra; por cuanto no has conocido el tiempo en que Dios te ha visitado».

Mt 21, 7-11. Y trajeron el asna y el pollino, y los aparejaron con sus vestidos, y le hicieron sentar encima.

Y una gran muchedumbre de gentes tendían en el camino sus vestidos; otros cortaban ramas de los árboles y cubrían con ellas el camino. Y, tanto las gentes que iban delante, como las que venían detrás, clamaban, diciendo: «Hosanna al Hijo de David: bendito sea el que viene en nombre del Señor; hosanna en lo más alto de los cielos». Y, habiendo entrado él en Jerusalén, se conmovió toda la ciudad, diciendo: «¿Quién es éste?». A lo que respondían las gentes: «Éste es Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea».

Mc 11, 7-11. Trajeron el pollino a Jesús, lo aparejaron con los vestidos de ellos y montó Jesús en él.

Muchos en seguida tendieron sus vestidos en el camino, y otros cortaron ramas de los árboles, y las esparcían por donde había de pasar. Y tanto los que iban delante, como los que seguían detrás, le aclamaban diciendo: «Hosanna: bendito sea el que viene en nombre del Señor. Bendito sea el reino de nuestro padre David. ¡Hosanna en lo más alto de los cielos!». Así entró Jesús en Jerusalén, y se fue al templo, donde, después de haber observado por una y otra parte todas las cosas, siendo ya tarde, se salió a Betania con los doce.

Lc 19, 35-40. Condujéronlo, pues, a Jesús. Y, echando las ropas de ellos sobre el pollino, le hicieron montar encima.

Mientras iba Jesús, tendían ellos sus mantos por el camino. Pero, estando ya cercano a la bajada del monte de los Olivos, todos los discípulos, en gran número, transportados de gozo, comenzaron a alabar a Dios en voz alta por todos los prodigios que habían visto, diciendo: «Bendito sea el rey que viene en nombre del Señor, paz en el cielo, y gloria en los más alto de los cielos».

Con esto, algunos de los fariseos que iban entre la gente le dijeron: «Maestro, reprende a tus discípulos». Respondióles él: «En verdad os digo que, si éstos callan, las mismas piedras darán voces».

Jn 12, 12-19. Al día siguiente una gran muchedumbre de gentes que habían venido a la fiesta, habiendo oído que Jesús estaba para llegar a Jerusalén, cogieron ramos de palmas y salieron a recibirle, gritando: «Hosanna, bendito sea el que viene en nombre del Señor, el rey de Israel». Halló Jesús un jumentillo, y montó en él, según está escrito: «No temas, hija de Sión, mira a tu rey que viene sentado sobre un asnillo». Los discípulos por entonces no reflexionaron sobre esto; mas cuando Jesús fue glorificado, se acordaron que tales cosas estaban escritas de él y que tales cosas le habían hecho. Y la multitud de gentes que estaban con Jesús cuando llamó a Lázaro del sepulcro, y le resucitó de entre los muertos, daba testimonio de él. Por esta causa salió gente a recibirle, por haber oído que había hecho este milagro. En vista de lo cual dijéronse unos a otros los fariseos: «¿Veis como no adelantamos nada? Mirad: todo el mundo se va en pos de él».

Mt 21, 12-17. Habiendo entrado Jesús en el templo de Dios, echó fuera de él a todos los que vendían allí y compraban; y derribó las

Mc 11, 15-19. Llegan, pues, a Jerusalén. Y habiendo entrado en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y

Lc 19, 45-48. Y, habiendo entrado en el templo, comenzó a echar a los que vendían y

mesas de los cambistas y las sillas de los que vendían las palomas. Y les dijo: «Escrito está: "Mi casa será llamada casa de oración"; mas vosotros la hacéis cueva de ladrones».

Y se llegaron a él en el templo ciegos y cojos, y los curó. Pero los príncipes de los sacerdotes y los escribas, al ver las maravillas que hacía, y a los niños que le aclamaban en el templo, diciendo: «Hosanna al Hijo de David», se indignaron. Y le dijeron: «¿Oyes tú lo que dicen éstos?». Jesús les respondió: «Sí, por cierto. ¿No habéis leído nunca: "De la boca de los infantes y niños de pecho sacaste perfecta alabanza"?». Y, dejándolos, se salió fuera de la ciudad, a Betania, y se quedó allí.

compraban en él, y derribó las mesas de los cambistas, y los asientos de los que vendían palomas. Y no permitía que nadie transportase objeto alguno por el templo. Y los instruía, diciendo: «¿Por ventura no está escrito: "Mi casa será llamada de todas las gentes casa de oración"? Pero vosotros habéis hecho de ella una guarida de ladrones».

Sabido esto por los príncipes de los sacerdotes y los escribas, andaban trazando el modo de quitarle la vida, porque le temían, viendo que todo el pueblo estaba maravillado de su doctrina. Así que se hizo tarde, salió de la ciudad.

compraban en él diciéndoles: «Escrito está: "Mi casa es casa de oración", mas vosotros la tenéis hecha cueva de ladrones». Y enseñaba todos los días en el templo. Pero los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y los principales del pueblo buscaban cómo quitarle la vida. Y no hallaban medio de obrar contra él, porque todo el pueblo estaba con la boca abierta escuchándole.

Mt 21, 18-19. La mañana siguiente, volviendo a la ciudad, tuvo hambre. Y, viendo una higuera junto al camino, se acercó a ella, en la cual, no hallando sino solamente hojas, le dijo: «Nunca jamás nazca de ti fruto». Y la higuera quedó seca en un instante.

Mc 11, 12-14. Al otro día, así que salieron de Betania, tuvo hambre, y como viese a lo lejos una higuera con hojas, encaminóse allá por ver si encontraba en ella alguna cosa; y, llegando, nada encontró, sino follaje, porque no era tiempo de higos. Y, hablando, le dijo: «Nunca jamás coma ya nadie fruto de ti». Lo cual oyeron sus discípulos. **592**

Mt 21, 33-46. «Escuchad otra parábola: Érase un padre de familias que plantó una viña, y la cercó de vallado, y cavando hizo en ella un lagar, edificó una torre, arrendóla después a ciertos labradores, y se ausentó a un país lejano. Venida ya la sazón de los frutos, envió sus criados a los renteros, para que percibiesen el fruto de ella. Mas los renteros, acometiendo a los criados, apalearon al uno, mataron al otro, y al otro le ape-

Mc 12, 1-12. En seguida comenzó a hablarles por parábolas: «Un hombre plantó una viña y la ciñó con cercado, y cavando hizo en ella un lagar, y fabricó una torre, y arrendóla a ciertos labradores, y marchóse lejos de su tierra. A su tiempo despachó un criado a los renteros para cobrar el fruto de la viña. Mas ellos, agarrándole, le apalearon, y le despacharon con las manos vacías. Se-

Lc 20, 9-19. Luego comenzó a decir al pueblo esta parábola: «Un hombre plantó una viña, y arrendóla a ciertos viñadores; y él se ausentó por una larga temporada. A su tiempo envió un criado a los renteros para que le diesen su parte de los frutos de la viña; mas ellos, después de haberle maltratado, le despacharon con las manos vacías. Envió de nuevo a otro criado. Pero a éste también, después de

drearon. Segunda vez envió nuevos criados en mayor número que los primeros, y los trataron de la misma manera. Por último les envió su hijo, diciendo: "A mi hijo le respetarán". Pero los renteros, al ver al hijo, dijeron entre sí: "Éste es el heredero, venid, matémosle, y nos quedaremos con su herencia". Y agarrándole le echaron fuera de la viña, y le mataron. Ahora bien, en volviendo el dueño de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores?». «Hará, dijeron ellos, que esta gente tan mala perezca miserablemente; y arrendará su viña a otros labradores que le paguen los frutos a sus tiempos». «¿Pues no habéis jamás leído en las Escrituras, les añadió Jesús: La piedra que desecharon los constructores, esa misma vino a ser la clave del ángulo? El Señor es el que ha hecho esto y es una cosa admirable a nuestros ojos. Por eso os digo que os será quitado a vosotros el reino de Dios, y dado a gentes que rindan frutos. Y quien cayere sobre esta piedra se hará pedazos, y ella hará añicos a aquel sobre quien cayere». Oídas estas parábolas de Jesús, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos entendieron que hablaba por ellos. Y, queriendo prenderle, tuvieron miedo al pueblo porque era mirado como un profeta.

gunda vez les envió otro criado, y a éste también le descalabraron, cargándole de oprobios. Tercera vez envió a otro, al cual mataron: tras éste otros muchos, y de ellos a unos los hirieron, y a otros les quitaron la vida. En fin, a un hijo único que tenía y a quien amaba tiernamente, se lo envió también el último, diciendo: "Respetarán a mi hijo". Pero los viñadores se dijeron unos a otros: "Éste es el heredero; venid, matémosle, y será nuestra la heredad". Y, asiéndole le mataron y lo arrojaron fuera de la viña. ¿Qué hará, pues, el dueño de la viña? Vendrá, y perderá a aquellos renteros, y arrendará la viña a otros. ¿No habéis leído este lugar de la Escritura: "La piedra que desecharon los que edificaban, vino a ser la principal piedra del ángulo. El Señor es el que hizo eso, y estamos viendo con nuestros ojos tal maravilla"?». En la hora maquinaban cómo prenderle; porque bien conocieron que a ellos había enderezado la parábola; mas temieron al pueblo, y dejándole se marcharon.

Mc 11, 27-33. Volvieron, pues, otra vez a Jerusalén. Y, paseándose Jesús por el templo, llégan se a él los

herirle y llenarle de baldones, le remitieron sin nada. Envióles todavía otro; y a éste también le hirieron y echaron fuera. Dijo entonces el dueño de la viña: "¿Qué haré ya? Enviaré a mi hijo querido: quizá, cuando le vean, le tendrán más respeto". Mas luego que los colonos le avistaron, discurrieron entre sí, diciendo: "Éste es el heredero: matémosle a fin de que la heredad quede por nuestra". Y, habiéndole arrojado fuera de la viña, le mataron. ¿Qué hará, pues, con ellos el dueño de la viña? Vendrá y perderá a estos colonos, y dará su viña a otros». Y, oído esto, dijeron: «No lo permita Dios». Pero Jesús, clavando los ojos en ellos, dijo: «Pues ¿qué quiere decir lo que está escrito: "La piedra que desecharon los arquitectos, ésa misma vino a ser la principal del ángulo"? De suerte que quien cayese sobre la dicha piedra se estrellará; y aquel sobre quien ella cayere quedará hecho añicos». Entonces los príncipes de los sacerdotes y los escribas desearon prenderle en aquella hora, porque bien conocieron que contra ellos se dirigía la parábola propuesta; mas temieron al pueblo.

Lc 20, 1-8. En uno de estos días, estando él en el templo instruyen-

Mt 21, 23-27. Llegado al templo, se acercaron a él, cuando estaba enseñando, los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo, y le preguntaron: «¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Y quién te ha dado tal potestad?». Respondióles Jesús: «Yo también quiero haceros una pregunta; y si me respondéis a ella, os diré luego con qué autoridad hago estas cosas: ¿El bautismo de Juan de dónde era? ¿del cielo, o de los hombres?». Mas ellos discurrían para consigo, diciendo: «Si respondemos del cielo, nos dirá: "¿Pues por qué no habéis creído en él?". Si respondemos de los hombres, tememos al pueblo, porque todos miraban a Juan como un profeta». Por tanto, contestaron a Jesús, diciendo: «No lo sabemos». Replicóles él en seguida: «Pues ni yo tampoco os diré a vosotros con qué autoridad hago estas cosas».

Mt 21, 20-22. Y viéndolo los discípulos se maravillaron, y decían: «¿Cómo se ha secado la higuera en un instante?». Y, respondiendo Jesús, les dijo: «En verdad os digo que si tenéis fe y no andáis vacilando, no solamente haréis esto de la higuera, sino que aun cuando digáis a ese monte: "Arráncate y arrójate al mar", así se hará. Y todo cuanto pidiereis en la oración, si tenéis fe, lo alcanzaréis».

príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y los ancianos, y le dicen: «¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿y quién te ha dado a ti potestad de hacer lo que haces?». Y, respondiendo, Jesús les dijo: «Yo también os haré una pregunta; respondedme y después os diré con qué autoridad hago estas cosas. El bautismo de Juan ¿era del cielo, o de los hombres? Respondedme». Ellos discurrían para consigo, diciendo entre sí: «Si decimos que del cielo, dirá: "Pues ¿por qué no le creísteis?". Si decimos que de los hombres, tememos al pueblo». Pues todos creían que Juan era verdadero profeta. Y así respondieron a Jesús, diciendo: «No lo sabemos». Entonces Jesús les replicó: «Pues ni yo tampoco os diré con qué autoridad hago estas cosas».

Mc 11, 20-26. La mañana siguiente repararon, **594**
al pasar, que la higuera se había secado de raíz. Con lo cual, acordándose Pedro, le dijo: «Maestro, mira cómo la higuera que maldijiste se ha secado». Y Jesús, tomando la palabra, les dijo: «Tened confianza en Dios. En verdad os digo que cualquiera que dijere a este monte: "Quítate de ahí, y échate al mar", no vacilando en su corazón, sino creyendo que cuanto dijere se ha de hacer, así se hará. Por tanto, os aseguro que todas cuantas cosas pidiereis en la oración, tened fe de conseguirlas, y se os concederán. Mas al poneros a orar, si tenéis algo contra alguno, perdonadle, a fin de que vuestro Padre que está en los cielos 173.5
también os perdone vuestros pecados. Que si no perdonáis vosotros, tampoco vuestro Padre celestial os perdonará vuestras culpas».

do al pueblo y anunciándole el evangelio, vinieron de mancomún los príncipes de los sacerdotes y los escribas con los ancianos. Y le hicieron esta pregunta: «Dinos, ¿con qué autoridad haces estas cosas?, o ¿quién es el que te ha dado esa potestad?». Pero Jesús, por respuesta, les dijo a ellos: «También yo quiero haceros una pregunta. Respondedme: El bautismo de Juan ¿era del cielo o de los hombres?». Mas ellos discurrían entre sí, diciendo: «Si respondemos que del cielo, nos dirá: "Pues ¿por qué no habéis creído en él?". Y si decimos de los hombres, el pueblo todo nos apedreará, pues tiene por cierto que Juan era un profeta». Y así contestaron no saber de dónde fuese. Entonces Jesús les dijo: «Tampoco yo quiero deciros con qué autoridad hago estas cosas».

Mt 22, 15-33. Entonces los fariseos se retiraron a tratar entre sí cómo podrían sorprenderle en lo que hablase. Y le enviaron sus discípulos con algunos herodianos, que le dijeron: «Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas el camino de Dios conforme a la pura verdad sin respeto a nadie, porque no miras a la calidad de las personas. Dinos, pues: ¿Qué te parece, es o no es lícito pagar tributo al césar?». A lo cual Jesús, conociendo su malicia, respondió: «¿Por qué me tentáis, hipócritas? Enseñadme la moneda con que se paga el tributo». Y ellos le mostraron un denario. Y Jesús les dijo: «¿De quién es esta imagen y esta inscripción?». Respóndenle: «Del césar». Entonces les replicó: «Pues dad al césar lo que es del césar, y a Dios lo que es de Dios». Con cuya respuesta quedaron admirados y, dejándole, se fueron.

Aquel mismo día vinieron los saduceos,
80.3 que niegan la resurrección, a proponerle este caso: «Maestro, Moisés ordenó que, si alguno muere sin hijos, el hermano se case con su mujer, para dar sucesión a su hermano. Es el caso que había entre nosotros siete hermanos. Casado el primero, vino a mo-

Mc 12, 13-27. Pero le enviaron algunos fariseos y herodianos, para sorprenderle en alguna expresión. Los cuales vinieron y dijéronle: «Maestro, nosotros sabemos que eres hombre veraz, y que no atiendes a respetos humanos, porque no miras la calidad de las personas, sino que enseñas el camino de Dios con lisura: ¿Es lícito pagar tributo al césar, o no?». Jesús, penetrando su malicia, díjoles: «¿Para qué venís a tentarme?; dadme a ver un denario». Presentáronselo, y él les dice: «¿De quién es esta imagen, y esta inscripción?». Respondieron: «Del césar». Entonces replicó Jesús y díjoles: «Pagad, pues, al césar lo que es del césar; y a Dios lo que es de Dios». Con esta respuesta los dejó maravillados.

Vinieron después a encontrarle los saduceos que niegan la resurrección, y le propusieron esta cuestión: «Maestro, Moisés nos dejó escrito que si el hermano de uno muere, dejando a su mujer sin hijos, éste se case con la viuda, para que no falte a su hermano descendencia. Esto supuesto, eran siete hermanos: el mayor se casó, y vino a morir sin hijos. Con eso el segundo se casó con la viuda; pero murió también

Lc 20, 20-40. Entre tanto, como andaban acechándole, enviaron espías que hiciesen de los virtuosos para cogerle en alguna palabra, a fin de entregarle a la jurisdicción y potestad del gobernador. Así le propusieron una cuestión en estos términos: «Maestro, bien sabemos que tú hablas y enseñas lo que es justo; y que no andas con respetos humanos, sino que enseñas el camino de Dios según la verdad. ¿Nos es lícito a nosotros el pagar tributo al césar o no?». Mas Jesús, conociendo su malicia, les dijo: «¿Para qué venís a tentarme? Mostradme un denario. ¿De quién es la imagen e inscripción que tiene?». Respóndenle: «Del césar». Díjoles entonces: «Pagad, pues, al césar lo que es del césar; y a Dios lo que es de Dios». Y no pudieron reprender su respuesta delante del pueblo; antes bien, admirados de ella, callaron.

Llegaron después algunos de los saduceos, los cuales niegan la resurrección, y le propusieron este caso: «Maestro, Moisés nos dejó escrito que si el hermano de alguno, estando casado, viene a morir sin hijos, el hermano de éste se case con su mujer, y dé sucesión a su hermano. Eran, pues, siete hermanos: el primero tomó mujer, y murió sin hijos. El segundo se casó con la viuda, y murió también sin dejar hijos. Con lo que se desposó con ella el ter-

rir, y, no teniendo sucesión, dejó su mujer a su hermano. Lo mismo acaeció al segundo, y al tercero, hasta el séptimo. Y después de todos ellos murió la mujer. Ahora bien, en la resurrección, ¿de cuál de los siete ha de ser mujer, puesto que lo fue de todos?». A lo que Jesús les respondió: «Muy errados andáis, por no entender las Escrituras, ni el poder de Dios. Porque después de la resurrección ni los hombres tomarán mujeres, ni las mujeres tomarán maridos; sino que serán como los ángeles de Dios en el cielo. Mas, tocante a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído las palabras que Dios os tiene dichas: "Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob"? Ahora, pues, Dios no es Dios de muertos, sino de vivos». Habiéndolo oído el pueblo estaba asombrado de su doctrina.

sin dejar sucesión. Del mismo modo el tercero. En suma, los siete sucesivamente se casaron con ella, y ninguno tuvo hijos. Al cabo murió la mujer la última de todos. Ahora, pues, en el día de la resurrección, cuando resuciten, ¿de cuál de éstos será mujer?, porque ella lo fue de todos siete». Jesús, en respuesta, les dijo: «¿No veis que habéis caído en error, por no entender las Escrituras, ni el poder de Dios? Porque cuando habrán resucitado de entre los muertos, ni los hombres tomarán mujeres, ni las mujeres maridos, sino que serán como los ángeles en los cielos. Ahora, sobre que los muertos hayan de resucitar, ¿no habéis leído en el libro de Moisés cómo Dios, hablando con él en la zarza, le dijo: "Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob"? Y no es Dios de muertos, sino de vivos. Luego estáis vosotros en un grande error».

cero. Eso mismo hicieron todos los demás, y sin tener sucesión fallecieron. En fin, la última de todos murió la mujer. Esto supuesto, en la resurrección ¿de cuál de los siete ha de ser mujer, ya que los siete tuvieron por mujer a la misma?». Respondióles Jesús: «Los hijos de este siglo contraen matrimonios recíprocamente; pero entre los que serán juzgados dignos del otro siglo y de la resurrección de entre los muertos, ni tomarán mujeres, ni las mujeres, maridos. Porque ya no podrán morir otra vez, por ser iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, por ser hijos de la resurrección. Por lo demás, que los muertos hayan de resucitar, Moisés lo declaró cuando, estando junto a la zarza, llama al Señor Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob. Claro está que Dios no es Dios de muertos, sino de vivos; porque para él todos viven». Entonces algunos de los escribas, tomando la palabra, le dijeron: «Maestro, bien has respondido». Y de allí adelante ya no se atrevieron a preguntarle nada.

Mt 22, 34-40. Pero los fariseos, informados de que había tapado la boca a los saduceos, se mancomunaron. Y uno de ellos, doctor de la Ley, le preguntó para tentarle: «Maestro, ¿cuál es el mayor mandamiento de la ley?». Respondióle Jesús: «*Amarás*

Mc 12, 28-34. Uno de los escribas, que había oído esta disputa, viendo lo bien que les había respondido, se arrimó, y le preguntó cuál era el primero de todos los mandamientos. Y Jesús le respondió: «El primero de todos los mandamientos es éste: *Escucha, ¡oh Israel!, el Señor Dios tuyo es el solo Dios. Y amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y con todas tus fuerzas*. Éste es el primer mandamiento. El segundo, semejante al primero,

596

al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Éste es el mayor y primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo.* En estos dos mandamientos está cifrada toda la ley y los profetas».

Mt 22, 41-46. Estando aquí juntos los fariseos, Jesús les hizo esta pregunta: «¿Qué os parece a vosotros del Cristo? ¿De quién es hijo?». Dícenle: «De David». Replicóles: «¿Pues cómo David en espíritu le llama su Señor, cuando dice: "Dijo el Señor a mi Señor: *Siéntate a mi diestra, mientras tanto que yo pongo a tus nemigos por peana de tus pies*"? Pues si David le llama su Señor, ¿cómo es hijo suyo?». A lo cual nadie pudo responderle una palabra: ni hubo quien desde aquel día osase hacerle más preguntas.

Mc 12, 41-44. Estando Jesús sentado frente al arca de las ofrendas, estaba mirando cómo la gente echaba dinero en ella; y muchos ricos echaban grandes cantidades. Vino también una viuda pobre, la cual metió dos pequeñas monedas, equivalentes a un cuarto de as. Y entonces, convocando a sus discípulos, les dijo: «En verdad os digo que esta pobre viuda ha echado en el arca más que todos los otros. Por cuanto los demás han echado algo de lo que les sobraba; pero ésta ha dado de su misma pobreza todo lo que tenía, todo su sustento».

Mt 23, 1-39. Entonces, dirigiendo Jesús su palabra al pueblo y a sus discípulos, les dijo:

«Los escribas y los fariseos están sentados en la cátedra de Moisés. Practicad, pues, y haced todo lo que os dijeren; pero no arregléis vuestra

es: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo.* No hay otro mandamiento mayor que éstos». Y el escriba le dijo: «Maestro, has dicho bien, y con toda verdad, que Dios es uno solo, y no hay otro fuera de él. Y que amarle de todo corazón, y con todo el espíritu, y con toda el alma, y con todas las fuerzas, y al prójimo come a sí mismo, vale más que todos los holocaustos y sacrificios». Viendo Jesús que había respondido sabiamente, díjole: «No estás lejos del reino de Dios». Y ya nadie osaba hacerle preguntas.

Mc 12, 35-37. Y, enseñando y razonando Jesús en el templo, decía: «¿Cómo dicen los escribas que el Cristo el hijo de David? Siendo así que el mismo David, inspirado del Espíritu Santo, dice: "Dijo el Señor a mi Señor: *Siéntate a mi diestra hasta tanto que yo haya puesto a tus enemigos por escabel de tus pies*". Pues si David le llama su Señor, ¿cómo puede ser hijo suyo?». Y el numeroso auditorio le oía con gusto.

Lc 21, 1-4. Estando mirando hacia el gazofilacio, vio a varios ricos que iban echando en él sus ofrendas. Y vio asimismo a una pobrecita viuda, la cual echaba dos pequeñas monedas. Y dijo: «En verdad os digo que esta pobre viuda ha echado más que todos. Por cuanto todos éstos han ofrecido a Dios de lo que les sobra; pero ésta de su misma pobreza ha dado lo que tenía para su sustento».

Mc 12, 38-40. Y decíales en sus instrucciones: «Guardaos de los escribas, que hacen gala de pasearse con vestidos rozagantes, y de ser saludados en la plaza, y de ocupar las primeras sillas en las sinagogas y los prime-

Lc 20, 41-44. Él, empero, les replicó: «¿Cómo dicen que el Cristo es hijo de David, siendo así que David mismo, en el libro de los Salmos, dice: "Dijo el Señor a mi Señor: *Siéntate a mi diestra, hasta tanto que yo ponga a tus enemigos por tarima de tus pies*"? Pues, si David le llama su Señor, ¿cómo puede ser hijo suyo?».

Lc 20, 45-47. Después, oyéndolo todo el pueblo, dijo a sus discípulos: «Guardaos de los escribas, que hacen pompa de pasearse con vestidos rozagantes, y gustan de ser saludados en las plazas, y de ocupar las primeras sillas en las

conducta por la suya, porque ellos dicen y no hacen. El hecho es que van liando cargas pesadas y las ponen sobre los hombros de los demás, cuando ellos no quieren ni moverlas con el dedo.

ros asientos en los convites, que devoran las casas de las viudas con el pretexto de largas oraciones: éstos serán castigados con más rigor».

sinagogas y los primeros puestos en los convites, que devoran las casas de las viudas, so color de hacer larga oración. Éstos serán condenados con mayor rigor».

Todas sus obras las hacen con el fin de ser vistos de los hombres: por lo mismo llevan las filacterias más anchas, y hacen más largas las orlas de su vestido. Aman también los primeros asientos en los banquetes, y las primeras sillas en las sinagogas, y el ser saludados en la plaza, y que los hombres les den el título de maestros. Vosotros, por el contrario, no habéis de querer ser saludados maestros; porque uno sólo es vuestro Maestro, y todos vosotros sois hermanos. Tampoco habéis de llamar a nadie sobre la tierra padre, pues uno sólo es vuestro Padre, el cual está en los cielos. Ni debéis ser llamados maestros; porque el Cristo es vuestro único Maestro. El mayor entre vosotros hágase servidor de todos. Quien se ensalzare, será humillado; y quien se humillare, será ensalzado.

414.6/10 Pero ¡ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que cerráis el reino de los cielos a los hombres; porque ni vosotros entráis, ni dejáis entrar a los que entrarían. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que devoráis las casas de las viudas y hacéis largas oraciones para excusaros, por eso recibiréis mayor condenación. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, porque recorréis mar y tierra para hacer un prosélito y, cuando ya lo es, lo hacéis hijo de la gehenna, dos veces peor que vosotros. ¡Ay de vosotros, guías ciegos!, que decís: "El jurar uno por el templo no es nada, mas quien jura por el oro del templo está obligado". ¡Necios y ciegos! ¿qué vale más, el oro, o el templo, que santifica al oro? Y "si alguno jura por el altar, no importa; mas quien jurare por la ofreda puesta sobre él se hace deudor". ¡Ciegos! ¿qué vale más, la ofrenda, o el altar, que santifica la ofrenda? Cualquiera, pues, que jura por el altar, jura por él, y por todas las cosas que se ponen sobre él. Y quien jura por el templo, jura por él, y por aquel que lo habita. Y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios, y por aquel que está en él sentado. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que pagáis diezmos de la hierbabuena, del eneldo y del comino, y habéis abandonado las cosas más esenciales de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Éstas debierais observar, sin omitir aquéllas. ¡Oh guías ciegos, que coláis un mosquito y os tragáis un camello! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que limpiáis por fuera la copa y el plato; y por dentro están llenos de rapacidad e inmundicia. ¡Fariseo ciego!, limpia primero por dentro la copa y el plato, si quieres que lo de afuera sea limpio. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, porque sois semejantes a los sepulcros blanqueados, los cuales por fuera parecen hermosos a los hombres, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de todo género de podredumbre. Así también vosotros en el exterior os mostráis justos a los hombres; mas en el interior estáis llenos de hipocresía y de iniquidad. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que fabricáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los monumentos de los justos. Y decís: "Si hubiéramos vivido en tiempo de nuestros padres, no hubiéramos sido cómplices en la muerte de los profetas". Con lo que dais testimonio, contra vosotros mismos, de que sois hijos de los que mataron a los profetas. Acabad, pues, de llenar la medida de vuestros padres. ¡Serpientes, raza de víboras! ¿cómo será posible que evitéis el ser conde-

nados al fuego del infierno? Porque he aquí que yo voy a enviaros profetas, y sabios, y escribas, y de ellos degollaréis a unos, crucificaréis a otros, a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y los andaréis persiguiendo de ciudad en ciudad, para que recaiga sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el templo y el altar. En verdad os digo que todas estas cosas vendrán a caer sobre la generación presente.

¡Jerusalén! ¡Jerusalén!, que matas a los profetas, y apedreas a los que a ti son enviados, ¡cuántas veces quise recoger a tus hijos, como la gallina recoge a sus pollitos bajo las alas, y tú no lo has querido! He aquí que vuestra casa va a quedar desierta. Y así os digo: No me veréis más, hasta tanto que digáis: "Bendito sea, el que viene en nombre del Señor".

Mt 24, 1-51. Salido Jesús del templo iba ya andando, cuando se llegaron a él sus discípulos, a fin de hacerle reparar en los edificios del templo. Pero él les dijo: «¿Veis todo esto? En verdad os digo que no quedará aquí piedra sobre piedra que no sea derribada». Y estando él sentado en el monte de los Olivos, se llegaron los discípulos y le preguntaron en secreto: «Dinos, ¿cuándo sucederá eso? ¿y cuál será la señal de tu venida, y del fin del mundo?». A lo que Jesús les respondió:

«Mirad que nadie os engañe. Porque muchos han de venir en mi nombre, diciendo: "Yo soy el Cristo", y seducirán a mucha gente. Oiréis también hablar de guerras y rumores de guerras; pero mirad, no os alarméis; pues conviene que así sea, pero ello no es todavía el fin. Se armará nación contra nación, y reino contra otro reino, y habrá pestes y hambres, y terremotos en varios lugares. Y todo esto será el comienzo de los dolores de parto. En aquel tiempo seréis entregados para

Mc 13, 1-37. Al salir del templo, díjole uno de sus discípulos: «¡Maestro, mira qué piedras y qué fábrica!». Jesús le dio por respuesta: «¿Ves todos esos magníficos edificios? Pues serán de tal modo destruidos, que no quedará piedra sobre piedra». Y estando sentado en el monte de los Olivos, de cara al templo, le preguntaron aparte Pedro y Santiago, y Juan, y Andrés: «Dinos, ¿cuándo sucederá eso?, y ¿qué señal habrá de que todas estas cosas están a punto de cumplirse?». Jesús, tomando la palabra, les habló de esta manera:

«Mirad que nadie os engañe; porque muchos vendrán arrogándose mi nombre, y diciendo: "Yo soy", y seducirán a muchos. Cuando sintiereis alarmas y rumores de guerras, no os turbéis por eso; porque han de suceder estas cosas, mas no ha lle-

Lc 21, 5-33. Diciendo algunos que el templo estaba adornado de hermosas piedras y ofrendas votivas, dijo: «Días vendrán en que de todo esto que veis no quedará piedra sobre piedra, que no sea demolida». Preguntáronle ellos: «Maestro, ¿cuándo será eso, y qué señal habrá de que tales cosas están próximas a suceder?»

Jesús les respondió: «Mirad que no es dejéis engañar; porque muchos vendrán en mi nombre, diciendo: "Yo soy, y ya ha llegado el tiempo". Guardaos, pues, de seguirlos. Antes, cuando sintiereis rumor de guerras y sediciones, no queráis alarmaros; es verdad que primero han de acaecer estas cosas, mas no por eso será luego el fin».

Entonces añadió él: «Se levantará un pueblo contra otro pueblo, y un reino contra otro reino. Y habrá grandes terremotos en varias partes, y pestilencias, y hambres, y aparecerán en el cielo cosas espantosas y prodigios extraordinarios. Pero, antes que sucedan todas estas cosas, se apo-

ser puestos en los tormentos, y os darán la muerte, y seréis aborrecidos de todas las gentes a causa de mi nombre. Y entonces muchos sucumbirán, y se traicionarán y odiarán mutuamente. Y aparecerá un gran número de falsos profetas que pervertirán a mucha gente. Y por la inundación de los vicios se enfriará la caridad de muchos. Mas el que perseverare hasta el fin, ése se salvará. Entre tanto se predicará este evangelio del reino en todo el mundo, en testimonio para todas las naciones, y entonces vendrá el fin.

Según esto, cuando veréis que está establecida en el lugar santo la abominación desoladora que predijo el profeta Daniel (quien lea esto, nótelo bien), en aquel trance los que moran en Judea, huyan a los montes; y el que está en el terrado, no baje a sacar cosa de su casa; y el que se halle en el campo, no vuelva a coger su túnica. ¡Ay de las que estén encintas o criando en aquellos días! Rogad, pues, que vuestra huida no sea en invierno o en sábado. Porque será tan terrible la tribulación entonces, que no la hubo semejante desde el principio del mundo hasta ahora ni la habrá, jamás. Y a no acortarse aquellos días, ninguno se salvaría; mas abreviarse han por amor de los escogidos. En tal tiempo, si alguno os dice: "El Cristo está aquí gado aún el fin. Puesto que se armará nación contra nación, y reino contra reino, y habrá terremotos en varias partes, y hambres. Y esto será el principio de los dolores. Entre tanto vosotros estad sobre aviso en orden a vuestras mismas personas. Por cuanto habéis de ser llevados a los sanedrines, y azotados en las sinagogas, y presentados por causa de mí ante los gobernadores y reyes, para que deis delante de ellos testimonio. Mas primero debe ser predicado el evangelio a todas las naciones. Cuando, pues, llegare el caso de que os lleven para entregaros en sus manos, no discurráis de antemano lo que habéis de hablar; sino hablad lo que os será inspirado en aquel trance; porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo. Entonces el hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo; y se levantarán los hijos contra los padres, y les quitarán la vida. Y vosotros seréis aborrecidos de todo el mundo por causa de mi nombre. Mas quien estuviere firme hasta el fin, éste será salvo.

derarán de vosotros, y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas, y meterán en las cárceles, y os llevarán por fuerza ante los reyes y gobernadores, por causa de mi nombre. Lo cual os servirá de ocasión para dar testimonio. Por consiguiente, imprimid en vuestros corazones que no debéis discurrir de antemano cómo habéis de responder, pues yo pondré las palabras en vuestra boca, y una sabiduría a que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos. Y seréis entregados por vuestros mismos padres y hermanos, y parientes, y amigos, y harán morir a muchos de vosotros; de suerte que seréis odiados de todo el mundo por amor de mí; no obstante, ni un cabello de vuestra cabeza se perderá. Mediante vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas. Mas, cuando viereis a Jerusalén estar cercada por un ejército, entonces tened por cierto que su desolación está cerca. En aquella hora, los que se hallan en Judea, huyan a las montañas; los que habitan en medio de la ciudad, retírense; y los que están en los contornos, no entren. Porque días de venganza son éstos, en que se han de cumplir todas las cosas como están escritas. Pero ¡ay de las que estén encintas, o criando en aquellos días!, pues este país se hallará en gran-

o allí" no le creáis. Porque aparecerán falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes maravillas y prodigios; por manera que aun los escogidos (si posible fuera) caerían en error. Ya veis que yo os lo he predicho. Así, aunque os digan: "He aquí que está en el desierto", no vayáis allá; o bien: "Mirad que está en la parte más interior de la casa", no lo creáis. Por-
378.11 que, como el relámpago sale de oriente y se deja ver hasta occidente, así será el advenimiento del Hijo del hombre. Y dondequiera que se hallare el cuerpo, allí se juntarán las águilas.

Pero luego, después de la tribulación de aquellos días, el sol se obscurecerá, la luna no alumbrará, y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes de los cielos temblarán. Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre, y entonces todos los pueblos de la tierra se golpearán el pecho, y verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad. El cual enviará sus ángeles, que a voz de trompeta sonora congregarán a sus escogidos de las cuatro partes del mundo, desde un horizonte del cielo hasta el otro. Tomad esta comparación sacada del árbol de la higuera: cuando sus ramas están ya tiernas, y brotan las hojas, conocéis que el verano está cerca. Pues así también, cuando vosotros estad sobre aviso; ya

Cuando, empero, viereis la abominación de la desolación, establecida donde menos debiera (el que lea esto, haga reflexión), entonces los que moren en Judea huyan a los montes; y el que se encuentre en el terrado, no baje a casa, ni entre a sacar de ella cosa alguna; y el que esté en el campo, no torne atrás a tomar su vestido. Mas, ¡ay de las que estarán encintas, y de las que criarán en aquellos días! Por eso rogad que no sucedan estas cosas durante el invierno. Porque serán tales las tribulaciones de aquellos días, cuales no se han visto desde que Dios creó el mundo hasta el presente, ni se verán. Y si el Señor no hubiese abreviado aquellos días, no se salvaría hombre alguno; mas en gracia de los escogidos, que él se eligió, los ha abreviado. Entonces, si alguno os dijere: "Ve aquí el Cristo, o vele allí", no lo creáis. Porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, los cuales harán milagros y prodigios para seducir, si fuese posible, a los mismos escogidos. Por tanto, vosotros

des angustias e ira contra ese pueblo. Parte morirán a filo de espada; parte serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta tanto que se cumplan los tiempos de las naciones. Veránse, empero, antes fenómenos prodigiosos en el sol, la luna y las estrellas, y en la tierra estarán consternadas y atónitas las gentes por el estruendo del mar y de las olas. Muriéndose los hombres de temor y de sobresalto por las cosas que han de sobrevenir a todo el universo; porque las virtudes de los cielos se bambolearán. Y entonces verán al Hijo del hombre venir sobre una nube con grande poder y majestad. Como quiera, vosotros, al ver que comienzan a suceder estas cosas, cobrad ánimo y levantad vuestras cabezas, porque vuestra redención está cerca».

Y propúsoles esta comparación: «Reparad en la higuera y en los demás árboles. Cuando echan ya brotes, viéndolos, conocéis que está cerca el verano. Así también vosotros, en viendo la ejecución de estas cosas, entended que el reino de Dios está cerca. Os empeño mi palabra en que no se acabará esta generación hasta que todo lo dicho se cumpla. El cielo y la tierra se mudarán, pero mis palabras no faltarán».

Lc 17, 26-37. «Lo que

tros viereis todas estas cosas, tened por cierto que está cerca, a la puerta. Lo que os aseguro es que no se acabará esta generación hasta que se cumpla todo eso. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

Mas en orden al día y a la hora, nadie lo sabe, ni aun los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre. Lo que sucedió en los días de Noé, eso mismo sucederá en la venida del Hijo del hombre: porque así como en los días anteriores al diluvio proseguían los hombres comiendo y bebiendo, y tomando marido y tomando mujer hasta el día mismo de la entrada de Noé en el arca, no pensaron en el diluvio hasta que lo vieron comenzado, y los arrebató a todos; así sucederá en la venida del Hijo del hombre. Entonces estarán dos hombres en el campo, uno será tomado y el otro dejado. Dos mujeres moliendo en un molino, la una será tomada y la otra dejada. Velad, pues, vosotros, ya que no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor. Es-
276.10 tad ciertos que si un padre de familias supiera a qué hora le había de asaltar el ladrón, estaría seguramente en vela, y no dejaría minar su casa. Pues estad vosotros apercibidos; porque, a la hora que menos penséis, ha de venir el Hijo del hombre. ¿Quién pensáis que es el siervo fiel y prudente, constituido por su señor veis que os lo he predicho todo.

Y, pasados aquellos días de tribulación, el sol se obscurecerá, y la luna no alumbrará. Y las estrellas del cielo caerán, y las potestades que hay en los cielos se bambolearán. Entonces se verá venir al Hijo del hombre sobre las nubes con gran poder y gloria. El cual enviará luego sus ángeles, y congregará a sus escogidos de las cuatro partes del mundo desde el último cabo de la tierra, hasta la extremidad del cielo. Aprended ahora una comparación de la higuera. Cuando ya sus ramas retoñecen, y brotan las hojas, conocéis que está cerca el verano. Pues así también, cuando vosotros veáis que acontecen estas cosas, sabed que el Hijo del hombre está cerca, está ya a la puerta. En verdad os digo que no pasará esta generación, que no se hayan cumplido todas estas cosas. El cielo y la tierra faltarán; pero no faltarán mis palabras.

Mas, en cuanto al día o a la hora, nadie sabe nada, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre. Estad, pues, alerta, velad y orad, acaeció en el tiempo de Noé, igualmente acaecerá en el día del Hijo del hombre. Comían y bebían, casábanse y celebraban bodas, hasta el día en que Noé entró en el arca; y sobrevino entonces el diluvio que acabó con todos. Como también lo que sucedió en los días de Lot: comían y bebían; compraban y vendían; hacían plantíos y edificaban casas. Mas el día que salió Lot de Sodoma llovió del cielo fuego y azufre, que los abrasó a todos. Lo mismo ocurrirá el día en que se manifestará el Hijo del hombre. En aquella hora, quien se hallare en el terrado y tiene sus cosas dentro de casa, no entre a cogerlas, y, semejantemente, quien se hallare en el campo, no vuelva atrás. Acordaos de la mujer de Lot. Todo aquel que quisiere salvar su vida, la 265.12
perderá, y quien la perdiere la conservará. Una cosa os digo: en aquella noche dos estarán en un mismo lecho; el uno será libertado, y el otro abandonado. Estarán dos mujeres moliendo juntas; la una será libertada, y la otra abandonada. Estarán dos en un mismo campo; y el uno será libertado y el otro abandonado». «Dónde, Señor?» preguntaron ellos. Y Jesús les respondió: «Dondequiera que esté el cuerpo allá volarán las águilas».

Lc 21, 34-38. «Estad atentos, no suceda que se

sobre su familia, para repartir a cada uno el alimento a su tiempo? Bie-
276.11 naventurado el tal siervo, a quien, cuando venga su señor, le hallare obrando así. En verdad os digo que le encomendará el gobierno de toda su hacienda. Pero si este siervo malo dijere en su corazón: "Mi amo no viene tan presto", y empezare a maltratar a sus consiervos, y a comer y beber con los borrachos, vendrá el amo de tal siervo en el día que no espera y a la hora que menos piensa, y lo separará y le asignará la suerte de los hipócritas; allí será el llanto y el crujir de dientes».

que no sabéis cuándo será el tiempo. A la manera de un hombre que saliendo a un viaje largo dejó su casa, y señaló a cada uno de sus criados lo que debía hacer, y mandó al portero que velase. Velad, pues (porque no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa: si a la tarde, a la medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer), no sea que, viniendo de repente, os encuentre dormidos. En fin, lo que a vosotros os digo, a todos lo digo: Velad».

ofusquen vuestros corazones con la glotonería, la embriaguez y los cuidados de esta vida, y os sobrecoja de repente aquel día como un lazo; pues sorprenderá a todos los que moran sobre la superficie de toda la tierra. Velad, pues, orando en todo tiempo, a fin de merecer el evitar todos estos males venideros y manteneros en pie ante el Hijo del hombre».

Durante el día, estaba 593
Jesús enseñando en el 595
templo, y, saliendo, pasa- 597
ba la noche en el monte llamado de los Olivos. Y todo el pueblo acudía muy de madrugada al templo para oírle.

Mt 25, 31-46. «Cuando venga, pues, el Hijo del hombre con toda su majestad, y acompañado de todos sus ángeles, sentarse ha entonces en el trono de su gloria. Y hará comparecer delante de él a todas las naciones, y separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, poniendo las ovejas a su derecha y los cabritos a la izquierda. Entonces el Rey dirá a los que estarán a su derecha: "Venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del reino que os está preparado desde el principio del mundo. Porque yo tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era peregrino, y me hospedasteis; estando desnudo, me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; encarcelado, y vinisteis a verme"». Entonces los justos le responderán, diciendo: «Señor, ¿cuándo te vimos nosotros hambriento, y te dimos de comer; sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te hallamos peregrino, y te hospedamos; desnudo, y te vestimos? O ¿cuándo te vimos enfermo, y en la cárcel, y fuimos a
453.5 visitarte?". Y el Rey, en respuesta, les dirá: "En verdad os digo, siempre que lo hicisteis con alguno de éstos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis". Al mismo tiempo dirá a los que estarán a la izquierda: "Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno, que fue destinado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; sed, y no me disteis de beber; era peregrino, y no me recogisteis; desnudo, y no me vestisteis; enfermo y encarcelado, y no me visitasteis". A lo que replicarán también los malos: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o peregrino, o desnudo, o enfermo, o encarcelado, y dejamos de asistirte?". Entonces les responderá: "Os digo, en verdad, siempre que dejasteis de hacerlo con alguno de estos pequeños, dejasteis de hacerlo conmigo". E irán éstos al eterno suplicio, y los justos a la vida eterna».

Mt 26, 17-19. El primer día de

Mc 14, 12-16. El primer día, pues, de los ázimos en

Lc 22, 7-13. Llegó entre 598
tanto el día de los ázimos,

los ázimos, acudieron los discípulos a Jesús y le preguntaron: «Dónde quieres que te dispongamos la cena de la Pascua?». Jesús les respondió: «Id a la ciudad en casa de tal persona, y dadle este recado: "El Maestro dice: mi tiempo se acerca, voy a celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos"». Hicieron los discípulos lo que Jesús les ordenó, y prepararon la Pascua.

que sacrificaban el cordero pascual, dícenle los discípulos: «¿Adónde quieres que vayamos a prepararte la cena de la Pascua?». Y Jesús envió a dos de ellos, diciéndoles: «Id a la ciudad, y encontraréis a un hombre que lleva un cántaro de agua: seguidle. Y en donde quiera que entrare, decid al amo de la casa que el Maestro os envía a decir: "¿Dónde está la sala en que he de celebrar la cena de la Pascua con mis discípulos?". Y él os mostrará, en el piso alto, una gran sala, con triclinios, preparada». Fueron, pues, los discípulos, y, llegando a la ciudad, hallaron todo lo que se les había dicho y prepararon la Pascua.

en el cual era necesario sacrificar el cordero pascual. Y Jesús envió a Pedro y a Juan, diciéndoles: «Id a prepararnos lo necesario para celebrar la pascua». Dijeron ellos: «¿Dónde quieres que lo dispongamos?». Respondióles: «Así que entraréis en la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua: seguidle hasta la casa en que entre. Y diréis al padre de familias de ella: "El Maestro te envía a decir: ¿Dónde está la pieza en que yo he de comer el cordero pascual con mis discípulos?". Y él mostrará una sala grande, aderezada: preparad allí lo necesario». Idos que fueron, lo hallaron todo como les había dicho, y dispusieron la pascua.

Jn 12, 20-50. Al mismo tiempo ciertos griegos, de los que habían venido para adorar a Dios en la fiesta, se llegaron a Felipe, natural de Betsaida en Galilea, y le hicieron esta súplica: «Señor, deseamos ver a Jesús». Felipe fue y lo dijo a Andrés; y Andrés y Felipe juntos se lo dijeron a Jesús.

Jesús les respondió, diciendo: «Venida es la hora en que debe ser glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo, después de echado en tierra, no muere, queda infecundo; pero, si muere, produce
265.12 mucho fruto. Quien ama su vida, la perderá; mas el que aborrece su vida en este mundo, la conserva para la vida eterna. El que me sirve, sígame; que donde yo estoy, allí estará también el que me sirve; y a quien me sirviere, le honrará mi Padre. Pero ahora mi alma se siente turbada. ¿Y qué diré? ¡Oh Padre!, líbrame de esta hora. Mas para esa misma hora he venido. ¡Oh Padre!, glorifica tu nombre». Al momento se oyó del cielo esta voz: «Le he glorificado ya, y le glorificaré todavía».

La gente que allí estaba y oyó decía que aquello había sido un trueno. Otros decían: «Un ángel le ha hablado». Jesús les respondió, y dijo: «Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el príncipe de este mundo va a ser lanzado fuera. Y cuando yo seré levantado en la tierra atraeré a todos hacia mí». Esto lo decía para significar de qué muerte había de morir. Replicóle la gente: «Nosotros sabemos por la ley que el Cristo debe vivir eternamente: ¿pues cómo dices que debe ser levantado el Hijo del hombre?». Respondióle Jesús: «La luz aún está entre vosotros por un poco de tiempo. Caminad, pues, mientras tenéis luz, para que las tinieblas no os sorprendan; que quien anda entre tinieblas no sabe adónde va. Mientras tenéis luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz». Estas cosas les dijo Jesús; y fue, y se escondió de ellos.

El caso es que, con haber hecho Jesús delante de ellos tantos milagros, no creían en él. De suerte que vinieron a cumplirse las palabras que dijo el profe-

ta Isaías: "¡Oh Señor!, ¿quién ha creído a lo que oyó de nosotros? ¿y de quién ha sido conocido el brazo del Señor?". Por eso no podían creer, pues ya Isaías dijo también: "Cegó sus ojos y endureció su corazón; para que con los ojos no vean, y no perciban en su corazón, por temor de convertirse, y de que yo los cure". Esto dijo Isaías porque vio la gloria de él y habló de su persona. No obstante, hubo aún de los magnates muchos que creyeron en él; mas por temor de los fariseos no lo confesaban, para que no los echasen de la sinagoga. Y es que amaron más la opinión de los hombrès, que la gloria de Dios.

Jesús, pues, alzó la voz, y dijo: «Quien cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me ha enviado. Y el que a mí ve, ve al que me envió. Yo soy la luz y he venido al mundo, para que quien cree en mí no permanezca entre las tinieblas. Que si alguno oye mis palabras, y no las observa, yo no le doy la sentencia; pues no he venido a juzgar al mundo, sino a salvarle. Quien me menosprecia, y no recibe mis palabras, ya tiene juez que le juzgue: la palabra que yo he predicado, ésa le juzgará en el último día. Puesto que yo no he hablado de mí mismo, sino que el Padre que me envió, él mismo me ordenó lo que debo decir y cómo he de hablar. Y yo sé que lo que él ha mandado es la vida eterna. Así pues, las cosas las digo tal como el Padre me las ha dicho».

Mt 26, 20. Al caer de la tarde, estaba a la mesa con sus doce discípulos.

Mc 14, 17. Puesto ya el sol, allá fue Jesús con los doce.

Lc 22, 14-18. Llegada la hora, púsose a la mesa, y los apóstoles, con él. Y les dijo: «Ardientemente he deseado **600**
comer esta pascua con vosotros, antes de mi pasión. Porque yo os digo que ya no la comeré otra vez, hasta que tenga su cumplimiento en el reino de Dios». Y, tomando el cáliz, dio gracias y dijo: «Tomad, y distribuidlo entre vosotros. Porque os aseguro que ya no beberé el zumo de la vid hasta que llegue el reino de Dios».

352.5 ***Lc 22, 24-38.*** Suscitóse además entre los mismos una contienda sobre quién de ellos sería reputado el mayor. Mas Jesús les dijo: «Los reyes de los gentiles los tratan con imperio; y los que tienen autoridad sobre ellos son llamados bienhechores. No habéis de ser así vosotros; antes bien, el mayor de entre vosotros pórtese como el menor: y el que tiene la precedencia, como sirviente. Porque ¿quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve? ¿no lo es quien está a la mesa? No obstante, yo estoy en medio de vosotros como quien sirve. Vosotros sois los que constantemente habéis perseverado conmigo en mis tribulaciones. Por eso yo os preparo el reino como mi Padre me lo preparó a mí; para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis sobre tronos, pa-
576.8 ra juzgar a las doce tribus de Israel».

Dijo también el Señor: «Simón, mira que Satanás os ha reclamado, para cribaros, como el trigo. Mas yo he rogado por ti a fin de que tu fe no perezca; y tú, cuando te conviertas, confirma a tus hermanos». «Señor, respondió él, yo estoy pronto a ir contigo a la cárcel y aun a la muerte». Pero Jesús le replicó: «Yo te digo, Pedro, que no cantará hoy el gallo antes que tú niegues tres veces haberme conocido».

Díjoles después: «En aquel tiempo en que os envié sin bolsillo, sin alforja y sin zapatos, ¿por ventura os faltó alguna cosa?». «Nada» respondieron ellos. «Pues ahora, prosiguió Jesús, el que tiene bolsillo, llévelo, y también alforja; y el que no tiene espada, venda su túnica, y cómprela. Porque yo os digo que es necesario que se cumpla en mí todavía esto que está escrito: "Él ha sido contado entre los malhechores" porque también lo que a mí toca llega a su cum-

plimiento». Ellos salieron con decir: «Señor, he aquí dos espadas». Pero Jesús
602.7 les respondió: «Basta».

Jn 13, 1-20. En la víspera del día solemne de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de su tránsito de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos, que vivían en el mundo, los amó hasta el fin. Y, comenzada la cena, cuando ya el diablo había sugerido en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, el designio de entregarle, Jesús, que sabía que el Padre le había puesto todas las cosas en sus manos, y que, como era venido de Dios, a Dios volvía, levántase de la mesa, y quítase sus vestidos, y, habiendo tomado una toalla, se la ciñe. Echa después agua en un lebrillo, y pónese a lavar los pies de los discípulos, y a limpiarlos con la toalla que se había ceñido.

Viene a Simón Pedro, y Pedro le dice: «¡Señor!, ¿tú lavarme a mí los pies?». Respondióle Jesús, y le dijo: «Lo que yo hago tú no lo entiendes ahora; lo entenderás después». Dícele Pedro: «Jamás me lavarás tú a mí los pies». Respondióle Jesús: «Si yo no te lavare, no tendrás parte conmigo». Dícele Simón Pedro: «Señor, no solamente mis pies, sino las manos también, y la cabeza». Jesús le dice: «El que acaba de lavarse, no necesita lavarse más que los pies, estando como está limpio todo. Y, en cuanto a vosotros, limpios estáis, bien que no todos». Que, como sabía quién era el que le había de hacer traición, por eso dijo: «No todos estáis limpios».

Después, en fin que les hubo lavado los pies y tomó otra vez su vestido, puesto de nuevo a la mesa, díjoles: «¿Comprendéis lo que acabo de hacer con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, que soy el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, debéis también vosotros lavaros los pies uno al otro. Porque ejemplo os he dado, para que así como yo he hecho con vosotros, así lo hagáis vosotros también. En verdad, en verdad os digo que no es el siervo más que su amo, ni el enviado mayor que aquel que le envió». Y añadió: «Si comprendéis estas cosas, seréis bienaventurados, como las practiquéis. No lo digo por todos vosotros: yo conozco a los que tengo escogidos; mas ha de cumplirse la Escritura: "Uno que come el pan conmigo levantará contra mí su calcañar". Os lo digo desde ahora, antes que suceda; para que, cuando suceda, creáis que yo soy. En verdad, en verdad os di-
265.13 go que quien recibe al que yo enviare, a mí me recibe; y quien a mí me recibe, recibe a aquel que me ha enviado».

Mt 26, 26-29. Mientras estaban cenando, tomó Jesús el pan, y lo bendijo, y partió, y dióselo a sus discípulos, diciendo: «Tomad y comed: éste es mi cuerpo». Y tomando el cáliz dio gracias y dióselo, diciendo: «Bebed todos de él. Porque ésta es mi sangre del nuevo testamento, que será derramada por muchos para remisión de los pecados. Y os declaro que no beberé ya más desde ahora de este fruto de la vid hasta el día en que lo beba con vosotros de nuevo en el reino de mi Padre».

Mc 14, 22-25. Durante la cena, tomó Jesús pan y, bendiciéndolo, lo partió, y dióselo, y les dijo: «Tomad, éste es mi cuerpo». Y cogiendo el cáliz, dando gracias, se lo alargó; y bebieron todos de él. Y díjoles: «Ésta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos. En verdad os digo que de hoy más no beberé de este fruto de la vid, hasta el día en que lo beba nuevo en el reino de Dios».

Lc 22, 19-20. Después tomó el pan, dio gracias, lo partió, y dióselo, diciendo: «Esto es mi cuerpo, que es entregado por vosotros: haced esto en memoria mía». Del mismo modo tomó el cáliz, después que hubo cenado, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros».

Mt 26, 21-25. Y, estando comiendo, dijo: «En verdad os digo que uno de vosotros me hará traición». Y ellos, afligidos sobre manera, empezaron a preguntar uno a uno: «¡Señor!, ¿soy acaso yo?». Y él, en respuesta, dijo: «El que mete conmigo su mano en el plato, ése es el traidor. En cuanto al Hijo del hombre, él se marcha, conforme está escrito de él; pe-
590.7 ro ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre será entregado: mejor le fuera al tal si no hubiese jamás nacido!». Y tomando la palabra Judas, que era el que le entregaba, dijo: «¿Soy quizá yo, Maestro?». Le dice: «Tú lo has dicho».

Mc 14, 18-21. Y estando a la mesa, y comiendo, dijo Jesús: «En verdad os digo que uno de vosotros, que come conmigo, me entregará». Comenzaron a contristarse y a decirle uno después de otro: «¿Acaso seré yo?». Él les respondió: «Es uno de los doce, el que mete conmigo la mano en el plato. Verdad es que el Hijo del hombre se va como está escrito de él; pero ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre será entregado! Mejor le sería a tal hombre no haber nacido».

Lc 22, 21-23. «Mas ved que la mano del que me entrega está conmigo en la mesa. Verdad es que el Hijo del hombre, según está decretado, sigue su camino; pero ¡ay de aquel hombre que le ha de hacer traición!». Inmediatamente comenzaron a preguntarse unos a otros quién de ellos podía ser el que tal hiciese.

Jn 13, 21-38. Habiendo dicho Jesús estas cosas, se turbó en su espíritu y declaró, y dijo: «En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me entregará». Al oír esto los discípulos mirábanse unos a otros, dudando de
464.18 quién hablaría. Estaba uno de ellos, al cual Jesús amaba, recostado a la mesa sobre el seno de Jesús. A este discípulo, pues, Simón Pedro le hizo una seña, diciéndole: «¿De quién habla?». Él entonces, recostándose sobre el pecho de Jesús, le dijo: «Señor, ¿quién es?». Jesús le respondió: «Es aquel a quien yo daré pan mojado». Y, habiendo mojado pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote. Y, después que tomó éste el bocado, Satanás entró en él. Y Jesús le dijo: «Lo que has de hacer, hazlo pronto». Pero ninguno de los que estaban a la mesa entendió a qué fin se lo dijo. Porque, como Judas tenía la bolsa, pensaban algunos que Jesús le hubiese dicho: «Compra lo que necesitemos para la fiesta», o que diese algo a los pobres. Él, luego que tomó el bocado, salió; y era ya de noche.

Cuando hubo salido, dijo Jesús: «Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre, y Dios ha sido glorificado en él. Y si Dios queda glorificado en él, Dios igualmente le glorificará a él, en sí mismo, y le glorificará muy presto. Hijitos, por un poco de tiempo aún estoy con vosotros. Vosotros me buscaréis; y así como dije a los judíos: A donde yo voy no podéis venir vosotros, eso mismo digo a vosotros ahora. Un nuevo mandamiento os doy: que os améis unos a otros; que del modo que yo os he amado, así también os améis recíproca-

Mt 26, 30-35. Y, dicho el himno, salieron hacia el monte de los Olivos. Entonces díceles Jesús: «Todos vosotros os escandalizaréis en mí esta noche, pues está escrito: "Heriré al pastor y se descarriarán las ovejas del rebaño". Mas, una

Mc 14, 26-31. Y dicho el himno salieron hacia el monte de los Olivos. Díjoles aún Jesús: «Todos os escandalizaréis por ocasión de mí esta noche, según está escrito: "Heriré al pastor, y se descarriarán las ovejas". Pero en resucitando me pondré a vuestro

vez resucitado, yo iré delante de vosotros a Galilea». Pedro, respondiendo, le dijo: «Aun cuando todos se escandalizaren por tu causa, yo nunca me escandalizaré». Replicóle Jesús: «Pues yo te aseguro con toda verdad que esta misma noche, antes que cante el gallo, me has de negar tres veces». A lo que dijo Pedro: «Aunque tenga que morir contigo, yo no te negaré». Lo mismo dijeron todos los discípulos.

frente en Galilea». Pedro le dijo entonces: «Aun cuando fueres para todos los demás un objeto de escándalo, no lo serás para mí». Jesús le replicó: «En verdad te digo que tú, hoy mismo, esta noche, antes de la segunda vez que cante el gallo, tres veces me has de negar». Él, no obstante, se afirmaba más y más en lo dicho, añadiendo: «Aunque me sea forzoso el morir contigo, yo no te negaré». Y lo mismo decían todos los demás.

mente. Por aquí conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor unos a otros».

Dícele Simón Pedro: «Señor, ¿adónde vas?». Respondió Jesús: «A donde yo voy tú non puedes seguirme ahora; pero me seguirás después». Pedro le dice: «¿Por qué no puedo seguirte al presente?; yo daré por ti mi vida». Respondióle Jesús: «¿Tú darás la vida por mí? En verdad, en verdad te digo: No cantará el gallo sin que me hayas negado tres veces».

579.9 591.4 ***Jn 14-17.*** «No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuese así, os lo hubiera yo dicho. Yo voy a preparar lugar para vosotros. Y cuando habré ido, y os habré preparado lugar, vendré otra vez, y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy estéis también vosotros. Que ya sabéis adónde voy, y sabéis asimismo el camino».

Dícele Tomás: «Señor, no sabemos adónde vas; pues ¿cómo podemos saber el 61.2 camino?». Respóndele Jesús: «*Yo soy el camino, la verdad y la vida*; nadie vie- 330.5 114.2 ne al Padre sino por mí. Si me hubieseis conocido a mí, hubierais sin duda co- 346.9 208.10 nocido también a mi Padre; pero desde ahora le conocéis y le habéis visto». 592.12

Dícele Felipe: «Señor, muéstranos el Padre, y eso nos basta». Jesús le responde: «Tanto tiempo ha que estoy con vosotros ¿y aún no me habéis conocido? Felipe, quien me ve a mí, ve también al Padre. Pues, ¿cómo dices tú: "Muéstranos al Padre"? ¿No creéis que yo estoy en el Padre, y que el Padre está en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo. El Padre que está en mí, él mismo hace las obras. ¿No creéis que estoy en el Padre, y que el Padre está en mí? Creedlo a lo menos por las obras que yo hago. En verdad, en verdad os digo que quien cree en mí, ése hará también las obras que yo hago, y las hará todavía mayores, por cuanto yo me voy al Padre. Y cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, yo lo haré, a fin de que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo me pidiereis en mi nombre, yo lo haré. Si me amáis, observad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros eternamente: el Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conoceréis, porque morará con vosotros, y estará dentro de vosotros. No os dejaré huérfanos: yo volveré a vosotros. Aún resta un poco de tiempo; después del cual el mundo ya no me verá. Pero vosotros me veréis, porque yo vivo, y vosotros viviréis. Entonces conoceréis vosotros que yo estoy en mi Padre, y que vosotros estáis en mí, y yo en vosotros. Quien ha recibido mis mandamientos, y los observa, ése es el que me ama. Y el que me ama, será amado de mi Padre; y yo le amaré, y yo mismo me manifestaré a él».

Dícele Judas, no el Iscariote: «Señor, ¿qué causa hay para que te hayas de manifestar a nosotros, y no al mundo?». Jesús le respondió así: «Cualquiera

que me ama, observará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión en él. Quien no me ama no practica mi doctrina. Y la doctrina que habéis oído no es mía, sino del Padre, que me ha enviado. Estas cosas os he dicho, conversando con vosotros. Mas el Consolador, el Espíritu Santo, que mi Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo, y os recordará cuantas cosas os tengo dichas. La paz os dejo, mi paz os doy: no os la doy yo como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón, ni se acobarde. Oído habéis que os he dicho: Me voy, y vuelvo a vosotros. Si me amaseis, os alegrarías sin duda de que voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo. Yo os lo digo ahora antes que suceda, a fin de que cuando sucediere os confirméis en la fe. Ya no hablaré mucho con vosotros, porque viene el príncipe de este mundo, aunque no hay en mí cosa que le pertenezca. Mas, conviene que conozca el mundo que yo amo al Padre, y que cumplo con lo que me ha mandado. Levantaos, vayámonos de aquí».

«Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento, que en mí no lleva fruto, lo cortará; y a todo aquel que diere fruto, lo podará para que dé más fruto. Ya vosotros estáis limpios, en virtud de la doctrina que os he predicado. Permaneced en mí, que yo permaneceré en vosotros. Al modo que el sarmiento no puede de suyo producir fruto si no está unido con la vid, así tampoco vosotros, si no estáis unidos conmigo. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: quien está unido conmigo, y yo con él, ése da mucho fruto; porque sin mí nada podéis hacer. El que no permanece en mí, será echado fuera como el sarmiento y se secará, y le cogerán, y arrojarán al fuego, y arderá. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que quisiereis, y se os otorgará. Mi Padre queda glorificado en que vosotros llevéis mucho fruto y seáis discípulos míos.

Al modo que mi Padre me amó, así os he amado yo. Perseverad en mi amor. Si observareis mis preceptos, perseveraréis en mi amor; así como yo también he guardado los preceptos de mi Padre, y persevero en su amor. Estas cosas os he dicho a fin de que os gocéis con el gozo mío, y vuestro gozo sea completo. Éste es mi precepto: que os améis unos a otros, como yo os he amado. Que nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, pues el siervo no es sabedor de lo que hace su amo. Mas a vosotros os he llamado amigos, porque os he dado a conocer cuantas cosas oí de mi Padre. No me elegisteis vosotros a mí; sino que yo soy el que os he elegido a vosotros, y destinado para que vayáis, y deis fruto, y vuestro fruto sea duradero, a fin de que cualquiera cosa que pidiereis al Padre en mi nombre, os la conceda. Esto os mando: que os améis unos a otros.

Si el mundo os aborrece, sabed que primero que a vosotros me aborreció a mí. Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya; pero como no sois del mundo, sino que os entresaqué yo del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de aquella sentencia mía que os dije: No es el siervo mayor que su amo. Si me han perseguido a mí, también os han de perseguir a vosotros; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Pero todo esto lo ejecutarán con vosotros por causa y odio de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado. Si yo no hubiera venido, y no les hubiera predicado, no tuvieran culpa, mas ahora no tienen excusa de su pecado. El que me aborrece a mí, aborrece también a mi Padre. Si yo no hubiera hecho entre ellos obras tales cuales ningún otro ha hecho, no tendrían culpa; pero ahora las han visto, y me han aborrecido a mí y a mi Padre. Por donde se viene a cumplir la sentencia escrita en su Ley: "Me han aborrecido sin causa alguna". Mas

cuando viniere el Consolador, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, y que yo os enviaré de parte de mi Padre, él dará testimonio de mí. Y también vosotros daréis testimonio, puesto que desde el principio estáis en mi compañía.

Estas cosas os las he dicho para que no os escandalicéis. Os echarán de las sinagogas; y aun va a venir tiempo en que quien os matare creerá, con ello, rendir culto a Dios. Y os tratarán de esta suerte porque no conocen al Padre, ni a mí. Pero yo os he advertido estas cosas con el fin de que cuando llegue la hora os acordéis de que ya os las había anunciado. Y no os las dije al principio, porque yo estaba con vosotros. Mas ahora me voy a aquel que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta: "¿Adónde vas?". Porque os he dicho estas cosas, vuestro corazón se ha llenado de tristeza. Mas yo os digo la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si yo no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; pero si me voy, os le enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo en orden al pecado, en orden a la justicia y en orden al juicio. En orden al pecado, por cuanto no han creído en mí. Respecto a la justicia porque yo me voy al Padre, y ya no me veréis. Y tocante al juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado. Aún tengo otras muchas cosas que deciros; mas ahora no podéis comprenderlas. Pero cuando él venga, el Espíritu de verdad, os guiará hacia la verdad completa; pues no hablará de suyo, sino que dirá todas las cosas que habrá oído, y os prenunciará las venideras. Él me glorificará, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre, es mío. Por eso he dicho que recibirá de lo mío, y os lo anunciará. Un poco y no me veréis, y de nuevo un poco y me veréis».

Al oír esto, algunos de los discípulos se decían unos a otros: «¿Qué nos querrá decir con esto: "Dentro de poco no me veréis; mas poco después me volveréis a ver, porque me voy al Padre"?». Decían, pues: «¿Qué poquito de tiempo es este de que habla? No entendemos lo que quiere decirnos».

Conoció Jesús que deseaban preguntarle, y díjoles: «Vosotros estáis tratando y preguntándoos unos a otros por qué habré dicho: "Dentro de poco ya no me veréis, mas poco después me volveréis a ver". En verdad, en verdad os digo que vosotros lloraréis, y plañiréis, mientras el mundo se regocijará; os contristaréis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer, en los dolores del parto, está poseída de tristeza, porque le vino su hora; mas, una vez ha dado a luz un infante, ya no se acuerda de su angustia, por el gozo de haber dado un hombre al mundo. Así vosotros, al presente, en verdad padecéis tristeza, pero yo volveré a visitaros, y vuestro corazón se bañará en gozo, y nadie os lo quitará. Entonces no habréis de preguntarme cosa alguna. En verdad, en verdad os digo que cuanto pidiereis al Padre os lo dará en mi nombre. Hasta ahora nada le habéis pedido en mi nombre: pedidle y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo. Estas cosas os he dicho usando de parábolas. Va llegando el tiempo en que ya no os hablaré con parábolas, sino que abiertamente os anunciaré las cosas del Padre. Entonces le pediréis en mi nombre; y no os digo que yo intercederé con mi Padre por vosotros, siendo cierto que el mismo Padre os ama porque vosotros me habéis amado y creído que yo he salido de Dios. Salí del Padre, y vine al mundo: otra vez dejo el mundo y me voy al Padre».

Dícenle sus discípulos: «Ahora sí que hablas claro y no en proverbios. Ahora conocemos que tú lo sabes todo, y no has menester que nadie te haga preguntas; por esto creemos que has salido de Dios». Respondióles Jesús: «¿Ahora creéis? Pues sabed que viene el tiempo, y ya llegó, en que seréis esparcidos y cada uno de vosotros se irá por su lado, y me dejaréis solo; si bien no estoy solo, porque el Padre está conmigo. Estas cosas os he dicho con el fin de que ten-

gáis en mí la paz. En el mundo tendréis grandes tribulaciones; pero tened confianza: yo he vencido al mundo».

Estas cosas habló Jesús; y, levantando los ojos al cielo, dijo:

«Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. Pues que le diste poder sobre toda carne, para que dé la vida eterna a todos los que le has dado. Y la vida eterna consiste en conocerte a ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú enviaste. Y te he glorificado en la tierra: tengo acabada la obra cuya ejecución me encomendaste. Ahora glorifícame tú, ¡oh Padre!, en ti mismo, con aquella gloria que tuve yo en ti antes que el mundo fuese. Yo he manifestado tu nombre a los hombres que me has dado del mundo. Tuyos eran, y me los diste, y ellos han puesto por obra tu palabra. Ahora han conocido que todo lo que me diste viene de ti, porque yo les di las palabras que tú me diste; y ellos las han recibido, y han reconocido verdaderamente que yo salí de ti, y han creído que me has enviado.

Por ellos ruego yo. No ruego por el mundo, sino por estos que me diste, porque son tuyos. Y todas mis cosas son tuyas, y las tuyas son mías; y en ellos he sido glorificado. Yo ya no estoy más en el mundo, pero éstos quedan en el mundo: yo voy hacia ti. Padre santo, guárdalos en tu nombre, que tú me has dado, a fin de que sean una misma cosa como nosotros lo somos. Mientras estaba yo con ellos, yo los defendía en tu nombre. Guardado he los que tú me diste, y ninguno de ellos se ha perdido, sino el hijo de la perdición, para que se cumpla la Escritura. Mas ahora vuelvo a ti; y digo esto en el mundo, a fin de que ellos tengan en sí mismos el gozo cumplido que tengo yo. Yo les he comunicado tu doctrina, y el mundo los ha aborrecido, porque no son del mundo, así como yo tampoco soy del mundo. No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal. Ellos no son del mundo, como yo tampoco soy del mundo. Santifícalos en la verdad. La palabra tuya es la verdad. Así como tú me has enviado al mundo, así yo los he enviado también a ellos al mundo. Y yo por amor de ellos me consagro a mí mismo para que ellos sean consagrados en la verdad.

Pero no ruego solamente por éstos, sino también por aquellos que han de creer en mí por medio de su predicación: que todos sean uno; que como tú, ¡Padre!, en mí, y yo en ti, así sean ellos en nosotros, para que crea el mundo que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste para que sean uno como lo somos nosotros; yo en ellos, y tú en mí, a fin de que sean consumados en la unidad y conozca el mundo que tú me has enviado y los has amado como a mí me amaste. Padre, yo deseo que aquellos que tú me has dado estén conmigo allí mismo donde yo estoy, para que contemplen mi gloria, cual tú me la has dado, porque tú me amaste desde antes de la creación del mundo. ¡Oh Padre justo!, el mundo no te ha conocido; yo sí que te he conocido; y éstos han conocido que tú me enviaste. Yo, por mi parte, les he dado y daré a conocer tu nombre, para que el amor con que me amaste, en ellos esté, y yo en ellos».

Mt 26, 36-56. Entre tanto llegó Jesús con ellos a una granja llamada Getsemaní, y les dijo: «Sentaos aquí, mientras yo voy más allá, y hago oración». Y, habiendo tomado

Mc 14, 32-52. En esto llegan a la granja llamada Getsemaní. Y dice a sus discípulos: «Sentaos aquí mientras que yo hago oración». Y

Lc 22, 39-53. Salió, pues, y se fue, según costumbre, hacia el monte de los Olivos. Siguiéronle asimismo sus

Jn 18, 1-11. Dicho esto marchó Jesús con sus discípulos a la otra parte del torrente

602

consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, empezó a entristecerse y angustiarse. Y les dijo entonces: «Mi alma siente angustias mortales: aguardad aquí, y velad conmigo». Y, adelantándose algunos pasos se postró en tierra caído sobre su rostro, orando y diciendo: «Padre mío, si es posible, no me hagas beber este cáliz; pero, no obstante, no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú». Volvió después a donde estaban sus discípulos y los halló durmiendo, y dijo a Pedro: «¿Es posible que no hayáis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para no caer en la tentación. El espíritu, en verdad, está pronto, mas la carne es flaca». Se fue de nuevo por segunda vez, y oró diciendo: «Padre mío, si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad». Nuevamente volvió y encontrólos dormidos, porque sus ojos estaban fatigados. Y, dejándolos, se retiró aún a orar por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. En seguida volvió a sus discípulos, y les dijo: «Dormid ahora y descansad: he aquí que llegó ya la hora, y el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. Levantaos, vamos: ya llevándose consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, comenzó a atemorizarse y angustiarse. Y díjoles: «Mi alma siente angustias de muerte; aguardad aquí y estad en vela». Y, apartándose un poco adelante, se postró en tierra; y suplicaba que, si ser pudiese, se alejase de él aquella hora. Decía: «¡Abba! (Padre), todas las cosas te son posibles; aparta de mí este cáliz; mas no sea lo que yo quiero, sino lo que tú». Va y los halla dormidos. Y dice a Pedro: «¿Simón, duermes? ¿No has podido velar una hora? Velad y orad para que no caigáis en la tentación. El espíritu, en verdad, es pronto, pero la carne es flaca». Fuese otra vez a orar, repitiendo las mismas palabras. Y, habiendo vuelto, los encontró de nuevo dormidos (porque sus ojos estaban fatigados), y no sabían qué responderle. Al fin vino tercera vez, y les dijo: «Dormid y reposad. ¡Basta ya! La hora es llegada: ved como el Hijo del hombre va a ser entregado en discípulos. Y, llegado que fue allí, les dijo: «Orad para que no caigáis en tentación». Y apartándose de ellos como la distancia de un tiro de piedra, hincadas las rodillas, hacía oración. Diciendo: «Padre, si es de tu agrado, aleja de mí este cáliz. No obstante, no se haga mi voluntad, sino la tuya». En esto se le apareció un ángel del cielo confortándole. Y, entrando en agonía, oraba con mayor intención. Y vínole un sudor como de gotas de sangre, que chorreaba hasta el suelo. Y levantándose de la oración, y viniendo a sus discípulos, hallólos dormidos por causa de la tristeza. Y díjoles: «¿Por qué dormís?; levantaos, y orad, para no caer en tentación».

Estando todavía con la palabra en la boca, sobrevi- Cedrón, donde había un huerto en el cual entró él con sus discípulos. Judas, que le entregaba, estaba bien informado del sitio, porque Jesús solía retirarse muchas veces a él con sus discípulos.

Judas, pues, habiendo tomado una cohorte y unos guardias que le dieron los pontífices y fariseos, fue allá con linternas y antorchas, y con armas. Y Jesús, que sabía todas las cosas que le habían de sobrevenir, salió a su encuentro y les dijo: «¿A quién buscáis?». Respondiéronle: «A Jesús de Nazaret». Díceles Jesús: «Yo soy». Estaba también en-

llega aquel que me ha de entregar».

Aún no había acabado de decir esto, cuando llegó Judas, uno de los doce, seguido de gran multitud de gentes con espadas y con palos, que venían enviadas por los príncipes de los sacerdotes y ancianos del pueblo.
598.18 El traidor les había dado esta seña: «Aquel a quien yo besare, ése es, aseguradle». Arrimándose, pues, luego a Jesús, dijo: «Dios te guarde, Maestro». Y le besó. Díjole Jesús: «¡Amigo!, ¿a qué has venido?».

Llegáronse entonces y echaron mano a Jesús y le prendieron. Y he aquí que uno de los que estaban con Jesús, tirando de la espada, hirió a un criado del príncipe de los sacerdotes cortándole una oreja. Entonces Jesús le dijo: «Vuelve tu espada a la vaina; porque todos los que se sirvieren de la espada a espada morirán. ¿Piensas que no puedo acudir a mi Padre, y me enviaría al momento más de doce legiones de ángeles? Mas ¿cómo se cumplirán las Escrituras, según las cuales conviene que suceda así?». En aquella hora dijo Jesús a aquel tropel de gentes: «Como contra un ladrón habéis salido con espadas y con palos a prender-manos de los pecadores. Levantaos de aquí, y vamos, que el traidor está cerca».

Estando todavía hablando, llega Judas Iscariote, uno de los doce, acompañado de mucha gente, con espadas y con garrotes, enviada por los príncipes de los sacerdotes, por los escribas y por los ancianos. El traidor les había dado una seña, diciendo: «A quien yo besare, él es, prendedle y conducidle con cautela». Así al punto que llegó, arrimándose a Jesús, le dijo: «Maestro, Dios te guarde», y besóle.

Ellos entonces le echaron las manos, y le aseguraron. Entretanto uno de los circunstantes, desenvainando la espada, hirió a un criado del sumo sacerdote, y le cortó una oreja. Jesús, empero, tomando la palabra, les dijo: «¿Como si yo fuese un ladrón, habéis salido a prenderme con espadas y con garrotes? Todos los días estaba entre vosotros enseñando en el templo, y no me prendisteis. Pero es necesario que se cumplan las Escrituras». En-no un tropel de gente, delante de la cual iba uno de los doce, llamado Judas, que se arrimó a Jesús para besarle. Y Jesús le dijo: «¡Oh Judas!, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?».

Viendo los que acompañaban a Jesús lo que iba a suceder, le dijeron: «Señor, ¿heriremos con la espada?». Y uno de ellos hirió a un criado del príncipe de los sacerdotes, y le cortó la oreja derecha. Pero Jesús, tomando la palabra, dijo: «Dejadlo, no paséis adelante». Y, habiendo tocado la oreja del herido, la curó. Dijo después Jesús a los príncipes de los sacerdotes, a los jefes de la guardia del templo y a los ancianos que venían contra él: «¿Habéis salido con espadas y garrotes como con-tre ellos Judas, el que le entregaba. Apenas, pues, les dijo: «Yo soy», retrocedieron y cayeron en tierra. Les preguntó Jesús segunda vez: «¿A quién buscáis?». Y ellos respondieron: «Jesús de Nazaret». Replicó Jesús: «Ya os he dicho que yo soy; ahora bien, si me buscáis a mí, dejad ir a éstos». Para que se cumpliese la palabra que había dicho: «Ninguno he perdido de los que tú me diste».

Entretanto Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó y, dando un golpe, a un criado del pontífice le cortó la oreja derecha. Este criado llamábase

me; cada día estaba sentado entre vosotros enseñándoos en el templo, y nunca me prendisteis. Verdad es que todo esto ha sucedido para que se cumplan las Escrituras de los profetas». Entonces todos los discípulos, abandonándole, huyeron.

tonces sus discípulos, abandonándole, huyeron todos.

Pero cierto mancebo le iba siguiendo envuelto solamente con una sábana sobre sus carnes, y le cogieron. Mas él, soltando la sábana, desnudo se escapó de ellos.

tra un ladrón? Aunque cada día estaba con vosotros en el templo, nunca me habéis echado la mano; mas ésta es la hora vuestra y el poder de la tinieblas».

Malco. Pero Jesús dijo a Pedro: «Mete tu espada en la vaina. El cáliz que me ha dado mi Padre ¿he de dejar yo de beberlo?».

EL EVANGELIO COMO ME HA SIDO REVELADO

556. Otro sábado en Efraím. Intolerancias de Judas Iscariote. Palabras a los samaritanos sobre el tiempo nuevo.

17 de enero de 1947.

556.1 [1]Debe ser otro sábado porque los apóstoles están de nuevo reunidos en la casa de María de Jacob.

Los niños siguen con ellos, al lado de Jesús, junto al hogar. Y es esto precisamente lo que hace decir a Judas Iscariote: «Ya de momento ha pasado una semana, y los parientes no han venido», y se ríe, meneando la cabeza.

Jesús no le responde. Acaricia al segundogénito.

Judas pregunta a Pedro y a Santiago de Alfeo: «¿Y decís que habéis recorrido los dos caminos que llevan a Siquem?».

«Sí, pero ha sido una cosa inútil, si se considera bien. Está claro que los bandidos no pasan por los caminos asiduamente transitados, especialmente ahora que las patrullas romanas los recorren continuamente» responde Santiago de Alfeo.

«¿Y entonces por qué habéis ido por esos caminos?» acucia Judas Iscariote.

«¡Pues ya ves!... Para nosotros ir acá o allá es igual. Así que, hemos ido por ésos».

«¿Y nadie ha sabido daros razón?».

«No hemos preguntado nada».

«¿Y cómo querías saber, entonces, si habían pasado o no? ¿Acaso llevan enseñas, o dejan rastros las personas cuando van por un camino? No creo. Si así fuera, al menos los amigos ya nos habrían encontrado. Sin embargo, desde que estamos aquí, nadie ha venido», y se ríe con sarcasmo.

«Nosotros no sabemos el motivo por el que nadie haya venido. El Maestro sabe, nosotros no sabemos. Las personas —no dejando rastro de su paso los que, como nosotros, se retiran a un lugar ignorado por la gente— no pueden venir, si no se les revela el lugar del refugio. Ahora bien, nosotros no sabemos si nuestro hermano ha dicho esto a los amigos» dice pacientemente Judas de Alfeo.

«¿Y pretendes creer, y hacer creer, que no se lo ha dicho al menos a Lázaro y a Nique?».

Jesús no habla. Toma a un niño de la mano y sale...

«No pretendo creer nada. Pero, aunque fuera como dices, todavía no puedes juzgar, y ninguno de nosotros puede, los motivos de la ausencia de los amigos...».

«¡Son fáciles de entender estos motivos! Ninguno quiere proble-

mas con el Sanedrín, y mucho menos los que tienen riquezas y poder. ¡Nada más que eso! [2]Nosotros somos los únicos que sabemos 556.2
meternos en los peligros».

«¡Sé justo, Judas! El Maestro no nos ha forzado a ninguno a estar con Él. ¿Por qué te has quedado si te asusta el Sanedrín?». Es Santiago de Alfeo el que le hace esta observación.

«Y, si quieres, en cualquier momento te puedes marchar. No estás encadenado...» interrumpe el otro Santiago, hijo de Zebedeo.

«¡Eso sí que no! ¡De ninguna manera! Aquí estamos y aquí nos quedamos. Todos. El que hubiera querido se hubiera debido marchar antes. Ahora no. Me opongo yo, si no se opone el Maestro» dice, lenta pero tajantemente, Pedro, dando un puñetazo en la mesa.

«¿Y por qué? ¿Quién eres tú para mandar en lugar del Maestro?» le pregunta con violencia Judas Iscariote.

«Un hombre que razona no como Dios, como hace Él, sino como hombre».

«¿Tienes sospechas de mí? ¿Me crees un traidor?» dice Judas intranquilo.

«Tú lo has dicho. No es que piense que lo seas voluntariamente. Pero, ¡eres tan... irreflexivo, Judas, y tan voluble! Y tienes demasiados amigos. Y te gusta demasiado sobresalir, en *todo*. Tú, no, no sabrías guardar silencio. O para rebatir a algún malintencionado, o por mostrar que eres el Apóstol, hablarías. Por tanto, aquí estás y aquí te quedas; así, ni perjudicas a nadie ni te creas remordimientos».

«Dios no constriñe la libertad del hombre ¿y pretendes hacerlo tú?».

«Pretendo hacerlo. Pero, oye, dime: ¿acaso te llueve en la cabeza?, ¿te falta el pan?, ¿te sienta mal este aire?, ¿te ofende la gente? Ninguna de estas cosas. La casa es sólida, aunque no sea rica; el aire es bueno; comida no te ha faltado nunca; la gente te tributa cortesía. Y entonces ¿por qué estás tan inquieto, como si estuvieras en una galera?».

«"Dos pueblos no puede soportar mi alma, y el tercero, al que aborrezco, no es ni siquiera un pueblo: los del monte Seír, los filisteos y el pueblo necio que habita en Siquem". Te respondo con las pala- *
bras del Sabio. Y con razón pienso así. ¡Tú observa si estos pueblos nos estiman!».

«¡Mmm! La verdad es que no me parece que los otros, el tuyo y el mío, sean mucho mejores. Nos hemos llevado pedradas en Judea y en Galilea, en Judea todavía más que en Galilea, y en el Templo de

* *las palabras*, que están en *Eclesiástico 50, 25-26*.

Judea más que en ningún otro lugar. A mí no me parece que hayamos sido maltratados ni en tierras de filisteos ni aquí ni en otros lugares...».

«¿Dónde, en otros lugares? No hemos ido a otros lugares, por suerte. Pero, aunque hubiera habido que ir a otros lugares, no ha-
556.3 bría ido, y en el futuro no iré. [3]No quiero contaminarme más».

«¿Contaminarte? No es eso lo que te afecta, Judas de Simón. No quieres enemistarte con los del Templo. Eso te duele» dice con serenidad Simón Zelote, que se ha quedado en la cocina con Pedro, Santiago de Alfeo y Felipe. Los otros se han marchado uno tras otro con los dos niños, y han ido donde el Maestro: una fuga meritoria porque ha sido por no faltar a la caridad.

«No. No es por eso. Es porque no me gusta perder mi tiempo y ofrecer la sabiduría a los necios. ¡Fíjate! ¿De qué ha servido tomar con nosotros a Hermasteo? Se marchó y no ha vuelto. José dice que se separó de él diciendo que volvería para la Fiesta de las Tiendas. ¿Tú le has visto? Es un renegado...».

«No sé por qué no ha vuelto, ni juzgo. Pero te pregunto: ¿acaso es el único que ha abandonado al Maestro; es más, que se ha hecho enemigo suyo? ¿No hay renegados entre nosotros, judíos, y entre los galileos? ¿Puedes sostenerlo?».

«No. Es verdad. Pero... bueno, yo me siento incómodo aquí. ¡Si se supiera que estamos aquí! ¡Si se supiera que tratamos con los samaritanos hasta el punto de entrar en sus sinagogas en sábado! Él quiere hacerlo... ¡Ay si se supiera! La acusación estaría justificada...».

«Y el Maestro, condenado. Quieres decir esto. Pero si ya lo está. Lo está antes de que se sepa. Es más, ha sido condenado tras haber resucitado a un judío en Judea. Se le odia y se le tacha de samaritano y amigo de publicanos y meretrices. Desde siempre condenado. ¡Y tú esto lo sabes mejor que ningún otro!».

«¿Qué quieres decir, Natanael? ¿Qué quieres decir? ¿Qué tengo que ver yo con esto? ¿Qué puedo saber más que vosotros?». Está agitadísimo.

«¡Pero muchacho, si tienes el aspecto de una rata rodeada de enemigos! Y tú no eres una rata, ni nosotros estamos aquí armados con bastones para capturarte y matarte. ¿Por qué te turbas tanto? Si tu conciencia está en paz, ¿por qué te inquietas por palabras inocentes? ¿Qué ha dicho Bartolmái como para agitarte de ese modo? ¿No es, acaso, verdad que *nadie* mejor que nosotros, sus apóstoles, que dormimos próximos a Él y con Él vivimos, puede saber y testificar que no estima al hombre samaritano, al hombre publicano, al hombre pecador, a la mujer meretriz, *sino a sus almas*, y que solamente de

éstas se preocupa, y que solamente por sus almas —y sólo el Altísimo sabrá cuán grande será el esfuerzo del Purísimo para acercarse a lo que nosotros, hombres y pecadores, llamamos "inmundicia"— va con samaritanos, publicanos y meretrices? ¡Muchacho, no entiendes ni conoces todavía a Jesús! Tú menos que los mismos samaritanos, filisteos, fenicios y todos los que tú quieras» dice Pedro con tristeza en las últimas palabras.

Judas se calla, y también los otros.

[4]Vuelve la anciana y dice: «Están en el camino los de la ciudad. 556.4
Dicen que es la hora de la oración del sábado y que el Maestro había prometido hablar...».

«Voy a decirlo, mujer. Tú di a los de Efraím que ahora vamos» le responde Pedro, y sale al huerto para avisar a Jesús.

«¿Tú qué haces? ¿Vienes? Si no quieres venir, vete, márchate antes de que tu postura de rechazo le aflija» dice el Zelote a Judas.

«Voy con vosotros. ¡Aquí no se puede hablar! Parece como si yo fuera el mayor de los pecadores. Todas mis palabras se malentienden».

Jesús, volviendo a la cocina, impide cualquier otra palabra.

Salen al camino y se unen a los de Efraím. Entran con ellos en la ciudad. No se detienen hasta llegar frente a la sinagoga, ante cuya puerta está Malaquías, que saluda e invita a entrar.

No aprecio diferencia alguna entre el lugar de oración samaritano y los que he visto en otras regiones: las mismas lámparas; los mismos ambones o estantes, y encima de ellos los volúmenes enrollados; el sitio del arquisinagogo o de quien enseñe en vez de él. Si acaso, aquí hay muchos menos rollos que en otras sinagogas.

«Hemos hecho ya nuestras oraciones mientras te esperábamos. [5]Si quieres hablar... ¿Qué volumen pides, Maestro?». 556.5

* «No necesito ninguno. Además, no tendrías lo que quiero explicar» responde Jesús, y luego se vuelve hacia la gente y empieza su discurso:

«Cuando Ciro, rey de los persas, repatrió a los hebreos para que reedificaran el Templo de Salomón, destruido hacía cinco decenios, fue reconstruido el altar sobre sus bases, y en éste ardió el holocausto diario mañana y noche, y el extraordinario del primer día de cada mes y de las solemnidades consagradas al Señor o los holocaustos de las ofrendas individuales. Después, tras la primicia indispensable e inderogable del culto, pusieron manos a la obra, en el segundo año

---

* *lo que quiero explicar* está en *Esdras 3*. Los samaritanos no admitían otros libros de la sagrada Escritura aparte de los cinco de Moisés, llamados Pentateuco: Génesis, Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio.

del regreso, en lo que se podría llamar el marco del culto, la exterioridad de él, cosa no culpable porque, en todo caso, estaba hecha para honrar al Eterno, pero no indispensable. Porque el culto a Dios es amor a Dios, y el amor se siente y consuma con el corazón, no, ciertamente, con las piedras escuadradas y las maderas preciosas, el oro y los perfumes. Todo esto es exterioridad, orientada más a satisfacer el propio orgullo nacional o ciudadano que no a honrar al Señor.

Dios quiere un Templo de espíritu. No se contenta con un Templo de muros y mármoles vacío de espíritus llenos de amor. En verdad os digo que el templo del corazón limpio y amoroso es el único que Dios estima, el único en que establece su morada con sus luces; y que las disputas que mantienen divididas las regiones y las ciudades acerca de las bellezas de éste o aquel lugar de oración son estúpidas. ¿Para qué, rivalizar en riqueza y adornos de las casas donde se invoca a Dios? ¿Puede, acaso, lo finito satisfacer cumplidamente al Infinito, aunque fuera algo finito diez veces más hermoso que el Templo de Salomón y que todos los palacios juntos? Dios, el Infinito que no puede ser contenido por ningún espacio, que no puede ser honorado por suntuosidad material alguna, halla en el corazón del hombre el único lugar digno de honorarle como corresponde, y puede —es más, quiere— ser contenido por el corazón del hombre; porque el espíritu del justo es un templo sobre el cual aletea, entre los perfumes de amor, el Espíritu de Dios, y pronto será un templo en el que el Espíritu haga auténtica morada, Uno y Trino como es en el Cielo.

Y está escrito que, en cuanto los obreros hubieron echado los cimientos del Templo, fueron los sacerdotes con sus ornamentos y las trompetas, y los levitas con los címbalos, según las ordenanzas de David, y cantaron que "a Dios ha de alabársele porque es bueno y eterna es su misericordia". Y el pueblo exultaba. Pero muchos sacerdotes, jefes, levitas y ancianos lloraban con grandes gemidos pensando en el Templo que fue. Mas no se podían distinguir las voces de llanto de las de júbilo, pues eran muy confusas. Y también se lee que hubo pueblos vecinos que molestaron a los que edificaban el Templo, para vengarse de que los constructores los hubieran rechazado cuando se habían ofrecido a edificar con ellos, porque ellos también buscaban al Dios de Israel, al Dios único y verdadero. Y estas perturbaciones interrumpieron la marcha de las obras hasta que no plugo a Dios hacerlas proseguir.

Esto se lee en el libro de Esdras.

556.6 [6]¿Cuántas y cuáles lecciones aporta el fragmento que he referido? Éstas, además de la ya citada, acerca de la necesidad de que el culto sea sentido por el corazón, y no hacerlo profesar a piedras, maderas,

vestiduras, címbalos y cantos de donde el espíritu está ausente. Que la falta de amor recíproco es siempre causa de retraso y perturbación, aunque se trate de una finalidad buena de por sí. Dios no está donde no hay caridad. Es inútil buscar a Dios si antes uno no se coloca en la condición de poder encontrarle. Dios se halla en la caridad. Aquel o aquellos que se establecen en la caridad encuentran a Dios, sin tener ni siquiera que llevar a cabo una penosa búsqueda. Y quien tiene consigo a Dios, tiene ya consigo el éxito en todas sus empresas.

* En el salmo que brotó del corazón de un sabio, después de la meditación en los penosos hechos que acompañaron a la reconstrucción del Templo y las murallas, está escrito: "Si el Señor no edifica la casa, en vano se fatigan en ella los constructores; si el Señor no custodia la ciudad y la protege, en vano la custodian los defensores".

Ahora bien, ¿cómo podrá edificar Dios la casa, si sabe que sus moradores no le tienen en su corazón porque no aman a sus vecinos? ¿Y cómo protegerá a las ciudades y dará fuerza a los defensores, si no puede estar en ellas, pues que con el odio que profesan a sus vecinos están privadas de Él? ¡Oh, pueblos, ¿ha producido algo el estar divididos por barreras de odio?! ¿Os ha hecho más grandes, más ricos, más felices? Jamás es productivo el odio, ni el rencor; jamás es fuerte quien está solo; jamás es amado quien no ama. Y no vale, como dice el salmo, levantarse antes del alba para ser grandes, ricos y felices. Tome cada uno el descanso como alivio del dolor de la vida, porque el sueño es don de Dios de la misma forma que lo es la luz y todas las cosas de que el hombre goza; tome cada uno su descanso, pero tenga en el sueño y en la vigilia como compañera la caridad, y sus obras prosperarán, y prosperarán su familia y sus intereses y, sobre todo, prosperará su espíritu y conquistará la regia corona de los hijos del Altísimo y herederos de su Reino.

[7]Se ha dicho que, mientras el pueblo elevaba gritos de júbilo, algunos lloraban con fuertes gemidos porque recordaban y añoraban el pasado; pero no se podían distinguir las diferentes voces en medio del tumulto de los gritos. 556.7

¡Hijos de Samaria! ¡Y vosotros, apóstoles míos, hijos de Judea y Galilea! Hoy también hay quien exulta y quien llora mientras el nuevo Templo de Dios se eleva sobre cimientos eternos. También ahora hay quien obstaculiza las obras y quien busca a Dios donde Dios no está. También ahora hay quien quiere edificar según el orden de Ciro y no según el de Dios, es decir, según el orden del mundo y no según las voces del espíritu. Y también ahora hay quien llora

* *un sabio* es Salomón, y las citas corresponden al *Salmo 127, 1-2.*

con necia y humana añoranza un pasado inferior, un pasado que no fue bueno ni sabio, hasta el punto de provocar la indignación de Dios. También ahora tenemos todas estas cosas, como si siempre estuviéramos en la nebulosidad de los tiempos remotos y no en la luz del tiempo de la Luz.

Abrid vuestro corazón a la Luz, llenaos de Luz para ver al menos vosotros, a quienes Yo-Luz hablo. Es el tiempo nuevo. Todo se reedifica en él. Mas ¡ay de aquellos que no quieran entrar y obstaculicen a los que edifican el Templo de la nueva fe, del que Yo soy Piedra angular y al cual entregaré la totalidad de mí mismo para hacer de argamasa para las piedras, y así el edificio se alce santo y fuerte, admirable en los siglos, vasto como la Tierra, a la que cubrirá entera con su luz! Digo *luz*, no sombra, porque mi Templo será de espíritus y no de materias opacas. Piedra para él, Yo con mi Espíritu eterno; piedras, todos aquellos que sigan mi palabra y la nueva fe, piedras incorpóreas, encendidas, santas. Y la luz se extenderá sobre la Tierra, la luz del nuevo Templo, y cubrirá a ésta de sabiduría y santidad. Afuera quedarán sólo aquellos que con impuro llanto lloren y añoren el pasado porque les era fuente de ganancias y honores sólo humanos.

556.8 [8]¡Abríos al tiempo y al Templo nuevos, oh hombres de Samaria! En ellos todo es nuevo, y las antiguas separaciones y fronteras en lo material, en el pensamiento y en el espíritu, *ya no existen*. Cantad, porque está para terminar vuestro exilio de la ciudad de Dios. ¿O acaso gozáis sintiéndoos como desterrados, como leprosos para los otros de Israel? ¿Es que, acaso, gozáis sintiéndoos como personas expulsadas del seno de Dios? Porque vosotros sentís esto, vuestras almas lo sienten, vuestras pobres almas oprimidas en estos cuerpos vuestros, y sobre las cuales permitís que domine vuestro pensamiento arrogante, que no quiere decir a otros hombres: "Nos hemos equivocado, pero, como ovejas descarriadas, volvemos al Redil". Ya está mal el que no queráis manifestárselo a otros hombres, pero, al menos, acceded a decírselo a Dios. Aunque ahoguéis el grito de vuestra alma, Dios oye el gemido de ella, que se siente infeliz de estar exiliada de la casa del Padre universal y santísimo.

Escuchad las palabras del salmo gradual. Ciertamente sois vosotros peregrinos que desde hace siglos vais hacia la alta ciudad, hacia la verdadera Jerusalén, la celeste. De allí, del Cielo, vuestras almas descendieron para animar una carne, y es al Cielo adonde anhelan *

* *gradual* es el *Salmo 122*, al que se alude aquí. Los salmos graduales (120-134), o cantos de las ascensiones, eran cantados por los peregrinos que iban a Jerusalén para subir al Templo. Más abajo se alude al *Salmo 126*.

regresar. ¿Por qué queréis sacrificar vuestras almas, exheredarlas del Reino? ¿Qué culpa tienen ellas de haber descendido a cuerpos concebidos en Samaria? Vienen de un único Padre y tienen el mismo Creador que tienen las almas de Judea y Galilea, de Fenicia y la Decápolis. Dios es el fin de todo espíritu. Todo espíritu tiende a este Dios, aun cuando idolatrías de todo tipo, o herejías funestas, cismas, o falta de fe lo mantengan en una ignorancia del Dios verdadero, ignorancia que sería absoluta si el alma no tuviera, incancelable en ella, un embrional recuerdo de la Verdad y una anhelo de ella. ¡Oh, haced crecer este recuerdo y anhelo! Abrid las puertas a vuestra alma. ¡Que la Luz entre, que entre la Vida, y la Verdad! ¡Que quede abierto el Camino! Que todo entre a chorros luminosos y vitales, como los rayos del Sol y las olas y los vientos de los equinoccios, para hacer desarrollarse del embrión el árbol que se yergue y se acerca cada vez más a su Señor.

¡Salid del exilio! Cantad conmigo: "Cuando el Señor hace volver de la cautividad, el alma parece soñar por la alegría. Se llena de sonrisas nuestra boca; nuestra lengua, de júbilo. Ahora se dirá: 'El Señor ha hecho cosas grandes para nosotros'". Sí, el Señor os ha hecho cosas grandes y seréis inundados de alegría.

[9]¡Oh, Padre mío, por ellos te ruego como por todos! ¡Haz volver, oh 556.9
Señor, a estos nuestros prisioneros, a estos que, para ti y para mí, están atados con las cadenas del obstinado error! ¡Condúcelos de nuevo, oh Padre, como torrente que desemboca en el gran río, al gran mar de tu misericordia y de tu paz! Yo y los que me sirven, con lágrimas, sembramos en ellos tu verdad. Padre, haz que en el tiempo de la gran mies podamos, todos nosotros tus siervos en la enseñanza de tu Verdad, cosechar con alegría en estos surcos que ahora parecen sólo sembrados de tríbulos y plantas venenosas, el trigo selecto de tus graneros. ¡Padre! ¡Padre! Por nuestras fatigas, lágrimas, dolores, sudores, muertes, que fueron y serán compañeros de nuestra siembra, haz que podamos ir a ti llevando, como manojos de mieses, las primicias de este pueblo, las almas renacidas a la Justicia y Verdad para tu gloria. ¡Amén!».

[10]El silencio, que impresionaba incluso (tan absoluto como era con 556.10
una muchedumbre tan numerosa que llenaba la sinagoga y la plaza de delante de ésta), se ve hendido por un bisbiseo que va aumentando hasta transformarse primero en susurro, luego en ruido, luego en aclamaciones de júbilo. La gente gesticula, comenta y aclama...

¡Qué distinto es esto, respecto al epílogo de los discursos en el Templo! Malaquías dice por todos: «Sólo Tú puedes decir así la verdad, sin ofender y humillar. ¡Tú eres verdaderamente el Santo de

Dios! Ora por nuestra paz. Estamos endurecidos por siglos de... creencias y por siglos de afrentas. Y debemos romper esta dura corteza nuestra. Sé indulgente».

«Más que eso: amo. Tened buena voluntad y la corteza se romperá por sí sola. Venga a vosotros la Luz».

Se abre paso y sale, seguido de los apóstoles.

557. Llegan de Siquem los parientes de los tres niños arrebatados a los bandoleros.

18 de enero de 1947.

557.1 [1]Jesús se encuentra solo en la islita que está en medio del torrente. En la orilla, pasado el torrente, juegan los tres niños y bisbisean en voz baja como para no turbar la meditación de Jesús. De vez en cuando, el más pequeño da un gritito de alegría al descubrir una piedrecita de bonito color o una tierna flor; los otros le hacen callar diciendo: «¡Calla! Jesús está rezando...», y prosigue el bisbiseo mientras las manitas moruchas construyen con la arena pequeños cubos y conos que, en la imaginación infantil, serían casas y montañas.

Arriba el Sol resplandece, hinchando cada vez más las yemas en los árboles y abriendo capullos en los prados. El chopo tiembla con sus hojas verdegrises, y los pájaros, engarbados, regatean, con quiebros de amor o de rivalidad que terminan unas veces en canto, otras en chillido de dolor.

Jesús ora. Sentado en la hierba, amparado por una mata de juncos que hay entre Él y el sendero de la orilla, está absorto en su oración mental. En algunas ocasiones alza los ojos para observar a los pequeños que juegan en la hierba, luego los baja de nuevo y se recoge otra vez en sus pensamientos.

557.2 [2]Veloces pasos entre las plantas de la orilla y la irrupción de Juan en la islita ponen en fuga a los pájaros, que alzan velocísimos el vuelo desde la cima del chopo, poniendo fin así a su carrusel con un chirrido producido por el miedo.

Juan no ve inmediatamente a Jesús, tapado por los juncos; un poco desorientado, grita: «¿Dónde estás, Maestro?».

Jesús se pone en pie mientras los tres niños gritan desde la orilla opuesta: «¡Allí está! ¡Detrás de las hierbas altas!».

Pero Juan ha visto ya a Jesús y va donde Él. Dice: «Maestro, han venido los parientes, los parientes de los niños. Y con muchos de Siquem. Han ido donde Malaquías, y Malaquías los ha llevado a la casa. Yo he venido a buscarte».

«¿Judas dónde está?».

«No lo sé, Maestro. Ha salido nada más llegar Tú aquí, y no ha vuelto. Estará por la ciudad. ¿Quieres que le busque?».

«No, no hace falta. Quédate aquí con los niños. Quiero hablar antes con los parientes».

«Como quieras, Maestro».

Jesús se marcha. Juan va donde los niños y se pone a ayudarlos en la gran empresa de hacer un puente sobre un imaginario río hecho con largas hojas de caña puestas en el suelo simulando el agua...

[3]Jesús entra en la casa de María de Jacob, que está en la puerta esperándole y que le dice: «Han subido a la terraza. Los he llevado allí para ofrecerles descanso. Pero, ahí viene Judas deprisa, viene del pueblo. Voy a esperarle y luego preparo un refrigerio a los peregrinos, que están muy cansados». 557.3

También Jesús espera a Judas en la entrada, un poco obscura respecto a la luz exterior. Judas no ve inmediatamente a Jesús y, al entrar, dice altaneramente a la mujer: «¿Dónde están los de Siquem? ¿Es que ya se han marchado? ¿Y el Maestro? ¿Nadie le llama? Juan...». Ve a Jesús y cambia de tono diciendo: «¡Maestro! Cuando lo he sabido de pura casualidad, he venido corriendo... ¿Estabas ya en casa?».

«Estaba Juan, y me ha buscado».

«Yo... yo también habría estado, pero en la fuente me invitaron algunos a explicarles algunas cosas...».

Jesús no responde nada. No abre la boca, si no es para saludar a los que le están esperando, sentados parte en los muretes de la terraza y parte en la habitación que da a ella, los cuales, en cuanto le han visto, se han levantado respetuosos.

Jesús, después del saludo colectivo, saluda a algunos por el nombre, con el estupor contento de éstos, que dicen: «¿Te acuerdas todavía de nuestros nombres?». Deben de ser los habitantes de Siquem.

Y Jesús responde: «De vuestros nombres, de vuestras caras y de vuestras almas. ¿Habéis acompañado a los parientes de los niños? ¿Son ésos?».

«Son ésos. Han venido a recogerlos y nos hemos unido a ellos para agradecerte tu piedad para con esos hijitos de mujer samaritana. ¡Sólo Tú sabes hacer estas cosas!... Tú eres siempre el Santo que hace solamente obras santas. Nosotros también te hemos recordado siempre. Y ahora, sabiendo que estabas aquí, hemos venido. Para verte y decirte que te agradecemos el que nos hayas elegido como refugio tuyo y el que nos hayas amado en los hijos de nuestra sangre. [4]Pero escucha a los parientes». 557.4

Jesús, seguido por Judas, se dirige a ellos y los saluda nuevamen-

te, invitándolos a hablar.

«Nosotros —no sé si lo sabes— somos los hermanos de la madre de los niños. Y estábamos muy enojados con ella porque, estúpidamente y contra nuestro consejo, quiso esa boda infeliz. Nuestro padre fue débil respecto a la única hija de entre su numerosa prole; tanto que también nos enojamos con él, y, durante años, entre nosotros hubo silencio y separación. Luego, sabiendo que la mano de Dios pesaba sobre la mujer y que en su casa había miseria —porque una unión impura no tiene la defensa de la bendición divina— tomamos con nosotros de nuevo, en nuestra casa, a nuestro anciano padre, para que no tuviera otro dolor aparte de la miseria en que se consumía la mujer. Luego ella murió. Lo supimos. Tú habías pasado hacía poco tiempo y se hablaba de ti entre nosotros... Y nosotros, venciendo el enojo, ofrecimos al hombre, a través de éste y éste (dos de Siquem), tomar con nosotros a los niños. Eran mitad sangre nuestra. Dijo que prefería muertos a todos de mala muerte, antes que que vivieran por nuestro pan. ¡No tuvimos ni a los niños ni, ni siquiera, el cuerpo de nuestra hermana, para que recibiera sepultura según nuestros ritos! Y entonces le juramos odio, a él y a su sangre. Y el odio cayó sobre él como una maldición, tanto que de libre le hizo siervo, y de siervo... un muerto que acabó sus días como un chacal en un maloliente cuchitril. Nunca lo habríamos sabido, porque hacía mucho que todo ha-
557.5 bía muerto entre nosotros. [5]Y cuando hace ocho noches vimos aparecer en nuestro patio a esos bandoleros, mucho temimos; sólo eso. Y luego, al saber por qué habían aparecido, el enojo —no el dolor— nos mordió como un veneno, y nos apresuramos a despedir a los bandidos ofreciéndoles una buena recompensa para tenerlos como amigos, y nos quedamos asombrados al oírles que ya se habían cobrado y que no querían más».

Judas rompe al improviso el silencio atento de todos con una irónica carcajada, y grita: «¡Su conversión! ¡Verdaderamente total!».

Jesús le mira con severidad; los demás, con asombro. El que estaba hablando prosigue: «¿Y qué más podías pretender de ellos? ¿No es ya mucho haber ido guiando al zagal y desafiando peligros, sin pretender la merced? Desgraciada vida requiere desgraciada costumbre. Seguro que no fue abundante el botín que sacaron de ese necio muerto como un vagabundo. No fue abundante. Y apenas suficiente para quienes deben suspender sus rapiñas durante diez días al menos. Tanto nos asombró su honestidad, tanto, que les preguntamos que qué voz les había hablado inculcando esta piedad. Y así supimos que un rabí les había hablado... ¡Un rabí! Sólo Tú. Porque ningún otro rabí de Israel podría hacer lo que Tú has hecho. Una vez

que se marcharon, preguntamos mejor al amedrentado zagal y supimos con más exactitud las cosas. En un principio sabíamos sólo que el marido de nuestra hermana se había muerto y que los niños estaban en Efraím con un justo; y luego, que este justo, que era rabí, había hablado con ellos. Inmediatamente pensamos que eras Tú. Llegados a Siquem al rayar el alba, nos asesoramos con éstos, porque todavía no estábamos decididos respecto a hacernos cargo de los niños o no. Pero éstos nos dijeron: "¿Cómo! ¿Y vais a hacer que el amor del Rabí de Nazaret por esos niños haya sido inútil? Porque seguro que es Él, no lo dudéis. Es más, vamos todos donde Él porque su benignidad para con los hijos de Samaria es grande". Y, dejando arregladas nuestras cosas, hemos venido. [6]¿Dónde están los niños?». 557.6

«Junto al torrente. Judas, ve a decirles que vengan».

Judas va.

«Maestro, es un duro encuentro para nosotros. Esos niños nos recuerdan todas nuestras angustias. Todavía dudamos si hacernos cargo de ellos. Son hijos del más fiero enemigo que jamás tuvimos en el mundo...».

«Son hijos de Dios. Son inocentes. La muerte anula el pasado y la expiación obtiene perdón, por parte de Dios también. ¿Queréis ser más severos que Dios?, ¿más crueles que los bandidos?, ¿más obstinados que ellos? Los bandidos querían matar al zagal y quedarse con los niños: matar al zagal, por precavida defensa; quedarse con los niños, por compasión humana hacia los indefensos. El Rabí habló y ellos no mataron, y condescendieron incluso en guiar hasta vosotros al zagal. ¿Voy a tener que conocer la derrota con corazones rectos, habiendo derrotado al delito?...».

«Es que... somos cuatro hermanos y ya hay treinta y siete niños en nuestra casa...».

«¿Y donde encuentran alimento treinta y siete gorrioncillos, porque el Padre de los Cielos les procura el grano, no van a encontrarlo cuarenta? ¿O es que el poder del Padre no va a procurar el alimento a otros tres, es más: a cuatro, hijos suyos? ¿Tiene un límite esta divina Providencia? ¿Va a zozobrar el Infinito por hacer más fecundos vuestras semillas, árboles y ovejas, para que sean siempre suficientes el pan, el aceite, el vino, la lana y la carne para vuestros hijos y otros cuatro pobres niños que se han quedado solos?».

«¡Son tres, Maestro!».

«Son cuatro. También es huérfano el zagal. ¿Podríais, si se os apareciera Dios aquí, sostener que vuestro pan está tan justo, que no se podría dar de comer a un huérfano? La piedad hacia el huérfano está prescrita en el Pentateuco...».

«No podríamos sostenerlo, Señor. Es verdad. No vamos a ser inferiores a los bandidos. Daremos pan, ropa y alojamiento también al zagal. Por amor a ti».

«Por amor. Por *todo* el amor. A Dios, a su Mesías, a vuestra hermana, a vuestro prójimo. ¡Éstos son el obsequio y perdón que habéis de dar a vuestra sangre! No un frío sepulcro para sus cenizas. Perdón y paz. Paz para el espíritu del hombre que pecó. Pero no sería sino un falso perdón, sólo externo; y no significaría en absoluto paz para el espíritu de la difunta que es hermana vuestra y madre de los niños, si a la justa expiación de Dios se uniera, dando penoso tormento, el conocimiento de que sus hijos siendo inocentes, expían su pecado. La misericordia de Dios es infinita. Pero unid a ella la vuestra para dar paz a la difunta».

«¡Lo haremos! ¡Lo haremos! Ante nadie se habría doblegado nuestro corazón, pero ante ti sí, Rabí, que has pasado un día entre nosotros sembrando una semilla que no ha muerto ni morirá».

557.7 «¡Amén! [7]Ahí están los niños...» Jesús los señala —se dirigen hacia la casa— indicando el ribazo del torrente. Los llama.

Y ellos sueltan las manos de los apóstoles y van corriendo y gritando: «¡Jesús! ¡Jesús!». Entran, suben la escalera, están ya en la terraza... se detienen, atemorizados, ante tantos extraños que los miran.

«Ven, Rubén, y tú, Eliseo, y tú, Isaac. Éstos son los hermanos de vuestra mamá, y han venido por vosotros para uniros a sus hijos. ¿Veis qué bueno es el Señor? Igual que la paloma aquella de María de Jacob que vimos que anteayer daba de comer a una cría no suya sino de su hermano muerto. Él os recoge y os da a éstos para que os cuiden y ya no seáis huérfanos. ¡Ánimo, saludad a vuestros parientes!».

«El Señor esté con vosotros, señores» dice tímidamente el mayor, mirando al suelo. Y los dos más pequeños hacen coro.

«Éste es muy parecido a su madre, y también éste; éste, sin embargo (el mayor), es igual que su padre» observa uno de los parientes.

«Amigo mío, no creo que seas tan injusto, que hagas diferencias de amor por una semejanza de cara» dice Jesús.

«¡No! Eso no. Observaba... y pensaba... No quisiera que tuviera del padre también el corazón».

«Es un niño tierno todavía. En sus palabras sencillas se transparenta un amor por su madre bastante más vivo que cualquier otro amor».

557.8 [8]«Pero los mantenía mejor de lo que creíamos. Están vestidos y

calzados con decoro. Quizás había hecho fortuna...».

«Yo y mis hermanos tenemos la ropa nueva porque Jesús nos ha vestido. No teníamos ni sandalias ni manto. En todo estábamos como el pastor» dice el segundo, que es menos tímido que el primero.

«Te compensaremos todo, Maestro» responde uno de los parientes, y añade: «Joaquín de Siquem tenía las dádivas de la ciudad. Pero añadiremos más dinero todavía...».

«No. No quiero dinero. Quiero una promesa. Vuestra promesa de amor a estos que he arrebatado a los bandoleros. Las ofrendas... Malaquías, tómalas para los pobres que tú conoces, y cuenta entre ellos a María de Jacob, porque bien pobre es su casa».

«Como quieras. Si son buenos, los querremos».

«Lo seremos, señor. Sabemos que hay que serlo para volvernos a encontrar con nuestra mamá y remontar el río hasta el seno de Abraham, y no soltar el hilo de nuestra barca de las manos de Dios para que no nos arrastre la corriente del demonio» dice Rubén todo de corrido.

«Pero, ¿qué dice el niño?».

«Una parábola que me han oído a mí. La dije para consolar su corazón y darles a sus espíritus una guía. Y los niños la han guardado en su memoria y la aplican en todas sus acciones. Familiarizaos con ellos mientras hablo a estos de Siquem...».

[9]«Maestro, una cosa todavía. Lo que nos asombró en los bandidos 557.9
fue el ruego de que dijéramos al Rabí que tenía consigo a los niños que los perdonara si se habían tomado mucho tiempo para ir; que se considerara que a ellos no les estaban abiertos todos los caminos y que la presencia de un niño en su grupo había impedido largas marchas por las angosturas escabrosas».

«¿Has oído, Judas?» dice Jesús a Judas Iscariote, que no replica.

Luego Jesús se aísla con los de Siquem, que le arrebatan la promesa de una visita, aunque sea breve, antes del ardor del verano. Y, entretanto, le cuentan a Jesús cosas de la ciudad, y cómo se acuerdan de Él los que fueron curados en el alma o en el cuerpo.

Mientras, Judas y Juan se dedican a estrechar los vínculos entre los niños y sus familiares...

558. Con la comitiva que regresa a Siquem. Parábola de la gota que excava la roca.

21 de enero de 1947.

558.1 [1]Jesús va andando por un camino solitario; delante de Él, los parientes de los niños; a su lado, los de Siquem. Están en una zona desierta. No se ve ningún centro habitado. A los niños los han montado en unos burritos cuyos ramales lleva un pariente, cuidando del niño. Los otros burritos, libres de caballeros porque los de Siquem han preferido ir a pie para estar cerca de Jesús, preceden al grupo de los hombres, en manada y rebuznando de vez en cuando de alegría por volver al establo sin peso alguno, en un espléndido día, entre lindazos orlados de hierba nueva en la que de vez en cuando hunden sus ollares para saborear un bocado y luego, con ambladura juguetona, caracolean y dan alcance a sus compañeros cabalgados, lo cual hace reír a los niños.

Jesús habla con los de Siquem o escucha sus conversaciones. Es patente que los samaritanos se sienten orgullosos de tener con ellos al Maestro, y sueñan más de lo que conviene; tanto, que dicen a Jesús, señalando los montes altos que están a la izquierda de quien camina hacia el Norte: «¿Ves? Mala fama tienen el Ebal y el Garizim. Pero, para ti al menos, son mucho mejores que Sión. Y serían totalmente buenos si Tú quisieras, eligiéndolos como morada tuya. Sión es siempre guarida de los Jebuseos. Y los de ahora son para ti todavía más enemigos que los antiguos para David. Él, porque hizo uso * de la violencia, tomó la ciudadela; pero Tú, que no haces uso de la violencia, no reinarás allí. Nunca. Quédate aquí con nosotros, Señor, que nosotros te honraremos».

Jesús responde: «Decidme: ¿me habríais amado si con violencia os hubiera querido conquistar?».

«Verdaderamente... no. Te queremos precisamente porque eres todo amor».

«¿Por esto, entonces, por el amor, reino en vuestros corazones?».

«Así es, Maestro. Pero es porque hemos acogido tu amor. Ellos, los de Jerusalén, no te aman».

558.2 «Es verdad. No me aman. [2]Pero, vosotros que sois todos muy expertos en el comercio, decidme: cuando queréis vender, comprar y ganar, ¿acaso os desalentáis porque en ciertos lugares no os estimen?, ¿o, más bien, realizáis igualmente vuestros negocios preocupándoos sólo de hacer buenas compras y ventas, sin tener en cuenta si del di-

---

* *David* en la toma de Jerusalén, narrada en *2 Samuel 5, 6-10*; *1 Crónicas 11, 4-9*.

nero que ganáis está ausente la estima de quien con vosotros ha comprado o vendido?».

«Sólo nos preocupamos del negocio. Poco nos importa si al negocio le falta la estima de quien trata con nosotros. Terminado el negocio, terminado el contacto. La ganancia queda. El resto... no tiene valor».

«Bueno, pues, Yo también, Yo, que he venido a actuar los intereses del Padre mío, me debo preocupar sólo de esto. Que luego, en donde actúo estos intereses, encuentre estima o burla o frialdad, eso a mí no me preocupa. En una ciudad comercial, no con todos se gana, no con todos se hacen compras y ventas; sino que, aunque se trate con uno sólo, si se saca una buena ganancia, se dice que ese viaje no ha sido inútil, y se vuelve una y otra vez. Porque lo que la primera vez no se obtiene sino con uno se obtiene con tres la segunda, con siete la cuarta, con muchos las otras. ¿No es así? Yo, respecto a las conquistas para el Cielo, hago como vosotros para vuestros negocios: insisto, persevero, encuentro que es suficiente la pequeña —en cuanto al número— pero grande —una sola alma salvada es ya una cosa grande—, grande compensación conseguida con mi esfuerzo. Cada vez que voy allí y supero —por conquistar, como Rey del espíritu, aunque sólo sea a un súbdito— todo lo que puede ser una reacción del Hombre, no digo, no, que haya sido inútil el que haya ido, ni que hayan sido inútiles los dolores o las fatigas; al contrario, digo que las burlas, injurias y acusaciones han sido santas, dulces, deseables. No sería un buen conquistador si me detuviera ante los obstáculos representados por graníticas fortalezas».

«Pero necesitarías siglos para superar estos obstáculos. Tú... eres un hombre y no vivirás siglos. ¿Por qué perder tu tiempo donde no te aceptan?».

«Viviré mucho menos. Es más, pronto ya no estaré con vosotros. Dejaré de ver albas y ocasos, en cuanto hitos de días que surgen y días que concluyen, y los contemplaré únicamente como bellezas de la Creación y alabaré por ellos al Creador que los hizo y que es Padre mío; dejaré de ver el florecimiento de las plantas y la maduración de los cereales, y no tendré necesidad de los frutos de la tierra para mantenerme en vida, porque, una vez que haya vuelto a mi Reino, me nutriré de amor. Pero, a pesar de todo, derribaré esas muchas fortalezas fuertemente cerradas que son los corazones de los hombres.

[3]Observad esa piedra de ahí, bajo aquel manantial, en la ladera del monte. El manantial es muy sutil. Yo diría que, más que fluir, gotea: una gota que lleva cayendo quizás siglos en aquella roca que so- 558.3

bresale de la ladera del monte. Y la piedra es bien dura. No es caliza friable ni blando alabastro. Es basalto durísimo. Y, sin embargo, fijaos cómo en el centro de la piedra convexa, y a pesar de serlo, se ha formado una minúscula balsa, no mayor que el cáliz de un nenúfar, pero sí suficiente para reflejar el cielo azul y dar de beber a los pájaros. ¿Esa concavidad en la roca convexa, acaso la ha hecho el hombre para engastar una gema azul en la piedra obscura y poner en ella un cuenco refrescante para los pájaros? No. El hombre no se ha ocupado de ello. Quizás, durante el transcurso de los muchos siglos en que los hombres vamos pasando por delante de esta roca excavada por una gota secular con su inexorable y rítmico trabajo, nosotros somos los primeros en observar este basalto negro con su turquesa líquida en el centro, y admiramos su belleza, y alabamos al Eterno por haber querido que existiera para delectación de nuestros ojos y refrigerio de los pájaros que anidan por aquí cerca.

Pero, decidme: ¿acaso la primera gota que brotó por debajo del saliente basáltico situado encima de la roca, y que cayó desde esa altura sobre esta piedra, fue la que excavó el cuenco que refleja el cielo, el Sol, las nubes y las estrellas? No. Millones y millones de gotas, una tras otra, una tras otra, se han ido sucediendo, brotando como una lágrima allá arriba, bajando tornasoladas a golpear contra la piedra, y, con una nota de arpa al morir en ella, han ido rebajando, en medida inmensurable por su pequeñez, la materia dura. Y así siglos y siglos, con el movimiento de los granos en un reloj de arena, marcando el tiempo: tantas gotas por hora, tantas en el curso de una vigilia, tantas entre el alba y el ocaso, tantas de una a otra neomenia, y de Nisán a Nisán, y de siglo a siglo. Resistente la piedra, persistente la gota.

El hombre, que es soberbio y, por tanto, impaciente y ocioso, habría arrojado maceta y uñeta después de los primeros golpes, diciendo: "Esto no se puede excavar". La gota ha excavado. Era lo que debía hacer; aquello para lo que fue creada. Y ha rezumado, una gota tras otra, durante siglos, hasta excavar la piedra. Y no se ha detenido luego diciendo: "Ahora se encargará el cielo de alimentar el cuenco que yo he excavado, con el rocío y las lluvias, la escarcha y las nieves". No, ha seguido cayendo; y ella sola llena el minúsculo cuenco en el tiempo del calor veraniego o del rigor invernal. Mientras que las lluvias, violentas o suaves, fruncen la pileta, pero no pueden embellecerla ni ensancharla ni ahondarla, pues ya está colmada y es ya útil y hermosa. El manantial sabe que sus hijas, las gotas, van a morir en la pequeña cavidad, pero no las retiene; al contrario, las mueve a ir hacia su sacrificio, y para que no estén solas y se pongan tris-

tes les envía nuevas hermanas, de manera que la que muera no esté sola, y se vea perpetuada en otras.

[4]Yo también, siendo el primero en golpear, en golpear cien, mil ve- 558.4
ces contra las fortalezas duras de los duros corazones, y perpetuándome en mis sucesores —a los cuales enviaré hasta el final de los siglos— abriré en ellas hendeduras, y mi Ley entrará como un sol a dondequiera que haya criaturas. Y si luego éstas no quieren la Luz y cierran las hendeduras que el inexhausto trabajo haya abierto, Yo y mis sucesores no tendremos culpa de ello ante los ojos del Padre nuestro. Si ese manantial se hubiera abierto otro canal al ver la dureza de la roca y hubiera goteado más allá, donde hay terreno herboso, decidme vosotros si tendríamos esa gema brillante, y los pájaros ese límpido refrigerio».

«Ni siquiera se le hubiera visto, Maestro»; «como mucho... un poco de hierba un poco más tupida incluso en verano habría indicado el sitio donde el hilo de agua goteaba»; «o incluso, habiéndose podrido las raíces por la continua humedad, menos hierba que en otras partes»; «y fanguillo; nada más; por tanto, un goteo inútil».

«Vosotros lo habéis dicho. Un inútil, al menos ocioso, goteo. Yo también, si se diera el caso de que prefiriera únicamente aquellos lugares donde los corazones están dispuestos a acogerme por justicia o simpatía, llevaría a cabo un trabajo imperfecto; porque trabajaría, sí, pero sin fatiga, es más, con mucha satisfacción del *yo*, con un complaciente compromiso entre el deber y el gusto. Ya no pesa trabajar donde a uno le rodea el amor y donde el amor hace dúctiles a las almas que uno debe labrar. Pero, si no hay fatiga, no hay mérito, y tampoco hay mucho beneficio porque pocas conquistas se hacen si uno se limita a aquellos que ya están en la justicia. No sería Yo, si no tratase de redimir —primero en orden a la Verdad, luego en orden a la Gracia— a todos los hombres».

[5]«¿Y piensas lograrlo? ¿Qué vas a poder hacer, más de lo que has 558.5
hecho ya, para convencer a tus adversarios de lo que dices? ¿Qué, si ni siquiera la resurrección del hombre de Betania ha valido para que los judíos digan que eres el Mesías de Dios?».

«Me queda por hacer algo aún mayor, mucho mayor que lo hecho».

«¿Cuándo, Señor?».

«Con la Luna llena de Nisán. Poned atención entonces».

«¿Habrá una señal en el cielo? Se dice que cuando naciste el cielo habló con luces, cantos y estrellas extraños».

«Es verdad. Para decir que la Luz había venido al mundo. En Nisán habrá señales en el cielo y en la tierra. Parecerá el fin del mundo

a causa de las tinieblas, el temblor y el bramido de rayos y terremotos, en el firmamento y en las entrañas abiertas de la Tierra. Pero no será el final; antes al contrario, será el principio. Cuando vine, el Cielo dio a luz para los hombres al Salvador, y, por ser acto de Dios, la paz fue compañera del acontecimiento. En Nisán será la Tierra la que, con voluntad propia, dará a luz para sí al Redentor, y, por ser acto de hombres, la paz no será su compañera, sino que lo que habrá será una horrenda convulsión. Y entre el horror del momento de este mundo y del infierno, la Tierra abrirá su seno bajo las saetas encendidas con el fuego de la ira divina, y expresará a gritos su voluntad, demasiado ebria como para conocer su alcance, demasiado endemoniada como para evitarla. Cual desquiciada parturienta, creerá estar destruyendo el fruto considerado maldito, y no comprenderá que, al contrario, lo estará elevando a lugares en que jamás será alcanzado por dolor ni asechanza algunos. El árbol, el nuevo árbol, desde entonces extenderá sus ramas por toda la Tierra, durante todos los siglos, y el que ahora os habla será reconocido, con amor u odio, como verdadero Hijo de Dios y Mesías del Señor. Y ¡ay de aquellos que le reconozcan sin querer confesarle y sin convertirse a Él!».

558.6 [6]«¿Dónde sucederá esto, Señor?».

«En Jerusalén. Ciertamente es la ciudad del Señor».

«Entonces nosotros no estaremos presentes porque en Nisán la Pascua nos retiene aquí. Somos fieles a *nuestro* Templo».

«Mejor sería que fuerais fieles al Templo vivo que no está ni en el Moria ni en el Garizim, sino que, siendo divino, es universal. Pero sé esperar vuestra hora, la hora en que amaréis a Dios y a su Mesías en espíritu y verdad».

«Nosotros creemos que Tú eres el Cristo. Por eso te amamos».

«Amar es dejar el pasado para entrar en mi presente. No me amáis todavía con perfección».

Los samaritanos se miran de refilón y callan. Luego uno dice: «Por ti, por ir donde ti, lo haríamos. Pero no podemos, aunque quisiéramos, entrar donde están los judíos. Tú esto lo sabes. Los judíos no nos aceptan...».

«Ni vosotros a ellos. Pero estad tranquilos, que dentro de poco ya no habrá dos regiones, ni dos Templos, ni dos modos de pensar opuestos. Habrá un único pueblo, un único Templo, una única fe para todos los que deseen la Verdad. [7]Ahora os dejo. Los niños ya están consolados y distraídos, y para mí es largo el camino de regreso a Efraím para llegar antes de que desciendan las tinieblas. No os intranquilicéis. Vuestros gestos podrían llamar la atención de los pequeños, y no conviene que se den cuenta de que me marcho. Seguid

558.7

vuestro camino. Yo voy a estar aquí. Que el Señor os guíe por los senderos de la Tierra y por los senderos de su Camino. Idos».

Jesús se acerca al monte y deja que se alejen. Lo último que se percibe, de la caravana que vuelve a Siquem, es la alegre risa de un niño, una risa que se propaga por los silencios del camino montano.

559. En Efraím, peregrinos de la Decápolis y misión secreta de Manahén.

22 de enero de 1947.

[1]La noticia de que Jesús está en Efraím, quizás por jactancia de los propios habitantes de la ciudad, quizás por otros motivos por mí ignorados, debe haberse difundido porque ya son muchos los que vienen a buscarle: la mayor parte, enfermos; alguna persona afligida por algo o que tiene deseos de verle. Comprendo esto porque oigo a Judas Iscariote decir a un grupo de peregrinos venidos de la Decápolis: «El Maestro no está. Pero estamos yo y Juan y es lo mismo. Decid, pues, qué deseáis y nosotros lo haremos». 559.1

«Pero jamás podréis enseñar lo que Él enseña» objeta uno.

«¡Piensa que nosotros somos otro Él! Recuerda esto siempre. Pero si quieres oír al Maestro en persona vuelve antes del sábado y márchate después del sábado. El Maestro ahora es un verdadero maestro. Ya no habla en todos los caminos, en los bosques o encima de las peñas como un errante, y a todas horas como un siervo. Habla aquí, el sábado, como le corresponde. ¡Y hace bien! ¡Para lo que le ha servido agotarse de fatigas y amor!».

«Pero nosotros no tenemos la culpa de que los judíos...».

«¡Todos! ¡Todos! ¡Judíos y no judíos! Todos habéis sido, y seréis, iguales; Él, todo a vosotros; vosotros, nada a Él. Él, dar; vosotros, no dar: ni siquiera el óbolo que se da al mendigo».

«Tenemos dádivas para Él. Míralas, si no nos crees».

[2]Juan, que ha estado todo este tiempo callado, pero con visible sufrimiento y mirando a Judas con ojos de súplica y reproche (o, mejor: de amonestación), ya no sabe contenerse, y, mientras Judas alarga la mano para tomar las dádivas, él le para poniéndole una mano en el brazo, y le dice: «No, Judas, esto no. Tú sabes cuál es la orden del Maestro» y se dirige a los peregrinos; dice: «Judas se ha explicado mal y vosotros habéis comprendido mal. No es eso lo que quería decir mi compañero. Lo que nosotros —yo, mis compañeros, vosotros, todos— debemos dar por lo mucho que el Maestro nos da es sólo una ofrenda de sincera fe, de amor fiel. Cuando peregrinábamos por Pa- 559.2

lestina, Él aceptaba vuestras dádivas porque eran necesarias para nuestro camino y porque encontrábamos a muchos mendigos en él, o veníamos a enterarnos de situaciones ocultas de miseria. Ahora, aquí, no tenemos necesidad de nada —alabada sea por ello la Providencia—, y tampoco encontramos mendigos. Quedaos con vuestras dádivas y dádselas en nombre de Jesús a personas desdichadas. Éstos son los deseos del Señor y Maestro nuestro, y las órdenes que ha dado a nuestros compañeros que van evangelizando por las distintas ciudades. Y, si tenéis enfermos entre vosotros, o a alguno que tenga verdadera necesidad de hablar con el Maestro, pues decidlo, que yo voy y le busco donde se aisla en oración porque su espíritu tiene grandes deseos de recogerse en el Señor».

Judas murmulla entre dientes algo, pero no se opone abiertamente. Se sienta junto a la lumbre como desinteresándose de la cosa.

«Verdaderamente... no tenemos grandes necesidades. Pero hemos sabido que estaba aquí y hemos cruzado el río para venir a verle. De todas formas, si hemos hecho mal...».

«No, hermanos. No es ningún mal amarle y buscarle, incluso no sin incomodidades y esfuerzo. Y vuestra buena voluntad recibirá recompensa. Voy a decirle al Señor que habéis venido. Él seguro que viene. Pero, aun en el caso de que no viniera, yo os traería su bendición». Y Juan sale al huerto para ir a buscar al Maestro.

«¡Deja! Voy yo» dice Judas imperiosamente, y se levanta y sale afuera raudo. Juan le ve marcharse, pero no objeta nada.

Entra de nuevo en la cocina, donde están, bastante estrechos, los peregrinos. Pero casi inmediatamente les propone: «¿Qué os parece si vamos al encuentro del Maestro?».

«Y si Él no quisiera...».

«¡No deis a un malentendido más importancia de la que tiene, os
559.3 lo ruego! [3]Vosotros sabéis cuáles son las razones de nuestra presencia aquí. Son los demás los que obligan al Maestro a estas medidas de discreción. Ciertamente, no es la voluntad de su corazón, que siempre guarda los mismos sentimientos de afecto para todos vosotros».

«Lo sabemos. Los primeros días que siguieron a la lectura del decreto se dieron a buscarle afanosamente en la Transjordania y en los lugares donde pensaban que pudiera estar. En Betabara, Betania, Pel.la, Ramot Galaad, e incluso más allá. Y sabemos que lo mismo hicieron en Judea y Galilea. Las casas de sus amigos han estado muy vigiladas, porque... si bien es cierto que son muchos sus amigos y discípulos, muchos son también los que no son amigos y creen servir al Altísimo persiguiendo al Maestro. Luego, en seguida, la bús-

queda ha cesado, y ha corrido la voz de que estaba aquí».

«¿Pero vosotros por quién lo habéis sabido?».

«A través de discípulos suyos».

«¿Mis compañeros? ¿Dónde?».

«No. Ninguno de ellos. Otros. Nuevos, porque no los hemos visto nunca ni con el Maestro ni con discípulos antiguos. Es más, nos extrañó el que Él hubiera mandado a unos desconocidos con el encargo de decir dónde estaba; pero también pensamos después que quizás lo hubiera hecho porque los judíos no conocían a los nuevos como discípulos».

«Yo no sé lo que os dirá el Maestro, pero por mi parte os digo que de ahora en adelante no debéis fiaros sino de los discípulos conocidos. Sed prudentes. Todos los habitantes de esta nación saben lo que le sucedió al Bautista...».

«¿Crees que...?».

* «Si Juan, odiado sólo por una, fue capturado y muerto, ¿qué no le sucederá a Jesús, a quien odian por igual el Palacio y el Templo, fariseos, escribas, sacerdotes y herodianos? Así que estad muy atentos para no tener luego remordimientos... Pero, ahí viene. Vamos a su encuentro».

[4]Es plenamente de noche. Una noche sin Luna, aunque clara de 559.4
estrellas. No podría decir la hora que es, pues no veo la posición de la Luna ni su fase. Veo sólo que es una noche serena. Todo Efraím ha desaparecido bajo el velo negro de la noche. El torrente también, y ahora no es sino una voz; sus espumas y reflejos han quedado totalmente anulados bajo la bóveda verde de los árboles de las orillas, que son obstáculo incluso para esa luz no luz que viene de las estrellas.

Un pájaro nocturno se lamenta en algún lugar. Luego se calla a causa de un rumor de ramajes y crujir de cañas, un rumor proveniente de la parte de la montaña y que se va acercando a la casa siguiendo el torrente. Luego una forma alta y robusta surge de la orilla por el sendero que sube hacia la casa. Se detiene un poco como para orientarse. Pasa al ras de la pared, tanteándola con las manos; encuentra la puerta. La roza, pero sigue adelante. Dobla, aún tanteando, la esquina de la casa. Llega a la pequeña puertecita del huerto. La palpa, la abre, la empuja, entra. Ahora va al ras de las paredes que dan al huerto. En llegando a la puerta de la cocina, vacila; pero luego continúa hasta la escalerita externa. Sube ésta a tientas.

* *sólo por una*, es decir, Herodías, como en 266.3 y en 270.5.

Se sienta —sombra obscura en la sombra— en el último escalón. Pero, por el Oriente, el color del cielo nocturno —un entrecielo obscuro percibido como tal sólo por estar tachonado de estrellas— empieza a cambiar de tonalidad, a tomar un color que el ojo logra percibir como tal: un color ceniciento obscuro de pizarra, que parece bruma densa y humosa y es —no otra cosa— el claror del alba que avanza: se produce lentamente el cotidiano milagro nuevo de la luz que regresa.

La persona, acurrucada en el suelo, toda aovillada y cubierta con el manto obscuro, se mueve, ahora se desovilla, alza la cabeza, echa un poco hacia atrás el manto. Es Manahén. Está vestido como un hombre cualquiera, con una gruesa túnica marrón y un manto igual; es una tela basta, de trabajador o peregrino, sin franjas ni hebillas ni cinturones. Un cordón de lana trenzada sujeta la túnica a la cintura. Se pone en pie. Se desentorpece. Mira al cielo, donde la luz avanza y ya permite ver lo que hay alrededor.

559.5 [5]Una puerta, abajo, se abre chirriando. Manahén se asoma, sin hacer ruido, para ver quién sale de casa. Es Jesús, que suavemente cierra de nuevo la puerta y se dirige hacia la escalera. Manahén se retira un poco y carraspea para llamar la atención de Jesús, que alza la cabeza y se detiene a media escalera.

«Soy yo, Maestro. Soy Manahén. Ven, ven, que tengo que decirte algo. Te esperaba...» susurra Manahén, y se inclina saludando.

Jesús sube los últimos escalones: «Paz a ti. ¿Cuándo has venido? ¿Cómo? ¿Por qué?» pregunta.

«Creo que apenas había pasado el galicinio cuando he puesto pie aquí. Pero en los matorrales, allá al fondo, estaba desde la segunda vigilia de ayer».

«¡Toda la noche al raso!».

«No había otra solución. Tenía que hablar contigo a solas. Tenía que conocer el camino para venir, y la casa, sin ser visto. Por eso vine de día y me metí entre la espesura allá arriba. Vi aquietarse la actividad en la ciudad. Vi a Judas y a Juan volver a casa. Es más, Juan pasó casi a mi lado con su carga de leña. Pero no me vio porque yo estaba bien adentro en la espesura. Vi, mientras hubo luz para ver, a una anciana entrar y salir, y vi que lucía la lumbre en la cocina, y que Tú bajabas de aquí arriba ya en pleno crepúsculo. Y vi que cerrabais la casa. Entonces vine con la luz de la Luna nueva y estudié el camino. Entré incluso en el huerto. Aquella puertecita es menos útil que si no estuviera. Oí que hablabais. Pero tenía que hablarte a solas. Me marché para volver a la tercera vigilia y estar aquí. Sé que normalmente te levantas a orar antes de que se haga de día. Y esperaba que también hoy lo hicieras. Alabo al Altísimo porque haya sido así».

[6]«¿Pero cuál es el motivo de tener que verme con tanta incomodidad?». 559.6

«Maestro, José y Nicodemo quieren hablar contigo, y han pensado hacerlo eludiendo todo tipo de vigilancia. Han intentado ya otras veces hacerlo, pero Belcebú debe ayudar mucho a tus enemigos. Han tenido que renunciar siempre a venir, porque ni su casa ni la de Nique dejaban de ser vigiladas. Es más, la mujer iba a haber venido antes que yo. Es una mujer fuerte y se había puesto en camino, ella * sola, a través del Adomín. Pero la siguieron y la pararon en la Cuesta de la Sangre. Ella, para no revelar el lugar en que estabas y para justificar las provisiones que llevaba en su cabalgadura, dijo: "Subo adonde un hermano mío que está en una gruta arriba en los montes. Si queréis venir, vosotros que enseñáis sobre Dios, haríais una obra santa porque está enfermo y tiene necesidad de Dios". Y con esta argucia los convenció de que se marcharan. Pero ya no se atrevió a venir aquí y fue verdaderamente donde uno que dice que está en una gruta y que Tú le has confiado a ella».

«Es verdad. Pero, ¿y cómo ha hecho Nique para decírselo a los otros?».

«Yendo a Betania. Lázaro no está, pero sí las hermanas. Está María. ¿Y María es acaso mujer que se encoja por alguna cosa? Se vistió como quizás no lo hizo Judit para ir donde el rey, y fue a la vista de todos al Templo junto con Sara y Noemí, y luego a su palacio de Sión. Y desde allí envió a Noemí donde José con las cosas que había que decir. Y, mientras... taimadamente los judíos iban o mandaban a alguien donde ella para... honrarla, y así podían verla como señora en su casa, Noemí, anciana y vestida modestamente, iba a Beceta, donde el Anciano. Nos pusimos, entonces, de acuerdo en mandarme a mí aquí; a mí, al nómada que no levanta sospechas si se le ve cabalgar a rienda suelta de una a otra residencia de Herodes; mandarme aquí, a decirte que la noche del viernes al sábado José y Nicodemo, yendo uno desde Arimatea y el otro desde Rama, antes del ocaso, se encontrarán en Gofená y te esperarán allí. Conozco el lugar y el camino, y vendré aquí al atardecer para guiarte. De mí te puedes fiar. Pero fíate sólo de mí, Maestro. José advierte que ninguno tenga noticia de este encuentro nuestro. Por el bien de todos».

«¿También por el tuyo, Manahén?».

«Señor... yo soy yo. Pero no tengo bienes e intereses familiares que tutelar, como José».

---

* *Cuesta de la Sangre: Llamaban "Cuesta de la Sangre"* —observa MV en una copia mecanografiada— *a un punto del monte Adomín por los delitos que en ese lugar llevaban a cabo los bandoleros.*

«Esto confirma lo que digo, que las riquezas materiales son siempre un peso... Pero puedes decir a José que ninguno tendrá noticia de nuestro encuentro».

«Entonces puedo marcharme, Maestro. El Sol ya ha salido y podrían levantarse tus discípulos».

«Bien, márchate, y que Dios esté contigo. Es más, te voy a acompañar para mostrarte el punto donde nos encontraremos la noche del sábado...».

Bajan sin hacer ruido y salen del huerto. Y, en seguida, están abajo, en las orillas del torrente.

560. En las cercanías de Gofená, coloquio durante la noche con José de Arimatea, Nicodemo y Manahén.

23 de enero de 1947.

560.1 [1]Es un camino muy dificultoso el que ha tomado Manahén para guiar a Jesús al lugar donde le esperan. Es un camino todo él montano, estrecho, pedregoso, entre espesuras y bosques. La luz de una clarísima Luna en su primera fase a duras penas se abre paso entre la maraña de las ramas. A veces desaparece por completo y Manahén la suple con antorchas ya preparadas, que ha llevado consigo en bandolera como armas bajo el manto. Él delante y Jesús detrás, caminan en silencio en medio del gran silencio de la noche. Dos o tres veces algún animal salvaje, corriendo por los bosques, hace un rumor semejante a sonido de pasos, y ello hace que Manahén se detenga receloso. Pero, aparte de esto, ninguna otra cosa turba el camino, ya de por sí muy fatigoso.

«Maestro, aquello de allí es Gofená. Ahora torcemos por aquí. Cuento trescientos pasos y estaré en las grutas donde esperan desde la puesta del Sol. ¿Te ha parecido largo el camino? Pues hemos venido por atajos que creo que mantienen la distancia legal».

Jesús hace un gesto como queriendo decir: «No se podía hacer de otra manera».

Manahén, atento a contar sus pasos, se calla. Ahora están en un pasaje rocoso y pelado, que asemeja a una caverna en subida entre las paredes del monte que casi se tocan. Se diría que la fractura —tan extraña es— la produjo algún cataclismo, una enorme cuchillada en la roca del monte que hubiera cortado a éste al menos un tercio desde la cima. Arriba, por encima de las paredes cortadas a pico, por encima del rumor agitado de las plantas nacidas en el borde del enorme tajo, brillan las estrellas; pero la Luna no baja aquí, a esta sima. La luz hu-

mosa de la antorcha despierta a algunas aves de rapiña, que gañen agitando las alas en los bordes de sus nidos entre las grietas.

[2]Manahén dice: «¡Ahí es!», e introduce en una brecha de la pared 560.2
rocosa un grito semejante al quejido de un voluminoso búho.

Del fondo viene una luz rojiza por otro pasillo rocoso que está cerrado por encima, como un zaguán. José aparece: «¿El Maestro?» pregunta, al no ver a Jesús, que está un poco atrás.

«Estoy aquí, José. Paz a ti».

«A ti, la paz. ¡Ven! Venid. Hemos encendido fuego para ver sierpes y escorpiones y combatir el frío. Yo voy delante».

Se vuelve y, por las ondulaciones del sendero que va entre las entrañas del monte, los guía hacia un lugar iluminado con lumbre. Allí está Nicodemo, alimentando el fuego con ramajes y enebros.

«La paz también a ti, Nicodemo. Aquí estoy, con vosotros. [3]Ha- 560.3
blad».

«Maestro, ¿nadie se ha percatado de que venías aquí?».

«¿Quién se hubiera podido dar cuenta, Nicodemo?».

«¿Tus discípulos no están contigo?».

«Conmigo están Juan y Judas de Simón. Los otros evangelizan desde el día siguiente del sábado hasta el ocaso del viernes. Pero he salido de casa antes de la hora sexta diciendo que no se me esperara antes del alba siguiente al sábado. Ya es demasiado habitual en mí ausentarme durante varias horas, como para que ello pueda suscitar sospechas en alguno. Estad, por tanto, tranquilos. Tenemos todo el tiempo que queramos para hablar sin preocupación alguna de ser sorprendidos. Éste... es lugar propicio».

«Sí. Madrigueras de serpientes y buitres... y de bandidos cuando viene el tiempo bueno, cuando estos montes se llenan de rebaños. Pero ahora los bandidos prefieren otros lugares en que puedan abalanzarse más rápidamente sobre apriscos y caminos de caravanas. Sentimos haberte traído hasta aquí, pero es que de aquí nosotros podremos marcharnos por caminos distintos; sin llamar la atención de nadie. Porque, Maestro, la atención del Sanedrín está apuntada hacia los lugares donde hay sospecha de que te estiman».

«Bueno, en esto disiento de José. A mí me parece que ya somos nosotros los que vemos sombras donde no las hay. Y también me parece que, desde hace algunos días, se ha calmado mucho la cosa...» dice Nicodemo.

«Te engañas amigo. Te lo digo yo. Se ha calmado en cuanto que ya no existe el estímulo de buscar al Maestro, porque ya saben dónde está. Por eso le vigilan a Él y no a nosotros. Por eso le he recomendado que no dijera a nadie que nos íbamos a ver. No fuera que hubie-

ra alguno dispuesto... a cualquier cosa» dice José.

560.4 [4]«No creo que los de Efraím...» objeta Manahén.

«No, los de Efraím no, y ningún otro de Samaria. Sólo por actuar de forma distinta a como actuamos nosotros, los de la otra parte...».

«No, José. No es por ese motivo. Es porque ellos no tienen en su corazón esa maligna serpiente que tenéis vosotros. Ellos no temen ser despojados de ninguna prerrogativa. No tienen que defender intereses sectarios ni de casta. No tienen nada, aparte de una instintiva necesidad de sentirse perdonados y amados por Aquel al que sus antepasados ofendieron y al que ellos siguen ofendiendo al permanecer fuera de la Religión perfecta. Y permanecen fuera porque, siendo orgullosos ellos y siéndolo vosotros, no se sabe, por ambas partes, deponer el rencor que divide y tender la mano en nombre del único Padre. Claro que, aunque ellos tuvieran tanta voluntad como para eso, vosotros la demoleríais, porque no sabéis perdonar, no sabéis decir, hollando toda necedad: "El pasado ha muerto porque ha surgido el Príncipe del Siglo futuro, que a todos recoge bajo su Signo". Yo, en efecto, he venido y recojo. Pero vosotros, ¡oh, vosotros consideráis siempre maldito incluso aquello que Yo he considerado merecedor de ser recogido!».

«Eres severo con nosotros, Maestro».

560.5 «Soy justo. [5]¿Podéis, acaso, decir que en vuestro corazón no me censuráis por ciertas acciones mías? ¿Podéis decir que aprobáis mi pareja misericordia hacia judíos y galileos y hacia samaritanos y gentiles, o incluso más amplia para con éstos y los grandes pecadores, precisamente porque ellos la necesitan mayormente? ¿Podéis decir que no pretenderíais de mí gestos de violenta majestad para manifestar mi origen sobrenatural y, sobre todo, fijaos bien, y, sobre todo, mi misión de Mesías *según vuestro concepto del Mesías*? Decid sinceramente la verdad: aparte de la alegría de vuestro corazón por la resurrección de vuestro amigo, ¿no habríais preferido, antes que esta resurrección, que Yo hubiera llegado a Betania apuesto y cruel, como nuestros antiguos respecto a los amorreos y los de Basán, y como Josué respecto a los de Ay y Jericó, o, mejor aún, haciendo caer con mi voz las piedras y los muros sobre los enemigos, como las trompetas de Josué hicieron respecto a las murallas de Jericó, o haciendo caer del cielo sobre los enemigos gruesas piedras, como sucedió en el descenso de Beterón también en tiempos de Josué, o, como en tiempos más recientes, llamando a celestes jinetes que corrieran por los aires, vestidos de oro, armados de lanzas, formados en cohor- *

* *como*: siguen comparaciones con las gestas narradas en: *Números 21, 21-35*; *Deuteronomio 2, 26-37*; *Josué 6-8; 10*; *2 Macabeos 5, 1-4.*

tes, y que hubiera movimiento de escuadrones de caballería, y asaltos por una y otra parte, y agitación de escudos, y ejércitos con yelmos y espadas desenvainadas, y lanzamiento de dardos para aterrorizar a mis enemigos? Sí, habríais preferido esto porque, a pesar de que me améis mucho, vuestro amor es todavía impuro, y la seducción —en cuanto a desear lo no santo— se la proporciona vuestro pensamiento de israelitas, *vuestro viejo pensamiento*. El que tiene Gamaliel igual que el último de Israel, el que tiene el Sumo Sacerdote, el Tetrarca, el labriego, el pastor, el nómada, el hombre de la Diáspora. El pensamiento fijo del Mesías conquistador. La pesadilla de quien teme ser *aniquilado* por Él. La esperanza de quien ama a la Patria con la violencia de un humano amor. El suspiro de quien está oprimido por otras potencias en otras tierras. No es culpa vuestra. El pensamiento puro como había sido dado por Dios acerca de lo que Yo soy se ha ido cubriendo, a lo largo de los siglos, de estratos de escorias inútiles. Y pocos saben, con sufrimiento, restituir a la idea mesiánica su pureza inicial. Ahora, además —estando ya cercano el tiempo en que será dado el signo que Gamaliel espera, y todo Israel con él, y llegando ya el tiempo de mi perfecta manifestación—, Satanás trabaja para hacer más imperfecto vuestro amor y más torcido vuestro pensamiento. *Llega su hora*. Yo os lo digo. Y, en esa hora de tinieblas, incluso los que actualmente ven o están solamente un poco privados de vista, resultarán ciegos del todo. Pocos, muy pocos, en el Hombre abatido reconocerán al Mesías. Pocos le reconocerán como *verdadero Mesías*, precisamente porque será abatido, como le vieron los profetas. Yo quisiera, por el bien de mis amigos, que *supieran verme y conocerme mientras es de día para poder también reconocerme desfigurado y verme en las tinieblas de la hora del mundo...* [6]Pero decidme 560.6
ahora lo que queríais decirme. La hora avanza rápida y vendrá el alba. Lo digo por vosotros, porque Yo no temo encuentros peligrosos».

«Pues lo que te queríamos decir era que alguien debe haber dicho dónde estás, y que este alguien ciertamente no somos ni yo ni Nicodemo ni Manahén ni Lázaro y sus hermanas ni Nique. ¿Con quién más has hablado del lugar elegido para refugio tuyo?».

«Con ninguno, José».

«¿Estás seguro?».

«Seguro».

«¿Y has dado orden a tus discípulos de que no hablaran de ello?».

«Antes de partir no les hablé del lugar. Llegado a Efraím, di orden de que fueran evangelizando y de actuar en representación mía. Y estoy seguro de su obediencia».

«Y... ¿estás Tú solo en Efraím?».

«No. Estoy con Juan y Judas de Simón. Ya lo he dicho. Él, Judas, porque leo tu pensamiento, no puede haberme perjudicado *con su irreflexión*, porque nunca se ha alejado de la ciudad y en esta época no pasan por ella peregrinos de otros lugares».

«Entonces... Ha sido Belcebú en persona el que ha hablado. Porque en el Sanedrín se sabe que estás allí».

«¿Y entonces? ¿Cuáles han sido las reacciones del Sanedrín ante este movimiento mío?».

«Varias, Maestro. Muy distintas unas de otras. Hay quien dice que es lógico: dado que te han proscrito en los lugares santos, no te quedaba otra solución que refugiarte en Samaria. Otros, sin embargo, dicen que esto revela de ti lo que eres: un samaritano de alma, más que si lo fueras de raza; y que ello es suficiente para condenarte. Bueno y todos están muy contentos de haberte podido reducir al silencio y de poder señalarte ante las masas como amante de samaritanos. Dicen: "Ya hemos ganado la batalla. Lo demás será un juego de niños". Pero, haz que eso no sea verdad. Te lo rogamos».

«No será verdad. Dejad que hablen. Los que me aman no se turbarán por las apariencias. Dejad que el viento cese del todo. Es viento de tierra. Luego vendrá el viento del Cielo y se abrirá el entrecielo
560.7 apareciendo la gloria de Dios. [7]¿Tenéis algo más que decirme?».

«Respecto a ti, no. Vigila, sé cauto, no salgas de donde estás. Y decirte que te tendremos informado...».

«No. No hace falta. Permaneced donde estáis. Pronto tendré conmigo a las discípulas y —esto sí— decid a Elisa y a Nique que se unan a las otras, si quieren. Decídselo también a las dos hermanas. Siendo ya conocido el lugar donde me hallo, los que no temen al Sanedrín pueden ya venir y experimentar recíproca consolación».

«No pueden venir las dos hermanas hasta que Lázaro no regrese. Salió con gran pompa. Toda Jerusalén ha sabido que se marchaba a sus propiedades lejanas, y no se sabe cuándo va a volver. Pero su criado ha vuelto ya de Nazaret y ha dicho —también tenemos que decirte esto— que tu Madre estará aquí con las otras antes de que concluya esta luna. Ella está bien, y también María de Alfeo. El criado las ha visto. Pero tardan un poco porque Juana quiere venir con
560.8 ellas y no puede hacerlo hasta el final de esta luna. [8]Y también... como amigos fieles, aunque... imperfectos como dices, si nos lo permites, quisiéramos ofrecerte una ayuda...».

«No. Los discípulos que están evangelizando traen cada vigilia de sábado cuanto necesitan ellos y cuanto necesitamos nosotros los que estamos en Efraím. Más no hace falta. El obrero vive de su salario. Eso es justo. Lo demás sería superfluo. Dádselo a algún necesitado.

Lo mismo he impuesto a los de Efraím y a mis propios apóstoles. Exijo que a su regreso *no tengan ni una moneda de reserva* y que toda dádiva sea repartida por el camino, tomando para nosotros lo mínimo indispensable para la frugalísima comida de una semana».

«¿Por qué, Maestro?».

«Para enseñarles el desapego de las riquezas y el dominio espiritual sobre las preocupaciones del mañana. Y por esto y por otras buenas razones mías de Maestro, os ruego que no insistáis».

«Como quieras. Pero nos apena el no poder servirte».

«Llegará la hora en que lo haréis... [9]¿No es ya aquella la primera 560.9
luz del alba?» dice volviéndose hacia Oriente, o sea, hacia el lado opuesto a aquel por el que ha venido, e indicando un tímido claror que aparece lejano a través de una abertura.

«Lo es. Tenemos que dejarnos. Yo vuelvo a Gofená, donde he dejado la cabalgadura, y Nicodemo, por esta otra parte, bajará hacia Berot, y desde allí a Ramá, terminado el sábado».

«¿Y tú, Manahén?».

«Bueno, yo iré abiertamente por los caminos descubiertos que van hacia Jericó, donde ahora está Herodes. Tengo el caballo en una casa de gente pobre que por una limosna no sienten repulsa de nada, ni siquiera de un samaritano como creen que soy. Pero por ahora sigo contigo. En la bolsa tengo comida para dos».

«Entonces nos despedimos. [10]Para la Pascua nos veremos de nue- 560.10
vo».

«¡No! ¡No querrás ya arriesgarte a esa prueba!» dicen José y Nicodemo. «¡No lo hagas, Maestro!».

«Verdaderamente sois malos amigos porque me aconsejáis el pecado y la cobardía. ¿Cómo, reflexionando sobre el gesto que pongo, podríais amarme? Decidlo. Sed sinceros. ¿A dónde habría que ir para
* adorar al Señor en la Pascua de los Ácimos? ¿Al monte Garizim? ¿O no debería, más bien, presentarme ante el Señor en el Templo de Jerusalén, como deben hacer todos los varones de Israel en las tres grandes fiestas anuales? ¿Habéis olvidado que ya se me acusa de no respetar el sábado, a pesar de que —Manahén lo puede testificar—, hoy sin ir más lejos, Yo, secundando vuestro deseo, de noche haya recorrido un camino que armonizara vuestro deseo y la ley sabática?».

«Nosotros también hemos estado en Gofená por este motivo... Y ofreceremos un sacrificio para expiar una involuntaria transgresión por un motivo ineluctable. ¡Pero Tú, Maestro!... Te van a ver inmediatamente...».

---

* *al monte Garizim*, donde los samaritanos tenían su Templo, opuesto al de Jerusalén (*Deuteronomio 11, 26-32; 27, 11-13; Josué 8, 30-35; 2 Macabeos 6, 1-2).*

«Si no me vieran ellos, Yo me encargaría de que me vieran».

«¡Buscas tu destrucción! Es como si te mataras...».

«No. Vuestra mente está muy envuelta en sombras. No es como quererme matar. Es únicamente obedecer a la voz del Padre mío que me dice: "Ve. Es la hora". Siempre he buscado conciliar la Ley con las necesidades, incluso el día que tuve que huir de Betania y refugiarme en Efraím porque todavía no era la hora de ser capturado. El Cordero de Salvación sólo puede ser inmolado en la Pascua de los Ácimos. ¿Podréis pretender que, si eso he hecho respecto a la Ley, no lo haga respecto a la orden del Padre mío? Ahora marchaos, y no os aflijáis de esa manera. ¿Para qué he venido, sino para ser proclamado Rey de todas las gentes? Porque eso quiere decir "Mesías", ¿no es verdad? Sí, quiere decir eso. Y "Redentor" también quiere decir eso. Pero la verdad del significado de estos dos nombres no corresponde
560.11 con lo que vosotros os imagináis. [11]De todas formas, os bendigo, implorando que un rayo celeste descienda sobre vosotros junto con mi bendición. Porque os quiero y porque me queréis. Porque quisiera que vuestra justicia fuera plenamente luminosa. Y es que no sois malos pero sois, también vosotros, "viejo Israel" y no tenéis la voluntad heroica de despojaros del pasado y haceros nuevos. Adiós, José. Sé justo. Justo como aquel que durante muchos años fue para mí tutor y fue capaz de realizar toda renovación para servir al Señor su Dios. Si él estuviera aquí entre nosotros, ¡cómo os enseñaría a saber servir a Dios con perfección; a ser justos, justos, justos! ¡Pero justo es que esté ya en el seno de Abraham!... Para no ver la injusticia de Israel. ¡Oh, santo siervo de Dios!... Nuevo Abraham —de corazón traspasado pero de voluntad perfecta—, él no me habría aconsejado la cobardía, sino que me habría dicho las palabras que usaba cuando alguna realidad penosa pesaba sobre nosotros: "Levantemos el espíritu. Encontraremos la mirada de Dios y olvidaremos que son los hombres los que causan el dolor. Y hagamos todas las cosas que nos significan un peso como si el Altísimo nos las presentase. De esta manera santificaremos hasta las más pequeñas cosas y Dios nos amará". Eso habría dicho, incluso animándome a sufrir los más graves dolores... *Nos habría animado*... ¡Oh, Madre!...».

Jesús suelta a José —le tenía abrazado— y, agachando la cabeza, permanece en silencio, contemplando, sin duda, su ya cercano martirio y el de su pobre Madre...

Luego alza la cabeza y abraza a Nicodemo diciendo: «La primera vez que viniste a mí como discípulo oculto te dije que para entrar en *

* *viniste*, en 116.4/11.

el Reino de Dios y tener el Reino de Dios en vosotros era necesario que renacierais en espíritu y vuestro amor por la Luz fuera mayor del que por ella tenga el mundo. Hoy, y quizás es la última vez que nos encontramos en secreto, te repito las mismas palabras. Renace en tu espíritu, Nicodemo, para poder amar la Luz que soy Yo, y Yo more en ti como Rey y Salvador. Ahora marchaos. Que Dios esté con vosotros».

[12]Los dos Ancianos se marchan por la parte opuesta a aquella por 560.12
la que ha venido Jesús.

Cuando ya el ruido de sus pasos se ha alejado, Manahén, que había ido hasta la entrada de la gruta para verlos marcharse, vuelve y dice con cara muy expresiva: «¡Al menos una vez serán ellos los que infrinjan la medida sabática! ¡Y no se sentirán tranquilos hasta que no regularicen su deuda con el Eterno con el sacrificio de un animal! ¿No sería mejor para ellos sacrificar su tranquilidad declarándose abiertamente "tuyos"? ¿No sería eso más grato al Altísimo?».

«Ciertamente lo sería. Pero no los juzgues. Son masa que fermenta despacio. Pero, en su momento, ellos, cuando muchos que se creen mejores caigan, se erguirán contra todo un mundo».

«¿Lo dices por mí, Señor? Quítame la vida, antes que permitir que reniegue de ti».

«Tú no me renegarás. Pero en ti hay elementos distintos de los suyos para ayudarte a ser fiel».

[13]«Sí. Yo soy... el herodiano. O sea, era el herodiano. Porque, de la 560.13
misma manera que me he apartado del Consejo, me he apartado del partido desde que lo veo ruin e injusto —como los otros— respecto a ti. ¡Ser herodiano!... Para las otras castas es poco más que pagano. No digo que seamos unos santos. Es verdad que no lo somos. Hemos incurrido en impureza por una finalidad impura. Hablo como si fuera todavía el herodiano de antes de ser tuyo. Somos, por tanto, doblemente impuros, según el juicio humano: porque nos hemos aliado con los romanos y porque lo hemos hecho buscando nuestro propio beneficio. Pero, dime, Maestro, Tú que siempre dices la verdad y no te abstienes de decirla por temor a perder un amigo. Entre nosotros, que nos hemos aliado con Roma para... gozar todavía de efímeros triunfos personales, y los fariseos, jefes de los sacerdotes, escribas, saduceos, que se alían con Satanás para destruirte a ti, ¿quién es más impuro? Yo, ya ves que, ahora que he visto que el partido de los herodianos se pone contra ti, los he dejado. No digo esto para que me alabes, sino para manifestarte cómo pienso. ¡Y ellos —hablo de los fariseos y sacerdotes, escribas y saduceos— creen que sacan un beneficio de esta inesperada alianza de los herodianos con ellos! ¡Des-

dichados! No saben que los herodianos lo hacen para ganar méritos ante los romanos y, por tanto, mayor protección de éstos, y, después... definidos y terminados la causa y el motivo que los une ahora, abatir a los que ahora toman como aliados. Éste es el juego recíproco de los unos y los otros. Todo está basado en el engaño. Y esto me repugna de tal manera, que me he independizado del todo. Tú... Tú apareces como un gran fantasma amedrentador. ¡*Para todos*! Y eres también el pretexto para el sucio juego de los intereses de los distintos partidos. ¿El motivo religioso? ¿El sagrado desdén hacia "el blasfemo", como te llaman? ¡Todo engaños! El único motivo es, no la defensa de la Religión, no el sagrado celo por el Altísimo, sino *sus intereses, ávidos, insaciables*. Me dan asco como cosa inmunda. Y quisiera... quisiera que fueran más valerosos los pocos que no son inmundicia. ¡Ya me es gravoso llevar una vida doble! Quisiera seguirte sólo a ti, pero te sirvo así más que si te siguiera. Siento este peso...
560.14 Pero dices que será pronto... Como... [14]¿Pero realmente serás inmolado como el Cordero? ¿No es lenguaje figurado? La vida de Israel está tejida con símbolos y figuras...».

«Y quisieras que conmigo fuera así... No, mi caso no es una figura».

«¿No lo es? ¿Estás completamente seguro? Yo podría... Muchos podríamos repetir antiguos gestos haciendo que te ungieran como Mesías, y podríamos defenderte. Bastaría una palabra para que surgieran a millares los defensores del verdadero Pontífice santo y sabio. Ya no hablo de un rey terreno, porque ya sé que tu Reino es enteramente espiritual. Pero, dado que humanamente fuertes y libres no lo seremos ya nunca, pues, al menos, que sea tu santidad la que gobierne y dé nueva salud al corrompido Israel. Nadie —Tú lo sabes— aprecia al actual sacerdocio o a quienes lo sostienen. ¿Quieres esto, Señor? Ordena y yo actuaré».

«Ya has avanzado mucho en tu pensamiento, Manahén. Pero todavía estás tan lejos de la meta como la Tierra del Sol. Yo seré Sacerdote, y lo seré eternamente, Pontífice inmortal, en un organismo que vivificaré hasta el final de los siglos. Pero no seré ungido con el óleo de la alegría, ni proclamado y defendido con actos violentos —expresión de la voluntad de un puñado de fieles— que llevarían a la Patria a una escisión más feroz aún y a hacerla más esclava que nunca. ¿Y crees que una mano de hombre puede ungir al Cristo? En verdad te digo que no. La verdadera Autoridad que me ungirá Pontífice y Mesías es la de Aquel que me ha enviado. Nadie, aparte de Dios, podría ungir a Dios como Rey de reyes y Señor de señores para toda la eternidad».

«¡¿Entonces nada?! ¡¿Nada que hacer?! ¡Oh, mi dolor!».

«Todo. Amarme. En eso se resume todo. Amar no a la criatura que lleva por nombre Jesús, *sino a lo que Jesús es*. Amarme con la humanidad y con el espíritu, de la misma forma que Yo os amo con el Espíritu y la Humanidad para estar conmigo más allá de la Humanidad. [15]Mira qué hermosa aurora. La luz tímida de las estrellas no llegaba hasta aquí dentro; pero la luz segura del Sol, sí. Lo mismo sucederá en los corazones de aquellos que lleguen a amarme con justicia. Vamos afuera, al silencio del monte, exento de voces humanas enronquecidas de intereses. Mira aquellas águilas. Mira cómo se alejan con amplios vuelos en busca de presa. ¿Vemos las presas? Nosotros, no; pero las águilas sí, porque el ojo del águila es más poderoso que el nuestro y, desde arriba, donde se cierne en vuelo, ve un amplio horizonte y sabe elegir. Yo también. Lo que vosotros no veis Yo lo veo. Y, desde arriba, donde aletea mi espíritu, sé elegir a mis dulces presas. No para despedazarlas, como hacen los buitres y las águilas, sino para llevarlas conmigo. ¡Seremos así felices allí, en el Reino del Padre mío, nosotros, que nos hemos querido!...». 560.15

Y Jesús, que, hablando, ha salido a sentarse al sol a la entrada de la caverna, teniendo a su lado a Manahén, le arrima ahora hacia sí y calla y sonríe contemplando quién sabe qué visión...

561. El saforim Samuel, de sicario a discípulo.

5 de febrero de 1947.

[1]Jesús está solo, todavía en la caverna. Una lumbre resplandece dando luz y calor, un fuerte olor de resinas y ramajes se esparce, entre chasquidos y chisporroteos, por el antro. Jesús se ha retirado al fondo, a una concavidad en cuyo suelo hay ramajes secos; allí está meditabundo. La llama, de vez en cuando, ondea y merma y aumenta, alternativamente, debido a rachas de viento que enfilan la espesura de las plantas para introducirse silbando en la caverna, que resuena como una bocina. No es un viento continuo: cesa, luego se levanta de nuevo, como las olas de un mar en momentos de ola larga. Cuando silba fuerte, impulsa las cenizas y hojas secas hacia el estrecho pasillo rocoso por el que Jesús ha ido a la gruta más grande, y la llama se pliega hasta lamer el suelo en aquella dirección; luego, cuando cesa la racha de viento, la llama se eleva de nuevo, todavía ondulante, para resplandecer otra vez enhiesta. Jesús no hace caso. Medita. 561.1

Luego, al sonido del viento se une el de la lluvia, que golpea, primero rala, luego más densa, contra el follaje de las plantas. Un ver-

dadero turbión transforma pronto los senderos de las laderas en ruidosos torrentes. Y ahora es la voz del agua la que predomina porque el viento lentamente calla. La luz, muy relativa, del crepúsculo borrascoso, y la del fuego, que, terminada la frasca, rojea, pero sin llama, apenas dan claridad a la caverna, cuyos rincones ya están totalmente en sombra. A Jesús, que está vestido de obscuro, ya no se le distingue; a duras penas, si levanta la cara —la tiene agachada, sobre las rodillas dobladas—, se ve un blancor que contrasta con la pared obscura.

561.2 [2]Fuera de la gruta, en el sendero, ruido de pasos y palabras entrecortadas por jadeo, propias de uno cansado y agitado. Luego una sombra oscura que chorrea agua por todas partes se proyecta en el vacío de la entrada.

El hombre, porque es un hombre, y de barba tupida y negra, emite un «¡oh!» de alivio y arroja al suelo la prenda —empapada de agua— que cubre su cabeza, sacude el manto y monologa: «¡Mmm! ¡Bien vas a tener que sacudirlo, Samuel! ¡Parece que se hubiera caído en la hoya de un batanero! ¿Y las sandalias? ¡Barcas! ¡Barcas en el fondo del río! ¡Estoy mojado hasta los huesos! ¡Fíjate qué regueros de los pelos! Parezco un canalón roto que suelte agua por mil agujeros. ¡Pues bien empezamos! ¿Será que Belcebú está de su parte y le defiende? ¡Mmm! ¡La recompensa es alta... pero...!».

Se sienta dejándose caer sobre una piedra cercana al fuego, cuyos tizones, terminada ya la llama, rojean formando esos dibujos extraños que constituyen la última vida de la leña quemada, y trata de reavivarlo soplando. Se quita las sandalias y trata de secarse los pies fangosos con algunas partes del manto que están menos mojadas que el resto. Pero se seca con agua. Su esfuerzo sirve sólo para quitar el barro de los pies y pasarlo al manto.

Sigue monologando: «¡Malditos sean ellos, él y todos! Y he perdido incluso la bolsa. ¡Claro! Mucho es ya que no haya perdido la vida... "Es el camino más seguro" dijeron. ¡Ya! ¡Pero ellos no lo recorren! ¡Si no hubiera visto esta llama! ¿Quién la habrá encendido? Algún desgraciado como yo. Pero ¿dónde estará ahora? Allí hay un agujero... Quizás otra gruta... ¿No serán bandoleros! ¡Pero... qué tonto! ¿Qué me van a robar, si no tengo ni una perra? Bueno, no importa. Este fuego es más que un tesoro. ¡Si tuviera algo de ramulla para reavivarlo! Me quitaría y me secaría la ropa. ¡Digo yo, ¿no?! ¡No tengo otra cosa hasta el regreso!...».

561.3 [3]«Si quieres ramulla, amigo, aquí hay» dice Jesús sin moverse de su sitio.

El hombre, que estaba vuelto de espaldas respecto a Jesús, se so-

bresalta por esa voz imprevista; se pone inmediatamente en pie y se vuelve. Parece muy asustado. «¿Quién eres?» pregunta abriendo desmesuradamente los ojos para tratar de ver.

«Un viandante como tú. He sido Yo el que ha encendido el fuego, y me alegro de que te haya servido de guía». Jesús se acerca con un haz de leña en los brazos y lo deja caer al lado del fuego. Dice: «Reaviva la llama antes de que la ceniza cubra todo. No tengo ni yesca ni eslabón, porque el que me los prestó se ha marchado después de la puesta del Sol». Jesús habla en tono amistoso, pero no se acerca hasta el punto de que el fuego le ilumine. Al contrario, vuelve a su rincón y permanece allí, más envuelto que antes, en su manto.

[4]El hombre, mientras, se agacha para soplar en las hojas que ha 561.4
arrojado al fuego, y está ocupado en eso hasta que la llama resurge. Ríe mientras sigue echando ramas cada vez más gruesas que reaniman la llama. Jesús se ha vuelto a sentar en su sitio y le observa.

«Ahora tendría que desnudarme para secar la túnica. Prefiero estar desnudo antes que mojado como estoy. Pero ni puedo quitármela. Se ha venido abajo un trozo de ladera y me he visto debajo de una cascada de tierra y agua. ¡Ah, ahora estoy bien! ¡Fíjate! He roto la túnica. ¡Maldito viaje! ¡Si, al menos, hubiera transgredido el sábado! Pero no. Hasta la puesta del Sol he estado parado. Después... ¿Y ahora cómo me apaño? Para salvarme he soltado la bolsa, que se habrá caído hacia el valle o se habrá quedado enratada en algún matorral, ¡a saber dónde!...».

«Aquí tienes mi túnica. Está seca y caliente. A mí me basta con el manto. Tómala. Estoy sano. No temas».

«Y también eres bueno. Un buen amigo. ¿Cómo agradecértelo?».

«Queriéndome como a un hermano».

«¡Queriéndote como a un hermano? Pero si no me conoces. ¿Querrías mi estima aunque fuera un malvado?».

«La querría para hacerte bueno».

El hombre, que es joven, más o menos de la edad de Jesús, agacha la cabeza y reflexiona. Tiene la túnica de Jesús en sus manos, pero no la ve. Piensa. Y, instintivamente, se la pone sobre la piel desnuda (y es que se ha quitado todo, incluso la túnica de debajo).

[5]Jesús, que había vuelto a su rincón, pregunta: «¿Cuándo has co- 561.5
mido?».

«A la hora sexta. Hubiera debido comer al llegar al pueblo, abajo en el valle. Pero he perdido el camino, la bolsa y el dinero».

«Mira. Tengo aquí todavía algo de comida. Debía servirme para mañana. Pero tómalo. A mí no me pesa el ayuno».

«Pero... si tienes que andar, necesitarás fuerzas...».

«No voy lejos. Sólo a Efraím...».

«¡¿A Efraím?! ¿Eres samaritano?».

«¿Sientes repulsa? No soy samaritano».

«Efectivamente... tu acento es galileo. ¿Quién eres? ¿Por qué no muestras tu cara? ¿Necesitas ocultarte por algún delito? No te voy a denunciar».

«Soy un viandante, lo he dicho antes. Mi Nombre no te diría nada, o te diría demasiado. Y, además, ¿qué es el nombre? Si te ofrezco una túnica para tu cuerpo aterido, un pan para tu hambre y, sobre todo, mi piedad para tu corazón, acaso necesitas saber mi Nombre para sentir el alivio de la ropa seca, la comida y el afecto? Pero, si quieres darme un nombre, llámame "Piedad". No tengo nada vergonzoso que me obligue a ocultarme. Pero no por ello no me denunciarías, porque tu corazón tiene dentro un pensamiento no bueno y los malos pensamientos dan frutos de malas acciones».

El hombre se sobresalta y va donde Jesús, pero de Jesús se ven solamente los ojos, y, además, velados por los párpados semicerrados.

«Come, come, amigo. No hay otra cosa que hacer».

561.6 [6]El hombre se acerca de nuevo al fuego y come lentamente, sin decir nada. Está pensativo. Jesús está todo aovillado en su rincón. El hombre va reponiéndose. El calor de la hoguera, el pan y la carne asada que Jesús le ha dado le ponen contento. Se levanta, se estira, extiende desde una punta de roca hasta una gruesa escarpia oxidada —a saber quién, y cuándo, la clavó allí— el cordón que llevaba como cinto y tiende encima, para que se sequen, túnica, manto y gorro; sacude las sandalias, las acerca a la llama a la que alimenta generosamente.

Jesús parece estar adormilado. El hombre también se sienta, y piensa. Luego se vuelve y mira al Desconocido. Pregunta: «¿Duermes?».

Jesús responde: «No. Pienso y oro».

«¿Por quién?».

«Por todos los necesitados, de todas las clases. ¡Y son muchos!».

«¿Eres un penitente?».

«Soy un penitente. La Tierra tiene mucha necesidad de penitencia, para que los débiles en ella reciban la fuerza para rechazar a Satanás».

«Es como has dicho. Hablas como un rabí. Sé distinguir porque soy saforim. Estoy con el rabí Jonatán ben Uziel. Soy su discípulo *

---

* *saforim* debería significar *escriba*, es decir, doctor de la Ley; pero aquí podría significar *alumno que aspira a serlo*. En efecto, él se declara "discípulo" de un rabí, y, más adelante, dice que mientras el rabí enseña él se pone "a sus pies", justamente como solían hacer los alumnos. También en 594.4 parece que los *saforimes* fueran distintos de los *doctores*.

preferido. Y ahora, si el Altísimo me asiste, me apreciará todavía más. Todo Israel alabará mi nombre».

Jesús no replica.

561.7 [7]El otro, pasado un rato, se alza y va a sentarse al lado de Jesús. Dice, mientras se alisa con la mano el pelo, que casi lo tiene ya seco, y ordenándose la barba: «Oye, has dicho que vas a Efraím. Pero ¿vas por azar o es que estás allí?».

«Vivo en Efraím».

«¡Pero has dicho que no eres samaritano!».

«Lo repito: no soy samaritano».

«¿Y quién puede vivir allí si no...? Oye, se dice que en Efraím se ha refugiado el Rabí de Nazaret, el proscrito, el maldito. ¿Es verdad?».

«Es verdad. Jesús, el Cristo del Señor, está allí».

«¡No es el Cristo del Señor! ¡Es un embustero! ¡Un blasfemo! ¡Un demonio! Es la causa de todos nuestros males. ¡Y no surge un vengador de todo el pueblo que le derribe!» exclama, fanático de odio.

«¿Acaso te ha hecho algún mal, que hablas de Él con tanto odio en la voz?».

«A mí no. Sólo le vi una vez, en los Tabernáculos, y en medio de un gentío tal, que me costaría reconocerle. Porque aunque sea discípulo del gran rabí Jonatán ben Uziel, hace poco que estoy definitivamente en el Templo. Antes... no podía por muchas razones, y sólo cuando el rabí estaba en su casa estaba a sus pies bebiendo justicia y doctrina. Pero tú... me has preguntado si le odio, y he sentido una celada reprensión en tus palabras. ¿Es que eres un seguidor del Nazareno?».

«No lo soy. Pero cualquiera que sea justo condenará el odio».

«El odio es santo cuando va contra un enemigo de Dios y de la Patria. El Rabí nazareno es eso. Destruirle y odiarle es santo».

«¿Destruir al hombre o a la idea que representa y la doctrina que proclama?».

«¡Todo! ¡Todo! No se puede destruir una de esas cosas si se pasa por altro otra. En el hombre está su doctrina y su idea. O se abate todo o no sirve para nada. Cuando se abraza una idea se abraza conjuntamente al hombre que la representa y a su doctrina. Esto lo sé porque lo experimento respecto a mi maestro. Sus ideas son las mías; sus deseos, leyes para mí».

«Efectivamente, un buen discípulo actúa así. Pero hay que saber distinguir si es bueno el maestro, y seguir sólo a un maestro bueno. Porque no es lícito perder la propia alma por amor hacia un hombre».

«Jonatán ben Uziel es bueno».

«No. No lo es».

«¿Qué dices? ¿Me dices a mí eso estando aquí solos y pudiendo matarte para vengar a mi maestro? Ten en cuenta que soy robusto».

«No tengo miedo. No tengo miedo de la violencia. Y no tengo miedo ni aun sabiendo que, si arremetes contra mí, *no voy a reaccionar*».

561.8 [8]«¡Ah, ahora entiendo! Eres un discípulo del Rabí, un "apóstol". Él llama así a sus discípulos más fieles. Y vas donde Él. Quizás el que estaba contigo era un compañero tuyo y estás esperando a algún otro compañero».

«Espero a alguien, sí».

«¿Al Rabí!».

«No hay necesidad de que le espere. Él no necesita mi palabra para ser curado de su enfermedad: no tiene ni el alma ni el cuerpo enfermos. Espero a una pobre alma envenenada, delirante, para curarla».

«¡Eres un apóstol! Porque se sabe que Él los manda a evangelizar, ya que Él tiene miedo de ir desde que ha sido condenado por el Sanedrín. ¡Por eso tú tienes sus doctrinas! No reaccionar contra el que ofende es una de sus doctrinas».

«Es una de sus doctrinas porque enseña el amor, el perdón, la justicia, la mansedumbre. Ama a los enemigos y no sólo a los amigos. Porque lo ve todo en Dios».

«Si me encontrara... si, como espero, le encuentro, no creo que a mí me ame. ¡Sería un necio! Pero no puedo hablar contigo, que eres un apóstol suyo. Y me arrepiento de haber dicho lo que he dicho, porque se lo referirás a Él».

«No hay necesidad. Pero, en verdad te digo que te amará; es más, que *te ama*, a pesar de que vayas a Efraím para tenderle una trampa y entregarle al Sanedrín, que ha prometido un cuantioso premio al que haga eso».

«¿Eres... profeta o tienes espíritu pitón? ¿Te ha comunicado Él su poder? ¿Eres un maldito tú también? ¡Y yo he aceptado tu pan, tu túnica! ¡Te has comportado conmigo como amigo! Está escrito: "No alzarás tu mano contra el que te ha hecho el bien". ¡Y tú esto has hecho! Porque, si sabías que yo... ¿Quizás para impedirme actuar? Bueno pues, si contigo voy a ser clemente por haberme dado pan, sal, fuego y vestido, y faltaría contra la justicia haciéndote un mal, no voy a ser clemente con tu Rabí, porque a Él no le conozco y no me ha hecho el bien sino el mal».

«¡Desdichado! ¿No te das cuenta de que deliras? ¿Cómo puede uno que no conoces haberte hecho el mal? ¿Cómo puedes respetar el sábado si no respetas el precepto de no matar?...».

«Yo no mato».

«Materialmente, no. Pero no hay diferencia entre quien mata y quien pone la víctima en las manos del que mata. Respetas la palabra de un hombre, que dice que no se debe perjudicar a quien te ha hecho un bien, y luego no respetas la palabra de Dios y, tendiendo una trampa, por un puñado de monedas, por un poco de honor, el sucio honor de haber sabido traicionar a un inocente, te preparas a cometer un delito...».

«No lo hago sólo por las monedas y el honor, sino por hacer una
* cosa grata a Yeohveh y beneficiosa para la Patria. [9]Repito el gesto de 561.9
Yael y Judit». Está más exaltado que antes.

«Sísara y Holofernes eran enemigos de nuestra Patria. Eran invasores. Eran crueles. ¿Pero qué es el Rabí de Nazaret? ¿Qué invade? ¿Qué usurpa? Es pobre y no quiere riquezas, es humilde y no quiere honores, es bueno, bueno con todos. Los que se han visto agraciados por Él se cuentan a millares. ¿Por qué le odiáis? ¿Tú por qué le odias? No te es lícito hacer el mal a tu prójimo. Sirves al Sanedrín. Pero ¿será el Sanedrín el que te juzgue en la otra vida, o será Dios? ¿Y cómo te juzgará? No te digo que te vaya a juzgar por haber matado al Cristo, pero sí te digo que te juzgará por haber matado a un inocente. Tú no crees que el Rabí de Nazaret sea el Cristo, y por eso, por tu idea de que no lo es, no se te imputará este delito. Dios es justo y no juzga como culpa el acto llevado a cabo sin plena advertencia. No te juzgará, por tanto, por haber matado al Cristo, porque para ti Jesús de Nazaret no es el Cristo. Pero sí que te acusará de haber matado a un inocente. Porque tú sabes que es inocente. Te han envenenado, embriagado con palabras de odio; pero no lo estás tanto como para no entender que Él es inocente. Sus obras hablan en su favor. Vuestro miedo —más el de los maestros que el vuestro de discípulos— teme y ve lo que no existe; es el miedo de quienes temen que Él los suplante. ¡No temáis, que Él os abre los brazos para deciros: "Hermanos"! No envía soldados contra vosotros. No os maldice. Lo único que quisiera sería salvaros, salvaros a vosotros, a los grandes y a los discípulos de los grandes, de la misma forma que quiere salvar al último de Israel; a vosotros más que al ínfimo de Israel, más que al niño que todavía no sabe lo que es el odio y el amor. Porque vosotros tenéis más necesidad de ser salvados que los ignorantes y los niños, porque *sabéis, y pecáis sabiendo*. ¿Tu conciencia de hombre, si la despojas de las ideas que en ella han metido, si la depuras de los venenos que te hacen delirar, te puede decir que Él es

* *el gesto de Yael* (contra Sísara) en *Jueces 4, 17-22*, y *Judit* (contra Holofernes) en *Judit 12, 10-20; 13.*

culpable? ¡Dilo! Sé sincero. ¿Acaso le has visto un solo día faltar contra la Ley, o aconsejar que se falte contra ella? ¿Le has visto pendenciero, ávido, lujurioso, calumniador, duro de corazón? ¡Habla! ¿Le has visto, acaso, irrespetuoso para con el Sanedrín? Vive como un proscrito por obedecer al veredicto del Sanedrín. Podría lanzar un grito y toda Palestina le seguiría para marchar contra los pocos que le odian, y, sin embargo, aconseja a sus discípulos paz y perdón. Podría —de la misma manera que da vida a los muertos, vista a los ciegos, movimiento a los paralíticos, oído a los sordos, liberación a los endemoniados, porque ni el Cielo ni el Infierno son insensibles a su voluntad— podría fulminaros con el rayo divino y liberarse así de sus enemigos. Y, sin embargo, ruega por vosotros y os cura a vues-
561.10 tros parientes, os cura el corazón, os da pan, vestidos, fuego. [10]*Porque Yo soy Jesús de Nazaret, el Cristo, Aquel que tú buscas para recibir la recompensa prometida a quien le entregue al Sanedrín y ganarte los honores de liberador de Israel.* Yo soy Jesús de Nazaret, el Cristo. Aquí me tienes. Préndeme, pues. Como Maestro y como Hijo de Dios te libero y te absuelvo de la obligación y del pecado de no alzar o de haber alzado la mano contra quien te ha favorecido».

Jesús se ha levantado quitándose de la cabeza el manto, y extiende las manos como para ser capturado, atado. Pero con su altura —y, habiéndose quedado sólo con la túnica interna, corta y ceñida, con el manto obscuro pendiéndole de los hombros, y bien erguido, parece incluso más esbelto—, con sus ojos clavados en el rostro de su perseguidor, el reflejo móvil de las llamas que le encienden puntos luminosos en sus cabellos sueltos y hacen brillar sus grandes pupilas dentro del círculo zafíreo de los iris, y con esa majestad suya y lealtad sin miedo, infunde más respeto que si estuviera rodeado de un ejército que le defendiera.

El hombre está como hechizado... paralizado de estupor. Sólo al cabo de un rato logra susurrar: «¡Tú! ¡Tú! ¡Tú!». Parece como si no supiera decir nada más.

Jesús insiste: «¡Captúrame, pues! Quita esa inútil cuerda extendida para sostener una túnica sucia y desgarrada, y ata mis manos. Te seguiré como un cordero sigue al matarife. Y no te voy a odiar porque me lleves a la muerte. Ya te lo he dicho. Es el fin el que justifica la acción y transforma su naturaleza. Para ti Yo soy la ruina de *

---

* *te lo he dicho.* Introduciendo así la afirmación sobre el *fin que justifica la acción y transforme su naturaleza*, Jesús quiere corroborar lo que ya había sido dicho sobre el caso de su interlocutor (el cual pensaba matarle porque no creía que fuera el Mesías y porque estaba instigado por otros y convencido de obrar bien) sin querer afirmar un principio moral, que, no obstante, encontraremos, en cierto sentido, formulado y aclarado en 580.3.

Israel y tú crees salvar a Israel matándome. Para ti Yo soy responsable de todo delito, y, por tanto, sirves a la justicia eliminando a un malhechor. No eres, pues, más culpable que el verdugo que ejecuta una orden recibida. ¿Quieres inmolarme aquí en el sitio? Ahí, a mis pies, está el cuchillo con el que te he rebanado la comida. Cógelo. Puede transformarse, de hoja que ha servido para el amor a mi prójimo, en cuchillo de sacrificador. Mi carne no es más dura que la carne de cordero asado que mi amigo me había dejado para que saciara mi hambre y que Yo te he dado a ti, enemigo mío, para saciar tu hambre. Pero tienes miedo de las patrullas romanas, que arrestan al que mata a un inocente y que no permiten que nosotros administremos la justicia porque nosotros somos los súbditos y ellos los dominadores. Por eso no te atreves a matarme y luego ir adonde los que te han enviado, con el Cordero degollado cargado sobre tus hombros cual mercancía que hace ganar dinero. Bueno, pues deja aquí mi cadáver y ve a advertir a tus amos. Porque tú tanto has renunciado a esa soberana libertad de pensamiento y voluntad que el propio Dios deja a los hombres, que no eres un discípulo, sino un esclavo. Y sirves, rendidamente sirves, *a tus amos*; hasta llegar al delito, los sirves. Pero no eres culpable. Estás "envenenado". Tú eres esa alma envenenada que Yo esperaba. ¡Ánimo, pues! La noche y el lugar son propicios para el delito. ¡Mejor dicho: para la redención de Israel! [11]¡Oh, pobre niño! ¡Dices palabras proféticas sin saberlo! Verdaderamente mi muerte significará redención, y no de Israel solamente, sino de toda la Humanidad. Y Yo he venido para ser inmolado. Ardo en deseos de serlo para ser Salvador. De todos. Tú, saforim del docto Jonatán ben Uziel, ciertamente conoces Isaías. Pues mira, tienes delante de ti al Varón de dolores. Y si no lo parezco, si no parezco aquel que fue visto * también por David, con los huesos descubiertos y dislocados, si no soy como el leproso visto por Isaías, es porque no veis mi corazón. Soy todo una llaga. Vuestro desamor y odio, vuestra dureza e injusticia me han llagado y quebrantado por entero. ¿Y no tenía escondido mi rostro mientras me vejabas por ser lo que realmente soy: el Verbo de Dios, el Cristo? ¡Pero soy el hombre avezado a padecer! ¿Y no me juzgáis como hombre castigado por Dios? ¿Y no me sacrifico porque quiero hacerlo para, con mi sacrificio, devolveros la salud? [12]¡Ánimo! ¡Descarga tu mano! Mira: no tengo miedo y tú tampoco debes tenerlo: Yo porque soy el Inocente y no temo el juicio de Dios; Yo porque, ofreciendo mi cuello para tu cuchillo hago que se cumpla la voluntad de Dios, anticipando un poco mi hora para bien vuestro. También

561.11

561.12

* *David* (*Salmo 22*), *Isaías* (*Isaías 52, 13-15; 53, 1-12*): prefiguran a Jesús en el Varón de dolores, como se dice aquí y en otros lugares; por ejemplo, en 361.5, 382.7, 520.7.

cuando nací anticipé la hora por amor a vosotros, para daros la paz antes de su tiempo. Pero vosotros, de esta ansia mía de amor, hacéis arma para negar... ¡No temas! No invoco para ti el castigo de Caín ni los rayos divinos. Oro por ti. Te amo. Nada más. ¿Soy demasiado alto para tu mano de hombre? ¡Así es! ¡Es verdad! El hombre no podría asestar golpe alguno contra Dios si Dios no se pusiera voluntariamente en las manos del hombre. Pues bien, Yo me arrodillo ante ti. El Hijo del hombre está delante de ti, a tus pies. ¡Descarga el golpe, pues!».

Y Jesús, efectivamente, se arrodilla y ofrece a su perseguidor el cuchillo sujetándolo por la hoja. El hombre retrocede susurrando: «¡No! ¡No!».

«¡Ánimo! Un momento de valor... ¡y serás más célebre que Yael y Judit! Mira, oro por ti. Lo dice Isaías: "... y oró por los pecadores". ¿No vienes todavía? ¿Por qué te alejas? ¡Ah!, ¿es porque temes no ver cómo muere un Dios? Pues mira, voy ahí, al lado del fuego. El fuego no falta nunca en los sacrificios. Forma parte de ellos. Mira, ahora me ves bien». Se ha arrodillado cerca del fuego.

«¡No me mires! ¡No me mires! ¡Oh! ¿A dónde huyo para no ver tu mirada?» grita el hombre.

«¿A quién? ¿A quién quieres no ver?».

«A ti... y tampoco mi delito. ¡Verdaderamente mi pecado está
561.13 frente a mí! [13]¿A dónde, a dónde huir?». El hombre está aterrorizado...

«¡A mi corazón, hijo! Aquí, en estos brazos cesan las pesadillas y los miedos. Aquí hay paz. ¡Ven! ¡Ven! ¡Hazme feliz!». Jesús se ha levantado y ahora alarga los brazos. El fuego los separa. Jesús centellea con el reflejo de las llamas.

El hombre cae de rodillas, se cubre el rostro y grita: «¡Piedad de mí, oh Dios! ¡Piedad de mí! ¡Borra mi pecado! ¡Quería matar a tu Cristo! ¡Piedad! ¡Ah, no puede haber piedad para un delito de esta naturaleza! ¡Estoy condenado!». Llora rostro en tierra, convulso por los sollozos, y gime: «Piedad», e impreca: «¡Malditos!»...

Jesús da la vuelta a la llama y va donde él; se agacha, le toca en la cabeza, le dice: «No maldigas a los que te pervirtieron. Te han procurado el mayor de los bienes: el que Yo te hablara, así, y te tuviera así, entre mis brazos».

Le ha tomado de los hombros y le ha levantado. Se ha sentado en el suelo y le ha acercado a su corazón. El hombre se relaja sobre las rodillas de Jesús, con un llanto menos delirante. Pero ¡qué llanto tan purificador! Jesús acaricia su cabeza morena mientras le deja calmarse.

El hombre, al fin, alza la cabeza y, cambiada su cara, gime: «¡Tu perdón!».

Jesús se inclina y le besa en la frente. [14]El hombre le echa los brazos al cuello y, reclinada su cabeza sobre el hombro de Jesús, llora y narra, quisiera narrar, cómo le habían persuadido a que cometiera el delito. Pero Jesús no deja que lo haga, diciéndole: «¡Calla! ¡Calla! No ignoro nada. Cuando has entrado te he conocido, respecto a lo que eras y a lo que querías hacer. Habría podido alejarme de allí y evitarte. Me he quedado allí para salvarte. Salvado estás. El pasado ha muerto. No lo evoques ya». 561.14

«Pero... ¿te fías así? ¿Y si pecara de nuevo?».

«No, no pecarás de nuevo. Lo sé. Tú estás curado».

«Sí, estoy curado, pero son muy astutos; no me mandes otra vez con ellos».

«¿Y a dónde vas a ir que ellos no estén?».

«Contigo, a Efraím. Si ves lo que hay en mi corazón, verás que no te estoy tendiendo una trampa, sino que sólo hay una súplica de ser protegido».

«Lo sé. Ven. Pero te advierto que allí está Judas de Keriot, que está vendido al Sanedrín y es un traidor del Cristo».

«¡Divina Misericordia! ¡¿También sabes eso?!». El estupor alcanza su punto máximo.

«*Sé todo*. Él cree que Yo no lo sé. Pero sé todo. Y sé también que tú estás tan convertido, que *no* hablarás a Judas ni a ningún otro de esto. Pero piensa que si Judas sabe traicionar a su Maestro, ¿qué no sabrá hacer en perjuicio tuyo?».

El hombre piensa durante un largo rato. Luego dice: «¡No importa! Si no me rechazas, me quedo contigo; al menos durante un tiempo, hasta la Pascua, hasta que vuelvas a reunirte con tus discípulos. Yo me uniré a ellos. ¡Oh, si es verdad que me has perdonado, no me rechaces!».

«No te rechazo. [15]Ahora vamos allá. Esperaremos sobre esas hojas a que llegue la mañana. Al amanecer iremos a Efraím. Diremos que el azar nos ha unido y que vienes con nosotros. Es la verdad». 561.15

«Sí, es la verdad. Al amanecer estará seca mi ropa y te devolveré tu túnica...».

«No. Deja ahí esa ropa. Son un símbolo: el hombre que se despoja de su pasado y viste el nuevo uniforme. La madre de Samuel, el antiguo, cantó jubilosa: "El Señor da la muerte y la vida, conduce a la morada de los muertos y de ella hace regresar". Tú has muerto y has *

* *cantó*, en *1 Samuel 2, 6.*

renacido. Vienes de la morada de los muertos a la verdadera Vida. Deja la indumentaria que ha estado en contacto con los sepulcros llenos de inmundicia. ¡Y vive! Vive para tu verdadera gloria: servir a Dios con justicia, poseerle eternamente».

Se sientan en la concavidad de la roca, donde están amontonadas las hojas, y pronto el silencio desciende, porque el hombre, cansado, se duerme con la cabeza relajada sobre el hombro de Jesús, que sigue orando.

561.16 [16]...Y en una hermosa mañana de primavera llegan frente a la casa de María de Jacob, por el sendero del torrente, que está poniéndose otra vez cristalino después del aguacero, y canta más fuerte por el mayor nivel del agua, y brilla bajo el sol, enmarcado entre las luminosas orillas todavía brillantes de lluvia.

Pedro, que está en la puerta, da un grito y corre al encuentro de ellos. Se abalanza sobre Jesús —el cual está bien arropado en su manto— y le abraza. Dice: «¡Oh, Maestro mío bendito! ¡Qué triste sábado me has hecho pasar! No me decidía a marcharme sin haberte visto antes. ¡Si me hubiera marchado con la incertidumbre en el corazón y sin tu despedida, habría estado toda la semana atolondrado!».

Jesús le besa sin liberarse del manto. Pedro está tan atento a contemplar a su Maestro, que no advierte la presencia del extraño que le acompaña. Pero, entretanto, también los demás han llegado, y Judas de Keriot exclama: «¡Tú, Samuel!».

«Yo. El Reino de Dios está abierto a todos en Israel. He entrado en él» responde seguro el hombre.

Judas se ríe extrañamente, pero no replica.

La atención de todos converge hacia el que ha venido nuevo. Pedro pregunta: «¿Quién es?».

«Un nuevo discípulo. El azar ha hecho que nos encontráramos. O sea, Dios ha hecho que nos encontráramos, y, como persona enviada a mí por el Padre mío, le he acogido, y lo mismo os digo a vosotros: acogedle. Y, dado que hay gran fiesta cuando uno entra a formar parte del Reino de los Cielos, dejad las bolsas y los mantos, vosotros que
561.17 estabais para salir, y vamos a estar juntos hasta mañana. [17]Ahora déjame, Simón, porque le he dado mi túnica y, estando aquí parado, el aire de la mañana muerde mis carnes».

«¡Ya decía yo! ¡De esa manera, Maestro, te vas a enfermar!».

«Yo no quería, pero Él quiso», se disculpa el hombre.

«Sí. Le había pillado una avalancha y se había salvado por su voluntad. Y, para que nada de ese penoso momento perdurase en él, y viniera a nosotros sin suciedades, le he dicho que dejara donde nos

hemos encontrado su túnica desgarrada y sucia, y le he vestido con la mía» dice Jesús, y mira a Judas de Keriot, el cual repite su risita extraña de antes, la misma también de cuando Jesús ha dicho que se hace una gran fiesta cuando uno entra a formar parte del Reino de los Cielos. Luego entra en casa sin demora para irse a vestir.

Los otros se acercan al nuevo y le dan el saludo de la paz.

562. Habladurías en Nazaret.

6 de febrero de 1947.

[1]«Y yo os digo que sois todos unos necios si creéis ciertas cosas. 562.1
Necios y más ignorantes que los carneros llanos, que, al estar mutilados, ni siquiera conocen las reglas del instinto. Van por las ciudades una serie de hombres calificando de anatema al Maestro; y otros llevando órdenes que no pueden, ¡no pueden, por el Dios verdadero!, no pueden venir de Él. Vosotros no le conocéis. Yo le conozco. ¡Y no puedo creer que haya cambiado de esa forma! ¡Pues que vayan! ¿Vosotros decís que son discípulos suyos? ¿Pero quién los ha visto alguna vez con Él! ¿Decís que una serie de rabíes y fariseos han dicho sus pecados? ¿Pero quién ha visto sus pecados! ¿Le habéis oído alguna vez hablar de cosas obscenas? ¿Le habéis visto alguna vez en pecado? ¿Entonces? ¿Cómo pensáis que, si fuera pecador, Dios le movería a hacer esas obras tan grandes? Necios, necios os digo, torpes, ignorantes como patanes que ven por primera vez a un histrión en un mercado y creen verdadero lo que el histrión finge. Así sois vosotros. Observad si los sabios y los que tienen inteligencia abierta se dejan seducir por las palabras de los falsos discípulos, que son los *verdaderos enemigos* del Inocente, de nuestro Jesús ¡al que vosotros no sois dignos de tener por hijo! Observad si Juana de Cusa —¡oye, que digo la mujer del administrador de Herodes!—, la princesa Juana, se aleja de María. [2]Observad si... ¿Hago bien en decirlo?... Sí, hago bien, 562.2
porque no hablo por hablar, sino para convenceros a todos... ¿Habéis visto, la pasada luna, ese carro tan bonito que vino al pueblo y fue a pararse delante de la casa de María? ¿Sabéis ya? Ese que tenía un toldo tan bonito como una casa. Bueno, pues ¿sabéis quién venía en el carro? ¿Sabéis quién bajó del carro para ir a postrarse ante María? Lázaro de Teófilo, Lázaro de Betania. ¿Os dais cuenta? ¡El hijo del primer magistrado de Siria, el noble Teófilo, casado con Euqueria de la tribu de Judá y de la familia de David! El gran amigo de Jesús. El hombre más rico e instruido de Israel, respecto a nuestras historias y a las de todo el mundo. El amigo de los romanos. El benefactor de

todos los pobres. En fin, *el resucitado de la muerte después de cuatro días de estar en el sepulcro.* ¿Ha abandonado él, acaso, a Jesús por creer lo que dice el Sanedrín? ¿Vosotros decís que es porque le ha resucitado? No. Es porque *sabe quién es el Cristo que es Jesús.* ¿Y sabéis qué vino a decir a María? Que estuviera preparada porque él la iba a acompañar a Judea. ¿Os dais cuenta? ¡Él, Lázaro, como si fuera el siervo de María! Yo sé esto porque estaba allí cuando entró y la saludó arrodillándose en el suelo, sobre las pobres losas de la pequeña habitación, él, vestido como Salomón, acostumbrado a las alfombras, ahí, en el suelo, besando el extremo de la túnica de la Mujer nuestra y saludándola: "Te saludo, María, Madre de mi Señor. Yo, tu siervo, el último de los siervos de tu Hijo, vengo a hablarte de Él y a ponerme a tus órdenes". ¿Comprendéis? Yo... me conmoví tanto... que, cuando me saludó también a mí llamándome "hermano en el Señor", ya no supe decir ni una palabra. Pero Lázaro comprendió, porque es inteligente. Y durmió en el lecho de José, mandando adelante a los sirvientes a esperarle en Seforí. Porque iba a sus tierras de Antioquía. Y dijo a las mujeres que estuvieran preparadas porque para el final de esta luna pasará a recogerlas para evitarles la fatiga del viaje. Y Juana se unirá a la caravana con su carro para llevar a las dis-
562.3 cípulas de Cafarnaúm y Betsaida. [3]¿Todo esto no os dice nada?».

Por fin el buen Alfeo de Sara toma respiro en medio del remolino de gente que hay en medio de la plaza. Y Aser e Ismael, y también los dos primos de Jesús, Simón y José —más abiertamente Simón, más reticentemente José—, le ayudan aprobando todo lo que ha dicho.

José dice: «Jesús no es bastardo. Si tiene necesidad de hacer saber algo, tiene aquí parientes dispuestos a hacerse embajadores suyos. Y tiene discípulos fieles y poderosos, como Lázaro. Lázaro no ha hablado de eso que dicen otros».

«Y nos tiene también a nosotros. Antes éramos burreros, pero ahora somos sus discípulos, y también servimos para decir: "Haced esto o aquello"» dice Ismael.

«Pero la condena que pende de la puerta de la sinagoga la ha traído un enviado del Sanedrín y lleva el sello del Templo» objetan algunos.

«Eso es verdad. Pero ¿y qué? ¿Va a ser ésta la única cosa por la que nosotros —que tenemos fama en todo Israel de saber captar lo que realmente es el Sanedrín y, por tanto, somos despreciados como cosa poco buena— vamos a considerar sabio al Templo? ¿Es que ya no conocemos a los escribas y fariseos y a los jefes de los sacerdotes?» rebate Alfeo.

«Es verdad. Alfeo tiene razón. [4]Yo he decidido bajar a Jerusalén 562.4
para saber a través de *verdaderos* amigos cómo están las cosas. Y lo haré mañana mismo» dice José de Alfeo.

«¿Y te vas a quedar allí?».

«No. Regreso. Luego volveré a bajar para la Pascua. No puedo estar mucho tiempo lejos de casa. Es un esfuerzo que me impongo. Pero para mí es un deber hacerlo. Soy el cabeza de familia y sobre mí
* pesa la responsabilidad de la presencia de Jesús en Judea. Yo insistí en que fuera allá... El hombre yerra en sus juicios. Creía que fuera un bien para Él. Sin embargo... ¡Que Dios me perdone! Y debo, al menos, seguir de cerca las consecuencias de mi consejo, para confortar a mi Hermano» dice José de Alfeo con su lento y grave modo de hablar.

«En otros tiempos no hablabas así. Es que tú también estás seducido por las amistades de los grandes. Tus ojos están llenos de brumas» dice un nazareno.

«No son las amistades de los grandes lo que me seduce, Eliaquim. Lo que me convence es la conducta de mi Hermano. Si me equivoqué y ahora cambio, muestro que soy un hombre justo. Porque errar es propio del hombre, pero ser obstinados lo es del animal».

[5]«¿Y dices que vendrá Lázaro en persona? ¡Pues querríamos ver- 562.5
le! ¿Cómo es uno que regresa de la muerte? Estará ofuscado, como asustado. ¿Qué dice de su permanencia entre los muertos?» preguntan muchos a Alfeo de Sara.

«Está como yo y vosotros. Alegre, con vitalidad, tranquilo. No habla del otro mundo. Como si no recordara. Pero sí recuerda su agonía».

«¿Por qué no nos has avisado de que estaba en el pueblo?».

«¡Ya, claro! ¡Para que hubierais invadido la casa! Me retiré también yo. Se requiere un poco de delicadeza, ¡¿no?!».

«Pero, cuando vuelva, ¿no será posible verle? Avísanos. Está claro que serás como siempre el guardián de la casa de María».

«¡Claro! Tengo la gracia de estar cerca de Ella. Pero no voy a avisar a nadie. Apañáoslas vosotros. El carro se ve, y Nazaret no es Antioquía, ni tampoco Jerusalén como para que pase desapercibida una mole tan grande. Montad guardia y... arreglaos vosotros. De todas formas, esto es una cosa vana. [6]Más bien, haced que al menos su ciu- 562.6
dad no tenga fama de necia por creer en las palabras de los enemigos de nuestro Jesús. ¡No creáis, no creáis!; ni a quien dice que es un Satanás, ni a quien os anima a rebelaros en su nombre. Un día sentiríais el remordimiento. Y si luego el resto de Galilea cae en la

* *insistí*, en 478.5/11.

trampa y cree en lo que no es verdad, pues peor para ella. Adiós. Me marcho porque cae la tarde...». Y se marcha, contento de haber defendido a Jesús.

Los otros se quedan discutiendo entre sí. Pero, aunque estén divididos en dos campos y el más numeroso sea, por desgracia, el de los crédulos, acaba imponiéndose la idea propuesta por los pocos amigos de Cristo, que es la de esperar, a agitarse y a acoger calumnias o invitaciones a la rebelión, a que lo hagan las otras ciudades galileas, que —dice Aser, el discípulo— «más astutas que Nazaret, por ahora se ríen en la cara de los falsos enviados».

563. Falsos discípulos en Siquem. Curación en Efraím del esclavo mudo de Claudia Prócula.

7 de febrero de 1947.

563.1 [1]La plaza principal de Siquem. En ella pone una nota de primavera el follaje nuevo de los árboles, que en doble fila a lo largo del cuadrado de las paredes de las casas bordean aquélla formando como una galería. El Sol juguetea con las hojas tiernas de los plátanos, dibujando un bordado de luces y sombras en el terreno. El pilón que hay en el centro de la plaza es una superficie de plata bajo el sol. Gente conversando en corrillos acá o allá y hablando de sus negocios.

Algunos —dan la impresión de ser forasteros porque todos se preguntan quiénes son— han entrado en la plaza. Observan y se acercan al primer grupo que encuentran. Saludan. Los saludan (con estupor). Pero, cuando dicen: «Somos discípulos del Maestro de Nazaret», toda desconfianza desaparece, y hay quien va a avisar a los otros grupos, mientras que los que se han quedado dicen: «¿Os manda Él?».

«Él. Una misión muy secreta. El Rabí corre grave peligro. Ya nadie le aprecia en Israel, y Él, que es tan bueno, dice que al menos vosotros sigáis siéndole fieles».

«¡Pero si es lo que queremos! ¿Qué debemos hacer? ¿Qué quiere de nosotros?».

«¡Bueno, Él sólo quiere amor! Porque se fía *demasiado* de la protección de Dios. ¡Y con lo que se dice en Israel! ¿No sabéis que se le acusa de satanismo e insurrección? ¿Sabéis lo que significa esto? Represalias de los romanos contra todos. ¡Nosotros, que ya somos tan infelices, vamos a sufrir aún más atropellos! Y represalias de condena por parte de los santos de nuestro Templo. Cierto que los roma-

563.2 nos... [2]Incluso por *vuestro* bien deberíais rebelaros, convencerle de

que se defienda, defenderle, ponerle casi, y sin el casi, en la imposibilidad de que le capturen y cause un mal sin querer hacerlo. Convencedle de que se retire al Garizim. Donde está ahora, está todavía demasiado expuesto, y no aquieta las iras del Sanedrín ni las sospechas de los romanos. ¡El Garizim sí que tiene el derecho de asilo! Es inútil decírselo a Él. Si se lo dijéramos, nos maldeciría por aconsejarle la cobardía. Pero no es así. Es amor. Lo nuestro es prudencia. Nosotros no podemos hablar. ¡Pero vosotros! Os ama. Ha preferido ya vuestra región a las otras. Organizaos, pues, para recibirle. Porque, al menos, sabréis con precisión si os ama o no. Si rechazara vuestra ayuda, sería signo de que no os ama, y entonces bien estaría que se marchara a otro lugar. Porque, habéis de creerlo —y lo decimos con dolor porque le amamos— su presencia es un peligro para quien le da alojamiento. Aunque es cierto que vosotros sois mejores que todos los demás y no miráis los peligros. De todas formas, es justo que si arriesgáis las represalias romanas, pues que, al menos, lo hagáis por correspondencia de amor. Nosotros os aconsejamos por el bien de todos».

«Es como decís. Y haremos lo que decís. Iremos donde Él...».

«¡Sed cautos! ¡Que no se dé cuenta de que os lo hemos sugerido nosotros!».

«¡No temáis! ¡No temáis! Lo haremos bien. ¡Seguro! Dejaremos claro que los despreciados samaritanos valen como cien, como mil judíos y galileos para defender al Cristo. [3]Venid. Entrad en nuestras 563.3
casas, vosotros, emisarios del Señor. ¡Será como si entrara Él! ¡Hace mucho que Samaria espera el amor de los siervos de Dios!».

Se alejan llevando en medio, como en triunfo, a estos que creo no equivocarme si los defino como emisarios del Sanedrín. Y dicen: «Ya vemos que nos ama, porque en pocos días es el segundo grupo de discípulos que nos envía. Y hemos hecho bien tratando con amor a los primeros, ¡y también mostrándonos tan buenos con Él en orden a los hijitos de esa mujer nuestra muerta! Él ya nos conoce...».

Se alejan contentos.

[4]Toda Efraím se echa a la calle para ver el insólito hecho de un 563.4
cortejo de carros romanos cruzándola. Son muchos carros y literas cubiertas, flanqueadas por esclavos, precedidas y seguidas por legionarios. La gente intercambia gestos significativos y bisbisea. El cortejo, llegado al camino que se desvía hacia Betel y Ramá, se separa en dos partes. Se quedan parados un carro y una litera con una escolta de soldados; el resto prosigue.

Las cortinas de la litera se descorren un instante y una mano

adornada con gemas, blanca, de mujer, hace una señal al jefe de los esclavos para que se acerque. El hombre obedece sin decir nada. Escucha. Se acerca a un grupo de mujeres curiosas. Pregunta: «¿Dónde está el Rabí de Nazaret?».

«En aquella casa. Pero a esta hora normalmente está en el torrente. Allí hay una pequeña isla. Hacia aquellos sauces. Donde está aquel chopo. Allí pasa orando días enteros».

El hombre vuelve y refiere. La litera se pone de nuevo en movimiento. El carro permanece donde está. Los soldados siguen a la litera hasta las orillas del torrente y cortan el camino. Sólo la litera va, costeando el curso de agua, hasta la altura de la isla, la cual, avanzando la estación climática, se ha poblado mucho de vegetación; es ahora una espesura impenetrable dominada por el tronco y la copa argéntea del chopo. Una orden y la litera cruza el pequeño curso de agua, entrando en ella los portadores, que llevan vestimentas cortas. Baja Claudia Prócula con una liberta, y Claudia hace a un esclavo negro de la escolta de la litera una señal de seguirla. Los otros vuelven a la orilla.

563.5 [5]Claudia, seguida por los dos, se adentra en la corta islita, en dirección hacia el chopo que descuella en el centro. Las altas hierbas ahogan el ruido de los pasos. Llega casi al lugar donde está Jesús, absorto, sentado al pie del árbol. Le llama mientras avanza ella sola; contemporáneamente, con un gesto imperioso, clava en el lugar en que estaban a los dos fieles que la acompañan.

Jesús alza la cabeza y, al ver a la mujer, se pone en pie en seguida. La saluda, pero permaneciendo erguido contra el tronco del chopo; no muestra ni estupor, ni molestia o enfado por la intrusión.

Claudia, después del saludo, va al grano sin rodeos: «Maestro, han venido a mí, mejor dicho: a Poncio, algunos... Yo no hago largos discursos. Pero, dado que te admiro, te digo, como habría dicho a Sócrates si hubiera vivido en sus días, o a cualquier otro hombre virtuoso perseguido injustamente: "yo no puedo mucho, pero lo que me sea posible lo haré". Y, entretanto, escribiré a donde pueda para otorgarte protección y también... poder. Viven entronizados, o en los puestos altos, muchos que no lo merecen...».

«Dómina, no te he pedido ni honores ni protección. El verdadero Dios te premie tu pensamiento. Pero da tus honores y tus protecciones a quien los ambicione. Yo no tiendo a eso».

«¡Ah, esto es lo que quería! ¡Tú eres, entonces, verdaderamente el Justo que yo presentía! ¡Y los otros, tus indignos calumniadores! Se han presentado a nosotros y...».

«No hace falta que hables, dómina. Yo sé».

«¿Sabes también que se dice que por tus pecados has perdido todo poder y que por eso vives aquí segregado?».

«También lo sé. Y sé que esta última cosa te ha resultado más fácil de creer que la primera. Porque tu mente pagana tiene capacidad de discernir el poder humano o la bajeza humana de un hombre; pero no puedes todavía comprender lo que es el poder del espíritu. Estás... desilusionada de tus dioses, que en vuestras religiones aparecen en continuas controversias y con un muy lábil poder sujeto a fáciles interdicciones por contrastes de unos con otros. Y tienes la misma idea del Dios verdadero. Pero no es así. Como era cuando me viste la primera vez curar a un leproso, así soy ahora, y así seré cuando parezca completamente destruido. [6]¿Ése es tu esclavo mudo, no es verdad?». 563.6

«Sí, Maestro».

«Dile que se acerque».

Claudia lanza una voz y el hombre se acerca y se postra en tierra entre Jesús y su ama. Su pobre corazón de salvaje no sabe a quién venerar más. Tiene miedo de que, si venera más al Cristo que a su ama, ésta le castigue. Pero, a pesar de todo, mirando primero suplicantemente a Claudia, repite el gesto llevado a cabo en Cesarea: toma el pie desnudo de Jesús entre sus gruesas manos negras y, arrojándose rostro en tierra, se pone el pie encima de la cabeza.

«Dómina, escucha. Según tú, ¿es más fácil conquistar solos un reino o hacer renacer una parte del cuerpo que ya no existe?».

«Conquistar un reino, Maestro. La fortuna ayuda a los audaces. Pero nadie, o sea, sólo Tú, puede hacer renacer a un muerto y dar nuevos ojos a un ciego».

«¿Y por qué?».

«Porque... Porque Dios puede hacer todo».

«¿Entonces para ti Yo soy Dios?».

«Sí... o, al menos, Dios está contigo».

«¿Puede Dios estar con un malvado? Hablo del verdadero Dios, no de vuestros ídolos, que son delirios de quien busca aquello que siente que existe, sin saber lo que es, y se crea fantasmas para apagar el ansia de su alma».

«Yo diría que no. No. Diría que no. Nuestros mismos sacerdotes pierden el poder en cuanto caen en culpa».

«¿Qué poder?».

«Pues... el de leer los signos del cielo y los oráculos de las víctimas, el vuelo y el canto de las aves. Ya sabes... los augures, los arúspices...».

---

* *el gesto llevado a cabo en Cesarea*, en 426.9.

«Sé. Sé. ¿Y entonces? Mira. Y tú alza la cabeza y abre la boca, oh hombre al que un cruel poder humano privó de un don de Dios. Y por voluntad del Dios verdadero, único, Creador de cuerpos perfectos, recibe lo que el hombre te quitó». Ha metido su dedo blanco en la boca abierta del mudo.

La liberta, curiosa, no sabe contenerse en su sitio y se acerca para mirar. Claudia está muy agachada observando.

Jesús quita el dedo y grita: «Habla, usa la parte renacida para alabar al Dios verdadero».

Y, imprevisto como toque de trompeta de un instrumento mudo hasta ese momento, gutural pero neto, responde un grito: «¡Jesús!», y el negro cae a tierra llorando su alegría, y lame, verdaderamente lame, los pies desnudos de Jesús, como podría hacer un perro agradecido.

«¿He perdido mi poder, dómina? A quienes insinúan esto, dales esta respuesta. Y tú álzate y sé bueno, pensando en lo mucho que te he amado. Te he llevado en mi corazón desde el día de Cesarea. Y contigo a todos los que son como tú. Considerados mercancía, considerados menos que los animales, cuando en realidad sois hombres, iguales que César en cuanto a la concepción y quizás mejores que él
563.7 en cuanto a la voluntad del corazón... [7]Puedes retirarte, dómina. No hay más que decir».

«Sí que hay más. Lo que hay es que yo había dudado... Lo que hay es que yo, con dolor, casi creía en lo que se decía de ti. Y no sólo yo. Perdónanos a todas, menos a Valeria, que siempre ha tenido un único pensamiento; más aún, que cada vez progresa más en ese pensamiento. Y también otra cosa: que aceptes mi don: este hombre —ahora que habla, ya no podría servirme— y mi dinero».

«No. Ni lo uno ni lo otro».

«¡Entonces no me perdonas!».

«Si perdono incluso a los de mi pueblo, doblemente culpables de no conocerme en lo que soy, ¿no iba a perdonaros a vosotros, vacíos de toda cognición divina? Mira, he dicho que no aceptaba ni el dinero ni al hombre. Ahora tomo dinero y hombre, y con el dinero emancipo al hombre. Te devuelvo tu dinero porque compro a este hombre. Y le compro para devolverle a la libertad, para que vaya a sus tierras y diga que está en la Tierra Aquel que ama a todos los hombres, y que cuanto más infelices los ve más los ama. Ten tu bolsa».

«No, Maestro. Es tuya. El hombre es libre de todas formas. Es mío. Te le he donado. Tú le liberas. No es necesario dinero para eso».

«Bueno, pues... ¿Tienes un nombre?» pregunta al hombre.

«Le llamábamos Calixto, por chanza. Pero cuando fue tomado...».

«No importa. Conserva ese nombre. Y hazlo *verdadero* haciéndote hermosísimo en tu espíritu. Ve. Sé feliz, porque Dios te ha salvado».

¿Marcharse! El negro no se cansa de besar y decir: «¡Jesús! ¡Jesús!», y vuelve a ponerse el pie de Jesús en la cabeza, y dice: «Tú. Mi único Amo».

«Yo. Tu verdadero Padre. Dómina, te encargarás de él para que vuelva a su tierra. Usa el dinero para eso. Y el resto que se le dé a él. Adiós, dómina. No acojas nunca las voces de las tinieblas. Sé justa. Y que sepas conocerme. Adiós, Calixto. Adiós, mujer».

Y Jesús pone fin al coloquio. Cruza de un solo salto el torrente, por la parte opuesta a donde está parada la litera, y se adentra entre los matorrales, los sauces y las cañas.

[8]Claudia llama a los portadores de la litera. Pensativa, sube a ella. Pero si Claudia calla, la liberta y el esclavo emancipado hablan por diez, y hasta los legionarios pierden su estatuaria disciplina ante el prodigio de una lengua renacida. Claudia está demasiado pensativa como para ordenar silencio. Semiechada en la litera, hincado el codo en los almohadones, apoyada la cabeza en la mano, no oye nada. Está absorta. Ni siquiera se da cuenta de que la liberta no está con ella, sino que habla como una urraca con los portadores mientras Calixto habla con los legionarios, los cuales, si bien mantienen las filas, no mantienen el silencio. ¡Demasiada emoción para hacerlo! 563.8

Desandando el camino, llegan a la bifurcación para Betel y Ramá; la litera deja Efraím para reunirse con el resto del cortejo.

564. El hombre de Jabnia y el final de Hermasteo. Reprensión a los samaritanos que carecen de caridad.

7 de febrero de 1947.

[1]Deben haber pasado algunos días. Lo digo porque veo que los cereales, que en las últimas visiones eran apenas un palmo de altos, después del último aguacero y el hermoso sol consecutivo, están altos y anuncian ya la espiga. Un viento leve cimbrea estos cereales de tallos aún tiernos. Y la brisa juguetea con las frondas tiernas de los más precoces árboles frutales, que, apenas caída la flor, o mientras ésta revuela todavía y cae, han abierto ya las hojitas de esmeralda clara, tiernas, brillantes, hermosas como todo lo que es virgen y nuevo. Más remolonas, las vides están aún desnudas y nudosas, pero en los retorcidos cordones de sus sarmientos, que se entrelazan unos con otros de uno a otro tronco de que brotaron, las yemas han roto ya la funda obscura que las contenía, y, aún cerradas, muestran ya el 564.1

vello gris-plata que es el nido de las futuras pámpanas y de los nuevos zarcillos, y las leñosas y serpeantes hileras de los viñedos parecen suavizarse con una gracia nueva.

El Sol, ya caliente, empieza su obra colorativa y destiladora de vegetales aromas y, mientras pinta de tonos más vivos lo que tan sólo ayer era más pálido, calienta y, por tanto, extrae de los terrones, de los prados en flor, de los campos de cereales, de las huertas y pomares, de los bosques, de las tapias, de la ropa tendida para secarse... los distintos matices de olores, para crear una única sinfonía que permanecerá durante todo el verano hasta apagarse en un violento tufo de mostos en las tinas, donde las uvas pisadas se transforman en vino.

Un intenso canto de pájaros entre las ramas, un vehemente balar de carneros y machos cabríos entre los rebaños. Cantos de hombres en las laderas. Voces risueñas de niños. Sonrisas de mujeres. Es primavera. La naturaleza ama. Y el hombre goza del amor de esta naturaleza que mañana le hará más rico. Y goza de sus amores, que se avivan en este despertar sereno. Y más amada le parece la esposa. Más protector parece el hombre a su consorte. Más amados a ambos, los hijos que, sonrisa y trabajo ahora, serán mañana, en la vejez, sonrisa aún y protección para los ancianos que declinan.

564.2 [2]Jesús pasa por los campos, que suben y bajan siguiendo los desniveles del monte. Está solo. Vestido de lino, porque dio a Samuel su última túnica de lana. Pero lleva también un manto ligero, de un azul marino más bien vivo, echado sobre uno de los hombros y puesto, sin ceñirlo, en torno al cuerpo, recogido luego con un brazo a la altura del pecho; el extremo echado sobre el brazo ondea levemente con el viento suave que barre el suelo. Pasa. Donde hay niños se inclina a acariciar sus cabecitas inocentes y a escuchar sus pequeñas confidencias, a admirar lo que, como si se tratara de un tesoro, corren a enseñarle.

Una niñita, tan pequeña que todavía tropieza al correr, y que se enreda en la tuniquita, demasiado larga para ella, heredada quizás del hermanito que la precedió en el nacimiento, llega —toda ella una sonrisa que le enciende los ojos y le descubre los diminutos incisivos entre los labiecitos rosados— con un ramo de mayas, un grueso ramo sujeto con las dos manos —grueso cuanto pueden llevar esas manitas tan tiernas y menudas— y alza su trofeo diciendo: «¡Toma! Es tuyo. A mamá después. ¡Un beso, aquí!», y da palmas delante de la boca con las manitas, ya liberadas de su ramito, que Jesús ha tomado con palabras de admiración y agradecimiento; y está con la cabeza vuelta hacia arriba, puesta de puntillas sobre sus piececitos des-

calzos, hasta casi perder el equilibrio en el vano intento de alargar su minúsculo cuerpecito hasta la cara de Jesús, que ríe y la toma en brazos, y que ahora va, con ella acurrucada allá arriba como un pajarito en un alto árbol, hacia un grupo de mujeres que sumergen telas nuevas en las cristalinas aguas de un río para tenderlas luego al sol a blanquearse.

Las mujeres, agachadas antes hacia el agua, se levantan y saludan. Una dice sonriendo: «Tamar te ha incomodado... Pero llevaba cogiendo flores aquí desde el amanecer con la secreta esperanza de verte pasar. Y no me ha dado ni siquiera una, porque antes quería dártelas a ti».

«Las aprecio más que a los tesoros de los reyes. Porque son inocentes como los niños y han sido ofrecidas por una inocente como las flores». Besa a la niña, la pone en el suelo y se despide de ella: «Descienda a ti la gracia del Señor». Saluda a las mujeres y prosigue su camino, saludando a los agricultores o a los pastores que, desde los campos o los prados, le saludan.

[3]Parece dirigirse hacia abajo, hacia el lado que lleva a Jericó. Pero 564.3
luego vuelve atrás y toma otro sendero que sube de nuevo hacia los montes situados al norte de Efraím. Aquí el suelo, bien expuesto al aire y al sol y al abrigo de los vientos del Norte, tiene cereales aún más hermosos. El sendero, que va entre dos campos, presenta a un lado árboles frutales a distancias casi constantes, y los botones —parecen perlas— de los próximos frutos pueblan ya las ramas.

Una calzada que baja del Norte hacia el Sur corta el sendero. Debe ser una vía bastante importante, porque en el punto de intersección hay uno de esos hitos usados por los romanos. Éste tiene escrito en la cara septentrional: «Neapoli» y debajo de este nombre (que está esculpido bien grande, con los caracteres lapidarios de los latinos, fuertes como ellos mismos), mucho más pequeño y apenas incidido en el granito: «Siquem»; en la cara occidental: «Silo-Jerusalén»; y en la orientada a mediodía: «Jericó». En la cara oriental no hay ningún nombre.

Pero se podría decir que, si no hay nombre de ciudad, sí lo hay de desventura humana. Porque en el suelo, entre el hito y la fosadura que bordea el camino (como en todas las calzadas mantenidas por los romanos, excavada para desagüe en tiempos de lluvias), hay un hombre, contraído, verdadero amasijo de andrajos y huesos, quizás muerto.

[4]Jesús, cuando advierte su presencia entre las hierbas de la cuneta, exuberantes por los chaparrones primaverales, se agacha hacia él, le toca y le llama: «Hombre, ¿qué te sucede?». 564.4

Un gemido es la respuesta. Pero el amasijo se mueve, se desenvuelve, y un rostro caquéctico, de un color de muerte, aparece; y dos ojos cansados, dolientes y lánguidos miran estupefactos a Aquel que está inclinado sobre su miseria. Trata de sentarse hincando en el suelo las manos esqueletadas; pero está tan débil, que sin la ayuda de Jesús no podría.

Jesús le ayuda y le apoya la espalda contra el mojón. Le pregunta: «¿Qué te sucede? ¿Estás enfermo?».

«Sí». Un «sí» debilísimo.

«¿Cómo te has puesto en viaje tú solo, en este estado? ¿No tienes a nadie?».

El hombre hace un gesto afirmativo. Pero está demasiado débil como para responder.

Jesús mira a su alrededor. No hay nadie en los campos. Es un lugar del todo desierto. Al Norte, casi en la cima de una colina, un montoncito de casas; al Oeste, sobre el verdor de la ladera, que, subiendo otras prominencias se va transformando de campos en prados y bosques, unos pastores con un rebaño de inquietas cabras.

Jesús baja otra vez los ojos hacia el hombre. Pregunta: «¿Si te sujetara, crees que podrías ir a aquel pueblo?».

El hombre menea la cabeza y dos lágrimas ruedan por sus mejillas, tan ajadas que son rugosas como por ancianidad, cuando en realidad su barba de azabache demuestra que es joven todavía. Reúne las fuerzas para decir: «Me han echado... Miedo de la lepra... No estoy... Y muero... de hambre». Jadea por debilidad. Se mete un dedo en la boba y extrae una masa informe verdosa: «Mira... he masticado trigo... pero es hierba todavía».

«Voy donde aquel pastor. Te voy a traer leche tibia. Vuelvo enseguida». Y, casi corriendo, se dirige hacia el rebaño, a unos doscientos metros más arriba respecto a la calzada».

Llega donde ese pastor, le mira, señala hacia el hombre. El pastor se vuelve y mira. Parece titubear respecto a si acceder o no a la petición de Jesús. Luego se decide. Coge de su cinturón la escudilla de madera que lleva colgada, como todos los pastores, y ordeña a una cabra. Da a Jesús la escudilla, colma. Y Jesús baja cuidadosamente la ladera, seguido por un niño que estaba con el pastor.

564.5 [5]Ya está de nuevo junto al hambriento. Se arrodilla a su lado, le pasa un brazo por detrás de los hombros para sujetarle y le acerca la taza, con la leche todavía espumosa, a los labios. Le da de beber en pequeñas dosis. Luego pone la taza en el suelo y dice: «Por ahora así. Todo de una vez te haría daño. Deja que tu estómago se reanime absorbiendo lo que te he dado».

El hombre no protesta. Cierra los ojos y calla, observado por el niño con gran estupor.

Pasado un rato, Jesús ofrece de nuevo la taza para un sorbo más largo, y esto lo repite, con pausas cada vez más breves, hasta que la leche se termina. Devuelve la taza al niño y se despide de él.

El hombre se reanima lentamente. Trata, con movimientos todavía inseguros, de aviarse un poco. Expresa una sonrisa de gratitud mirando a Jesús, que se ha sentado en la hierba a su lado. Se disculpa: «Te estoy haciendo perder tiempo».

«¡No te aflijas! Nunca es tiempo perdido el usado en amar a los hermanos. Cuando estés mejor, hablaremos».

«Estoy mejor. Me vuelve el calor a los miembros, y la vista... Creía que iba a morir aquí... ¡Pobres hijos míos! Había perdido toda esperanza... ¡Y hasta ahora había tenido mucha!... Si no hubieras venido Tú, me habría muerto... así... en un camino...».

«Habría sido muy triste. Es verdad. Pero el Altísimo ha mirado a su hijo y le ha socorrido. Descansa un poco».

El hombre obedece durante un rato. Luego abre de nuevo los ojos y dice: «Me siento revivir. ¡Si pudiera ir a Efraím!».

«¿Por qué? ¿Te espera allí alguien? ¿Eres de allí?».

«No. [6]Soy de los campos de Jabnia, cerca del mar Grande. Pero fui 564.6
a Galilea, siguiendo la orilla, hasta Cesarea. Luego fui a Nazaret. Porque estoy enfermo aquí (se da unos golpecitos en el estómago). Es un mal que ninguno sabe curar y que no me deja trabajar la tierra. Soy viudo. Y con cinco hijos... Uno de nuestra zona —porque soy natural de Gaza, nacido de padre filisteo y madre sirofenicia—, uno de los nuestros, que era seguidor del Rabí galileo, vino donde nosotros con otro, para hablar de este Rabí. Yo también escuché. Y cuando me cogí esta enfermedad dije: "Soy siro y filisteo, inmundicia para Israel. Pero Hermasteo decía que el Rabí de Galilea tiene tanta bondad como poder. Yo lo creo. Voy donde Él". Así que, en cuanto mejoró el tiempo, dejé a mis hijos con la madre de mi mujer, recogí mis pocos ahorros, porque muchos ya los había consumido con la enfermedad, y fui a buscar al Rabí. Pero de viaje el dinero termina pronto, especialmente cuando no se puede comer de todo... y uno, cuando los dolores le impiden andar, tiene que alojarse en una posada. En Seforí vendí el asno, porque no tenía ya dinero para mí y para dar lo que debiera dar al Rabí. Pensaba que, una vez curado, podría comer de todo por el camino y volver pronto a casa. Y allí rehacerme con el trabajo en mis campos y en los de otros... Pero el Rabí no está en Nazaret, ni en Cafarnaúm. Me lo dijo su Madre. Me dijo: "Está en Judea. Búscale en casa de José de Seforí en Beceta, o en el Getsemaní. Te sabrán decir

dónde está". Volví sobre mis pasos, a pie. El mal progresaba... y el dinero disminuía. En Jerusalén, adonde me habían mandado, encontré a los hombres, pero no al Rabí. Me dijeron: "Hace mucho que le han expulsado. El Sanedrín le ha maldecido. Ha huido y no sabemos dónde está". Yo... me sentí morir... como hoy, más incluso que hoy. Fui por las ciudades y los campos, preguntando a todo el mundo. Ninguno sabía nada. Alguno se solidarizaba con mi llanto, muchos me golpearon. Un día que me había puesto a mendigar fuera de las murallas del Templo, oí a dos fariseos que decían: "Ahora que se sabe que Jesús de Nazaret está en Efraím...". No perdí tiempo. Vine hasta aquí, débil como estaba, mendigando un pan, cada vez más andrajoso y con más aspecto de enfermo. Y, no conociendo bien estos lugares, me equivoqué de camino... Hoy vengo de allí, de aquel pueblo. Hacía dos días que sólo chupaba unos hinojos silvestres, masticaba raíces y trigo en verde. Me han creído leproso por mi palidez y me han echado a pedradas. Sólo pedía un pan y la indicación del camino hacia Efraím... Aquí me he caído... Pero querría ir a Efraím. ¡Estoy ya tan cerca de la meta! ¿Pero va a ser posible que no la toque? Yo creo en el Rabí. No soy israelita. Pero tampoco Hermasteo lo era y Él le amaba igualmente. ¿Pero es posible que el Dios de Israel asiente su mano sobre mí para vengarse de las culpas de quien me generó?».

«El Dios verdadero es padre de los hombres. Justo, pero bueno. Premia a quien tiene fe y no hace pagar a los inocentes las culpas no
564.7 propias. [7]Pero ¿por qué has dicho que, cuando oíste que se desconocía el lugar de morada del Rabí te sentiste morir más que hoy?».

«¡Hombre, porque dije: "Le he perdido antes incluso de haberle encontrado"!».

«¡Ah, por tu salud!».

«No. No sólo por mi salud, sino porque Hermasteo decía de Él cosas que me parecía que si yo le hubiera conocido habría dejado de ser inmundicia».

«¿Entonces crees que es el Mesías?».

«Lo creo. No sé bien qué es el Mesías, pero creo que el Rabí de Nazaret es el Hijo de Dios».

Jesús sonríe luminosamente mientras pregunta: «¿Y estás seguro de que, si es eso que dices, te escucha favorablemente a ti, que eres incircunciso?».

«Estoy seguro porque lo decía Hermasteo. Decía: "Él es el Salvador de todos. Para Él no hay hebreos o idólatras, sino sólo criaturas a quienes salvar, porque el Señor Dios le ha enviado para esto". Muchos se reían. Yo creí. Si puedo decirle: "Jesús, ten piedad de mí", Él me concederá lo que le voy a pedir. ¡Si eres de Efraím, llévame a Él!

Quizás Tú eres uno de sus discípulos...».

[8]Jesús sonríe cada vez más y aconseja: «Pues prueba a pedirme a mí que Yo te cure...». 564.8

«Tú eres bueno, hombre. A tu lado hay mucha paz. Sí, eres bueno; como... como el propio Rabí. Y no dudo que te haya concedido el poder de hacer milagros. Porque, para ser tan bueno como eres, necesariamente tienes que ser discípulo suyo. A todos los que se me han manifestado como discípulos suyos, los he encontrado buenos. Pero no te ofendas si te digo que podrás, no digo que no, curar los cuerpos, pero no las almas. Y yo quisiera también la curación del alma, como fue el caso de Hermasteo. Hacerme justo... Y eso sólo puede hacerlo el Rabí. Yo, además de un enfermo, soy un pecador. No quiero curarme físicamente para luego morirme un día, con una muerte también del alma. Quiero vivir. Hermasteo decía que el Rabí es Vida del alma y que el alma que en Él cree vive para siempre en el Reino de Dios. Llévame donde el Rabí. ¡Anda, hazme este favor! ¿Por qué sonríes? ¿Quizás porque piensas que soy audaz pretendiendo una curación sin poder dar un donativo? Mira, cuando esté curado podré seguir cultivando la tierra. Tengo unas frutas espléndidas. Que vaya el Rabí en el tiempo de la fruta madura y le pagaré con una hospitalidad todo lo larga que Él quiera».

«¿Quién te ha dicho que el Rabí quiera dinero? ¿Hermasteo?».

«No. Al contrario, él decía que el Rabí tiene compasión de los pobres y a los pobres es a quienes socorre antes. Pero eso es habitual con todos los médicos y... y, en fin, con todos».

«Con Él, no. Te lo aseguro. Y te digo que si sabes llevar tu fe hasta pedir aquí el milagro, y creerlo posible, lo tendrás».

«¿Dices la verdad?... ¿Estás seguro de eso? Bueno, claro, si eres un discípulo suyo, no puedes mentir ni errar. Y, aunque me duela no ver al Rabí... quiero obedecerte... Quizás Él, dado que le persiguen... no quiere ser visto... no se fía ya de nadie. Tiene razón. Pero no seremos nosotros los que le hundamos. Serán los verdaderos hebreos... Pero, bueno, yo digo aquí (se pone de rodillas con dificultad): "¡Jesús, Hijo de Dios, ten piedad de mí!"».

«Hágase en ti como tu fe merece» dice Jesús con su gesto de dominio sobre las enfermedades.

[9]El hombre queda como deslumbrado, o sea, recibe como una luz improvisa. Comprende —no sé si por una apertura del intelecto o si por una sensación física o si por las dos cosas— quién es el que tiene delante, y emite un grito tan agudo, que el pastor, que había bajado hacia la calzada quizás para ver, acelera el paso. 564.9

El hombre está echado en el suelo con el rostro entre la hierba. Y

el pastor, señalándolo con el cayado, dice: «¿Está muerto? ¡No basta la leche cuando uno está acabado!», y menea la cabeza.

El hombre oye esto y se alza, fuerte, sano. Grita: «¿Muerto? ¡Estoy curado! He resucitado. Él me ha hecho esto. Ya no siento ni desfallecimiento por hambre ni dolor por enfermedad. ¡Estoy como en los días de mi boda! ¡Oh, Jesús bendito! ¡¿Y cómo no te he reconocido antes?! ¡Tu piedad habría debido sugerirme tu nombre! ¡La paz que sentía a tu lado! He sido un necio. ¡Perdona a tu pobre siervo!», y se arroja de nuevo al suelo, adorando.

El pastor deja plantadas a sus cabras y se marcha corriendo, dando saltos, hacia el pueblecillo.

564.10 [10]Jesús se sienta al lado del hombre que ha sido curado y dice: «Me hablabas de Hermasteo como de un muerto. Por tanto, conoces su final. Sólo quiero una cosa de ti: que vengas conmigo a Efraím y que narres su final a quien está conmigo. Luego te mandaré a Jericó, donde una discípula, para que te ayude en el viaje de regreso».

«Si quieres, iré. De todas formas, ahora que estoy sano, no tengo miedo a morir por el camino. Hasta la hierba me puede nutrir, y no resulta vergonzoso extender la mano, porque he consumido mi dinero no en crápulas sino por un justo fin».

«Lo quiero. Le dirás que me has visto y que la espero aquí. Que ya puede venir. Nadie la importunará. ¿Sabrás decir esto?».

«Sabré decirlo. Pero ¿por qué te odian, siendo tan bueno?».

«Porque muchos hombres tienen dentro de sí un espíritu que los posee. Vamos».

Jesús se pone en camino hacia Efraím. El hombre le sigue seguro. Sólo la gran delgadez queda como recuerdo de la enfermedad y de las penurias pasadas.

Entretanto, del pueblo bajan gesticulando y hablando alto muchas personas. Llaman a Jesús. Le dicen que se pare. Jesús no les presta oídos; al contrario, acelera el paso. Y ellos... detrás...

De nuevo está en los aledaños de Efraím. Los cultivadores que se preparan ya para volver a sus casas, pues el ocaso empieza, saludan a Jesús, y miran al hombre que va con Él.

564.11 [11]Por una trocha aparece Judas de Keriot. Al ver al Maestro, se sobresalta por la sorpresa. Pero Jesús no se muestra sorprendido en absoluto. Lo único que hace es decirle al hombre: «Éste es un discípulo mío. Háblale de Hermasteo». *

«¡Bien, lo digo brevemente! Era incansable en predicar al Cristo, incluso después de que —así lo quiso— se separó de su compañero

* *Hermasteo*, cuya desaparición había sido interpretada por Judas Iscariote (en 556.3) como defección.

para quedarse con nosotros. Decía que nosotros tenemos más necesidad que todos los demás de conocerte, Rabí, y que él quería darte a conocer en su patria, y que regresaría a tu lado cuando en todos los pueblos, hasta en los más pequeños, hubiera predicado tu Nombre. Vivía como un penitente. Si alguna persona compasiva le daba un pan, la bendecía en tu nombre; si le tiraban piedras, se retiraba, pero bendiciéndolos también. Se nutría de fruta silvestre o de moluscos marinos que arrancaba de los escollos o sacaba de la arena. Muchos le llamaban "loco". Pero, en el fondo, ninguno le odiaba. Al máximo, le arrojaban de su presencia como a un signo de mal agüero. Un día le encontraron muerto en un camino, muy cerca de la zona de donde soy yo, en el camino que entra en Judea, casi en el confín. Nunca se ha sabido la causa de la muerte. Pero se dice que le mató uno que no quería que se predicara al Mesías. Tenía una herida grande en la cabeza. Se dijo que le había atropellado un caballo. Pero yo no lo creo. Extendido sobre el camino, sonreía. Sí, verdaderamente parecía sonreír a las últimas estrellas de la más serena noche de Elul y a los primeros rayos de sol de la mañana. Le encontraron unos hortelanos que iban, con las primeras luces, a la ciudad con sus verduras, y cuando pasaron a retirar mis pepinos me lo dijeron. Fui corriendo a ver. Tenía una expresión muy serena».

«¿Has oído?» pregunta Jesús a Judas.

«He oído. ¿Pero Tú no le habías dicho que te serviría y que viviría una larga vida?».

«No le dije eso exactamente. El tiempo transcurrido te empaña la mente. Pero ¿acaso no me ha servido evangelizando en lugares de misión?, ¿y acaso no tiene una vida larga? ¿Qué vida es más larga que la que conquista el que muere sirviendo a Dios? Larga y gloriosa».

Judas se ríe con esa risita extraña que tanto me molesta, y no replica.

[12]Mientras tanto, los del pueblecito se han unido a muchos de 564.12
Efraím y hablan con ellos señalando hacia Jesús.

Jesús ordena a Judas: «Acompaña a este hombre a casa y ocúpate de que se reponga del todo. Se marchará después del sábado, que ya comienza».

Judas obedece. Jesús se queda solo. Anda lentamente, inclinándose a observar tallitos de trigo que empiezan a tener un empiece de espiga.

Unos hombres de Efraím le preguntan: «Bien hermoso este trigo, ¿no?».

«Sí. Pero no es distinto del de otras regiones».

«Claro, Maestro. ¡Es trigo también! Por fuerza tiene que ser igual».

«¿Lo creéis así? Entonces el trigo es mejor que los hombres. Porque basta con que sea sembrado con el arte conveniente para que dé el mismo fruto aquí, en Judea, en Galilea o, digamos, en las llanuras de las riberas del Mar Grande. Los hombres, sin embargo, no dan el mismo fruto. Y también la tierra es mejor que los hombres porque cuando se le confía una semilla es buena para ésta, sin hacer diferencias si es una semilla de Samaria o de Judea».

«Eso es así. ¿Pero por qué dices que la tierra y el trigo son mejores que los hombres?».

564.13 «¿Que por qué?... [13]Hace poco, un hombre ha pedido por piedad un pan a las puertas de un pueblo. Y, creyendo la gente de ese lugar que era judío, ha sido rechazado; ha sido rechazado con piedras y con el grito de "leproso", que él ha creído que se lo aplicaban a su delgadez pero que en realidad lo decían por su procedencia. Y ese hombre ha estado a punto de morir de hambre en un camino. Por tanto, la gente de ese pueblo, esos de allí que os han mandado a preguntarme y que querrían acercarse a la casa donde estoy para ver al que ha sido curado milagrosamente, tienen menos bondad que el trigo y la tierra: porque no han sabido —a pesar de que Yo, a quien ven desde hace tiempo, haya aplicado en ellos un buen trabajo— dar el mismo fruto que ha dado ese hombre, que no es ni judío ni samaritano, que no me había visto ni oído nunca, pero que ha acogido las palabras de un discípulo mío y ha creído en mí sin conocerme; y porque tienen menos bondad que la tierra, pues han rechazado al hombre por ser de otra sangre. Ahora quisieran venir para satisfacer su hambre de curiosidad, ellos, que no supieron satisfacer el hambre de un hombre desfallecido. Decid a esa gente que el Maestro no va a satisfacer esa curiosidad inútil. Y aprended todos la gran ley del amor, sin el cual no podréis *nunca* ser mis seguidores. No es el amor por mí. No es sólo eso lo que salvará vuestras almas, sino el amor a mi doctrina. Y mi doctrina enseña el amor fraterno sin distinciones de raza ni de patrimonio. Márchense, pues, esos duros de corazón que han apenado mi Corazón, y arrepiéntanse si quieren que los ame. Porque —recordad esto todos—, si es verdad que soy bueno, también lo es que soy justo; si no hago distinciones y os amo como a los otros de Galilea y Judea, eso no debe producir en vosotros el estúpido orgullo de pensar que sois los preferidos, ni debe daros licencia para hacer el mal sin temer mi censura. Yo alabo o censuro, como lo requiere la justicia, a mis parientes y a los apóstoles, al igual que a cualquier otro ser humano; y en mi reproche hay amor, porque lo hago porque quiero la justicia en los corazones para poder, un día, conceder el premio a quien la haya practicado. Marcha-

os y referid esto. Y que la lección produzca fruto en todos».

Jesús se arrolla en el manto y se echa a andar raudo hacia Efraím, dejando plantados a sus interlocutores, que se marchan, más bien mohínos, a transmitir las palabras del Maestro a la gente de ese pueblecito que no tuvo piedad.

565. Jesús conforta a Samuel, turbado por Judas de Keriot. Lecciones de las abejas y de la vela plegada por el torbellino.

10 de febrero de 1947.

[1]Sigue estando Jesús. Va lentamente, sólo y absorto, hacia la zona 565.1
espesa del bosque que está al oeste de Efraím. Del torrente sube un frufrú de aguas, de los árboles descienden cantos de pájaros. La luz del sol primaveral y vivo es dulce bajo la trabazón de las ramas; silencioso, el camino por la exuberante alfombra herbosa. Los rayos solares crean una móvil alfombra de aros y estrías dorados sobre el verdor de las hierbas, y alguna flor todavía rociada, alcanzada de lleno por un pequeño disco de luz y rodeada toda de sombra, resplandece como si sus pétalos fueran preciosas lascas.

Jesús sube, sube hacia el promontorio que sobresale como un balcón sobre el vacío subyacente; un balcón en que se alza una encina colosal, y del que penden flexibles ramas de zarzas silvestres o de escaramujo, hiedras y clemátides, que, no hallando sitio o apoyo en el lugar en que han nacido, demasiado angosto para su exuberante vitalidad, se vuelcan hacia el vacío como una melena desordenada y suelta, y extienden sus ramas esperando poder asirse a algo. Ya está Jesús a la altura de este promontorio. Se dirige hacia su punta más prominente, apartando la maraña de matas. Una bandada de pajarillos huye con aleteo y trino provocados por el miedo.

[2]Jesús se para y observa al hombre que le ha precedido allí arriba 565.2
y que, prono sobre la hierba, casi en el límite del promontorio, hincados los codos sobre el suelo, la cara apoyada en las manos, mira al vacío, hacia Jerusalén. El hombre es Samuel, el ex discípulo de Jonatán ben Uziel. Está pensativo. Suspira. Menea la cabeza... Jesús mueve unas ramas para llamar su atención, y, habiendo visto que su intento ha sido vano, coge una piedra que estaba entre la hierba y la echa a rodar hacia abajo por el sendero.

El ruido de esta piedra que al bajar choca una y otra vez hace reaccionar al joven, que se vuelve sorprendido y diciendo: «¿Quién está aquí?».

«Yo, Samuel. Me has precedido en uno de mis lugares preferidos para la oración» dice Jesús, saliendo de tras el robusto tronco de la encina asentada en el límite del senderillo que conduce allí. Y lo hace como si hubiera llegado en ese momento.

«¡Oh, Maestro! Lo siento... Te dejo en seguida el sitio» dice, y se apresura a levantarse y a recoger el manto (se lo había quitado y se lo había extendido debajo, en el suelo).

«No. ¿Por qué? Hay sitio para los dos ¡Es tan bonito este lugar! ¡Tan aislado y solitario y suspendido en el vacío, con tanta luz y tanto horizonte delante! ¿Por qué quieres dejarlo?».

«Pues... para dejarte orar libremente...».

«¿Y no podemos hacerlo juntos, o incluso meditar, hablando entre nosotros, elevando el espíritu en Dios... y olvidando a los hombres y sus faltas pensando en Dios nuestro Padre y Padre bueno de todos aquellos que le buscan y aman con buena voluntad?».

Samuel pone un gesto de sorpresa cuando Jesús dice «olvidar a los hombres y sus faltas...». Pero no replica. Se vuelve a sentar.

565.3 [3]Jesús se sienta a su lado, en la hierba. Le dice: «Estáte aquí sentado. Estemos aquí juntos. Mira qué limpio está hoy el horizonte. Si tuviéramos ojos de águila, podríamos ver el blancor de los pueblos de las cimas de los montes que forman corona en torno a Jerusalén. Y, quién sabe, quizás veríamos un punto reluciente como una gema, en el aire, un punto que nos haría palpitar el corazón: las cúpulas de oro de la Casa de Dios... Mira. Allí está Betel. Se ven albear las casas. Y allí, más allá de Betel, está Berot. ¡Qué aguda astucia la de los antiguos habitantes de ese lugar y de los aledaños! Pero salió bien, aunque el engaño no sea nunca un arma buena. Salió bien porque los puso al servicio del verdadero Dios. Conviene siempre perder los honores humanos por conquistar la cercanía con lo divino. Aunque aquellos honores humanos eran muchos y de valor, mientras que la cercanía con lo divino es humilde y desconocida. ¿No es verdad?».

«Sí, Maestro, así es, como Tú dices. En mi caso ha sido así».

«Pero estás triste, a pesar de que el cambio debería hacerte feliz. Estás triste. Sufres. Te aíslas. Miras hacia los lugares que has dejado. Pareces un pájaro cautivo que, atrapado entre las barras de su prisión, mirase con mucha añoranza hacia el lugar de sus amores. No te digo que no lo hagas. Eres libre. Puedes marcharte y...».

«Señor, ¿hablas así porque Judas te ha hablado mal de mí?».

«No. Judas no me ha hablado. *A mí no me ha hablado. Pero a ti, sí.* Y estás triste por ese motivo. Y por ese motivo te aíslas con un sentimiento de desánimo».

«Señor, si sabes estas cosas sin que nadie te las haya dicho, sa-

brás también que si estoy triste no es por un deseo de dejarte o por un arrepentimiento de haberme convertido, ni por nostalgia del pasado... y tampoco por miedo a los hombres, por un miedo que se me trata de provocar, a sus castigos. [4]Estaba mirando allí, es verdad; 565.4
miraba hacia Jerusalén, pero no por ganas de volver. Me refiero a no por ganas de volver para lo que era antes. Porque claro que sueño con volver allí como un israelita —como todos nosotros— que desea entrar en la Casa de Dios y adorar al Altísimo; y no creo que Tú me puedas reprender por eso».

«Yo soy el primero que, en mi dúplice Naturaleza, sueño con ese altar, y quisiera verle rodeado de santidad como corresponde. Como Hijo de Dios, todo aquello que para Él es honor es para mí suave voz; como Hijo del hombre, como Israelita y, por tanto, Hijo de la Ley, veo el Templo y el altar como el lugar más sagrado de Israel, el lugar en que nuestra humanidad puede acercarse a lo divino y perfumarse con esa aura que rodea al trono de Dios. Yo no anulo la Ley, Samuel. Para mí es sagrada porque la ha dado mi Padre. Yo la perfecciono e introduzco las partes nuevas. Como Hijo de Dios, puedo hacerlo. Para esto me ha enviado el Padre. Vengo para fundar el Templo espiritual de mi Iglesia, contra el cual ni hombres ni demonios prevalecerán. Pero las tablas de la Ley tendrán necesariamente un puesto de honor en él, porque son eternas, perfectas, intocables. Ese "no hagas eso ni ese pecado" contenido en esas tablas, que comprenden en su lapidaria brevedad todo lo necesario para ser justos ante los ojos de Dios, no resulta anulado por mi palabra. ¡Al contrario!, Yo también os repito esos diez mandamientos. La única cosa es que os digo que los pongáis por obra *con perfección*, o sea, no por miedo a la ira de Dios contra los transgresores, sino por amor a vuestro Dios, que es Padre. Yo vengo a poner vuestra mano de hijos en la de vuestro Padre. ¡Cuántos siglos hace que esas manos están separadas! El castigo separaba. Y la Culpa separaba. Pero, habiendo venido el Redentor, el pecado está para ser anulado. Caen las barreras. Sois de nuevo los hijos de Dios».

«Es verdad. Tú eres bueno y das ánimos. Siempre. Y sabes las cosas. Por lo cual no te voy a manifestar mi angustia. [5]Lo que sí que te 565.5
pregunto es esto: ¿por qué los hombres son tan perversos, tan insensatos y necios?; ¿cómo, qué artes tienen para podernos sugestionar tan diabólicamente en orden al mal?; y nosotros ¿cómo somos tan ciegos, que no vemos la realidad y creemos en las mentiras?; ¿y cómo podemos transformarnos tanto en demonios?; ¡¿y persistir estando a tu lado?! Yo miraba allí, y pensaba... sí, pensaba en cuántos regueros venenosos salen de allí para turbar a los hijos de Israel. Pensaba

que cómo puede la sabiduría de los rabíes desposarse con tanta maldad, con una maldad que altera las cosas para hacer caer en trampas. Pensaba, sobre todo, esto, porque...». Samuel, que había hablado fogosamente, se detiene y agacha la cabeza.

Jesús termina la frase: «...porque Judas, mi apóstol, es como es, y me causa dolor a mí y se lo causa a quienes me rodean o vienen a mí, como tú has venido. Lo sé. Judas trata de alejarte de aquí y se burla de ti y te hace insinuaciones...».

«No sólo a mí. Sí, envenena mi alegría de haber entrado en la justicia. Me la envenena con tanto arte, que me veo aquí como un traidor, de mí mismo y tuyo. De mí, porque me engaño creyendo ser mejor, cuando en realidad voy a ser la causa de tu ruina. Yo, efectivamente, no me conozco todavía... y podría, al encontrarme con los del Templo, ceder en mi propósito y ser... ¡Oh, si lo hubiera hecho ahora, habría tenido el atenuante de que no te conocía en lo que Tú eres!, porque de ti sabía lo que se me decía para hacer de mí un maldito. ¡Pero si lo hiciera ahora! ¡Qué maldición caerá sobre el que traicione al Hijo de Dios! Yo estaba aquí... pensativo, sí. Pensaba a dónde huir para ponerme al amparo de mí mismo y de ellos. Pensaba huir a algún lugar lejano, para unirme a los de la Diáspora... Lejos, lejos, para impedirle al demonio hacerme pecar... Tu apóstol tiene razón en desconfiar de mí. Él me conoce, porque, conociendo a los Jefes, nos conoce a todos nosotros... Y tiene razón en dudar de mí. Cuando dice: "¿Pero no sabes que Él nos dice que seremos débiles? ¡Imagínate, nosotros que somos los apóstoles y que llevamos con Él tanto tiempo! ¿Y tú, que estás emponzoñado con el viejo Israel y que acabas de llegar, y, además, que has llegado en unos momentos que a nosotros nos hacen temblar, crees que vas a tener la fuerza de mantenerte justo?". Tiene razón». El hombre, descorazonado, agacha la cabeza.

565.6 [6]«¡Cuántas tristezas saben darse los hijos del hombre! En verdad, Satanás sabe usar esta tendencia de ellos para sumirlos en el terror y separarlos de la Alegría que sale a su encuentro para salvarlos. Porque la tristeza del espíritu, el miedo al mañana, las preocupaciones son siempre armas que el hombre pone en manos de su adversario, el cual le aterroriza con los mismos fantasmas que el propio hombre se crea. Y hay otros hombres que, en verdad, se alían con Satanás para ayudarle a aterrorizar a los hermanos. Pero, hijo mío, ¿es que no hay un Padre en el Cielo?, ¿un Padre que de la misma forma que dispone, providente, para este tallito herbáceo esta fisura en la roca —esta fisura llena de tierra, hecha de forma que la humedad del rocío, deslizándose por la piedra lisa, se recoja en ese surco estre-

cho para que el tallito pueda vivir y florecer con esta florecilla diminuta cuya belleza no es menos admirable que la del gran Sol que resplandece en el cielo: ambos obra perfecta del Creador—, un Padre que, de la misma forma que prodiga su cuidado para con el tallito de una hierba nacida en una roca, tendrá cuidado —¿cómo no?— de un hijo suyo que *quiere firmemente servirle*? ¡Oh, en verdad, Dios no defrauda los *buenos* deseos del hombre, porque es Él mismo el que los enciende en vuestros corazones. Es Él, providente y sabio, el que crea las circunstancias para favorecer el deseo de sus hijos, y no sólo para eso, sino también para enderezar y perfeccionar un deseo de honrarle que va por caminos imperfectos, para que sea un deseo de honrarle por caminos justos. Tú estabas entre éstos. Creías, querías, estabas convencido de honrar a Dios persiguiéndome a mí. El Padre vio que en tu corazón no había odio a Dios, sino un deseo de darle gloria quitando de este mundo a Aquel del que te habían dicho que era enemigo de Dios y corruptor de almas. Y entonces creó las circunstancias para exaudir tu deseo de dar gloria a tu Señor. Y, ya ves, ahora estás entre nosotros. ¿Y vas a pensar que te va a abandonar Dios ahora que te ha traído aquí? Sólo si tú le abandonas podrá sobrepujarte la fuerza del mal».

«Yo no lo quiero. ¡Es sincera mi voluntad!» proclama el hombre.

«¿Y entonces de qué te preocupas? ¿De la palabra de un hombre? Déjale que hable. Él piensa con su pensamiento. El pensamiento del hombre es siempre imperfecto. [7]De todas formas, me ocuparé de esto». 565.7

«No quiero que le reprendas. Me basta con que me asegures que no pecaré».

«Te lo aseguro. No te sucederá *porque tú no quieres* que te suceda. Porque, mira, hijo mío, no te valdría el ir a la Diáspora, y ni siquiera el ir a los extremos confines de la Tierra, para preservar tu alma del odio al Cristo y del castigo por ese odio. Muchos en Israel no se mancharán materialmente con el Delito, pero no serán menos culpables que los que me condenen y ejecuten la sentencia. Contigo puedo hablar de estas cosas porque tú ya sabes que todo está dispuesto para esto. Sabes los nombres y conoces los pensamientos de los que están más enfurecidos contra mí. Tú lo has dicho: "Judas nos conoce a todos porque conoce a todos los Jefes". Pero si es verdad que él os conoce, también lo es que vosotros, menores —porque sois como estrellas menores en torno a los astros mayores—, sabéis igualmente lo que se trabaja y cómo se trabaja y quién trabaja, y qué complots se hacen y qué medios se planean... Por eso, puedo hablar contigo. No podría hacerlo con los otros... Otros no saben lo que sé padecer y

compadecer...».

«Maestro, ¿y cómo es que conociendo así las cosas te muestras
565.8 tan...?... [8]¿Quién sube por el sendero?». Samuel se levanta para ver. Exclama: «¡Judas!».

«Sí, soy yo. Me han dicho que había pasado por aquí el Maestro. Y, sin embargo, te encuentro a ti. Entonces me vuelvo y te dejo con tus pensamientos» y se ríe con esa risita suya tan insincera, que es más lúgubre que el lamento de una lechuza.

«Estoy aquí también Yo. ¿Me requieren en el pueblo?» dice Jesús apartándose de detrás de Samuel y mostrándose.

«¡Ah, Tú! ¡Entonces estabas en buena compañía, Samuel! Y también Tú, Maestro...».

«Sí, es siempre buena la compañía de uno que abraza la justicia. Me buscabas para estar conmigo, ¿no? Ven. Aquí hay sitio para ti. Y también para Juan, si estuviera contigo».

«Él está abajo, bregando con otros peregrinos».

«Entonces, si hay peregrinos, tendré que ir».

«No. Van a estar todo el día de mañana. Juan los está distribu-
565.9 yendo en nuestras camas para mientras estén. [9]Se siente feliz de hacerlo. Cierto es que todo lo hace contento. Verdaderamente os parecéis. Y no sé como podéis estar contentos siempre y con todo, con las cosas más... enojosas».

«¡Ésa es la misma pregunta que iba a hacerle yo cuando has llegado!» exclama Samuel.

«¡Ah, sí? Entonces tú tampoco te sientes feliz, y te asombra el que otros, en condiciones aún más... difíciles que las nuestras, puedan sentirse felices».

«Yo no me siento infeliz. No me refiero a mí. Mi pregunta es: de qué fuente proviene la serenidad del Maestro, que, no ignorando su futuro, no se turba por nada».

«¡Pues, hombre, de la fuente celeste! ¡Es natural! ¡Él es Dios! ¿Acaso lo dudas? ¿Puede un Dios sufrir? Él está por encima del dolor. El amor del Padre es para Él como... un vino embriagador. Como es también para Él un vino embriagador la convicción de que sus acciones... significan la salvación del mundo. Y... bueno ¿puede tener las reacciones físicas que tenemos nosotros, humildes seres humanos? Eso es contrario al buen sentido. Si Adán, cuando era inocente, no conocía ningún tipo de dolor, ni lo hubiera conocido nunca si hubiera permanecido inocente, Jesús, el... Superinocente, la criatura... no sé si llamarla increada, pues que es Dios, o creada porque tiene padres... ¡Oh, Maestro mío, cuántas cuestiones insolubles para los que vengan! Si Adán era ajeno al dolor por su inocencia, ¿cómo se puede

pensar que Jesús vaya a sufrir?».

Jesús tiene agachada la cabeza. Ha vuelto a sentarse en la hierba. Su pelo hace de velo para su rostro, por eso no veo su expresión.

Samuel, en pie, frente a Judas, que también está de pie, rebate: «Pero si debe ser el Redentor, debe *realmente* sufrir. ¿No recuerdas a David y a Isaías?».

«¡Los recuerdo! ¡Los recuerdo! Pero ellos, aun viendo la figura del Redentor, no veían la ayuda inmaterial que el Redentor tendría para ser... digámoslo así —¿por qué no?—, torturado y no sentir dolor».

«¿Cuál? Una criatura podrá amar el dolor, o sufrirlo con resignación, según la perfección de su justicia. Pero siempre lo sentirá. Si no... si no lo sintiera... no sería dolor».

«Jesús es Hijo de Dios».

«¡Pero no es un fantasma! ¡Es verdadera Carne! La carne sufre si es torturada. ¡Es verdadero Hombre! El ánimo del hombre sufre si es ofendido o despreciado».

«La unión suya con Dios elimina en Él estas cosas propias del hombre».

[10]Jesús levanta la cabeza y dice: «En verdad te digo, Judas, que 565.10
sufro y sufriré como todo hombre, y *más* que los demás hombres. Pero puedo, a pesar de ello, tener la santa y espiritual felicidad de aquellos que han obtenido la liberación de las tristezas de la Tierra por haber abrazado la voluntad de Dios como única esposa suya. Puedo eso porque he superado el concepto humano de la felicidad, la inquietud de la felicidad, esa felicidad como los hombres la imaginan. Yo no voy tras eso que, según el hombre, constituye la felicidad, sino que pongo mi alegría precisamente en aquello que está en el polo opuesto de lo que el hombre persigue como felicidad. Las cosas de las que el hombre huye, las cosas que el hombre desprecia, porque están consideradas como peso y dolor, representan para mí la cosa más dulce. Yo no miro a la hora concreta, sino a las consecuencias que esa hora puede crear en la eternidad. Mi episodio cesa, pero su fruto permanece. Mi dolor acaba; sus valores, no. ¿Y para qué me serviría a mí una hora de eso que se dice "ser felices" en la Tierra, una hora alcanzada tras haberla perseguido durante años y lustros, si luego esa hora no puede venir conmigo a la eternidad como gozo; si debiera gozarla Yo solo, sin hacer partícipes de ese gozo a aquellos a quienes amo?».

«¡Pero si Tú triunfaras, nosotros, tus seguidores, tendríamos parte en tu felicidad!» exclama Judas.

«¿Vosotros? ¿Y qué sois vosotros respecto a las multitudes pasadas, presentes, futuras, a las que mi dolor dará la alegría? Yo veo

más allá de la felicidad terrena; adelanto mi mirada, más allá de la felicidad terrena, hasta lo sobrenatural. Veo que mi dolor se transforma en gozo eterno para una multitud de criaturas. Y abrazo el dolor como la fuerza más poderosa para alcanzar la felicidad perfecta, que consiste en amar al prójimo hasta el punto de sufrir para darle la alegría, hasta el punto de morir por él».

«No comprendo esta felicidad» proclama Judas.

«No eres sabio todavía; si no, la comprenderías».

«¿Y Juan lo es? ¡Es más ignorante que yo!».

«Humanamente, sí. Pero posee la ciencia del amor».

«De acuerdo. Pero no creo que el amor impida a los palos ser palos y a las piedras ser piedras y producir dolor en la carne golpeada por ellos. Siempre dices que amas el dolor porque para ti es amor. Pero cuando realmente te capturen y te torturen —en el caso de que eso sea posible— no sé si seguirás pensando así. Reflexiona mientras puedas evitar el dolor. ¡Será terrible, eh! ¡Si los hombres logran capturarte... no se van a andar con contemplaciones contigo!».

Jesús le mira. Está palidísimo. Sus ojos, bien abiertos, parecen ver, tras el rostro de Judas, todas las torturas que le esperan, y, a pesar de todo y a pesar de la tristeza que reflejan, permanecen mansos y dulces y, sobre todo, serenos: dos ojos límpidos de inocente en paz. Responde: «Lo sé. Sé también lo que tú no sabes. Pero espero en la misericordia de Dios. Él, que es misericordioso con los pecadores, lo
565.11 será también conmigo. No le pido no sufrir, *sino saber sufrir*. [11]Y ahora vámonos. Samuel, adelántate un poco y avisa a Juan de que pronto estaré en el pueblo».

Samuel hace una reverencia y se marcha con paso ágil.

Jesús empieza a bajar. El sendero es tan estrecho, que deben caminar uno detrás del otro. Pero esto no impide a Judas hablar: «Te fías demasiado de ese hombre, Maestro. Ya te he dicho quién es. Es el más exaltado y exaltable de los discípulos de Jonatán. La verdad es que ya es tarde. Te has puesto en sus manos. Samuel es un espía a tu lado. ¡Y Tú, que más de una vez, y más que Tú los otros, habéis pensado que lo fuera yo...! Yo no soy un espía».

Jesús se para y se vuelve. Dolor y majestad se funden en su cara y en su mirada, que se clava en el apóstol. Dice: «No. No eres un espía. *Eres un demonio*. Has robado a la Serpiente su prerrogativa de seducir y engañar para separar de Dios. Tu comportamiento no es ni piedra ni palo, pero me hiere más que los golpes de las piedras o de los palos. ¡Oh, en mi atroz padecimiento nada superará a tu comportamiento en capacidad de dar martirio al Mártir!». Jesús se tapa la cara con la manos, como para esconder su horror, y se echa a correr

sendero abajo.

Judas grita detrás de Él: «¡Maestro! ¡Maestro! ¿Por qué me das este dolor? Ese falso verdaderamente te ha dicho calumnias... ¡Escúchame, Maestro!».

Jesús no escucha. Corre, vuela ladera abajo. Pasa sin detenerse al lado de los leñadores o pastores que le saludan; pasa, saluda, pero no se para. Judas se resigna a callar...

[12]Están casi abajo cuando se cruzan con Juan, que, con su claro 565.12
rostro, luminoso con su serena sonrisa, estaba subiendo hacia ellos. Trae de la mano a un niñito que gorjea chupando un panal de miel.

«¡Maestro, aquí estoy! Hay personas de Cesarea de Filipo. Han sabido que estás aquí y han venido. Pero, ¡qué extraño, ninguno ha hablado y todos saben dónde estás! Están descansando. Están muy cansados. He ido a pedir a Diná leche y miel porque hay un enfermo. Le he puesto en mi cama. No tengo miedo. Y el pequeño Anás ha querido venir conmigo. No le toques, Maestro, que está todo pegajoso de miel», y ríe el buen Juan, que tiene ya numerosas marcas de dedos y gotas de miel en la túnica.

Ríe tratando de tener atrás al niño, que querría ir a ofrecer a Jesús su panal medio chupado y que grita: «¡Ven! ¡Hay muchos panales para ti!».

«Sí, están recogiendo los panales donde Dinà. Yo lo sabía. Sus abejas han enjambrado hace poco» explica Juan.

[13]Se ponen en camino otra vez. Llegan a la primera casa, donde 565.13
todavía se oye el *tam, tam* que usan, no sé exactamente por qué, los apicultores. Racimos de abejas —parecen voluminosas piñas de un extraño tipo de uva— penden de algunas ramas y algunos hombres los recogen para llevarlos a las nuevas colmenas. Más allá, en las colmenas ya aprestadas, un salir y entrar de abejas, incansables, zumbadoras.

Los hombres saludan. Una mujer viene con unos maravillosos panales y se los ofrece a Jesús.

«¿Por qué te privas tú de ellos? Ya has dado a Juan...».

«Mis abejas han dado copioso fruto. No me resulta gravoso ofrecerlo. Pero, bendice los nuevos enjambres. Mira, están recogiendo el último. Este año se han duplicado nuestras colmenas».

Jesús va hacia las minúsculas ciudades de las abejas y, una a una, las bendice alzando la mano en medio del zumbido de las obreras, que no se detienen en su trabajo.

«Están del todo jubilosas y agitadas. Casa nueva...» dice un hombre.

«Y nuevas bodas. Realmente parecen mujeres preparando la fies-

ta nupcial» dice otro.

«Sí, pero las mujeres hablan más que trabajan. Éstas, sin embargo, trabajan calladas, y trabajan incluso en días de festejo de bodas. Trabajan sin pausa para crearse su reino y sus riquezas» responde un tercero.

«Trabajar sin pausa en la virtud es lícito; es más, debe hacerse. Trabajar sin pausa por lucro, no. Esto lo pueden hacer sólo aquellos que no saben que tienen un Dios al que hay que honrar en el día suyo. Trabajar en silencio es un mérito que todos deberíamos aprender de las abejas. Porque en el silencio se hacen santamente las cosas santas. Sed vosotros en la justicia como vuestras abejas, incansables y silenciosos. Dios ve. Dios premia. La paz a vosotros» dice Jesús.

565.14 [14]Se queda solamente con sus dos apóstoles. Entonces dice: «Y especialmente a los que trabajan para Dios les propongo como modelo a las abejas. Ellas depositan en lo recóndito de la colmena la miel formada en su interior con el infatigable trabajo en corolas sanas. Su esfuerzo ni siquiera parece esfuerzo, al estar lleno de buena voluntad. Y así vuelan —puntos de oro— de flor en flor, y luego entran cargadas de extractos, a elaborar su miel en lo recóndito de las celdillas. Habría que saber imitarlas. Elegir enseñanzas, doctrinas, amistades sanas, capaces de ofrecer extractos de verdadera virtud; y luego saber aislarse para elaborar, a partir de aquello que solícitamente se ha recogido, la virtud, la justicia, que son como la miel extraída de muchos elementos sanos (entre los cuales no es la última la buena voluntad, sin la cual esos extractos recogidos acá o allá para nada sirven). Saber humildemente meditar, en lo recóndito del corazón, sobre las cosas buenas que hemos visto y oído, sin envidias por el hecho de que haya, además de abejas obreras, abejas reinas: de que haya alguien más justo que ese que medita. Todas las abejas son necesarias en la colmena, tanto las obreras como las reinas. ¡Ay de ellas, si todas fueran reinas! ¡Ay, si todas fueran obreras! Morirían las unas y las otras. Porque las reinas no tendrían, si faltaran las obreras, alimento para procrear; y las obreras dejarían de existir si las reinas no procrearan. No se envidie a las reinas, que también ellas tienen sus penalidades y su penitencia. El Sol lo ven sólo una vez, en su único vuelo nupcial. Antes y después, para ellas, sólo y siempre, existe la clausura entre las paredes ambarinas de la colmena. Cada uno tiene su misión, y cada misión es una elección, y cada elección es un honor, sí, pero también una carga. Y las obreras no pierden tiempo en vuelos inútiles o peligrosos hacia flores enfermas o venenosas. No intentan la aventura. No desobedecen a su misión, no se rebelan contra el fin para el que han sido creadas. ¡Oh, admirables, peque-

ños seres! ¡Cuánto enseñáis a los hombres!...». Jesús, sumiéndose en una meditación suya, calla.

[15]Judas, de repente, se acuerda de que tiene que ir a no sé dónde 565.15
y se marcha casi corriendo. Se quedan Jesús y Juan. Éste mira a Jesús sin que se note; es una mirada atenta, de amorosa angustia. Jesús alza la cabeza y se vuelve un poco, de forma que encuentra la mirada escrutadora del Predilecto. Su rostro se aclara mientras le arrima a sí.

Juan, abrazado así, caminando, pregunta: «¿Judas te ha causado un nuevo dolor, no es verdad? Y debe haber turbado también a Samuel».

«¿Por qué? ¿Te ha hablado de eso?».

«No. Pero lo he captado. Ha dicho sólo: "Generalmente, conviviendo con uno que es verdaderamente bueno, nos hacemos buenos. Pero Judas no lo es, a pesar de que viva con el Maestro desde hace tres años. Está corrompido en la profundidad de su ser. Tan lleno está de maldad, que la bondad de Cristo no penetra en él". Yo no he sabido qué decir... porque es verdad... [16]Pero ¿por qué es así Judas? 565.16
¿Es posible que no cambie nunca? Y todos recibimos las mismas lecciones... y cuando vino no era peor que nosotros...».

«¡Juan mío! ¡Mi dulce niño!». Jesús le besa en esa frente suya tan despejada y pura, y, entre los cabellos rubios y ligeros que se alzan en su parte más alta, le susurra: «Hay criaturas que parecen vivir para destruir el bien que hay en ellas. Tú eres pescador y sabes lo que le sucede a la vela bajo la presión de un torbellino. Tanto se baja hacia el agua, que vuelca casi la barca y se vuelve peligrosa para ésta, de forma que a veces es necesario amainarla y prescindir de esa ala que lleva al nido, porque la vela, cuando está a merced del torbellino deja de ser ala para ser lastre que lleva al fondo, a la muerte en vez de a la salvación. Pero si el indomable soplo del torbellino se aplaca, aunque sólo fuera durante breves instantes, la vela en seguida vuelve a ser ala que veloz corre hacia el puerto conduciendo a la salvación. Esto es lo que sucede con muchas almas. Basta con que el torbellino de las pasiones se aplaque para que esa alma plegada y casi sumergida por el... por lo que no es bueno, vuelva a sentir aspiraciones hacia el Bien».

«Sí, Maestro. Pero y... dime... ¿llegará alguna vez Judas a tu puerto?».

«¡Oh, no me hagas mirar al futuro de uno de aquellos a quienes más aprecio! ¡Tengo delante de mí el futuro de millones de almas para las que será inútil mi dolor!... Tengo delante de mí *todas* las repugnancias del mundo... La náusea me estremece profundamente.

La náusea de todo este bullir de cosas inmundas que como un río cubre la Tierra y la cubrirá con aspectos diversos, pero en todo caso horrendos para la Perfección, hasta el final de los siglos. ¡No me hagas mirar! ¡Deja que calme mi sed y me consuele en un manantial sin sabor a corrupción, y que olvide la podredumbre verminosa de demasiados mirándote sólo a ti, mi paz!», y le besa otra vez, entre las cejas, sumiendo su mirada en los límpidos ojos del virgen y amoroso...

565.17 [17]Entran en casa. En la cocina está Samuel, partiendo leña para ahorrarle a la anciana el esfuerzo de encender el fuego.

Jesús le dice a la mujer: «¿Duermen los peregrinos?».

«Creo que sí. No oigo ningún ruido. Ahora voy a llevar esta agua a las caballerías. Están en la leñera».

«Lo hago yo, madre. Mejor, ve tú donde Raquel. Me ha prometido queso fresco. Dile que se lo pagaré el sábado» dice Juan cargándose con dos artesas colmadas de agua.

Se quedan solos Jesús y Samuel. Jesús se acerca a él, el cual, agachado hacia el fuego, está soplando para que se encienda la llama. Le pone una mano en los hombros y dice: «Judas nos ha interrumpido allí arriba... Quiero decirte que te voy a mandar con mis apóstoles para el día después del sábado. Quizás lo prefieres...».

«Gracias, Maestro. Siento perder tu compañía. Pero en tus apóstoles te veré también. Y prefiero, sí, estar lejos de Judas. No me atrevía a pedírtelo...».

«De acuerdo. Queda decidido. Y ten piedad de él. Como la tengo Yo. Y no digas a Pedro ni a nadie...».

«Sé guardar silencio, Maestro».

«Después vendrán los discípulos. Allí están Hermas y Esteban, y también Isaac, dos sabios y un justo; y muchos otros. Te encontrarás bien, entre hermanos verdaderos».

«Sí, Maestro. Tú comprendes y auxilias. Eres verdaderamente el Maestro bueno», y se inclina para besar la mano de Jesús.

566. En Efraím el día de la llegada de la Madre de Jesús con Lázaro y las discípulas.

12 de febrero de 1947.

566.1 [1]En la casa de María de Jacob ya están levantados, aunque apenas raya el alba. Yo diría que es sábado porque veo que están también los apóstoles, quienes normalmente están en misión. En la casa hay un intenso movimiento de preparación de fuegos y agua caliente. A María la ayudan a cribar harina y a amasarla para hacer pan.

La ancianita está muy inquieta —una inquietud de niña— y, mientras diligentemente trabaja, pregunta a éste o a aquél: «¿Es hoy, no? ¿Los otros lugares están preparados? ¿Estáis seguros de que no son más de siete?».

Le responde por todos Pedro, que está desollando a un cordero para prepararle para ser guisado: «Debían estar aquí antes del sábado, pero quizás las mujeres no estaban preparadas todavía y por eso se han retrasado. Pero hoy seguro que llegan. ¡Ah, esto me pone contento! ¿El Maestro ha salido? A lo mejor ha ido a su encuentro...».

«Sí. Ha salido con Juan y Samuel en dirección al camino de la Samaria central» responde Bartolomé, saliendo con un ánfora colmada de agua hirviendo.

«Entonces podemos estar seguros de que llegan. Él sabe siempre todas las cosas» profesa Andrés.

«Yo quisiera saber por qué te ríes así. ¿Qué tiene de gracioso el que hable mi hermano?» pregunta Pedro, que ha advertido la risita de Judas, ocioso en un rincón.

«No me río por tu hermano. Todos estáis contentos. Yo también puedo estarlo y reírme incluso sin motivo».

Pedro le mira con expresión clara, pero vuelve al trabajo que estaba haciendo.

«¡Mirad! He conseguido encontrar una rama de árbol en flor. No es almendro, como quería; pero Ella, ahora que ha terminado de florecer el almendro, tiene otras ramas, así que aceptará esta mía» dice Judas Tadeo, que regresa goteando rocío como si viniera de los bosques, y con un haz de ramas florecidas: un milagro de candor aljofarado de rocío que parece transmitir claridad y belleza a la cocina.

«¡Qué bonitas! ¿Dónde las has encontrado?».

«En el huerto de Noemí. Sabía que era tardío por la orientación hacia tramontana, que le tiene retrasado. Y he subido allí».

«¡Por eso pareces tú también un árbol del bosque! Las gotas de rocío te brillan en el pelo y te han mojado la túnica».

«El sendero estaba húmedo como si hubiera llovido. Ya se dan los rocíos abundantes de los meses más bonitos». Judas Tadeo se marcha con sus flores y, al cabo de un rato, llama a su hermano para que le ayude a colocarlas.

«Voy yo, que entiendo de eso. Mujer, ¿no tienes alguna ánfora de cuello alto, si es posible de tierra roja?» dice Tomás.

«Tengo lo que buscas y también otros recipientes... Los que usaba en los días de fiesta... para las bodas de mis hijos o en otras ocasiones importantes. Si esperas un momento a que meta estas tortas en el horno, voy a abrirte el baúl donde están guardadas las cosas bue-

nas... ¡pocas ya, después de tantas desventuras! Pero he conservado algunas para... recordar... y sufrir porque, aunque sean recuerdos de alegría, ahora hacen llorar porque recuerdan lo que ha terminado».

«Entonces hubiera sido mejor que no te las hubiera pedido nadie. ¡Total! No quisiera que nos sucediera como en Nobe: tantos preparativos para nada...» dice Judas Iscariote.

«¡Si te digo que nos ha advertido un grupo de discípulos? ¿Qué crees?, ¿que lo han soñado? Han hablado con Lázaro. Los ha enviado por delante de propósito. Venían aquí a avisar que antes del sábado estaría aquí la Madre con el carro de Lázaro, y Lázaro y las discípulas...».

«De momento no han venido...».

566.2 [2]«Vosotros que habéis visto a ese hombre: ¿no da miedo?» pregunta la ancianita mientras se seca las manos en el mandil tras haber confiado sus tortas a Santiago de Zebedeo y Andrés, que las llevan al horno.

«¿Miedo? ¿Por qué?».

«¡Un hombre que vuelve de estar con los muertos!». Está toda nerviosa.

«Cálmate, madre. Es en todo como nosotros» la tranquiliza Santiago de Alfeo.

«Más bien estáte atenta al palique con las otras mujeres. No sea que vayamos a tener a toda Efraím aquí dentro dando la lata» dice imperiosamente Judas Iscariote.

«Desde que estáis aquí no he tenido conversaciones imprudentes. Ni con los de la ciudad ni con los peregrinos. He preferido pasar por necia antes que aparentar saber las cosas, para no crear dificultades al Maestro y perjudicarle. Y sabré callar también hoy. Ven, Tomás...» y sale para ir a sacar sus tesoros escondidos.

«Esa mujer está asustada pensando que va a ver a un resucitado» dice Judas Iscariote, y se ríe irónicamente.

«No es la única. Me han dicho los discípulos que en Nazaret estaban todos inquietos, y lo mismo en Caná y en Tiberíades. Uno que vuelve de la muerte después de cuatro días de sepulcro no se encuentra tan fácilmente como las margaritas en primavera. ¡Bien pálidos estábamos nosotros también, cuando salió del sepulcro! Pero, en vez de estar ahí haciendo comentarios inútiles, ¿no podrías trabajar? Todos estamos trabajando, y hay todavía mucho que hacer... Hoy que se puede hacer, ve al mercado y compra lo que se necesite. Lo que hemos traído nosotros no es suficiente ahora que vienen ellas, y no nos daba tiempo a volver a la ciudad para hacer compras; nos habría detenido en el sitio en que estábamos la puesta del Sol».

Judas llama a Mateo, que está volviendo a la cocina todo aseado,

y los dos salen.

[3]Vuelve a la cocina también el Zelote, también él ya en perfecto 566.3
orden respecto al vestido. Dice: «¡Este Toma! Es verdaderamente un artista. Con nada ha decorado la habitación como para un banquete de bodas. Id a ver».

Todos menos Pedro, que está terminando su operación, van inmediatamente a ver. Pedro dice: «Estoy suspirando por verlos aquí. Quizás venga también Margziam. Dentro de un mes estamos en Pascua. Ya habrá salido de Cafarnaúm o Betsaida».

«Estoy contento de que venga María. Por el Maestro. Le confortará más que todos los demás. Y necesita ser confortado» le responde el Zelote.

«Mucho. Pero ¿te has dado cuenta de lo triste que está también Juan? Le he preguntado, pero ha sido inútil; dentro de su dulzura, tiene más firmeza que todos nosotros y, si no quiere, nada le hace hablar. Pero estoy seguro de que sabe algo. Y parece la sombra del Maestro. Le sigue siempre. Le mira siempre. Y cuando no ve que alguno le observa —porque, si lo ve, entonces responde a tu mirada con esa sonrisa suya que amansaría hasta a un tigre—, cuando no se ve observado, su cara se pone tristísima. Intenta preguntarle tú. Te quiere mucho. Y sabe que eres más prudente que yo...».

«¡No, eso no! Tú te has hecho un ejemplo de prudencia para todos nosotros. Ya no se reconoce en ti al Simón de otros tiempos. Eres verdaderamente esa piedra que, dura y sólidamente escuadrada, nos sostiene a todos nosotros».

«¡Venga, hombre, no digas eso! Yo soy un pobre hombre. Bueno, claro... estando con Él tantos años uno se hace un poco como Él. Un poco... muy poco, pero ya muy distinto de como uno era antes. Todos nos hemos... no, no todos, por desgracia. [4]Judas sigue siendo igual, 566.4
lo mismo aquí que en Agua Especiosa...».

«¡Dios lo quiera, que sea igual!».

«¿Qué? ¿Qué quieres decir?».

«Nada y todo, Simón de Jonás. Si el Maestro me oyera, me diría: "No juzgues". Pero esto no es juzgar, es *temer*. Temo que Judas sea peor que cuando estábamos en Agua Especiosa».

«Ya de por sí lo es, aún en el caso de que sea ahora como entonces. Lo es porque debía haber cambiado mucho, crecido en justicia, y, sin embargo, es siempre igual. Tiene, pues, en su corazón el pecado de acidia espiritual, que entonces no tenía. Porque al principio... loco sí, pero lleno de buena voluntad... Dime una cosa: ¿qué te dice el que el Maestro haya decidido mandar con nosotros a Samuel y reunir a todos los discípulos, todos los que puedan reunirse en Jericó, para la

neomenia de Nisán? Antes había dicho que ese hombre se iba a quedar aquí... y antes también nos había prohibido decir dónde estaba Él. Yo tengo sospechas...».

«No. Yo veo las cosas claras y lógicas. A estas alturas —sin saber ni por quién ni cómo ha sido divulgada— toda Palestina tiene noticia de que el Maestro está aquí. Ya ves que han venido peregrinos y discípulos de lugares tan separados como Quedes y Engadí, Joppe y Bosra. Por tanto, es inútil seguir conservando el secreto. Además, la Pascua se acerca y está claro que el Maestro quiere tener consigo a los discípulos para su regreso a Jerusalén. El Sanedrín dice, ya lo has oído, que está derrotado y ha perdido a todos los discípulos; y Él le responde entrando en la ciudad a la cabeza de ellos...».

«¡Tengo miedo, Simón! Mucho miedo... ¿Ya has oído, no? Todos, incluso los herodianos, se han unido contra Él...».

«¡Ya! ¡Que Dios nos ayude!...».

«¿Y por qué manda con nosotros a Samuel?».

«Sin lugar a dudas, para prepararle para su misión. No veo motivo de inquietud... [5]¡Llaman! ¡Tienen que ser las discípulas!...».

566.5

Pedro se quita el ensangrentado mandil y, corriendo, sigue al Zelote, que presurosamente ha ido hacia la puerta de casa. Aparecen por las distintas puertas los otros que están en casa, y todos gritan: «¡Ahí están! ¡Son ellas!».

Pero, cuando se abre la puerta, se quedan tan claramente desencantados al ver a Elisa y a Nique, que las dos discípulas preguntan: «¿Pero ha sucedido algo?».

«¡No! ¡No! Es que... creíamos que fuera la Madre y las discípulas galileas...» dice Pedro.

«¡Ah!, y os habéis llevado un chasco. Nosotras, sin embargo, estamos muy contentas de veros y de saber que está para llegar María» dice Elisa.

«Un chasco, no... ¡Bueno, desilusionados! ¡Pero, venid! ¡Entrad! Paz a las buenas hermanas» saluda por todos Judas Tadeo.

«También a vosotros. ¿El Maestro no está?».

«Ha salido con Juan al encuentro de María. Se sabe que viene por el camino de Siquem en el carro de Lázaro» explica el Zelote.

Entran en casa mientras Andrés se ocupa del burrito de Elisa. Nique ha venido a pie. Hablan de lo que sucede en Jerusalén, preguntan por los amigos y discípulos... por Analía, María y Marta, el anciano Juan de Nobe, José, Nicodemo... por muchos otros. [6]La ausencia de Judas Iscariote permite que hablen en paz y abiertamente.

566.6

Es más, Elisa, mujer anciana y de experiencia, y que estuvo en los tiempos de Nobe en contacto con Judas y que ya le conoce muy

bien, y que «le ama sólo por amor a Dios», como dice abiertamente, se informa de si no está en casa, no unido a los otros por algún capricho, y sólo cuando sabe que está fuera para las compras habla de lo que sabe. Dice: «En Jerusalén *parece* todo calmado; es más, ya no se hace preguntas a los discípulos conocidos. Se comenta que eso es así porque Pilato ha hablado enérgicamente a los del Sanedrín, recordándoles que la justicia en Palestina la ejercita sólo él, y que, por tanto, dejen ya ese asunto».

«Pero también» observa Nique «se dice —y es precisamente Manahén el que lo dice, y con él otros, o mejor dicho, otras, porque la otra voz es Valeria— que Pilato está verdaderamente tan cansado de estos disturbios que tienen agitado al País y que pueden causarle problemas, e incluso impresionado por la insistencia con que los judíos le insinúan que Jesús lo que quiere es proclamarse rey, que, si no fuera por los informes concordantes y favorables de los centuriones y, sobre todo, por las presiones de su mujer, acabaría por castigar al Cristo, por ejemplo con el destierro, con tal de quitarse ya de encima estos problemas».

«¡Sólo faltaría eso! ¡Y es capaz de hacerlo! ¡Muy capaz! Es el más leve de los castigos romanos, y el más usado después de la flagelación. ¡Pero os lo imagináis? Jesús solo, ¡quién sabe en qué lugar? Y nosotros desperdigados...» dice el Zelote.

«¡Ya, ya! ¡Desperdigados! Eso lo dices tú. A mí no me desperdigan. Voy detrás de Él...» dice Pedro.

«¡Simón! ¡Simón! ¿Eres tan ingenuo como para pensar que te dejarían? Te atan como a un galeote y te llevan a donde quieran ellos; a lo mejor incluso a las galeras, o a una de sus prisiones, y no puedes seguir al Maestro» le dice Bartolomé.

Pedro se alborota el pelo, inseguro, descorazonado.

«Se lo diremos a Lázaro. Lázaro irá abiertamente donde Pilato, que, sin duda, le recibirá con mucho gusto, porque a estos gentiles les gusta ver seres extraordinarios...» dice el Zelote.

«¡Habrá ido a verle antes de salir y ya Pilato no tendrá deseos de recibirle de nuevo!» dice Pedro abatido.

«Entonces irá como hijo de Teófilo. O acompañará a su hermana María a ver a las damas. Eran amigas cuando... bueno, en fin, cuando María era pecadora...».

[7]«¿Sabéis que Valeria, después de que su marido se ha divorciado 566.7
de ella, se ha hecho prosélito? Valeria ha tomado una decisión seria. Lleva una vida de mujer justa que es un ejemplo para muchos de nosotros. Ha emancipado a sus esclavos y los instruye a todos en orden al verdadero Dios. Había tomado una casa en Sión. Pero, ahora que

Claudia ha venido, ha vuelto donde ella...».

«¡Entonces?...».

«No. A mí me ha dicho: "En cuanto venga Juana, voy con ella. Pero ahora quiero convencer a Claudia"... Parece que Claudia no logra superar el límite suyo en orden a creer en Cristo; para ella es un sabio, nada más... Incluso parece que, antes de ir a la ciudad, se hubiera intranquilizado bastante por las voces que corrían y que, escéptica, hubiera dicho: "Es un hombre como nuestros filósofos, y no de los mejores, porque su palabra no corresponde con su vida", y parece que ha tenido unos... unas... en definitiva que se haya permitido una serie de cosas que antes había abandonado» dice Nique.

«Era de esperar. ¡Almas paganas! ¡Mmm! Una buena puede haberla... ¡Pero las otras!... ¡Inmundicias! ¡Inmundicias!» sentencia Bartolomé.

«¿Y José?» pregunta Judas Tadeo.

«¿Quién? ¿El de Seforí? ¡Tiene un miedo! ¡Ah! Ha estado vuestro hermano José. Llegó y se marchó en seguida, pero pasando por Betania para decir a las hermanas que a toda costa le impidan al Maestro ir a la ciudad y quedarse allí. Yo estaba allí y lo oí. Así supe también que José de Seforí ha tenido muchos problemas y ahora tiene mucho miedo. Vuestro hermano le ha encargado de que esté al corriente de los complots que se traman en el Templo. Ese hombre de Seforí lo puede saber por medio de ese pariente que es marido no sé si de la hermana o de la hija de la hermana de su mujer, y que tiene unos cometidos en el Templo» dice Elisa.

566.8 [8]«¡Cuántos miedos! Ahora, cuando vayamos a Jerusalén, quiero mandar a mi hermano a casa de Anás. Podría ir también yo porque también yo conozco bien a ese viejo zorro. Pero Juan sabe hacer mejor las cosas. Y Anás le apreciaba mucho, entonces, cuando escuchábamos las palabras de ese viejo lobo... ¡creyendo que era un cordero! Le mandaré a Juan, que sabrá soportar incluso improperios sin reaccionar. Yo... si me pronunciara maldiciones contra el Maestro, o sólo con que las pronunciara contra mí porque le sigo, le saltaría al cuello, le atraparía y apretaría ese viejo cuerpajo como si estuviera escurriendo una red. ¡Le haría vomitar esa alma torva que tiene dentro! ¡Aunque tuviera a su alrededor a todos los soldados del Templo y a los sacerdotes!».

«¡Si te oyera el Maestro hablar así!» dice escandalizado Andrés.

«¡Lo digo precisamente porque no está!».

«¡Tienes razón! No eres el único que tiene ciertos deseos. ¡Yo también los tengo!» dice Pedro.

«Y yo también, y no sólo respecto a Anás» dice Judas Tadeo.

«Si es por eso... a muchos les encendería yo el pelo. Tengo una lista larga... Esos tres carcamales de Cafarnaúm —excluyo al fariseo Simón, porque parece pasablemente bueno—, esos dos lobos de Esdrelón y ese viejo montón de huesos de Cananías, y luego... bueno, una degollina, os digo que una degollina en Jerusalén, y el primero de todos Elquías. ¡Me tienen ya hasta la coronilla todas esas serpientes apostadas al acecho!» Pedro está furioso.

Judas Tadeo, diciéndolo con calma, pero aún más impresionante, con esa calma suya glacial, que si estuviera furioso como Pedro, dice: «Y yo te ayudaría. Pero... quizás empezaría por eliminar las serpientes que están cercanas».

«¿Quién? ¿Samuel?».

«¡No, no! No tenemos cerca sólo a Samuel. ¡Hay muchos que muestran una cara y tienen un alma distinta de la cara que muestran! Yo no los pierdo de vista. Nunca. Quiero estar seguro antes de actuar. ¡Pero cuando lo esté...! La sangre de David es caliente, y también la de Galilea. Las dos, por línea paterna y por línea materna, están en mí».

«¡Si llega el caso, me lo dices, eh! Que te ayudo...» dice Pedro.

«No. La venganza de la sangre corresponde a los parientes. A mí me corresponde».

[9]«¡Pero hijos! ¡Hijos! ¡No habléis así! ¡No es eso lo que enseña el Maestro! ¡Parecéis cachorros de león furiosos, en vez de ser los corderos del Cordero! Abandonad tanto espíritu de venganza. ¡Han quedado muy atrás ya los tiempos de David! Cristo anula la ley de la sangre y del talión. Él deja los diez mandamientos inmutables, pero abroga las otras duras leyes mosaicas. De Moisés quedan las prescripciones de piedad, humanidad y justicia, compendiados y perfeccionados por nuestro Jesús en su mayor mandamiento: "Amar a Dios con todo el ser, amar al prójimo como a nosotros mismos, perdonar al que ofende, dar amor a quien nos odia". ¡Oh, perdonad si yo siendo mujer me he atrevido a enseñar a mis hermanos, y mayores que yo! Pero soy una madre anciana. Y una madre puede hablar siempre. ¡Creedlo, hijos míos! Si vosotros mismos convocáis a Satanás odiando a los enemigos, teniendo deseos de venganza, Satanás entrará en vosotros y os corromperá. Satanás no es una fuerza. Creedlo. Fuerza es Dios. Satanás es debilidad, es peso, es entumecimiento. No sabríais ya ni mover un dedo, no sólo contra los enemigos, sino tampoco para ofrecer una caricia a nuestro afligido Jesús, si el odio y la venganza os encadenaran. ¡Ánimo, hijos! Todos hijos, incluso vosotros, los que tenéis mis años, y quizás más. Todos hijos para una mujer que os quiere, para una madre que ha vuelto a encontrar la alegría de ser madre amándoos como a hijos a todos. No me hagáis de nuevo 566.9

una mujer angustiada por haber perdido otra vez a mis hijos amados, y para siempre; porque, si morís con el odio o el delito, muertos estaréis para toda la eternidad y no podremos reunirnos arriba, jubilosos, en torno a nuestro común amor: Jesús. Prometedme aquí, en seguida, a mí, que os lo suplico, a una pobre mujer, a una pobre mamá, que no volveréis a tener nunca estos pensamientos. ¡Oh, hasta os afean la cara! ¡Me parecéis desconocidos, distintos! ¡Qué feos os pone el rencor! ¡Tan dulces como erais! ¿Qué está sucediendo? ¡Escuchadme! María os diría las mismas palabras. Con más fuerza porque Ella es María. Pero mejor es que Ella no conozca todo el dolor... ¡Oh, pobre Madre! ¿Qué está sucediendo? ¿Tengo que pensar, entonces, que ya surge la hora de las tinieblas, la hora que se tragará a todos, la hora en que Satanás será rey en todos, menos en el Santo, y descarriará incluso a los santos, incluso a vosotros, haciéndoos cobardes, perjuros, crueles como es él? ¡Oh, hasta ahora había tenido siempre esperanza! Siempre he dicho: "Los hombres no prevalecerán contra Cristo". ¡Pero ahora!... ¡Ahora, por primera vez, temo y tiemblo! Sobre este cielo sereno de Adar veo alargarse invasora la gran Tiniebla que se llama Lucifer, y entenebreceros a todos y esparcir venenos que os enferman. ¡Oh, tengo miedo!».

Elisa, que ya desde hacía un rato lloraba aunque sin estremecimientos, se abandona ahora, apoyada la cabeza en la mesa junto a la cual está sentada, y solloza dolorosamente.

566.10 [10]Los apóstoles se miran unos a otros. Luego, afligidos, tratan de consolarla. Pero ella no quiere consuelos, y lo dice: «Uno, uno sólo me vale: vuestra promesa. ¡Por vuestro bien! Porque Jesús no tenga entre sus dolores éste, el mayor: el de veros condenados a vosotros, sus predilectos».

«¡Sí, Elisa, si esto es lo que quieres! ¡No llores, mujer! Te lo prometemos. Escucha. No vamos a alzar ni un dedo contra ninguno. No vamos ni siquiera a mirar, para no ver. ¡No llores! ¡No llores! Perdonaremos a quienes nos ofenden. ¡Amaremos a quienes nos odian! ¡Ánimo! No llores».

Elisa alza su rugoso rostro, brillante por el llanto, y dice: «¡Recordad que me lo habéis prometido! ¡Repetidlo!».

«Te lo prometemos, mujer».

«¡Amados hijos míos! ¡Ahora sí me agradáis! Os reconozco como buenos. Ahora que se ha calmado mi angustia, ahora que habéis abandonado esa levadura amarga y habéis vuelto a ser puros como antes, vamos a preparar las cosas para recibir a María. ¿Qué hay que hacer?» dice mientras termina de secarse los ojos.

«La verdad es que... ya lo habíamos hecho nosotros. Como hom-

bres. Pero María de Jacob nos ha ayudado. Es una samaritana, pero es muy buena. Ahora la verás. Está en el horno cuidando del pan. Está sola. Los hijos muertos u olvidados de ella, los bienes esfumados, y, no obstante, no guarda rencores...».

«¿Lo veis? ¿Veis como, incluso entre los paganos y samaritanos, hay quien sabe perdonar? ¡Y debe ser terrible, ¿eh?, ¿lo sabéis?, tener que perdonar a un hijo! ¡Ah! [11]¿Estáis seguros de que Judas no está?». 566.11

«Si no se ha transformado en pájaro, no puede estar, porque las ventanas están abiertas pero, menos ésta, todas las puertas están cerradas».

«Entonces... Estuvo en Jerusalén María de Simón, con su pariente. Fue para ofrecer sacrificios en el Templo. Luego vino donde nosotras. Parece una mártir. ¡Qué afligida está! Me preguntó, a todas nos preguntó, si sabíamos algo de su hijo, si estaba con el Maestro, si había estado siempre con Él».

«¿Qué le sucede a esa mujer?» pregunta, asombrado, Andrés.

«Pues... su hijo. ¿No te parece suficiente?» pregunta Judas Tadeo.

«Yo la conforté. Quiso volver con nosotras al Templo. Fuimos todas juntas a orar... Luego se marchó, pero todavía con su pesar. Le dije: "Si te quedas con nosotras, dentro de poco vamos donde el Maestro. Allí está tu hijo". Ella sabía ya que Jesús estaba aquí. Se ha sabido hasta en los confines de Palestina. Me dijo: "¡No, no! El Maestro me dijo que no estuviera en Jerusalén para la primavera. Yo obedezco. Pero he querido, antes del tiempo de su regreso, subir al Templo. Tengo mucha necesidad de Dios". Y dijo una extraña frase... Dijo: "Soy inculpable, pero, tanta es mi tortura, que el infierno está dentro de mí y yo dentro de él"... Mucho la preguntamos, pero no quiso expresarse más, ni sobre sus torturas ni sobre las razones de la prohibición de Jesús. Nos pidió que no dijéramos nada ni a Jesús ni a Judas».

«¡Pobre mujer! ¿Entonces para Pascua no estará?» pregunta Tomás.

«No estará».

«¡En fin... si Jesús se lo ha impuesto, sus motivos tendrá!... ¿Habéis oído, no? ¡En todas partes se sabe que Jesús está aquí! ¡Pero en todas!» dice Pedro.

«Sí. Y quienes lo decían convocaban en su nombre para una sublevación "contra los tiranos". Esto decían algunos; otros, que está aquí porque se ha visto desenmascarado...».

«¡Siempre las mismas razones! ¡Deben haber gastado todo el oro del Templo para enviar a todas partes a esos... siervos suyos!» ob-

serva Andrés.

566.12 [12]Unos golpes en la puerta. «¡Están aquí!» dicen, y van rápidamente a abrir.

Sin embargo, es Judas con sus compras. Mateo le sigue. Judas ve a Elisa y a Nique y las saluda. Pregunta: «¿Estáis solas?».

«Solas. María no ha venido todavía».

«María no viene por las comarcas del Sur, así que no puede estar con vosotras. Me refería a si no estaba Anastática».

«No. Se ha quedado en Betsur».

«¿Por qué? También ella es discípula. ¿No sabes que de aquí se irá a Jerusalén para la Pascua? Debía estar. ¿Si no son perfectos las discípulas y los fieles, quién lo va a ser? ¿Quién va a formar el acompañamiento del Maestro para demostrar la inconsistencia de la leyenda de que todos le han abandonado?».

«¡Si es por eso?... no será una pobre mujer la que colme los vacíos. Las rosas están bien entre las espinas y en los huertos cerrados. Yo soy madre para ella y así lo he impuesto».

«¿Entonces para Pascua no estará?».

«No estará».

«¡Ya son dos!» exclama Pedro.

«¿Qué dices? ¿Quiénes dos?» pregunta Judas, siempre receloso.

«¡Nada, nada! Un cálculo mío. Se pueden contar muchas cosas, ¿no? Incluso las... moscas, por ejemplo, que se posan en mi cordero desollado».

Vuelve María de Jacob seguida de Samuel y Juan, que traen los panes sacados del horno. Elisa saluda a la mujer y también lo hace Nique. Y Elisa expresa unas palabras para que la mujer, en seguida, se sienta a gusto. «Estás entre hermanas en el dolor, María. Yo, habiendo perdido a mi esposo y a mis hijos, estoy sola; y ésta es viuda. Por tanto nos querremos, porque sólo quien ha llorado sabe comprender».

566.13 [13]Pero, en esto, Pedro dice a Juan: «¿Cómo estás aquí? ¿El Maestro?».

«En el carro. Con su Madre».

«¿Y no lo decías?».

«No me has dado tiempo. Están todas. ¡Pero ya veréis qué desmejorada está María de Nazaret! Parece que han pasado por ella lustros. Dice Lázaro que se acongojó mucho cuando le dijo que Jesús estaba aquí refugiado».

«¿Por qué se lo ha dicho ese necio? Antes de morir era inteligente. Pero quizás en el sepulcro su cerebro se ha deshecho y no se ha rehecho luego. ¡Uno no está muerto sin quebranto!...» dice irónico y

con desprecio Judas de Keriot.

«Nada de eso. Espera a saber para hablar. Lázaro de Betania se lo dijo a María ya de camino, al extrañarse Ella del camino que tomaba Lázaro» dice severo Samuel.

«Sí, cuando pasó la primera vez por Nazaret dijo sólo: "Te llevaré donde tu Hijo dentro de un mes". Y ni siquiera le dijo: "Vamos a Efraím" cuando estaban para partir, sino...» dice Juan.

«Todos saben que Jesús está aquí. ¿La única que no lo sabía era Ella?» pregunta —esto también groseramente— Judas, interrumpiendo a su compañero.

«María lo sabía, lo había oído decir. Pero, dado que por Palestina corre, fangoso, un río de diferentes embustes, Ella no recibía como verdadera ninguna noticia. Se consumía en el silencio, orando. Pero una vez en viaje y habiendo tomado Lázaro el camino que va a lo largo del río, para desorientar a los nazarenos y a todos los de Caná, Seforí, Belén de Galilea...».

«¡Ah! ¿Está también Noemí con Mirta y Áurea?» pregunta Tomás.

«No. Jesús se lo ha prohibido. Esta orden la llevó Isaac cuando volvió a Galilea».

«Entonces... tampoco estas mujeres estarán con nosotros como el pasado año».

«No estarán con nosotros».

«¡Y son tres!».

«Tampoco nuestras mujeres e hijas. El Maestro se lo dijo a ellas mismas antes de dejar Galilea. Es más, lo repitió. Porque mi hija Mariana me dijo que Jesús lo había dicho ya desde la pasada Pascua».

«¡Bueno... muy bien! ¿Al menos está Juana? ¿Salomé? ¿María de Alfeo?».

«Sí. Y Susana».

«Y también Margziam, claro... [14]Pero ¿qué es ese ruido?». 566.14

«¡Los carros! ¡Los carros! Y todos los nazarenos que no se han dado por vencidos y han seguido a Lázaro... y los de Caná...» responde Juan, echándose a la calle con los otros.

Abierta la puerta, un espectáculo tumultuoso se ha presentado ante la vista. Además de María, que está sentada junto a su Hijo y a las discípulas, además de Lázaro, además de Juana (que está en su carro junto con María y Matías, Ester y otros domésticos y el hombre de confianza, Jonatán), hay una multitud: caras conocidas, caras desconocidas: de Nazaret, Caná, Tiberíades, Naím, Endor. Y los samaritanos de todos los pueblos por que han pasado durante el viaje, y de otros cercanos. Y pasan inmediatamente delante de los carros,

de forma que obstruyen el paso, tanto a quien quiere salir como a quien quiere entrar.

«¿Pero qué quieren éstos? ¿Por qué han venido? ¿Cómo lo han sabido?».

«¡Hombre!, los de Nazaret estaban alerta y, cuando llegó Lázaro, al anochecer para salir por la mañana, durante la noche fueron sin demora a los centros habitados cercanos. Y lo mismo los de Caná, porque Lázaro había pasado para recoger a Susana y encontrarse con Juana. Y le han seguido o precedido. Por ver a Jesús y por ver a Lázaro. Y también los de Samaria han tenido noticia y se han agregado. ¡Y aquí están todos!...» explica Juan.

«Di, tú que temías que el Maestro no tuviera acompañamiento, ¿te parece suficiente?» dice Felipe a Judas Iscariote.

«Han venido por Lázaro...».

«Dado que ya le vieron se habrían podido marchar. Pero, sin embargo, han seguido hasta aquí. Señal de que hay también quien viene por el Maestro».

«Bueno. No digamos palabras inútiles. Más bien, vamos a tratar de abrir paso para que puedan entrar. ¡Ánimo, muchachos! ¡Para ponerse de nuevo en ejercicio! ¡Hace mucho que no damos codazos para abrir paso al Maestro!», y Pedro es el primero que se pone a abrir el surco entre la gente aclamadora o curiosa o devota o chismosa, según los casos. Y, conseguido, ayudado por los otros y por muchos discípulos que, diseminados entre la multitud, tratan de reunirse con los apóstoles, mantiene vacío un espacio para que las mujeres puedan refugiarse en casa, y lo mismo Jesús y Lázaro, y luego cierra la puerta. El último en retirarse es él, y tranca con cerrojos y barras y manda a otros a cerrar por la parte del huerto.

566.15 [15]«¡Por fin! ¡La paz sea contigo, María bendita! ¡Por fin te veo de nuevo! ¡Ahora todo es hermoso porque estás con nosotros!» saluda Pedro, haciendo una profunda reverencia ante María, una María de cara triste, pálida y cansada, un rostro ya de María Dolorosa.

«Sí, ahora todo es menos doloroso porque estoy aquí con Él».

«¡Te había asegurado que te estaba diciendo estrictamente la verdad!» dice Lázaro.

«Tienes razón... Pero para mí el Sol se obscureció y toda paz cesó, cuando supe que mi Hijo estaba aquí... Comprendí... ¡Oh!». Otras lágrimas ruedan por las pálidas mejillas.

«¡No llores, Mamá mía! ¡No llores! Estaba aquí en medio de esta buena gente, y con otra María que es una madre...».

Jesús la guía hacia un cuarto que da al huerto tranquilo. Todos los siguen.

Lázaro se excusa: «No he tenido más remedio que decirlo, porque Ella sabía el camino y no comprendía por qué tomaba ese otro. Creía que estaba conmigo en Betania... Y en Siquem también un hombre gritó: "También nosotros a Efraím a ver al Maestro". No me ha sido posible excusa alguna... Esperaba también poder distanciar a esa gente partiendo de noche por caminos insólitos. Pero ¡ya, ya! Estaban de guardia en todas partes, y mientras un grupo me seguía el otro iba por los alrededores a avisar».

[16]María de Jacob trae leche, miel, mantequilla y pan reciente, y 566.16
ofrece todo, empezando por María; mira de soslayo a Lázaro, de abajo arriba, mitad curiosa mitad asustada, y su mano se estremece cuando, al ofrecer la leche a Lázaro le roza la mano, y su boca no retiene un «¡oh!» cuando le ve comer su torta como a todos.

Lázaro es el primero en reírse. Dice, afable, señorial y seguro, como todos los hombres de alta cuna: «Sí, mujer. Como exactamente igual que tú, y me gusta tu pan y tu leche, y también tu lecho, porque como siento el hambre también siento el cansancio». Se vuelve a todos y dice: «Hay muchos que buscan alguna disculpa para tocarme, para sentir si soy carne y huesos, si tengo calor y respiro. Es una lata llevadera. Terminada mi misión, me clausuraré en Betania. A tu lado, Maestro, crearía demasiadas distracciones. He brillado, he testimoniado tu poder hasta en Siria. Ahora me oculto. Sólo Tú debes resplandecer en el cielo del milagro, en el cielo de Dios y en la presencia de los hombres».

María, mientras tanto, dice a la ancianita: «Has sido buena con mi Hijo. Él me ha dicho cuánto. Deja que te bese para expresarte mi agradecimiento. No tengo nada con que pagarte, aparte de mi amor. Yo también soy pobre... y yo también puedo decir que ya no tengo hijo, porque Él es de Dios y de su misión... Y así sea siempre porque santo y justo es todo lo que Dios quiere».

María se muestra dulce, pero ¡cuán quebrantada está ya!... Todos los apóstoles la miran con compasión, tanto que se olvidan de los que afuera se agitan, y también de preguntar por los parientes lejanos.

Pero Jesús dice: «Subo a la terraza para despedir y bendecir a la gente»; [17]entonces Pedro reacciona y dice: «¿Pero dónde está Marg- 566.17
ziam? He visto a todos los discípulos menos a él».

«No está Margziam» responde Salomé (la madre de Santiago y Juan).

«¿No está Margziam? ¿Por qué? ¿Está enfermo?».

«No. Está bien. Y también tu mujer. Pero no está Margziam. Porfiria no le ha dejado venir».

«¡Qué mujer más insensata! ¡Dentro de un mes es Pascua y Marg-

ziam tiene que venir, claro, para la Pascua! Hubiera podido ya ahora dejarle venir y dar una alegría al hijo y a mí. Pero es más corta que una oveja para entender las cosas y...».

«Juan y Simón de Jonás, y tú, Lázaro, con Simón Zelote, venid conmigo. Todos los demás quedaos aquí hasta que haya despedido a la gente separando de ella a los discípulos» ordena Jesús, y sale con los cuatro, cerrando tras sí la puerta.

Cruza el pasillo, la cocina, sale al huerto seguido por Pedro, que refunfuña, y por los otros. Pero antes de poner pie en la terraza se detiene en la pequeña escalera, se vuelve, pone una mano en el hombro de Pedro, que levanta su cara descontenta: «Escúchame bien, Simón Pedro y deja de acusar y censurar a Porfiria. Ella es inocente. Obedece a una orden mía. *Soy Yo el que mandé, antes de los Tabernáculos, que no dejara venir a Margziam a Judea...*».

«¡Pero la Pascua, Señor!».

«Soy el Señor. Tú lo dices. Y, como Señor, puedo ordenar cualquier cosa, porque toda orden mía es justa. Por tanto, no te turbes con los escrúpulos. ¿Recuerdas lo que está escrito en los Números? * "Si alguno de vuestra nación está contaminado por un muerto o realizando un viaje lejano, que celebre la Pascua del Señor el día catorce del segundo mes, al atardecer"».

«Pero Margziam no está impuro. Espero, al menos, que Porfiria no se vaya a morir precisamente ahora; y no está en viaje...» objeta Pedro.

«No importa. *Yo quiero que sea así.* Hay cosas que contaminan más que un cadáver. Margziam... no quiero que se contamine. Déjame actuar, Pedro. Yo sé las cosas. Sé capaz de obedecer como lo es tu mujer y el mismo Margziam. Celebraremos con él la segunda Pascua, el catorce del segundo mes. Y así nos sentiremos felices entonces. Te lo prometo».

Pedro hace un gesto como para decir: «Resignémonos», pero no objeta nada.

566.18 [18]El Zelote observa: «¡Hace mucho que no sigues haciendo tu cuenta de los que no estarán para Pascua en la ciudad!».

«Ya no tengo ganas de contar. Todo esto me da una cierta impresión... que me hiela... ¿Se puede decir a los otros?».

«No. Intencionadamente os he llamado aparte».

«Entonces... yo también tengo algo que decir aparte a Lázaro».

«Dilo. Si puedo, te responderé» dice Lazaro.

«Bueno, aunque no me respondas a mí, no importa. Me basta con

* *está escrito*, en *Números 9, 10-11*, respecto a la Pascua suplementaria.

que vayas donde Pilato —la idea es de tu amigo Simón— y que, así, entre una y otra palabra, le saques qué es lo que piensa hacer respecto a Jesús, en bien o en mal.... Ya sabes... con arte... ¡Porque corren todo tipo de voces!...».

«Lo haré. En cuanto llegue a Jerusalén. Pasaré por Betel y Ramá, en vez de por Jericó, para ir a Betania. Me quedaré en el palacio de Sión e iré donde Pilato. Estáte tranquilo, Pedro, que seré hábil y sincero».

«Y perderás tiempo para nada, amigo. Porque Pilato —tú lo sabes como hombre; Yo, como Dios— no es sino una caña que se pliega por la parte opuesta al huracán, tratando de evitarlo. No es nunca insincero, porque siempre está convencido que querer hacer —y hace— lo que dice en ese momento. Pero al momento siguiente, a causa de un silbo de borrasca que llega de otra parte, olvida —¡no es que falte a sus promesas y a su voluntad!—, *olvida, sólo eso, olvida todo lo que quería antes*. Lo olvida porque el silbo de una voluntad más fuerte que la suya le hace perder la memoria; soplando, le arrebata todos los pensamientos que otro silbo le había metido y le mete dentro los nuevos. Y luego, por encima de todas las borrascas que con mil voces, desde la de su mujer, que le amenaza con separarse si no hace lo que ella quiere —y una vez separado de ella, adiós toda su fuerza, toda su protección ante el "divo" César, como ellos dicen aunque estén convencidos de que este César es más abyecto que ellos... Pero ellos saben ver la Idea en el hombre, es más, la Idea anula al hombre que la representa, y la Idea no se puede decir que sea abyecta, porque todo ciudadano ama, es justo que ame a la Patria, que quiera su triunfo... y César es la Patria... así que... incluso un miserable es... un grande por lo que representa... Pero no quería hablar de César, sino de Pilato—; decía, pues, que por encima de todas las voces, desde la de su mujer a la de las muchedumbres, está la voz —¡y qué voz!— de su *yo*. De ese *yo* pequeño del hombre pequeño, de ese *yo* ávido del hombre ávido, de ese *yo* orgulloso del hombre orgulloso. Y esta pequeñez, esta avidez, este orgullo *quieren* reinar para hacerse grandes, para llenarse de dinero, para poder dominar a un montón de súbditos reverentes en actitud rendida. El odio, por debajo, incuba, pero no lo ve el pequeño César llamado Pilato, nuestro pequeño César... Él ve sólo las espaldas curvas que fingen rendimiento y temor ante él, o sienten realmente una y otra cosa. Y por esta voz procelosa del *yo* él está dispuesto a todo. Digo: *a todo*. Con tal de seguir siendo Poncio Pilato, el Procónsul, el servidor de César, el Dominador de una de las tantas regiones del Imperio. Y, por todo esto, aunque ahora sea mi defensor, mañana será mi juez, y, además, *ine-*

xorable. Siempre inestable es el pensamiento del hombre, y muy inestable cuando ese hombre se llama Poncio Pilato. Pero tú, Lázaro, da esta satisfacción a Pedro si quieres... Si eso le va a consolar...».

«Consolar no, pero... hacer que esté más tranquilo, sí...».

«Pues complace a nuestro buen Pedro y ve donde Pilato».

«Iré, Maestro. Pero has descrito al Procónsul como ningún historiador o filósofo habría podido hacer. ¡Es una descripción perfecta!».

«De la misma manera, podría describir a cada hombre con su
566.19 verdadera efigie: su carácter. [19]Pero vamos donde éstos que están alborotados».

Sube los último escalones y se presenta. Alza los brazos y dice fuerte: «Hombres de Galilea y de Samaria, discípulos y seguidores. Vuestro amor, vuestro deseo de honrarme y de honrar a mi Madre y a mi amigo escoltando el carro de ellos me dice cuál es vuestro pensamiento. Por él no puedo sino bendeciros. Pero ahora volved a vuestras casas, a vuestros asuntos. Vosotros, los de Galilea, id y decid a los que se han quedado allí que Jesús de Nazaret los bendice. Hombres de Galilea, nos veremos para la Pascua en Jerusalén, donde entraré el día siguiente del sábado que precede a la Pascua. Hombres de Samaria, idos también vosotros, y sabed no limitar vuestro amor por mí a seguirme y buscarme por los caminos de la Tierra, sino también por los del espíritu. Id y que la Luz brille en vosotros. Discípulos del Maestro, separaos de los fieles y quedaos en Efraím para recibir mis instrucciones. Idos. Obedeced».

«¡Tiene razón! Le estamos incomodando. ¡Quiere estar con su Madre!» gritan los discípulos y los nazarenos.

«Nos marchamos. Pero antes queremos su promesa de que va a venir a Siquem antes de la Pascua. ¡A Siquem! ¡A Siquem!».

«Iré. Marchaos. Iré antes de subir para la Pascua a Jerusalén».

«¡No vayas! ¡No vayas! ¡Quédate con nosotros! ¡Con nosotros! ¡Te defenderemos! ¡Te haremos Rey y Pontífice! ¡Ellos te odian! ¡Nosotros te queremos! ¡Abajo los judíos! ¡Viva Jesús!».

«¡Silencio! ¡No creéis alboroto! A mi Madre le hacen sufrir estos gritos que me pueden perjudicar más que una voz de maldición. No es todavía mi hora. Marchaos. Pasaré por Siquem. Pero suprimid de vuestro corazón el pensamiento de que pueda, por una baja cobardía humana, no cumplir mi deber de israelita adorando al verdadero Dios en el único Templo en que puede ser adorado, y, por una sacrílega rebelión contra la voluntad del Padre mío, no cumplir mi deber de Mesías, asumiendo una corona en otro lugar que no sea Jerusalén, donde seré ungido Rey universal según la palabra y la verdad vista por los grandes profetas».

«¡Abajo! ¡No hay otro profeta después de Moisés! Eres un iluso».

«Y vosotros también. ¿Sois acaso libres? No. ¿Cómo se llama Siquem? ¿Cuál es su nuevo nombre? Y como para ella, para muchas otras ciudades de Samaria, Judea, Galilea. Porque la catapulta romana nos nivela a todos. ¿Se llama, acaso, Siquem? No. Neapoli se llama. Lo mismo que Bet-San se llama Escitópolis, y muchas otras ciudades que, o por voluntad de los romanos o de los vasallos aduladores, han tomado el nombre que el dominio o la adulación les han impuesto. Y vosotros, individualmente, ¿pretendéis ser más que una ciudad, más que nuestros dominadores, más que Dios? No. Nada puede cambiar aquello que está destinado para salvación de todos. Yo sigo el camino derecho. Seguidme, si queréis entrar conmigo en el Reino eterno».

[20]Hace ademán de retirarse. Pero los samaritanos se alborotan tanto, que los galileos reaccionan. Y contemporánea y presurosamente salen de la casa, al huerto y luego escaleras arriba hasta la terraza, los que estaban en la casa. Aparece en primer lugar, de detrás de Jesús, el rostro pálido y triste, angustiado de María. Y la Madre le abraza, y le estrecha entre sus brazos, como queriendo defenderle de las injurias que suben de abajo: «¡Nos has traicionado! ¡Te has refugiado entre nosotros haciéndonos creer que nos apreciabas y luego nos desprecias! ¡Seremos más despreciados todavía, por tu culpa!» y otras cosas similares. 566.20

Se acercan a Jesús también las discípulas, los apóstoles y, la última, asustada, María de Jacob. Los gritos que llegan de abajo explican los orígenes del alboroto, orígenes lejanos pero seguros: «¿Por qué nos has mandado, entonces, a tus discípulos para decirnos que te estaban persiguiendo?».

«No he enviado a nadie. Ahí están los de Siquem. Que den la cara: ¿qué les dije a ellos un día en la montaña?».

«Es verdad. Nos dijo que, hasta que se instaure el tiempo nuevo para todos, sólo puede haber adoradores en el Templo. Maestro, créenos, nosotros no somos culpables, sino éstos, engañados por los falsos enviados tuyos».

«Lo sé. Pero ahora marchaos. A Siquem iré de todas formas. No tengo miedo de ninguno. Ahora marchaos para no perjudicar ni a los de vuestra sangre ni a vosotros mismos. ¿Veis allí que, bajando por el camino, brillan al sol las corazas de los legionarios? Está claro que os han seguido a distancia, al ver tanta gente, y se han quedado en el bosque esperando. Vuestros gritos ahora los atraen hacia aquí. Marchaos, por vuestro bien».

Efectivamente, lejos, en el camino principal que se ve subir hacia

los montes, el camino en que Jesús encontró al hambriento, se ve un brillo de luces que se mueven y avanzan. La gente se dispersa lentamente. Se quedan los de Efraím, los galileos, los discípulos.

«Marchaos también vosotros a vuestras casas, efraimitas. Y vosotros, los galileos, poneos en camino. ¡Obedeced a quien os ama!».

566.21 También éstos se marchan. [21]Se quedan sólo los discípulos. Y Jesús indica que los dejen pasar a la casa y al huerto. Pedro y los otros bajan a abrir.

Judas de Keriot no baja. ¡Se ríe! Se ríe mientras dice: «¡Ahora verás cómo te van a odiar los "buenos samaritanos"! Para construir el Reino desparramas las piedras. Y las piedras de una construcción desparramadas se transforman en armas agresivas. ¡Los has despreciado! No olvidarán».

«Pues que me odien. No por miedo a su odio dejaré de cumplir mi deber. Ven, Madre. Vamos a decir a los discípulos antes de despedirlos lo que deben hacer», y, entre María y Lázaro, baja por la escalera y entra en la casa, donde están apiñados los discípulos que han concurrido en Efraím, y a éstos les imparte la orden de que se dispersen por todas partes para avisar a todos los compañeros de que estén en Jericó para la neomenia de Nisán y de que le esperen hasta su llegada; y a los habitantes de los lugares por donde pasen, de que Él deja Efraím y de que le busquen en Jerusalén para la Pascua.

Luego los distribuye en grupos de a tres y confía el nuevo discípulo Samuel a Isaac, Hermas y Esteban. Éste último le saluda así: «La alegría de verte en la luz atenúa mi angustia de ver que todas las cosas se transforman en piedras contra el Maestro». Hermas, sin embargo, le saluda así: «Has dejado a un hombre por un Dios. Y Dios ahora está verdaderamente contigo». Isaac, humilde y reservado, dice sólo: «La paz sea contigo, hermano».

Ofrecidos pan y leche —los efraimitas han tenido el buen pensamiento de ofrecerlo—, también los discípulos parten. Por fin, hay paz...

566.22 [22]Pero, mientras se prepara el cordero, Jesús tiene todavía cosas que hacer: se acerca a Lázaro y le dice: «Ven conmigo. Vamos por la orilla del torrente». Lázaro obedece con su habitual prontitud.

Se alejan unos doscientos metros de la casa. Lázaro calla en espera de que Jesús hable. Y Jesús dice: «Quería decirte esto: mi Madre está muy postrada. Ya lo ves tú mismo. Manda aquí a tus hermanas. Yo realmente voy a ir hasta Siquem con todos los apóstoles y las discípulas. Pero luego les voy a indicar que se adelanten hasta Betania mientras Yo me detengo un tiempo en Jericó. En Samaria... puedo tener la osadía de llevar conmigo algunas mujeres, pero no en otra parte...».

«¡Maestro! ¿Verdaderamente temes que...? Si es así, ¿por qué me has resucitado?».

«Para tener un amigo».

«¡¡Pues eso!! ¡Entonces aquí me tienes! Cualquier pena, para mí no es nada, si te puedo confortar con mi amistad».

«Lo sé. Por eso echo mano de ti como del más perfecto de los amigos, y seguiré haciéndolo».

«¿Tengo que ir verdaderamente donde Pilato?».

«Si lo consideras oportuno. Pero por Pedro, no por mí».

«Maestro, te tendré informado... ¿Cuándo vas a dejar este lugar?».

«Dentro de ocho días. Apenas queda tiempo para ir a donde quiero y estar luego en tu casa antes de la Pascua. Cobrar nuevas fuerzas en Betania, el oasis de paz, antes de sumirme en el tumulto de Jerusalén».

«¿Ya sabes, Maestro, que el Sanedrín está bien decidido a crear las acusaciones, puesto que no las hay, para obligarte a marcharte para siempre? Esto lo he sabido por el Anciano Juan, al que encontré por casualidad en Tolemaida, contento por el nuevo hijo que le va a nacer de un momento a otro. Me dijo: "Me apena el que haya decidido esto el Sanedrín porque hubiera querido que el Maestro estuviera presente en la circuncisión de mi hijo, que espero que sea varón. Nacerá para primeros de Tammuz. Pero, para entonces, ¿estará todavía con nosotros el Maestro? Yo quisiera... para que bendijera al pequeño Emmanuel —y el nombre ya te puede decir cómo pienso— en el momento de su primer acto en el mundo. Porque mi hijo, ¡dichoso él!, no tendrá que luchar para creer, como hemos tenido que hacer nosotros. Crecerá en el tiempo mesiánico y le será fácil aceptar la idea". Juan ha alcanzado a creer que eres el Prometido».

«Y este uno sobre muchos me compensa de lo que los otros no hacen. Lázaro, vamos a despedirnos aquí, en paz. Y gracias por todo, amigo mío. Eres verdaderamente un amigo. Con diez como tú, hubiera sido incluso hasta dulce la vida entre tanto odio...».

«Ahora tienes a tu Madre, mi Señor. Ella vale por diez y por cien Lázaros. Pero recuerda siempre que cualquier cosa que puedas necesitar —basta con que pueda— te la procuraré. Ordéname y yo seré tu siervo en todo. No seré sabio ni santo, como otros que te aman, pero otro más fiel que yo, si excluyes a Juan, no podrás encontrarlo. No creo ser soberbio diciendo esto. [23]Y ahora que hemos hablado de ti, te 566.23
voy a hablar de Síntica. La vi. Y la vi activa y sabia como sólo una griega que se ha hecho seguidora tuya puede serlo. Sufre por estar lejos. Pero dice que goza preparando tus caminos. Espera verte antes de morir».

«Ciertamente me verá. No defraudo las esperanzas de los justos».

«Tiene una pequeña escuela, a la que van muchas jovenes procedentes de los más variados lugares. Y, al atardecer, está con alguna pobre niña de raza mixta y, por tanto, de ninguna religión; y las instruye sobre ti. Le dije: "¿Por qué no te haces prosélito? Te ayudaría mucho". Me respondió: "Porque no quiero dedicarme a los de Israel, sino a los altares vacíos que esperan a un Dios. Los preparo para que reciban a mi Señor. Luego, establecido ya su Reino, iré a mi Patria y, bajo el cielo de la Hélade, consumiré mi vida preparando los corazones de los maestros. Esto es lo que sueño. Pero si muero antes, por enfermedad o persecución, me iré igualmente feliz, porque será signo de que he cumplido mi trabajo y que Él llama a su presencia a su sierva que le amó desde el primer encuentro"».

«Es verdad. Síntica me ha amado realmente desde el primer encuentro».

«Quería mantenerle oculto lo apurado que te encuentras. Pero Antioquía resuena como una valva y en ella se oyen todas las voces del vasto imperio de Roma y, por tanto, también todo lo que aquí sucede. Síntica no ignora tus penas. Y aún más le duele el estar lejos. Quería darme dinero, que no acepté. Le dije que lo usara para sus niñas. Pero sí tomé un gorro tejido por ella con lino cendalí de dos cuerpos. Lo tiene tu Madre. Síntica ha querido escribir con el hilo tu historia y la suya y la de Juan de Endor. ¿Y sabes cómo? Tejiendo todo alrededor del cuadrado una guarnición en que está representado un cordero que está defendiendo de una manada de hienas a dos palomas, de las cuales una tiene las alas rotas y la otra tiene rota la cadena que la tenía atada. Y la historia se desarrolla, alternándose, hasta que la paloma de las alas rotas emprende el vuelo, y la otra se hace cautiva, a los pies del cordero, voluntariamente. Parece una de esas historias que con el mármol hacen los escultores griegos en las cenefas de los templos o en las estelas de sus muertos, o que también los pintores pintan en las vasijas. Quería mandártelo con dependientes míos. Lo he cogido yo».

«Lo llevaré porque viene de una buena discípula. Vamos hacia la casa. ¿Cuándo tienes pensado salir?».

«Mañana al alba. Para dejar descansar a los caballos. Luego no voy a hacer ningún alto en el camino hasta llegar a Jerusalén, e iré a ver a Pilato. Si puedo hablar con él, te mandaré sus respuestas con María».

Lentamente, entran de nuevo en casa hablando de cosas menores.

567. Parábola de la tela desgarrada. Milagro a la mujer parturienta. Judas Iscariote, sorprendido robando, es censurado por Jesús.

15 de febrero de 1947.

[1]Jesús está con las discípulas y los dos apóstoles en una de las 567.1
primeras ondulaciones del monte situado a espaldas de Efraím. Juana no tiene consigo ni a los niños ni a Ester. Supongo que ya han sido enviados a Jerusalén acompañados de Jonatán. Están, pues, además de la Madre de Jesús, solamente María de Cleofás, María Salomé, Juana, Elisa, Nique y Susana. No están todavía las dos hermanas de Lázaro.

Elisa y Nique doblan unas túnicas que han sido lavadas en un arroyo que brilla abajo —o, quizás, las han traído del torrente— y luego han sido tendidas en este rellano soleado. Nique observa una, se la lleva a María de Cleofás y dice: «También a ésta tu hijo le ha descosido el jaretón». María de Alfeo toma la túnica y la pone con las otras que tiene al lado en la hierba.

Todas las discípulas están cosiendo, reparando los desperfectos producidos durante los varios meses en que los apóstoles han estado solos.

Elisa, que se acerca trayendo otras túnicas secas, dice: «¡Se ve que desde hace tres meses no habéis tenido una mujer ducha con vosotros! No hay una túnica en condiciones, excepto la del Maestro, que, además, tiene sólo dos, la que lleva y la lavada hoy».

«Las ha dado todas. Parecía ansioso de quedarse sin nada. Va vestido de lino desde hace muchos días» dice Judas.

«Menos mal que tu Madre se ha ocupado de traerte otras nuevas. Esa teñida de púrpura es verdaderamente bonita. Lo necesitabas, Jesús, a pesar de que estés así muy bien, vestido de lino. ¡Pareces verdaderamente una azucena!» dice María de Alfeo.

«¡Una azucena muy alta, María!» dice Judas en tono satírico.

«Pero con una pureza que ciertamente tú no tienes, como tampoco tienes la de Juan. Tú también estás vestido de lino. ¡Pero créeme que no tienes aspecto de azucena!» rebate con franqueza María de Alfeo.

«Yo soy moreno de pelo y tez. Por eso soy distinto».

«No, no depende de eso. Es que tú el candor lo llevas puesto, y Él lo tiene dentro y transpira por su mirada, por su sonrisa, por sus palabras. ¡Ésa es la cosa! ¡Ah, qué bien se está aquí con mi Jesús!». Y la buena María pone en la rodilla de Jesús una de sus manos deterioradas de mujer anciana y que ha trabajado. Y Jesús acaricia esta

mano honesta.

567.2 [2]María Salomé, que está examinando una túnica, exclama: «¡Esto es peor que un desgarrón! ¡Hijo mío! ¿Pero quién te ha cerrado este agujero de esta manera?», y muestra escandalizada a sus compañeras una especie de... ombligo muy crespo que forma un anillo en relieve en la tela unido con unos puntajos que ciertamente a una mujer le causan horror. La extraña reparación es epicentro de unos fruncidos que, formando radios, se extienden por la espalda de la túnica.

Todos se ríen. El primero, Juan, que es el autor del recosido, y que explica: «¡No podía estar con ese desgarrón, así que... lo cerré!».

«¡Ya lo veo! ¡Pobre de mí! ¡Ya lo veo! ¿Pero no podías pedir a María de Jacob que te lo arreglara?».

«¡Pobre mujer, si está casi ciega! Y, además... lo malo era que no estaba desgarrado, sino que era un verdadero agujero. La túnica se quedó pillada en el haz de leña que llevaba en el hombro, y, al descargarlo, el haz se llevó el trozo de túnica. ¡Y lo reparé así!».

«Lo estropeaste así, hijo mío. Necesitaría...». Examina la túnica, pero menea la cabeza, y dice: «Pensaba quitar el jaretón, pero ya no tiene...».

«Se lo quité yo en Nob porque estaba roto en el pliegue. Pero lo que quité se lo di a tu hijo...» explica Elisa.

«Sí, pero lo usé para hacer los cordones para mi bolsa...».

«¡Pobres hijos! ¡Qué necesario es que nos tengáis cerca a nosotras!» dice María Stma., a la par que cose una túnica no sé de quién.

«Pues sería necesario un trozo de tela. Mirad. Los puntos han terminado de romper toda la tela de alrededor, de modo que de un daño ya de por sí grande se ha creado uno irreparable; a menos que se pueda encontrar algo que substituya al trozo que falta. En ese caso, aunque se vea... quedará pasable».

«Me has sugerido una parábola...» dice Jesús, y contemporáneamente dice Judas: «Creo que en el fondo de la bolsa tengo un trozo de tela de ese color, que sobró de una túnica que estaba demasiado descolorida para poderla llevar y se la di a un hombre pequeño, mucho más bajo que yo; tanto, que tuvimos que cortar casi dos palmos. Si esperas, voy a buscártelo. Pero antes quisiera oír la parábola».

«Que Dios te bendiga. Pues escucha la parábola si quieres. Yo, mientras, pongo los cordones a esta de Santiago, que están completamente gastados».

«Habla, Maestro, y luego doy esta satisfacción a María Salomé».

567.3 «Hablo. [3]Comparo con un trozo de tela el alma. Cuando es infundida es nueva, no tiene laceraciones; sólo la mancha original, y no

presenta en su textura ninguna herida, ninguna otra mancha ni deterioro. Luego, con el tiempo y por acoger en sí una serie de vicios, se desmedra, llegando a veces a desgarrarse; por las imprudencias se mancha; por los desórdenes se lacera. Una vez lacerada, no se debe hacer un torpe remiendo, que sería origen de otros, más numerosos desgarrones, sino que hay que hacer un paciente y lento remiendo, perfecto, para anular lo más posible el daño creado. Y, si la tela está demasiado lacerada, es más: si está tan lacerada que ha perdido un trozo, no debe uno, con soberbia, pretender anular el daño por sí sólo, sino que debe ir a Aquel que se sabe que puede restituir nueva integridad al alma, porque nada le está vedado y todo lo puede. Estoy hablando de Dios, mi Padre, y de mí, que soy el Salvador. Pero el orgullo del hombre es tal, que cuanto mayor es el desperfecto de su alma más trata de arreglarlo de cualquier manera con remedios incompletos que lo que hacen es causar un daño cada vez mayor.

Me podréis objetar que un desgarrón siempre se verá. Esto lo ha dicho también Salomé. Sí, se verán siempre las heridas que un alma ha sufrido. Pero el alma acomete su batalla y, consecuentemente, recibe heridas. Muchos son, en efecto, los enemigos que tiene alrededor. Pero nadie, viendo a un hombre cubierto de cicatrices, señales de gloriosas heridas recibidas en la batalla por conseguir la victoria, puede decir: "Este hombre es inmundo". Dirán, más bien: "Éste es un héroe. Ahí están las señales purpúreas de su valor". Y nunca se verá que un soldado evite las curas avergonzándose de una gloriosa herida; antes al contrario, irá al médico y le dirá con santo orgullo: "Mira, he luchado y he vencido. No he mirado por mí. Ya lo ves. Ahora cierra mis heridas para estar preparado para otras batallas y victorias". Sin embargo, el que está llagado por enfermedades inmundas, causadas en él por vicios indignos, se avergüenza de sus llagas ante sus familiares y amigos, e incluso ante los médicos, y, a veces, es tan completamente necio, que las mantiene ocultas hasta que el hedor no las pone de manifiesto. Pero entonces es demasiado tarde para poner remedio.

Los humildes son siempre sinceros, y también son personas valientes, que no tienen motivo para avergonzarse de las heridas recibidas en la lucha. Los soberbios son siempre embusteros y cobardes; por su orgullo, por no querer ir a Aquel que puede curarlos y decirle: "Padre, he pecado. Pero, si Tú quieres, me puedes curar", llegan a la muerte. Muchas son las almas que por el orgullo de no tener que confesar una culpa inicial llegan a la muerte. Y entonces también para éstas es demasiado tarde. No reflexionan en que la misericordia divina es más fuerte y vasta que cualquier gangrena, por fuerte

y vasta que ésta sea, y que todo lo puede curar. Pero ellas, las almas de los orgullosos, cuando se dan cuenta de que han despreciado todo género de salvación, caen en la desesperación, porque están sin Dios, y, diciendo: "Es demasiado tarde", se proporcionan la última muerte, la de la condenación.

567.4 [4]Puedes ir por tu tela, Judas...».

«Voy por ella, pero esta parábola no me ha gustado. No la he entendido».

«¡Con lo clara que es! ¡La he entendido yo, que soy una pobre mujer!...» dice María Salomé.

«Pues yo no. Antes decías parábolas más bonitas. Ahora... las abejas... la tela... las ciudades que cambian de nombre... las almas barcas... Cosas tan pobres y tan confusas, que ya ni me gustan ni las entiendo... Pero voy por el trozo de tela porque, desde el punto de vista práctico, opino que es necesario, aunque también digo que seguirá siendo una túnica echada a perder», y Judas se levanta y se marcha.

María, a medida que iba hablando Judas, ha ido inclinando cada vez más su cabeza hacia su trabajo. Juana, por el contrario, la ha levantado y ha clavado en el imprudente sus ojos imperiosos y cargados de indignación. También Elisa ha alzado la cabeza, pero luego ha hecho lo mismo que María; y Nique también. Susana, estupefacta, ha abierto desmesuradamente sus grandes ojos y luego ha mirado, en vez de al apóstol, a Jesús, como preguntándose por qué no reacciona. Ninguna ha hablado ni ha hecho gestos. Pero María Salomé y María de Alfeo, más llanas en sus modales, se han mirado, han meneado la cabeza y, en cuanto ha salido Judas, Salomé ha dicho: «¡Es él el que tiene echada a perder la cabeza!».

«Sí. Por eso no comprende nada. Y no sé si ni siquiera Tú vas a poder arreglársela. Si fuera así mi hijo, acabaría de rompérsela del todo. Sí, de la misma forma que se la habría formado para que fuera cabeza de justo, se la rompería. ¡Mejor tener desfigurada la cara que no el corazón!» dice María de Alfeo.

«Sé indulgente, María. No puedes comparar a tus hijos, que se han desarrollado en una familia honesta, en una ciudad como Nazaret, con este hombre» dice Jesús.

«Su madre es buena. Su padre he oído decir que no era un hombre malo» replica María de Alfeo.

«Sí. Pero el orgullo no le faltaba en el corazón. Por eso alejó de la madre demasiado pronto al hijo, y contribuyó a desarrollar la herencia moral que él mismo había dado a su hijo mandándole a Jerusalén. Es doloroso decirlo, pero el Templo no es un lugar donde el orgu-

llo hereditario pueda disminuir...» dice Jesús.

«Ningún lugar de honor de Jerusalén es adecuado para hacer disminuir el orgullo o cualquier otro defecto» suspira Juana. Y añade: «Ni tampoco cualquier lugar de honor, bien sea en Jericó, bien sea en Cesarea de Filipo, o en Tiberíades o en la otra Cesarea...» y cose deprisa, inclinando más de lo necesario su cabeza hacia su trabajo.

«María de Lázaro es imperiosa, pero no tiene orgullo» observa Nique.

«Ahora. Pero antes era muy soberbia. Lo contrario de sus padres, que nunca lo fueron» responde Juana.

«¿Cuándo van a venir?» pregunta Salomé.

«Pronto, si dentro de tres días tenemos que partir».

«Vamos a trabajar deprisa, entonces. Casi no tenemos tiempo para terminar todo» exhorta María de Alfeo.

[5]«Hemos tardado en venir por causa de Lázaro. Pero ha sido una 567.5
cosa buena, porque así a María se le ha evitado mucha fatiga» dice Susana.

«¿Pero te sientes con fuerzas de recorrer tanto camino? ¡Es que estás tan pálida y cansada, María!» pregunta María de Alfeo poniendo la mano en el regazo de María y mirándola con preocupación.

«No estoy enferma, María. Puedo andar, por supuesto».

«Enferma, no; pero apenada, mucho, Madre. Yo daría todos los años que fueran, de mi vida, y abrazaría todos los dolores, con tal de verte de nuevo como te vi la primera vez» dice Juan, que la mira con compasión.

«Tu amor ya es medicina, Juan. Siento que se calma mi corazón al ver cómo amáis a mi Hijo. Porque no es otra la causa de mi sufrimiento; no es otra, sino el ver que no le aman. Aquí, a su lado y en medio de vosotros, que sois tan fieles, renazco. Pero, claro... estos meses... sola en Nazaret... habiéndole visto partir ya tan agobiado y perseguido... y oyendo todas esas voces... ¡Oh, cuánto, cuánto dolor! Estando a su lado, veo, y digo: "Al menos mi Jesús tiene a su Madre que le consuele, que le diga palabras que cubran otras palabras", y veo también que no todo el amor ha muerto en Israel. Y siento paz, un poco de paz. No mucha... porque...». María ya no dice nada más. Agacha la cabeza —la había levantado para hablar con Juan— y ahora sólo se le ve la parte de arriba de la frente, que se enrojece por una emoción silenciosa. Luego dos lágrimas brillan en la túnica obscura que está cosiendo.

Jesús suspira. Se levanta de su sitio y va a sentarse a sus pies, delante. Ahí pone la cabeza sobre las rodillas de María, le besa la

mano que tiene la tela y se queda luego así, como un niño que estuviera reposando. María quita la aguja de la tela para no herir a su Hijo y luego pone la mano derecha en la cabeza reclinada sobre sus rodillas. Alza la cara y mira al cielo, ciertamente orando, aunque no mueva los labios; todo su aspecto dice que está orando. Luego se inclina para besar a su Hijo en el pelo, junto a la sien que queda descubierta.

567.6 [6]Las otras mujeres no hablan, hasta que Salomé dice: «¿Pero cuánto tiempo tarda Judas? ¡Así va a ponerse el Sol y no voy a ver bien!».

«Quizás alguien le ha entretenido» responde Juan, y pregunta a su madre: «¿Quieres que vaya a meterle un poco de prisa?».

«Harías bien en hacerlo. Porque, si no ha encontrado el trozo de tela igual, te acorto las mangas... total, está acercándose el verano y para el otoño ya te prepararé otra túnica porque esta ya no está bien, y con el trozo que sobre te arreglaré esto. Para ir a pescar valdrá todavía. Porque está claro que después de Pentecostés volvéis a Galilea...».

«Voy entonces» dice Juan, y, amable como siempre, pregunta a las otras mujeres: «¿Tenéis túnicas ya arregladas que pueda llevar a nuestras casas? Si las tenéis, dádmelas. Así volveréis menos cargadas».

Las mujeres recogen todo lo que han arreglado ya y se lo dan a
567.7 Juan, que se vuelve para marcharse, [7]pero... se para inmediatamente al ver que viene deprisa hacia ellos María de Jacob.

La buena viejecita corre, renqueando, todo lo deprisa que sus muchos años consienten, y grita a Juan: «¿Está allí el Maestro?».

«Sí, madre. ¿Qué quieres?».

La mujer, mientras sigue corriendo, responde: «Ada está mal, mal... y su marido quisiera llamar a Jesús para consolarla... Pero después de que esos samaritanos se han portado... tan mal, no se atreve... Yo he dicho: "No le conoces todavía. Yo voy y no... me dirá que no"». La viejecita jadea por la carrera y la subida.

«Párate de correr. Voy contigo. Es más, me adelanto. Tú síguenos a paso tranquilo. Eres anciana, madre, para estas carreras» le dice Jesús. Y luego, a su Madre y a las discípulas: «Me quedo en el pueblo. La paz a vosotras».

Toma a Juan de un brazo y baja con él rápidamente. La viejecita, cobrado nuevo aliento, le seguiría, después de haber respondido a las preguntas de las mujeres: «¡Mmm! Sólo el Rabí la puede salvar. Si no, morirá como Raquel. Se está enfriando y está perdiendo las fuerzas y ya se retuerce de los espasmos del dolor».

Pero las mujeres la retienen diciéndole: «¿Pero no habéis probado

con ladrillos calientes debajo de los riñones?», «¡No! Mejor envolverla en paños de lana empapados de vino con aromas, lo más caliente que se pueda», «A mí, para Santiago, me sentaron bien las fricciones de aceite y luego los ladrillos calientes», «Hacedla beber mucho», «Si pudiera estar en pie y dar unos pasos y, mientras tanto, una le friccionara mucho la parte de los riñones».

Las mujeres-madres, o sea, todas menos Nique y Susana, y María, que no sufrió los dolores de todas las mujeres cuando dio a luz a su Hijo, aconsejan quién una cosa, quién otra.

«Todo. Han probado todo. Pero tiene demasiado fatigados los riñones. ¡Es el hijo número once! Bueno, ahora me marcho, que ya he recobrado el aliento. ¡Rezad por esa madre! Que el Altísimo la mantenga viva hasta que llegue donde ella el Rabí». Y la pobre anciana sola y buena reanuda su trotecillo.

[8]Jesús, entretanto, baja ligero hacia la ciudad, llena de calor de sol. Entra en ella por la parte opuesta a donde está situada su casa, o sea, entra por el noroeste de Efraím, mientras que la casa de María de Jacob está en el sureste. Anda ligero, sin detenerse a hablar con los que quisieran pararle: los saluda y sigue. 567.8

Un hombre observa: «Está inquieto con nosotros. Los de los otros lugares hicieron mal. Tiene razón».

«No. Va a casa de Yanoé. Se le está muriendo su mujer en el undécimo parto».

«¡Pobres hijos! ¿Y el Rabí va allí? Tres veces bueno. Ofendido, se muestra benéfico».

«¡Yanoé no le ha ofendido! ¡Ninguno de nosotros le ofendió!».

«Pero en todo caso eran hombres de Samaria».

«El Rabí es justo y sabe distinguir. Vamos a ver el milagro».

«No podremos entrar. Es una mujer, y en el momento del parto».

«Pero oiremos llorar a la nueva criatura y será voz de milagro».

Corren para dar alcance a Jesús. Otros también se agregan para ver.

[9]Jesús llega a la casa, desolada por la inminente desventura. Los diez hijos —la mayor es una jovencita que llora rodeada por sus hermanitos más pequeños, que también lloran— están en un ángulo del pasillo, junto a la puerta abierta de par en par. Amigas del vecindario que van y vienen, susurros de voces, pisaduras de pies descalzos que corren sobre el enlosado. 567.9

Una mujer ve a Jesús y grita: «¡Yanoé! ¡Espera! ¡Ha venido!», y corre con una ánfora humeante.

Viene inmediatamente un hombre. Se postra. Se limita a señalar a sus hijos y a decir estas palabras: «Creo. Piedad. Por ellos».

«Levántate y ten ánimo. El Altísimo ayuda a quien tiene fe y compasión de sus hijos afligidos».

«¡Ven, Maestro! ¡Ven! Ya está negra, ahogada por las convulsiones. Casi no respira. ¡Ven!». El hombre, que ha perdido la cabeza y acaba de perderla del todo al oír el grito de una de las vecinas: «¡Yanoé, corre! ¡Ada se muere!», empuja a Jesús, tira de Él, para que vaya en seguida, en seguida, a la habitación de la moribunda, sordo a las palabras de Jesús, que dice: «¡Ve y ten fe!».

Fe tiene el pobre hombre. Lo que le falta es la capacidad de comprender el sentido de esas palabras, el sentido celado, que es ya seguridad del milagro. Y Jesús, empujado y remolcado, sube la escalera para entrar en la habitación de arriba, donde está la mujer. Pero Jesús se detiene en el descansillo de la escalera, a unos tres metros de la puerta, abierta, que permite ver una cara exangüe, o, más bien, cárdena, ya estirada por la máscara de la agonía. Las vecinas ya no intentan nada. Han tapado a la mujer hasta el mentón y miran. Están petrificadas a la espera de la defunción.

Jesús extiende los brazos y grita: «¡Quiero!», y se vuelve para marcharse.

El marido, las vecinas, los curiosos que se han congregado, se quedan desilusionados porque quizás esperaban que Jesús hiciera cosas más espectaculares, que el niño naciera instantáneamente. Pero Jesús, abriéndose paso y mirándolos fijamente mientras pasa por delante de ellos, dice: «No dudéis. Un poco de fe todavía. Un momento. La mujer debe pagar el amargo tributo del parto. Pero está salvada». Y, dejándolos desconcertados, baja la escalera.

Pero, cuando está para salir a la calle, diciendo al pasar a los diez hijos amedrentados: «¡No temáis! Vuestra mamá está fuera de peligro» (y al decirlo hace una caricia en las caritas asustadas), un fuerte grito retumba en la casa y se esparce hasta la calle, de donde llega en ese momento María de Jacob, la cual, creyendo que ese grito es presagio de muerte, grita a su vez: «¡Misericordia!».

«¡No temas, María! ¡Ve deprisa! Verás nacer al pequeño. Le han vuelto las fuerzas y los dolores. Pero dentro de poco habrá alegría».

567.10 [10]Se marcha con Juan. Ninguno le sigue porque todos quieren ver si se cumple el milagro. Es más, otros se dirigen presurosos hacia la casa, porque se ha esparcido la noticia de que el Rabí ha ido a salvar a Ada. Y así Jesús, metiéndose por una callecita secundaria, puede ir sin obstáculos hacia una casa, en la cual entra llamando: «¡Judas! ¡Judas!». Nadie responde.

«Ya ha subido, Maestro. Podemos ir también nosotros a casa. Pongo aquí las túnicas de Judas, Simón y tu hermano Santiago; lue-

go dejaré las de Simón Pedro, Andrés, Toma y Felipe, en casa de Ana».

Así hacen efectivamente, y comprendo que, para dejar sitio libre a las discípulas, los apóstoles se han distribuido por otras casas; si no todos, al menos una parte de ellos.

Liberados ya de esos indumentos, van hablando hacia la casa de María de Jacob, y entran por la puertecita del huerto, que está simplemente entornada. La casa está silenciosa y vacía. Juan ve puesta en el suelo una ánfora colma de agua, y quizás piensa que la ha puesto ahí la viejecita antes de que la llamaran para asistir a la mujer; la agarra y se dirige hacia una habitación cerrada. Jesús se retrasa en el pasillo para quitarse el manto y doblarlo con el consabido cuidado antes de ponerlo en el arquibanco del pasillo.

[11]Juan abre la puerta. Emite un «¡ah!» casi de terror. Deja caer el 567.11
ánfora y se tapa los ojos con las manos, plegándose como para hacerse pequeño, para anularse, para no ver. De la habitación proviene un ruido de monedas que se esparcen por el suelo tintineando.

Jesús está ya en la puerta. He tenido más tiempo yo para describir que Él para llegar. Aparta con ímpetu a Juan, que gime: «¡Fuera! ¡Márchate!». Abre de par en par la puerta, que estaba entornada. Entra.

Es la habitación donde comen, ahora que están las mujeres. En ella hay dos viejas arcas herradas. Delante de una de ellas, concretamente la que está enfrente de la puerta, está Judas, lívido, con los ojos llenos de ira y de temor al mismo tiempo, con una bolsa en las manos... El arca está abierta... En el suelo hay monedas. Otras se están cayendo todavía, saliendo de la bolsa que está en el borde del arca, abierta su boca y medio echada. Todo testifica, de manera indubitada, lo que estaba sucediendo. Judas ha entrado en casa, ha abierto el arca y ha robado, estaba robando.

Ninguno dice nada. Ninguno se mueve. Pero es peor que si todos gritaran o arremetieran el uno contra el otro. Tres estatuas: Judas, el demonio; Jesús, el Juez; Juan, el hombre aterrorizado por la revelación de la bajeza de su compañero.

La mano de Judas, que sujeta la bolsa, tiembla, de forma que las monedas que contiene tintinean amortiguadamente.

Juan tiembla. Tiembla todo él. Y, aunque se haya quedado apretando la boca con las manos, sus dientes castañean. Sus ojos asustados miran a Jesús más que a Judas.

Jesús no tiembla en absoluto. Está bien derecho, glacial incluso, glacial, de tan rígido como está. Y da un paso, hace un gesto, dice una palabra: un paso hacia Judas; un gesto, indicando a Juan que se

retire; una palabra: «¡Márchate!».

Pero Juan siente miedo y gime: «¡No! ¡No! No me digas que me marche. Déjame estar aquí. No diré nada... pero déjame estar aquí contigo».

«¡Márchate! ¡No temas! Cierra todas las puertas... y, si viene alguien... quienquiera que sea... aunque fuera mi Madre... no dejes que vengan aquí. Ve. ¡Obedece!».

«¡Señor!...». Juan se muestra tan suplicante y está tan abatido, que parece como si fuera el culpable.

«Vete, te digo. No sucederá nada. Vete», y Jesús mitiga la orden poniendo la mano en la cabeza del Predilecto con un gesto de caricia. Y veo que esa mano ahora tiembla. Y Juan la siente temblar y la toma y la besa con un sollozo que dice mucho. Sale.

567.12 [12]Jesús cierra la puerta con cerrojo. Se vuelve de nuevo para mirar a Judas, que debe sentirse muy apabullado si, siendo tan audaz como es, no se atreve a decir una palabra ni a hacer un gesto. Jesús, rodeando la mesa que está en el centro de la habitación, va directamente a ponerse enfrente de él. No sé decir si va rápido o lento. Estoy demasiado asustada de su cara como para poder medir el tiempo. Veo sus ojos y, como Juan, tengo miedo. El mismo Judas tiene miedo, retrocede y se mete entre el arca y una ventana que está completamente abierta y cuya luz, roja por el ocaso, incide toda sobre Jesús.

¡Qué ojos tiene Jesús! No dice ni una palabra. Pero cuando ve que del cinturón de la túnica de Judas sobresale una especie de ganzúa, reacciona terriblemente. Alza el brazo con el puño cerrado como para golpear al ladrón, y su boca empieza la palabra: «¡Maldito!» o «¡Maldición». Pero se sobrepone. Detiene el brazo que ya estaba descendiendo y corta la palabra en las tres primeras letras. Se limita, con un esfuerzo de dominio que le hace temblar por entero, a abrir el puño cerrado, a bajar, hasta la altura de la bolsa que Judas tiene en la mano, el brazo alzado y a arrebatar la bolsa y arrojarla al suelo. Y, mientras pisotea la bolsa y las monedas y las disemina con un furor contenido pero terrible, dice: «¡Fuera! ¡Inmundicia de Satanás! ¡Oro maldito! ¡Esputo del infierno! ¡Veneno de la serpiente! ¡Fuera!».

Judas, que ha emitido un grito estrangulado cuando ha visto a Jesús ya casi maldiciéndole, ahora ya no reacciona. Pero al otro lado de la puerta cerrada otro grito resuena cuando Jesús tira contra el suelo la bolsa, y este grito de Juan exaspera al ladrón. Le pone furioso. Casi se arroja contra Jesús. Grita: «Me has puesto un espía para desacreditarme. ¡Un espía que es un muchacho ignorante que no sabe ni siquiera guardar silencio, que me desacreditará ante todos! Es lo que Tú querías. De todas maneras... ¡Sí! Yo también lo quiero.

¡Esto quiero! Ponerte en la tesitura de echarme, de maldecirme. ¡Moverte a maldecirme! ¡A maldecirme! Todo lo he intentado para que me echaras». Está ronco de ira y feo como un demonio. Jadea como si tuviera algo que le estrangulara.

Jesús le repite, terrible aunque con voz contenida: «¡Ladrón! ¡Ladrón! Ladrón», y termina: «Hoy ladrón. Mañana asesino. Como Barrabás. Peor que él». Le musita esa palabra en la cara, porque ahora están cercanísimos, a cada frase del otro.

[13]Judas, recobrado el aliento, responde: «Sí. Ladrón. Y por culpa 567.13
tuya. Todo el mal que hago es por culpa tuya, y Tú no te cansas nunca de destruirme. Salvas a todos. Das amor y honores a todos. Acoges a los pecadores, no te dan asco las prostitutas, tratas amistosamente a los ladrones y a los usureros y alcahuetes de Zaqueo, acoges como si fuera el Mesías al espía del Templo. ¡Qué necio eres! Y haces jefe nuestro a un ignorante, tesorero a un cobrador de tributos, confidente tuyo a un necio. Y a mí me mides la mota, no me dejas una moneda, me tienes a tu lado como los galeotes están amarrados al banco del remo, no quieres ni siquiera que nosotros... digo nosotros, *pero soy yo, yo sólo, el que no debe aceptar dádivas de los peregrinos*. Es para que no toque el dinero, por lo que has ordenado que no aceptáramos dinero de nadie. Porque me odias. Pues bien, *¡también yo te odio*! Hace un momento, no has sabido golpearme ni maldecirme. Tu maldición me habría reducido a cenizas. ¿Por qué no la has proferido? Hubiera preferido tu maldición antes que verte tan inepto, tan enervado... un hombre acabado, derrotado...».

«¡Calla!».

«¡No! ¿Tienes miedo de que Juan oiga? ¿Tienes miedo de que él por fin comprenda quién eres y te deje? ¡Ah, tienes este miedo, Tú que te haces el héroe! ¡Claro que lo tienes! Y tienes miedo de mí. ¡Tienes miedo! Por eso no me has sabido maldecir. Por eso finges que me estimas, cuando en realidad me odias. ¡Para halagarme! Para tenerme calmo. ¡Tú sabes que soy una fuerza! Sabes *que soy la fuerza*, la fuerza que te odia y te vencerá. Te he prometido que te seguiré hasta la muerte ofreciéndote *todo*, y *todo* te lo he ofrecido, y estaré junto a ti hasta tu hora y la mía. ¡Magnífico rey que no sabe maldecir ni arrojar a uno de su presencia! ¡Rey-nube! ¡Rey ídolo! ¡Rey necio! ¡Embustero! Traidor de tu propio destino. Siempre me has despreciado, desde nuestro primer encuentro. No has correspondido conmigo. Te creías sabio. Eres un obtuso. Yo te enseñaba el camino adecuado. Pero Tú... ¡Oh, Tú eres el puro! Eres la criatura que es hombre pero que es Dios, y desprecias los consejos del Inteligente. Te equivocaste desde el primer momento y sigues equivocándote.

Tú... Tú eres... ¡Aj!».

567.14 [14]El río de palabras cesa de repente, y a tanto clamor le sigue un silencio lúgubre; a tantos gestos, una lúgubre inmovilidad. Porque, mientras escribía sin poder decir lo que sucedía, Judas, encorvado, semejante, sí, verdaderamente semejante a un perro furioso que acechara a su presa y se aproximara a ella preparado para saltar, se ha ido acercando cada vez más a Jesús, con una cara que no se podía mirar, con las manos aduncas, los codos apretados contra el cuerpo, verdaderamente como si estuviera para saltar sobre Jesús, el cual no ha dado muestras del más mínimo miedo, y se ha movido, volviéndole incluso las espaldas —Judas hubiera podido saltar sobre Él y agarrarle por el cuello, pero que no lo ha hecho— para abrir la puerta y mirar en el pasillo si Juan se había ido realmente. El pasillo estaba vacío y semiobscuro, pues Juan había salido por la puerta que da al huerto y la había cerrado. Jesús, entonces, ha vuelto a cerrar con cerrojo y se ha puesto contra la puerta, esperando, sin un gesto ni una palabra, a que la furia cesara.

Yo no soy competente en la materia, pero creo que no me equivoco si digo que por la boca de Judas ha hablado Satanás en persona; si digo que éste es un momento de evidente posesión de Satanás en el apóstol pervertido, ya en el umbral del Delito, ya condenado por propia voluntad. La misma manera de cesar el río de palabras, dejando como aturdido al apóstol, me recuerda otras escenas de posesión vistas en los tres años de vida pública de Jesús.

Jesús, apoyado en la puerta, todo blanco contra la madera obscura, no hace el más mínimo gesto. Solamente mira al apóstol con sus potentes ojos de dolor y fervor. Si se pudiera decir que los ojos oran, yo diría que los ojos de Jesús oran mientras mira a este desdichado. Porque no es sólo dominio lo que emana de esos ojos tan afligidos, sino que es también fervor de oración. Luego, hacia el final de las palabras de Judas, Jesús abre los brazos que tenía pegados a los costados, pero no los abre ni para tocar a Judas ni para hacer un gesto hacia él o levantarlos hacia el cielo. Los abre horizontalmente, tomando la postura del Crucificado, ahí, contra la madera obscura y la parez rojiza. Es en ese momento cuando en la boca de Judas se hacen más lentas las últimas palabras y se oye ese «¡Aj!» que las trunca.

Jesús se queda como está, con los brazos abiertos. Sigue mirando al apóstol con esos ojos de dolor y oración. Y Judas, como uno que saliera de un estado de delirio, se pasa la mano por la frente, por la cara sudada... piensa, recuerda y, rememorando todo, cae al suelo, no sé si llorando o no. Lo cierto es que se derrumba como si le faltaran las fuerzas.

[15]Jesús baja la mirada y los brazos, y con voz voz baja pero clara 567.15
dice:

«¿Y entonces? ¿Te odio? Podría golpearte con mi pie, aplastarte llamándote "gusano"; podría maldecirte, de la misma manera que te he librado de la fuerza que te hace delirar. Has pensado que es debilidad mi imposibilidad de maldecirte. ¡No es debilidad! Es que Yo soy el Salvador, y el Salvador no puede maldecir; puede salvar, quiere salvar... Tú has dicho: "Yo soy la fuerza, la fuerza que te odia y te vencerá". Yo también soy la Fuerza; es más, *soy la única Fuerza*. Pero mi fuerza no es odio, es amor. Y el amor no odia ni maldice, *nunca*. La Fuerza podría incluso vencer las batallas en particular, como esta entre Yo y tú, entre Yo y Satanás, que está en ti, y arrebatarte de las manos de tu amo, para siempre, como he hecho ahora
* adquiriendo la semblanza del signo que salva, de la Tau que Lucifer no puede ver. Podría vencer incluso estas batallas en particular, como vencerá la próxima batalla contra Israel incrédulo y asesino, contra el mundo y Satanás, derrotado por la Redención. Podría vencer incluso estas batallas en particular, como vencerá la última, lejana para quien cuenta por siglos, cercana para quien mide el tiempo con la medida de la eternidad.

¿Pero qué beneficio, de violar las reglas perfectas del Padre mío? ¿Sería justicia? ¿Habría mérito? No. No sería justicia ni habría mérito. No sería justicia, respecto a los otros hombres culpables, a los cuales no se les quita la libertad de serlo, y los cuales podrían, en el último día, preguntarme el porqué de la condena y echarme en cara la parcialidad usada sólo contigo. Serán diez, cien mil, setenta veces diez, cien mil los que cometan tus mismos pecados y vendrán a ser poseídos por el demonio por voluntad propia, y serán ofensores de Dios, torturadores de su padre y madre, asesinos, ladrones, embusteros, adúlteros, lujuriosos, sacrílegos y, finalmente, deicidas, matando a Cristo: materialmente, en un día cercano; espiritualmente, en sus corazones, en los tiempos futuros. Y todos podrían decirme, cuando venga a separar a los corderos de los cabros, a bendecir a los primeros y a maldecir, entonces sí, *a maldecir a los segundos* —a maldecir porque entonces ya no habrá redención, sino gloria o condena, a maldecirlos después de haberlos maldecido ya en particular en la muerte primera y en el juicio individual; porque el hombre, tú lo sabes porque me lo has oído decir muchísimas veces, porque el hombre puede salvarse mientras dura la vida, en el momento incluso de

* *Tau*, letra del alfabeto griego en forma de cruz, es el signo de los salvados indicado en *Ezequiel 9, 4-6*. Recordado también en 413.6.

los últimos estertores; basta un instante, una milésima de minuto, para que todo quede dicho entre el alma y Dios, para pedir perdón y obtener la absolución...—; todos, decía, todos estos condenados podrían decirme: "¿Por qué a nosotros no nos ligaste al Bien como hiciste con Judas?". Y tendrían razón.

567.16 [16]Porque todo hombre nace con las mismas cosas naturales y sobrenaturales: un cuerpo, un alma. Y mientras el cuerpo, siendo generado por hombres, puede ser más o menos fuerte y sano desde el nacimiento, el alma, creada por Dios, es para todos igual y está dotada de las mismas propiedades, de los mismos dones recibidos de Dios. Entre el alma de Juan —me refiero al Bautista— y la tuya no había diferencia *cuando fueron infundidas en la carne*. Y, no obstante, te digo que, aun cuando la Gracia no le hubiera presantificado para que el Heraldo de Cristo no tuviera mancha alguna (como sería propio de *todos* los que me predican, al menos en lo que se refiere a los pecados actuales), su alma habría venido a ser muy distinta de la tuya. O mejor: la tuya *habría venido a ser* distinta de la suya. Porque él habría conservado a su alma en la frescura propia de los no culpables, es más, la habría ido adornando cada vez más de justicia, secundando la voluntad de Dios, que desea que seáis justos, desarrollando con una perfección cada vez más heroica, los dones gratuitos recibidos. Tú, sin embargo... has devastado tu alma y has desbaratado los dones que Dios le había dado. ¿Qué has hecho de tu libertad de arbitrio? ¿Qué has hecho de tu intelecto? ¿Has conservado en tu espíritu la libertad que tenía? ¿Has usado la inteligencia de tu mente con inteligencia? No. Tú, tú que no quieres obedecerme a mí —no digo sólo a mí como Hombre, sino tampoco a mí como Dios—, has obedecido a Satanás. Has usado la inteligencia de tu mente y la libertad de tu espíritu para comprender las Tinieblas. Voluntariamente. Han sido puestos ante ti el Bien y el Mal. Has elegido el Mal. Es más, ha sido puesto ante ti sólo el Bien: *Yo*. Tu Eterno Creador, que ha seguido la evolución de tu alma —es más: que conocía esta evolución porque nada de cuanto palpita desde que el Tiempo existe ignora el Eterno Pensamiento—, te ha puesto delante el Bien, sólo el Bien, porque sabe que eres más débil que una alga de reguera.

567.17 [17]Tú me has gritado que te odio. Ahora bien, siendo Yo Uno con el Padre y el Amor, Uno tanto aquí como en el Cielo —porque, si en mí se hallan las dos Naturalezas, y Cristo, por su naturaleza humana y mientras la victoria no le libere de las limitaciones humanas, está en Efraím y no puede estar en otro lugar en este instante; como Dios, *Verbo de Dios*, estoy tanto en el Cielo como en la Tierra, siendo siempre omnipresente y omnipotente mi Divinidad—, siendo Yo Uno con

el Padre y el Espíritu Santo, la acusación que has hecho contra mí *la has hecho contra Dios Uno y Trino*. Contra Dios Padre, que *por amor* te ha creado; contra Dios Hijo, que *por amor* se ha encarnado para salvarte; contra Dios Espíritu, que *por amor* te ha hablado tantas veces para darte buenos deseos. Contra este Dios Uno y Trino, que tanto te ha amado, que te ha traído a mi camino, haciéndote ciego para el mundo para darte tiempo de verme a mí; sordo para el mundo para darte la manera de oírme a mí. ¡Y tú!... ¡Y tú!... Después de haberme visto y oído, después de haber venido libremente al Bien, sintiendo con tu intelecto que *ése era el único camino de la verdadera gloria*, has rechazado el Bien y te has entregado *libremente* al Mal. ¿Podrás, entonces, tú que con tu libre arbitrio has querido esto, tú que has rechazado cada vez más bruscamente mi mano, que se te ofrecía para sacarte del remolino, tú que te has alejado cada vez más del puerto para sumirte en el enfurecido mar de las pasiones, del Mal, podrás decirme a mí y a Aquel de quien procedo y a Aquel que me ha formado como Hombre para intentar tu salvación, podrás decirnos que te hemos odiado?

Me has acusado de que quiero tu mal... También el niño enfermo acusa al médico y a su madre por las amargas medicinas que le hacen beber y por las cosas que él desea y que, por su bien, le niegan. ¿Tan ciego y demente te ha vuelto Satanás, que no comprendes ya la verdadera naturaleza de las medidas que he tomado contigo; tan ciego y demente, que has llegado a tachar de malevolencia, de deseos de hundirte, lo que en realidad es cuidado próvido de tu Maestro, de tu Salvador, de tu Amigo para curarte? Te he tenido a mi lado... Te he quitado de las manos el dinero. Te he impedido que toques ese maldito metal que te enloquece... ¿Pero es que no sabes, es que no sientes que ese metal es como esos brebajes mágicos que despiertan una sed inapagable, que introducen en la sangre un ardor, un frenesí que conducen a la muerte? Tú —leo tu pensamiento— me censuras así: "¿Y entonces por qué durante tanto tiempo me has dejado ser el que administraba el dinero?". ¿Por qué? Porque si te hubiera impedido antes tocarlo, te habrías vendido antes y habrías robado antes. De todas formas, te has vendido, porque poco podías robar... Pero Yo *debía* tratar de impedirlo sin violentar tu libertad. [18]El oro es tu ruina. Por el oro te has hecho lujurioso y traidor...». 567.18

«¡Ah, entonces has creído a Samuel! Yo no soy...».

Jesús, que había ido adquiriendo un tono más vivo, pero sin asumir en ningún momento matices de violencia o castigo, de improviso emite un grito imperioso, yo diría colérico. Asaetea con sus miradas el rostro de Judas, que lo había alzado para decir esas palabras, e

impone un «¡Calla!» que parece el estallido de un rayo. Judas se apoya de nuevo en los calcañares y ya no abre la boca.

Es un momento de silencio en que Jesús, con visible esfuerzo, recompone su humanidad con una compostura, con un dominio tan poderoso, que por sí solo testifica lo divino que hay en Él. Continúa hablando con su voz habitual, cálida, dulce incluso cuando es severa, persuasiva, conquistadora... Sólo los demonios pueden oponer resistencia a esa voz.

«No necesito que hable Samuel, o quien sea, para conocer tus acciones. ¡Oh, desdichado! ¿Pero sabes ante quién estás? ¡Es verdad! Dices que ya no comprendes mis parábolas. No comprendes ya mis palabras. ¡Pobre infeliz! Ya no te comprendes ni a ti mismo. Ya no comprendes ni siquiera el bien y el mal. Satanás, al cual te has entregado de muchas maneras, Satanás, al que has secundado en todas las tentaciones que te presentaba, te ha hecho estúpido. ¡Pero antes me comprendías! ¡Creías que era quien soy! Y este recuerdo no está apagado en ti. ¿Y puedes creer que el Hijo de Dios necesite, que Dios necesite las palabras de un hombre para conocer el pensamiento y las acciones de otro hombre? No estás todavía tan pervertido, que no creas que soy Dios, y en esto está tu mayor culpa. Porque el miedo que sientes de mi ira demuestra que crees que soy Dios. Sientes que no luchas contra un hombre, sino contra Dios mismo, y tienes miedo. Tienes miedo porque —Caín— no puedes ver a Dios ni pensar en Él sino como Vengador de sí mismo y de los inocentes. Tienes miedo de que te suceda lo que a Coré, Datán y Abirón y a sus seguidores. Y, a pesar de todo, sabiendo quién soy Yo, luchas contra mí. Debería decirte: "¡Maldito!". Pero no sería ya el Salvador...

567.19 [19]Querrías que te expulsara. Haces de todo, dices de todo, para conseguirlo. Esta razón no justifica tus acciones. Porque no hay necesidad de pecar para separarse de mí. Lo puedes hacer, te lo digo. Te lo tengo dicho desde Nob, cuando me volviste, una mañana pura, sucio de mentiras y lascivia, como si hubieras salido del infierno para caer en el cieno de los puercos o en la cama de monos libidinosos, y Yo tuve que hacer un esfuerzo sobre mí mismo para no alejarte con la punta de mi sandalia como se hace con un trapajo asqueroso, para frenar la náusea que me revolvía no sólo el espíritu sino también las vísceras. Siempre te lo he dicho. Incluso antes de aceptarte. Y antes de venir aquí. En ese momento, precisamente *para ti, para ti solo*, hablé. Pero tú siempre has querido quedarte. Para perdición tuya. ¡Tú! ¡*Mi mayor dolor*!

* *Coré, Datán y Abirón*, cuya rebelión y sus consecuencias están narradas en *Números 16* y evocadas en: *Levítico 10, 1-3, Salmo 106, 16-18* y *Eclesiástico 45, 18-20*.

Pero, claro, tú piensas y dices, primer hereje de muchos que vendrán, que estoy por encima del dolor. No. Sólo estoy por encima del pecado, sólo por encima de la ignorancia: de aquél, porque soy Dios; de ésta, porque no puede haber ignorancia en el alma que no está lesionada por la Culpa original. Pero Yo te hablo como Hombre, como el Hombre, como el Adán Redentor que ha venido a expiar la Culpa del Adán pecador y a mostrar lo que habría sido el hombre si hubiera permanecido como fue creado: *inocente*. ¿Entre los dones de Dios a Adán no se contaban —dado que la unión con Dios infundía las luces del Padre omnipotente en el hijo bendito— una inteligencia sin taras y una ciencia grandísima? Yo, nuevo Adán, estoy por encima del pecado *por voluntad mía propia*...

[20]Un día de un tiempo ya lejano, te asombraste de que Yo hubiera 567.20
sido tentado, y me preguntaste si no había cedido nunca. ¿Lo recuer-
* das? Y Yo te respondí. Sí. Como podía responderte... porque ya entonces eras un hombre tan menoscabado, que era inútil abrir ante tus ojos las perlas preciosísimas de las virtudes del Cristo. No habrías comprendido su valor y... las habrías tomado por... piedras, debido a sus medidas excepcionales. También en el desierto te respondí, repitiendo las palabras, el sentido de las palabras que te había dicho en aquel anochecer yendo hacia el Getsemaní.

Si hubiera sido Juan, o Simón el Zelote, quienes me hubieran hecho esa pregunta, habría respondido de otra manera, porque Juan es un hombre puro y no la habría hecho con la malicia con que tú, estando lleno de malicia, la hiciste..., y porque Simón es un anciano sabio y, aun no ignorando la vida como la ignora Juan, ha alcanzado esa sabiduría que sabe contemplar todos los episodios sin sufrir turbación en el *yo*. Pero ellos no me preguntaron si había cedido alguna vez a las tentaciones, a la tentación más común, *a esa tentación*. Porque en la pureza inmaculada del primero no hay recuerdos de lujuria y en la mente meditativa del segundo hay mucha luz para ver resplandecer en mí la pureza.

Tú preguntaste... Y Yo te respondí. Como podía hacerlo. Con esa prudencia que no debe nunca separarse de la sinceridad, santas la una y la otra ante los ojos de Dios. Esa prudencia que es como el ternario velo extendido entre el Santo y el pueblo, corrido para celar el secreto del Rey. Esa prudencia que regula las palabras según la persona que las escucha, según la capacidad intelectiva para comprender, según la pureza espiritual y justicia de esta persona. Porque hay

---

* *te respondí* y *en el desierto te respondí* han de relacionarse, respectivamente, con los capítulos 69 y 80. La propia MV remite, con una anotación en una copia mecanografiada, al primer año de la vida pública de Jesús.

verdades que en los oídos de los impuros se hacen objeto de risa, no de veneración...

567.21 [21]No sé si recuerdas todas aquellas palabras. Yo sí las recuerdo. Y te las repito aquí, en esta hora en que Yo y tú, ambos, estamos en la orilla del Abismo. Porque... no, esto no hace falta decirlo. Yo, como respuesta al "por qué" que mi primera explicación no te había satisfecho, dije en el desierto: "El Maestro nunca se ha sentido superior al hombre por ser 'el Mesías'; antes bien, sabiéndose Hombre, ha querido serlo en todo menos en el pecado. Para ser maestro hay que haber sido escolar. Mi inteligencia divina podía hacerme comprender por poder intelectivo e intelectualmente las luchas del hombre. Pero un día algún pobre amigo mío hubiera podido decir: 'No sabes lo que quiere decir ser hombre y tener sentidos y pasiones'. Habría sido un reproche justo. He venido aquí para prepararme no sólo para la misión, sino también para la tentación. Tentación satánica. Porque el hombre no habría podido tener poder sobre mí. Satanás ha venido cuando ha cesado mi unión solitaria con Dios y he sentido que era el Hombre con una *verdadera* carne sujeta a las debilidades de la carne: hambre, cansancio, sed, frío. He sentido la materia con sus exigencias, lo moral con sus pasiones. Y si, por mi voluntad, he doblegado en su origen todas las pasiones no buenas, he dejado, en cambio, que crecieran las santas pasiones".

¿Recuerdas estas palabras? Y también dije —esto a ti sólo— la primera vez: "La vida es un don santo, por lo que hay que amarla santamente. La vida es medio que sirve para el fin, que es la eternidad". Dije: "Démosle, entonces, a la vida aquello que necesita para mantenerse y servir al espíritu en su conquista: continencia de la carne en sus apetitos, continencia de la mente en sus deseos, continencia del corazón en todas las pasiones que tienen sabor humano, impulso ilimitado en orden a las pasiones que son del Cielo: amor a Dios y al prójimo, voluntad de servir a Dios y al prójimo, obediencia a la voz de Dios, heroísmo en el bien y en la virtud".

567.22 [22]Y en aquella ocasión me dijiste que Yo podía hacer eso porque era santo, pero que tú no podías porque eras un hombre joven, lleno de vitalidad. ¡Como si ser joven y sentirse vigoroso fuera un atenuante para el vicio! ¡Como si sólo los viejos o los enfermos, por edad o debilidad impotentes para lo que tú —abrasado como estás de lujuria— pensabas, estuvieran libres de las tentaciones de la carne! Hubiera podido rebatirte muchas cosas en aquel momento, pero no estabas en condiciones de comprenderlas. Tampoco ahora lo estás, pero al menos ahora no puedes sonreír con tu sonrisa incrédula si te digo que el hombre sano, si por sí mismo no acoge las seducciones del

demonio y de la carne, puede ser casto.

Castidad es afecto espiritual, es movimiento que se refleja en la carne penetrándola toda, elevándola, perfumándola, preservándola. En quien está saturado de castidad no hay sitio para otros movimientos menos buenos. En él no entra la corrupción. No hay sitio para ella. ¡Y, además, la corrupción no entra de afuera! No es un movimiento de penetración desde fuera hacia dentro. Es un movimiento que, desde dentro, desde el corazón, desde la mente, sale hacia la cobertura externa, hacia la carne, y la penetra y la empapa. Por eso Yo he dicho que lo que corrompe sale del corazón. Todo adulterio, toda lujuria, todo pecado sensual vienen de una maquinación de la mente, que, corrompida, viste de estimulante aspecto todo lo que ve. Esos pecados no se originan en lo externo. Todos los hombres tienen ojos para ver. ¿Por qué sucede, entonces, que una mujer que deja indiferentes a diez, que la miran como a una criatura semejante a ellos, que incluso la ven como una hermosa obra de la Creación, sin sentir por ello que surjan estímulos y fantasmas obscenos, esa mujer turba, en cambio, al undécimo hombre y le lleva a indignas concupiscencias? Pues sucede porque ese undécimo tiene el corazón y la mente corrompidos, y donde diez ven a una hermana él ve a una hembra.

[23]Aun no diciéndote esto entonces, te dije que Yo había venido 567.23
precisamente para los hombres, no para los ángeles. He venido para devolver a los hombres su realeza de hijos de Dios, enseñándoles a vivir como dioses. En Dios no hay lujuria, Judas. Pero Yo os he querido mostrar que también el hombre puede estar exento de lujuria; y os he querido mostrar que se puede vivir como Yo enseño. Para mostraros esto he debido tomar una carne *verdadera*, para poder padecer las tentaciones del hombre y decirle al hombre, después de haberle instruido: "Haced como Yo".

Y tú me preguntaste si, tentado, pequé. ¿Lo recuerdas? Y Yo,
* viendo que no podías comprender que hubiera sido tentado y no hubiera caído (pues que te parecía inadecuada la tentación para el Verbo e imposible el no pecar para el Hombre), pues te respondí que todos pueden ser tentados, pero que pecadores son sólo aquellos que quieren serlo. Tu estupor fue grande, un estupor incrédulo. Tanto fue así, que insististe: "¿Has pecado alguna vez?". Entonces podías

---

* *hubiera sido tentado y no hubiera caído*, expresión que MV explica con la siguiente nota en una copia mecanografiada: *Como Adán, inocente y lleno de Gracia, fue tentado, también Jesús,* segundo Adán, *Inocente y, como* Hombre, *lleno de Gracia, fue igualmente tentado, y por el propio Tentador. Pero el segundo Adán no cedió a la tentación. Y no se diga que así fue por "ser Dios". ¡Aun siendo Dios, por tanto eterno e impasible, murió en una cruz! Y murió en ella porque era* verdadero *Hombre. Como* verdadero *Hombre fue, pues, también tentado, pero, no queriendo pecar, no pecó.*

ser incrédulo. Nos conocíamos desde hacía poco. Palestina está llena de rabíes en los que la doctrina que enseñan es la antítesis de la vida que llevan. Pero ahora tú sabes que Yo no he pecado, que no peco. Sabes que la tentación, aun la más violenta, dirigida contra el hombre sano, viril, que vive en medio de los hombres, rodeado de los hombres y de Satanás, no me turba hasta el pecado. Antes al contrario, toda tentación, a pesar de que el hecho de rechazarla aumentase su virulencia, porque el demonio la hacía cada vez más violenta para vencerme, era una victoria mayor. Y no sólo respecto a la lujuria, torbellino que ha estado dando vueltas en torno a mí sin poder mover ni mellar mi voluntad.

No hay pecado donde no hay consentimiento a la tentación, Judas. Hay, sí, pecado donde, aun sin consumar el acto, se da cabida a la tentación y se la contempla. Será pecado venial, pero es ya un camino que conduce al pecado mortal que aquél prepara en vosotros. Porque acoger la tentación y detener en ella el pensamiento, seguir mentalmente las fases de un pecado significa que uno se debilita a sí mismo. Satanás sabe esto, y por eso lanza insistentemente llamaradas, siempre esperando que una de ellas penetre y trabaje dentro... Después... sería fácil hacer que el tentado se transformara en culpable.

Tú, entonces, no comprendiste. No podías comprender. Ahora puedes. Ahora mereces menos entender que en aquella ocasión, y, no obstante, te repito las palabras que te dije a ti, que dije para ti, porque es en ti, no en mí, donde la tentación rechazada no se acalla... Y no se acalla porque no la rechazas totalmente. No cumples el acto, pero acaricias el pensamiento del acto. Hoy así, y mañana... mañana caes en el verdadero pecado. Por eso en aquella ocasión te enseñé a pedir al Padre que no te dejara caer en la tentación. Yo, el Hijo de Dios, Yo, habiendo vencido ya a Satanás, he pedido ayuda al Padre, porque soy humilde. Tú, no. Tú no has pedido a Dios salvación, preservación. Tú eres soberbio. Y por eso te hundes...

567.24 [24]¿Recuerdas todo esto? ¿Y puedes comprender ahora lo que significa para mí, verdadero Hombre, con todas las reacciones del hombre, y verdadero Dios, con todas las reacciones de Dios, el verte así: lujurioso, embustero, ladrón, traidor, homicida? ¿Sabes qué esfuerzo me impones teniendo que soportar tu compañía? ¿Sabes qué fatigoso me resulta dominarme, como ahora, para cumplir hasta el extremo mi misión en ti? Cualquier otro hombre que hubiera visto que eras un ladrón, que te hubiera sorprendido descerrajando para coger monedas, y que te viera traidor, y más que traidor... te habría echado las manos al cuello... Yo te he hablado. Todavía con piedad. Mira. No estamos en verano. Por la ventana entra la brisa fresca del atardecer, y,

no obstante, sudo como si hubiera bregado en el más rudo de los trabajos. ¿Pero no te das cuenta de lo que me cuestas?, ¿de lo que eres? ¿Quieres que te aleje de mí? No. Nunca. Cuando uno se está ahogando es asesino el otro que le deja abandonado. Tú te encuentras entre dos fuerzas que te atraen: Yo y Satanás. Pero, si te dejo, al único que tendrás será a él. ¿Cómo te salvarás entonces? Y, a pesar de todo, tú me dejarás... *Ya me has dejado con tu espíritu*... Bien, pues Yo, de todas formas, retengo junto a mí la crisálida de Judas. Tu cuerpo desprovisto de la voluntad de amarme, tu cuerpo inerte en orden al Bien. Lo retengo mientras tú no exijas incluso esta nada que son tus despojos para reunirla con el espíritu y pecar con *todo tu ser*...

[25]¡Judas!... ¿¡No me hablas, Judas!? ¿No tienes una palabra para 567.25
tu Maestro? ¿No tienes nada que suplicarme? No exijo que me digas: "¡Perdón!". Demasiadas veces te he perdonado, sin resultado. Sé que esa palabra es un sonido en tus labios; sé que no es un movimiento del espíritu contrito. Yo quisiera un movimiento de tu corazón. ¿Estás tan muerto que ya no tienes ni deseo? ¡Habla! ¿Tienes miedo de mí? ¡Oh, si tuvieras miedo!, ¡al menos miedo! Pero no me temes. Si tuvieras temor de mí, te diría las palabras de aquel lejano día en que hablamos de tentaciones y pecados: "Yo te digo que incluso después del Delito de los delitos, si el culpable corriera a echarse a los pies de Dios con verdadero arrepentimiento y, llorando, le suplicara que le perdonase ofreciéndose con confianza a expiar, sin desesperarse, Dios le perdonaría, y, a través de la expiación, el culpable salvaría todavía su espíritu". De todas formas, Judas, aunque tú no me temas Yo te sigo amando. ¿No tienes nada que pedir en esta hora a mi amor infinito?».

«No. O, como mucho, una cosa: que le impongas a Juan que no hable. ¿Cómo crees que podré expiar, si soy un oprobio en medio de vosotros?». Lo dice con arrogancia.

Y Jesús le contesta: «¿Y lo dices así? Juan no hablará. Pero tú al menos —y esto soy Yo el que te lo pide— actúa de forma que esta desventura tuya no se manifieste en nada. [26]Recoge esas monedas y 567.26
mételas otra vez en la bolsa de Juana... Voy a tratar de cerrar el arca... con el hierro que has usado tú para abrirla...».

Y mientras Judas, de mala gana, recoge las monedas que han rodado por todas partes, Jesús se apoya en el arca abierta, como cansado. La luz merma en la habitación, pero no tanto como para no permitir ver que Jesús llora quedo mientras mira al apóstol, que está agachado recogiendo las monedas esparcidas.

Judas termina. Va al arca. Toma la amplia, pesada bolsa de Juana y mete las monedas; la cierra y dice: «¡Pues ya está!», y se aparta.

Jesús alarga la mano para coger la rudimentaria ganzúa fabricada por Judas, y con mano temblorosa hace saltar el resorte y cierra el arca. Luego pone el hierro contra la rodilla y lo dobla en forma de uve y con el pie termina de apretarlo, de forma que lo deja inservible; luego lo recoge y se lo esconde en el pecho (al hacer esto, unas lágrimas caen en el lino de la túnica).

Judas, por fin, hace un gesto de autorreconocimiento: se tapa la cara con las manos y rompe a llorar, diciendo: «¡Soy un maldito! ¡Soy el oprobio de la Tierra!».

«¡Eres el desventurado eterno! ¡Y pensar que, si quisieras, podrías ser todavía dichoso!».

«¡Júrame! Júrame que ninguno sabrá nada... y yo te juro que me redimiré» grita Judas.

«No digas: "y yo me redimiré". Tú no puedes. *Sólo Yo puedo redimirte.* El que antes hablaba por tus labios sólo puede ser vencido por mí. Dime las palabras de la humildad: "¡Señor, sálvame!", y Yo te liberaré del que te domina. ¿No comprendes que espero más estas palabras que el beso de mi Madre?».

Judas llora, llora, pero no dice estas palabras.

«Ve. Sal de aquí. Sube a la terraza. Ve donde quieras, pero no montes escenas espectaculares. Márchate. Márchate. Ninguno te va a descubrir porque Yo estaré atento. Desde mañana tendrás el dinero. Ya todo es inútil».

Judas sale sin replicar. Jesús, solo ahora, se deja caer sobre un asiento que está junto a la mesa y, cruzados los brazos y apoyados en la mesa, apoyada la cabeza encima de los brazos, llora angustiosamente.

567.27 [27]Pasados unos minutos, entra despacio Juan. Se queda un momento en el umbral de la puerta. Luego corre hasta Jesús y le abraza suplicando: «¡No llores, Maestro! ¡No llores! Yo te quiero... Incluso por ese desdichado...». Le levanta, le besa, bebe el llanto de su Dios y, a su vez, llora.

Jesús le abraza. Las dos cabezas rubias, la una junto a la otra, se intercambian lágrimas y besos. Pero Jesús pronto se sobrepone y dice: «Juan, por amor a mí, olvida todo esto. Lo quiero».

«Sí, mi Señor. Trateré de hacerlo. Pero Tú deja de sufrir... ¡Ah, qué dolor! Y me ha hecho pecar, mi Señor. He mentido. He tenido que mentir porque han vuelto las discípulas. No. Antes los de la mujer: te buscaban para bendecirte: ha nacido felizmente un niño varón. He dicho que habías vuelto al monte... Luego han venido las mujeres y he vuelto a mentir diciendo que estabas fuera y que quizás estabas en la casa donde había nacido el niño... No he encontra-

do otra cosa que decir. ¡Estaba tan desconcertado! Tu Madre ha visto que había llorado, y me ha preguntado: "¿Qué te sucede, Juan?". Estaba inquieta... Parecía como si supiera lo que sucedía. He mentido por tercera vez, diciendo: "Me he emocionado por esa mujer...". ¡A tanto puede llevar la cercanía con el pecador! A la mentira... Absuélveme, Jesús mío».

«Queda en paz. Cancela todo recuerdo de esta hora. Nada. Nada ha ocurrido... Un sueño...».

«¡Pero se trata de tu dolor! ¡Oh, qué cambiado se te ve, Maestro! Dime esto, sólo esto: ¿Judas se ha arrepentido, al menos?».

«¿Y quién puede entender a Judas, hijo mío?».

«Ninguno de nosotros. Pero Tú sí».

Jesús no responde sino con nuevas lágrimas silenciosas en su cansado rostro.

«¡Ah, no se ha arrepentido!...». Juan está estremecido.

«¿Dónde está ahora? ¿Le has visto?».

«Sí. Se ha asomado a la terraza, ha mirado para ver si había alguien y, viendo que estaba yo solo sentado y afligido bajo la higuera, ha bajado corriendo y ha salido por la portezuela del huerto. Entonces he venido...».

«Has hecho bien. Vamos a poner en su sitio aquí los asientos descolocados. Y recoge el ánfora. Que no haya señales...».

«¿Ha entablado pelea contigo?».

«No, Juan. No».

[28]«Maestro, estás demasiado afectado por lo sucedido como para quedarte aquí; tu Madre comprendería... y sufriría». 567.28

«Es verdad. Vamos a salir... Dale la llave a la vecina. Yo me voy a adelantar, por la orilla del torrente, hacia el monte...».

Jesús sale y Juan se queda para poner todo en orden. Luego sale él también. Da la llave a una mujer que tiene la casa cerca y, corriendo, se adentra entre los matorrales de la orilla para no ser visto.

A unos cien metros de la casa está Jesús, sentado en una voluminosa piedra. Al oír los pasos del apóstol, se vuelve. El blancor de su cara resalta en la luz del anochecer. Juan se sienta en la tierra, a su lado, y pone la cabeza en el regazo de Jesús, y alza la cara para mirarle. Ve que en las mejillas de Jesús hay llanto todavía.

«¡No sufras más! ¡No sufras más, Maestro! ¡No puedo verte sufrir!».

«¿Puedo, acaso, no sufrir por esto? ¡Es mi mayor dolor! ¡Recuerda, Juan, que *éste será para siempre mi mayor dolor*! Tú no puedes todavía comprender todo... Mi mayor dolor...». Jesús está abatido.

Juan le tiene abrazado por la cintura, angustiado de no poderle

consolar.

Jesús alza la cabeza, abre los ojos —los tenía cerrados para contener el llanto— y dice: «Recuerda que tres lo sabemos: el culpable, Yo y tú. *Y que nadie más debe saberlo*».

«Nadie lo sabrá de mis labios. Pero ¿cómo ha sido capaz de eso? Mientras cogía dinero de la bolsa común... ¡Pero llegar a esto!... Cuando he visto eso, he pensado que yo había perdido el juicio... ¡Qué horror!».

«Te he dicho que olvides...».

«Me estoy esforzando, Maestro. Pero es demasiado horrible...».

«Es horrible. Sí. ¡Juan! ¡Juan!». Y Jesús, abrazando al Predilecto, apoya en su hombro la cabeza, y llora todo su dolor.

Las sombras, que descienden rápidas a esa espesura, esfuman entre sus tinieblas a los dos abrazados.

568. Comienzo del viaje por Samaria partiendo de Efraím en dirección a Silo.

24 de febrero de 1947.

568.1 [1]«Deja que te sigamos, Maestro. No te causaremos molestias» suplican muchos de Efraím que están reunidos delante de la casa de María de Jacob, la cual libera todas sus lágrimas apoyada en la jamba de la puerta abierta de par en par.

Jesús está entre sus doce apóstoles. Más allá, en un grupo congregado en torno a su Madre, están Juana, Nique, Susana, Elisa, Marta y María, Salomé y María de Alfeo. Tanto los hombres como las mujeres están preparados para el viaje, con túnicas ceñidas y un poco abolsadas en la cintura, para dejar más libres los pies, y con sandalias nuevas y muy atadas (no sólo a la altura del tobillo, sino también en la parte baja de las piernas) con delgadas tiras de cuero entrecruzadas (como cuando deben recorrer caminos más bien impracticables). Los hombres han cargado sobre sí las bolsas de las discípulas.

La gente suplica para obtener de Jesús el consentimiento de seguirle. Mientras, los pequeñuelos, con las caritas hacia arriba y los brazos alzados, lanzan sus gritos: «¡Un beso! ¡Súbeme en brazos! ¡Vuelve, Jesús! ¡Vuelve pronto para decirnos muchas parábolas bonitas! ¡Te voy a guardar las rosas de mi jardín! ¡No voy a comer fruta para guardarla para ti! ¡Vuelve, Jesús! Mi ovejita está criando y quiero regalarte el corderito: así te haces con su lana una túnica como la mía... Si vienes pronto, para ti las tortas que mi mamá me ha-

ce con el trigo primero...». Gorjean como pajarillos, en torno a su gran Amigo. Y le tiran de la túnica, y se cuelgan del cinturón tratando de trepar hasta sus brazos. Amorosamente despóticos; tanto, que Jesús se ve impedido para responder a los adultos, porque siempre hay una nueva carita que besar.

«¡Fuera! ¡Basta! ¡Dejad tranquilo al Maestro! ¡Mujeres, tomaos vuestros niños!» gritan los apóstoles, apremiados por la idea de emprender el camino en esas primeras horas del día. Y sueltan también alguna pescozada bondadosa a los niños más impulsivos.

«No. Dejadlos. Para mí su dulzura es más fresca que la de la aurora. Dejadlos a ellos y dejadme a mí. Dejad que me conforte en este amor exento de cálculos y desazón» dice Jesús defendiendo a sus minúsculos amigos, sobre los cuales —abriendo, como abre, los brazos— cae su amplio manto; y los acoge bajo sus azules alas protectoras. Los pequeños se aprietan bajo ese calorcito en esa penumbra azul, y se callan felices como pollitos bajo las alas maternas.

[2]Jesús puede por fin dirigirse a los adultos: «Venid si queréis, si creéis que podéis hacerlo». 568.2

«¿Y quién nos lo prohíbe, Maestro? ¡Estamos en nuestra región!».

«Las mieses, las vides, los árboles frutales exigen todo vuestro trabajo. Y las ovejas están en tiempo de esquila y apareamiento, y las que ya se aparearon la vez pasada van a tener corderos de un momento a otro, y es tiempo de forraje...».

«No importa, Maestro. Para el esquileo y la monta de las ovejas bastan los viejos y los niños; para sus partos, las mujeres, y lo mismo para el forraje. Los árboles frutales y los campos pueden esperar, porque aunque el trigo ya se esté endureciendo dentro de las espigas, todavía hay tiempo para la hoz; y las vides, los olivos y los árboles frutales solamente tienen que hinchar con el sol los frutos de sus muchas uniones. Nosotros no podemos hacer nada respecto a ellos sino en la temporada de la recolección, lo mismo que hace la madre de familia, que no puede hacer nada con el pan hasta que la levadura no ha fermentado en la harina. El sol es la levadura de los frutos. Es él el que actúa ahora, lo mismo que antes ha actuado el viento para unir a las flores de las ramas. ¡Y, además... si se perdiera algún racimo y algún fruto, o si las corregüelas y cizañas ahogaran alguna espiga, en todo caso sería poco daño respecto a perder una palabra tuya!» dice un anciano al que siempre he visto muy honrado por la gente de su ciudad.

«Has hablado bien. Vamos, pues. [3]María de Jacob, te doy las gracias y te bendigo porque has sido para mí una madre buena.¡No llores! No debe llorar quien ha hecho una obra buena». 568.3

«¡Te pierdo y no te volveré a ver!».

«Ciertamente nos volveremos a ver».

«¿Vas a volver aquí, Señor?» pregunta la mujer con una sonrisa entre lágrimas. «¿Cuándo?».

«Aquí no volveré, así, como ahora...».

«¿Y entonces dónde nos vamos a ver?, si yo, pobre y vieja, no puedo ir a buscarte por los caminos del mundo».

«En el Cielo, María. En la Casa de nuestro Padre. En donde hay sitio no sólo para los judíos, sino también para los samaritanos; en donde hay un sitio para los que me amen en espíritu y verdad. Tú ya lo haces, porque crees que soy el Hijo de Dios verdadero...».

«¡Claro que lo creo! Pero para nosotros no hay esperanza, porque sólo Tú nos amas sin diferencias».

«Cuando Yo me haya ido, éstos (señala a los apóstoles) vendrán en nombre mío; y, en memoria mía, al que pida entrar en el rebaño del verdadero y único Pastor no le preguntarán quién es».

«Soy vieja, Señor. No viviré lo suficiente como para ver eso. Tú eres joven y estás fuerte. Tu Madre te tendrá largo tiempo, y te ten-
568.4 drán los que te quieren y son de tu pueblo... [4]¿Por qué lloras, Madre del Bendito?» pregunta asombrada de ver que caen lágrimas de los ojos de la Virgen Madre.

«Nada tengo excepto mi dolor... Adiós, María. Que Dios te bendiga por lo que has hecho con mi Hijo. Y recuerda que, si tu dolor es grande, un dolor mayor que el mío no existe ni existirá sobre la Tierra. ¡Jamás! Acuérdate de la dolorosa María de Nazaret... ¡Adiós!». Y María se separa llorando, tras haber besado a la viejecita en el umbral de la puerta de la casa, y se pone en camino entre las mujeres, con Juan al lado.

Juan, que, con su gesto habitual (un poco inclinado y con la cara alzada para mirar a Aquella con la que habla), le dice: «No llores así, María. Si muchos odian a tu Jesús, muchos le quieren. Conforta tu espíritu, Madre, mirando a los que aman y amarán a tu Hijo con todo su ser: a éstos de ahora y a los que vendrán en los siglos futuros», y termina, en voz baja, casi susurrándoselo sólo a María, a la que guía y sostiene teniéndola pegada al codo para que no tropiece en las piedras de la vereda, pues está cegada por las lágrimas: «No todas las madres podrán ver amado a su hijo... Algunas gritarán angustiadas: "¿Por qué lo concebí?"».

568.5 [5]Jesús los alcanza (María y Juan se habían quedado solos, un poco retrasados respecto a las discípulas). Con Jesús está Santiago de Alfeo. Los otros vienen detrás, en grupo, pensativos y tristes, igual que las discípulas, que van delante de todos. Cierran la marcha,

agrupados, muchos hombres de Efraím, que van hablando con rumor contenido y confuso.

«Las despedidas son siempre tristes, Mamá. Sobre todo, cuando no se sabe que un final es principio de algo más perfecto. Es la triste consecuencia del pecado. Y permanecerá incluso después del perdón. Pero los hombres la soportarán con más coraje teniendo a Dios por amigo».

«Tienes razón, Jesús. Pero hay un dolor que Dios deja degustar, aun siendo el más paterno Amigo que pueda existir. Para mí... es así. ¡Oh, Dios es bueno! Muy bueno. No quisiera que Santiago y Juan, ni ningún otro, se escandalizara de mi llanto. Dios es bueno. Siempre ha sido bueno con la pobre María. Esto me lo he dicho todos los días desde que sé pensar. Y ahora... ahora lo digo cada hora que pasa, cada momento de cada hora. Cuanto más se aproxima el dolor, más me lo digo... Dios es bueno. Tú me has sido dado por Él, Tú, Hijo amante y santo, un Hijo que, incluso considerado sólo como criatura, ya compensaría cualquier dolor de una mujer... Me has sido dado por Él. A mí, pobre joven elevada a Madre de su Verbo encarnado... Y esta alegría de poderte llamar "Hijo", oh mi adorado Señor, es tanta, que no debería caer el llanto de mis pestañas por martirio alguno, si yo fuera perfecta como Tú enseñas. ¡Pero soy una pobre mujer, Hijo mío! Y Tú eres mi Criatura... ¿Y... dónde está esa madre que pueda no llorar cuando sabe que su hijo es odiado, y sabe...? Hijo mío, socorre a tu sierva... Claro que había todavía soberbia en mí cuando pensaba que era fuerte... Pero entonces... estaba todavía lejana la hora... Ahora está aquí... Lo percibo... ¡Socórreme, Jesús, mi Dios! Claro que si Dios me deja sufrir así, es con un fin de bondad para mí. Porque, si Él quisiera, podría no permitirme sufrir por lo que sucede... ¡Él te ha formado en mi seno así!... Como... No existe un parangón que exprese cómo Tú te formaste... Pero quiere que sufra... ¡Bendito sea!... ¡Siempre! Pero Tú ayúdame, Jesús. Ayudadme todos... todos... Porque muy amargo es el mar en que calmo mi sed...».

«Vamos a decir la oración. Nosotros cuatro. Nosotros que te queremos con todo el corazón, Mamá. Aquí, Yo, tu Hijo, y Juan y Santiago, que te aman como si fueras su madre... Padre nuestro que estás en el Cielo...», y Jesús, dirigiendo el pequeño coro de las tres voces que en voz baja le siguen, dice toda la oración dominical, recalcando mucho algunas frases, como: «hágase tu voluntad»... «no nos dejes caer en la tentación». Luego dice: «Bien. El Padre nos ayudará a hacer su voluntad, aunque tenga tales características, que nuestra debilidad de humanos piense que no puede cumplirla, y no nos dejará caer en la

tentación de considerarle menos bueno, porque, mientras estemos bebiendo el amarguísimo cáliz, nos dará a su ángel, que limpiará con refrigerio celeste nuestros labios impregnados de amargura».

Jesús tiene cogida de la mano a su Madre, la cual ha luchado valientemente contra el llanto hasta arrojarlo al fondo de su corazón. Al lado de ellos (junto a María, Juan; junto a Jesús, Santiago de Alfeo), los dos apóstoles los miran conmovidos.

568.6 [6]Las discípulas se han vuelto alguna vez al oír el llanto de María y la oración de los cuatro. Pero se han abstenido de unirse a ellos.

Detrás, los apóstoles se han preguntado: «¿Por qué llora así María?». He dicho "los apóstoles", pero quería decir "todos menos Judas de Keriot", que camina un poco aislado y muy pensativo, casi lóbrego, tanto que Tomás lo advierte y dice a los otros: «¿Pero qué le pasa a Judas, que está así? ¡Parece uno que fuera al encuentro con la muerte!».

«¡Qué sé yo? Tendrá miedo de volver a Judea» le responde Mateo.

«Yo... ¿Qué te ha dicho el Maestro respecto al dinero?» pregunta el Zelote.

«Nada especial. Me ha dicho: "Ahora volvemos a las condiciones de antes. Judas como tesorero y vosotros como distribuidores de las limosnas. Para las compras las discípulas quieren socorrernos". ¿Yo?, ¡contentísimo! He manejado tanto dinero, que me resulta odioso».

«Y socorren bien las discípulas. Estas sandalias tan seguras. No parece ni siquiera que estemos andando por montaña. ¡Quién sabe lo que costarán!» dice Pedro mirando a sus pies calzados con esas sandalias nuevas que protegen el talón y la punta y sujetan los tobillos con esas correas finas de cuero.

«Se ha ocupado de ello Marta. Se ve su mano rica y previsora. Las otras veces nos atábamos también nosotros así, pero aquellas tiras eran un suplicio. No se perdía la suela, pero se perdía la piel de la pierna...» dice Andrés.

«Y uno se pinchaba en los dedos y en los talones... ¡Por eso ese de atrás las llevaba siempre así!» dice Pedro señalando a Judas de Keriot.

568.7 [7]La vereda sube, sube hacia la cresta del monte. Mirando hacia atrás, se ve a Efraím, toda blanca bajo el Sol, y parece ya muy abajo respecto a ellos, que caminan...

Luego los apóstoles se reúnen con las discípulas para ayudarlas a superar la senda, muy empinada en ese punto; es más, Bartolomé, que se ha quedado rezagado, dice a los de Efraím: «Habéis enseñado un sendero penoso, amigos».

«Sí. Pero una vez pasado ese bosque, hay un camino fácil que en

poco pone en Silo. Así que podréis descansar allí más horas que llegando de noche por otro camino» responde uno.

«Tienes razón. El camino, cuanto más fatigoso es, más rápido lleva a la meta».

«Tu Maestro lo sabe. Por eso no ahorra esfuerzos. ¡Ah, no podremos olvidar... sobre todo, que nos ha concedido una serie de gracias en estos últimos días... después de haber oído a algunos de nuestra región que le han insultado de forma muy injusta! Sólo Él es bueno, y por eso favorece incluso a los que le odian».

«Vosotros no le habéis odiado».

«Nosotros no. Pero también a muchos otros nosotros no los odiamos, y, no obstante, somos odiados sin razón».

«Imitadle a Él, sin miedo, y veréis como...».

«¿Y vosotros por qué no lo hacéis, entonces? Es lo mismo. Nosotros en esta parte, vosotros en la otra; en medio, un monte: el monte alzado por comunes errores; arriba, el Dios común. ¿Por qué, entonces, ni unos ni otros subimos la inclinada pendiente para encontrarnos arriba, a los pies de Dios, cerca los unos de los otros?».

Bartolomé comprende el reproche —justo, porque él, salvando su innegable virtud, tiene el marcado pundonor de ser israelita, un israelita intransigente con todo lo que no es Israel— y desvía la conversación sin responder directamente. Dice: «No hay necesidad de subir. Dios ha bajado a nosotros. Basta seguirle».

«Seguirle, sí. Quisiéramos hacerlo. Pero, si entráramos en Judea con Él, ¿no le perjudicaríamos quizás? Tú mismo sabes de qué se le acusa, y de qué se nos acusa: de ser samaritanos, que es como decir demonios».

Bartolomé suspira y, diciendo: «Me están haciendo señal de que vaya...», los deja plantados y acelera el paso.

Los de Efraím miran cómo se aleja, y uno de ellos murmura: «¡Ah, no es como Él! ¡Lo que perdemos perdiéndole!», y hace un gesto de desaliento.

[8]«¿Sabes, Elías, que ayer Él llevó una fuerte suma al arquisinagogo para que la pasara a María de Jacob y así ella deje de pasar hambre?». 568.8

«No. ¿Y por qué no se la ha dado a ella?».

«Para evitar que le dé las gracias la anciana. Ella todavía no lo sabe. Yo lo sé porque el jefe de la sinagoga me lo ha dicho para pedir consejo sobre si conviene comprarle los terrenos de Juan —quiere venderlos su hermano—, o si es mejor pasarle el dinero dosificadamente. Le he aconsejado que compre los terrenos de Juan. Para María darán trigo, aceite y vino, suficientes para vivir sin pasar ham-

bre. Mientras que el dinero... Ese...».

«¡¿Pero entonces es mucho dinero?!» dice un tercero.

«Sí. Nuestro arquisinagogo ha recibido mucho. También para otros pobres de la ciudad y del campo. Para que "puedan ellos también hacer fiesta en la Pascua de los Ácimos, para saludar el tiempo nuevo", ha dicho el Maestro».

«Habrá dicho el nuevo año».

«No. Ha dicho: "el tiempo nuevo". Tanto es así que el jefe de la sinagoga no va a usar ese dinero antes de la Fiesta de los Ácimos».

«¡Y qué habrá querido decir?» preguntan varios.

«No sé qué habrá querido decir. Ninguno lo sabe. Ni siquiera Juan, su predilecto, ni Simón de Jonás, que es el jefe de los discípulos. Se lo he preguntado a ellos: el primero se ha puesto pálido, el segundo se ha quedado absorto, como una persona que tratara de adivinar».

«¿Y Judas de Keriot? Cuenta mucho entre ellos. Quizás más que los otros dos. Sabe todo. Eso dice él. Sabrá también esto. Pues vamos a preguntarle. Le gusta decir lo que sabe».

568.9 [9]Caminan para alcanzar a Judas, que sigue aislado como al principio, ahora solo en el sendero porque los otros han torcido y parece como si se los hubiera tragado el tupido follaje de la pendiente.

«Judas, escúchanos. El Maestro dice que quiere una gran fiesta para la Pascua de los Ácimos para saludar el tiempo nuevo. ¿Qué querrá decir?».

«No lo sé. ¿Acaso estoy yo en el pensamiento del Maestro? Preguntádselo a Él, que tanto os quiere», y acelera el paso, dejándolos desilusionados.

«Tampoco él es el Maestro. No hay ninguno que tenga su piedad...» dicen meneando la cabeza.

«Bueno, a fin de cuentas, no es a ellos a los que seguimos. ¡Le seguimos a Él! Y bien hacemos. Vamos. A lo mejor de sus labios podemos saber, antes de que llegue a Judea, lo que quiso decir».

Y aceleran el paso, de forma que dan alcance a los otros, que están sentados descansando en un bosque de robles centenarios, teniendo frente a sus ojos uno de los más hermosos panoramas de Palestina.

569. En Silo, la parábola de los malos consejeros.

27 de febrero de 1947.

569.1 [1]Jesús está hablando en medio de una plaza arbolada. El Sol, cu-

yo ocaso apenas ha comenzado, y filtrándose a través de las hojas nuevas de gigantescos plátanos, la ilumina con una luz entre amarilla y verde: parece como si sobre la vasta plaza estuviera extendido un entrecielo sutil y de gran valor, que filtrara la luz solar sin obstaculizarla.

Dice Jesús:

«Escuchad. Un día un gran rey mandó a su amado hijo a la parte de su reino cuya justicia quería probar, diciéndole: "Ve, visita todos los lugares, haz el bien en mi nombre, instruye acerca de mí, haz que me conozcan y me quieran. Te doy todos los poderes. Todo lo que hagas estará bien hecho". El hijo del rey, recibida la bendición paterna, fue a donde el padre le había mandado, y, con algún escudero suyo y amigo, púsose a recorrer, infatigable, esa parte del reino de su padre.

Ahora bien, esa región, debido a una serie de acontecimientos desafortunados, se había dividido moralmente en partes contrarias entre sí, partes que —cada una por su cuenta— elevaban grandes gritos y enviaban urgentes súplicas al rey para decir que cada una de ellas era la mejor, la más fiel, mientras que las partes vecinas serían pérfidas y merecerían ser castigadas. Por tanto, el hijo del rey se encontró frente a unas personas cuyos ánimos cambiaban según la ciudad a la que pertenecían, pero que coincidían en dos cosas: la primera, en creerse cada uno mejor que los otros; la segunda, en querer hundir a la ciudad vecina y enemiga empequeñeciéndola ante los ojos del rey. Siendo justo y sabio, el hijo del rey trató, entonces, de instruir con mucha misericordia en orden a la justicia a cada una de las partes de esa región, para conquistarla por entero para la amistad y la estima de su padre. Y, siendo bueno como era, lo conseguía, aunque lentamente, porque, como siempre sucede, sólo los rectos de corazón de cada una de las distintas provincias de la región seguían sus consejos. Es más —es justo decirlo—, precisamente en los lugares en que con desprecio se decía que escaseaba más la sabiduría y la voluntad, encontró más voluntad de escucharle y de hacerse sabios en la verdad.

Entonces los de las provincias cercanas dijeron: "Si no hacemos nada, la gracia del rey irá por entero a estos a los que despreciamos. Vayamos y creemos subversión en esos a quienes odiamos. Pero vamos fingiendo que nosotros mismos hemos cambiado y estamos dispuestos a deponer los odios para tributar honor al hijo del rey". Y fueron. Se diseminaron, con apariencia de amigos, por las ciudades de la provincia rival. Iban aconsejando con falsa bondad lo que convenía hacerse para honrar cada vez más y mejor al hijo del rey, y, por tanto, a su padre el rey (porque el honor tributado al hijo, enviado de

su padre, es siempre honor tributado a aquel que le ha enviado). Pero ésos no honraban al hijo del rey; antes al contrario, le odiaban intensamente, hasta el punto de que querían hacerle odioso ante los súbditos y ante el propio rey. Tan astutos fueron en presentarse cándidos, tan bien supieron presentar como óptimos sus consejos, que muchos de la región vecina recibieron por bueno lo que era malo y abandonaron el camino recto que seguían, tomando un camino desviado. Y el hijo del rey constató que en muchos su misión fallaba.

569.2 [2]Ahora decidme vosotros: ¿Quién fue el mayor pecador ante los ojos del rey? ¿Cuál fue el pecado de los que aconsejaban, y cuál el de los que aceptaron el consejo? Y también os pregunto: ¿Con quién ese rey bueno habrá sido más severo? ¿No sabéis responderme? Os lo diré Yo.

El mayor pecador ante los ojos del rey fue el que incitó al mal a su prójimo, *por odio* a éste, al que quería arrojar a tinieblas de ignorancia aún más profundas; *por odio* hacia el hijo del rey, al que quería quebrantar en lo tocante a su misión, haciéndole aparecer incapaz ante los ojos del rey y de los súbditos; *por odio* hacia el mismo rey, porque si el amor que se tributa al hijo es amor al padre, igualmente el odio dirigido contra el hijo es odio contra el padre. Así pues, el pecado de los que aconsejaban el mal, con plena inteligencia de que estaban aconsejando el mal, era pecado de odio, además de ser pecado de embuste; de odio premeditado. Sin embargo, el de los que aceptaron el consejo, creyéndolo bueno, era únicamente pecado de estupidez.

Pero, bien sabéis vosotros que es responsable de sus acciones el inteligente, mientras que el que, por enfermedad o por otra causa, carece de inteligencia no es responsable en primera persona, sino que sus padres son responsables por él. Por eso, hasta que un niño no es mayor de edad, es considerado irresponsable, y es el padre el que responde de las acciones del hijo. Por tanto, el rey, que era bueno, fue severo con los malos consejeros inteligentes, y fue benigno con los que por éstos habían sido engañados, y simplemente los amonestó por haber creído a un súbdito cualquiera en vez de preguntar directamente al hijo del rey y así haber sabido de labios de éste lo que verdaderamente había que hacer: porque sólo el hijo conoce realmente los designios del padre suyo.

569.3 [3]Ésta es la parábola, pueblo de Silo, ciudad que en una serie de ocasiones, durante el transcurso de los siglos, recibió consejos, provenientes de Dios, de los hombres o de Satanás, consejos de distinta naturaleza, consejos que florecieron en orden al bien cuando fueron seguidos como consejos de bien o cuando, habiéndolos reconocido co-

mo consejos de mal, se rechazaron; y que florecieron en orden al mal cuando, siendo santos, no fueron acogidos, o cuando, siendo malos, fueron acogidos.

Porque el hombre tiene esta magnífica libertad de arbitrio, y puede querer libremente el bien o el mal, y posee también ese otro magnífico don que es un intelecto capaz de discernir el bien y el mal; de manera que no es tanto el consejo en sí mismo, cuanto el modo con que puede ser recibido, lo que puede acarrear premio o castigo. Pues si ninguno puede impedir a los malos tentar a su prójimo para causarle la ruina, nada puede impedir a los buenos rechazar la tentación y permanecer fieles al bien. El mismo consejo puede perjudicar a diez y beneficiar a otros diez, porque, si el que lo sigue se perjudica, el que no lo sigue beneficia a su alma.

Por tanto, que ninguno diga: "Nos dijeron que hiciéramos tal cosa". Sino que cada cual diga con sinceridad: "Quise hacerlo". Recibiréis entonces, al menos, el perdón que se da a los sinceros. Y si dudáis acerca de la bondad del consejo que recibís, meditad antes de aceptarlo y de ponerlo en práctica. Meditad invocando al Altísimo, que nunca niega sus luces a los espíritus de buena voluntad. Y si vuestra conciencia, iluminada por Dios, ve aunque sólo sea un punto, pequeño, imperceptible, pero que no puede darse en una obra de justicia, entonces decid: "No haré esto porque es justicia impura".

[4]En verdad os digo que el que haga buen uso de su intelecto y li- 569.4
bertad de arbitrio e invoque al Señor para ver la verdad de las cosas, no será quebrantado por la tentación, porque el Padre de los Cielos le ayudará a hacer el bien contra todas las insidias del mundo y Satanás.

* Traed a vuestra memoria a Ana de Elcaná y a los hijos de Elí. El ángel luminoso de Ana le había aconsejado que hiciera un voto al Señor si la hacía fecunda. El sacerdote Elí aconseja a sus hijos que vuelvan a la justicia y que no pequen más contra el Señor. Y, a pesar de que al hombre, por el lastre que le grava, le sea más fácil comprender la voz de otro hombre que no el espiritual e insensible —insensible para los sentidos físicos— decir del ángel del Señor que habla al espíritu; a pesar de ello, Ana de Elcaná, porque es buena y mantiene su rectitud en la presencia de Dios, acoge el consejo y da a luz a un profeta, mientras que, por el contrario, los hijos de Elí, por ser malos y vivir alejados de Dios, no acogen el consejo de su padre y mueren castigados por Dios con una muerte violenta.

[5]Los consejos tienen dos valores: el de la fuente de que provienen 569.5

* *Traed a vuestra memoria* cuanto se narra en *1 Samuel 1-2.*

(valor que ya de por sí es grande porque puede tener consecuencias incalculables), y el del corazón destinatario. El valor que los consejos reciben del corazón al que se proponen no sólo es incalculable, sino que también es inmutable. Porque, si el corazón es bueno y sigue un consejo bueno, da al consejo el valor propio de una obra justa, y, si no lo hace, le quita la segunda parte de valor: el consejo, entonces, sigue siendo consejo, *pero no obra*, o sea, es mérito sólo para el que lo da. Y, si el consejo es malo y no es acogido por el corazón bueno —en vano tentado con lisonjas o con el terror para que lo ponga en práctica—, adquiere el valor de victoria sobre el Mal y de martirio por fidelidad al Bien, y, por tanto, prepara un gran tesoro en el Reino de los Cielos.

Así pues, cuando vuestro corazón se vea tentado por otros, meditad —poniéndoos a la luz de Dios— si eso pueden ser palabras buenas; y si, con la ayuda de Dios, que permite las tentaciones pero no quiere vuestra perdición, veis que no es una cosa buena, sabed deciros a vosotros mismos y también a quien os tienta: "No. Yo permanezco fiel a mi Señor, y que esta fidelidad me absuelva de mis pecados pasados y me admita de nuevo dentro del Reino —y no quede fuera, en la puerta—, porque también para mí el Altísimo ha enviado a su Hijo para conducirme a la salvación eterna".

Idos. Si alguno me necesita, ya sabéis dónde estoy para el descanso nocturno. Que el Señor os ilumine».

570. En Lebona, la parábola de los mal aconsejados.

28 de febrero de 1947.

570.1 [1]Están para entrar en Lebona, ciudad que no me parece muy importante ni bonita, pero que, en cambio, está muy llena de gente; la razón es que ya están en movimiento las caravanas que para la Pascua bajan a Jerusalén, procedentes de Galilea, Iturea, la Gaulanítida, la Traconítida, la Auranítida y la Decápolis. Yo diría que es que Lebona está situada en un camino de caravanas; es más, diría que es un nudo de caminos, caminos de caravanas, que vienen de esas regiones (del Mediterráneo y del este y norte de Palestina), para confluir en este lugar, en la vasta vía que conduce a Jerusalén. Probablemente la preferencia de la gente se debe al hecho de que esta vía está muy patrullada por los romanos, de forma que se sienten más seguros del peligro de malos encuentros con bandidos. Pienso esto, pero quizás la preferencia se debe a otras causas, a recuerdos históricos o sagrados, no lo sé.

Las caravanas se están poniendo en movimiento —la hora es propicia: por el Sol, opino que son aproximadamente las ocho de la mañana— en medio de un gran rumor de voces, gritos, rebuznos, cascabeles, ruedas. Mujeres que llaman a los niños. Hombres que azuzan a los animales. Vendedores ofreciendo mercancías. Tratos entre vendedores samaritanos y gente... menos hebrea, o sea, de la Decápolis y de otras regiones, poco intransigentes por estar más fundidas con el elemento pagano; rechazos desdeñosos, incluso con improperios, cuando un desdichado vendedor de Samaria se acerca a ofrecer su género a algún campeón del judaísmo. Tanto gritan éstos sus anatemas, que parece como si se les hubiera acercado el diablo en persona... lo cual suscita vivísimas reacciones de los samaritanos ofendidos, y se produciría algún tumulto si no estuvieran los soldados romanos vigilando bien.

570.2 [2]Jesús avanza en medio de este jaleo. En torno a Él, los apóstoles; detrás, las discípulas; detrás de éstas, la fila de los de Efraím engrosada por muchos de Silo.

Un murmullo precede al Maestro, y se propaga desde los que le ven hasta los que están más lejos y todavía no le ven. Un murmullo más fuerte le sigue. Y muchos suspenden la salida para ver lo que sucede.

Se preguntan: «¿Cómo? ¿Se aleja cada vez más de Judea? ¿Es que predica ahora en Samaria?».

Una voz cantarina de Galilea: «Los santos le han rechazado y se dirige a los no santos para santificarlos, para bochorno de los judíos».

Una respuesta más mordaz que un ácido venenoso: «Ha encontrado ya su nido, y también a quien entiende sus palabras de demonio».

Otra voz: «¡Callad, asesinos del Justo! Esta persecución os marcará con el más triste nombre para todo el futuro; a vosotros, tres veces más corrompidos que nosotros los de la Decápolis».

Otra voz, de anciano, también mordaz: «Es tan justo, que huye del Templo en la Fiesta de las fiestas. ¡Je! ¡Je! ¡Je!».

Uno de Efraím, rojo de ira: «No es verdad. ¡Mientes, vieja serpiente! Va ahora a su Pascua».

Un barbado escriba, con desprecio: «Por el camino del Garizim».

«No. Del Moria. Viene a bendecirnos porque sabe amar; luego subirá hacia vuestro odio, ¡malditos!».

«¡Calla, samaritano!».

«¡Calla tú, demonio!».

«Quien cree tumulto irá a las galeras. Así lo tiene ordenado Poncio Pilato. No lo olvidéis. Y desalojad este lugar» impone un suboficial romano haciendo maniobrar a sus subordinados para separar a

algunos que están ya para enzarzarse por una de esas muchas disputas regionales y religiosas que fácilmente surgían en la Palestina de los tiempos de Cristo.

La gente se separa, pero ya ninguno parte. Llevan a los asnos a las caballerizas, o los encaminan hacia el lugar a donde se ha dirigido Jesús. Mujeres y niños se apean y siguen a sus maridos o padres, o bien se quedan en grupo charlador, si el estado de ánimo del marido o del padre así lo ordena, «para que no oigan hablar al demonio». Pero los hombres, amigos, enemigos, o simplemente curiosos, se apresuran a ir al lugar a donde se ha dirigido Jesús. Y, mientras van, se miran mal, o se gozan de esta inesperada alegría, o hacen preguntas: según sean amigos y enemigos, o amigos entre sí, o curiosos.

570.3 [3]Jesús se ha parado en una plaza, junto a la inevitable fuente ubicada a la sombra de algún árbol. Está allí, contra la húmeda pared de la fuente, que aquí está como cubierta por un pequeño pórtico abierto solamente por un lado. Quizás es un pozo, más que una fuente. Se parece al pozo de En Royel.

Está hablando con una mujer, que le muestra al hijito que lleva en sus brazos. Veo que Jesús asiente y pone su mano en la cabeza del niño. En seguida veo que la madre alza al niño y grita: «Malaquías, Malaquías, ¿dónde estás? Nuestro hijo ya no es deforme», y la mujer eleva cantarina su hosanna, al que se une el de la gente mientras un hombre se abre paso y va a postrarse ante el Señor.

La gente comenta lo sucedido. Las mujeres —la mayor parte de ellas, madres— se congratulan con la mujer agraciada. Los más lejanos, después de haber gritado «¡hosanna!» para unirse a los que saben lo que ha sucedido, alargan el cuello y preguntan: «¿Pero qué ha pasado?».

«Un niño jorobado. Tan jorobado, que a duras penas podía sostenerse sobre sus piernas. Era así de alto sólo. No exagero, así, de lo encorvado que estaba. Parecía de tres años y tenía siete. ¡Miradle ahora! Tiene la altura de todos, está derecho como una palma, y ágil. Mirad cómo se encarama al murete de la fuente para que le vean y para ver. ¡Mirad cómo ríe feliz!».

570.4 [4]Un galileo se vuelve a uno que, a juzgar por los esponjosos cairele del cinturón, creo adivinar si digo que es un rabí; le pregunta: «¡Eh! ¿Tú que piensas? ¿También esto es una obra del demonio? Verdaderamente, si así actúa el demonio, o sea, eliminando tantas desventuras para hacer felices a los hombres y hacer que Dios sea alabado, ¡habrá que decir que es el mejor siervo de Dios!».

«¡Blasfemo, calla!».

«No estoy blasfemando, rabí. Comento lo que veo. ¿Por qué vuestra santidad nos acarrea sólo pesos y desventuras, y nos trae improperios a los labios, y pensamientos de desconfianza en el Altísimo, mientras que las obras del Rabí de Nazaret nos dan la paz y la certeza de que Dios es bueno?».

El rabí no responde. Se separa y va a cuchichear algo con otros, amigos suyos. [5]Y uno de ellos se separa del grupo. Se abre paso entra 570.5
la gente y, llegado frente a Jesús, le pregunta sin saludarle antes: «¿Qué piensas hacer?».

«Hablar a los que piden mi palabra» responde Jesús mirándole a los ojos, sin desprecio, pero también sin miedo.

«No te es lícito. El Sanedrín no quiere».

«Lo quiere el Altísimo, del que el Sanedrín debería ser siervo».

«Sabes que has sido condenado. Calla, o...».

«Mi nombre es Palabra. Y la Palabra habla».

«A los samaritanos. Si fuera verdadero que eres quien dices ser, no darías a los samaritanos tu palabra».

«Se la he dado, y seguiré dándosela, a galileos, a judíos, a samaritanos, porque a los ojos de Jesús no hay diferencia».

«¡Intenta hablar en Judea, si te atreves!...».

«En verdad, hablaré. Esperadme. ¿No eres Eleazar ben Parta? ¿Sí? Entonces verás antes que Yo a Gamaliel. Dile en nombre mío que también a él le daré, después de veintiún años, la respuesta que espera. ¿Comprendes? Recuérdalo bien: también a él le daré, después de veintiún años, la respuesta que espera. Adiós».

«¿Dónde? ¿Dónde quieres hablar? ¿Dónde quieres responder al gran Gamaliel? Seguro que ha dejado Gamala de Judea para entrar en Jerusalén. Pero, aunque estuviera todavía en Gamala, no podrías hablar con él».

«¿Dónde? ¿Y dónde se reúnen los escribas y rabíes de Israel?».

«¿En el Templo? ¿Tú en el Templo? ¿Te atreverías? ¿Pero no sabes...?».

«¿Que me odiáis? Lo sé. Me basta con no ser odiado por mi Padre. Dentro de poco el Templo se estremecerá por mi palabra».

Y, sin preocuparse ya más de su interlocutor, abre los brazos para imponer silencio a la gente, alterada entre opuestas corrientes y alborotada contra los perturbadores. [6]Se produce en seguida silencio, y 570.6
en el silencio Jesús habla:

«En Silo he hablado de los malos consejeros, y de lo que puede realmente hacer, de un consejo, un bien o un mal. A vosotros, que no sois sólo de Lebona, sino que ya sois de todas las partes de Palestina, os propongo ahora esta parábola. La llamaremos: "La parábola de

los mal aconsejados".

Oíd. Había una familia numerosísima. Tan numerosa, que era una tribu. Numerosos hijos se habían casado y habían formado, en torno a la primera familia, muchas otras familias ricas en hijos, los cuales, casándose, a su vez habían formado otras familias. De manera que el anciano padre se había encontrado como a la cabeza de un pequeño reino donde él era el rey.

Como siempre sucede en las familias, los muchos hijos, y los hijos de los hijos, tenían caracteres distintos. Unos eran buenos y justos, otros avasalladores e injustos. Unos estaban contentos con su estado, otros eran envidiosos y les parecía menor su parte que la de su hermano o pariente. Y, junto al peor, estaba el mejor de todos. Era natural que este bueno fuera el más amado, el más tiernamente amado, por el padre de toda esa gran familia. Y, como siempre sucede, el malvado y los que más se parecían a él odiaban al bueno, porque era el más amado, no reflexionando en que también ellos habrían podido ser amados, si hubieran sido buenos como éste. Y al bueno, a quien el padre confiaba sus pensamientos para que, a su vez, los manifestara a todos, le seguían los otros buenos. De manera que, pasada una serie de años, esa gran familia se había divido en tres partes: la de los buenos y la de los malos, y, entre ésta y aquélla, la tercera, compuesta por los titubeantes (los cuales se sentían atraídos hacia el hijo bueno pero temían al hijo malo y a los de su partido). Esta tercera parte oscilaba entre las dos primeras y no sabía decidirse con firmeza por una o por otra.

Entonces el anciano padre, viendo esta incertidumbre, dijo a su hijo amado: "Hasta ahora has dedicado tu palabra especialmente a los que la aman y a los que no la aman, porque los primeros te la piden para amarme cada vez más con justicia, y los otros son necios que deben ser corregidos en orden a la justicia. Pero, como ves, éstos, los necios, no sólo no la acogen —de forma que siguen siendo lo que eran—, sino que a su primera injusticia, respecto a ti, portador de mi deseo, añaden la de corromper con malos consejos a aquellos que todavía no saben decidirse fuertemente por el camino mejor. Ve, pues, donde estos últimos y háblales de lo que soy yo y de lo que eres tú, y de lo que deben hacer para estar conmigo y contigo".

570.7 [7]El hijo, siempre obediente, fue, como quería el padre. Y cada día que pasaba conquistaba algún corazón. De forma que el padre vio así con claridad quiénes eran los verdaderos hijos suyos rebeldes, y los miraba con severidad, aunque no los increpaba, porque era padre y quería atraerlos a sí con la paciencia, el amor y el ejemplo de los buenos.

Pero los malos, al verse solos, dijeron: "De esta forma, demasiado

claramente se ve que nosotros somos los rebeldes. Antes nos camuflábamos entre los que no eran ni buenos ni malos. ¡Ahora ahí los veis! Van todos detrás del hijo predilecto. Hay que hacer algo. Destruir su obra. Vamos, fingiendo que hemos cambiado, y nos introducimos entre los recién convertidos, y también entre los más simples de los mejores, y difundimos la voz de que el hijo predilecto finge servir al padre, pero que en realidad se está atrayendo seguidores para sublevarse contra él; o también decimos que el padre tiene intención de eliminar al hijo y a sus seguidores porque triunfan demasiado y empañan su gloria de padre-rey, y que, por tanto, para defender al hijo predilecto traicionado, debemos retenerle con nosotros, lejos de la casa paterna donde le espera la traición".

Y se pusieron en marcha. Y fueron tan astutamente sutiles en sugerir y extender voces y consejos, que muchos cayeron en la celada, especialmente los que hacía poco que se habían convertido, a los que los malos consejeros daban este mal consejo: "¿Veis cuánto os ha amado? Ha preferido venir a vosotros antes que estar junto a su padre, o, cuando menos, junto a los buenos hermanos. Tanto ha hecho, que ante los ojos del mundo os ha levantado de la abyección en que os encontrabais: erais personas que no sabían lo que querían y, por tanto, erais objeto de burla por parte de todos. Por esta predilección que ha mostrado hacia vosotros, tenéis el deber de defenderle, incluso tenéis el deber de retenerle con la fuerza, si no bastan vuestras palabras de persuasión para que se quede en vuestros campos. O... sublevaros. Proclamadle vuestro caudillo y rey y marchad contra el inicuo padre y sus hijos, inicuos como él".

Y a los que titubeaban haciendo esta observación: "Pero él quiere, él ha querido que le acompañáramos a rendir honor al padre, y nos ha obtenido bendiciones y perdón", a éstos, les decían: "¡No lo creáis! No os ha dicho toda la verdad, ni el padre os ha mostrado toda la verdad. El hijo ha actuado así porque siente que el padre está para traicionarle y ha querido probar vuestros corazones para saber dónde encontrar protección y refugio. Pero, quizás... ¡es tan bueno!... quizás luego se arrepiente de haber dudado de su padre y quiere volver donde él. No se lo permitáis".

Y muchos prometieron: "No lo permitiremos" y se pusieron, apasionadamente, a buscar planes adecuados para retener al hijo predilecto, sin darse cuenta de que mientras los malos consejeros decían: "Os ayudaremos a salvar al bendito" sus ojos estaban llenos de luces de falsedad y crueldad, y sin darse cuenta de que éstos se intercambiaban miradas frotándose las manos y bisbiseando: "¡Caen en la trampa! ¡Triunfaremos!" cada vez que alguno se adhería a sus su-

brepticias palabras.

570.8 [8]Luego se marcharon los malos consejeros. Se marcharon esparciendo por otros lugares la voz de que pronto tendría lugar la traición del hijo predilecto, que había salido de las tierras de su padre para crear un reino, contrario al padre, con aquellos que odiaban a su padre, o que, por lo menos, le profesaban incierta estima. Y, entretanto, los que habían sido sugestionados por los malos consejos tramaban cómo podrían inducir al hijo predilecto al pecado de rebelión que habría de escandalizar al mundo.

Sólo los más sabios de entre ellos —aquellos en que había penetrado más profundamente la palabra del justo, aquellos en que la palabra del justo había arraigado por haber caído en terreno deseoso de acogerla—, tras haber reflexionado, dijeron: "No. Hacer eso no es bueno. Es un acto de maldad hacia el padre, hacia el hijo y también hacia nosotros. Conocemos la justicia y sabiduría del uno y del otro, las conocemos aunque, por desgracia, no siempre las hayamos seguido. Y no debemos pensar que los consejos de los que han estado siempre abiertamente contra el padre y la justicia, y también contra el hijo predilecto del padre, pueden ser más justos que los que nos ha dado el hijo bendito". Y no los siguieron. Es más, con amor y dolor, dejaron marcharse al hijo a donde debía ir, limitándose a acompañarle con signos de amor hasta los confines de sus campos, y a prometerle en la despedida: "Vete. Nosotros nos quedamos. Pero tus palabras están en nosotros, y de ahora en adelante haremos lo que el padre quiere. Ve tranquilo. Tú nos has sacado para siempre del estado en que nos hallaste. Ahora, de nuevo en el buen camino, sabremos ir por él hasta llegar a la casa paterna, y así recibir la bendición del padre".

Por el contrario, algunos prestaron su adhesión a los malos consejos y pecaron, tentando a pecar al hijo predilecto y burlándose de él como necio por obstinarse en cumplir con su deber.

570.9 [9]Ahora Yo os pregunto: "¿Por qué el mismo consejo obró en manera distinta?". ¿No respondéis? Os lo diré Yo, como lo dije en Silo. Porque los consejos adquieren valor o resultan nulos según que sean o no acogidos. Si uno no quiere pecar, no pecará. Inútilmente será tentado con malos consejos. Y no será castigado por haber tenido que oír las insinuaciones de los malvados. No será castigado porque Dios es justo y no castiga por culpas no cometidas. Será castigado sólo si, después de haber debido escuchar el Mal que tienta, sin hacer uso del intelecto para meditar sobre la naturaleza y origen del consejo, lo pone en práctica. Y no tendrá disculpa por decir: "Lo consideré bueno". Bueno es lo que agrada a Dios. ¿Puede, acaso, Dios aprobar y aceptar con agrado una desobediencia o algo que induzca a la deso-

bediencia? ¿Puede Dios bendecir algo que se oponga a su Ley, o sea, a su Palabra? En verdad os digo que no. Y os digo también en verdad que hay que saber morir, antes que transgredir la Ley divina.

En Siquem seguiré hablando para haceros justos en orden a saber querer o no querer practicar el consejo que se os ofrece. Podéis iros».

[10]La gente se marcha haciendo comentarios. 570.10

«¿Has oído? ¡Sabe lo que nos dijeron! Y nos ha dado un toque de atención en orden a la rectitud» dice un samaritano.

«Sí. ¿Y has visto cómo se han inquietado los judíos y los escribas que estaban presentes?».

«Sí. Ni siquiera han esperado al final para marcharse».

«¡Malas víboras! Pero... Él dice lo que quiere hacer. Hace mal. Podría causarse problemas. ¡Los del Ebal y el Garizim se han exaltado mucho!...».

«Yo... nunca me he forjado una falsa idea. El Rabí es el Rabí. Y diciendo esto está dicho todo. ¿Puede, acaso, pecar el Rabí no subiendo al Templo de Jerusalén?».

«Encontrará la muerte. ¡Ya verás!... ¡Y será el final!...».

«¿Para quién? ¿Para Él? ¿Para nosotros? ¿O... para los judíos?».

«Para Él. ¡Si muere!».

«Eres un necio. Yo soy de Efraím. Le conozco bien. He vivido a su lado dos lunas enteras. Más de dos lunas. Siempre hablaba con nosotros. Será doloroso... pero no será el final, ni para Él ni para nosotros. No puede morir, acabar, el Santo de los santos. Ni puede acabar así para nosotros. Yo... soy un ignorante, pero siento que el Reino vendrá cuando los judíos crean que ha acabado... Y serán ellos los que encontrarán su final...».

«¿Piensas en una venganza del Maestro por parte de los discípulos? ¿Una rebelión? ¿Una matanza? ¿Y los romanos?...».

«¡No hay necesidad de discípulos, de venganzas humanas, de matanzas! Será el Altísimo el que los vencerá. ¡Bien nos ha castigado a nosotros, durante siglos, y por mucho menos! ¿Piensas que no los castigará por su pecado de atormentar a su Cristo?».

«¡Verlos derrotados! ¡Ah!».

«Tienes un corazón como no querría el Maestro que lo tuvieras. Él ora por sus enemigos...».

«Yo... mañana le seguiré. Quiero oír lo que dirá en Siquem».

«Yo también».

«Y yo también...».

Muchos de Lebona tienen el mismo pensamiento y, fraternizando con los de Efraím y Silo, van a prepararse para la partida del día siguiente.

571. Llegada a Siquem y recibimiento.

1 de marzo de 1947.

571.1 [1]Ahí está Siquem, hermosa y adornada; llena de gente de Samaria que se dirige al templo samaritano; llena de peregrinos de todas partes dirigidos hacia el Templo de Jerusalén. El sol la inunda toda, pues está extendida sobre las laderas del este del Garizim, que la supera por el extremo oeste, todo verde; tan verde el monte como blanca la ciudad. A su nordeste el Ebal, de aspecto aún más agreste, parece protegerla de los vientos del Norte. La fertilidad del lugar, rico de aguas que descienden desde la divisoria de los montes y se dirigen en dos arroyos risueños, nutridos por cien regatillos, hacia el Jordán, es magnífica, y rezuma por las tapias de los jardines y en los setos de los huertos. Todas las casas se enguirnaldan de verde, de flores, de ramas donde crecen los pequeños frutos; y la mirada, recorriendo los alrededores bien visibles, dada la configuración del terreno, no ve sino verde de olivares, de viñedos, de matas de árboles frutales, y amarillecer de campos que dejan, cada día más, el color glauco del trigo tierno para ir adquiriendo un delicado amarillor de paja, de espigas maduras, que el sol y el viento, plegando y agrediendo, ponen casi de un blanco de oro blanco.

Verdaderamente las mieses "amarillecen", como dice Jesús, ahora realmente blondas, después de haber sido "blanquecinas" cuando nacían, y luego de un color verde de preciosa joya mientras crecían y echaban espiga. Ahora el Sol las prepara para la muerte, después de haberlas preparado para la vida. Y uno no sabe si bendecirle más ahora que las conduce al sacrificio, o cuando, paterno, daba calor a los terrones para hacer germinar el trigo y pintaba la palidez del tallo, desde el momento mismo en que asomaba, de un hermoso verde lleno de vigor y promesas.

571.2 [2]Jesús, que ha hablado de esto entrando en la ciudad y señalando al lugar del encuentro con la Samaritana, y aludiendo a aquella conversación lejana, dice a sus apóstoles, a todos menos a Juan (ya en su puesto de consolador, junto a María, que está muy afligida): «¿Y no se cumple ahora lo que entonces dije? En aquella ocasión entramos aquí desconocidos y solos. Sembramos. ¡Ahora, mirad! Mucha mies ha nacido de aquella semilla. Y seguirá creciendo y vosotros recogeréis. Y otros, además de vosotros, recogerán...».

«¿Y Tú no, Señor?» pregunta Felipe.

«Yo he recogido donde había sembrado mi Precursor. Y luego he

---

* *encuentro con la Samaritana*, en el capítulo 143.

sembrado para que vosotros recogierais y sembrarais con la semilla que os había dado. Pero, de la misma forma que Juan no recogió lo sembrado, Yo tampoco recogeré esta mies. Nosotros somos...».

«¿Qué, Señor?» pregunta inquieto Judas de Alfeo.

«Las víctimas, hermano mío. Se requiere sudor para hacer fértiles los campos. Y se requiere sacrificio para hacer fértiles los corazones. Nosotros aparecemos, trabajamos, morimos. Otro, después de nosotros, toma nuestro puesto, aparece, trabaja, muere... Y otro recoge lo que nosotros regamos muriendo».

«¡Oh, no! ¡No digas eso, Señor mío!» exclama Santiago de Zebedeo.

«¿Y tú, discípulo de Juan antes que mío, dices eso? ¿No recuerdas las palabras de tu primer maestro?: "Es necesario que Él crezca y yo disminuya". Él comprendía la belleza y la justicia de morir para dar a otros la justicia". Yo no seré inferior a él».

«Pero Tú, Maestro, eres Tú: ¡Dios! Él era un hombre».

«Soy el Salvador. Como Dios, debo ser más perfecto que el hombre. Si Juan, hombre, supo mermar para hacer surgir el verdadero Sol, Yo no debo empañar la luz de mi Sol con nieblas de vileza. Debo dejar un límpido recuerdo mío. Para que vosotros caminéis. Para que el mundo crezca en la Idea cristiana. [3]El Cristo se marchará, volverá 571.3
al lugar de donde ha venido, y allí os amará estando atento a vuestro trabajo, preparándoos el puesto que será vuestro premio. Pero el Cristianismo no se marcha. El Cristianismo crecerá por mi partida... y por la de todos aquellos que, sin apegos al mundo y a la vida terrena, sepan, como Juan y como Jesús, marcharse... morir para dar vida».

«¿Entonces encuentras justo que te den muerte?...» pregunta, casi acongojado, Judas Iscariote.

«No encuentro justo que me den muerte. Encuentro justo morir en aras de lo que mi sacrificio producirá. El homicidio será siempre homicidio para quien lo lleva a cabo, aunque tenga valor y aspecto distinto en relación al que lo sufre».

«¿Qué quieres decir?».

«Quiero decir que, si el homicida mandado o forzado, como un soldado en la batalla o un verdugo que debe obedecer al magistrado, o uno que se defiende de un bandido, no tiene de ninguna manera en su alma el peso de un crimen, o tiene un relativo crimen de haber quitado la vida a un semejante, en cambio, aquel que sin orden y necesidad mata a un inocente, o coopera a su muerte, se presenta ante Dios con el rostro horrendo de Caín».

«¿Pero no podríamos hablar de otra cosa? Al Maestro le hace sufrir, tú pones ojos de torturado, a nosotros nos parece estar en la ago-

nía; si la Madre oyera, lloraría, ¡y ya bien que llora detrás de su velo!
571.4 ¡Hay muchas otras cosas de que hablar!... [4]¡Ah, mira, vienen los notables! Así os callaréis. ¡Paz a vosotros! ¡Paz a vosotros!». Pedro, que estaba un poco adelantado y se había vuelto para hablar, hace ahora reverencias a un nutrido grupo de siquemitas pomposos que vienen hacia Jesús.

«La paz a ti, Maestro. Las casas que te han hospedado la otra vez abren sus puertas para recibirte, y muchas otras casas, para las discípulas y para los que vienen contigo. Vendrán los que han sido agraciados por ti recientemente o lo fueron la primera vez. Sólo faltará una, porque se marchó del lugar para llevar una vida de expiación. Eso dijo, y yo lo creo, porque cuando una mujer se despoja de todo aquello que era objeto de su amor y rechaza el pecado y da sus bienes a los pobres, es señal de que verdaderamente quiere llevar una vida nueva. Pero no sabría decirte dónde está. Ninguno la ha vuelto a ver desde que dejó Siquem. A uno de nosotros le pareció verla, como criada, en un pueblo cercano al Fialé. Otro jura haberla reconocido vestida míseramente en Bersabea. Pero no es seguro el testimonio de estas personas. Se la llamó por su nombre y no respondió, y hay quien oyó en un lugar que a la mujer la llamaban Juana; esto fue en el otro Agar».

«No es necesario saber más, aparte de que ella se ha redimido. Cualquier otro dato acerca de ella es vano, y toda indagación es curiosidad indiscreta. Dejad a vuestra conciudadana en su secreta paz, satisfechos suficientemente con que ya no cause escándalo. Los ángeles del Señor saben dónde está, para darle la única ayuda de que tiene necesidad, la única ayuda que no puede perjudicar a su alma...
571.5 [5]Ahora sed caritativos con las mujeres, que están cansadas, y llevarlas a las casas. Mañana os hablaré. Hoy voy a escucharos a todos y voy a recibir a los enfermos».

«¿No te vas a quedar mucho tiempo con nosotros? ¿No vas a transcurrir aquí el sábado?».

«No. En otro lugar, en oración».

«Esperábamos tenerte mucho con nosotros...».

«Tengo el tiempo justo para volver a Judea para las fiestas. Os dejaré a los apóstoles y las mujeres, si quieren quedarse, hasta el atardecer del sábado. No os miréis así. Sabéis que debo tributar, más que nadie, honor al Señor Dios nuestro, porque el ser lo que soy no me exime de ser fiel a la Ley del Altísimo».

Se dirigen hacia las casas. En cada una entran dos discípulas y un apóstol: María de Alfeo y Susana con Santiago de Alfeo; Marta y María con el Zelote; Elisa y Nique con Bartolomé; Salomé y Juana

con Santiago de Zebedeo. Luego, en grupo, van juntos a otra casa Tomás, Felipe, Judas de Keriot y Mateo. Pedro y Andrés, a otra. Y Jesús, con Judas de Alfeo y Juan, entra con María, su Madre, en la de un hombre que siempre ha hablado en nombre de los habitantes del lugar. Los seguidores y los de Efraím, Silo y Lebona, y otros peregrinos que iban a Jerusalén y, interrumpiendo el viaje, se han unido a los que seguían a Jesús, se esparcen en busca de alojamiento.

572. En Siquem, la última parábola sobre los consejos dados y recibidos.

2 de marzo de 1947.

[1]La plaza más grande de Siquem aparece abarrotada de gente 572.1
hasta lo increíble. Yo creo que está ahí toda la ciudad, y que se han concentrado también los que viven en los campos y en los pueblos cercanos. Los de Siquem a primeras horas de la tarde del primer día deben haberse esparcido para avisar por todas partes, y todos han venido: sanos y enfermos, pecadores e inocentes. Repleta ya la plaza, atestadas las terrazas que están en lo alto de las casas, la gente se ha acoclado incluso encima de los árboles que dan sombra a la plaza.

En primera fila, en el lugar que se ha mantenido libre para Jesús, junto a una casa realzada sobre cuatro escalones, están los tres niños que Jesús salvó de los bandidos, y también los parientes. ¡Qué ansiosos, los tres pequeñuelos de ver a su Salvador! Cada grito que se oye los hace volverse buscándole. Y, cuando se abre la puerta de la casa y en su vano aparece Jesús, los tres niñitos vuelan a su encuentro gritando: «¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!», y suben los altos escalones sin esperar siquiera a que Él baje a abrazarlos. Y Jesús se agacha, los abraza, los alza —vivo ramo de flores inocentes—, los besa en la cara... y ellos también le besan.

Un murmullo de la gente, conmovida, y alguna voz que dice: «Sólo Él sabe besar a nuestros inocentes». Y otras voces: «¿Veis cómo los quiere? Los salvó de los bandidos, les dio de comer y los vistió, les ha dado una casa y ahora los besa como si fueran los hijos de sus entrañas».

[2]Jesús, que ha puesto a los niños en el suelo, en el escalón más al- 572.2
to, cerca de su cuerpo, responde a todos contestando a estas últimas palabras anónimas:

«En verdad, éstos son para mí más que hijos de mis entrañas. Porque soy para ellos padre de su alma, que es mía, y no para el tiempo que pasa, sino para la eternidad que perdura. ¡Ojalá pudiera

decir lo mismo de todo hombre que de mí, Vida, obtuviera vida para salir de su muerte!

Cuando vine por primera vez a vosotros os invité a esto. Pero pensasteis que teníais mucho tiempo para decidiros a hacerlo. Sólo una persona fue solícita en seguir la llamada y en entrar por el camino de la Vida: la criatura más pecadora que había entre vosotros. Quizás, precisamente, porque se sintió muerta, *se vio* muerta, pútrida con su pecado, tuvo prisa en salir de la muerte. Vosotros ni os sentís ni os veis muertos, y no tenéis su prisa. Pero ¿qué enfermo espera a estar muerto para tomar las medicinas de vida? El muerto no necesita sino mortaja y bálsamos, y un sepulcro donde yacer para convertirse en polvo después de ser podredumbre. Porque el que la podredumbre de Lázaro, a quien miráis con ojos dilatados por el temor y el estupor, haya sido, por sabios fines, recompuesta por el Eterno y devuelta a la salud, no debe tentar a nadie a morir en su espíritu diciendo: "El Altísimo me dará de nuevo la vida del alma". No tentéis al Señor Dios vuestro.

572.3 [3]Venid vosotros a la Vida. Ya no hay tiempo de espera. La Vid ya va a ser vendimiada y exprimida. Preparad vuestro espíritu para el Vino de la Gracia que muy pronto os será dado. ¿No es lo que hacéis cuando vais a asistir a un gran banquete? ¿No preparáis vuestro estómago para que reciba alimentos y vinos selectos haciendo preceder al banquete una prudente abstinencia que afine el gusto y dé vigor al estómago para degustar y apetecer la comida y la bebida? ¿Y no hace lo mismo el viñador para catar el vino reciente? No desarregla su paladar el día en que quiere catar el vino nuevo; no lo hace porque quiere percibir con exactitud las cualidades y los defectos de ese vino, para corregir éstos y resaltar aquéllas, y así vender bien su mercancía. Pero si esto sabe hacer la persona que ha sido invitada a un banquete, para saborear con mayor deleite los manjares y vinos, y si el viñador hace eso para poder vender bien su vino, o para convertir en vendible aquello que si se ofreciera defectuoso sería rechazado por el comprador, ¿no debería saber hacerlo el hombre en orden a su espíritu, para saborear el Cielo, para ganar el tesoro y poder entrar en el Cielo?

Escuchad mi consejo. Éste sí, escuchadle. Es consejo bueno. Es consejo justo del Justo, al que vanamente se aconseja mal, del Justo que quiere salvaros de los frutos de los malos consejos que habéis recibido. Sed justos como Yo lo soy. Y sabed dar el justo valor a los consejos que os dan. Si sabéis haceros justos, daréis ese justo valor.

572.4 [4]Oíd una parábola. Una parábola que cierra el ciclo de las que he dicho en Silo y Lebona, y que habla también de los consejos que se

dan o se reciben.

Un rey mandó a su hijo amado a visitar su reino. El reino de este rey estaba dividido en muchas provincias, pues era vastísimo. En estas provincias existía un distinto conocimiento del rey. Algunas le conocían tanto, que se consideraban las predilectas y se ensoberbecían por ello. Estas provincias pensaban que eran las únicas perfectas en el conocimiento del rey y de lo que el rey quería. Otras le conocían pero no se creían sabias por ello y buscaban el modo de conocerle cada vez más. Otras conocían al rey, pero le querían a su manera, ya que se habían dado un código especial que no era el verdadero código del reino. Del verdadero código habían tomado aquello que les gustaba y hasta donde les gustaba, e incluso habían desvirtuado ese poco con mezclas de otras leyes —no buenas— tomadas de otros reinos, o que ellas mismas se habían dado. No. *No buenas*. Y otras provincias ignoraban todavía más acerca de su rey. Y algunas solamente sabían que había un rey, nada más que eso, y creían incluso que esto poco era una fábula.

El hijo del rey fue a visitar el reino de su padre para transmitir a las distintas regiones, a todas ellas, un exacto conocimiento del rey: bien corrigiendo la soberbia, bien elevando los ánimos, bien enderezando conceptos desviados, en otras regiones convenciendo para que eliminaran los elementos impuros de la ley pura, o enseñando para colmar las lagunas, o, en fin, instruyendo para dar un mínimo de conocimiento y de fe en orden a este rey real de quien todos los hombres eran súbditos. El hijo del rey pensaba, de todas formas, que la primera lección para todos había de ser el ejemplo de una justicia conforme al código, tanto en las cosas graves como en las menores. Y era perfecto. Tanto que la gente de buena voluntad se mejoraba a sí misma porque seguía las acciones y las palabras del hijo del rey, pues sus palabras y sus obras eran tan congruentes entre sí, sin disonancia alguna, que eran una única cosa.

[5]Pero los de las provincias que se sentían perfectas sólo por saber 572.5
al pie de la letra las letras del código, pero sin poseer su espíritu, veían que de la observancia de lo que hacía el hijo del rey y de lo que exhortaba a hacer, demasiado claramente resultaba que ellos conocían la letra del código pero no poseían el espíritu de la ley del rey, y que, por tanto, su hipocresía quedaba desenmascarada. Entonces pensaron quitar de en medio aquello que los hacía aparecer como eran. Y para hacerlo usaron dos vías: una contra el hijo del rey, la otra contra los seguidores del hijo del rey; para el primero, malos consejos y persecuciones; para los segundos, malos consejos e intimidaciones.

Muchas cosas son malos consejos. Es un mal consejo decir: "No hagas esto que te puede acarrear perjuicio" fingiendo interesarse positivamente. Y es mal consejo perseguir para persuadir a faltar contra su misión a aquel al que se quiere descarriar. Es consejo malo el decir a los propios partidarios: "Defended a toda costa y usando cualquier medio al justo perseguido", y es consejo malo decir a los propios partidarios: "Si le protegéis, os encontraréis con nuestro desdén". Pero ahora no estoy hablando de los consejos dados a los propios partidarios, sino de los consejos dados al hijo del rey y de los consejos encargados a otros, con falsa candidez, con perverso odio, o a través de ingenuos instrumentos que creyendo que los mueven para un beneficio en realidad son movidos para causar daño.

El hijo del rey escuchó estos consejos. Tenía oídos, ojos, intelecto y corazón. No podía, por tanto, no oírlos, no verlos, no comprenderlos, no discernir acerca de ellos. Pero el hijo del rey tenía, sobre todo, un espíritu recto de hombre verdaderamente justo, y a cada uno de los consejos que se le ofrecían, consciente o inconscientemente, para hacerle pecar y dar mal ejemplo a los súbditos e infinito dolor a su padre, respondió: "No. Yo hago lo que quiere mi padre. Sigo su código. El ser hijo del rey no me exime de ser el más fiel de sus súbditos en la observancia de la ley. Vosotros, que me odiáis y queréis amedrentarme, sabed que nada me hará violar la ley. Vosotros, los que me queréis y queréis salvarme, sabed que os bendigo por este pensamiento vuestro, pero sabed también que ni vuestro amor ni el amor mío hacia vosotros —por ser más fieles a mí que los que se dicen "sabios"— no debe hacerme injusto en mi deber hacia el amor más grande, que es el que ha de darse al padre mío".

572.6 [6]Ésta es la parábola, hijos míos. Y es tan clara, que todos pueden haberla comprendido. Y en los espíritus rectos sólo una voz puede surgir: "Él es realmente el Justo, porque ningún consejo humano puede desviarle por un camino de error". Sí, hijos de Siquem. Nada puede llevarme al error. ¡Ay si caminara en el error! ¡Ay de mí y ay de vosotros! En vez de ser vuestro Salvador, sería vuestro traidor, y tendríais razón en odiarme. Pero no lo haré.

No os reprendo por haber aceptado sugestiones y haber pensado una serie de medidas contra la justicia. No sois culpables porque lo habéis hecho por espíritu de amor. Pero os digo lo que he dicho al principio y al final. A vosotros os digo: Os quiero más que si fuerais hijos de mis entrañas, porque sois hijos de mi espíritu. Yo he conducido a la Vida a vuestro espíritu, y lo haré aún más. Sabed —y que éste sea el recuerdo mío— sabed que os bendigo por el pensamiento que habéis tenido en vuestro corazón. Pero creced en la justicia, que-

riendo solamente aquello que dé honor al Dios verdadero, a quien ha de profesarse un amor absoluto, como a ninguna otra criatura se ha de profesar. Venid a esta perfecta justicia que Yo os doy como ejemplo, justicia que aplasta los egoísmos del propio bienestar, los miedos de los enemigos y de la muerte; que todo lo aplasta para hacer la voluntad de Dios.

Preparad vuestro espíritu. El alba de la Gracia surge. El banquete de la Gracia ya está siendo preparado. Vuestras almas, las almas de los que quieren venir a la Verdad, están en las vísperas de su desposorio, de su liberación, de su redención. Preparaos en justicia para la fiesta de la Justicia».

572.7 [7]Jesús hace una seña a los parientes de los niños, que están cerca de éstos, para que entren en la casa con Él, y, habiendo alzado en brazos a los tres niños como al principio, se retira.

En la plaza la gente intercambia comentarios, muy distintos.

Los mejores dicen: «Tiene razón. Aquellos falsos enviados nos traicionaron».

Los menos buenos dicen: «Pero entonces no hubiera debido halagarnos. Hace que nos odien todavía más. Se ha burlado de nosotros. Es judío de veras».

«No podéis decir eso. Nuestros pobres saben de sus ayudas; nuestros enfermos, de su poder; nuestros huérfanos, de su bondad. No podemos pretender que peque para satisfacernos a nosotros».

«Ya ha pecado, porque haciendo que nos odien nos ha odiado...».

«¿Quién?».

«Todos. Y se ha burlado de nosotros. Sí, se ha burlado de nosotros».

Los distintos pareceres llenan la plaza, pero no turban el interior de la casa, donde está Jesús, junto con los notables y con los niños y sus parientes. Una vez más, se confirman la palabras proféticas: "Él será piedra de contradicción".

573. Partida para Enón después de un tira y afloja entre Judas Iscariote y Elisa, que se quedan en Siquem.

3 de marzo de 1947.

573.1 [1]Jesús, solo, medita sentado debajo de una encina gigantesca nacida en las faldas del monte que domina a Siquem. La ciudad, rosicler con el primer sol, está abajo, extendida sobre las pendientes más bajas del monte. Parece, vista desde arriba, un puñado de grandes cubos blancos desbaratados por un niño gigante en un verde prado en declive. Los dos cursos de agua junto a los que está edificada di-

bujan un semicírculo azulplata oscuro entorno a la ciudad; luego, uno de los dos entra en ella e introduce su canto y su cabrilleo entre las casas blancas, para salir luego y correr entre el verde, apareciendo y desapareciendo por entre matas exuberantes de olivos y árboles frutales, hacia el Jordán. El otro, más modesto, permanece fuera de los muros de la ciudad; los lame casi; y riega los fértiles huertos, para correr luego a calmar la sed de rebaños de ovejas blancas que pastan en prados salpicados de la sangre de las cabecitas rojas de las flores del trébol.

El horizonte se abre anchuroso frente a Jesús. Detrás de ondulaciones de colinas cada vez más bajas, se ve, a través de una franja de horizonte, el valle verde del Jordán, y allende éste los montes de Transjordania, que terminan al nordeste en las originales cimas de la Auranítida. El Sol, que ha salido de tras ellos, incide ahora en tres caprichosas nubes semejantes a tres cintas de sutil gasa puestas horizontalmente sobre el velo turquesa del firmamento; y la leve gasa de las tres nubes largas y estrechas se ha puesto toda de un rosa anaranjado semejante al de ciertos corales de gran valor. El cielo parece vallado por este enrejado aéreo, bellísimo, que Jesús mira fijamente. Bueno, mira en esa dirección, absorto. ¿Quién sabe... a lo mejor, ni siquiera le ve! Apoyado el codo en la rodilla, sujetando con la mano el mentón hincado en el cuenco de la palma, mira, piensa, medita. Por encima de Él, los pájaros, chilladores, alborotan describiendo un alegre carrusel de vuelos.

Jesús baja los ojos hacia Siquem, que va despertándose con el sol matutino. Ahora, a los pastores y rebaños —los únicos que antes animaban el panorama— se unen los grupos de peregrinos, y al tintineo de las esquilas de las greyes se une el de los cascabeles de los borricos, y voces, y rumores de pasos y palabras. El viento, con sus ondas, trae hasta Jesús el ruido de la ciudad que se despierta, de la gente que deja el descanso nocturno.

573.2 [2]Jesús se pone en pie. Con un suspiro deja este lugar sereno y baja a buen paso, por un atajo, hacia la ciudad, donde entra entre caravanas de hortelanos y peregrinos que se apresuran, los primeros, a descargar su género, los segundos, a comprar los productos de los primeros antes de ponerse en camino.

En un ángulo de la plaza del mercado están ya, en grupo, esperando, los apóstoles y las discípulas; en torno a ellos, los de Efraím, Silo y Lebona y muchos de Siquem.

Jesús va donde ellos. Los saluda. Luego dice a los de Samaria: «Y ahora vamos a dejarnos. Volved a vuestras casas. Recordad mis palabras. Creced en la justicia». Se vuelve hacia Judas de Keriot:

«¿Has dado, como dije, para los pobres de todos los lugares?».

«Sí, lo he dado. Excepto a los de Efraím porque ya han recibido».

«Entonces marchaos. Ocupaos de que todos los pobres reciban un alivio».

«Nosotros te bendecimos por ellos».

«Bendecid a las discípulas. Son ellas las que me han dado el dinero. Marchaos. La paz sea con vosotros».

Y éstos se marchan; remolones, con pena... pero obedecen.

[3]Jesús se queda con los apóstoles y las discípulas. Les dice: «Voy 573.3
a Enón. Quiero saludar el lugar del Bautista. Luego bajaré al camino del valle. Es más cómodo para las mujeres».

«¿Y... no sería mejor ir por el camino de Samaria?» pregunta Judas Iscariote.

«Nosotros no tenemos por qué temer a los bandidos, aun yendo por un camino cercano a sus grutas. El que quiera venir conmigo que venga, el que no se sienta muy dispuesto a ir hasta Enón que se quede aquí hasta el día siguiente del sábado. Ese día iré a Tersa. El que se quede que se reúna después conmigo allí».

«Yo, la verdad... preferiría quedarme. No me encuentro muy bien... estoy cansado...» dice Judas Iscariote.

«Se ve. Tienes aspecto de enfermo. Turbio de humor, de mirada y de piel. Hace un tiempo que te observo...» dice Pedro.

«Pero ninguno me pregunta si sufro...».

«¿Te hubiera gustado? Yo no sé nunca lo que te gusta. Pero, si te satisface, te lo pregunto ahora. Y estoy dispuesto a quedarme contigo para cuidarte...» le responde pacientemente Pedro.

«¡No, no! Es sólo cansancio. Ve, ve. Yo me quedo aquí donde estoy».

[4]«También me quedo yo. Soy anciana. Descansaré haciéndote de 573.4
madre» dice al improviso Elisa.

«¿Tú te quedas? Habías dicho...» interrumpe Salomé.

«Si todos fuéramos, yo también iría, para no quedarme aquí sola. Pero dado que Judas se queda...».

«Pues entonces voy. No quiero sacrificarte, mujer. Estoy seguro de que irías con agrado a ver el refugio del Bautista...».

«Soy de Betsur y no he sentido nunca la necesidad de ir a Belén a ver la gruta donde nació el Maestro —estas cosas las haré cuando ya no tenga al Maestro—, así que fíjate tú si voy a estar ansiosa de ver el lugar donde estuvo Juan... Prefiero ejercer la caridad, porque estoy segura de que la caridad tiene más valor que un peregrinaje».

«¿No te das cuenta de que estás reprobando la actitud del Maestro?».

«Hablo por mí. Él va allí y hace bien. Él es el Maestro. Yo soy una

vieja a la que los dolores le han quitado toda curiosidad, y el amor por Cristo le ha quitado todo deseo de cualquier otra cosa que no sea servirle».

«Para ti es servicio espiarme, entonces».

«¿Haces cosas reprochables? Se vigila a quien hace cosas dañinas. Pero, hombre, nunca he espiado a nadie. No pertenezco a la familia de las serpientes. Y no traiciono».

«Yo tampoco».

«Dios lo quiera, por tu bien. Pero no logro entender por qué te resulte tan odioso el que me quede aquí descansando...».

573.5 [5]Jesús, hasta este momento mudo, escuchando, en medio de los otros, que están asombrados de este tira y afloja, alza la cabeza —la tenía un poco inclinada— y dice: «Basta. El mismo deseo que tienes tú lo puede tener, con mayor razón, una mujer, que además es anciana. Os quedaréis aquí hasta el alba del día siguiente del sábado. Luego os reuniréis conmigo. De momento compra todo lo que podamos necesitar para estos días. Ve, y no te demores».

Judas, a regañadientes, va a comprar las provisiones.

Andrés querría acompañarle, pero Jesús le agarra por el brazo y dice: «Quédate aquí. Puede él solo». Jesús tiene aspecto muy severo.

Elisa le mira y luego se acerca a Él. Dice: «Perdona, Maestro, si te he causado un dolor».

«Nada tengo que perdonarte, mujer. Más bien, perdona tú a ese hombre, como si fuera un hijo tuyo».

«Con este sentimiento me quedo con él... aunque él crea una cosa muy distinta... Tú me comprendes...».

«Sí, y te bendigo. Y te digo que es correcto lo que has dicho de que los peregrinajes a mis lugares serán una necesidad que vendrá cuando ya no esté con vosotros... una necesidad de confortar vuestro espíritu. Ahora se trata de servir a los deseos de vuestro Jesús. Y tú has comprendido un deseo mío, porque te sacrificas por tutelar un espíritu imprudente...».

Los apóstoles se intercambian miradas... Las discípulas también. Sólo María, enteramente velada, no alza la cabeza para intercambiar miradas con nadie. Y María de Magdala, erguida como una reina juzgadora, no ha quitado la mirada un momento de Judas, que se mueve entre los vendedores, y en sus ojos hay amargura, no sin un cierto desprecio en su boca cerrada: habla con su expresión más que si dijera palabras...

573.6 [6]Judas vuelve. Da a los compañeros lo que ha comprado. Se pone en orden el manto —lo había usado para transportar lo que había comprado— y hace ademán de dar la bolsa a Jesús.

Jesús la rechaza con la mano: «No hace falta. Para las limosnas está todavía María. Tú preocúpate de ejercitar la beneficencia aquí. Muchos son los mendigos que, de todas partes, bajan para ir hacia Jerusalén en estos días. Da sin prejuicios y con caridad, recordando que *todos* somos mendigos ante Dios, de su misericordia y de su pan... Adiós. Adiós, Elisa. La paz sea con vosotros». Y se vuelve rápidamente. Se echa a andar a buen paso por el camino que tenía cerca, sin dar tiempo a Judas para despedirse de Él...

Todos le siguen en silencio. Salen de la ciudad en dirección hacia el nordeste por estos bellísimos campos...

574. En Enón, rescatado y acogido el pastorcillo Benjamín. Hacia Tersa.

4 de marzo de 1947.

[1]Enón, un puñado de casas, está más arriba, hacia el Norte. Con- 574.1
serva el lugar en que estuvo Juan el Bautista: es una gruta rodeada de exuberante vegetación. Poco distantes, unos manantiales gotean, para formar después un regato bien nutrido de aguas que van hacia el Jordán. Jesús está solo, sentado fuera de la gruta, en el lugar en
* que se despidió de su primo. La aurora apenas pone rosicler el Oriente y las frondas se desadormecen con los trinos de los pájaros que se despiertan. Balidos llegan de los apriscos de Enón. Un rebuzno rasga el ambiente sereno.

Rumor confuso de pasitos por el sendero. Pasa un rebaño de cabras guiadas por un adolescente que, titubeante, se detiene un momento a mirar a Jesús. Luego se marcha. Pero, al cabo de poco, vuelve, porque una cabrita se ha emperrado en quedarse ahí, observando a ese hombre al que no estaba acostumbrada a ver en ese lugar y que ahora extiende su larga mano para ofrecerle un tallo de mejorana y le acaricia su cabeza inteligente. El pastorcillo titubea. No sabe si alejar al animal o dejar que Jesús lo acaricie, sonriendo, como contento de que sin temor haya ido a acurrucarse a sus pies y le haya puesto la cabeza en las rodillas. También las otras cabras vuelven, comiendo la hierba tachonada de florecillas.

El pastorcillo pregunta: «¿Quieres leche? No he ordeñado todavía a dos cabras rebeldes, que si no están bien llenas de comida amochan al que les aprieta en el pecho; son iguales que su amo, que si no está bien lleno de ganancias, nos da de palos».

---

* *se despidió de su primo*, en 148.

«¿Eres siervo, pastor?».

«Soy huérfano. Estoy solo. Y soy siervo. Él es pariente mío, porque es el marido de la hermana de la madre de mi madre. Y mientras vivía Raquel... Pero hace muchos meses que murió... Y yo soy muy infeliz... ¡Tómame contigo! Estoy acostumbrado a vivir de nada... Te serviré... Un poco de pan me basta como paga. Tampoco aquí tengo nada... Si me pagara, me iría. Pero dice: "¿Tu dinero? No, no. Me lo quedo yo, porque te visto y te doy de comer". ¡Me viste!... Ya lo ves. ¡Me da de comer!... Mírame... Y éstos son los palos... Mi pan de ayer, éste...». Enseña unos cardenales en los brazos y hombros delgadísimos.

«¿Qué habías hecho?».

«Nada. Tus compañeros, los discípulos quiero decir, hablaban del Reino de los Cielos, y yo estaba escuchando... Era sábado. Aunque no trabajara, no estaba ocioso, porque era sábado... Me pegó fuerte, tanto que... que no quiero seguir con él. Tómame contigo. Si no, huyo... He venido adrede aquí esta mañana. Tenía miedo de hablar. Pero Tú eres bueno y hablo».

«¿Y el rebaño? No querrás huir con él, claro...».

«... Lo llevo al aprisco... El hombre, dentro de poco, irá al bosque para cortar leña... Yo llevo el rebaño y huyo. ¡Tómame contigo!».

574.2 [2]«¿Pero tú sabes quién soy?».

«¡Eres el Cristo! El Rey del Reino de los Cielos. El que te sigue es feliz en la otra vida. Aquí nunca he tenido alegría... pero, no me rechaces... que tenga alegría allí...». Llora echado a los pies de Jesús, cerca de la cabrita.

«¿Cómo me conoces tan bien? ¿Es que me has oído hablar?».

«No. Sé desde ayer que aquí, donde estaba el Bautista, estabas Tú. Pero alguna vez pasaban por Enón discípulos tuyos. Les he oído a ellos. Se llaman Matías, Juan, Simeón, y estaban a menudo aquí, porque Juan el Bautista había sido su maestro antes de ti. Y luego Isaac... En Isaac yo sentía a mi padre y a mi madre. Isaac quería liberarme del patrón, y dio dinero. ¡Pero él! Cogió el dinero, eso sí, pero luego no me libertó, y se burló de tu discípulo».

«Sabes muchas cosas. Pero ¿sabes a dónde voy?».

«A Jerusalén. Pero no llevo escrito en la cara que sea de Enón». *

«Voy más lejos. Pronto me marcharé y no podré tomarte conmigo».

«Tómame el poco tiempo que puedas».

«¿Y luego?».

---

* *de Enón*, es decir, samaritano.

«Y luego... Lloraré, pero iré con los de Juan, que fueron los primeros que dijeron a este pobre muchacho que la alegría que los hombres no dan en la Tierra la da Dios en el Cielo a quien ha tenido buena voluntad. Yo, por tenerla, me he llevado muchos palos y he pasado mucha hambre, pidiendo a Dios que me diera esta paz. Ya ves que he tenido buena voluntad... Pero ahora, si me rechazas... ya no podré tener esperanza...». Llora quedo, suplicando a Jesús más que con los labios con los ojos llorosos.

[3]«No tengo dinero para tu rescate. Ni sé si tu patrón daría el consentimiento». 574.3

«Pero ya han pagado por mí. Tengo testigos. Elí, Leví y Jonás lo vieron, y se enfadaron con el hombre. ¡Y son los más importantes de Enón, eh!».

«Si es así... Vamos. Levántate y ven».

«¿A dónde?».

«Donde tu patrón».

«¡Tengo miedo! Ve Tú solo. Está allí, en aquel monte, entre los árboles, cortando madera. Yo espero aquí».

«No tengas miedo. Mira, vienen mis discípulos. Seremos muchos contra él. No te hará ningún daño. Levántate. Iremos a Enón, a buscar a los tres testigos y luego vamos donde tu patrón. Dame la mano. Después te confiaré a los discípulos que conoces. ¿Cómo te llamas?».

«Benjamín».

«Tengo otros dos pequeños amigos que se llaman así. Tú serás el tercero».

«¿Amigo? ¡Demasiado! Soy siervo».

«Del Señor Altísimo. De Jesús de Nazaret eres el amigo. Ven. Recoge el rebaño y vamos».

[4]Jesús se levanta y, mientras el pastorcito reúne y empuja a las 574.4
cabras reacias hacia el camino de regreso, hace señas a los apóstoles (que vienen por el sendero y miran hacia Jesús) de que se apresuren. Ellos aceleran el paso. Mas ya el rebaño está en camino y Jesús, con el pastorcito de la mano, va hacia ellos...

«¡Señor! ¿Te has hecho pastor de cabras? Verdaderamente Samaria puede ser llamada la cabra... Pero Tú...».

«Yo soy el Buen Pastor y transformo las cabras en corderos. Además, todos los niños son corderos, y éste es poco más que niño».

«¿No es el niño al que aquel hombre se llevó ayer con tan malos modales?» dice Mateo observándole.

«Creo que es él. ¿Eres tú?».

«Soy yo».

«¡Oh, pobre muchacho! ¡Tu padre está claro que no te quiere!» di-

ce Pedro.

«Mi patrón. No tengo más padre que a Dios».

«Sí. Los discípulos de Juan instruyeron su ignorancia y confortaron su corazón, y en el momento preciso el Padre de todos hizo que nos encontráramos. Vamos a Enón para tomar con nosotros a tres testigos, y luego vamos donde su patrón...» dice Jesús.

«¿Para que nos dé al muchacho? ¿Y dónde está el dinero? María ha distribuido lo último que tenía...» observa Pedro.

«No hay necesidad de dinero. No es esclavo y ya han dado dinero para que el patrón le deje libre. Lo dio Isaac, que sintió compasión del niño».

«¿Y por qué no recibió el niño?».

«Porque muchos son los burladores de Dios y del prójimo. Ahí está mi Madre con las mujeres. Id a decirles que no sigan viniendo».

Santiago de Zebedeo y Andrés se echan a correr, raudos como gacelas. Jesús acelera el paso hacia su Madre y las discípulas, y cuando llega ellas ya saben y observan con compasión al jovencito.

574.5 [5]Regresan a buen paso hacia Enón. Entran. Van, guiados por el muchacho, a la casa de Elí, que es un hombre añoso, de ojos enturbiados por los años, pero todavía vigoroso. De joven debió ser robusto como una encina de estos lugares.

«Elí, el Rabí de Nazaret me toma consigo si...».

«¿Te toma consigo? Obra mejor no podría hacer. Estando aquí acabarías haciéndote malo. El corazón se endurece cuando dura demasiado la injusticia. Y *es demasiado dura*. ¿Le has encontrado? El Altísimo, entonces, escucha tu llanto, aunque sea llanto de un niño samaritano. Dichoso tú, entonces, que por la edad careces de cadenas y puedes seguir a la Verdad sin que nada te retenga, ni siquiera la voluntad de un padre o de una madre. Lo que durante tantos años parecía un castigo ahora se muestra como providencia. Dios es bueno. Pero ¿qué quieres de mí, que has venido aquí? ¿Mi bendición? Como Anciano del lugar, te la doy».

«Tu bendición quiero. Porque eres bueno. Y también he venido para que tú, con Leví y Jonás, vinierais, junto con el Rabí, donde mi patrón, para que no pida más dinero».

«¿Pero dónde está el Rabí? Soy viejo y veo poco, y reconozco sólo a los que conozco mucho. No conozco al Rabí».

«Aquí está. Delante de ti».

«¿Aquí? ¡Poder eterno!». El anciano se levanta y se inclina ante Jesús diciendo: «Perdona a este viejo de ojos empañados. Yo te salu-

574.6 do, porque sólo uno es justo en todo Israel. Y eres Tú. [6]Vamos. Leví está ocupado con una tina, en su huerto, y Jonás dedicado a sus que-

sos». El anciano se endereza —es tan alto como Jesús, a pesar de que la edad le encorve— y se encamina, bordeando la tapia, evitando, con la ayuda de su bastón, los posibles tropiezos del camino.

Jesús, que le ha saludado con su paz, le ayuda en un punto en que tres rudimentales peldaños hacen peligroso el camino para un semiciego. Antes de empezar a andar, Jesús había dicho a las discípulas que le esperaran en ese lugar. Benjamín, entretanto, va a su redil.

El anciano dice: «Eres bueno. Pero Alejandro es un desalmado. Es un lobo. No sé si... Pero mi caudal llega a poderte dar dinero por Benjamín, si Alejandro quiere más. Mis hijos no tienen necesidad de mi dinero. Yo ya estoy cerca del siglo y el dinero no sirve para la otra vida; una acción de humanidad, sí, tiene valor...».

«¿Por qué no lo has hecho antes?».

«No me reprendas, Rabí. Yo daba comida al niño y le confortaba, para que no acabara siendo un malhechor. Alejandro es capaz de transformar a una tortolita en animal feroz. Pero no podía, ninguno podía, quitarle el niño. Tú... te marchas lejos. Pero nosotros... nos quedamos aquí, y tememos sus venganzas. Un día, uno de Enón se interpuso porque Alejandro estaba borracho y estaba pegando salvajemente al niño, y él, no sé cómo, logró envenenarle el rebaño».

«¿No es un mal pensamiento?».

«No. Esperó muchos meses. A que llegara el invierno, cuando las ovejas están en el aprisco. Y envenenó el agua del pilón. Bebieron. Se hincharon. Murieron. Todas. Somos todos pastores aquí, y comprendimos lo que había pasado... Para mayor seguridad, se puso aquella carne como comida a un perro, y el perro murió. Y alguien había visto a Alejandro entrar furtivamente en el aprisco. ¡Sí, es un malhechor! Nosotros le tenemos miedo... Es cruel. Por la noche, siempre borracho. Despiadado con todos los suyos. Ahora que todos se han muerto, tortura al muchacho».

«Pues entonces no vengas si...».

«¡No! Voy. La verdad se debe decir. [7]¡Ah!, oigo el sonido del martillo. Es Leví». Y, junto a un seto, llama con voz fuerte: «¡Leví! ¡Leví!». 574.7

Sale un anciano menos viejo que el primero, ceñidas las vestiduras y con un mazo en la mano. Saluda a Elí y le pregunta: «¿Qué quieres, amigo?».

«Aquí a mi lado está el Rabí de Galilea. Ha venido a tomar consigo a Benjamín. Ven, que en el bosque está Alejandro. A testificar que ya recibió de aquel discípulo aquel dinero por Benjamín».

«Voy. Siempre me decían que el Rabí era bueno. Ahora lo creo. ¡Paz a ti!». Deja el mazo, grita a no sé quién que le espere, y se mar-

cha con Elí y Jesús.

Pronto llegan al aprisco de Jonás. Le llaman. Explican...

«Voy. Tú» ordena a un mozo «sigue con el trabajo». Se seca las manos en un paño que luego deja en una estaca, y sigue a Jesús, después de haberle saludado, junto con Leví y Elí.

Jesús va hablando con el primer anciano. Le dice: «Eres un hombre justo. Dios te dará paz».

«Lo espero. ¡El Señor es justo! No tengo la culpa de haber nacido en Samaria...».

«No tienes culpa de ello. En la otra vida no hay fronteras para los justos. Sólo la culpa alza una separación entre el Cielo y el Abismo».

«Es verdad. ¡Cuánto me gustaría verte! Tu voz es dulce, y delicada es tu mano guiando a este viejo ciego. Delicada y fuerte. Parece la de mi hijo predilecto, Elí como yo, hijo de mi hijo José. Si tu figura es como tu mano, dichoso quien te ve».

«Mejor es oírme que verme: hace más santo el espíritu».

«Es verdad. Yo escucho a los que hablan de ti. Pero pasan sólo de
574.8 vez en cuando... [8]Pero ¿no es esto ruido de hachas contra troncos?».

«Lo es».

«Entonces... Alejandro está aquí cerca... Llámale».

«Sí. Vosotros quedaos aquí. Si me arreglo Yo solo, no os llamo. No aparezcáis si no os llamo». Se adelanta y llama con voz fuerte.

«¿Quién es? ¿Quién eres?» dice un hombre anciano, robustísimo, de facciones duras y pecho y extremidades de luchador. Un golpe de esas manos debe ser como un golpe de clava: brutal.

«Soy yo. Un desconocido que te conoce. Vengo a tomar lo que es mío».

«¿Tuyo? ¡Ja! ¡Ja! ¿Qué es tuyo en este bosque mío?».

«Nada del bosque. De tu casa. Benjamín es mío».

«¡Tú estás loco! Benjamín es mi siervo».

«Y también pariente. Y tú eres su cómitre. Un enviado mío te dio el dinero que pedías por el rescate del muchacho. Cogiste el dinero y te negaste a entregar al muchacho. Mi enviado, hombre de paz, no reaccionó. Yo vengo ahora movido por la justicia».

«Tu enviado se habrá bebido el dinero. No he recibido nada. Y me quedo con Benjamín. Le aprecio».

«No. Le odias. Tu amor está en el salario que no le das. No mientas. Dios castiga a los que mienten».

«Yo no he recibido dinero. Si has hablado con mi siervo, has de saber que es un astuto embustero. Y voy a pegarle por calumniarme. ¡Adiós!», le da la espalda y hace ademán de marcharse.

«Cuidado, Alejandro, que Dios está presente. No desafíes su bon-

dad».

«¡Dios! ¿Dios tiene que tutelar mis intereses, acaso? Yo soy el único que los debe tutelar, y los tutelo».

«¡Cuidado!».

[9]«¿Pero quién eres, miserable galileo? ¿Cómo te atreves a echar- 574.9
me algo en cara? No te conozco».

«Me conoces. Soy el Rabí de Galilea y...».

«¡Ah! ¡Sí! Y crees que me das miedo. Yo no temo ni a Dios ni a Belcebú. ¿Y pretendes que te tema a ti, un loco? ¡Vete, vete! Déjame trabajar. Te he dicho que te marches. No me mires. ¿Crees que tus ojos me pueden meter miedo? ¿Qué quieres ver?».

«Tus delitos no, porque los conozco todos. *Todos*. Incluso los que ninguno conoce. Lo que quiero es ver si no comprendes siquiera que ésta es la última hora de misericordia que Dios te da para arrepentirte. Quiero ver si el remordimiento no surge y te abre ese corazón de piedra; si...».

El hombre, que tiene el hacha en la mano, la lanza contra Jesús, que se agacha rápido. El hacha describe un arco por encima de su cabeza y va contra una joven encina, que queda cortada de un tajo y cae, acompañada de fuerte ruido de follaje y batir de alas de pájaros asustados.

[10]Los tres que están escondidos cerca salen al improviso, gritan- 574.10
do, temiendo que también Jesús haya sido alcanzado por el hacha. El que no ve grita: «¡Oh, ver! ¡Ver si realmente no ha sido herido! ¡La vista sólo para esto, Dios Eterno!». Y, sordo a todas las afirmaciones de los otros, avanza, dando tumbos porque ha perdido el bastón, y quiere tocar a Jesús para sentir si no sangra por alguna parte del cuerpo, y gime: «Un rayo de luz clara, y luego las tinieblas. Pero ver, ver, sin este velo que apenas me concede adivinar los obstáculos...».

«No tengo nada, padre. Tócame» dice Jesús, tocándole y dejándose tocar.

Entretanto, los otros dos dirigen duras palabras al bruto, y le echan en cara culpas y mentiras. Él, ya sin hacha, saca un cuchillo y arremete, blasfemo contra Dios, burlón contra el ciego, amenazador contra los otros, verdaderamente similar a una fiera enfurecida. Pero se tambalea, se para, deja caer el puñal, se restriega los ojos, los abre, los cierra, y lanza un tremendo grito: «¡No veo! ¡Auxilio! ¡Mis ojos!... Las tinieblas... ¿Quién me salva?».

Gritan también los otros. De estupor. Y... se burlan de él, diciendo: «Dios te ha escuchado». En efecto, entre sus blasfemias, se oían éstas: «Que Dios me ciegue si miento y si he pecado. ¡Que me quede ciego antes que adorar a un loco nazareno! Y a vosotros... me venga-

ré y partiré en dos a Benjamín como a ese árbol...». Y se burlan de él diciendo también: «Véngate ahora...».

«No seáis como él. No odiéis» aconseja Jesús, y acaricia al anciano añoso, que no se preocupa de nada sino de la incolumidad de Jesús, y para tranquilizarle dice: «¡Alza la cara! ¡Mira!».

El milagro se cumple. Como antes para el violento las tinieblas, ahora para el justo la luz. Y el grito que ahora se alza entre los robustos árboles es distinto, dichoso: «¡Veo! ¡Mis ojos! ¡La Luz! ¡Bendito seas!», y el anciano mira fijamente a Jesús con ojos bien claros por nueva vida, y luego se postra para besar sus pies.

«Vamos nosotros dos. Vosotros llevaréis a Enón a este desdichado. Sed compasivos porque Dios ya le ha castigado. Y basta Dios. El hombre debe ser bueno ante cualquier desgracia».

«Toma contigo al niño, y las ovejas, el bosque, la casa, el dinero. Pero devuélveme la vista. No puedo quedarme así».

«No puedo. Te dejo todo aquello por lo que te hiciste pecador. Tomo conmigo al inocente porque ya ha padecido el martirio. Que en las tinieblas pueda tu alma abrirse a la Luz».

574.11 [11]Jesús saluda a Leví y Jonás y baja raudo con el anciano añoso, que parece rejuvenecido y que cuando llega a las primeras casas grita su alegría... Toda Enón se agita...

Jesús se abre paso. Va donde el pastorcito, que está con los apóstoles, y dice: «¡Ven! Vamos, que en Tersa nos esperan».

«¿Libre? ¿Libre? ¿Contigo? ¡Oh! ¡No creía...! Me despido de Elí. ¿Y los otros?». El muchacho está inquieto...

Elí le besa y bendice, y le dice: «Y perdona al desdichado».

«¿Por qué? Perdonar, sí. Pero, ¿por qué, desdichado?».

«Porque blasfemó contra el Señor y la luz se apagó en sus ojos. Ninguno de nosotros tendrá motivo para temerle. Está en las tinieblas y en el quebranto. ¡Tremendo poder de Dios!...». El anciano, con los brazos levantados, mirando hacia el cielo, pensativo por lo que ha visto, parece un profeta inspirado.

Jesús se despide de él y se abre paso entre la pequeña muchedumbre inquieta. Se marcha. Detrás de Él, los apóstoles y las discípulas; y también se marcha Benjamín, con el saludo de las mujeres, que quieren ofrecer algún detalle al que ha sido amado con predilección por el Señor: una pieza de fruta, una bolsa, un pan, una túnica... lo que encuentran a mano. Y él, feliz, se despide de ellas, les da las gracias, dice: «¡Siempre buenas conmigo! Lo recordaré. Oraré por vosotras. Mandad a vuestros hijos al Señor. Es hermoso estar con Él. Es la Vida. ¡Adiós! ¡Adios!...».

574.12 [12]Enón queda atrás. Bajan hacia el Jordán, hacia la llanura del

valle del Jordán, hacia nuevos acontecimientos, desconocidos todavía...

Pero el niño no se vuelve para mirar. No hace comentarios. No piensa. No suspira. Sonríe. Mira a Jesús, allá, delante de todos, verdadero Pastor seguido por su rebaño, por ese rebaño del que ahora él, el pobre muchacho, también forma parte... Y de improviso canta, a voz en grito...

Sonríen los apóstoles diciendo: «El muchacho se siente feliz».

Sonríen las mujeres diciendo: «El ave prisionera ha vuelto a encontrar libertad y nido».

Sonríe Jesús volviéndose para mirarle, y su sonrisa, como siempre, parece hacer todo más luminoso, y le llama diciendo: «Ven aquí, corderito de Dios. Quiero enseñarte una bella canción». Y entona, seguido por los otros, el salmo: «El Señor es mi Pastor. Nada me faltará. Me ha puesto en un lugar de abundantes pastos» etcétera (salmo 22). La hermosísima voz de Jesús se extiende por la campiña feraz; una voz tan potente por su carga de alegría, que resalta sobre las otras, incluso sobre las mejores.

[13]«Se siente feliz tu Hijo, María» dice María de Alfeo. 574.13

«Sí, se siente feliz. Todavía le queda algo de alegría...».

«Ningún viaje es infructífero. Jesús pasa derramando gracias, y siempre hay alguno que verdaderamente encuentra al Salvador. ¿Recuerdas aquel atardecer en Belén de Galilea?» pregunta María de Magdala.

«Sí. Pero no quisiera recordar a aquellos leprosos, ni a este ciego...».

«Tú perdonarías siempre. ¡Eres muy buena! Pero también es necesaria la justicia» observa María Salomé.

«Es necesaria. Pero buena cosa es para nosotros que sea mayor la misericordia» interviene de nuevo María Magdalena.

«Tú puedes decir eso, pero María...» responde Juana.

«María no quiere otra cosa sino perdón, aunque Ella no lo necesite. ¿No es verdad, María?» dice Susana.

«No quisiera otra cosa sino perdón. Sí, sólo perdón. Ya el hecho de ser malo debe ser un terrible sufrimiento...» y suspira al decirlo.

«¿Tú perdonarías a todos? ¿Sin excepción alguna? Y... ¿sería justo hacerlo? Hay quien se obstina en el mal y echa a perder todo género de perdón burlándose de él por tacharlo de debilidad» dice Marta.

«Yo perdonaría. Por mí perdonaría. No por necedad, sino porque a todas las almas las veo como a un niño más o menos bueno, como a

* *salmo 22*, que en la neovulgata es el 23.
* *aquel atardecer en Belén de Galilea*, en 248.5/10.

un hijo... Una madre siempre perdona... aunque diga: "La justicia requiere un justo castigo". Si una madre pudiera morir por engendrar un corazón nuevo, bueno, para el hijo malo, ¿vosotras creéis que no lo haría? Pero no se puede. Hay corazones que rechazan toda ayuda... Y yo pienso que incluso a ésos la piedad ha de concederles perdón. Porque ya grande es el peso que tienen en su corazón: el de sus culpas, el del rigor de Dios... ¡Oh, perdonemos, perdonemos a los culpables!... ¡Ah... si quisiera Dios acoger nuestro absoluto perdón para disminuir la deuda de los culpables!...».

«¿Pero por qué lloras siempre, María, incluso ahora que tu Hijo ha tenido un momento de alegría?» dice, no sin tono de queja, María de Alfeo.

«No ha sido alegría completa, porque el culpable no se ha arrepentido. La alegría de Jesús es completa cuando puede redimir...».

Y no sé por qué Nique, que ha estado siempre callada, de improviso dice: «Dentro de poco estaremos de nuevo con Judas de Keriot».

Las mujeres se miran, como si esta frase sencilla fuera una cosa extraordinaria, como si detrás de ella se escondiera... no sé, algo grande. Pero ninguna dice nada.

574.14 [14]Jesús se ha parado en un olivar hermosísimo. Se paran todos. Jesús bendice y parte el alimento, y lo reparte.

Benjamín mira todo lo que le han dado y pone orden en ello: túnicas demasiado largas o demasiado anchas, sandalias no adecuadas para su pie, almendras todavía con su cáscara verde, las últimas nueces, un quesito, algunas manzanas rugosas, un cuchillito. Está contento con sus tesoros. Ofrece lo de comer, y las prendas de vestir las dobla y dice: «Me pondré la más bonita para Pascua».

María de Alfeo promete: «En Betania te la arreglaré perfectamente. De momento deja ésta fuera. En Tersa se le podrá dar un agua y más adelante habrá hilo para componerla. Respecto a las sandalias... no sé qué solución encontrar».

«Se dan éstas al primer pobre que encontremos y que tenga un pie tan grande, y se compra un par nuevo en Tersa» dice tranquilamente María de Magdala.

«¿Con qué dinero, hermana?» le pregunta Marta.

«¡Ah, es verdad! No tenemos ya una perra... Pero Judas tiene dinero... Así Benjamín no puede recorrer mucho camino. Y además, ¡pobre niño! Su alma ha recibido la gran alegría, pero también su humanidad debe recibir una sonrisa... Ciertas cosas agradan».

Susana, joven y alegre, ríe diciendo: «¡Hablas como si supieras por experiencia que un par de sandalias nuevas constituyen la alegría de uno que no las haya tenido nunca!».

«Es verdad. Pero es porque en realidad sé lo que puede agradar un vestido seco cuando estamos mojados, y uno fresco cuando sólo se * tiene uno. Yo lo recuerdo...». Y reclina la cabeza en el hombro de María Santísima diciendo: «¿Te acuerdas, Madre?», y la besa con ternura.

[15]Jesús da la orden de reanudar la marcha, para estar en Tersa 574.15
antes del anochecer: «Estarán preocupados aquellos dos, que no saben...».

«¿Quieres que nos adelantemos y les digamos que estás llegando?» propone Santiago de Alfeo.

«Sí. Id todos menos Juan y Santiago y mi hermano Judas. Tersa ya no está lejos... Id, pues. Preguntad por Judas y Elisa y, entretanto, id preparando los lugares para nosotros, porque, habiendo tardado tanto y trayendo con nosotros a las mujeres, conviene que nos quedemos por la noche... Nosotros, entretanto, os seguiremos. Esperad junto a las primeras casas...».

Los ocho apóstoles se marchan raudos, y Jesús, más lentamente, los sigue.

575. Mal recibimiento en Tersa. Extremo intento de redimir a Judas Iscariote.

5 de marzo de 1947.

[1]Tersa está tan rodeada de exuberantes olivares, que se ha de es- 575.1
tar muy cerca de ella para percatarse de que la ciudad está ahí. Una franja de ubérrimos huertos recinta, como última mampara, las casas. En ellos, achicorias y otras verduras, legumbres, cucurbitáceas nuevas, árboles frutales, pérgolas funden y combinan sus distintos verdes y sus flores prometedoras de frutos, y sus frutos nacientes prometedores de delicias. La pequeña flor de la vid y la de los olivos más precoces rocían con su nieve blanco-verde el suelo, al paso de un vientecillo más bien enérgico.

De detrás de una mampara de cañas y sauces, que han crecido junto a una charca, sin agua pero húmeda todavía en el fondo, y al oír el rumor de pasos de personas que llegan, aparecen los ocho apóstoles a los que antes se indicó que se adelantaran. Están visiblemente inquietos y afligidos, y, mientras hacen señas a los que llegan de que se paren, se acercan a ellos sin demora. Cuando ya están lo suficientemente cerca como para poder ser oídos sin necesidad de

* *Yo lo recuerdo...* la llegada a Cafarnaúm en medio de una tormenta, en 238.

gritar, dicen: «¡Atrás! ¡Atrás! A los campos. No se puede entrar en la ciudad. Por poco nos apedrean. Venid, vamos afuera. A aquella espesura. Allí hablaremos...». Impacientes por alejarse sin ser vistos, apremian, a Jesús, a los tres apóstoles, al muchacho, a las mujeres, para que vuelvan hacia abajo por la charca seca, y dicen: «Que no nos vean aquí. ¡Vamos! ¡Vamos!».

Inútilmente Jesús, Judas y los dos hijos de Zebedeo tratan de saber lo que ha sucedido; inútilmente dicen: «¿Pero Judas de Simón? ¿y Elisa?». Los ocho se muestran inflexibles. Caminando entre la maraña de tallos y plantas acuáticas, sufriendo en los pies cortes de juncáceas, o en la cara el choque de los sauces y las cañas, resbalando en el barrillo del fondo, agarrándose a las plantas, buscando apoyo en las márgenes y llenándose bien de barro, se alejan, apremiados por detrás por los ocho, que caminan casi con la cabeza vuelta hacia atrás, para ver si de Tersa sale alguien siguiéndolos. Pero en el camino sólo está el Sol, que empieza ya a ponerse, y un flaco perro errante.

575.2 [2]Por fin han llegado a una espesura de zarzas que delimitan una propiedad. Detrás de esta espesura, un campo de lino cimbrea bajo el viento sus altos tallos que ya se coloran de azul con las primeras flores.

«Aquí, aquí dentro. Si estamos sentados, nadie nos verá, y cuando haya anochecido nos marchamos...» dice Pedro secándose el sudor...

«¿A dónde?» pregunta Judas de Alfeo. «Tenemos a las mujeres».

«A algún lugar iremos. Incluso... los campos están llenos de heno segado, que también sirve de lecho. Para las mujeres hacemos tiendas con nuestros mantos, y nosotros... vigilantes».

«Sí. Es suficiente con no ser vistos y al amanecer bajar al Jordán. Tenías razón, Maestro, al no querer el camino de Samaria. ¡Mejor los bandidos, para nosotros que somos pobres, que no los samaritanos!...» dice Bartolomé, todavía jadeante.

«Pero bueno, ¿qué ha pasado? Ha sido Judas, que ha hecho alguna...» dice Judas Tadeo.

Le interrumpe Tomás: «Judas está claro que ha recibido. Lo siento por Elisa...».

«¿Has visto a Judas?».

«Yo no. Pero es fácil ser profeta. Si se ha declarado apóstol tuyo,
575.3 está claro que le han pegado. [3]Maestro, te rechazan allí».

«Sí, todos están enemistados contra ti».

«Son verdaderos samaritanos».

Hablan todos a la vez.

Jesús impone silencio a todos y dice: «Que hable uno solo. Tú, Simón Zelote, que eres el más sereno».

«Señor, en pocas palabras te lo puedo decir. Entramos en la ciudad y nadie nos molestó hasta que supieron quiénes éramos, mientras pensaron que éramos peregrinos que íbamos de paso. Pero cuando preguntamos —¡debíamos hacerlo!— si un hombre joven, alto, moreno, vestido de rojo y con un taled de rayas rojas y blancas, y una mujer anciana, delgada, de pelo más blanco que negro y una túnica gris muy obscura, habían entrado en la ciudad y habían buscado al Maestro galileo y a sus compañeros, entonces, en seguida, se inquietaron... Quizás no hubiéramos debido hablar de ti. Sin duda, nos hemos equivocado... Pero, en los otros lugares nos recibieron siempre tan bien, que... ¡no se comprende qué es lo que ha sucedido!... ¡Parecen víboras, los mismos que hace no más de tres días se mostraban deferentes contigo!...».

Le interrumpe Judas Tadeo: «Trabajo de judíos...».

«No creo. No lo creo por las recriminaciones que nos lanzaban y por las amenazas. Lo que creo es que... Es más, estoy, estamos seguros de que la causa de la ira samaritana es que Jesús ha rechazado su proposición de protegerle. Gritaban: "¡Fuera! ¡Fuera! ¡Vosotros y vuestro Maestro! Quiere ir a adorar al Moria. Pues que vaya y mueran Él y todos los suyos. No hay sitio entre nosotros para los que no nos tienen por amigos, sino sólo por siervos. No queremos más problemas, si no hay ganancia a cambio. Piedras, no pan, para el Galileo. Embriscarle los perros, no ofrecerle las casas". Decían esto y más. Y al insistir para, al menos, saber lo que había sido de Judas, cogieron piedras para lanzárnoslas, y verdaderamente nos embriscaron a los perros. Y gritaban unos a otros: "Nos ponemos en todas las entradas. Si viene Él, nos vengaremos". Nosotros hemos huido. Una mujer —siempre hay alguien bueno incluso entre los malvados— nos metió en su huerto, y de allí nos llevó, por una vereda que va entre los huertos, hasta la charca que ahora está sin agua porque han regado antes del sábado. Y nos escondió allí. Y luego nos prometió que nos iba a dar noticias de Judas. Pero ya no volvió. Vamos a esperarla aquí, de todas formas, porque dijo que si no nos encontraba en la charca vendría aquí».

575.4 [4]Los comentarios son muchos: hay quien sigue acusando a los judíos; y quien manifiesta un leve reproche a Jesús, un reproche escondido en las palabras: «Has hablado demasiado claramente en Siquem y luego te has alejado. En estos tres días, han decidido que es inútil hacerse falsas ilusiones y perjudicarse por alguien que no satisface sus anhelos... y te rechazan...».

Jesús responde: «No me arrepiento de haber dicho la verdad ni de cumplir con mi deber. Ahora no comprenden. Dentro de poco comprenderán mi justicia —una justicia que supera a un amor no justo hacia ellos— y me venerarán más que si no la hubiera tenido».

«¡La mujer viene ya por el camino! Tiene el valor de mostrarse a la vista...» dice Andrés.

«¿No nos irá a traicionar, no?» dice Bartolomé con aire de sospecha.

«¡Viene sola!».

«Podría seguirla gente que estuviera escondida en la charca...».

Pero la mujer, que viene con un cesto sobre la cabeza, prosigue y supera los campos de lino donde esperan Jesús y los apóstoles. Luego toma un senderillo y desaparece de la vista... para aparecer de nuevo de improviso, a espaldas de los que esperan, los cuales, al oír el roce de los tallos de lino, se vuelven, casi asustados.

La mujer habla a los ocho que conoce: «Perdonad si he hecho esperar mucho... No quería que me siguieran. He dicho que iba donde mi madre... Ya sé... Y aquí traigo comida para vosotros. ¿El Maestro... quién es? Quisiera venerarle».

«Ése es el Maestro».

La mujer, que ha dejado su cesto, se postra y dice: «Perdona el pecado de mis convecinos. Si no los hubieran incitado... Pero muchos han trabajado aprovechando tu negativa...».

575.5 «No tengo rencor, mujer. [5]Levántate y habla. ¿Sabes algo de mi apóstol y de la mujer que estaba con él?».

«Sí. Los han expulsado como a perros. Así que están fuera de la ciudad, en el otro lado, esperando a la noche. Querían volver atrás, hacia Enón, para buscarte. Querían venir aquí, porque sabían que estaban sus compañeros. He dicho que no, que no lo hicieran, que se estuvieran quietos, que yo os llevaría donde ellos. Y lo haré en cuanto acabe el crepúsculo. Afortunadamente mi marido está ausente y tengo libertad para dejar la casa. Os voy a llevar donde una hermana mía que está casada y vive en la llanura. Dormiréis allí. No os identifiquéis. No por Merod, sino por los hombres que están con ella. No son samaritanos, son de la Decápolis establecidos aquí. Pero, en todo caso, conviene...».

«Dios te lo pague. ¿Los dos discípulos han sido heridos?».

«Un poco el hombre. La mujer nada. Sin duda, la protegió el Altísimo, porque ella, con arrojo, escudó a su hijo con su cuerpo cuando los de la ciudad echaron mano a las piedras. ¡Qué mujer más fuerte! Gritaba: "¿Así atacáis a uno que no os ha ofendido? ¿Y no me respetáis a mí, que le defiendo y que soy madre? ¿No tenéis madre todos

vosotros, que no respetáis a quien ha engendrado? ¿Habéis nacido de una loba u os habéis hecho de lodo y estiércol?", y miraba a los agresores mientras tenía abierto el manto para defender al hombre, y mientras tanto retrocedía, sacándole de la ciudad... Y ahora también le infunde ánimos, diciendo: "¡Quiera el Altísimo, oh Judas mío, hacer de esta sangre tuya derramada por el Maestro bálsamo para tu corazón!". Pero es una herida pequeña. Quizás el hombre está más asustado que dolorido. Pero... tomad y comed. Aquí hay leche ordeñada hace poco, para las mujeres. Hay pan con queso y fruta. No he podido hacer carne. Habría tardado demasiado. Y aquí hay vino, para los hombres. Comed mientras se pone la tarde. Luego iremos por caminos seguros donde los dos, y luego donde Merod».

«De nuevo: que Dios te lo pague» dice Jesús, y ofrece y distribuye la comida, dejando a un lado una parte para los dos ausentes.

«No, no. Ya he pensado en ellos. Les he llevado huevos y pan, escondido en el vestido, y un poco de vino y aceite para las heridas. Esto es para vosotros. Comed, que yo vigilo el camino...».

575.6 [6]Comen. Pero la indignación devora a los hombres y el abatimiento quita el apetito a las mujeres, a todas menos a María de Magdala, para la cual, lo que en las otras produce miedo o abatimiento, en ella siempre produce el efecto de un licor que estimula los nervios y el coraje; sus ojos centellean contra la ciudad hostil; sólo la presencia de Jesús —que ya ha dicho que no tiene rencor— refrena su ímpetu de pronunciar palabras violentas; y, no pudiendo ni hablar ni actuar, descarga su ira contra el inocente pan, al que hinca los dientes de una forma tan significativa, que el Zelote, sonriendo, no puede contenerse de decirle: «¡Suerte tienen esos de Tersa de que no puedan caer en tus manos! ¡Pareces una fiera encadenada, María!».

«En este momento lo soy. Has visto bien. Y ante los ojos de Dios el contenerme de entrar allí, como se merecen, tiene más valor que todo lo que he hecho hasta ahora por expiar».

«¡Tranquila, María! Dios te ha perdonado culpas más grandes que las de ellos».

«Es verdad. Ellos te han ofendido a ti, mi Dios, una vez, y por influencia de otros. Yo, muchas... y por propia voluntad... y no puedo ser intransigente ni soberbia...». Vuelve a bajar los ojos hacia su pan, donde caen dos lágrimas.

Marta le pone la mano en el regazo mientras le dice en tono bajo: «Dios te ha perdonado. No te abatas más... Recuerda lo que has obtenido: a nuestro Lázaro...».

«No es abatimiento. Es agradecimiento. Es emoción... Y es también la constatación de que todavía carezco de esa misma misericor-

dia que yo tan ampliamente he recibido... ¡Perdóname, Rabbuní!» dice alzándo sus espléndidos ojos, a los que la humildad devuelve la dulzura.

«Nunca se niega el perdón al que es humilde de corazón, María».

575.7 [7]Se pone la tarde, tiñendo el aire de una delicada coloración violada. Las cosas que están un poco lejanas se confunden. Los tallos de lino, cuya gracia antes era visible, ahora se unifican para formar una única masa obscura. Callan los pájaros entre las frondas. Se enciende la primera estrella. Canta el primer grillo entre la hierba. Ha llegado la noche.

«Podemos ponernos en marcha. Aquí, entre los campos, no nos verán. Venid seguros. No traiciono. No actúo por una recompensa. Lo único que pido es la piedad del Cielo, porque todos necesitamos piedad» dice la mujer suspirando.

Se levantan. Se encaminan detrás de ella. Pasan a distancia de Tersa, entre campos y huertos semiobscuros, pero no tanto como para no ver a hombres a la entrada de los caminos en torno a hogueras...

«Nos acechan...» dice Mateo.

«¡Malditos!» susurra entre dientes Felipe.

Pedro no habla, pero mueve hacia el cielo los brazos con gesto de muda invocación o protesta.

Pero Santiago y Juan de Zebedeo, que han hablado apretada y presurosamente, un poco adelantados respecto a los demás, vuelven hacia atrás y dicen: «Maestro, si Tú por tu perfección de amor no quieres recurrir al castigo, ¿quieres que lo hagamos nosotros? ¿Quieres que digamos al fuego del cielo que baje y consuma a estos pecadores? Nos has dicho que todo lo que pedimos con fe lo podemos y...».

Jesús, que iba andando un poco cabizbajo, como cansado, se yergue bruscamente y los fulmina con dos miradas que centellean a la luz de la luna. Los dos retroceden, callando asustados ante esa mirada. Jesús, sin quitar de ellos sus ojos, dice: «No sabéis de qué espíritu sois. El Hijo del hombre no ha venido para la ruina de las almas, sino para salvarlas. ¿No recordáis lo que os he dicho? Dije en la parábola del trigo y la cizaña: "Dejad por ahora que el trigo y la cizaña * crezcan juntos. Porque si quisiérais separarlos ahora, correríais el riesgo de arrancar, con la cizaña, también el trigo. Dejadlos, pues, hasta la hora de la siega. Al tiempo de la siega diré a los segadores: recoged ahora la cizaña y atadla en haces para quemarla, y poned el buen trigo en mi granero"».

* *parábola del trigo y la cizaña*, en 181.3/4.

[8]Jesús ya ha atenuado su desdén hacia los dos que, por ira suscitada por amor a Él, pedían castigar a los de Tersa, y que ahora están cabizcaídos ante Él. Los toma, uno a la derecha y otro a la izquierda, por los codos, y reanuda la marcha, guiándolos así, y hablando a todos, que se han apiñado en torno a Él, que se había parado. «En verdad os digo que el tiempo de la siega está cercano. Mi primera siega. Y para muchos no habrá una segunda. Pero, y alabemos por ello al Altísimo, alguno que no supo en mi tiempo hacerse espiga de buen grano, después de la purificación del Sacrificio pascual renacerá con una alma nueva. Hasta ese día no arremeteré contra ninguno... Después vendrá la justicia...». 575.8

«¿Después de la Pascua?» pregunta Pedro.

«No. Después del tiempo. No hablo de estos hombres, de estos de ahora. Miro a los siglos futuros. El hombre se va renovando continuamente, como las mieses en los campos. Y las cosechas se van siguiendo. Yo dejaré lo que es necesario para que los hombres que vengan después puedan hacerse trigo bueno. Si no quieren, en el fin del mundo, mis ángeles separarán las cizañas de los trigos buenos. Entonces será sólo el eterno Día de Dios. Por ahora, en el mundo, se da el día de Dios y de Satanás: el Primero siembra el Bien, el segundo echa entre las semillas de Dios sus condenadas cizañas, sus escándalos, sus iniquidades, sus semillas que promueven iniquidad y escándalos. Porque siempre habrá quien azuce contra Dios, como aquí, con estos que, en verdad, son menos culpables que los que los instigan al mal».

«Maestro, todos los años uno se purifica en la Pascua de los Ácimos, pero siempre se sigue siendo lo mismo que se era. ¿Este año... será distinto?» pregunta Mateo.

«Muy distinto».

«¿Por qué? Explícanoslo».

«Mañana... Os lo diré mañana, o cuando ya estemos por el camino y esté con nosotros también Judas de Simón».

«¡Sí! Nos lo dices y nosotros nos haremos mejores... Pero ya ahora perdónanos, Jesús» dice Juan.

* «Os he llamado con el nombre apropiado. Pero el trueno no daña. El rayo sí que puede matar. De todas formas, el trueno, muchas veces, es anuncio del rayo. Lo mismo le sucede a aquel que no elimina de su espíritu todo desorden contra el amor. Hoy pide permiso para castigar. Mañana castiga sin pedir permiso. Pasado mañana castiga incluso sin razón. Descender es fácil... Por eso os digo que os despo-

* *Os he llamado con el nombre apropiado*, de "hijos del trueno", en 330.3.

jéis de toda dureza hacia vuestro prójimo. Actuad como Yo, y estaréis seguros de no equivocaros nunca. ¿Acaso habéis visto alguna vez que Yo me vengue de los que me causan un dolor?».

«No, Maestro. Tú...».

575.9 [9]«¡Maestro! ¡Maestro! Estamos aquí. Yo y Elisa. ¡Oh, Maestro, cuánta angustia por ti! ¡Y cuánto miedo de morir...!» dice Judas de Keriot, saliendo de detrás de las hileras de vid y corriendo hacia Jesús. Tiene la frente vendada. Elisa le sigue más serena.

«¿Has sufrido? ¿Has temido morir? ¿Tanto apreciabas la vida?» pregunta Jesús liberándose de Judas, que le tenía abrazado y que llora.

«No la vida. Temía a Dios. Morir sin tu perdón... Yo siempre te ofendo. A todos ofendo. También a ella... Y su respuesta ha sido ser para mí una madre. Me sentía culpable y temía morir...».

«¡Saludable temor, si puede hacerte santo! Pero Yo te perdono, siempre, tú lo sabes. Basta con que tengas voluntad de arrepentimiento. ¿Y tú, Elisa, has perdonado?».

«Es como un niño grande indisciplinado. Sé disculpar».

«Te has comportado con fortaleza, Elisa. Lo sé».

«¡Si no hubiera estado ella... no sé si te habría vuelto a ver, Maestro!».

«Pues ya ves que no por odio, sino por amor, se quedó a tu lado... ¿No te han herido, Elisa?».

«No, Maestro. Las piedras caían alrededor de mí sin herirme. Pero mi corazón ha estado muy acongojado pensando en ti...».

«Ya todo ha terminado. Vamos a seguir a esta mujer que nos quiere llevar a una casa segura».

Se ponen de nuevo en marcha, tomando un caminito, blanco de luna, que va hacia Oriente.

575.10 [10]Jesús ha tomado del brazo al Iscariote y va delante con él. Le habla dulcemente; trata de trabajar en el corazón de Judas, estremecido por el miedo experimentado ante el juicio de Dios: «Ya ves, Judas, qué fácil es morir. La muerte siempre está al acecho en torno a nosotros. Ya ves que lo que parece una cosa sin importancia cuando estamos llenos de vida se hace grande, espantosamente grande, cuando la muerte nos roza. Pero ¿por qué querer tener estos miedos, creárselos para encontrárselos de frente en el momento de la muerte, si con una vida santa se puede ignorar el miedo al cercano juicio divino? ¿No te parece que merece la pena vivir una vida justa para tener una plácida muerte? ¿No, Judas, amigo mío? La divina, paterna misericordia ha permitido este hecho como toque de atención para tu corazón. Todavía estás a tiempo, Judas... ¿Por qué no quieres

dar a tu Maestro, que está para morir, la gran alegría, grandísima, de saber que has vuelto al Bien?».

«¿Pero puedes perdonarme todavía, Jesús?».

«¿Te hablaría así si no pudiera? ¡Qué poco me conoces todavía! Yo te conozco. Sé que eres como uno que estuviera atrapado por un gigantesco pulpo. Pero, si quisieras, podrías liberarte todavía. Sufrirías, eso sí. Arrancarte esas cadenas que te muerden y envenenan significaría dolor. Pero después, ¡cuánta alegría, Judas! ¿Temes no tener la fuerza de reaccionar contra los que influyen en ti? Yo puedo absolverte anticipadamente del pecado de transgresión del rito pascual... Eres un enfermo. Para los enfermos la Pascua no es obligatoria. Ninguno está más enfermo que tú. Eres como un leproso. Los leprosos, mientras lo son, no suben a Jerusalén. Créeme, Judas: comparecer ante el Señor con el espíritu sucio, como lo tienes tú, no es honrar al Señor, sino ofenderle. Antes hay que...».

[11]«¿Entonces, por qué no me purificas y me curas?» pregunta, ya duro, rebelde, Judas. 575.11

«¡No te curo? Cuando uno está enfermo, busca —la busca él— la curación. A menos que sea un niño pequeño, o un subnormal; porque éstos no saben poner el acto de querer...».

«Trátame como a esas personas. Trátame como a un subnormal y remédialo Tú sin que yo lo sepa».

«No sería justicia, *porque tú puedes querer*. Tú sabes lo que para ti es un bien y lo que es un mal. Y el que Yo te curara no serviría de remedio *sin tu voluntad de quedar curado*».

«Dame también esa voluntad».

«¿Dártela? ¿Imponerte, entonces, una voluntad buena? ¿Y tu libre albedrío, en qué se transformaría entonces? ¿Qué sería tu *yo* de hombre, criatura libre? ¿Un yo subyugado?».

«¡De la misma forma que estoy subyugado por Satanás, podría estarlo por Dios!».

«¡Cómo me hieres, Judas! ¡Cómo traspasas mi corazón! Pero te perdono lo que me haces... Subyugado por Satanás, has dicho: Yo no decía esta cosa tan tremenda...».

«Pero la pensabas, porque es verdadera y la conoces, si es verdad que lees los corazones de los hombres. Si es así, sabes que yo ya no soy libre... Satanás me ha atrapado y...».

«No. Se te ha acercado, te ha tentado, te ha tanteado... y tú le has aceptado. No hay posesión *si no hay al principio una adhesión a alguna tentación satánica*. La serpiente introduce la cabeza entre las apretadas barras dispuestas como defensa de los corazones, pero no entraría si el hombre no le ensanchara un hueco para admirar el as-

pecto seductor de la serpiente y escucharla y seguirla... Sólo entonces el hombre queda subyugado, poseído; pero es porque lo quiere. Dios también lanza desde los cielos las luces dulcísimas de su paterno amor, y sus luces penetran en nosotros. Mejor: Dios, a quien todo le es posible, desciende al corazón de los hombres. Está en su derecho. ¿Por qué, entonces, el hombre, que sabe hacerse esclavo, que sabe someterse al Horrendo, no sabe hacerse siervo de Dios —es más: hijo de Dios— y lo que hace es expulsar de sí a su Padre santísimo? ¿No me contestas? ¿No me dices por qué has preferido a Satanás antes que a Dios? Y, no obstante, ¡todavía estarías a tiempo de
575.12 salvarte! [12]Sabes que voy a la muerte. Ninguno lo sabe como tú... No rehúso morir... Voy. Voy a la muerte porque mi muerte será la Vida para muchos. ¿Por qué no quieres estar entre éstos? ¿Sólo para ti, amigo mío, mi pobre y enfermo amigo, será inútil mi muerte?».

«Será inútil para muchos, no te hagas ilusiones. Lo mejor que podrías hacer sería huir y vivir lejos de aquí, y gozar de la vida; enseñar tu doctrina porque es buena, pero no sacrificarte».

«¡Enseñar mi doctrina! ¿Pero qué enseñaría ya, que fuera verdad, si hiciera lo contrario de lo que enseñara? ¿Qué Maestro sería si predicara la obediencia a la voluntad de Dios y no la hiciera, y el amor a los hombres y luego no los amara, y la renuncia a la carne y al mundo y luego amara mi carne y los honores del mundo, y a no escandalizar y luego escandalizara no sólo a los hombres, sino incluso a los ángeles, y así sucesivamente? Por ti habla Satanás en este momento. Como también habló en Efraím y como muchas otras veces ha hablado y ha actuado, a través de ti, para turbarme a mí. Yo he reconocido todas estas acciones de Satanás, cumplidas por medio de ti. Pero no te he odiado, ni me he cansado de ti. Sólo he sentido pena, una infinita pena. Como una madre atenta al progreso de un mal que llevara a la muerte a su hijo, así he observado el progreso del mal en ti. Como un padre al que nada resulta insoportable con tal de encontrar las medicinas para su hijo enfermo, así Yo todo lo he tolerado con tal de salvarte: he superado repugnancias, desdenes, amarguras, desconsuelos... Como un padre y una madre, desolados, desilusionados respecto a todas las fuerzas terrenas, se dirigen al Cielo para obtener la vida del hijo, así he gemido y gimo, implorando un milagro que te salve, que te salve, que te salve en el borde del abismo que ya
575.13 cede bajo tus pies. [13]¡Judas, mírame! Dentro de poco, mi Sangre será derramada por los pecados de los hombres. No me quedará ni una gota. La beberán la tierra, las piedras, las hierbas, las vestiduras de mis perseguidores y las mías... la madera, el hierro, las sogas, las espinas de la oxiacanta... y la beberán los espíritus que esperan la

salud... ¿Sólo tú no quieres beberla? Yo, por ti solamente, daría toda esta Sangre mía. Tú eres el amigo mío. ¡Cuán gustosamente se muere por el amigo! ¡Por salvarle! Se dice: "Yo muero. Pero seguiré viviendo en el amigo al que he dado la vida". Como una madre, como un padre, que siguen viviendo en su prole aún después de haber muerto. ¡Judas, te lo suplico! No pido otra cosa en estas vísperas de mi muerte. Hasta los jueces, hasta los enemigos conceden al condenado una última gracia, acogen favorables el último deseo suyo. Yo te pido que no te condenes. No se lo pido tanto al Cielo cuanto a ti, a tu voluntad... Piensa en tu madre, Judas. ¿Qué será tu madre, después? ¿Qué será el nombre de tu familia? Invoco tu orgullo, que está más vivo que nunca, para que te defiendas contra tu deshonor. No te deshonres, Judas. Piensa. Pasarán los años y los siglos, caerán los reinos y los imperios, languidecerán las estrellas, cambiará la configuración de la Tierra, y tú serás siempre Judas, como Caín es siempre Caín, si persistes en tu pecado. Terminarán los siglos. Quedará sólo el Paraíso y el Infierno, y en el Paraíso y en el Infierno, para los hombres resucitados y recibidos con alma y cuerpo, para toda la eternidad, en los lugares donde es justo que estén, tú serás siempre Judas, el maldito, el mayor culpable, si no te enmiendas. Descenderé a liberar a los espíritus del Limbo, los sacaré del Purgatorio por legiones, y tú... a ti no podré llevarte a donde Yo esté... Judas, Yo voy a morir, y voy feliz porque ha llegado la hora que esperaba desde hacía milenios, la hora de unir de nuevo a los hombres con su Padre. A muchos no los uniré. Pero el número de los salvados que mientras muera contemplaré me consolará de la congoja de morir inútilmente por tantos. Pero te digo que será tremendo el verte entre éstos, a ti, mi apóstol, amigo mío. ¡No me inflijas el inhumano dolor!... Quiero salvarte, Judas. Salvarte. [14]Mira. Bajamos al río. Mañana al alba, 575.14
cuando todavía todos duerman, lo pasaremos, nosotros dos, y tú irás a Bosra, a Arbela, a Aera, a donde quieras. Sabes cuáles son las casas de los discípulos. En Bosra busca a Joaquín y María, la leprosa que curé. Te daré un escrito para ellos. Diré que para tu salud se necesita reposo tranquilo respirando aire distinto. Es la verdad, por desgracia, porque estás enfermo y el aire de Jerusalén sería letal para ti. Pero ellos creerán que estás físicamente enfermo. Estarás allí hasta que no vaya Yo a buscarte. Por lo que respecta a tus compañeros, ya me encargaré Yo... Pero no vayas a Jerusalén. Ya ves que no he querido que estuvieran allí las mujeres, excepto las más fuertes de ellas y las que, por derecho de madres, deben estar al lado de sus hijos».

«¿También la mía?».

«No. María no estará en Jerusalén...».

«También ella es madre de un apóstol, y te ha honrado siempre».

«Sí. Y, como las otras, tendría derecho a estar a mi lado. Ella me quiere con perfecta justicia. Pero precisamente por esto no estará en Jerusalén. Porque le dije que no estuviera y sabe obedecer».

«¿Por qué no debe estar? ¿Qué hay de distinto en ella, que no lo tengan la madre de tus hermanos y la de los hijos de Zebedeo?».

«Pues tú. Y tú sabes por qué digo esto. Pero si me haces caso y vas a Bosra, mandaré un aviso a tu madre y dispondré que la acompañen a donde estés, para que ella, que tan buena es, te ayude a cu-
575.15 rarte. [15]Créelo: sólo nosotros te queremos así, sin medida. Tres son los que te aman en el Cielo: el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo. Ellos te han contemplado y esperan tu acto de voluntad para hacer de ti la gema de la Redención, la presa mayor arrebatada al Abismo. Y tres en la Tierra: Yo, tu madre y mi Madre. ¡Danos esta alegría, Judas! A los del Cielo y a los de la Tierra. A los que te queremos con verdadero amor».

«Tú lo dices: sólo tres me quieren; los demás... no».

«No como nosotros. Pero te quieren. Elisa te ha defendido. Los otros estaban preocupados por ti. Cuando estás en algún otro lugar, todos te llevan en su corazón y tu nombre está en sus labios. No conoces todo el amor que te rodea. Tu opresor te lo oculta. Pero cree en mi palabra».

«Te creo. Y trataré de complacerte. De todas formas, quiero obrar yo solo. Yo solo he cometido el error y yo solo debo saber curarme de este mal».

«Únicamente Dios puede obrar por sí solo. Este pensamiento es de soberbia. En la soberbia sigue estando Satanás. Sé humilde, Judas. Coge esta mano que se te ofrece amiga. Refúgiate en este corazón que se te abre protector. Aquí, conmigo, no podría hacerte ningún mal Satanás».

«He intentado estar contigo... Me he hundido cada vez más... ¡Es inútil!».

«¡No digas eso! ¡No digas eso! Rechaza el abatimiento. Dios lo puede todo. Abrázate a Dios. ¡Judas! ¡Judas!».

«¡Calla! Que no lo oigan los demás...».

«¿Y te preocupas de los demás y no de tu espíritu? ¡Mísero Judas!...».

575.16 [16]Jesús deja de hablar. Pero permanece al lado del apóstol, hasta que la mujer, que iba algunos metros más adelante, entra en una casa que ahora se ve dentro de una espesura de olivos. Entonces dice Jesús a su discípulo: «No voy a dormir esta noche. Voy a orar por ti y

a esperarte... Que Dios hable a tu corazón. Y tú escúchale... Me quedaré aquí, donde estoy ahora, a orar. Hasta el alba... Recuérdalo...».

Judas no le responde. Entretanto han llegado los otros y las mujeres, y se detienen todos, a la espera de que vuelva la samaritana. No tarda mucho en volver. Viene con otra mujer, que se le parece, y que los saluda diciendo: «No tengo muchas habitaciones porque ya están aquí los que recogen, que por ahora trabajan en los olivos. Pero el granero que tengo es grande y hay mucha paja en él. Para las mujeres tengo sitio. Venid».

«¡Id! Yo me quedo en oración. La paz a todos vosotros» dice Jesús. Y, mientras los otros se marchan, Él retiene a su Madre y le dice: «Me quedo a orar por Judas, Madre mía. Ayúdame tú también...».

«Te ayudaré, Hijo mío. ¿Es que renace en él la voluntad?».

«No, Mamá. Pero nosotros debemos hacer como si... ¡El Cielo lo puede todo, Mamá!».

«Sí. Y yo todavía puedo hacerme ilusiones. Tú, no, Hijo mío. Tú sabes las cosas. ¡Santo Hijo mío! Pero te imitaré siempre. ¡Queda tranquilo, amor mío! Incluso cuando Tú no puedas ya dirigirle la palabra porque él te rehúya, trataré de llevarle a ti. Y conque el Padre Santísimo escuche mi dolor... ¿Me dejas estar contigo, Jesús? Haremos oración juntos... y serán muchas horas en que te tendré sólo para mí...».

«Quédate, Mamá. Te espero aquí».

María va ligera, y ligera vuelve. [17]Se sientan encima de sus talegos, al pie de los olivos. En medio del gran silencio reinante, se oye el susurro del río poco lejano, y el canto de los grillos parece fuerte en medio de esta noche profundamente enmudecida. Luego cantan los ruiseñores, ríe una lechuza, llora un mochuelo. Y las estrellas transitan lentas en el firmamento, reinas ahora que la Luna, habiéndose ocultado, ha dejado de ofuscarlas. Y luego un gallo rasga el aire quieto con su agudo reclamo. Mucho más lejos, apenas perceptible, otro gallo responde. Y otra vez el silencio, roto ahora por el arpegio de gotas de relente condensado que caen de las tejas de la casa cercana al enlosado que la rodea. Y luego un frufrú nuevo entre las frondas, como sacudiéndose éstas la humedad nocturna, y el aislado silbar de un pájaro que se despereza, y, al mismo tiempo, un cambio en el cielo, la luz que se despierta: raya el alba... Y Judas no ha venido... 575.17

Jesús mira a su Madre, blanca como una azucena contra el olivo obscuro, y le dice: «Hemos orado, Madre. Dios usará nuestra oración...».

«Sí, Hijo mío. Estás pálido como la muerte. ¡Verdaderamente, tu vitalidad se ha derramado toda en esta noche, presionando en las

puertas de los Cielos y en los decretos de Dios!».

«Tú también estás pálida, Madre. Grande es tu esfuerzo».

«Grande es mi dolor por tu dolor».

575.18 [18]La puerta de la casa se abre; con cautela la abren... Jesús se estremece. Pero es sólo la mujer que los ha llevado allí la que sale sin hacer ruido. Jesús emite un suspiro: «¡He tenido la esperanza de haberme podido equivocar!».

La mujer se acerca con su cesto vacío. Ve a Jesús. Le saluda. Seguiría adelante, pero Él la llama. Le dice: «El Señor te lo pague todo. Yo también quisiera hacerlo, pero no traigo nada conmigo».

«No querría nada, Rabí. Ningún pago. Una cosa sí querría, que no es dinero, una cosa que sí me puedes dar».

«¿Qué, mujer?».

«Que el corazón de mi marido cambiara. Es algo que Tú puedes hacer, porque verdaderamente eres el Santo de Dios».

«Ve en paz. Recibirás esto que deseas. Adiós».

La mujer se marcha ligera en dirección a su casa, que debe ser muy triste.

María comenta: «Otra desdichada. ¡Por eso es buena!...».

575.19 [19]Se asoma en el granero la cabeza despeinada de Pedro, y, detrás de la suya, la luminosa de Juan; luego, el grave perfil de Judas Tadeo y el rostro de morena tez del Zelote, y la cara delgada del jovencito Benjamín... Todos están despiertos. Ahora salen de la casa: la primera, María de Magdala; luego Nique y después las otras. Cuando están todos reunidos y la mujer que les ha ofrecido hospedaje ha traído una colodra de leche todavía espumosa, aparece el Iscariote. Ya no tiene la venda. Pero el livor del golpe le tiñe la mitad de la frente, y su ojo aparece, bajo el arco violáceo, aún más sombrío.

Jesús le mira. Judas mira a Jesús, y vuelve la cabeza hacia otra parte. Jesús le dice: «Cómprale a la mujer lo que pueda darnos y luego alcánzanos».

Y, en efecto, Jesús saluda a la mujer y se pone en marcha. Todos le siguen.

576. Encuentro con el joven rico en el camino hacia Doco.

7 de marzo de 1947.

576.1 [1]Otra hermosísima mañana abrileña. La tierra y el firmamento despliegan todas sus primaverales bellezas. El ambiente está tan saturado de luminosidad, de voces de fiesta y de amor, de fragancia, que se respira luz, canto, perfume. Debe haber caído durante la no-

che una fugaz lluvia que ha puesto obscuros y ha limpiado los caminos, sin embarrarlos, y ha limpiado también tallos y hojas que ahora tiemblan, llenas de brillos, limpias, por una suave brisa que desciende de los montes hacia esta fértil llanura que anuncia ya a Jericó.

De las márgenes del Jordán suben continuamente personas que lo han cruzado desde la otra orilla, o que han venido por el camino que bordea el río para tomar luego este que va directamente hacia Jericó y Doco, como dicen las señales indicadoras. Y con los muchos hebreos que, para el rito, se dirigen a Jerusalén procedentes de todas partes, se mezclan mercaderes de otros lugares, y muchos pastores con los corderos de los sacrificios, los cuales balan, desconocedores de su sino. Muchos reconocen y saludan a Jesús. Son éstos hebreos de Perea y la Decápolis, e incluso de lugares más lejanos; hay un grupo de Cesarea Paneas. Y son pastores que, por ser más bien nómadas —en pos de los rebaños—, conocen al Maestro: o por haberle visto o por haberles sido predicado por los discípulos.

[2]Uno se postra y le dice: «¿Puedo ofrecerte el cordero?». 576.2

«No te quedes tú sin él, que tu ganancia es esto».

«¡Es mi gratitud! No te acuerdas de mí. Yo sí. Soy uno al que curaste junto con otros muchos. Me uniste el hueso del muslo, que ninguno lo curaba y me tenía imposibilitado. Te doy con gusto este cordero. El más hermoso. Éste. Para el banquete de alegría. Sé que para el holocausto estás obligado a afrontar un gasto. ¡Pero para la alegría? Mucha me diste a mí. Acepta el cordero, Maestro».

«Sí, acéptalo. Será dinero que nos ahorraremos. O, mejor: será la posibilidad de comer, porque con toda nuestra prodigalidad yo ya no tengo dinero» dice el Iscariote.

«¿Prodigalidad? ¡Pero si desde Siquem no hemos gastado ni una perra!» dice Mateo.

«¡El caso es que no tengo ya dinero! Lo último se lo di a Merod».

«Hombre, escucha» dice Jesús al pastor, para poner fin a las palabras de Judas. «Por ahora no voy a Jerusalén y no puedo llevarme conmigo el cordero. Si no, lo tomaría para que vieras que acepto tu regalo».

«Pero luego irás a la ciudad. Estarás allí para las fiestas. Tendrás un lugar de alojamiento. Dime dónde y yo llevaré a tus amigos...».

«Nada de eso tengo... Pero en Nob tengo un amigo pobre y anciano. Escúchame bien: el día siguiente del sábado pascual vas, al rayar el alba, a Nob, y le dices a Juan, el Anciano de Nob (todos te sabrán decir quién es): "Este cordero te lo manda Jesús de Nazaret, tu amigo, para que celebres este día con un banquete de alegría, porque

más alegría que la de hoy no hay para los verdaderos amigos del Cristo". ¿Lo harás?».

«Si así lo quieres, lo haré».

«Y me darás una alegría. No antes del día después del sábado. Recuérdalo bien. Y recuerda las palabras que te he dicho. Ahora ve y que la paz esté contigo. Y conserva a tu corazón estable en esta paz en los días venideros. Recuerda también esto y sigue creyendo en mi Verdad. Adiós».

576.3 [3]Una serie de personas se ha acercado para oír el diálogo, personas que se dispersan sólo cuando el pastor, poniendo de nuevo en marcha su rebaño, las obliga a hacerlo. Jesús sigue a las ovejas, aprovechando la senda abierta por ellas.

La gente cuchichea: «¿Pero entonces sí que va a Jerusalén! ¿No sabe que está proscrito?».

«¡Oye, nadie puede prohibir a un hijo de la Ley presentarse al Señor para la Pascua. ¿Acaso es culpable de reato público? No. Porque si lo fuera, el Gobernador le habría encarcelado como a Barrabás».

Y otros: «¿Has oído? No tiene un lugar de alojamiento, ni amigos, en Jerusalén. ¿Será que todos le han abandonado? ¿Incluso el resucitado? ¡Pues vaya gratitud!».

«¡Oye, calla! Esas dos son las hermanas de Lázaro. Yo soy de los campos de Magdala y las conozco bien. Si las hermanas están con Él, señal es de que la familia de Lázaro le es fiel».

«Quizás no se aventura a entrar en la ciudad».

«Razón tendría».

«Dios le perdonará el quedarse afuera».

«Si no puede subir al Templo, no es culpa suya».

«Su prudencia es sabia. Si le apresaran, todo acabaría antes de su tiempo».

«Claro que no está todavía preparado para su proclamación como rey nuestro, y no quiere que le apresen».

«Se dice que, mientras se pensaba que estaba en Efraím, fue por todas partes, incluso donde las tribus nómadas, para prepararse sus seguidores y soldados y buscar protecciones».

«¿Quién te ha dicho eso?».

«Son las mentiras de siempre. Es el Rey santo, no un rey de soldados».

«Quizás haga la Pascua suplementaria. En ese caso sería fácil pasar inadvertido. El Sanedrín se disuelve pasadas las fiestas, y todos los Ancianos se van a sus casas para la siega. Hasta Pentecostés no se reúne otra vez».

«Y, si los miembros del Sanedrín están fuera, ¿quién le va a hacer

algún mal? ¡Son ellos los chacales!».

«¡Mmm! ¿Que se ande Él con tanta prudencia! ¡Cosa demasiado humana! Él es más que un hombre y no tendrá una prudencia cobarde».

«¿Cobarde? ¿Por qué? Nadie puede tachar de cobarde a quien se ponga en salvo en pro de su misión».

«Cobarde en todo caso, porque cualquier misión es siempre inferior a Dios. Por tanto, el culto a Dios debe tener precedencia sobre todas las demás cosas».

Éstas son las palabras que se intercambia la gente. Jesús hace como si no oyera.

[4]Judas de Alfeo se detiene para esperar a las mujeres. Cuando 576.4
llegan —estaban con el muchacho, retrasadas, a unos treinta pasos— dice a Elisa: «¡Habéis dado mucho en Siquem, después de marcharnos!».

«¿Por qué?».

«Porque Judas no tiene una perra. No vas a tener tus sandalias, Benjamín. Así han venido las cosas. En Tersa no pudimos entrar, y, aunque hubiéramos podido hacerlo, la carencia de dinero nos hubiera impedido cualquier compra... Vas a tener que entrar así en Jerusalén...».

«Antes está Betania» dice Marta sonriendo.

«Y antes Jericó y mi casa» dice Nique sonriendo también.

«Y antes de todo eso estoy yo. Lo he prometido y lo haré. ¡Viaje de experiencias éste! He sabido lo que es no tener un didracma. Y ahora voy a experimentar lo que es tener que vender un objeto por necesidad» dice María de Magdala.

«¿Y qué vas a vender, María, si ya no llevas joyas?» pregunta Marta a su hermana.

«Mis gruesas horquillas de plata. Son muchas. Para sujetar este inútil peso pueden bastar las de hierro. Las venderé. Jericó está llena de gente que compra estas cosas. Y hoy es día de mercado, y mañana, y siempre cuando llegan estas fiestas».

«¡Pero hermana!».

«¿Qué? ¿Te escandalizas pensando que puedan creer de mí que estoy tan pobre que tengo que vender las horquillas de plata? ¡Ah, ya quisiera haberte dado siempre estos escándalos! Peor era cuando, sin necesidad, me vendía a mí misma al vicio ajeno y mío».

«¡Calla, mujer! ¡Está aquí el muchacho... que no sabe!».

«No sabe todavía. Quizás no sabe todavía que yo era la pecadora. Mañana lo sabría por boca de los que me odian por no serlo ya, y con aspectos que mi pecado no tuvo, a pesar de haber sido muy grande.

Así que es mejor que lo sepa por mí, y que vea cuánto puede el Señor que le ha acogido: hacer de una pecadora una arrepentida; de un muerto un resucitado: de mí, muerta en el espíritu, y de Lázaro, muerto en el cuerpo, dos vivos. Porque esto es lo que nos ha hecho a nosotros el Rabí, Benjamín. Recuérdalo siempre, y quiérele con todo tu corazón porque Él es verdaderamente el Hijo de Dios».

576.5 [5]Un atasco en el camino ha detenido a Jesús y a los apóstoles. Las mujeres los alcanzan. Jesús dice: «Id adelante vosotras, hacia Jericó. Entrad en la ciudad, si queréis. Yo voy a Doco con ellos. Para la puesta del Sol estaré con vosotras».

«¿Por qué nos separas? No estamos cansadas» protestan todas.

«Porque quisiera que vosotras, mientras, al menos algunas, avisarais a los discípulos de que estaré en casa de Nique mañana».

«Si es así, Señor, pues vamos ya. Ven, Elisa, y tú Juana y tú Susana y Marta. Preparamos todo» dice Nique.

«Y yo y el muchacho. Así hacemos nuestras compras. Bendícenos, Maestro. Ven pronto. ¿Tú, Madre, te quedas?» dice María de Magdala.

«Sí, con mi Hijo».

Se separan. Con Jesús se quedan sólo las tres Marías: la Madre y la cuñada de Ella, María Cleofás, y María Salomé. Jesús deja el camino de Jericó para tomar un camino secundario que va a Doco.

576.6 [6]Lleva poco tiempo por éste cuando, de una caravana que viene no sé de dónde (es una caravana rica que, sin duda, viene de lejos, porque trae a las mujeres en los camellos, dentro de las oscilantes berlinas o palanquines atados a los lomos gibosos, y los hombres montados en fogosos caballos o en otros camellos), se separa un joven que, haciendo arrodillarse a su camello, desciende de la silla y va hacia Jesús; un paje viene y sujeta al animal por las bridas.

El joven se postra delante de Jesús y, después del profundo saludo, le dice: «Yo soy Felipe de Canata, hijo de verdaderos israelitas, y que ha seguido siéndolo. Discípulo de Gamaliel hasta que la muerte de mi padre me puso al frente de sus negocios. Te he oído más de una vez. Conozco tus obras. Aspiro a una vida mejor, para tener la eterna que Tú aseguras que posee aquel que crea en sí tu Reino. Dime, pues, Maestro bueno, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?».

«¿Por qué me llamas bueno? Sólo Dios es bueno».

«Tú eres el Hijo de Dios, bueno como el Padre tuyo. ¡Oh, dime!: ¿qué debo hacer?».

«Para entrar en la vida eterna observa los mandamientos».

«¿Cuáles, mi Señor? ¿Los antiguos o los tuyos?».

«En los antiguos están ya los míos. Los míos no transforman los antiguos, que siguen siendo: adorar con amor verdadero al único verdadero Dios y respetar las leyes del culto, no matar, no robar, no cometer adulterio, no testificar lo falso, honrar al padre y a la madre, no perjudicar al prójimo; antes al contrario, amarle como te amas a ti mismo. Haciendo esto tendrás la vida eterna».

«Maestro, todas estas cosas las he observado desde mi niñez».

Jesús le mira con ojos de amor y dulcemente le pregunta: «¿Y no te parecen suficientes todavía?».

«No, Maestro. Grande cosa es el Reino de Dios en nosotros y en la otra vida. Infinito don es Dios, que a nosotros se dona. Siento que todo lo que es deber es poco, respecto al Todo, al Infinito perfecto que se dona, y que yo pienso que se debe obtener con cosas mayores que las que están mandadas para no condenarse y serle gratos».

«Es como dices. Para ser perfecto te falta todavía una cosa. Si quieres ser perfecto como quiere el Padre nuestro de los Cielos, ve, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres. Tendrás un tesoro en el Cielo por el que el Padre, que ha dado su Tesoro para los pobres de la Tierra, te amará con especial amor. Luego ven y sígueme».

El joven se entristece, se pone pensativo. Luego se levanta y dice: «Recordaré tu consejo...» y se aleja triste.

[7]Judas se sonríe levemente, pero irónicamente, y susurra: «¡No soy yo el único que le tiene amor al dinero!». 576.7

Jesús se vuelve y le mira... y luego mira a los otros once rostros que están en torno a Él, y suspira: «¡Qué difícil será que un rico entre en el Reino de los Cielos: su puerta es estrecha y el camino que a él conduce es un camino empinado, y no pueden recorrer este camino ni entrar los que están cargados con los pesos voluminosos de las riquezas. Para entrar allá arriba no se requieren sino tesoros de virtud, inmateriales, y también el saberse separar de todo lo que signifique apego a las cosas del mundo y vanidad». Jesús está muy triste...

Los apóstoles se miran de reojo unos a otros...

Jesús sigue hablando mientras mira a la caravana del joven rico que se aleja: «En verdad os digo que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que no, para un rico, entrar en el Reino de Dios».

«¿Pero entonces quién podrá salvarse? La miseria hace frecuentemente pecadores, por envidias y por poco respeto a lo ajeno, y por desconfianza respecto a la Providencia... La riqueza es un obstáculo para la perfección... ¿Y entonces? ¿Quién podrá salvarse?».

Jesús los mira y les dice: «Lo que es imposible para los hombres

es posible para Dios, porque para Dios todo es posible. Basta con que el hombre ayude a su Señor con su buena voluntad. Es buena voluntad aceptar el consejo recibido y esforzarse en conseguir el desapego de las riquezas. *Todo desapego, para seguir a Dios.* Porque la verdadera libertad del hombre es ésta: seguir las voces que Dios le susurra en su corazón, y sus mandamientos, no ser esclavo ni de sí ni del mundo ni del respeto humano, y, por tanto, no ser esclavos de Satanás. Hacer uso de la espléndida libertad de arbitrio que Dios ha dado al hombre para querer libre y únicamente el Bien, y conseguir así la vida eterna luminosísima, libre, beata. Ni siquiera de la propia vida hemos de ser esclavos, si por secundarla tenemos que oponer resistencia a Dios. Os lo he dicho: "El que pierda su vida por amor mío * y por servir a Dios la salvará para toda la eternidad"».

576.8 [8]«¡Pues nosotros hemos dejado todo por seguirte, hasta las cosas más lícitas! ¿Cuál será en nosotros el resultado? ¿Entraremos, entonces, en tu Reino?» pregunta Pedro.

«En verdad, en verdad os digo que los que me hayan seguido de esa manera, y los que me sigan —porque siempre hay tiempo de hacer reparación por la desidia y por los pecados cometidos hasta el presente, siempre hay tiempo mientras se está en la Tierra y se tienen por delante días en que poder hacer reparación por el mal hecho—, éstos estarán conmigo en el Reino mío. En verdad os digo que vosotros, que me habéis seguido en la regeneración, os sentaréis en tronos para juzgar a las tribus de la Tierra, junto con el Hijo del hombre, que estará sentado en el trono de su gloria. Y os digo en verdad que ninguno que, por amor de mi Nombre, haya dejado casa, campos, padre, madre, hermanos, esposa, hijos y hermanas, para difundir la Buena Nueva y continuarme, ninguno dejará de recibir el céntuplo en el tiempo presente y la vida eterna en el siglo futuro».

«¿Pero si perdemos todo, cómo podemos centuplicar nuestro haber?» pregunta Judas de Keriot.

«Digo de nuevo que lo que a los hombres les es imposible a Dios le es posible. Y Dios dará el céntuplo de gozo espiritual a aquellos que supieron pasar de ser hombres del mundo a hacerse hijos de Dios, o sea, hombres espirituales. Éstos experimentarán el verdadero gozo espiritual, aquí y más allá de la Tierra. Y os digo también esto: no todos los que parecen los primeros —y que deberían serlo por haber recibido más que los demás— lo serán, y no todos los que parecen últimos —y menos que últimos, pues no serán aparentemente mis discípulos, ni miembros del Pueblo elegido— lo serán. En ver-

* *Os lo he dicho*, en 265.12.

dad, muchos pasarán a ser, de primeros, últimos, y muchos últimos, ínfimos, pasarán a ser primeros... [9]Pero ahí está Doco. Adelantaos 576.9
todos menos Judas de Keriot y Simón Zelote. Id a advertir de mi llegada a quienes puedan tener necesidad de mí».

Y Jesús, con los dos a los que ha retenido, espera a reunirse con las tres Marías, que los siguen a algunos metros de distancia.

* 577. Tercer anuncio de la Pasión. María de Alfeo evoca la figura de José. La insensata petición de los hijos de Zebedeo.

8 de marzo de 1947.

[1]Apenas el alba aclara el cielo, aunque no hace todavía fácil el ca- 577.1
mino, cuando Jesús deja Doco aún durmiente. Las pisaduras ciertamente no las oye nadie, porque son cautelosas y la gente duerme todavía en las casas cerradas. Ninguno habla hasta que están fuera de la ciudad; hasta que están en el campo, que lentamente se despierta bajo la parca luz, llena de frescura después del lavacro del rocío.

Entonces Judas Iscariote dice: «Camino inútil, descanso negado; hubiera sido mejor no haber venido hasta aquí».

«¡No nos han tratado mal los pocos que hemos encontrado! Han dedicado la noche a escucharnos y a ir por los enfermos de los campos. No, no, venir aquí ha sido una cosa verdaderamente buena, porque los que, por enfermedad u otros motivos, no podían aspirar a ver al Señor en Jerusalén le han visto aquí y han recibido el consuelo de la salud y de otras gracias. Los otros ya sabemos que han ido ya a la ciudad... Es costumbre de todos nosotros, a nada que se pueda, ir algunos días antes de la fiesta» dice delicadamente Santiago de Alfeo, porque es siempre manso; todo lo contrario de Judas de Keriot, que incluso en los momentos buenos es siempre violento e imperioso.

«Precisamente porque vamos también nosotros a Jerusalén, era inútil venir aquí. Nos habrían oído y visto allí...».

«Pero no las mujeres y los enfermos...» rebate, interrumpiéndole, Bartolomé, en ayuda de Santiago de Alfeo.

Judas hace como que no oye y, como continuando lo que estaba diciendo, añade: «Al menos creo que vamos a Jerusalén, aunque ahora ya no estoy seguro, después de lo que se le dijo a aquel pastor...».

«¿Y a dónde piensas que vayamos, si no es allí?» pregunta Pedro.

«¡Yo qué sé! Todo lo que hacemos desde hace algunos meses es

* *Tercer anuncio...*: el primero está en 346; el segundo, en 355.

tan irreal, todo tan contrario a lo previsible, al buen sentido, incluso a la justicia, que...».

«¡Hala! ¡Pues si te he visto beber leche en Doco, ¿cómo es que hablas como un borracho?! ¿En qué ves cosas contrarias a la justicia?» pregunta Santiago de Zebedeo, con unos ojos que poco bien prometen. Y añade: «¡Basta ya de reproches al Justo! ¿Entiendes que ya basta? No tienes derecho a censurarle. Ninguno tiene este derecho, porque Él es perfecto, y nosotros... ninguno de nosotros lo es, y tú el que menos».

«¡Eso es! Si estás enfermo, te curas; pero no nos amargues con tus protestas. ¡Si eres un lunático, allí está el Maestro: ve a que te cure y corta ya, ¿eh?!» dice Tomás perdiendo la paciencia.

577.2 [2]Efectivamente, Jesús viene detrás, junto con Judas de Alfeo y Juan; y ayudan a las mujeres, que, menos acostumbradas a andar entre dos luces, avanzan con dificultad por este sendero no bueno y, además, más obscuro que el campo porque va por un tupido olivar. Y Jesús habla animadamente con las mujeres, enajenándose de lo que sucede más adelante, lo cual, de todas formas, es oído por los que van con Él, pues, aunque las palabras lleguen mal, su tono denota que no son palabras suaves, sino que, ciertamente, tienen sabor de disputa.

Los dos apóstoles, Judas Tadeo y Juan, se miran... y no dicen nada. Miran a Jesús y a María. Pero María está tan velada con su manto, que casi no se le ve la cara. Jesús parece no haber oído. Mas, acabado lo que estaba diciendo —hablaban de Benjamín y de su futuro, y hablan de la viuda Sara de Afeq, que se ha establecido en Cafarnaúm y es madre amorosa no sólo del niñito de Yiscala, sino también de los hijitos de la mujer de Cafarnaúm que, pasada a segundo matrimonio, no quería ya a los hijos del primero, y que murió luego «tan mal, que verdaderamente se ha visto la mano de Dios en su muerte» dice Salomé—, Jesús va hacia delante junto con Judas Tadeo y llega donde los apóstoles (pero antes, al marcharse, ha dicho: «Quédate aquí, Juan, si quieres. Voy a responder al inquieto y a poner paz».).

Pero Juan, después de algunos otros pasos con las mujeres, y visto que el sendero se abre más y se hace más luminoso, se echa a correr y alcanza a Jesús justo cuando está diciendo: «Así que, tranquilízate, Judas. Nada irreal haremos, como nunca lo hemos hecho. Tampoco ahora estamos haciendo nada contrario a lo previsible. Éste es el tiempo en que está previsto que todo israelita que no esté impedido por enfermedades o causas gravísimas suba al Templo. Y al Templo estamos subiendo».

«No todos. Margziam he oído que no estará. ¿Acaso está enfermo? ¿Por qué motivo no viene? ¿Tú crees que puedes substituirle por el samaritano?». El tono de Judas es insoportable.

Pedro susurra: «¡Oh prudencia, encadena mi lengua, que soy hombre!», y aprieta fuertemente los labios para no decir nada más. Sus ojos, un poco saltones, tienen una mirada conmovedora, y es que son muy visibles en ellos el esfuerzo que hace el hombre por frenar su indignación y la aflicción de oír hablar a Judas de ese modo.

[3]La presencia de Jesús mantiene inmóviles todas las lenguas. Él 577.3
es el único que habla, diciendo con una calma verdaderamente divina:

«Venid un poco adelante para que las mujeres no oigan. Tengo que deciros una cosa, ya desde hace algunos días. Os la prometí en los campos de Tersa. Pero quería que estuvierais todos para oírla; todos vosotros, no las mujeres. Dejémoslas en su humilde paz... En lo que os voy a decir estará incluida también la razón por la cual Margziam no estará con nosotros, y tampoco tu madre, Judas de Keriot, ni tus hijas, Felipe, ni las discípulas de Belén de Galilea con la jovencita. Hay cosas que no todos pueden soportarlas. Yo, Maestro, sé lo que es un bien para mis discípulos, y sé cuánto pueden ellos, o no pueden, soportar. Ni siquiera vosotros tenéis la suficiente fortaleza como para soportar la prueba. Y quedar excluidos de ella sería una gracia para vosotros. Pero vosotros debéis continuarme, y debéis saber cuán débiles sois, para ser después misericordiosos con los débiles. Por eso vosotros no podéis veros excluidos de esta tremenda prueba que os dará la medida de lo que sois, de lo que habéis seguido siendo después de tres años de estar conmigo y de lo que habéis venido a ser después de estos mismos tres años. Sois doce. Vinisteis a mí casi contemporáneamente. Y no son los pocos días que transcurrieron desde mi encuentro con Santiago, Juan y Andrés, hasta el día en que tú, Judas de Keriot, fuiste recibido entre nosotros, ni hasta el día en que tú, Santiago, hermano mío, y tú, Mateo, vinisteis conmigo, los que pueden justificar tanta diferencia de formación entre vosotros. Estabais todos, también tú, docto Bartolmái, y vosotros, hermanos míos, muy informes, completamente informes respecto a lo que es la formación en mi doctrina. Es más, vuestra formación, mejor que la de otros de entre vosotros respecto a la doctrina del viejo Israel, os suponía un obstáculo para formaros en mí. Pero ninguno de vosotros ha recorrido tanto camino como habría sido suficiente para llevaros a todos a un único punto. Uno lo ha alcanzado, otros están cerca, otros más lejos, otros muy atrás, otros... sí, debo decir también esto: en vez de avanzar han retrocedido. ¡No os miréis! No

busquéis entre vosotros quién es el primero y quién el último. Aquel que, quizás, se cree el primero y es considerado el primero, debe todavía tomarse a sí mismo el pulso. Aquel que se cree el último está para resplandecer en su formación como una estrella del cielo. Por tanto, una vez más, os digo: no juzguéis. Los hechos juzgarán con su evidencia. Por ahora no podéis entender. Pero pronto, muy pronto, recordaréis estas palabras mías y las comprenderéis».

«¿Cuándo? Nos has prometido que nos vas a decir, que nos vas a explicar también por qué la purificación pascual será distinta este año, pero no nos lo dices nunca», se queja Andrés.

577.4 «De esto os quería hablar. Porque aquellas palabras y éstas son una única cosa, pues tienen su raíz en una única cosa. 4Mirad, estamos subiendo a Jerusalén para la Pascua. Allí se cumplirán todas las cosas dichas por los profetas respecto al Hijo del hombre. En verdad, como vieron los profetas, como ya estaba dicho en la orden dada a los hebreos de Egipto, como fue ordenado a Moisés en el desierto, el Cordero de Dios muy pronto va a ser inmolado y su Sangre muy pronto va a rociar las jambas de los corazones, y el ángel de Dios pasará sin descargar su mano sobre los que tengan sobre sí, y con amor, la Sangre del Cordero inmolado, que muy pronto va a ser levantado como la serpiente de precioso metal en el palo transversal, como signo para los que han sido heridos por la serpiente infernal, para salud de los que lo miren con amor. El Hijo del hombre, vuestro Maestro Jesús, muy pronto va a ser entregado en manos de los príncipes de los sacerdotes, de los escribas y Ancianos, los cuales le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles para ser escarnecido. Y le abofetearán, le golpearán, le escupirán, le arrastrarán por las calles como a un andrajo inmundo, y luego los gentiles, después de haberle flagelado y coronado de espinas, prefiriendo el pueblo hebreo, reunido en Jerusalén, su muerte en vez de la de un ladrón, le condenarán a la muerte de cruz, propia de los malhechores; y así le matarán. Pero, como está escrito en los signos de las profecías, después de tres días resucitará. Ésta es la prueba que os espera, la que mostrará vuestra formación. En verdad os digo, a todos vosotros los que os creéis tan perfectos como para despreciar a los que no son de Israel e incluso a muchos del propio pueblo nuestro, en verdad os digo que vosotros, mi parte elegida del rebaño, cuando apresen al Pastor, sufriréis la embestida del miedo y huiréis a la desbandada, como si los lobos que a mí me morderán desde todas las partes se hubieren

* *las cosas dichas por los profetas*, como las citadas (y reseñadas en notas) en 342.7, 561.11, 579.8.10, 580.3, 589.3, 591.5/6, 592.9, 593.1, 595.4, 596.2, 597.5, 598.7, 600.13, 601.1, 604.25.

vuelto contra vosotros. Pero os digo que no temáis, que no os tocarán un solo cabello. Yo seré suficiente para saciar a los lobos feroces...».

[5]Los apóstoles, a medida que Jesús va hablando, van pareciendo 577.5
criaturas expuestas a una granizada de piedras. Incluso se encorvan, cada vez más, mientras Jesús va hablando. Y, cuando termina: «Y todo esto que os digo ya es inminente; no es como las otras veces, que había tiempo antes de esa hora. Ya ha llegado la hora. Yo voy para ser entregado a mis enemigos e inmolado para salvación de todos. Y este capullo de flor no habrá perdido todavía sus pétalos, después de haber florecido, y Yo estaré ya muerto», cuando termina así, quién se tapa la cara con las manos, quién gime como si le estuvieran hiriendo. Judas Iscariote está lívido, literalmente lívido...

El primero en recobrarse es Tomás, que proclama: «Esto no te sucederá porque te defenderemos o moriremos juntos contigo, y así demostraremos que te habíamos alcanzado en tu perfección y que éramos perfectos en el amor a ti».

Jesús le mira en silencio.

Bartolomé, después de un largo silencio meditativo, dice: «Has dicho que serás entregado... Pero ¿quién, quién puede entregarte en manos de tus enemigos? Eso no está escrito en las profecías. No. No está escrito. Sería demasiado horrible si un amigo tuyo, un discípulo tuyo, un seguidor tuyo, aunque fuera el último de todos, te entregara a los que te odian. ¡No! Quien te haya oído con amor, aunque hubiera sido una sola vez, no puede cometer ese delito. Son hombres, no fieras, no diablos... No, mi Señor. Y tampoco los que te odian podrán... Tienen miedo del pueblo, ¡y el pueblo estará, por entero, en torno a ti!».

Jesús mira también a Natanael y no habla.

Pedro y el Zelote hablan mucho entre sí. Santiago de Zebedeo maltrata de palabra a su hermano porque le ve sereno, y Juan res-
* ponde: «Es porque hace tres meses que lo sé» y dos lágrimas surcan su rostro. Los hijos de Alfeo hablan con Mateo, que, descorazonado, menea la cabeza.

Andrés se vuelve hacia el Iscariote: «Tú que tienes tantos amigos en el Templo...».

«Juan conoce al propio Anás» replica Judas, y termina: «¿Y qué solución ves? ¿Qué crees que va a poder la palabra de un hombre si así está predestinado?».

«¿Estás convencido de esto?» preguntan al mismo tiempo Tomás y Andrés.

---

* *hace tres meses que lo sé*, le fue dicho en confidencia por el Maestro (ver 540.3).

«No. Yo no creo nada. Son alarmas inútiles. Bartolomé tiene razón. Todo el pueblo apoyará a Jesús. Ya se percibe por la gente que vamos viendo por el camino. Y será un triunfo. Veréis como será así» dice Judas de Keriot.

«¿Pero entonces por qué Él...?» dice Andrés señalando a Jesús, que se ha parado para esperar a las mujeres.

«¿Que por qué lo dice? Porque está impresionado... y porque quiere probarnos. Pero no ocurrirá nada. Y yo, además, iré...».

«¡Sí, sí! ¡Ve a ver...!» suplica Andrés.

577.6 [6]Se callan porque Jesús está ya tras ellos, entre su Madre y María de Alfeo.

María expresa una pálida sonrisa al mostrarle su cuñada unas semillas, que no sé dónde las habrá conseguido, diciéndole que quiere sembrarlas en Nazaret después de la Pascua, junto a la gruta que Ella tanto estima. Y María de Alfeo dice: «Cuando eras niña, te recuerdo siempre con estas flores en tus manitas. Las llamabas las flores de tu venida. Efectivamente, cuando naciste, tu huerto estaba cuajado de ellas, y en el atardecer en que toda Nazaret se apresuró a ir a ver a la hija de Joaquín, los hacecillos de estas estrellitas eran verdaderamente un diamante por el agua que había caído del cielo y por el último rayo de sol que desde el Poniente incidía en ellos; y, dado que te llamabas "Estrella", todos decían, mirando a esas muchas, pequeñas estrellas brillantes: "Las flores se han adornado para festejar a la flor de Joaquín, y las estrellas han dejado el cielo para acercarse a la Estrella"; y todos sonreían, felices por el signo ventu-
577.7 roso y por la alegría de tu padre. [7]Y José, el hermano de mi marido, dijo: "Estrellas y gotitas de agua. ¡Es verdaderamente María!". ¿Como * podía imaginar, entonces, que habrías de ser su estrella? ¡Cuando volvió de Jerusalén elegido para esposo tuyo!... Toda Nazaret quería festejarle, porque grande era el honor que le venía del Cielo y de su matrimonio contigo, hija de Joaquín y Ana; y todos querían invitarle a un banquete. Pero él, con su dulce pero firme decisión rechazó toda fiesta. De modo que asombró a todos, porque ¿quién es el hombre que, destinado a noble matrimonio y con símil decreto del Altísimo, no celebre su felicidad de alma y de carne y sangre? Pero él decía: "A gran elección gran preparación". Y con una continencia que alcanzaba también a las palabras y al alimento —pues que toda otra continencia siempre había existido en él— pasó ese tiempo trabajando y oran-

* *María*, nombre de la Madre de Jesús y muy común entre las mujeres hebreas de su tiempo, no tiene derivación segura. Sus numerosas interpretaciones provienen de sondeos etimológicos, o también del lenguaje popular. Los significados de *estrella* y de *gota*, que, respectivamente, evocan la luz y el dolor, pueden ser relacionados con una interpretación dada por San Jerónimo al nombre "María".

do, porque, si se puede orar con el trabajo, yo creo que cada golpe de martillo y cada señal hecha con el escoplo se transformaban en oración. Tenía su rostro como extático. Yo iba a arreglar la casa, a blanquear sábanas u otras cosas que había dejado tu madre y que con el tiempo se habían puesto amarillentas, y le miraba mientras trabajaba en el huerto y en la casa para ponerlos otra vez en orden, como si nunca hubieran estado abandonados; y le hablaba incluso... Pero estaba como absorto. Sonreía... pero no era a mí o a otros, sino a un pensamiento suyo que no era, no, el pensamiento de todos los hombres que se aproximan a su boda. Ésa es una sonrisa de alegría maliciosa y carnal... Él... parecía sonreír a los invisibles ángeles de Dios, y parecía que hablara con ellos y los consultara... ¡Oh, porque estoy convencida de que los ángeles le instruían acerca de cómo tratarte a ti! Porque después, y fue otro motivo de estupor de toda Nazaret, y casi de desdén de mi Alfeo, pospuso la boda lo más que pudo, y no se comprendió nunca cómo fue que al improviso se decidiera antes del tiempo fijado. Y también cuando se supo que ibas a ser madre, ¡cómo se asombró Nazaret por su alegría ausente!... Pero también mi Santiago es un poco así. Y cada vez más lo es. Ahora que le observo bien —no sé por qué, pero desde que fuimos a Efraím me parece completamente nuevo—, le veo así... justamente como a José. Mírale ahora también, María, ahora que se está volviendo otra vez para mirarnos. ¿No tiene ese aspecto absorto tan habitual en José, tu esposo? Sonríe con esa sonrisa que no sé si llamarla triste o lejana. Mira y tiene esa mirada larga, que va más allá de nosotros, que muchas veces tenía José. ¿Recuerdas cómo le pinchaba Alfeo? Decía: "Hermano, ¿ves todavía las pirámides?". Y él meneaba la cabeza sin decir nada, paciente y reservado en sus pensamientos. Poco hablador siempre. Pero ¡desde que volvisteis de Hebrón...! Ya ni siquiera a la fuente iba solo, como hasta entonces había hecho, y como hacen todos: o contigo o a su trabajo. Y, aparte del sábado en la sinagoga, o cuando se dirigía a otro lugar para alguna gestión, nadie puede decir que viera a José de paseo en esos meses. Luego os marchasteis... ¡Qué angustia la ausencia de noticias vuestras después de la matanza! Alfeo fue hasta Belén... "Se marcharon" dijeron. Pero... ¿cómo creerlos, si os odiaban a muerte en esa ciudad en que todavía rojeaba la sangre inocente y se elevaba humo de las ruinas y se os acusaba de que por vosotros esa sangre había corrido? Fue a Hebrón, y vosotros al Templo, porque Zacarías tenía su turno. Isabel no le dio más que lágrimas, y Zacarías palabras de consuelo. El uno y la otra, angustiados por Juan y temiendo nuevos actos de crueldad, le habían escondido y estaban verdaderamente en ascuas por él. De vosotros no sabían nada. Y Zacarías dijo a Alfeo:

"Si están muertos, su sangre ha caído sobre mí, porque yo los convencí de que se quedaran en Belén". [8]¡Mi María! ¡Mi Jesús, visto tan guapo durante la Pascua que siguió a su nacimiento! ¡Y no recibir noticias durante tanto tiempo! Pero... ¿por qué nunca una noticia?...».

577.8

«Porque convenía guardar silencio. En el lugar donde estábamos, muchas eran las Marías y muchos los Josés, y convenía pasar por una pareja cualquiera de esposos» responde serena María, y suspira: «Y eran, dentro de su tristeza, días aún felices. ¡El mal estaba tan lejos todavía! ¡Aunque nuestra humanidad careciera de muchas cosas, el espíritu se saciaba con la alegría de tenerte, Hijo mío!».

«También ahora tienes contigo a tu Hijo. ¡Falta José, es verdad! Pero Jesús está aquí y con su completo amor de adulto» observa María de Alfeo.

María levanta la cabeza para mirar a su Jesús. Y en su mirada hay congoja, aunque su boca sonría levemente. Mas no añade ninguna otra palabra.

577.9

[9]Los apóstoles se han detenido para esperarlos. Todos se agrupan, incluso Santiago y Juan, que estaban detrás de todos, con su madre. Y, mientras descansan del camino realizado y algunos comen un poco de pan, la madre de Santiago y Juan se acerca a Jesús y se postra ante Él, que, apremiado por reanudar la marcha, ni siquiera se ha sentado.

Jesús, puesto que es claro en ella el deseo de pedir algo, le pregunta: ¿Qué quieres, mujer? Habla».

«Concédeme una gracia, antes de que te marches, como dices».

«¿Cuál?».

«La de ordenar que estos dos hijos míos, que por ti han dejado todo, se sienten uno a tu derecha y el otro a tu izquierda, cuando Tú estés sentado, en tu gloria, en tu Reino».

Jesús mira a la mujer y luego a los dos apóstoles, y dice: «Habéis sugerido este pensamiento a vuestra madre interpretando muy mal mis promesas de ayer. El céntuplo por lo que habéis dejado no lo recibiréis en un reino de la Tierra. ¿También vosotros os habéis hecho codiciosos y habéis perdido la inteligencia? No, no vosotros: ya es el crepúsculo mefítico de las tinieblas, que avanza, y el aire contaminado de Jerusalén, que se acerca y os corrompe y os ciega... ¡Yo os digo que no sabéis lo que pedís! ¿Podéis, acaso, beber el cáliz que voy a beber Yo?».

«Lo podemos, Señor».

«¿Y por qué decís eso, si todavía no habéis comprendido la amargura que tendrá mi cáliz? No se trata solamente de la amargura que ayer os describí: la mía de Varón de todos los dolores. Habrá torturas

que, aunque os las describiera, no estaríais en condiciones de comprenderlas... De todas formas... sí... dado que —a pesar de ser todavía como dos niños que desconocen el valor de lo que piden—, dado que sois dos espíritus justos y que me quieren, beberéis, ciertamente beberéis *de* mi cáliz. Pero lo de sentaros a mi derecha o a mi izquierda no me corresponde a mí concedéroslo: ésa es una cosa que se concederá a aquellos para los que mi Padre lo ha preparado».

[10]Los otros apóstoles, mientras Jesús está todavía hablando, ha- 577.10
cen ásperas críticas sobre lo que los hijos de Zebedeo y la madre de éstos han pedido.

Pedro le dice a Juan: «¡Precisamente tú! ¡Ya ni te reconozco, respecto a lo que eras!».

Y Judas Iscariote, con su sonrisa de demonio: «¡Verdaderamente los primeros son los últimos! Tiempo de sorpresas y de comprender una serie de cosas...», y se ríe burlón.

«¿Acaso por los honores hemos seguido a nuestro Maestro?» dice Felipe en tono de reproche.

Tomás no se dirige a los dos, sino a Salomé, diciendo: «¿Por qué poner en evidencia a tus hijos? Si no ellos, al menos tú debías haber reflexionado e impedido esto».

«Es verdad. Nuestra madre no lo habría hecho» dice Judas Tadeo.

Bartolomé no habla, pero su cara es toda una desaprobación.

Simón Zelote, queriendo calmar el desdén, dice: «Todos podemos equivocarnos...».

Mateo, Andrés y Santiago de Alfeo no hablan; es más, visiblemente sufren por este incidente que mella la hermosa perfección de Juan.

Jesús hace un gesto para imponer silencio y dice: «¡Un momento! ¿Es que de un error van a venir muchos? Vosotros, que reprocháis indignados, ¿no os dais cuenta de que también vosotros pecáis? Dejad tranquilos a estos hermanos vuestros. Mi reprensión es suficiente. Su abatimiento es evidente; su arrepentimiento, humilde y sincero. Debéis amaros entre vosotros, apoyaros mutuamente. Porque, en verdad, ninguno de vosotros es perfecto todavía. No debéis imitar al mundo ni a los hombres del mundo. En el mundo —lo sabéis— los príncipes de las naciones dominan a sus pueblos, y sus notables ejercen el poder sobre éstos en nombre de los príncipes. Pero entre vosotros no debe ser así. No debe haber en vosotros afán de dominar a los hombres ni a vuestros compañeros. Antes al contrario, el que de entre vosotros quiera ser el mayor póngase a vuestro servicio, y el que quiera ser el primero hágase siervo de todos. Lo mismo que ha hecho

vuestro Maestro. ¿Acaso he venido para avasallar y dominar? ¿Para ser servido? No, verdaderamente no. Yo he venido para servir. Y eso —de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en redención de muchos—, eso mismo deberéis saber hacer vosotros, si queréis ser como Yo y estar donde Yo. Ahora marchaos. Y estad en paz entre vosotros, como Yo lo estoy con vosotros».

577.11 [11]Me dice Jesús:

«Señala mucho el punto: "... vosotros ciertamente beberéis *de* mi * cáliz". En las traducciones se lee: "mi caliz". He dicho: "*del mío*", no "el mío". Ningún hombre habría podido beber mi cáliz. Solamente Yo, Redentor, debí beber todo mi cáliz. A mis discípulos, a mis imitadores, a los que me aman, ciertamente se les concede beber *de ese cáliz* en que Yo bebí: esa gota, ese sorbo o esos sorbos que la predilección de Dios les concede beber. Pero nunca ninguno lo beberá todo como Yo lo bebí. Así pues, es correcto decir "*de mi cáliz*" y no "mi cáliz"».

578. Encuentro con discípulos y hombres de relieve conducidos por Manahén. Llegada a Jericó.

11 de marzo de 1947.

578.1 [1]Ya las blancas paredes de las casas de Jericó y sus palmas resaltan contra el cielo, azul intenso de cerámica o esmalte, cuando, al pie de un pequeño bosque de tamarices de desordenadas frondas, y de sensibles mimosas y espinos blancos de larguísimas espinas, y de otras plantas en su mayoría espinosas, que parecen haber sido arrojadas allí desde la áspera montaña situada a espaldas de Jericó, Jesús se encuentra con un nutrido grupo de discípulos capitaneados por Manahén. Parece que están esperando. Lo están, efectivamente; y lo dicen, después de haber saludado al Maestro; y añaden que otros han ido hasta otros caminos, para tener noticias, dado que el retraso de toda una noche en llegar a Jericó los había alarmado.

«Yo he venido aquí con éstos. Y no te dejaré hasta que te vea a salvo en casa de Lázaro» dice Manahén.

«¿Por qué? ¿Hay peligro de algo?...» pregunta Judas Tadeo.

* *de*, cursiva de aproximadamente una página antes, está remarcado con claros signos en el manuscrito original. La expresión "beber *el* cáliz" parece traducción correcta del texto griego de los evangelistas Mateo y Marcos; pero podría ser interpretada como "beber del cáliz" si se dice en arameo, la lengua que Jesús hablaba, en la cual no habría distinción de forma entre "baber *el* cáliz" y "beber *del* cáliz".

«Estáis en Judea... El decreto ya lo conocéis. Y el odio también. Por tanto, todo se puede temer» responde Manahén, quien, dirigiéndose a Jesús, explica: «He tomado conmigo a los más fuertes, porque era presumible que —si no te habían apresado— pasaras por aquí. Y por la entidad de los discípulos y los hombres confiamos poder impresionar a los malvados y hacer que te respeten».

En efecto, están con él los ex discípulos de Gamaliel, el sacerdote Juan, Nicolái de Antioquía, Juan de Éfeso y otros hombres vigorosos —no los conozco— que están en la flor de la vida y tienen un aspecto más noble de lo común. Manahén, rápidamente, presenta a algunos de éstos, mientras que a otros no los presenta. Son hombres procedentes de todas las regiones palestinas (entre ellos hay dos de la corte de Herodes Filipo). Así, nombres de las más antiguas familias de Israel resuenan en el camino, al pie del pequeño bosque de frondas desordenadas, en que el viento hace temblar las hojitas de las mimosas y pliega los tiernos retoños de los espinos blancos.

[2]«Vamos. ¿No hay ninguno con las mujeres, donde Nique?» pre- 578.2
gunta Jesús.

«Los pastores. Todos menos Jonatán, que espera a Juana en el palacio de Jerusalén. Pero tus discípulos han crecido de forma desmesurada. Ayer, en Jericó, estaban esperándote unos quinientos; hasta el punto de que los servidores de Herodes se habían impresionado y le habían informado de ello. Y Herodes no sabía si reaccionar temeroso o agresivo. Pero el recuerdo de Juan le tiene obsesionado y ya no se atreve a levantar la mano contra ningún profeta...».

«¡Bien! ¡Esto no te perjudicará!» exclama Pedro frotándose contento las manos.

«De todas formas, es el que menos cuenta. Es un ídolo al que todos pueden mover como les venga en gana. Y quien le tiene en sus manos sabe moverle».

«¿Y quién le tiene en sus manos? ¿Pilato?» pregunta Bartolomé.

«Pilato no necesita a Herodes en sus actos. Herodes es un siervo, y los poderosos no se dirigen a los siervos» responde Manahén.

«¿Y entonces quién?» pregunta Bartolomé.

«El Templo» dice sin vacilar uno que está con Manahén.

«Pero si para el Templo Herodes está anatematizado. Su pecado...».

«¡Eres muy ingenuo con todo tu saber y tus años, Bartolomé! ¿Es que no sabes que el Templo, con tal de conseguir sus objetivos, sabe superar muchas, demasiadas cosas? Por eso ya no merece permanecer» dice Manahén con gesto de severo desprecio.

«Tú eres israelita. No debes hablar así. El Templo es siempre el

Templo para nosotros» dice Bartolomé con tono de reconvención.

«No. Es el cadáver de lo que era. Y un cadáver, cuando lleva ya un tiempo muerto, se transforma en inmunda carroña. Por eso Dios ha mandado al Templo vivo, para que pudiéramos postrarnos ante el Señor sin que ello fuera una pantomima execrable».

578.3 [3]«¡Calla!» susurra a Manahén otro que está con él, porque está hablando demasiado claramente (es uno de los que no han sido presentados, uno que está muy tapado).

«¿Y por qué debería callarme, si así habla mi corazón? ¿Piensas que hablando así pueda perjudicar al Maestro? Si es así, me callo; pero no por otro motivo. Aunque me condenaran sabría decir: "Así pienso, y no castiguéis a nadie aparte de mí"».

«Manahén tiene razón. Basta ya de callar por miedo. Es ya hora de que cada uno tome su sitio a favor o en contra y diga lo que tiene en su corazón. Yo pienso como tú, hermano en Jesús; y si ello puede causarnos la muerte moriremos perseverando en confesar la verdad» dice Esteban con ímpetu.

«¡Sed prudentes! ¡Sed prudentes!» exhorta Bartolomé. «El Templo es siempre el Templo. Está claro que no es perfecto y cometerá errores, pero es... es... Después de Dios no hay personas más grandes ni fuerzas mayores que el Sumo Sacerdote y el Sanedrín... Representan a Dios. Y nosotros debemos ver aquello que representan, y no lo que son. ¿O me equivoco, Maestro?».

«No te equivocas. En toda constitución hay que saber ver su origen, en este caso el Eterno Padre, que ha constituido el Templo y las jerarquías, los ritos y las autoridades de los hombres antepuestos para representarle. Hay que saber dejar en las manos del Padre el juicio. Él sabe cuándo y cómo intervenir; qué medidas tomar para que la corrupción, extendiéndose, no corrompa a todos los hombres y les haga dudar de Dios... Y en esto Manahén, viendo la razón de mi venida en esta hora, ha sabido ver con exactitud. En fin, es necesario suavizar tu estaticidad, Bartolmái, con el espíritu innovador de Manahén, para que sea precisa la medida y, por tanto, perfecto el sentir. Todo exceso es siempre dañino, para el agente y para el que lo sufre, o para el que lo percibe y se escandaliza —y, si no es una alma honesta, se sirve de ello para denunciar a los hermanos—. Pero ésta es una acción de Caín y, siendo obra de las Tinieblas, no lo será de los hijos de la Luz».

578.4 [4]El que advirtió a Manahén de que no hablara demasiado, y que está cubierto del todo por el manto, de forma que apenas pueden vérsele los ojos negros, vivísimos, se arrodilla, toma la mano de Jesús y dice: «Tú eres bueno, Maestro. ¡Demasiado tarde te he conocido, oh Pa-

labra de Dios! ¡Pero aún es tiempo, si no de servirte largamente como habría deseado, como *ahora* quisiera, sí de amarte como mereces!».

«Nunca es demasiado tarde para la hora de Dios. Esa hora llega en el momento preciso. Y concede tanto tiempo para servir a la Verdad cuanto la voluntad quiere».

«¿Pero quién es?» se preguntan unos a otros, bisbiseando, los apóstoles; y se lo preguntan a los discípulos. En vano: ninguno sabe quién es, o, sabiéndolo, ninguno quiere decirlo.

«¿Quién es, Maestro?» pregunta Pedro cuando puede acercarse a Jesús, que va en el centro del grupo (detrás de Él, las mujeres; delante, los discípulos; a los lados, sus primos; en torno a Él, los apóstoles).

«Un alma, Simón. Nada más que eso».

«Pero... ¿Te fías de él sin saber quién es?».

«Sé quién es. Y conozco su corazón».

«¡Ah, comprendo! Es como en el caso de la Velada de Agua Especiosa... Ya no pregunto más...», y Pedro se pone contento porque Jesús, separándose de Santiago, le arrima a sí.

[5]Llegan ya a Jericó. Por la puerta de las murallas irrumpe la gente elevando voces de hosanna, y a Jesús le es difícil proseguir para cruzar la ciudad e ir donde Nique, que está fuera de Jericó, en el extremo opuesto. Súplicas para que hable. Niños aupados, que casi forman un seto vivo infranqueable (se cuenta con el amor de Jesús a los pequeños). Gritos de: «Puedes hablar. Ése ya ha huido a Jerusalén» y gestos que, junto con estas palabras, señalan hacia el palacio, espléndido y cerrado, de Herodes. 578.5

Manahén confirma: «Es verdad. Se ha marchado durante la noche, silenciosamente. Tiene miedo».

Pero nada detiene a Jesús, que camina diciendo: «¡Paz! ¡Paz! El que tenga alguna pena o algún dolor que vaya a casa de Nique. El que quiera oírme que vaya a Jerusalén. Aquí soy el Peregrino, como todos vosotros. En la casa del Padre hablaré. ¡Paz! ¡Paz y bendición! ¡Paz!».

Es ya un pequeño triunfo, un preludio de la entrada en Jerusalén, ya tan cercana.

Me sorprende la ausencia de Zaqueo. Pero luego le veo, erguido en la linde de la propiedad de Nique, rodeado de sus amigos y con los pastores y las discípulas. Todos acuden presurosos al encuentro de Jesús, y le abren paso disponiéndose en dos filas, y se postran, mientras Él, bendiciendo, se adentra en el huerto en dirección a la casa que, hospitalaria, le recibe.

579. Judíos desconocidos refieren las acusaciones recogidas por el Sanedrín. Alegoría dirigida a Jerusalén.

15 de marzo de 1947.

579.1 [1]Un gran número de personas está agrupada en los prados de Nique, en que el heno se seca al sol. Dos carros pesados y cubiertos están esperando en estos prados. Comprendo la razón de la espera cuando veo que acompañan a ellos a todas las discípulas, y que éstas suben en los carros después de la despedida y bendición del Maestro. También María Stma. se marcha con las otras discípulas. Se marcha también el jovencito de Enón. Muchos discípulos se ponen a los lados de los carros, y, cuando éstos se mueven al paso lento de los bueyes, también ellos se ponen en marcha. En los prados permanecen los apóstoles, Zaqueo y sus amigos y un grupito de personajes muy cubiertos con su manto (como si no quisieran ser muy reconocidos).

579.2 [2]Jesús vuelve lentamente sobre sus pasos, hasta el centro del prado, y se sienta en un montón de heno ya semiseco que pronto será llevado al henil. Está absorto, y todos, manteniéndose en tres grupos distintos y un poco separados de Él y entre sí, respetan esta concentración suya.

La meditación se alarga. Se alarga la espera. El Sol se hace cada vez más fuerte y cae intenso sobre el prado, que emana un fuerte olor de tallos herbáceos en desecación. Los que esperan se refugian en los extremos del prado, en los lugares en que los últimos árboles del huerto proyectan su sombra refrescadora.

Jesús se queda solo, solo bajo el Sol ya fuerte, blanco todo con su túnica de lino y la prenda de cendal —quizás es la que tejió Síntica— que cubre su cabeza y ondea levemente con el paso de la brisa. De algún establo cercano llegan mugidos tenues, quejumbrosos, de vacas; de las frondas del huerto, piar de pájaros implumes; de las eras, piar de pollitos petulantes: la vida que continúa, renovándose en todas las primaveras. Las palomas vuelan alto describiendo círculos antes de regresar con vuelo firme y seguro a los nidos, bajo los aleros de los tejados. No sé si en la cercana casa de Nique o si en algún campo, una voz de mujer canta una nana arrulladora, y la vocecita del niño, primero alta y trémula como un balido de corderito, ahora se atenúa y luego calla... Jesús piensa, sigue pensando, piensa sin cesar, insensible al sol.

579.3 [3]En distintas ocasiones he advertido esta superior resistencia de Jesús bendito frente a las inclemencias climáticas. Nunca he comprendido si sentía calor y frío fuertemente y los soportaba sin quejarse por espíritu de mortificación, o si era que, de la misma forma

que dominaba los elementos desatados, dominaba también el frío y calor excesivos. No lo sé. Lo que sé es que, aun viéndole todo mojado bajo aguaceros o sudado todo bajo el intenso sol, nunca he advertido en Él gestos de desazón por el frío o el calor, como tampoco le he visto tomar las medidas de prevención que el hombre toma contra los excesos del sol o del frío helador.

Un día alguien me hizo la observación de que en Palestina no se lleva descubierta la cabeza, y que, por tanto, cuando yo decía que la cabeza rubia de Jesús, descubierta, aparecía esplendorosa bajo el sol, hablaba con desacierto. No digo que no, respecto a que en Palestina no se pueda ir con la cabeza descubierta; no he estado allí y no lo sé. Lo que sé es que Jesús habitualmente iba sin nada en la cabeza. Y si llevaba alguna prenda sobre su cabeza al principio de la marcha, pronto se lo quitaba, como si le desagradaran los estorbos, y lo llevaba en la mano, y lo usaba más que nada para limpiarse la cara del polvo del camino o para enjugarse el sudor. Si llovía, alzaba un extremo del manto y con él se cubría la cabeza; si hacía sol, especialmente cuando iba caminando, buscaba una hilera de sombra, aunque estuviera entrecortada, para resguardarse de los rayos solares. Raramente llevaba, como hoy, un velo ligero en la cabeza. Esta observación podrá parecerles a algunos inútil, pero forma parte también de lo que veo; y yo lo digo, mientras Jesús piensa...

[4]«¡Pero estar tanto tiempo ahí le va a hacer daño!» exclama uno 579.4
del grupo que no es ni el grupo apostólico ni el de Zaqueo.

«Vamos a decírselo a sus discípulos... Además... yo quisiera... quisiera no detenerme demasiado tiempo» responde otro.

«¡Sí, claro! Que los montes Adomín son poco seguros durante la noche...».

Van donde los apóstoles y hablan con ellos.

«De acuerdo. Voy a decirles que queréis marcharos» dice Judas Iscariote.

«No. No eso. Quisiéramos estar al menos en Ensemes antes de que se haga de noche».

Judas se marcha sonriendo con ironía. Se inclina hacia el Maestro y le dice: «Dicen que es porque te puede hacer daño el sol —aunque lo que realmente sucede es que a ellos puede perjudicarles el ser vistos demasiado—, pero los judíos desean ya que los despidas».

«Voy... Estaba pensando... Tienen razón», y Jesús se levanta.

«Todos, menos yo...» dice Judas Iscariote con tono de enfado.

Jesús le mira y calla. Van juntos adonde estos hombres a los que Judas ha llamado judíos.

«Ya me había despedido de todos vosotros. Ayer ya lo dije. Habla-

ré solamente en Jerusalén...».

«Es verdad. Pero es que quisiéramos decirte algo, nosotros que...
579.5 [5]¿Podemos hablar aparte contigo?».

«Dales este gusto. Tienen miedo de nosotros, o más exactamente de mí» dice Judas de Keriot con esa sonrisa suya de serpiente.

«No tenemos miedo de nadie. Si quisiéramos, sabríamos cómo tutelar nuestra tranquilidad. Pero todavía no todos son villanos en Palestina. Somos descendientes de los prohombres de David, y, si no eres esclavo ni despreciado todavía, debes mostrarte deferente con nuestras estirpes, las primeras junto al rey santo, las primeras junto a los Macabeos, las primeras también ahora, cuando se trata de honrar al Hijo de David, y de aconsejarle. Porque Él es grande, pero todas las criaturas, por grandes que sean, pueden tener necesidad de un amigo en las horas decisivas de la vida» responde con vehemencia uno que está del todo vestido de lino (incluso el manto y la prenda que cubre su cabeza y que poco deja descubierto de su rostro severo).

«Nos tiene a nosotros por amigos. Lo somos desde hace tres años, desde que vosotros...».

«No le conocíamos. Demasiadas veces hemos sufrido engaño con los falsos Mesías como para creer fácilmente en cualquier aserción. Pero los últimos acontecimientos nos han iluminado. Sus obras son divinas y nosotros decimos que es Hijo de Dios».

«¿Y creéis que tiene necesidad de vosotros!».

«Como Hijo de Dios, no; como Hombre, sí. Ha venido para ser el Hombre, y el Hombre siempre tiene necesidad de hombres hermanos suyos. Pero, además, ¿por qué tienes miedo? ¿Por qué no quieres que hablemos con Él? Ésta es nuestra pregunta a ti».

«¿Yo? ¡Hablad! ¡Hablad! Los pecadores son más escuchados que los justos».

«¡Judas! ¡Creía que palabras como éstas deberían parecerte fuego en los labios! ¿Cómo te atreves a juzgar aquello que tu Maestro no juzga? Está escrito: "Si vuestros pecados son como la escarlata se harán blancos como la nieve, y si son bermejos como la cochinilla se harán blancos como la lana"». *

«Pero Tú no sabes que entre éstos...».

579.6 «¡Silencio! [6]Hablad vosotros».

«Señor, sabemos que está preparada la acusación contra ti. Se te acusa de violar la Ley y los sábados, de amar más a los de Samaria que a nosotros, de defender a publicanos y meretrices, de recurrir a

* *Está escrito*, en *Isaías 1, 18.*

Belcebú y a otras fuerzas tenebrosas, de magia negra, de odiar al Templo y querer su destrucción, de...».

«Basta así. Todos pueden acusar, probar la acusación es más difícil».

«Pero tienen dentro de ellos a quienes la sostienen. ¿O es que crees que allí dentro son justos?».

* «Os respondo con las palabras de Job, que es figura de mí como Paciente: "Lejos de mí el pensamiento de consideraros justos a todos. Hasta el final sostendré mi inocencia. No renunciaré a la justificación mía, que ya he comenzado. Porque mi corazón no me censura nada en toda mi vida". Y todo Israel puede testimoniar —porque no me justifico a mí mismo, con palabras que puede decir también un embustero—, todo Israel puede atestiguar que Yo siempre he enseñado el respeto a la Ley; es más, que he perfeccionado la obediencia a la Ley, y que no he violado los sábados... [7]¡Habla! ¿Qué querías de- 579.7
cir? Has hecho un gesto y luego te has contenido. ¡Habla!».

Uno del grupito... misterioso dice: «Señor, en la última sesión del Sanedrín se leyó una denuncia contra ti. Venía de Samaria, de Efraím donde Tú estabas, y decía que había quedado probado, en numerosas ocasiones, que violabas el sábado y...».

«Y sigo respondiéndote con Job: "¿Y cuál es la esperanza del hipócrita si roba por avaricia y Dios no libera su alma?". Este infeliz, que presenta una cara fingida y que debajo tiene un corazón distinto y quiere cometer el gran robo por avidez de mi bien, ya va por el camino del Infierno, y vano será para él tener dinero y esperar honores y soñar con subir a donde Yo no quise subir para no traicionar el decreto santo. ¿Pero nos vamos a ocupar de él, si no es para orar por él?».

«Pero el Sanedrín ha tenido para contigo palabras de burla: "Éste es el amor que le profesan los samaritanos: le acusan para atraerse la benevolencia de todos nosotros"».

«¿Y estáis seguros de que haya sido una mano samaritana la que ha escrito esas palabras?».

«No. Pero Samaria en estos días ha sido dura contigo...».

«Porque los enviados del Sanedrín han creado en ella subversión y la han azuzado con falsos consejos, suscitando descabelladas esperanzas que he tenido que abatir. Además, escrito está, tanto respecto a Efraím como respecto a Judá (y se podría decir respecto a cualquier otro lugar, porque es voluble el corazón del hombre, que se olvida de los beneficios y se doblega ante las amenazas): "Vuestra bon-

* *las palabras de Job*, que están en *Job 27, 5-8*.
* *escrito está*, en *Oseas 6, 4*.

dad es como nube matutina, como rocío que por la mañana desaparece". Pero esto no prueba que los samaritanos sean los acusadores del Inocente. Un amor equivocado los lanzó sañosos contra mí, pero era
579.8 un amor delirante. [8]¿Qué otra prueba hay de esta acusación de preferencia por los samaritanos?».

«Se te acusa de que los quieres tanto, que siempre dices: "Escucha Israel", en vez de decir: "Escucha, Judá". Y que no puedes censurar a Judá...».

«¿Verdaderamente? ¿La sabiduría de los rabíes aquí se pierde? ¿Y no soy Yo el Germen de justicia brotado de David por el que, como * dice Jeremías, Judá será salvado? Entonces el Profeta prevé que Judá, sobre todo Judá, tendrá necesidad de salvación. Y este Germen, sigue diciendo el Profeta, será llamado el Señor, nuestro Justo, "porque, dice el Señor, nunca le faltará a David un descendiente que se siente en el trono de la casa de Israel". ¿Y entonces? ¿Erró el Profeta? ¿Acaso estaba ebrio? ¿Ebrio de qué? Sin duda, de penitencia y no de otra cosa. Porque, para acusarme a mí, ninguno podrá sostener que Jeremías fuera un hombre dado a la crápula. Bueno, pues él dice que el Germen de David salvará a Judá y se sentará en el trono de Israel. Así pues, se diría que, por sus luces, el Profeta ve que, más que Judá, será elegido Israel; que el Rey irá a Israel, y ya será una gracia si Judá obtiene la salvación, aunque sólo sea la salvación. ¿Al Reino, entonces, se le llamará Reino de Israel? No. Se le llamará Reino de Cristo, de Aquel que une las partes dispersas y reconstruye en el Señor tras haber —según el otro Profeta— juzgado y condenado, en un mes —en realidad, en menos de un día—, a los tres falsos pastores y tras haberles cerrado mi alma, porque la suya quedó cerrada para mí y deseándome en figura no supieron amarme en mi naturaleza. Así pues, Aquel que me envía romperá los dos cayados que me ha dado, para que la Gracia quede perdida para los crueles, para que el Flagelo no venga ya del Cielo, sino del mundo. *Y nada es más duro que los flagelos que los hombres dan a los hombres.* Así será. ¡Oh, así! Yo recibiré golpes, y dos tercios de las ovejas serán dispersados. Sólo un tercio, siempre sólo un tercio de ellas se salvará y perseverará hasta el final. Y esta tercera parte pasará por el fuego por el que Yo, Yo el primero, paso; y será purificada y probada como plata y oro, y oirá estas palabras: "Tú eres mi pueblo", y ella me dirá: "Tú eres mi Señor". Y alguien habrá pesado las treinta monedas, precio de la horrenda obra, infame paga. Y no podrán volver al lugar de donde salieron, porque hasta las piedras gritarían de horror al

* *como dice* es el comienzo de citas de pasajes mesiánicos que está en: *Jeremías 32, 6-9; 33, 15-17; Zacarías 11, 4-17.*

ver esas monedas manchadas con la sangre del Inocente y el sudor del perseguido, del perseguido por la más atroz de las desesperaciones; y servirán, como está escrito, para comprar de los esclavos de Babilonia el campo para los extranjeros. ¡Oh, el campo para los extranjeros! ¿Sabéis quiénes son estos extranjeros? Son los de Judá e Israel, que pronto y durante siglos y siglos carecerán de patria y ni siquiera la tierra de su antiguo suelo los querrá acoger y los vomitará aun estando muertos, porque ellos quisieron rechazar la Vida. ¡Horror infinito!...».

[9]Jesús calla, como quien se siente abatido, con la cabeza baja, que 579.9
luego alza. Extiende la mirada a su alrededor. Ve a los presentes: los apóstoles, los discípulos ocultos, Zaqueo con los suyos. Suspira como quien se despierta de una pesadilla. Habla así: «¿Qué más decíais? ¡Ah, que se me acusa de querer a publicanos y meretrices! Es verdad. Son los enfermos, los moribundos. Yo, Vida, me doy a ellos como vida. Venid, redimidos de mi rebaño» ordena a Zaqueo y a los suyos. «Venid y escuchad mi orden. A muchos, más blancos que vosotros, dije: "No vayáis a Jerusalén". A vosotros os digo: "Id". Esto podrá parecer injusticia...».

«Y lo es» interrumpe el Iscariote.

Jesús, como si no oyera, sigue hablando a Zaqueo y a sus compañeros: «Pero os digo: id, precisamente porque vosotros sois plantas que tenéis más necesidad del rocío que otras, para que vuestra buena voluntad reciba el auxilio del Poderoso y ya crezcáis libremente en la Gracia. Sobre las otras cosas... el mismo Cielo responderá con signos inconfundibles. En verdad, podrá ser destruido el Templo vivo, y en tres días reedificado, y para toda la eternidad. Pero el Templo muerto, que ahora será solamente zarandeado y creerá haber triunfado, perecerá para nunca más renacer. ¡Marchaos! Y no temáis, Esperad en penitencia mi Día. Su aurora os conducirá definitivamente a la Luz» dice dirigiéndose a los que están cubiertos con el manto. Y luego dice a Zaqueo: «Y marchaos también vosotros, pero no ahora. Estad en Jerusalén para la aurora del día siguiente del sábado. Al lado de los justos quiero que estén los resucitados, porque en el Reino del Cristo infinitos son los lugares: cuantos son los hombres de buena voluntad». Y se encamina hacia la casa de Nique a través del tupido huerto umbroso.

[10]Un pequeño sendero pone una cinta amarillenta en medio del 579.10
verde del suelo, y una gallina cloqueante lo cruza seguida de sus pollitos del color del oro; y ante tantos desconocidos la madre tiembla, se acurruca y, temiendo agresiones a sus crías, extiende sus alas defensoras cloqueando más fuerte. Y los pollitos, piando, van y se es-

conden bajo la pluma materna, y su piar se apaga al seguro y parece que ya no están...

Jesús se para a contemplarla... y caen lágrimas de sus ojos.

«¡Llora! ¿Por qué llora? ¡Él llora!» susurran todos: apóstoles, discípulos, pecadores redimidos. Y Pedro dice a Juan: «Pregúntale el porqué de su llanto...». Y Juan, con su ademán habitual, un poco inclinado en señal de reverencia y la cara elevada de abajo hacia arriba para mirarle a la cara, pregunta: ¿Por qué lloras, mi Señor? ¿Es por lo que antes te han dicho y has dicho?».

Jesús reacciona. Sonríe con tristeza y, señalando a la clueca, que sigue tutelando amorosamente a su prole, dice: «Yo también, Uno con el Padre mío, vi a Jerusalén, como dice Ezequiel, desnuda y llena * de vergüenza; y vi y pasé cerca de ella y, llegado el tiempo, el tiempo de mi amor, extendí mi manto sobre ella y cubrí su desnudez. Quería hacerla reina después de haber sido padre para ella, y quería protegerla como esa gallina hace con sus crías... Pero, mientras que los pequeñuelos de la gallina muestran su agradecimiento por los cuidados de su madre y se refugian bajo sus alas, Jerusalén rechaza mi manto... Mas Yo mantendré mi proyecto de amor... Yo... Luego el Padre mío obrará según su voluntad».

Y Jesús baja por la hierba, para no turbar a la gallina, y pasa, y más lágrimas ruedan sobre su rostro enjuto y pálido.

Todos le imitan siguiéndole. Hablan en voz baja hasta llegar al límite de la casa de Nique. Y sólo Jesús entra en la casa, con los apóstoles; los demás prosiguen hacia sus respectivas metas...

580. Delaciones de Judas Iscariote y profecías sobre Israel. Milagros en el camino de Jericó a Betania.

17 de marzo de 1947.

580.1 [1]Es un alba que apenas diluye su candor en un primer rosicler de aurora. Y el silencio fresco de los campos se va rompiendo, va adornándose con el gorjeo de los pajarillos ya despiertos.

Jesús es el primero en salir de la casa de Nique. Entorna silenciosamente la puerta y se dirige al verde huerto donde se liberan las nítidas notas de las currucas y emiten los mirlos su flautado canto.

Pero aún no ha llegado y ya del huerto vienen cuatro personas (cuatro de los que ayer estaban en el grupo de desconocidos y que en ningún momento habían descubierto su rostro). Se postran profun-

* *dice Ezequiel*, en *Ezequiel 16*. La comparación que sigue es semejante a la contenida en el apóstrofe a Jerusalén, en 363.10 y en 596.21.

damente. Luego, cuando oyen la orden y la pregunta que Jesús —después de haberlos saludado con su saludo de paz— les dirige: «¡Alzaos! ¿Qué queréis de mí?», se levantan y echan hacia atrás los mantos de lino y las prendas, también de lino, que cubren su cabeza y con las cuales habían tenido celado su rostro como beduinos.

Reconozco la cara pálida y delgada del escriba Joel de Abías, ya * visto en la visión de Sabea. Los otros me son desconocidos, hasta que se nombran: «Yo, Judas de Beterón, último de los verdaderos asideos, amigos de Matatías Asmoneo»; «Yo, Eliel, y mi hermano Elcaná de Belén de Judá, hermanos de Juana, tu discípula; y no hay para nosotros un título mayor que éste. Ausentes cuando eras fuerte, presentes ahora que te persiguen»; «Yo, Joel de Abías, con los ojos ciegos durante mucho tiempo, pero ahora abiertos a la Luz».

«Os había despedido ya. ¿Qué queréis de mí?».

«Decirte que... si estamos tapados no es por ti, sino...» dice Eliel.

«¡Hablad! ¡Hablad os digo!».

«Pero... Habla tú, Joel. Porque eres el que más sabe de todos...».

[2]«Señor... Lo que yo sé es tan... horrendo... que quisiera que ni 580.2
la tierra supiera lo que estoy para decir...».

«Esta tierra se estremecerá; no Yo, porque sé lo que quieres decir. De todas formas, habla...».

«Si lo sabes... deja que mis labios no tiemblen diciendo esta cosa horrible. No es que piense que mientes al decir que lo sabes y que quieres que lo diga para saberlo, sino, verdaderamente, porque...».

«Sí. Porque es una cosa que clama al Señor. La diré Yo para convencer a todos de que conozco el corazón de los hombres. Tú, miembro del Sanedrín y conquistado para la Verdad, has descubierto algo que no has sabido sobrellevar tú solo, porque es demasiado grande, y has ido donde éstos, verdaderos judíos en los que sólo hay espíritu bueno, para asesorarte con ellos. Has hecho bien, aunque no tenga ninguna utilidad lo que has hecho. El último de los asideos estaría * dispuesto a repetir el gesto de sus padres para servir al Libertador verdadero. Y no está solo. También su pariente Barzelái lo haría, y con él otros muchos. Y los hermanos de Juana, por amor a mí y a su hermana, además de por amor a la Patria, estarían con él. Pero Yo no triunfaré por lanzas ni por espadas. Entrad del todo en la Verdad. Yo triunfaré con un triunfo celeste. [3]Tú —y esto es lo que te hace 580.3
aparecer aún más pálido y enflaquecido de lo que en ti es normal— sabes quién ha presentado los elementos de acusación contra mí, esos elementos que, si bien son falsos en su espíritu, son verdaderos

* *visión de Sabea*, que está en 525. En este punto del manuscrito, MV añade *5-11-46*.
* *el gesto de sus padres*, como se narra en *1 Macabeos 2, 42-48*.

en la realidad de sus palabras, porque Yo en verdad violé el sábado cuando tuve que huir, al no haber llegado todavía mi hora, y cuando arrebaté dos inocentes a los bandidos; y podría decir que la necesidad justifica el acto, de la misma forma que la necesidad justificó a * David por haberse nutrido con los panes de proposición. En verdad, me refugié en Samaria, aunque, llegada mi hora y habiéndome propuesto los samaritanos quedarme con ellos como Pontífice, rechacé honores y seguridad por permanecer fiel a la Ley, aun significando esto entregarme a los enemigos. Y es verdad que quiero a los pecadores y a las pecadoras hasta el punto de arrancarlos del pecado. Y es verdad que predico la destrucción del Templo, si bien estas palabras mías no son sino confirmación del Mesías de las palabras de sus profetas. El que es fuente de éstas y de otras acusaciones, aquel que incluso hace de los milagros motivo de acusación y no ha dejado de servirse de nada de la Tierra para tratar de llevarme al pecado y poder añadir otras acusaciones a las primeras, ése es un amigo mío. Y esto también lo dijo el rey profeta de quien a través de mi Madre descien- * do: "El que comía mi pan alzó contra mí su calcañar". Lo sé. Moriría dos veces, si pudiera no ya impedir que llevara a cabo el delito —ya... su voluntad se ha entregado a la Muerte, y Dios no fuerza la libertad del hombre—, sino, al menos, hacer que el choque del horror cumplido le arrojara arrepentido a los pies de Dios... Por esto tú, Judas de Beterón, advertías ayer a Manahén de que se callara. Porque la serpiente estaba allí y podía dañar, además de al Maestro, al discípulo. No. El daño alcanzará sólo al Maestro. No temáis. No será por mí por quien recibáis penas y desventuras. Por el delito de todo un pueblo, por eso sí, *todos* recibiréis lo que anunciaron los profetas.

580.4 [4]¡Desdichada, desdichada Patria mía! ¡Desdichada tierra que conocerá el castigo de Dios! ¡Desdichados habitantes, desdichados niños que ahora bendigo y quisiera ver salvos y que, aun siendo inocentes, conocerán en la edad adulta la dentellada de la más grande desventura! Mirad esta tierra vuestra exuberante, hermosa, verde y florida cual alfombra admirable, fértil como un Edén... Grabaos su belleza en vuestro corazón y luego... vuelto Yo al lugar de donde vine... huid. Huid mientras podáis hacerlo, antes de que, cual rapaz de infierno, la desolación de la destrucción se extienda aquí y derribe y destruya, y yerme y queme, más que en Gomorra, más que en Sodoma... Sí, más que en esas ciudades, donde sólo hubo una rápida muerte. Aquí... Joel, ¿recuerdas a Sabea? Ella hizo una última profecía sobre el futuro del Pueblo de Dios que ha rechazado al Hijo de Dios».

* *necesidad justificó a David*, como se narra en *1 Samuel 21, 2-7.*
* *lo dijo*, en *Salmo 41, 10.*

Los cuatro están como aturdidos. El miedo del futuro los enmudece. Se decide a hablar Eliel: «¿Tú nos aconsejas...?».

«Sí. Idos. Ya nada habrá aquí suficientemente válido como para retener a los hijos del pueblo de Abraham. Además, especialmente vosotros, notables del pueblo, no seríais respetados... Los poderosos hechos prisioneros embellecen el triunfo del vencedor. El Templo nuevo e inmortal llenará de sí la Tierra, y todo el que me busque me tendrá, porque donde un corazón me ame, allí estaré Yo. Idos. Llevaos con vosotros a vuestras mujeres, a vuestros hijos, a los ancianos... Vosotros me ofrecéis salvación y ayuda, Yo os aconsejo que os pongáis en salvo, y os ayudo con este consejo... No lo despreciéis».

«Pero ya... ¿qué más daño nos va a causar Roma? Ya estamos dominados. Y, aunque su ley sea dura, también es verdad que Roma ha reedificado casas y ciudades y...».

«En verdad, sabedlo, en verdad, ni una sola piedra de Jerusalén quedará intacta. Fuego, ariete, hondas y jabalinas caerán, morderán, desbaratarán todas las casas, y la Ciudad sagrada se transformará en antro. Y no solo Jerusalén... Esta Patria nuestra se transformará en antro. Lugar de onagros y chacales, como dicen los profetas. Y no durante un año o algunos años, o durante siglos, *sino para siempre*. El desierto, la sequía, la esterilidad... ¡Ésta será la suerte de estas tierras! Campo de luchas, lugar de torturas, sueño de reconstrucción destruido una y otra vez por una condena inexorable, intentos de resurgimiento ahogados en el momento de su nacimiento: la suerte de la tierra que rechazó al Savador y quiso un rocío que es fuego sobre los culpables».

[5]«¿Entonces... entonces no volverá a haber nunca un Reino de Israel? ¿Ya nunca más seremos lo que soñábamos ser?» preguntan con voz entrecortada los tres notables judíos. (El escriba Joel llora)... 580.5

«¿Habéis observado alguna vez un árbol añoso con la médula destruida por una enfermedad? Durante años vegeta a duras penas, tan a duras penas, que ni florece ni da fruto; sólo alguna, rara hoja en las ramas exhaustas dice que todavía un poco de savia sube... Luego, en un mes de abril, se le ve florecer milagrosamente y cubrirse de numerosas hojas, y se alegra su dueño, que durante muchos años le cuidó sin obtener frutos; se alegra al pensar que el árbol está curado y vuelve a la exuberancia después de tanta languidez... ¡Oh, engaño! Después de tan exuberante explosión de vida, sobreviene en seguida la muerte. Caen las flores, las hojas, los pequeños frutos que parecían ya cuajar en las ramas y prometían una pingüe recolección, y con improviso estruendo el árbol, podrido en su base, se viene abajo. Lo mismo hará Israel. Después de siglos de estéril vegetar disper-

so, se reunirá en el añoso tronco y parecerá estar reconstruido; al fin reunido el pueblo disperso; reunido y perdonado. Sí. *Dios esperará esa hora para cortar los siglos*. Ya no habrá siglos, habrá eternidad. ¡Bienaventurados aquellos que, perdonados, constituyan la floración fugaz del último Israel —de ese Israel que será, después de tantos siglos, de Cristo—, y mueran redimidos, junto con todos los pueblos de la Tierra, bienaventurados con los pueblos de la Tierra que no sólo han conocido la existencia mía, sino que también han abrazado mi
580.6 Ley como ley de Salud y Vida! [6]Oigo las voces de mis apóstoles. Marchaos antes de que lleguen...».

«Señor, si tratamos de permanecer ocultos no es por cobardía, sino para servirte, para poderte servir. Si se supiera que nosotros, que yo, sobre todo, hemos venido a ti, quedaríamos excluidos de las deliberaciones...» dice Joel.

«Comprendo. Pero atención porque la serpiente es astuta. Tú especialmente sé cauto, Joel...».

«¡Aunque me mataran... preferiría mi muerte a la tuya... y no ver esos días de que hablas! Bendíceme, Señor, para fortalecerme...».

«Os bendigo a todos en el nombre de Dios Uno y Trino, y en el nombre del Verbo encarnado para salvación de los hombres de buena voluntad». Los bendice colectivamente con un amplio gesto, y luego pone la mano, individualmente, sobre cada una de las cuatro cabezas inclinadas que tiene a sus pies.

Luego se levantan ellos, se tapan de nuevo la cara y se adentran entre los árboles del huerto y entre los matorrales de moras que separan a los perales de los manzanos y a éstos de otros árboles; a tiempo, porque, en grupo, ya salen de la casa los doce apóstoles buscando al Maestro para ponerse en camino.

580.7 [7]Y Pedro dice: «En la parte de delante de la casa, hacia la ciudad, hay una muchedumbre de gente, a la que a duras penas hemos contenido para dejarte orar. Quieren seguirte. Ninguno de los que has despedido se ha marchado. Es más, muchos han regresado, y muchos otros han venido luego. Los hemos reprendido...».

«¿Por qué? ¡Dejad que me sigan! ¡Ah, si todos lo hicieran! ¡Vamos!».

Y Jesús se coloca el manto que le ha pasado Juan y se pone a la cabeza de los suyos. Llega a la casa, la bordea, pone pie en el camino que va a Betania y entona con fuerte voz un salmo. La gente, una verdadera muchedumbre —primero todos los hombres, luego las mujeres y los niños— le sigue, cantando con Él...

La ciudad, rodeada de verde, va quedando lejos. Muchos peregrinos van por este camino, en cuyas orillas muchos mendigos elevan sus lamentos para suscitar la compasión de la muchedumbre y con-

seguir así pingües limosnas. Lisiados, mancos, ciegos... La miseria que en todas las épocas y regiones habitualmente se da cita en los lugares en que una festividad congrega a las muchedumbres. Y si los ciegos no ven quién pasa, los otros sí lo ven, y, conociendo la bondad del Maestro para con los pobres, lanzan su grito, más fuerte de lo habitual, para atraer la atención de Jesús. Pero no piden el milagro; solamente la limosna; y Judas da la limosna.

[8]Una mujer de noble aspecto, al pie de un recio árbol que da sombra a un cruce de caminos, para el burrito en que va montada y espera a Jesús. Cuando Él está cerca, desciende de su cabalgadura y se postra, no sin dificultad porque tiene en brazos una criaturita muy falta de vida. La eleva sin decir una palabra. Sus ojos suplican en su afligido rostro. Pero Jesús está rodeado por una barrera de gente y no ve a la pobre madre arrodillada en la orilla del camino. 580.8

Un hombre y una mujer, que parecen acompañar a la madre afligida, le dicen: «No hay nada para nosotros» dice el hombre meneando la cabeza; y «Ama, no te ha visto; llámale con fe y te concederá lo que pides» dice la mujer.

La madre sigue el consejo de la mujer y grita, fuerte para vencer el ruido de los cantos y los pasos: «¡Señor, piedad de mí!».

Jesús, que está unos metros más adelante, se detiene y se vuelve, y busca a la que ha gritado. La sirviente dice: «Ama, te busca. Álzate y ve donde Él, y Fabia se curará» y la ayuda a levantarse y la guía hacia el Señor, que dice: «Quien me ha invocado que venga a mí. Es tiempo de misericordia para quien sabe esperar en la misericordia».

Las dos mujeres se abren paso (primero la sirviente, para preparar el camino a la madre, luego la propia madre), y están para llegar donde Jesús cuando una voz grita: «¡Mi brazo perdido! ¡Mirad! ¡Bendito el Hijo de David, el siempre poderoso y santo nuestro verdadero Mesías!».

Se produce un alboroto, porque muchos se vuelven y la muchedumbre, con movimiento como de ondas contrarias en torno a Jesús, se mezcla y entremezcla. Todos quieren saber, ver... Preguntan a un anciano, que agita su brazo derecho como si fuera una bandera y que responde: «Él se había parado. Yo había logrado agarrar un borde de su manto y taparme con él, y como un fuego y la vida me han recorrido el brazo muerto; mirad, el derecho está como el izquierdo, sólo porque me ha tocado su túnica».

[9]Jesús, mientras, pregunta a la mujer: «¿Qué quieres?». 580.9

La mujer alarga los brazos con su criatura y dice: «Ella también tiene derecho a la vida. Es inocente. No ha pedido ser de uno u otro

lugar, ni de una u otra sangre. Yo soy la culpable. A mí el castigo, no a ella».

«¿Tienes la esperanza de que la misericordia de Dios sea mayor que la de los hombres?».

«Tengo esa esperanza, Señor. Yo creo. Por mí y por mi hija. Tengo la esperanza de que le devuelvas el pensamiento y el movimiento. Dicen que eres la Vida...», y llora.

«Yo soy la Vida, y quien cree en mí tendrá la vida del espíritu y de sus miembros. ¡Quiero!».

Jesús ha gritado estas palabras con voz fuerte. Ahora baja la mano hacia la niñita inmóvil, que se estremece, sonríe y dice una palabra: «¡Mamá!».

«¡Se menea! ¡Sonríe! ¡Ha hablado! ¡Fabio! ¡Amo!». Las dos mujeres han seguido las fases del milagro y las han proclamado con voz fuerte. Y han llamado al padre, que se abre paso entre la gente y llega donde las mujeres cuando ya ellas están a los pies de Jesús llorando; y, mientras la sirviente dice: «¡Te había dicho que Él tiene piedad de todos!», la madre dice: «Y ahora perdóname también mi pecado».

«¿No te muestra el Cielo, con la gracia concedida, que tu error está perdonado? Levántate y anda; en la vida nueva, con tu hija y el hombre que has elegido. Ve. Paz a ti. Y a ti, niñita. Y a ti, israelita fiel. Mucha paz a ti por tu fidelidad a Dios y a la hija de la familia a la que servías y que con tu corazón has mantenido cercana a la Ley. Y paz también a ti, hombre, que te has mostrado más respetuoso hacia el Hijo del hombre que muchos otros de Israel».

Se despide mientras la gente, dejado el anciano, se interesa por el nuevo milagro realizado en la niñita imposibilitada de movimientos y pensamiento (quizás por una meningitis), que ahora salta feliz diciendo las únicas palabras que sabe, las que quizás sabía cuando enfermó y que ahora halla de nuevo en su mente revivida: «Padre, mamá, Elisa. ¡El Sol bonito! ¡Las flores!...».

580.10 [10]Jesús hace ademán de marcharse. Pero en esto, provenientes del cruce que ya han dejado atrás, llegan, de donde están los asnos que los que han recibido el milagro han dejados plantados, otros dos gritos, quejumbrosos, con la típica modulación hebrea: «¡Jesús, Señor! ¡Hijo de David, ten piedad de mí!». Y, de nuevo, más fuerte, para superar los gritos de la gente que dice: «Callad. Dejadle marcharse al Maestro. El camino es largo y el Sol se alza cada vez más fuerte. Que pueda estar en los montes antes del calor intenso», gritan: «Jesús, Señor, Hijo de David, ten piedad de mí».

Jesús se para otra vez y dice: «Id por esos que gritan y traédmelos aquí».

Algunas personas solícitas van hacia los ciegos. Llegan donde ellos y dicen: «Venid. Tiene compasión de vosotros. Alzaos, que quiere concederos lo que pedís. Nos ha mandado a llamaros en su nombre», y tratan de guiar a los dos ciegos por entre la muchedumbre.

Pero, si uno de los dos se deja guiar, el otro, más joven y quizás más creyente, anticipa el deseo de aquéllos y camina solo, tendiendo su bastoncito hacia delante, con la expresión y el gesto propios de los ciegos: la típica sonrisa y el rostro alzado en busca de la luz... Y va tan rápido y seguro, que parece guiarle su ángel: si no tuviera los ojos blancos, no parecería ciego.

Es el primero en llegar a la presencia de Jesús, que le para y le dice: «¿Qué quieres que te haga?».

«Que vea, Maestro. Haz, Señor, que mis ojos y los de mi compañero se abran». Ha llegado ya el otro ciego y le arrodillan junto a su compañero.

Jesús pone las manos en sus caras alzadas y dice: «Hágase como pedís. ¡Idos, vuestra fe os ha salvado!».

Quita las manos y... dos gritos salen de los labios de los ciegos: «¡Yo veo, Uriel!»; «¡Yo veo, Bartimeo!» y luego, juntos: «¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito el que le ha enviado! ¡Gloria a Dios! ¡Hosanna al Hijo de David!», y dos rostros se agachan hasta el suelo para besar los pies de Jesús; luego se levantan los dos que eran ciegos, y el que lleva por nombre Uriel dice: «Voy a presentarme a mis familiares y luego vuelvo para seguirte, Señor». Bartimeo, no; Bartimeo dice: «Yo no te dejo. Mando a alguien para que se lo diga. Se alegrarán en todo caso. Pero, separarme de ti, no. Tú me has dado la vista, yo te consagro la vida; ten piedad del deseo de tu ínfimo siervo».

«Ven y sígueme. La buena voluntad iguala todos los niveles, y sólo es grande el que mejor sabe servir al Señor».

Y Jesús reanuda la marcha entre los gritos de hosanna de la multitud. Bartimeo se une a la gente y, elevando con ella sus alabanzas, va diciendo: «Había venido buscando un pan y he encontrado al Señor. Era pobre y ahora soy ministro del Rey santo. Gloria al Señor y a su Mesías»...

581. En Betania en la casa de Lázaro.

18 de marzo de 1947.

[1]Deben haber hecho un alto a mitad de camino en la vía que va de 581.1
Jericó a Betania; en efecto, cuando llegan a las primeras casas de Betania, el rocío está acabando de evaporarse en las hojas y en las

hierbezuelas de los prados, y el Sol todavía asciende en la bóveda del cielo.

Los agricultores de la zona dejan sus aperos y van sin demora junto a Jesús, que pasa bendiciendo a hombres y árboles (como piden, con insistencia, los agricultores). Y mujeres y niños acuden con las primeras almendras —envueltas todavía en la leve felpa verde-plata de la cáscara— y las últimas flores de los árboles frutales de florescencia más tardía. Pero observo que aquí, en la zona de Jerusalén, quizás por la altitud, quizás por los vientos que provienen de las cimas más altas de Judea, o no sé por qué otro motivo (quizás también por una diferencia en el tipo de plantas), muchos son los árboles frutales todavía florecidos en graduaciones blanco-rosadas suspendidas como nubes ligeras por encima del verde de los prados. Palpitan bajo los altos troncos las tiernas hojas de las vides, como grandes mariposas de precioso color esmeralda, mantenidas ligadas por un hilo a los ásperos sarmientos.

581.2 [2]Mientras Jesús está parado en la fuente —que es donde el campo se transforma ya en ciudad— y recibe el respetuoso saludo de casi toda Betania, vienen Lázaro y sus hermanas y se postran ante su Señor. Y aunque haga poco más de dos días que María ha dejado a su Maestro, tan incansablemente besa sus pies calzados con las polvorientas sandalias, que parece que hiciera siglos que no le veía.

«Ven, Señor mío. La casa te espera para alegrarse de tu presencia» dice Lázaro poniéndose al lado de Jesús mientras caminan, lentamente, al ritmo consentido por la gente que se arremolina en torno, y por los niños que se agarran a las vestiduras de Jesús y caminan delante de Él, vueltos hacia Él, con la cara alzada, de forma que tropiezan y hacen tropezar (tanto que primero Jesús y luego Lázaro y los apóstoles suben en brazos a los más pequeños para poder andar más ligeros).

En el lugar donde una callecita conduce a la casa de Simón Zelote están María y su cuñada, y Salomé y Susana. Jesús se detiene para saludar a su Madre y luego prosigue hasta la gran cancilla, abierta de par en par, donde están Maximino, Sara y Marcela, y, detrás de éstos, los numerosos siervos de la casa, empezando por los domésticos y terminando por los de los campos. Todos ordenados, alegres; con una alegría inquieta que se manifiesta impetuosa en exclamaciones de hosanna y agitando gorros y velos, y arrojando flores y ramas de arrayán y laurel, de rosas y jazmines, que resplandecen bajo el sol con sus pomposas corolas o se esparcen como cándidas estrellas sobre el color pardo de la tierra. Un olor de flores deshojadas y de hojas aromáticas pisadas sube del suelo calentado por el sol. Jesús

pasa por esa alfombra de fragancias.

María de Magdala, que, mirando al suelo, le sigue, se agacha a cada paso —parece una espigadora siguiendo al que va atando las gavillas— recogiendo ramas y corolas, y también pétalos deshojados, pisados por los pies de Jesús.

Maximino, para poder cerrar la cancilla y dar sosiego a los huéspedes, ordena que den a los niños unos dulces que ya están preparados (práctica manera de distraer del Señor a los niños y de poder hacer que se marchen sin suscitar coros de llantos). Y los criados llevan esto a cabo sacando a la calle cestas colmadas de pequeñas tortas que tienen encima una almendra blanco-parda.

[3]Y mientras los pequeñuelos se apiñan allí, otros servidores 581.3
echan hacia atrás a los adultos, entre los cuales están todavía Zaqueo y los cuatro (Joel, Judas, Eliel y Elcana) con otros que no sé quiénes son porque están del todo tapados, incluso por protegerse del sol ya fuerte y del polvo que un viento más bien vigoroso levanta.

Pero Jesús, ya muy adelante, se vuelve y dice: «¡Esperad! Tengo que decir algo a alguien». Se dirige a los hermanos de Juana, los toma aparte y les dice: «Por favor, id donde Juana y decidle que venga con todas las mujeres que están en su casa y con Analía, la discípula de Ofel. Que venga mañana, porque con el ocaso de mañana empieza el sábado y quiero pasarlo en paz con los amigos de Betania».

«Se lo diremos, Señor. Juana vendrá».

Jesús se despide de ellos. Luego pasa a Joel: «Dirás a José y a Nicodemo que he venido y que al día siguiente del sábado entraré en la ciudad».

«¡Oh! ¡Ten cuidado, Señor!» dice acongojado el escriba, que es bueno.

«Márchate, y sé fuerte. No debe tener miedo quien sigue la justicia y cree en mi verdad. Al contrario, debe sentirse gozoso porque ha llegado el cumplimiento de la antigua Promesa».

«¡Huiré de Jerusalén, Señor! Ya ves que soy un hombre de débil constitución; Tú lo sabes; y se burlan de mí por esto. Yo no podría ver esos... esas...».

«Tu ángel te guiará. Ve en paz».

«¿Te... te volveré a ver, Señor?».

«Claro que me volverás a ver. De todas formas, hasta que me veas, piensa que tu amor me ha producido mucha alegría en las horas del dolor».

Joel toma la mano que Jesús le había puesto en el hombro y la aprieta contra sus labios; a través del sutil velo que cubre su cabeza, besos y lágrimas van a la mano de Jesús.

Luego se aleja. Jesús entonces se acerca a Zaqueo: «¿Dónde están los tuyos?».

«Se han quedado en la fuente, Señor. Les he dicho que esperen allí».

«Vuelve y ve con ellos a Betfagé, donde están mis discípulos más antiguos y fieles. Dile a Isaac, que es su jefe, que se distribuyan por la ciudad para avisar a todos los grupos de los discípulos, porque en la mañana del día siguiente del sábado, hacia la hora tercera, pasando por Betfagé, entraré en Jerusalén y subiré solemnemente al Templo. Le dirás a Isaac que este aviso es *sólo para los discípulos*. Isaac comprenderá lo que quiero decir».

«También yo lo comprendo, Maestro. Quieres sorprender a los judíos para que no puedan obstaculizar tu entrada».

«Así. Haz esto. Recuerda que te estoy dando un encargo de confianza. Me sirvo de ti y no de Lázaro».

«Esto me dice que tu bondad hacia mí no tiene medida. Gracias, Señor». Besa la mano al Maestro y se marcha.

581.4 [4]Jesús va a volver ya con sus huéspedes. Pero, en ese momento, un joven se separa de la cancilla donde las últimas personas, rechazadas por los criados, están saliendo, y corre a echarse a los pies de Jesús. Grita: «¡Una bendición, Maestro! ¿Me reconoces?» dice levantando la cara, libre de todo velo.

«Sí. Eres José, llamado Bernabé, el discípulo de Gamaliel que salió a mi encuentro cerca de Yiscala». *

«Y que te sigue desde hace muchos días. Estaba en Silo. Llegué allí de Yiscala, adonde había ido con el rabí en el tiempo de tu ausencia. En Yiscala había estado estudiando los libros hasta la luna de Nisán. Estaba en Silo cuando hablaste, y te seguí a Lebona y a Siquem; luego te esperé en Jericó porque había sabido que Tú...». Al improviso se calla, como si se hubiera dado cuenta de que estaba diciendo algo de lo que debería guardar silencio.

Jesús sonríe mansamente y dice: «La verdad brota impetuosa de los labios veraces, y muchas veces supera los diques que la prudencia pone delante de las bocas. Pero voy a terminar Yo tu pensamiento... "porque habías sabido por Judas de Keriot, que se había quedado en Siquem, que Yo iba a Jericó para reunirme con mis discípulos y darles mis indicaciones". Y fuiste allí para esperarme, sin preocuparte de ser visto, de perder tiempo y de faltar del lado de tu maestro Gamaliel».

«Él no me reprenderá cuando sepa que me he retrasado por se-

* *salió a mi encuentro cerca de Yiscala*, en 471.3.

guirte. Le llevaré como regalo tus palabras...».

«¡El rabí Gamaliel no tiene necesidad de palabras! ¡Es el rabí sabio de Israel!».

«Sí. Ningún otro rabí puede enseñarle nada de lo antiguo, nada, porque de lo antiguo sabe todo. Pero Tú sí, porque tienes palabras nuevas, llenas de la fresca vida de lo nuevo. Tu palabra es como savia de primavera. Es el rabí Gamaliel el que dice esto, y dice también que la sabiduría cubierta por el polvo de los siglos, y, por tanto, desecada y opaca, adquiere nueva vida y luz cuando tu palabra la explica. ¡Le llevaré tus palabras!».

«Y mi saludo. Dile que abra su corazón, su intelecto, su vista, su oído; y su pregunta de ya hace más de dos decenios recibirá respuesta. Ve, que Dios esté contigo».

El joven se encorva de nuevo para besar los pies del Maestro y se marcha.

[5]Los criados, definitivamente, pueden cerrar la cancilla. Jesús 581.5
puede reunirse con sus amigos.

«Me he permitido invitar aquí, para mañana, a las discípulas» dice Jesús, acercándose a Lázaro y poniéndole un brazo en los hombros.

«Has hecho bien, Señor. Tú sabes que mi casa es la tuya. Tu Madre ha preferido residir en la casa de Simón, y he respetado su deseo; pero espero que Tú estés bajo mi techo».

«Sí. Aunque... es techo tuyo también la otra casa. Uno de tus primeros actos de generosidad hacia mí y hacia mis amigos. ¡Cuántos actos de generosidad has tenido conmigo, amigo mío!».

«Y espero poder tenerlos todavía durante mucho tiempo. Aunque, Maestro sabio, esta palabra es incorrecta. No soy yo generoso contigo. Eres Tú el que eres generoso conmigo. Yo soy el deudor. Y si ante los tesoros que me has dado deposito una moneda para ti, ¿que será esa mísera ofrenda mía comparada con tus tesoros? "Dad y se
* os dará" dijiste. "Os será vertida en vuestro seno una medida generosa y colmada, y tendréis el céntuplo de lo que disteis", dices. Yo he recibido el céntuplo del céntuplo ya desde cuando todavía no te había dado nada. ¡Ah, recuerdo nuestro primer encuentro! Tú, Señor y Dios al que no son dignos de acercarse los serafines, viniste a mí, que estaba solo y afligido... cerrado dentro de estas paredes, dentro de mis tristezas; viniste a ese hombre que era Lázaro, un hombre al que todos evitaban, si exceptúo a José y Nicodemo y a mi fiel amigo Simón, que desde su tumba de vivo no dejaba de quererme... No quisiste que mi alegría de verte quedara turbada por las salpicaduras

* *dijiste*, en 171.4 (últimos renglones).

corrosivas del desprecio del mundo... ¡Ah, nuestro primer encuentro! Podría repetirte todas tus palabras de entonces... ¿Qué te había dado, entonces, si nunca te había visto, para recibir de ti inmediatamente el céntuplo de cien?».

«Tus oraciones al Altísimo, nuestro Padre. *Nuestro*, Lázaro. Mío. Tuyo. Mío como Verbo y como Hombre. Tuyo como hombre. ¿Cuando orabas con tanta fe, no me estabas dando ya todo tu ser? Tú mismo puedes ver que te di el céntuplo, como es justo, de lo que tú me dabas».

«Tu bondad es infinita, Maestro y Señor. Premias anticipadamente, y con divina generosidad, a los que tu pensamiento conoce como siervos tuyos, aun antes de que ellos sepan que lo son».

«Amigos míos, no siervos. Porque, en verdad, los que hacen la voluntad del Padre mío y siguen a la Verdad que ha sido enviada por Él son mis amigos, no ya mis siervos. Más todavía: son mis hermanos, siendo así que Yo soy el primero en hacer la voluntad del Padre. Así pues, el que hace lo que Yo hago es mi amigo porque solamente el amigo hace espontáneamente lo que hace su amigo».

581.6 «Que así sea siempre entre Tú y yo, Señor. [6]¿Cuándo vas a la ciudad?».

«Después del sábado. Al día siguiente por la mañana».

«Iré yo también».

«No, no vendrás conmigo. Ya te diré Yo. Tengo otras cosas que pedirte...».

«Sigo tus órdenes, Maestro. Yo también tengo que hablar contigo...».

«Hablaremos».

«¿Prefieres que el sábado lo pasemos nosotros solos o puedo invitar a amigos comunes?».

«Te pediría que no. Deseo vivamente pasar estas horas en vuestra amistad prudente y pacífica, sólo la vuestra, sin forzamientos de pensamientos ni de formas; pasarlas en la dulce libertad de quien está rodeado de amigos tan queridos, que se siente entre ellos como en su propia casa».

«Como quieras, Señor. Es más... yo deseaba esto, pero me parecía egoísmo hacia a mis amigos, todos inferiores en amistad respecto a ti, Amigo único, pero, de todas formas, queridos. Pero si lo quieres así... Quizás estás cansado, Señor; o pensativo...». Lázaro pregunta más con la mirada que con las palabras a su Amigo y Maestro, que le responde solamente con la luz de sus ojos, un poco tristes, un poco absortos, y con la parca sonrisa de su boca.

Se han quedado solos junto al pilón que canta con su chorrillo... Los otros, todos, han entrado en casa, donde se oye sonido de voces y

de vajilla...

María de Magdala, dos o tres veces, asoma su cabeza rubia por la puerta, por la puerta tapada con una tupida cortina que ondea levemente con el viento, con el viento que aumenta mientras el cielo se va cubriendo de nubes deshilachadas cada vez más obscuras.

581.7 [7]Lázaro alza la cabeza para examinar el cielo. «Quizás tengamos tormenta» dice. Y añade: «Servirá para abrir las yemas rebeldes, que este año se resisten mucho... Quizás han sido las inclemencias tardías las que han retardado los vástagos. También mis almendros han sufrido, y mucho fruto se ha perdido. Me decía José que un huerto suyo que está fuera de la Judiciaria parece este año completamente estéril: los árboles retienen las yemas, como bajo el influjo de algún sortilegio; tanto que se duda si dejarlos o venderlos como leña. Nada. Ni una flor. Como estaban en Tébet siguen ahora. Cabecitas de yemas, duras, cerradas, que no se hinchan nunca. Es verdad que el viento de septentrión sopla fuerte en ese lugar, y que ha habido mucho viento en invierno. También los frutos del huerto que tengo más allá del Cedrón han sufrido daños. Pero el fenómeno del huerto de José es tan extraño, que muchos van a ver ese lugar que no quiere despertarse en primavera».

Jesús sonríe...

«¿Sonríes? ¿Por qué?».

«Por el infantilismo de esos niños eternos que son los hombres. Todo lo que tiene apariencia extraña los hechiza... Pero el huerto florecerá. En su debido momento».

«Ya ha pasado el debido momento, Señor. ¿Cuándo ha sucedido que en la Luna de Nisán un grupo numeroso de árboles de un mismo lugar no haya dado muestras de florescencia? ¿A qué tiempo tiene que esperar ese lugar para que sea el debido momento?».

«Al tiempo de dar gloria a Dios floreciendo».

«¡Ah, comprendo! ¡Irás allí a bendecir el lugar, por amor a José; y los árboles florecerán, dando así nueva gloria a Dios y a su Mesías con un nuevo milagro! ¡Así es! Tú vas allí. Si veo a José, ¿se lo puedo decir?».

«Si crees que se lo debes decir... Sí, iré allí...».

«¿Qué día, Señor? Quisiera estar yo también».

«¿También tú eres un eterno niño?».

Jesús sonríe más vivamente, meneando la cabeza manso y sencillo ante la curiosidad de su amigo, que exclama: «¡Me siento feliz de haberte alegrado, Señor! Vuelvo a ver tu cara con esa sonrisa luminosa que hacía tiempo que no veía. ¿Entonces... voy?».

«No, Lázaro. Para la Parasceve me serás necesario aquí».

«¡Pero en la Parasceve uno se ocupa sólo de la Pascua! Tú... Maestro, ¿por qué quieres hacer algo que te será censurado? Ve allá otro día...».

«Me veré obligado a ir justo en la Parasceve. Pero no seré Yo el único que haga cosas que no sean preparación para la Pascua antigua; también los más rigurosos de Israel (un Elquías, un Doras, un Simón, y Sadoq e Ismael, y hasta Caifás y Anás) harán cosas completamente nuevas...».

«¡¿Se está volviendo loco Israel?!».

«Tú lo has dicho».

«Pero Tú... ¡Ah, está lloviendo! Vamos a la casa, Maestro... Yo... estoy preocupado... ¿No me vas a explicar...?».

581.8 «Sí. Antes de dejarte te diré... [8]Mira, aquí viene con una tela gruesa tu hermana, que teme el agua por nosotros... ¡Marta, tú siempre previsora y activa! Pero no es mucha la lluvia».

«¡Mi querida hermana! ¡Mis queridas hermanas! Porque ahora son las dos como dos tiernas niñas que ignoran cualquier tipo de malicia. Tanto María como Marta. Y cuando, anteayer, vino de Jericó María, parecía —cayéndole por los hombros las trenzas, porque había vendido sus horquillas para comprar unas sandalias a un niño y las horquillas delgadas de hierro eran insuficientes para sujetar sus cabellos—, parecía verdaderamente una niña. Se rió y, al bajar del carro, me dijo: "Hermano mío, ahora sé lo que es tener que vender para comprar, y lo difíciles que son para el pobre hasta las cosas más simples, como es sujetarse el pelo con horquillas de veinte por un didracma. Lo recordaré para ser todavía más misericordiosa en el futuro para con los pobres". ¡Cómo la has cambiado, Señor!».

La mujer de que hablan mientras ponen pie en la casa está ya preparada con ánforas y barreños para servir a su Señor. No cede a nadie el honor de servirle, y no se siente satisfecha hasta que no ha proporcionado todo alivio a los miembros y vísceras de su Maestro, y hasta que no le ve irse con sandalias frescas a la habitación que le han reservado, donde le espera su Madre con una fresca túnica de lino todavía fragante de sol...

582. La víspera del sábado anterior a la entrada en Jerusalén. Ofrenda extrema por la salvación de Judas Iscariote.

19 de marzo de 1947.

582.1 [1]«Podéis marcharos, si lo estimáis oportuno, donde queráis. Yo me quedo aquí con Judas y Santiago. Tienen que venir las discípu-

las» dice Jesús a sus apóstoles, que están reunidos en torno a Él bajo el pórtico de la casa. Y añade: «Pero estad aquí antes de la puesta del Sol. Y sed prudentes. Tratad de pasar desapercibidos para evitar represalias contra vosotros».

«¡Yo no! ¡Yo me quedo! ¿Qué tengo que hacer en Jerusalén?» dice Pedro.

«Yo sí que voy. Mi padre seguro que me espera. Quiere ofrecer el vino. Es una antigua promesa, antigua pero mantenida como siempre, y es que mi padre es un hombre honesto. ¡Vais a ver qué vino en el banquete pascual! ¡Los viñedos de mi padre en Ramá! ¡Célebres en la comarca!» dice Tomás.

«También estos de Lázaro son vinos extraordinarios. Se me ha quedado grabado el banquete de las Encenias...» dice, involuntariamente goloso, Mateo.

«Pues entonces mañana más que nunca se te refrescará el recuerdo, porque creo que para mañana Lázaro va a disponer una gran cena. ¡He visto unos preparativos...!» dice Santiago de Zebedeo.

«¿Sí? ¿Vendrán también otros?» pregunta Andrés.

«No. Se lo he preguntado a Maximino y me ha contestado que no».

«¡Ah, porque en el caso contrario me pondría la túnica nueva que me ha mandado mi mujer!» dice Felipe.

«Yo me la pondré. Quería hacerlo para Pascua, pero me la voy a poner mañana. Sin duda, estaremos más tranquilos aquí mañana que no dentro de unos días...» dice Bartolomé, e interrumpe sus palabras pensando.

[2]«Yo me visto con ropa nueva para la entrada en la ciudad. ¿Y Tú, Maestro?» pregunta Juan. 582.2

«Yo también. Me pondré la túnica teñida de púrpura».

«¡Parecerás un rey!» dice admirado el Predilecto, que ya le ve, con el pensamiento, vestido con esa túnica espléndida...

«¡Sí, pero si no hubiera sido por mí! Esa púrpura la he procurado yo, hace años...», se jacta el Iscariote.

«¿De verdad? No, no lo habíamos pensado... El Maestro es siempre tan humilde...».

«Demasiado. Ahora es el momento de que sea rey. ¡Basta de esperar! Si no es rey de tronos, al menos que, por su dignidad, tenga vestiduras acordes con su grado. Yo estoy en todo».

«Tienes razón, Judas. Tú tienes conocimiento del mundo. Nosotros... somos unos pobres pescadores...» dicen humildemente los del lago... Y, como siempre sucede a la luz del mundo —la falsa, crepuscular luz del mundo—, la aleación de baja ley del metal de Judas pa-

rece metal más noble que el basto pero puro, sincero, honesto oro de los corazones galileos...

Jesús, que estaba hablando con el Zelote y los hijos de Alfeo, se vuelve y mira a Judas Iscariote, y también a estos hombres honestos, tan humildes y apesadumbrados por estar tan... poco dotados
582.3 respecto a Judas... y menea la cabeza sin decir nada. [3]Pero, al ver a éste atándose los cordones de las sandalias y colocándose el manto como en actitud de ponerse en camino, le dice: «¿A dónde vas?».

«A la ciudad».

«He dicho que te retengo aquí con Santiago...».

«¡Ah! Pensaba que te referías a Judas tu hermano... Entonces... yo... soy como un prisionero... ¡Ja! ¡Ja!». Se ríe con mala compostura.

«Betania no tiene cadenas ni rejas; al menos, eso creo. Tiene sólo el deseo de tu Maestro, y yo estaría muy contento de estar prisionero de su deseo» observa el Zelote.

«¡Claro! Yo estaba de broma... Es que... quisiera tener noticias de mi madre. Seguro que han llegado a Jerusalén peregrinos de Keriot y...».

«No. Dentro de dos días estaremos todos en Jerusalén. *Ahora tú te quedas aquí*» dice autoritario Jesús.

Judas no insiste. Se quita el manto diciendo: «¿Y entonces? ¿Quién va a la ciudad? Sería conveniente saber también cómo están los ánimos... Lo que hacen los discípulos... Quería también informarme a través de amigos... Se lo había prometido a Pedro...».

«No importa. Te quedas. No es necesario nada de eso que dices. No es estrictamente necesario...».

«Pero si va Toma...».

582.4 [4]«Maestro, también yo quisiera ir. Porque también lo he prometido. Tengo amigos en casa de Anás y...» dice Juan.

«¿Irías allí, hijo mío? ¿Y si te apresan?» pregunta Salomé, que se ha acercado.

«¿Si me apresan? ¿Qué he hecho de malo? Nada. Por tanto, no debo temer al Señor. Por eso, aunque me apresen, no me echaré a temblar».

«¡Oh, el leoncito arrogante! ¿No te vas a echar a temblar? ¿Pero no sabes cómo nos odian? Apresarnos significa la muerte, ¡eh?» dice Judas Iscariote queriendo amedrentar.

«¿Y tú, entonces, por qué quieres ir? ¿Es que tú tienes la inmunidad? ¿Qué has hecho para tenerla? Dímelo y yo también lo haré».

Judas reacciona con un ademán de miedo e ira; pero el rostro de Juan es tan nítido, que el traidor se calma. Comprende que no hay asechanzas ni sospechas en esas palabras y dice: «Nada he hecho.

Lo que sucede es que tengo algunos amigos *buenos* que están cerca del Procónsul, por eso...».

[5]«¡Bien! El que quiera venir que venga, dado que ya no llueve. 582.5
Aquí perdemos el tiempo y quizás para la hora sexta vuelva la lluvia. El que quiera venir que no se demore» exhorta Tomás.

«¿Voy, Maestro?» pregunta Juan.

«Ve».

«¡Claro! ¡Siempre así! Él sí. Los otros sí. Yo no. ¡Siempre no!».

«Trataré de tener noticias de tu madre» dice Juan para calmarle.

«Y también yo. Voy contigo y con Toma» dice el Zelote, y añade: «Mi edad frenará a los jóvenes, Maestro. Y conozco bien a los de Keriot. Si veo a alguno me acerco a él. Te traeré noticias de tu madre, Judas. ¡Sé bueno! ¡Estáte tranquilo! Es la Pascua, Judas. Todos sentimos la paz de esta fiesta, la alegría de esta solemnidad. ¿Por qué quieres ser tú sólo el que esté siempre tan inquieto, tan sombrío y malcontento, sin paz? Pascua es paso de Dios... Pascua es para nosotros los hebreos fiesta de liberación de un duro yugo. Nos liberó de él el Dios Altísimo. Ahora, no pudiendo repetir el antiguo acontecimiento, permanece su símbolo individual... Pascua: liberación de los corazones, purificación, bautismo puedes decir, con la sangre del cordero, para que las fuerzas enemigas no causen el mal al que lleve su señal. ¡Qué hermoso empezar el nuevo año con esta fiesta de purificación, de liberación, de adoración a Dios Salvador nuestro!... ¡Oh, perdona, Maestro! He hablado cuando en realidad habría debido guardar silencio porque estás Tú para corregir nuestros corazones...».

«Eso es lo que estaba pensando yo, Simón. Justo eso: que ahora tengo dos maestros en vez de uno. Y me parecían demasiados» dice airado Judas Iscariote.

[6]Pedro... ¡ah, Pedro esta vez no se puede contener!, y reacciona: 582.6
«Y, si no te callas pronto, vas a tener un tercero, que voy a ser yo. Y te juro que voy a tener argumentos más persuasivos que las palabras».

«¿Alzarías la mano contra un compañero? ¿Después de tanto esfuerzo por sujetar en el fondo al viejo galileo, aflora de nuevo tu verdadera naturaleza?».

«No aflora de nuevo. Siempre ha estado clara en la superficie. No uso ficciones. Lo que sucede es que para los asnos salvajes, como tú, para domarlos, sólo hay un argumento: los trallazos. ¡Deberías avergonzarte de abusar de su bondad y de nuestra paciencia! ¡Ven, Simón! ¡Ven, Juan! Ven, Toma. Adiós, Maestro. Me voy yo también porque si me quedo... no, ¡viva Dios que ya no me contengo!», y Pedro

agarra su manto, que estaba encima de un asiento, y se lo pone a toda prisa; tan inquieto, que no ve que se lo ha puesto al revés, abajo la parte de arriba, de forma que debe advertirle Juan del error, y ayudarle a vestirse bien. Y se marcha a toda prisa, pegando un fuerte golpe con el pie en el suelo para descargar así un poco de su ira: parece un torillo encabritado.

¿Y los otros!... Los otros parecen libros abiertos en que se puede leer lo que tienen escrito. Bartolomé levanta su afilado rostro de anciano hacia el cielo todavía borrascoso y parece estudiar los vientos para no tener que estudiar los rostros: demasiado apenado el de Cristo, demasiado pérfido el de Judas Iscariote. Mateo y Felipe miran a Judas Tadeo, que tiene fosforescencias de ira en sus ojos, tan parecidos a los de Jesús, y toman la misma decisión: le ponen en medio de ellos y le incitan a salir, hacia el paseo interior que lleva a la casa de Simón, diciendo: «Tu madre nos requería para aquel trabajo. Ven también tú, Santiago de Zebedeo» y se llevan consigo también al hijo de Salomé. Andrés mira a Santiago de Alfeo, y Santiago le mira a él: dos caras que reflejan el mismo, contenido sufrimiento, y que, no sabiendo qué decir, se cogen de la mano, como dos niños, y se alejan tristes.

Salomé es la única discípula presente, y no se atreve ni a moverse ni a hablar, pero tampoco sabe decidirse a marcharse, como si con su presencia quisiera frenar otras palabras del indigno apóstol. Por suerte no está presente ninguno de la familia de Lázaro. Está ausente también María Stma.

582.7 [7]Judas se ve solo con Jesús y Salomé. No quiere estar con ellos y les vuelve la espalda para alejarse hacia el cenador de jazmines.

Jesús le mira mientras se marcha. Le vigila. Ve que, después de haber fingido que se sentaba en el cenador, Judas desaparece a hurtadillas por la parte de atrás y se adentra entre los setos de rosas, laureles y bojes, que separan al verdadero jardín de los cuadros de las especias, en el lugar donde están las colmenas. Por ahí se puede salir por una de las puertas secundarias abiertas en las paredes del vasto jardín, un verdadero parque que por dos lados termina en setos altísimos, dobles como una avenida —abiertos por cancillas, acá o allá, para poner en comunicación al jardín con los prados, campos, matas de árboles frutales y olivares, y también con la casa de Simón, y que prolongan el jardín en las tierras, teniendo a éstas y a aquél unidos y separados al mismo tiempo—; y, por los otros dos, tiene gruesas paredes que se abren a dos caminos, uno secundario y otro de primer orden, en que desemboca el secundario, que, cortando a Betania, prosigue hacia Belén. Los ojos de Jesús, que se alza cuanto

puede y se mueve cuanto necesita para ver lo que hace Judas Iscariote, echan llamas.

[8]María Salomé los ve e intuye —aunque por su estatura poco alta no pueda ver—, intuye lo que sucede hacia el extremo del parque, y susurra: «¡Misericordia de nosotros, Señor!». 582.8

Jesús oye ese suspiro y se vuelve un instante para mirar a esta buena, sencilla discípula, que puede haber tenido un pensamiento de soberbia materna al pedir el lugar de honor para sus hijos, pero que, al menos, podía hacerlo porque ellos son buenos apóstoles. A esta discípula que aceptó humildemente la corrección del Maestro sin ofenderse, sin alejarse de Él; es más, que se hizo más humilde, más servicial respecto al Maestro, al que sigue como una sombra (basta con que pueda hacerlo); respecto al Maestro, cuyas más pequeñas expresiones estudia para poder, si puede, adelantarse a sus deseos y darle alegría. Y también ahora la buena y humilde Salomé trata de consolar al Maestro, de aplacar la sospecha que le hace sufrir, diciendo: «¿Ves? No se marcha lejos. Ha dejado ahí su manto y no lo ha recogido. Irá por los prados a descargar su estado de ánimo... Nunca iría Judas a la ciudad sin estar perfectamente arreglado...».

«Hasta desnudo iría, si quisiera ir. Y así es... ¡Mira! ¡Ven aquí!».

«¡Está tratando de abrir la cancilla! ¡Pero está cerrada! ¡Y llama a un criado de las colmenas!».

Jesús grita fuerte: «¡Judas! ¡Espérame! Tengo que hablar contigo», y quiere ponerse en camino.

«¡¡Por el amor de Dios, Señor!! Voy a llamar a Lázaro... a tu Madre... ¡No vayas solo!».

Jesús, aun caminando rápido, se vuelve un poco y dice: «Te ordeno que no lo hagas. Al contrario: guarda silencio *con todos*. Si preguntan por mí, di que he salido con Judas cerca. Si vienen las discípulas, que esperen. Vuelvo pronto».

Salomé no reacciona, como tampoco lo hace Judas Iscariote. Ella junto a la casa y él junto a la cerca, se quedan en el sitio donde la voluntad de Jesús los ha detenido. Y le miran: ella, mientras se aleja; él, mientras se acerca.

[9]«Abre la puerta, Jonás. Salgo un poco con mi discípulo. Si te quedas por aquí, no hace falta que la cierres cuando salgamos. Vuelvo pronto» dice con bondad al criado agricultor, que se había quedado sin saber cómo reaccionar, con la voluminosa llave en la mano. 582.9

El portillo, de hierro pesado, chirría al abrirse, de la misma forma que rechina la llave para mover el dispositivo.

«Una puerta que se abre raras veces» dice el criado sonriendo. «¡Claro, te has oxidado! Cuando uno está ocioso se deteriora... La

herrumbre, el polvo,... los gamberros... A nosotros nos pasa lo mismo... ¡Si no trabajamos continuamente nuestra alma!».

«¡Muy bien, Jonás! Has tenido un pensamiento sabio. Muchos rabíes te lo envidiarían».

«Son mis abejas las que me los sugieren... y tus palabras. Verdaderamente son tus palabras. Pero luego también las abejas me las hacen comprender. Porque nada carece de voz, si se sabe oír. Y yo digo que si ellas, que son abejas, obedecen la orden del que las ha creado, y son animalitos que no sé dónde pueden tener cerebro y corazón, yo, que tengo corazón, cerebro y espíritu, y que oigo al Maestro, también deberé saber hacer lo que hacen ellas, y trabajar continuamente, hacer siempre lo que el Maestro dice que hay que hacer, y poner así hermoso mi espíritu, esplendoroso, sin herrumbre ni polvo ni barro, y sin pajas, que hayan metido en las cerraduras los enemigos infernales, ni piedras ni otras asechanzas».

«Es exactamente como dices. Imita a tus abejas y tu alma será una rica colmena llena de preciosas virtudes, y Dios descenderá a recrearse en ella. Adiós, Jonás. La paz sea contigo».

Pone la mano en la cabeza entrecana del criado, que está frente a Él inclinado, y sale al camino en dirección hacia los prados de trébol rojo, prados hermosos como alfombras tupidas y gruesas, de colores verde y carmesí, donde las abejas, volando de flor en flor, introducen reflejos y zumbidos.

582.10 [10]Cuando están suficientemente lejos de la cerca como para no ser oídos por nadie que estuviera en el jardín de Lázaro, Jesús dice: «¿Has oído a ese criado? Es un labriego. Ya es mucho si sabe leer alguna palabra... Y, no obstante... lo que ha dicho habría podido salir de mis labios sin que mis palabras de Maestro parecieran necias. Ese hombre siente que hay que velar para que el espíritu no se vea corrompido por sus enemigos... Yo... por esos enemigos te retengo a mi lado, ¡y tú me odias por esto! Quiero defenderte de ellos y de ti mismo, y tú me odias. Te ofrezco el medio para salvarte —puedes hacerlo todavía— y tú me odias. Te lo digo una vez más: vete, Judas; vete lejos. No entres en Jerusalén. Estás enfermo. No es mentira el decir que estás tan enfermo, que no puedes participar en la Pascua. Harás la Pascua suplementaria. La Ley permite hacer la Pascua suplementaria cuando una enfermedad u otra grave razón impiden hacer la Pascua solemne. Le pediré a Lázaro —es un amigo prudente y no preguntará nada— que te lleve hoy mismo al otro lado del Jordán».

«No. Te he dicho muchas veces que me echaras. No has querido. Ahora soy yo el que no quiere».

«¿No quieres? ¿No quieres salvarte? ¿No tienes piedad de ti mis-

mo? ¿No tienes piedad de tu madre?».

«Deberías decirme: "¿No tienes piedad de mí?". Serías más sincero».

«Judas, infeliz amigo mío, no te ruego por mí. Por ti, por ti te ruego. [11]¡Mira! Estamos solos. Tú sabes quién soy Yo, Yo sé quién eres 582.11
tú. Es el último momento de gracia que aún se nos concede para impedir tu ruina... ¡Oh, no te rías tan satánicamente, amigo mío! No te burles de mí como si estuviera loco porque digo: "tu ruina" y no la mía. Lo mío no es ruina; lo tuyo, sí... Estamos solos, Yo y tú, y sobre nosotros está Dios... Dios que no te odia todavía, Dios que asiste a esta lucha suprema entre el Bien y el Mal que se disputan tu alma. Sobre nosotros está el Empíreo, observándonos, ese Empíreo que pronto se llenará de santos, que ya, en su lugar de espera, sienten la emoción porque presienten la alegría... Judas, entre ellos está tu padre...».

«Era un pecador. No está».

«Era un pecador, pero no un réprobo. Por eso la alegría se acerca también a él. ¿Por qué quieres causarle un dolor en medio de su alegría?».

«Está al margen del dolor. Está muerto».

«No. No está al margen del dolor de verte a ti culpable, a ti... ¡oh, no me arranques esa palabra!...».

«¡Sí, hombre, sí, dila! ¡Yo hace meses que me la digo a mí mismo! Réprobo. Lo sé. Ya nada puede ser cambiado».

«¡Todo! Judas, Yo lloro. ¿Quieres, pues, hacer brotar tú las extremas lágrimas del Hombre?... Judas, te lo ruego. Piensa, amigo: el Cielo asiente a mi oración; tú, tú... ¿me dejarás orar en vano? Piensa que delante de ti, orando, tienes al Mesías de Israel, al Hijo del Padre... ¡Judas, escúchame!... ¡Deténte mientras puedes!...».

«¡No!».

[12]Jesús se tapa la cara con las manos y se deja caer en el linde del 582.12
prado. Llora sin clamor, pero llora mucho. Sus hombros se estremecen con los profundos sollozos...

Judas le mira, ahí, a sus pies, destrozado, llorando... y por el deseo de salvarle... y siente un momento de piedad. Dice, dejando el tono duro, de verdadero demonio, que tenía antes: «No puedo irme... He dado mi palabra...».

Jesús alza su cara llena de aflicción. Le interrumpe: «¿A quién? ¿A quién? ¡A unos pobres hombres! ¿Y de ellos, de aparecer sin honor ante ellos, te preocupas? ¿Y no me habías dado a mí tu propio ser hace tres años? ¿Y piensas en los comentarios de un puñado de malhechores y no en el juicio de Dios? ¡Oh, qué debo hacer, Padre, para re-

sucitar en él la voluntad de no pecar?». Baja de nuevo su cabeza abatido, deshecho... Parece ya el penante Jesús de la agonía del Getsemaní.

Judas siente piedad y dice: «Me quedo. ¡No sufras de ese modo! Me quedo... ¡Ayúdame a quedarme! ¡Defiéndeme!».

«¡Siempre! Siempre. Basta con que tú lo quieras. Ven. No hay culpa de la que no sienta conmiseración y no perdone. Di "quiero" y te habré redimido...». Jesús se ha levantado y tiene a Judas abrazado.

El llanto de Jesús-Dios cae entre los cabellos de Judas, pero la boca de Judas permanece cerrada. No dice la palabra requerida. No dice ni siquiera "perdón" cuando Jesús le susurra entre sus cabellos: «¡Mira si te quiero! ¡Habría debido reprenderte! Te beso. Tendría derecho de decirte: "Pide perdón a tu Dios" y te pido sólo que tengas el deseo del perdón. ¡Estás tan enfermo...! No se puede pedir mucho a uno que está muy enfermo. A todos los pecadores que han venido a mí les he pedido el absoluto arrepentimiento para poder perdonarlos. A ti, amigo mío, te pido sólo el deseo de arrepentirte; después... corre de mi cuenta».

Judas calla...

Jesús le suelta. Dice: «Quédate aquí al menos hasta el día siguiente del sábado».

«Me quedaré... Vamos a volver a casa. Notarán nuestra ausencia. Quizás te esperan las mujeres. Son mejores que yo y no debes descuidarlas por mí».

«¿No recuerdas la parábola de la oveja perdida? Tú eres esa oveja... Ellas, las discípulas, son las ovejas buenas que están dentro del aprisco. No corren peligro, aunque busque tu alma durante todo el día para llevarla de nuevo al redil...».

«¡Bien, de acuerdo! ¡De acuerdo! ¡Vuelvo al redil! Me voy a encerrar en la biblioteca de Lázaro, a leer. No quiero que me molesten, no quiero ver ni saber nada. Así... no sospecharás siempre de mí. Y si refieren al Sanedrín alguna cosa de lo que aquí sucede, tendrás que buscar las serpientes entre tus predilectos. ¡Adiós! Entro por la cancilla principal. No temas. No voy a escaparme. Puedes ir a comprobarlo cuando quieras» y, volviéndole la espalda, se va con largos pasos.

582.13 [13]Jesús, altura blanca vestida de lino en la linde del prado verderrojo, alza los brazos al cielo sereno y alza su afligidísimo rostro y alza su alma al Padre suyo gimiendo: «¡Oh, Padre mío! ¿Podrás recriminarme el haber dejado de hacer algo que pudiera salvarle? Tú sabes que es por su alma y no por mi vida por la que lucho por impedir su delito... ¡Padre! ¡Padre mío! ¡Te lo suplico!: acelera la hora de las

tinieblas, la hora del Sacrificio, porque demasiado atroz me es vivir junto al amigo que no quiere ser redimido... ¡El mayor dolor!», y Jesús se sienta entre el tupido, alto, hermosísimo trébol, agacha la cabeza y la pone entre sus rodillas dobladas y apretadas entre sus brazos. Y llora...

¡Oh, no puedo ver ese llanto! Es ya demasiado semejante —en desolación, en soledad, en... persuasión de que el Cielo nada hará por consolarle, y que Él *debe padecer ese dolor*—, demasiado semejante al del Getsemaní. Y me aflige demasiado...

Jesús llora largamente, en ese lugar solitario y silencioso. Testigos de su llanto, las abejas de oro, el trébol que emana fragancia y se mece lentamente con las ondas de un viento de tormenta, y las nubes, que al principio de la mañana eran como una leve red en el cielo azul y ahora se han adensado, obscurecido, sobrepuesto unas a otras, prometiendo nueva lluvia.

[14]Jesús deja de llorar. Alza la cabeza para oír... Un ruido de ruedas y cascabeles viene del camino de primer orden; luego cesa el ruido de las ruedas, pero no el de los cascabeles. 582.14

Jesús dice: «¡Vamos! Las discípulas. Ellas son fieles... ¡Padre mío, hágase como Tú quieres! ¡Te ofrezco el sacrificio de este deseo mío de Salvador y de Amigo. ¡Está escrito! Él lo ha querido. Es verdad. Pero deja, Padre mío, que continúe mi obra por él hasta que todo termine. Ya desde ahora te digo: Padre, cuando ore por los pecadores, siendo ya víctima impotente para la acción directa, Padre, toma Tú mi sufrimiento y presiona con él en el alma de Judas. Sé que te pido algo que la Justicia no puede conceder. Pero de ti han venido la Misericordia y el Amor y Tú los amas a Éstos que de ti vienen y son una sola cosa contigo, Dios uno y trino, santo y bendito. Yo me voy a dar a mis amados como alimento y bebida. Padre, ¿es que habrán de ser mi Sangre y mi Carne condena para uno de ellos? ¡Padre, ayúdame! ¡Un germen de arrepentimiento es ese corazón!... ¿Padre, por qué te alejas? ¿Ya te alejas de tu Verbo que ora? Padre, es la hora. Lo sé. ¡Hágase tu bendita voluntad! Pero deja en tu Hijo, en tu Cristo —en quien, por insondable decreto tuyo, disminuye en esta hora la visión segura del futuro; y no te digo que esto sea crueldad, sino piedad tuya hacia mí—, deja en mí la esperanza de salvarle aún. ¡Oh, Padre mío! Lo sé; lo he sabido desde que Yo soy; lo he sabido desde que, no sólo Verbo, sino Hombre, vine a la Tierra; lo he sabido desde que encontré al hombre en el Templo... Siempre lo he sabido... Pero ahora... ¡oh!, ahora me parece —¡gran piedad tuya, santísimo Padre!—, me parece como si fuera sólo un horrendo sueño, suscitado por su comportamiento, pero que no fuera lo ineluctable... y es como si pu-

diera seguir esperando, esperando siempre, porque infinito es mi sufrir e infinito será el Sacrificio; es como si pudiera hacer algo también por él... ¡Ah, estoy delirando! ¡Es el Hombre el que quiere esperar esto! ¡El Dios que está en el Hombre, el Dios hecho Hombre no se puede hacer ilusiones! Se alejan las ligeras nieblas que me ocultaban un momento el abismo, el abismo ya abierto para atrapar a aquel que prefirió las Tinieblas a la Luz... ¡Piedad el hecho de ocultármelo! Piedad el hecho de mostrármelo, ahora que me has reconfortato. Sí, Padre. ¡También esto! ¡Todo! Y seré Misericordia hasta el final, porque ésta es mi Esencia».

Sigue orando, en silencio, con los brazos abiertos en cruz. Su rostro deshecho se va serenando para tomar un aspecto de paz augusta (se hace casi luminoso: una luz de alegría interior, aunque en sus labios, cerrados, no haya sonrisa). Es la alegría de su espíritu, en comunión con el Padre, lo que rezuma por los velos de la carne y borra los signos que el dolor ha excavado y dibujado en ese enflaquecido y espiritualizado rostro que se ha ido mostrando en el Maestro en la medida en que Él se iba adentrando en el dolor y hacia el Sacrificio. No es ya un rostro de la Tierra el rostro de Cristo en estos últimos tiempos mortales suyos, y ningún artista será nunca capaz de darnos, aunque el Redentor al artista se mostrara, ese rostro de Hombre Dios cincelado en sobrenatural belleza por el amor y dolor perfectos y completos.

582.15 [15]Jesús está de nuevo en la puerta de la cerca. Entra. La cierra con el cerrojo y se adentra hacia la casa. El criado de antes le ve y acude presuroso a tomar la voluminosa llave que Jesús tiene en sus manos.

Continúa. Ve a Lázaro, que dice: «Maestro, han venido las mujeres. Las he pasado a la sala blanca, porque en la biblioteca está Judas leyendo, con aspecto atribulado».

«Lo sé. Gracias por las mujeres. ¿Son muchas?».

«Juana, Nique, Elisa y Valeria con Plautina y otra amiga o liberta, no lo sé, de nombre Marcela, y una anciana que dice que te conoce: Ana de Merón; y luego Analía, y con ella otra, jovencita, de nombre Sara. Están con las discípulas tu Madre y mis hermanas».

«¿Y esas voces de niños?».

«Ana ha traído a los hijos de su hijo; Juana a los suyos; Valeria a la suya. Los he llevado al patio interno...».

583. Víspera del sábado anterior a la entrada en Jerusalén. Despedida de las discípulas. El desdichado nieto de Nahúm.

22 de marzo de 1947.

583.1 [1]El charloteo de las mujeres llena la bonita sala blanca, una de las destinadas para los banquetes, de blancas paredes y blanco techo, blancas cortinas gruesas, blancas tapicerías que cubren los asientos, blancas lastras de mica o de alabastro, usadas como cristales de ventanas y para las lámparas. Una quincena de mujeres hablando no es cosa de poco. Pero en cuanto Jesús aparece en el umbral de la puerta, corriendo la pesada cortina, se hace un silencio absoluto. Todas se levantan y se inclinan con el máximo respeto.

«Paz a todas vosotras» dice Jesús con una dulce sonrisa... Ningún rastro de la recién terminada borrasca de dolor se ve en su cara, que aparece serena, luminosa, pacífica, como si ninguna cosa penosa hubiera ocurrido o estuviera para ocurrir con pleno conocimiento suyo.

«Paz a ti, Maestro. Hemos venido. Me enviaste el recado de que viniera con todas las mujeres que estaban conmigo. Te he obedecido. Conmigo estaba Elisa. La tengo conmigo en estos días. Y conmigo estaba ésta, que dice que es seguidora tuya. Había venido buscándote porque no se ignora que yo soy tu feliz discípula. Y también está conmigo Valeria, en mi casa desde que estoy en mi palacio. Con Valeria estaba Plautina, que había ido a visitarla. Con ellas estaba ésta. Valeria te hablará de ella. Después vino Analía, a la que habían informado de tu deseo; y esta jovencita que creo que es pariente suya. Nos hemos organizado para venir. Y no nos hemos olvidado de Nique. ¡Es tan bonito sentirse hermanas en la misma fe en ti... y esperar que también las que ahora están al nivel de un amor natural por el Maestro asciendan más, como ha hecho Valeria!» dice Juana, mirando de soslayo a Plautina, que... se ha quedado en el amor natural...

«Los diamantes se forman con lentitud, Juana. Se necesitan siglos de fuego sepultado... Nunca hay que tener prisa... ni desanimarse nunca, Juana...».

«¿Y cuando un diamante se vuelve... ceniza?».

«Señal es de que aún no era diamante perfecto. Se necesita más paciencia y más fuego. Volver a empezar, esperando en el Señor. A menudo, lo que la primera vez parece un fracaso se transforma en triunfo la segunda».

583.2 «O la tercera o la cuarta, e incluso más. [2]Yo he sido un fracaso muchas veces, ¡Pero, al final, has triunfado, Rabbuní!» dice María de Magdala, con su voz de órgano, desde el fondo de la sala.

«María se alegra cada vez que puede abatirse recordando el pa-

sado...» suspira Marta, que querría que ese pasado quedara borrado del recuerdo de todos los corazones.

«¡Verdaderamente, hermana, es así! Me alegro de recordar el pasado. Pero no para abatirme, como dices, sino para subir más, impulsada por el recuerdo del mal cometido y por el agradecimiento hacia Aquel que me ha salvado. Y también para que quien siente vacilación respecto a sí mismo o respecto a algún ser querido pueda hallar nuevo aliento y llegar a esa fe que mi Maestro dice que sería capaz de mover las montañas».

«Y tú la posees. ¡Dichosa tú! Tú no conoces el miedo...» suspira Juana, que tan mansa y tímida es y que aún más lo parece si se la compara con la Magdalena.

«No lo conozco. Nunca ha estado en mi naturaleza humana. Y ahora, desde que soy de mi Salvador, ya no lo conozco ni siquiera en mi naturaleza espiritual. Todo ha servido para aumentar mi fe. ¿Puede, acaso, una mujer que ha resucitado como yo y que ha visto resucitar a su hermano dudar ya de algo? No. Nada me hará ya dudar».

«Mientras Dios está contigo, o sea, mientras está contigo el Ra-
583.3 bí... [3]Pero Él dice que pronto nos dejará. ¿Qué será entonces nuestra fe? Quiero decir vuestra fe, porque yo todavía no estoy imbuida más allá de los límites humanos...» dice Plautina.

«Su presencia material o su material ausencia no lesionarán mi fe. No temeré. Esto no es soberbia, es conocimiento de mí misma. Aunque las amenazas del Sanedrín se hicieran realidad... No, yo no temeré...».

«¿Pero qué es lo que no temerás? ¿Que el Justo sea justo? Este temor tampoco yo lo tendré. Lo creemos de muchos sabios cuya sabiduría saboreamos; yo diría: de muchos sabios de los que nos nutrimos, con la vida de su pensamiento, siglos después de haber desaparecido ellos. Pero si tú...» insiste Plautina.

«No temeré ni siquiera por su muerte. La Vida no puede morir. Ha resucitado Lázaro, que era... un pobre ser humano...».

«No por sí ha resucitado, sino porque el Maestro ha llamado su espíritu del mundo de ultratumba. Obra que sólo el Maestro puede hacer. ¿Pero quién llamará al espíritu del Maestro, si le matan a Él?».

«¿Que quién? Pues Él. O sea, Dios. Dios se ha hecho a sí mismo, Dios por sí mismo puede resucitarse».

«Dios... sí... en vuestra fe, Dios se ha hecho a sí mismo. Ya de por sí admitir esto es arduo para nosotros, que pensamos que los dioses vienen los unos de los otros por amores divinos».

«Por torpes, irreales amores, debes decir» la interrumpe impetuosa María de Magdala.

«Como quieras...» dice Plautina en tono conciliador. Y está para terminar la frase pero María de Magdala se anticipa otra vez y dice: «Pero el Hombre —esto es lo que quieres decir— no puede resucitarse por sí mismo. Pero Él, de la misma forma que por sí mismo se ha hecho Hombre, porque nada le es imposible al Santo de los santos, pues por sí mismo se dará la orden de resucitar. Tú no puedes comprender. No conoces las figuras de nuestra historia de Israel. Él y sus prodigios están en esas figuras. Y todo se cumplirá como está escrito. [4]Yo creo con antelación, Señor. Todo lo creo. Que Tú eres el Hijo 583.4
de Dios y el Hijo de la Virgen, que eres el Cordero de salvación, que eres el Mesías santísimo, que eres el Libertador y Rey universal, que tu Reino no tendrá fin ni confín, y, en fin, que la muerte no prevalecerá contra ti, porque la vida y la muerte han sido creadas por Dios y le están sujetas como todas las cosas. Yo creo. Y, si el dolor de verte desconocido y vejado será grande, mayor será mi fe en tu Ser eterno. Yo creo. Creo en todo lo que de ti está escrito, en todo lo que Tú dices. Supe creer también respecto a Lázaro, la única que supo obedecer y creer, la única que supo reaccionar contra aquellos hombres y contra aquellas cosas que querían persuadirme de que no creyera. Sólo en el extremo, cercana al final de la prueba, sentí desconcierto... Pero la prueba duraba ya mucho... y ya no pensaba que ni siquiera Tú, Maestro bendito, pudieras acercarte al golal tantos días después de la muerte... Ahora... ya no dudaría ni aunque, en vez de días, hubiera de abrirse un sepulcro para restituir su presa después de meses de tenerla en su vientre. ¡Oh, mi Señor! ¡Sé quién eres! ¡El fango ha conocido a la Estrella!». María se ha acurrucado a sus pies, en el suelo de mármol, ya sin vehemencia: mansa, adoradora con la expresión de su rostro, que tiene alzado hacia Jesús.

«¿Quién soy?».

«El que es. Esto eres. Lo otro, la exterioridad humana, es el revestimiento, el necesario revestimiento que vela tu esplendor y santidad, para que tu santidad pudiera venir a nosotros y salvarnos. Pero Tú eres Dios, mi Dios». Y se echa al suelo, a besar los pies de Cristo, y parece como si no pudiera despegar los labios de los dedos que sobresalen por debajo de la larga túnica de lino.

«Álzate, María. Mantén siempre con firmeza esta fe tuya. Y álzala como una estrella en las horas de borrasca, para que los corazones claven en ella su mirada y sepan esperar; al menos eso...».

[5]Luego se vuelve a todas y dice: 583.5

«Os he llamado porque en los próximos días poco podremos vernos, y con poca paz. El mundo estará alrededor de nosotros, y los secretos de los corazones tienen un pudor más grande que el de los

cuerpos. No soy el Maestro, hoy; soy el Amigo. No todas vosotras tenéis esperanzas y temores que manifestarme, pero todas queríais haberme visto con paz todavía una vez más. Y os he llamado, a vosotras, flor de Israel y del nuevo Reino, a vosotras, flor de los gentiles que dejan el lugar de las sombras para entrar en la Vida. Tened esto en el corazón para los próximos días: que el honor que prestáis al perseguido Rey de Israel, al Inocente acusado, al Maestro no escuchado, dulcifica mi dolor.

Os pido que estéis muy unidas, vosotras las de Israel, vosotras que habéis venido a Israel, vosotras que venís hacia Israel; que las unas ayuden a las otras, que las de espíritu más fuerte ayuden a las más débiles, que las más sabias ayuden a las que saben poco o nada y sólo tienen el deseo de nuevos conocimientos, para que su deseo humano, con el cuidado de las hermanas más adelantadas, se transforme en deseo sobrenatural de Verdad.

Sed compasivas las unas para con las otras. Las que han sido formadas en la justicia por siglos de ley divina sean compasivas con aquellas a las que la gentilidad hace... distintas. No se cambia de un día para otro el hábito moral, si no es en casos excepcionales en que interviene un poder divino para producir un cambio ayudando a una voluntad muy buena. Que no os asombre el ver, en las que vienen de otras religiones, que se estancan en su progreso, y, algunas veces, que regresan a los viejos caminos. Tened presente el comportamiento del propio Israel respecto a mí, y no pretendáis de las gentiles la docilidad y la virtud que Israel no ha sabido, no ha querido dispensar a su Maestro.

Sentíos hermanas las unas de las otras. Hermanas a las que el destino en este último período de mi vida mortal ha congregado en torno a mí... ¡No lloréis!... Y os ha congregado tomándoos de distintos lugares, por tanto, hermanas con idiomas y costumbres distintos que hacen un poco difícil el comprenderse humanamente. Pero, en verdad, el amor tiene un único lenguaje, que es éste: hacer lo que el amado enseña, y hacerlo para darle honor y alegría. En esto podéis comprenderos todas. Y que las que más comprenden ayuden a las otras a comprender.

583.6 [6]Luego... en el futuro, en un futuro más o menos lejano, en circunstancias diversas, os separaréis de nuevo y os diseminaréis por las regiones de la Tierra: algunas volviendo a las comarcas en que nacieron, otras yendo a un exilio que no pesará (porque las que lo sufran habrán llegado ya a una perfección de verdad que les hará comprender que no es el ser conducidos acá o allá lo que constituye el exilio de la verdadera Patria, porque la verdadera Patria es el Cielo).

Porque el que está en la verdad está en Dios y tiene a Dios en sí; por tanto, está ya en el Reino de Dios. Y el Reino de Dios no conoce fronteras y no sale de ese Reino el que de Jerusalén, por ejemplo, sea llevado a Iberia o a Panonia o a Galia o a Iliria. Siempre estaréis en el Reino si permanecéis siempre en Jesús, o si venís a Jesús.

Yo he venido a congregar a todas las ovejas: las del rebaño paterno; las de otros; también las que carecen de pastor y son agrestes (más que agrestes: salvajes), y están hundidas en tinieblas tan obscuras que no les permiten ver ni una iota, no sólo de ley divina, sino tampoco de ley moral. Personas desconocidas que esperan pasar a ser conocidas en la hora que Dios destina para ello y que luego entrarán a formar parte del rebaño de Cristo. ¿Cuándo? ¡Oh, años o siglos, respecto al Eterno, son iguales! Pero vosotras seréis las anticipadoras de las que irán, con los Pastores futuros, a recoger en el amor cristiano, ovejas y corderos salvajes para conducirlos a los pastos divinos. Que vuestro primer campo de prueba sean estos lugares.

583.7 7La pequeña golondrina que alza las alas para el vuelo no se lanza inmediatamente a la gran aventura. Intenta el primer vuelo desde el alero del tejado hasta la vid que da sombra a la terraza. Luego vuelve al nido, y de nuevo se lanza, esta vez a la terraza de al lado, y vuelve. Y luego más lejos... hasta que siente que se hace fuerte el nervio del ala y segura su orientación; entonces juega con los vientos y los espacios, y va y viene trisando, persiguiendo a los insectos, pasando al ras de las aguas, remontándose hacia el Sol, hasta que, en el momento exacto, abre segura las alas para el largo vuelo por las zonas más calientes y ricas de nuevo alimento, y no teme cruzar los mares, ella que es tan pequeña, un punto de acero bruñido perdido entre las dos inmensidades azules del mar y del cielo, un punto que va, sin miedo, mientras que antes temía el leve vuelo desde el alero hasta el sarmiento frondoso; un cuerpo musculoso, perfecto, que hiende el aire como una flecha y no se sabe si es el aire el que transporta con amor a este pequeño rey del aire, o es él, el pequeño rey del aire, el que con amor surca sus dominios. ¿Quién piensa, al ver su vuelo seguro, que aprovecha vientos y densidades de la atmósfera para ir más veloz; quién piensa en su primer, desmañado, vuelo, hecho de aletazos descompuestos, lleno de miedo?

Para vosotras será lo mismo. Y que así sea. Para vosotras y para todas las almas que os imiten. Uno no adquiere una habilidad al improviso. Ni desánimos por las primeras derrotas ni soberbia por las primeras victorias: las primeras derrotas sirven para hacer mejor las cosas otra vez, las primeras victorias sirven como acicate para hacer las cosas aún mejor en el futuro y para convencerse de que

Dios a una buena voluntad la ayuda.

583.8 [8]Estad siempre sujetas a los Pastores en lo que es la obediencia a sus consejos y disposiciones; sed para ellos siempre hermanas en lo que es la ayuda en la misión y el apoyo en sus fatigas. Decid esto también a las que hoy no están aquí. Decídselo a las que vendrán en el futuro.

Y ahora y siempre sed como hijas para mi Madre. Ella os guiará en todo. Puede guiar a las jóvenes, a las viudas, a las casadas, a las madres, pues Ella ha conocido todas las consecuencias de todos los estados por experiencia propia, además de por sabiduría sobrenatural. Amaos y amadme en María. No erraréis nunca, porque Ella es el Árbol de la Vida, el Arca viva de Dios, la Forma de Dios, en quien la * Sabiduría se hizo una Sede y la Gracia se hizo Carne.

583.9 [9]Y ahora que he hablado en general, ahora que os he visto, deseo escuchar a mis discípulas y a las que son la esperanza de las futuras discípulas. Podéis marcharos. Yo me quedo aquí. Aquellas de vosotras que tengan que hablar conmigo que vengan. Porque no volveremos a tener un momento de íntima paz como éste».

Las mujeres hablan entre sí. Elisa sale con María y María Cleofás. María de Lázaro escucha a Plautina, que quiere convencerla de que haga algo; pero parece que María no quiere, porque hace claros gestos de negativa con la cabeza y luego se marcha dejando plantada a su interlocutora, y, pasando, toma consigo a su hermana y a Susana, y dice: «Nosotras tendremos tiempo de hablar con Él. Dejemos con Jesús a éstas, que tienen que marcharse».

«Ven, Sara. Nosotras venimos al final» dice Analía.

583.10 [10]Salen lentamente todas, menos María Salomé, que está indecisa en la puerta.

«Ven aquí, María. Cierra y ven aquí. ¿Qué temes?» le dice Jesús.

«Es que yo... yo estoy siempre contigo. ¿Has oído a María de Lázaro?».

«La he oído. Ven aquí. Tú eres madre de mis primeros apóstoles. *

---

* *la Forma de Dios* es una expresión que MV corrige, en una copia mecanografiada, como *forma de Dios y forma para Dios*, y que explica con la siguiente nota: *"Forma de Dios" porque el Creador, que la había predestinado a ser la Madre de Dios, de la misma manera que le había dado un alma preservada, por singular privilegio, de la Culpa original, también le había dado un cuerpo cabalmente perfecto, para que María fuera realmente hecha a imagen y semejanza espiritual de Dios y corporal del Hijo de Dios hecho Hombre, el más hermoso de entre los hijos de los hombres. "Forma para Dios" porque el Verbo se modeló en su seno tomando de su Madre (la única que le aportó un cuerpo y, por tanto, la única que le transmitió la semejanza con el generador —en este caso: con la generadora—) la forma humana. Ella fue, pues, "forma" para la segunda Persona, que se encarnaba para hacerse Hombre.*

* *primeros apóstoles* fueron Juan y Santiago de Zebedeo, como en 47.8 y 47.10.

¿Qué quieres decirme?».

La mujer se acerca con la lentitud de quien tiene que pedir una cosa *grande* y no sabe si puede hacerlo.

Jesús la anima con una sonrisa y con las palabras: «¿Qué? ¿Quieres pedirme un tercer sitio, para Zebedeo? No. Él es sabio. ¡Sin duda no te ha encargado decir eso! Habla...».

«¡Ah, Señor! Precisamente de ese puesto quería hablarte. Tú... hablas de una forma... como si estuvieras para dejarnos. Y yo quisiera que antes me dijeras que me has perdonado del todo. No tengo paz, pensando que te he causado desagrado».

«¿Todavía piensas en eso? ¿No te parece que te quiero como antes e incluso más que antes?».

«¡Eso sí, Señor! Pero pronuncia para mí la palabra del perdón, para que yo pueda referir a mi esposo cuán bueno has sido conmigo».

«¡No es necesario que refieras una culpa perdonada, mujer!».

«¡Sí la voy a referir! Porque, mira, Zebedeo, viendo cómo quieres a sus hijos podría caer en mi mismo pecado y... si Tú nos dejas, ¿quién nos va a absolver? Yo quisiera que todos nosotros entráramos en tu Reino. También mi marido. Y no creo que me sitúe fuera de la justicia queriendo esto. Yo soy una pobre mujer y no sé de libros. Pero cuando tu Madre nos lee o nos dice partes de la Escritura a nosotras, a menudo habla de las mujeres destacadas de Israel y de los puntos que hablan de nosotras. Y en los Proverbios, que me gustan * mucho, está escrito que en la mujer fuerte confía el corazón de su esposo. Yo creo que es justo que la mujer inspire esta confianza a su marido, incluso en lo relativo al comercio de las cosas celestes: si compro para él un puesto seguro en el Cielo, impidiéndole pecar, creo que estoy haciendo una cosa buena».

«Sí, Salomé. Verdaderamente ahora has abierto tu boca a la sabiduría y tienes en tu lengua ley de bondad. Ve en paz. Tienes más que mi perdón. Tus hijos, según el libro que tanto te gusta, te proclamarán dichosa, y tu marido te alabará en la Patria de los justos. Ve tranquila. Ve en paz. Sé feliz».

La bendice y se despide de ella. Salomé se marcha llena de alegría.

[11]Entra la anciana de la casa del Merón, Ana, trayendo de la ma- 583.11
no a dos niños, y, detrás, a una niñita tímida y paliducha que camina cabizbaja y que ya, en el acto de guiar a un niñito que casi no sabe caminar bien, se muestra como una pequeña mamá.

«¡Ah, Ana! ¿Entonces también tú quieres hablar conmigo? ¿Y tu marido?».

---

* *está escrito*, en *Proverbios 31, 10-11.26.28.*

«Enfermo, Señor. Enfermo. Muy enfermo. Quizás no le vea vivo cuando vuelva...» Ruedan lágrimas por entre las arrugas del rostro senil.

«¿Y tú estás aquí?».

«Estoy aquí. Él dijo: "Yo no puedo. Ve tú para la Pascua y cuida de que nuestros hijos..."». El llanto aumenta; impide las palabras.

«¿Por qué lloras así, mujer? Tu marido ha hablado con sensatez: "Cuida de que nuestros hijos, por su eterna paz, no estén contra el Cristo". Judas es un hombre justo. Más que de su vida y del consuelo que su vida tendría con tus cuidados, se preocupa del bien de sus hijos. Los velos, en las horas que preceden a la muerte de los justos, se alzan y los ojos del espíritu ven la Verdad. Pero tus hijos no te escuchan, mujer. ¿Y qué puedo hacer Yo, si ellos me rechazan?».

«¡No los odies, Señor!».

«¿Por qué debería hacerlo? Oraré por ellos. Y a éstos, que son inocentes, voy a imponerles las manos para mantener alejado de ellos al odio que mata. Acercaos. ¿Tú quién eres?».

«Judas, como el padre de mi padre» dice el niñito más grande; y el más pequeño, el que va de la mano de su hermana, da saltos y grita: «¡Yo, yo, Judas!».

«Sí. Han honrado a su padre en el nombre dado a sus hijos. Pero no en otras cosas...» dice la anciana.

«Las virtudes de él revivirán es éstos. Ven tú también, niña. Sé buena y sabia, como la que te ha traído».

«¡María es buena! Para no estar sola la llevaré conmigo a Galilea».

Jesús bendice a los niños. Y deja un rato la mano sobre la cabeza de la niñita buena. Luego dice: ¿Para ti no pides nada, Ana?».

«Encontrar vivo a mi Judas y tener la fuerza de mentir diciendo que sus hijos...».

«No. Mentir, no. Nunca. Ni siquiera para que muera en paz un moribundo. Dirás esto a Judas: "Ha dicho el Maestro que te bendice, y que contigo bendice a tu sangre". Es sangre suya también esta infancia inocente, y Yo la he bendecido».

«Pero si pregunta que si nuestros hijos...».

«Dirás: "El Maestro ha orado por ellos". Judas descansará en la certeza de que mi oración es poderosa, y se dirá la verdad sin desalentar al que muere. Porque oraré también por tus hijos. Ve tú también en paz, Ana. ¿Cuándo vas a dejar la ciudad?».

«El día después del sábado. Para no tener que detenerme por causa del sábado».

«Bien. Me alegro de que estés aquí después del sábado. Permanece muy unida a Elisa y Nique. Ve. Y sé fuerte y fiel».

Ya está casi en la puerta la mujer cuando Jesús la llama de nuevo: «Escucha. Tus nietos están mucho contigo, ¿no es verdad?».

«Mientras estoy en la ciudad, siempre».

«En estos días... déjalos en la casa, si sales para seguirme».

«¿Por qué, Señor? ¿Temes persecución?».

«Sí. Y conviene que la inocencia no vea ni oiga...».

«¿Pero... qué crees que va a suceder?».

«Adiós, Ana. Adiós».

«Señor... si te hicieran lo que se dice, está claro que mis hijos... y entonces la casa será peor que la calle...».

«No llores. Dios proveerá. La paz a ti».

La anciana se marcha llorando.

[12] Durante un rato no entra nadie; luego, juntas, entran Juana y Valeria. Están acongojadas, especialmente Juana; la otra está pálida y suspira, pero se la ve con más fortaleza. 583.12

«Maestro, Ana nos ha asustado. Le has dicho... ¡Ah, pero no es verdad! Cusa será indeciso, será... calculador, ¡pero no es un embustero! Y Cusa me asegura que Herodes no tiene ningunas ganas de causarte daño... Respecto a Poncio, no sé...» y mira a Valeria, que guarda silencio. Sigue diciendo: «Esperaba comprender algo por Plautina, pero no ha sido mucho lo que he comprendido...».

«Debes decir: nada; aparte del hecho de que Plautina no ha avanzado ni un paso del límite en que se encontraba. A mí tampoco me ha dicho nada. Pero, si no he comprendido mal, la indiferencia romana, que siempre es tan fuerte cuando un hecho no puede tener repercusiones en la Patria o en el propio *yo*, ha ofuscado mucho a las que en otros momentos parecían tan dispuestas a reaccionar. Más aún que el haberme acercado a la sinagoga, nos separa, como una quebraja separa dos masas de tierra que precedentemente estaban unidas, esta indiferencia, este ocio de su espíritu, de ese espíritu suyo tan... distinto ya del mío. Pero ellas son felices. A su manera son felices... Y la felicidad humana no ayuda a tener despierta la mente».

«Ni a despertar el espíritu, Valeria» dice Jesús.

«Así, Maestro. Yo... es otra cosa... ¿Has visto a esa mujer que estaba con nosotras? Es una de mi familia. Viuda y sola. Mis parientes me la envían para convencerme de que vuelva a Italia. ¡Oh, muchas promesas de dicha futura! Es una dicha que yo ya no aprecio, y que, por tanto, ya no me parece dicha y la pisoteo. No voy a ir a Italia. * Aquí te tengo a ti, y tengo a mi hija a la que Tú me salvaste y a quien me enseñaste a amar por su alma. No dejaré estos lugares... A

* *mi hija... salvaste*, en 155.4/5; *y a quien me enseñaste a amar*, en 167.9.

Marcela... la he traído conmigo para que te viera y comprendiera que no me quedo aquí por un deshonroso amor hacia un hebreo —para nosotros es deshonroso—, sino porque en ti he encontrado el consuelo en este dolor mío de esposa repudiada. Marcela no es mala. Ha sufrido. Ella comprende. Pero todavía es incapaz de comprender mi nueva religión. Y un poco me regaña, porque lo mío le parece una quimera... No importa. Si quiere, vendrá a donde yo estoy ahora; si no, me quedaré aquí con Tusnilda. Soy libre. Soy rica. Puedo hacer * lo que quiera. Y, no haciendo ningún mal, haré lo que quiero hacer».

583.13 [13]«¿Y cuando ya no esté el Maestro?».

«Estarán sus discípulos. Plautina, Lidia, la misma Claudia, que, después de mí, es la que más te sigue en la doctrina y la que más te honra, no han comprendido todavía que yo ya no soy la mujer que ellas conocían y que creen conocer todavía. Pero yo ahora ya estoy segura de conocerme. Tanto, que digo que si bien es cierto que perdiendo al Maestro perderé mucho, no perderé todo, porque quedará la fe. Y yo permaneceré donde mi fe nació. No quiero llevar a Fausta a un lugar donde nada hable de ti. Aquí... todo habla de ti, y, claro está, Tú no nos vas a dejar sin guía a quienes hemos querido seguirte. ¿Pero, por qué tengo que ser yo, la pagana, la que tenga estos pensamientos, mientras muchas de vosotras, tú misma, estáis como desconcertadas pensando en el día en que el Maestro no esté ya entre nosotros?».

«Porque se han acostumbrado a siglos de estatismo, Valeria. Su pensamiento es que el Altísimo está allí, en su Casa, sobre el altar invisible que sólo el Sumo Sacerdote ve en ocasiones solemnes. Esto las ha ayudado a venir a mí. Podían, por fin, acercarse también ellas al Señor. Pero ahora temen quedarse sin el Altísimo en su gloria y sin el Verbo del Padre entre ellas. Debemos ser comprensivos... Y levantar el espíritu, Juana. Yo estaré en vosotros. Recuerda esto. Me marcharé. Pero no os dejaré huérfanos. Os dejaré una casa mía: mi Iglesia. Mi palabra: la Buena Nueva. Mi amor habitará en vuestros corazones. Y, en fin, os dejaré un don mayor, que os nutrirá de mí mismo y hará —no sólo espiritualmente— que Yo esté entre vosotros

583.14 y en vosotros. Lo haré para daros consuelo y fuerza. [14]Pero ahora... Ana está muy afligida por los niños...».

«Nos ha hablado con angustia de ellos...».

«Sí. Le he dicho que los tenga lejos de la gente. Te digo lo mismo a ti, Juana, y a ti, Valeria».

«Mandaré a Fausta con Tusnilda a Béter antes del tiempo esta-

* *Tusnilda*, la liberta no nombrada de 531.16 y presentada en 534.1.

blecido. Debían ir allí después de la Fiesta».

«Yo no. No me separo de los niños. Los tendré en casa. Pero le diré a Ana que deje ir allá a los suyos. Los hijos de esa mujer son aviesos, pero se sentirán honrados con mi invitación y no se opondrán a su madre. Y yo...».

«Yo quisiera...».

«¿Qué, Maestro?».

«Que estuvierais todas muy unidas en estos días. Tendré conmigo a la hermana de mi Madre, a Salomé y a Susana y a las hermanas de Lázaro. Pero, respecto a vosotras, quisiera que estuvierais unidas, muy unidas».

«¿Pero no podremos ir a donde estés Tú?».

«Yo, en estos días, seré como un relámpago que resplandece rápido y desaparece. Subiré al Templo por la mañana y luego dejaré la ciudad. Aparte de en el Templo, por las mañanas, no podríais encontrarme».

«El año pasado estuviste en mi casa...».

«Este año no estaré en ninguna casa. Seré un relámpago que surca el cielo...».

«Pero la Pascua...».

«Deseo celebrarla con mis apóstoles, Juana. Si así lo quiere tu Maestro, claro está que es por una justa razón».

«Es verdad... [15]Así que estaré sola... Porque mis hermanos me 583.15
han dicho que quieren estar libres en estos días, y Cusa...».

«Maestro, yo me marcho. Llueve fuerte. Oigo a los niños recogidos bajo el pórtico. Voy con ellos» dice Valeria, y, prudentemente, se retira.

«También en tu corazón llueve fuerte, Juana».

«Es verdad, Maestro. Cusa está tan... extraño. Yo ya no le entiendo. Es una continua contradicción. Quizás es que tiene amigos que influyen en su pensamiento... o que ha recibido alguna amenaza... o que teme por su futuro».

«No es el único. Es más, puedo decir que son pocos, personas verdaderamente solitarias y desperdigadas, los que, como Yo, no le temen al futuro; y serán cada vez menos. Sé muy dulce y paciente con él. Es sólo un hombre...».

«Pero ha recibido tanto de Dios, de ti, que debería...».

«¡Que debería! Sí. ¿Pero quién no ha recibido de mí en Israel? He hecho el bien a amigos y a enemigos, he perdonado, curado, consolado, instruido... Ya ves —y cada vez lo verás más— cómo sólo Dios es inmutable, cómo son distintas las reacciones de los hombres, y cómo, no pocas veces, el que más ha recibido es el que más se inclina a

agredir a su benefactor. Realmente se podrá decir que el que ha comido conmigo mi pan ha alzado contra mí su pie». *

«Yo no lo haré, Maestro».

«Tú no. Pero muchos sí».

«¿Mi esposo está entre ellos? Si así fuera, no volvería esta noche a casa».

«No, no está entre ellos esta noche. Pero, aunque estuviera, tu sitio está allí. Porque si él peca tú no debes pecar, si vacila debes sujetarle, si te veja debes perdonar».

«¡Vejar, no! Me quiere. Pero quisiera verle más firme. Cusa tiene mucha influencia sobre Herodes. Quisiera que arrancase al Tetrarca una promesa en favor de ti, como Claudia intenta con Pilato. Pero lo único que Cusa ha sabido transmitirme han sido frases vagas de Herodes... y asegurarme que Herodes lo único que desea es verte cumplir algún prodigio, y entonces no te perseguirá... Así, espera acallar sus remordimientos por Juan. Cusa dice: "Mi rey dice siempre: 'Aunque me lo mandara el Cielo, no alzaría mi mano. ¡Tengo demasiado miedo!'"».

«Dice la verdad. No alzará su mano contra mí. Muchos en Israel no lo harán, porque muchos tienen miedo a condenarme materialmente. Pero pedirán que otros lo hagan. Como si a los ojos de Dios hubiera diferencia entre el que asesta el golpe, instado por el deseo del pueblo, y el que lo hace asestar».

«¡Pero el pueblo te ama! Un gran recibimiento se está preparando para ti. Y Pilato no quiere tumultos. Ha reforzado las guarniciones en estos días. Tengo mucha esperanza de que... No sé lo que espero, Señor. Espero y desespero. Mis pensamientos son inestables, como estos días en que el Sol y la lluvia se alternan...».

«Ora, Juana, y estáte en paz. Piensa siempre que nunca has causado dolor al Maestro, y que esto Él lo recuerda. Ve».

Juana, que ha palidecido y adelgazado en estos pocos días, sale pensativa.

583.16 [16]Se asoma el rostro donoso de Analía.

«Pasa. ¿Dónde está tu compañera?».

«Está allá, Señor. Quiere regresar. Están para salir. Marta ha comprendido mi deseo y me dice que me quede hasta la puesta del Sol de mañana. Sara vuelve a casa, a decir que me quedo. Ella quisiera tu bendición porque... Luego te lo diré».

«Que venga. La bendigo».

La joven sale para volver con su compañera, que se postra delan-

* *se podrá decir*, como en el *Salmo 41, 10.*

te del Señor.

«La paz esté contigo y la gracia del Señor te conduzca por los senderos a que te ha guiado esta que te ha precedido. Sé amorosa con la madre de ella, y bendice al Cielo, que te ha evitado vínculos y dolores para tenerte entera para sí. Un día, más que ahora, bendecirás el haber sido estéril por tu propia voluntad. Ve».

La joven se marcha emocionada.

«Le has dicho todo lo que ella esperaba. Estas palabras eran su sueño. Sara decía siempre: "Me gusta tu sino, aunque sea tan nuevo en Israel; y yo también lo quiero. No teniendo ya padre y siendo mi madre dulce como una paloma, no tengo miedo a no poder seguirlo. Pero para poder estar segura de poder cumplirlo, y de que sea santo para mí como lo es para ti, quisiera oírlo de sus labios". Ahora se lo has dicho. Y yo también siento paz, porque alguna vez temía haber exaltado un corazón...».

«¿Desde cuándo está contigo?».

«Desde... [17]Cuando llegó la orden del Sanedrín me dije: "La hora 583.17
* del Señor ha llegado y debo prepararme a morir". Porque te lo pedí, Señor... Hoy te lo recuerdo... Si Tú vas al Sacrificio, yo víctima contigo».

«¿Quieres todavía firmemente lo mismo?».

«Sí, Maestro. No podría vivir en un mundo donde Tú no estuvieras... y no podría sobrevivir a tu tortura. ¡Tengo mucho miedo por ti! Muchos de entre nosotros se crean falsas ilusiones... ¡Yo no! Siento que ha llegado la hora. Demasiado es el odio... Y espero que recibas mi ofrecimiento. Lo único que puedo darte es mi vida; porque soy pobre, Tú lo sabes. Mi vida y mi pureza. Por eso he convencido a mi madre de que llame a su hermana para que vaya con ella, para que no se quede sola... Sara será una hija para ella en mi lugar, y la madre de Sara será consuelo para mi madre. ¡No desencantes mi corazón, Señor! Para mí el mundo no tiene ningún atractivo. Me resulta como una cárcel donde muchas cosas me repugnan mucho. Quizás es porque el que ha estado a las puertas de la muerte ha comprendido que lo que para muchos representa la alegría no es sino un vacío que no sacia. Lo cierto es que sólo deseo el sacrificio... y precederte... para no ver el odio del mundo arrojado como arma de tortura contra mi Señor, y para parecerme a ti en el dolor...».

«Depositaremos entonces la azucena cortada sobre el altar en que se inmola el Cordero. Y se pondrá roja por la Sangre redentora. Y sólo los ángeles sabrán que el Amor fue el sacrificador de una cor-

* *te lo pedí*, en 156.5/6.

dera toda blanca, y anotarán el nombre de la primera víctima del Amor, de la primera continuadora del Cristo».

«¿Cuándo, Señor?».

«Ten preparada la lámpara y estáte en vestido de boda. El Esposo está a las puertas. Verás su triunfo y no su muerte, pero triunfarás con Él entrando en su Reino».

«¡Soy la mujer más feliz de Israel! ¡Soy una reina ceñida con tu corona! ¿Puedo, como tal, pedirte una gracia?».

«¿Cuál?».

«He amado a un hombre, Tú lo sabes. Luego dejé de amarle como prometido porque un amor mayor entró en mí; y él dejó de quererme porque... Bueno, no quiero recordar su pasado. Te pido que redimas a ese corazón. ¿Puedo? ¿No es pecar el querer recordar, estando a las puertas de la Vida, a aquel a quien amé, para darle la Vida eterna? ¿No?».

«No es pecar. Es llevar el amor al extremo santo del sacrificio por el bien del amado».

«Bendíceme, entonces, Maestro. Absuélveme de todos mis pecados. Prepárame a la boda y a tu venida. Porque eres Tú el que viene, mi Dios, a tomar a tu pobre sierva y hacerla esposa tuya».

La jovencita, radiante de alegría y de salud, se agacha para besar los pies del Maestro, mientras Él la bendice y ora por ella. Y verdaderamente la sala, blanca como si fuera toda ella de azucenas, es digno ambiente para este rito, y bien entona con sus dos protagonistas, jóvenes, hermosos, vestidos de blanco, resplandecientes de amor angélico y divino.

583.18 [18]Jesús deja allí a la jovencita, absorta en su dicha, y sale sosegadamente para ir a bendecir a los niños, los cuales con gritos de alegría corren raudos hacia el carro y suben a él contentos, junto con las mujeres que se marchan. Se quedan Elisa y Nique para acompañar al día siguiente a Analía a la ciudad. Ha escampado. Ahora el cielo, rotas las nubes, muestra su azul. El Sol hace descender sus rayos para encender de luz las gotas de la lluvia. Un iris hermosísimo proyecta su arco desde Betania hasta Jerusalén. El carro se marcha chirriando, sale por la cancilla, desaparece.

Lázaro, que está cerca de Jesús, en el extremo del pórtico, pregunta: «¿Te han dado alegría las discípulas?», y observa al Maestro.

«No, Lázaro. Me han dado todas, menos una, sus dolores; y también desilusiones, si es que pudiera forjarme vanas esperanzas».

«¿Las romanas —quieres decir— te han causado esas desilusiones? ¿Te han hablado de Pilato?».

«No».

«Entonces debo hacerlo yo. Esperaba que te hablaran ellas. Había esperado por esto. Entremos en esta habitación solitaria. Las mujeres se han marchado a sus labores con Marta. María está con tu Madre, en la otra casa. Tu Madre ha estado mucho con Judas, y ahora se lo ha llevado consigo... Siéntate, Maestro... [19]He estado en casa del Procónsul... Lo había prometido y lo he hecho. ¡Pero Simón de Jonás no estaría muy satisfecho de mi misión!... Menos mal que ya no piensa en ello Simón. El Procónsul me escuchó y me respondió estas palabras: "¿Yo? ¿Ocuparme yo de Él? ¡No tengo ni la sombra de la más lejana intención de hacerlo! Sólo digo que estoy bien decidido, no por el Hombre —Tú, Maestro—, sino por todos los problemas que me vienen de rechazo por causa suya, a no ocuparme más de Él, ni para bien ni para mal. Lo que hago es que me lavo las manos. Reforzaré la guardia porque no quiero desórdenes. Así quedaremos contentos César, mi mujer y yo, es decir, los únicos de los que tengo un sagrado cuidado. Y por las otras cosas no muevo un dedo. Esto son cacaos que se traen esos eternos descontentos. Ellos se los crean, ellos se los gozan. Yo al Hombre, como malhechor le ignoro, como virtuoso le ignoro, como sabio le ignoro. Y quiero ignorarle. Seguir ignorando. Por desgracia, aun queriendo, a duras penas lo consigo. Porque los jefes de Israel me hablan de Él con sus jeremiadas ñoñas; Claudia, con sus elogios; los seguidores del Galileo, con sus quejas contra el Sanedrín. Si no fuera por Claudia, haría que le apresaran y se lo entregaría, para que definieran este asunto y yo ya no volviera a oír hablar de ello. El Hombre es el súbdito más pacífico de todo el Imperio. Pero, a pesar de todo, me ha dado tantos problemas, que quisiera una solución...". Con este humor, Maestro...». 583.19

«Quieres decir que no hay motivos para sentirse seguro. Con los hombres uno no está nunca seguro...».

«De todas formas, lo que saco en conclusión es que el Sanedrín está más calmado. No han recordado el decreto de proscripción, no han molestado a los discípulos. Dentro de poco volverán los que han ido a la ciudad. Veremos lo que dicen... Opuestos a ti, *siempre*. ¿Pero actuar?... Las muchedumbres te estiman demasiado como para poder desafiarlas imprudentemente».

[20]«¿Vamos hacia el camino, al encuentro de los que vuelven?» propone Jesús. 583.20

«Vamos».

Salen al jardín, y están ya a mitad de distancia de la cancilla cuando Lázaro pregunta: «¿Pero cuándo has comido? ¿Y dónde?».

«En la hora primera».

«¡Pero si ya casi se está poniendo el Sol! Pues volvemos».

«No. No siento necesidad. Prefiero seguir. Allí veo a un pobre niño agarrado a la cancilla. Quizás tenga hambre. Está harapiento y demacrado. Hace un rato que le observo. Estaba ya allí cuando salió el carro, y huyó, quizás para que no le vieran y pudieran echarle. Luego ha vuelto y mira con insistencia hacia la casa y hacia nosotros».

«Si tiene hambre, convendrá que vaya por alimentos. Sigue, Maestro; yo te doy alcance en seguida», y Lázaro corre hacia la casa mientras Jesús acelera el paso en dirección a la cancilla.

583.21 [21]El niño —un rostro irregular y que lleva en sí las huellas del sufrimiento, un rostro donde sólo los ojos brillan hermosos y vivos— le mira.

Jesús le sonríe y, dulcemente, mientras acciona el mecanismo del cierre, le dice: «¿A quién buscas, niño?».

«¿Eres Tú el Señor Jesús?».

«Lo soy».

«A ti te busco».

«¿Quién te envía?».

«Nadie. Pero quiero hablar contigo. Muchos vienen a hablar contigo. Yo también. A muchos les concedes lo que te piden. También a mí».

Jesús ha accionado el mecanismo de apertura y ruega al niño que suelte las barras que tiene sujetas con las manos descarnadas, para poder abrir. El niño se aparta y, al hacerlo, al moverse la tuniquita descolorida sobre el cuerpo torcido, se ve que es un pobre niño raquítico, con la cabeza encajada entre los hombros por un comienzo de corcova, patituerto, de paso inseguro: verdaderamente un pequeño desdichado. Quizás tiene más años de los que se pueden pensar por su estatura, que corresponde a la de un niño de unos seis años, pues su carita ya es de hombre (una cara un poco ajada y de mentón pronunciado, una cara casi de viejecito).

Jesús se agacha para acariciarle y le dice: «Dime, entonces, qué quieres. Soy amigo tuyo. Soy amigo de todos los niños». ¡Con qué amorosa dulzura Jesús toma entre sus manos esa carita macilenta y besa al niño en la frente!

«Lo sé. Por esto he venido. ¿Ves cómo estoy? Quisiera morir para dejar de sufrir, y para no ser ya de nadie... Tú que curas a tantos y haces resucitar a los muertos, hazme morir, haz morir a este a quien nadie quiere y que no podrá nunca trabajar».

583.22 [22]«¿No tienes padres? ¿Eres huérfano?».

«Padre tengo. Pero no me quiere porque estoy así. Expulsó a mi madre, le dio el libelo de divorcio, y a mi me expulsó también con ella; y mi madre ha muerto... por culpa mía, que estoy así, tullido».

«¿Con quién vives?».

«Cuando murió mi madre, los criados me llevaron otra vez con mi padre. Pero él, que se ha casado de nuevo y que tiene hijos guapos, me echó. Me dio a unos labriegos suyos. Pero ellos hacen lo mismo que el patrón, para ganar su favor... y me hacen sufrir».

«¿Te pegan?».

«No. Pero tienen más cuidado de los animales que de mí, y se burlan de mí, y como a menudo estoy enfermo, pues me tienen como una carga. Yo cada vez estoy más tullido y sus hijos se mofan de mí y me hacen caer. Ninguno me quiere. Y este invierno, cuando tuve mucha tos y se necesitaban medicinas, mi padre no quiso gastar dinero y dijo que la única cosa buena que podía hacer era morirme. Desde entonces te he esperado para decirte: "Hazme morir"».

Jesús le toma en brazos, sordo a las palabras del niño, que le dice: «Tengo los pies llenos de barro, y también la túnica, porque me he sentado por el camino. Te voy a manchar la túnica».

«¿Vienes de lejos?».

«De cerca de la ciudad, porque los que me tienen están allí. He visto pasar a tus apóstoles. Sé que son ellos porque los labradores han dicho: "Ahí están los discípulos del Rabí galileo. Pero Él no está". Y he venido».

«Estás mojado, niño. ¡Pobre niño! Te vas a enfermar de nuevo».

«Si no me escuchas... ¡Si al menos me hiciera morir la enfermedad! ¿A dónde me llevas?».

«A casa. No puedes estar así».

[23]Jesús entra en el jardín llevando en brazos al niño deforme y 583.23
grita a Lázaro, que está yendo hacia Él: «Cierra tú la cancilla, que Yo tengo en brazos a este niño todo mojado».

«¿Pero quién es, Maestro?».

«No lo sé. No sé ni su nombre».

«Ni yo lo digo, porque no quiero que me conozcan; lo que quiero es lo que te he dicho. Mi madre me decía: "Hijo mío, mi pobre hijo, yo me muero, pero quisiera que murieras conmigo, porque allá no tendrías ya esta deformidad que hace sufrir a tus huesos y a tu corazón. Allí los que nacen desdichados no llevan un nombre de burla. Porque Dios es bueno con los inocentes y los infelices". ¿Me mandas donde Dios?».

«El niño quiere morir. Es una historia triste...».

Lázaro, que está mirando fijamente al muchachito, de repente di-
* ce: «¿Pero no eres el hijo del hijo de Nahúm? ¿No eres el que se sienta al sol junto al sicómoro que está en la linde de los olivos de Nahúm, y que el padre ha confiado a Josías, su labrador?».

* *Nahúm*, encontrado ya en 123.6 y en 537.4, mandatario del sumo sacerdote Anás y enemigo de Jesús.

«Soy yo. Pero ¿por qué lo has dicho?».

«¡Pobre niño! No para burlarme de ti. Créeme, Maestro, que es menos triste la suerte de un perro en Israel que la de este niño. Si no volviera a la casa de donde ha venido, nadie le buscaría, ni criados ni patrones. Son hienas de corazón feroz. José sabe bien esta historia... Dio mucho que hablar. Aunque yo en esa época estaba muy afligido por María... Pero, cuando murió la infeliz esposa y él fue a casa de Josías, yo, al pasar, le veía... Olvidado al sol o al viento en la era, porque empezó a andar muy tarde... y siempre poco. No sé cómo hoy ha podido venir hasta aquí. ¡Quién sabe el tiempo que habrá estado de camino!».

«Desde que Pedro pasó por aquel lugar».

«¿Y ahora? ¿Qué hacemos con él?».

«Yo a casa no vuelvo. Quiero morir. Marcharme de aquí. ¡Señor, te pido esta gracia y piedad de mí!».

583.24 [24]Ya han entrado en la casa. Lázaro llama a un criado para que lleve una manta y mande a Noemí para atender al niño, que, con sus vestidos mojados, está lívido de frío.

«Es el hijo de uno de tus más sañudos enemigos. Uno de los más malos de Israel. ¿Cuántos años tienes, niño?».

«Diez».

«¡Diez! ¡Diez años de dolor!».

«¡Y ya bastan!» dice fuerte Jesús dejando en el suelo al niño.

¡Está muy contrahecho! El hombro derecho más alto que el izquierdo, el pecho excesivamente saliente, el cuello muy delgado y hundido entre las altas clavículas, las piernas desviadas...

Jesús le mira con piedad mientras Noemí le quita sus vestidos y le seca antes de envolverle en una manta caliente. Lázaro también le mira con piedad.

«Voy a echarle en mi cama, Señor. Pero primero le doy leche caliente» dice Noemí.

«¿No me haces morir! ¡Ten piedad! ¿Por qué dejarme vivir para estar así y sufrir tanto?», y termina: «He esperado en ti, Señor». En su voz hay un reproche, una desilusión.

«Estáte tranquilo. Obedece y el Cielo te consolará» dice Jesús, y se agacha para acariciarle otra vez pasando su mano por ese pobre cuerpo contrahecho.

«Llévale a la cama y vélale. Luego... se tomarán providencias».

Se llevan al niño, que va llorando.

«¡Y son los que se creen santos!» exclama Lázaro pensando en Nahúm...

583.25 [25]La voz de Pedro que llama a su Maestro...

«¡Oh! ¡Maestro! ¿Estás aquí? Todo bien. No nos han molestado

nada. Es más, demasiada calma. En el Templo nadie nos ha molestado. Juan ha recibido buenas noticias. A los discípulos los han dejado en paz. La gente que te espera está en actitud festiva. Estoy contento. ¿Y Tú qué has hecho, Maestro?».

Se alejan juntos hablando mientras Lázaro va donde Maximino, que le llama.

584. El sábado anterior a la entrada en Jerusalén. Parábola de las dos lámparas y parábola viva del pequeño deforme sanado. El futuro de la Humanidad.

26 de marzo de 1947.

[1]El tiempo, de nuevo sereno después de las lluvias de los días pa- 584.1
sados, muestra un cielo tersísimo y un sol fúlgido. La tierra, lavada por las lluvias, está tan limpia como el aire, tan fresca y limpia, que parece creada pocas horas antes. Todo resplandece y canta en esta mañana serena.

Jesús pasea lentamente por los senderos más lejanos del jardín. Sólo algún criado jardinero observa este solitario paseo de las primeras horas de la mañana. Nadie interrumpe al Maestro; al contrario, se retiran silenciosamente, para respetar su paz. Además, es sábado, día de descanso, y los jardineros no están trabajando, aunque, por una costumbre que es tan larga como su vida, están afuera observando las plantas o las colmenas o las flores —para estas cosas no hay sábado—, que ponen fragancias, susurros o zumbidos, bajo el sol o la brisa abrileña.

Luego el jardín se va animando lentamente. Primero los domésticos y criadas, luego los apóstoles y las discípulas, por último Lázaro. Jesús se acerca a ellos y los saluda.

«¿Desde cuándo estás aquí, Maestro?» pregunta Lázaro sacudiendo de los mechones de los cabellos de Jesús algunas gotas de rocío.

«Desde la aurora. Me han llamado a alabar a Dios tus pájaros, y he venido aquí afuera. Contemplar a Dios en las bellezas de la Creación significa darle honor y orar con espíritu conmovido. Es hermosa la Tierra. Y en estas primeras horas del día, de un día como éste, se nos muestra con la frescura que tenía en los primeros días de su existencia».

«Verdaderamente tiempo de Pascua. Y se ha estabilizado. Se mantendrá porque se ha estabilizado en el primer período lunar con viento propicio» sentencia Pedro.

«Me alegro mucho. La Pascua con agua es triste».

«Y peor todavía es para la mies. El trigo requiere sol, ahora que se va acercando a la siega» dice Bartolomé.

584.2 «Estoy contento de estar aquí en paz. [2]Hoy es sábado y no vendrá nadie. Ningún extraño entre nosotros» dice Andrés.

«Te equivocas. Hay un huésped, un pequeño huésped. Está durmiendo todavía, Maestro. La cama blanda y el estómago saciado le dan largo sueño. He pasado a verle. Noemí le está velando» dice Lázaro.

«¿Pero quién es? ¿Cuándo ha venido? ¿Quién le ha traído? Porque hablas como si se tratara de un niño» preguntan hombres y mujeres.

«Es un niño. Un pobre niño. Le ha traído aquí su dolor. Estaba allí, contra las barras de la cancilla, mirando hacia la casa. Y el Maestro le ha acogido».

«No sabíamos nada... ¿Por qué?».

«Porque la criatura tenía necesidad de paz» responde Jesús, y su rostro se sume en un pensamiento profundo mientras termina diciendo: «Y en casa de Lázaro se sabe guardar silencio».

Un criado viene a decir algo a Marta y se retira, para volver luego con otros, trayendo ánforas de leche y tazas, y pan con mantequilla y miel. Se sirven todos y se sientan acá o allá en los asientos diseminados.

584.3 [3]Pero luego desean reunirse de nuevo en torno al Maestro y piden una parábola, «una bonita parábola» dicen «serena como este día de Nisán».

«No una. Os voy a proponer dos. Escuchad.

Un día, en una fiesta del Señor, un hombre quiso encender dos lámparas para honrarle. Así pues, tomó dos recipientes de la misma anchura y metió en ellos la misma cantidad y el mismo tipo de aceite, metió una mecha igual y las encendió a la misma hora, para que oraran por él mientras trabajaba como estaba permitido.

Volvió pasado un cierto tiempo y vio que una lámpara ardía fuerte mientras que la otra tenía una llamita muy quieta y que apenas emitía un punto de luz en el rincón donde ardían las lámparas. El hombre pensó que estaría mal hecha la mecha. La observó. No, iba bien. Pero no quería arder tan alegremente como la otra lamparita, que tan alegremente ardía que parecía una lengua la llama que lanzaba, y era como si verdaderamente musitase palabras (en efecto, al agitarse ardiendo con tanta vehemencia, hasta emitía un leve susurro). "¡Esta lamparita verdaderamente canta las alabanzas del Señor altísimo!" dijo para sí. "¡Sin embargo, esta otra! ¡Mírala, alma mía! ¡Lo hace con tan poco ardor, que parece que le pesara el tener que honrar al Señor!", y volvió a sus trabajos.

Pasado un rato, regresó. Una llama se había alzado todavía más,

y la otra se había bajado aún más y, cuanto más vibraba la otra resplandeciendo, ésta ardía cada vez más quieta y calmosa. Volvió otra vez, y lo mismo. Por tercera vez volvió, y lo mismo. Pero, al volver la cuarta vez, vio la habitación llena de humo maloliente y obscuro, y vio que una única llamita lucía a través de los velos del humo denso. Fue a la repisa donde estaban las lamparillas y vio que la que tanto ardía antes estaba ennegrecida y se había consumido totalmente. Vio que incluso había manchado con su lengua la pared blanca. La otra, por el contrario, seguía honrando al Señor con su constante luz.

Estaba para poner remedio a lo que había sucedido, cuando una voz le resonó cercana: "No cambies las cosas de como están, sino medita en ellas, que son un símbolo. Yo soy el Señor".

El hombre se arrojó rostro en tierra al suelo, adorando, y, con gran temor, se atrevió a decir: "Soy un ignorante. Explícame, oh Sabiduría, el símbolo de las lamparillas, de las cuales, la que parecía más activamente honrarte ha causado un daño y la otra mantiene su luz".

"Lo haré. En los corazones de los hombres sucede como con estas dos lamparitas. Hay corazones que al principio arden y resplandecen y resultan admirables para los hombres, pues muy perfecta y constante parece su llama. Y hay corazones que resplandecen tenuemente, con un resplandor que no llama la atención y que puede parecer * tibieza en lo relativo a honrar al Señor. Pero, pasada la primera efusión de llama, o la segunda o la tercera, entre la tercera y la cuarta causan daño, y luego se apagan, con quebranto, porque la luz de esos corazones no era segura. Quisieron brillar más por los hombres que por el Señor, y la soberbia los consumió en breve tiempo, en medio de un humo negro y denso que entenebreció incluso el aire. Los otros tuvieron una voluntad única y constante: honrar sólo a Dios; y, sin preocuparse de si el hombre los alababa, se fueron consumiendo a sí mismos con una larga y clara llama, exenta de humo y de hedor. Que sepas imitar a esa lamparita constante, porque sólo ésa es grata al Señor".

El hombre alzó la cabeza... El aire había quedado limpio de humo y la estrella de la lamparita fiel resplandecía, ella sola, pura, firme, en honor de Dios, haciendo brillar el metal de la lamparilla como si fuera de oro puro. Y la miraba resplandecer, siempre igual, durante horas y horas, hasta que dulcemente, sin humo ni mal olor, sin ensuciar el recipiente que la contenía, la llama expiró en un repentino resplandor pareciendo subir al cielo para fijarse entre las estrellas, habiendo honrado dignamente al Señor hasta la última gota y la úl-

* *pasada la primera efusión de llama* se dice de los primeros, o sea, de aquellos que *resultan admirables para los hombres* y *causan daño.*

tima hebra de su vida.

En verdad, en verdad os digo que son muchos los que arden con intensa llama al principio y llaman la atención del mundo, el cual sólo ve la superficie de las acciones humanas; pero después mueren carbonizándose y ahumando con su acre humo. Y en verdad os digo que Dios no observa su llama porque ve que es un arder orgulloso que tiene un fin humano. ¡Bienaventurados los que saben imitar a la segunda lamparita y no carbonizarse sino subir al Cielo con el último latido de su constante amor».

584.4 [4]«¡Es una curiosa parábola! ¡Pero verdadera! ¡Bonita! ¡Me gusta! Yo querría saber si nosotros somos esas lamparitas que suben al Cielo». Los apóstoles intercambian sus expresiones.

Judas encuentra la forma de morder. Y su mordisco va a María de Magdala y a Juan de Zebedeo: «¡Cuidado, María, y tú, Juan! Vosotros sois entre nosotros las lamparitas que emitís intensa llama... ¡No os vaya a suceder un mal!».

María de Magdala está a punto de responder, pero se muerde los labios para no decir las palabras que le habían subido del corazón. Mira a Judas. Se limita a mirarle. Pero es tan ardiente esa mirada, que Judas deja de reírse y de mirarla.

Juan, manso de corazón aunque ardiente de caridad, responde dulcemente: «Por mí solo, eso podría suceder; pero confío en la ayuda del Señor, y espero poder consumirme hasta la última gota y la última hebra para honrar al Señor Dios nuestro».

584.5 [5]«¿Y la otra parábola? Has prometido dos» recuerda Santiago de Alfeo.

«Ésta es mi segunda parábola. Está llegando...», y señala hacia la puerta de la casa, tapada por una cortina que con el viento se mueve levemente y que la mano de un criado descorre para dejar paso a la anciana Noemí, la cual se arroja a los pies de Jesús diciendo: «¡El niño está sano! ¡Ya no está deforme! Le has curado durante la noche. Se había despertado y yo estaba preparando el baño para lavarle antes de ponerle la blusa y la túnica que había cosido durante la noche tomando una túnica que Lázaro ya no usaba. Pero cuando le he dicho: "Ven, niño" y he alzado las mantas, he visto que su pequeño cuerpo, tan contrahecho ayer, ya no era así. Y he gritado. Inmediatamente han ido Sara y Marcela, que ni tenían noticia de que el niño estuviera en mi cama durmiendo, y las he dejado allí para venir inmediatamente a decírtelo...».

La curiosidad envuelve a todos. Preguntas, ansias de ver.

Jesús aplaca el rumor con un gesto. Ordena a Noemí: «Vuelve donde el niño. Lávale, vístele y tráele aquí».

Y dirige su palabra a los discípulos:

«Ésta es la segunda parábola, que puede enunciarse así: "La verdadera justicia ni se toma venganza ni hace distinciones". Un hombre, es más: el Hombre, el Hijo del hombre, tiene enemigos y amigos; pocos amigos, muchos enemigos. Y de sus enemigos no ignora ni el odio ni los pensamientos; y conoce la voluntad de sus enemigos, una voluntad que no cederá ante ninguna acción, por horrenda que sea. En esto sus enemigos son más fuertes que sus amigos, para los cuales el abatimiento o la desilusión son como arietes que derruyen su fortaleza. Este Hijo del hombre, que tiene tantos enemigos, y al cual se le echan en cara tantas cosas no verdaderas, encontró ayer a un pobre niño, el más desolado de los niños, hijo de uno que es enemigo suyo. Éste niño estaba contrahecho y tullido y pedía una gracia extraña, la de morir. Todos piden al Hijo del hombre honores y alegrías, piden salud, piden vida. Este pobre niño pedía morir para no sufrir más. Ha conocido ya todo el dolor de la carne y del corazón, porque el que le engendró, que además me odia sin razón, odia también al inocente infeliz al que engendró. Y Yo le he curado para que deje de sufrir, para que además de la salud física pueda alcanzar la salud espiritual. También su pequeña alma está enferma. El odio del padre y las burlas de los hombres se la han llagado y yermado en orden al amor. Sólo le ha quedado la fe en el Cielo y en el Hijo del hombre, al cual —mejor: a los cuales— pide la muerte. Aquí está. Ahora le oiréis hablar».

[6]El niño, arreglado, vestido de limpio con la tuniquita de lana 584.6
blanca que Noemí, veloz, le ha cosido durante la noche, se acerca de la mano de la anciana nodriza. Es pequeño, a pesar de que, no estando ya encorvado y contrahecho, parezca más alto que el día anterior. Su carita es la de una criatura precozmente adulta por el dolor: irregular y un poco ajada. Pero ya no está deforme. Sus piececitos descalzos pisan seguros en el suelo, con un paso que ya no cojea como el de los rencos. Sus espaldas están flacas, pero bien rectas. El cuello, delgado, sobresale de ellas y parece más largo que ayer, cuando se le hundía entre las clavículas asimétricas.

«¡Pero... pero si es el hijo de Anás de Nahúm! ¡Qué forma de desperdiciar un milagro! ¿Piensas que así se van a volver amigos tuyos su padre y Nahúm? ¡Más odio vas a crear en ellos! Porque sólo deseaban la muerte de este niño, fruto de un matrimonio infausto» exclama Judas de Keriot.

«No obro milagros para conseguir amigos, sino por compasión hacia las criaturas y para dar honor al Padre mío. No hago distinciones ni cálculos, *nunca*, cuando me inclino compasivo hacia una miseria humana. No me vengo de quien me persigue...».

«Nahúm considerará venganza este acto tuyo».

«Ni siquiera tenía noticia de este niño, cuyo nombre todavía ignoro».

«Por desprecio le llaman Matusala, o Matusalén».

«Mi madre me llamaba Salem. Mi madre me quería. No era mala como eres tú y como son los que me odian» dice el niño con una luz en los ojos, esa luz de ira impotente que tienen los hombres y los animales que han sido largamente vejados.

584.7 [7]«Ven aquí, Salem. Aquí, conmigo. ¿Estás contento de estar sano?».

«Sí... pero hubiera preferido morir, porque seguirán sin quererme. Si hubiera vivido mi madre, habría sido bonito. ¡Pero así!... Seré siempre infeliz».

«Tiene razón. Ayer encontramos a este niño. Nos preguntó si estabas en Betania, en casa de Lázaro. Queríamos darle una limosna porque pensamos que sería un mendigo. Pero no la aceptó. Estaba en la linde de una parcela de tierra...» dice el Zelote.

«¿Tú tampoco le conocías? Es extraño» dice Judas de Keriot.

«Más extraño es que tú sepas tan bien estas cosas. ¿Olvidas que me contaba entre el número de los perseguidos y luego de los leprosos hasta que vine con el Maestro?».

«¿Y tú olvidas que soy amigo de Nahúm, que es el apoderado de Anás? Nunca os lo he ocultado».

«¡Bien! ¡Bien! Esto no tiene importancia. Lo importante es saber qué hacemos ahora con este niño. Su padre no le estima, es verdad, pero sigue teniendo derechos sobre él. No podemos arrebatarle el hijo, así, sin decírselo. Tenemos que ser cautos y no irritarlos, porque ahora parecen mejores con nosotros» dice Natanael.

Judas se ríe alto, sarcásticamente, y no da ninguna explicación de por qué se ríe.

584.8 [8]Jesús, que ha puesto sobre sus rodillas al niño, dice lentamente: «Haré frente a Nahúm... No seré más odiado por esto. No puede aumentar su odio. No puede. Es ya completo».

Analía, que no ha hablado en todo este tiempo, absorta por completo en un pensamiento suyo que le infunde beatitud, abre sus labios para decir: «Si me hubiera quedado, me habría gustado tomarle conmigo. Soy joven, pero tengo corazón de madre...».

«¿Te marchas? ¿Cuándo?» preguntan las mujeres.

«Pronto».

«¿Para siempre? ¿Y a dónde vas? ¿Fuera de Judea?».

«Sí. Lejos. Muy lejos. Para siempre. Y me siento *muy* feliz».

«Lo que tú no puedes hacer otras podrán, si su padre le cede».

«Si estáis tan interesados, se lo digo a Nahúm. Es él el que cuen-

ta. Más que el padre verdadero. Mañana se lo diré» promete Judas de Keriot.

«Si no fuera sábado... iría a casa de ese Josías al que se le habían entregado» dice Andrés.

«¿Para ver si están apenados por haberle perdido?» pregunta Mateo.

«Creo que si una de sus abejas se perdiera estarían más afligidos...» dice entre dientes y con enfado Maximino, que hace un rato que se ha acercado.

[9]El niño no habla. Está bien junto a Jesús, y estudia las caras que 584.9
tiene a su alrededor, con esa mirada aguda que frecuentemente tienen los niños enfermizos y que han vivido en el dolor. Parece escudriñar más los corazones que las caras, y cuando Pedro pregunta: «¿Qué te parecemos nosotros?» el niño, poniéndole una mano en su mano, le responde diciendo: «Tú eres bueno». Luego aclara: «Todos buenos. Pero... hubiera preferido no ser reconocido. Tengo miedo...», y mira a Judas de Keriot.

«De mí, ¿no es verdad? ¿Miedo a que hable con tu padre? Está claro que tendré que hacerlo, si tengo que consultarle si te confía a nosotros. De todas formas... no te llevará».

«Ya lo sé. Es otra cosa... Lo que quisiera es estar muy lejos... como esa mujer... Ir a la tierra de mi madre. Hay un mar azul rodeado de montes muy verdes. Se le ve abajo. Y muchas velas blancas lo surcan. Y tiene bonitas ciudades alrededor. Luego, en los montes, hay muchas grutas donde las abejas silvestres hacen una miel dulcísima. Desde que se murió mi madre y me dieron a Josías no he vuelto a comer miel. Felipe, José, Elisa y los otros niños sí que comían miel, pero yo no. Tenía tantas ganas de miel, que, si hubieran puesto el recipiente de la miel en un lugar bajo, habría hurtado. Pero lo tenían en los estantes altos, y yo no podía subir a las mesas como hacía Felipe. ¡Tengo muchas ganas de comer miel yo!».

«¡Pobre hijo! ¡Voy a traerte toda la que quieras!» dice Marta conmovida, y se marcha rápida.

[10]«¿Pero de dónde es su madre?» pregunta Pedro. 584.10

«Tenía casas y propiedades en Sefet. Era hija única, huérfana y única heredera. Ya de una cierta edad, fea y levemente contrahecha. Pero muy rica. Siendo el paraninfo el viejo Sadoq, el hijo del favorito de Anás consiguió casarse con ella... Un contrato que fue un verdadero comercio indigno, puro cálculo y cero amor. Vendió los bienes de la mujer diciendo que estaban demasiado lejos de aquí, excepto una pequeña casa que antes era del administrador, que la había recibido como regalo del viejo patrón para toda su vida y la de sus herederos

hasta la cuarta generación. Lo vendió todo y lo consumió todo en especulaciones desafortunadas. De todas formas... esto no lo creo, porque sé que tiene bonitas tierras hacia la parte de la ribera... que antes no tenía... Luego, después de algunos años de matrimonio, estando ya la mujer al borde de su ocaso, nació este hijo... y fue pretexto para repudiar a la mujer y tomar otra, de la llanura de Sarón, joven, guapa y rica... La divorciada se refugió en la casa del viejo administrador y allí murió. No sé por qué no se quedaron con este niño. El padre pensaba que moriría» explica el Iscariote.

«Porque Juan había muerto, y también María, y los hijos se habían marchado a servir a otros lugares. ¿Quién se iba a hacer cargo de mí, no siendo hijo y no pudiendo trabajar? De todas formas, Micael e Isaac eran buenos, y también Ester y Judit. Y son buenos. Cuando vienen para las fiestas me traen cosas, pero Josías me las quita para sus hijos».

«Pero no quieren tenerte» rebate Judas.

«Ahora que estoy derecho y fuerte, me querrán tener. ¡Ellos son siervos! Ya he dicho que no podían decir al patrón: "Hazte cargo de este tullido enfermo". Pero ahora pueden».

584.11 [11]Bartolomé le hace reflexionar: «Lo que pasa es que si has huido de casa de Josías no te podrán encontrar».

La cabal observación toca al niño, que reflexiona (y es que la enfermedad le ha dado una mente precozmente reflexiva, como también un rostro precozmente adulto). Desanimado, dice: «Es verdad. En eso no había pensado».

«Vuelve allí. En estos días irán...».

«¿Allí! No. No vuelvo allí. No quiero volver allí. ¡Antes me mato!». Una furia salvaje le altera profundamente. Pero rompe a llorar y se vuelca sobre las rodillas de Jesús, y dice: «¿Por qué no me has quitado la vida?».

Marta, que está volviendo con un tarro de miel, se queda estupefacta ante esta desolación. Bartolomé, por su parte, afligido por haberla provocado, se disculpa: «Creía que estaba dando un buen consejo. Un consejo bueno para todos. Para el niño, para ti, Maestro, para Lázaro... Ninguno de vosotros ni de nosotros tiene necesidad de nuevo odio...».

«¡Es verdad! ¡Un problema bien serio!» exclama Pedro, y, meditando en el caso, saca sus conclusiones, que concluye con su típico silbido, exponente para él de su estado de ánimo ante problemas difíciles, graves de resolver.

Unos proponen una cosa, otros otra. Ir donde Nahúm. Ir donde Josías y decirle que mande a estos Micael e Isaac a casa de Lázaro, o

a otra parte donde esté el niño (porque es prudente no hacer odiar más a Lázaro de lo que ya le odian por su amistad con Jesús). No decir nada a nadie y hacer desaparecer al niño dándole a algún discípulo seguro.

Judas de Keriot no habla. Es más, parece ajeno al intercambio de pareceres; juguetea con los caireles de su túnica, peinándolos y despeinándolos con los dedos.

Tampoco Jesús habla. Acaricia y calma al niño. Le alza la cara y pone entre sus manos el tarrito de miel.

[12]Salem es un niño, un pobre niño de diez años que ha sufrido 584.12
siempre. Pero, aunque el dolor le haya madurado, sigue siendo un niño; de forma que ante tanto tesoro de miel cambia sus últimas lágrimas por un estupor extático. Pregunta, alzando esos ojos suyos —única belleza suya— tan castaños, tan grandes e inteligentes; pregunta: «¿Cuánta puedo coger? ¿Un cacillo de éstos, o dos?», y señala a la redonda cuchara de plata que lentamente se hunde en la dorada miel.

«Toda la que quieras, niño. Toda la que desees. El resto te lo tomarás mañana, y después. ¡Es toda tuya!» dice Marta acariciándole.

«¡¡¡Toda mía!!! ¡¡Nunca he tenido tanta miel!! ¡Toda mía!», y aprieta con reverencia el tarrito contra su pecho como si fuera un tesoro.

Pero luego siente que más precioso que el tarro es el amor que se lo ofrece, y deja el tarrito en las rodillas de Jesús para alzar los brazos queriendo ceñir el cuello de Marta, que está inclinada hacia él, y besarla. Es todo lo que puede su agradecimiento, todo lo que él, un desamparado que no tiene nada que ofrecer, puede dar.

[13]Los otros dejan de proponer planes, para observar la escena. Pe- 584.13
dro dice: «¡Éste es todavía más infeliz que Margziam, que tenía al menos el amor de su abuelo y de los otros campesinos! ¡Verdaderamente hay que decir que hay siempre dolores mayores que los que hemos juzgado grandísimos!».

«Sí. No ha sido tocado aún el fondo del abismo del dolor humano. ¡Quién sabe cuántos secretos oculta todavía... y ocultará en los siglos futuros!» dice Bartolomé pensativo.

«¿Entonces no tienes fe en la Buena Nueva? ¿No crees que la Buena Nueva cambiará el mundo? Lo dicen los profetas, y el Maestro lo repite. Eres un incrédulo, Bartolmái» dice Judas Iscariote con leve ironía.

El Zelote le responde: «No veo dónde está la incredulidad de Bartolomé. La doctrina del Maestro dará consuelo a todas las desventuras, modificará incluso la crueldad de los usos y costumbres, pero... no eliminará el dolor; lo hará soportable con sus divinas promesas de alegría futura. Para que fuera abolido el dolor —o, al menos, mucha

parte de dolor, porque, en todo caso, seguiría habiendo enfermedades y muertes y cataclismos naturales—, haría falta que todos tuvieran el corazón que tiene el Cristo, pero...».

Le interrumpe Judas Iscariote: «Efectivamente, eso debe suceder. Si no, ¿para qué habría servido el que el Mesías hubiera venido a la Tierra?».

«Digamos que así debería ser. Pero, dime, Judas, ¿esto se ha verificado entre nosotros? Somos doce y vivimos con Él desde hace tres años, y absorbemos su doctrina como el aire que respiramos. ¿Y bien? ¿Somos ya santos los doce? ¿Qué hacemos nosotros que no lo hagan Lázaro, Esteban, Nicolái, Isaac, Manahén, José, Nicodemo, o las mujeres o los niños? Hablo de los justos de esta Patria nuestra. Todos éstos, tanto si son sabios y ricos como si son pobres e ignorantes, hacen lo que hacemos nosotros: un poco de bien, un poco de mal, pero sin renovarnos totalmente. Es más, te digo que muchos, muchos, nos superan. Sí, muchos seguidores nos superan a nosotros, apóstoles... ¿Y pretendes que todo el mundo tome el corazón que tiene el Cristo, si nosotros, los apóstoles, no lo hemos tomado? Hemos mejorado más o menos... al menos, eso esperamos, porque difícilmente el hombre se conoce y conoce al hermano que vive a su lado. Es demasiado opaco y espeso el velo de la carne, y demasiado atento está el corazón del hombre a no ser escrutado, como para que el hombre comprenda al hombre. Siempre, observándose u observando, uno se queda en la superficie: cuando se trata del examen nuestro, porque no queremos conocernos para no sufrir en nuestro orgullo o en la necesidad de cambiar; cuando se trata del examen de los demás, porque nuestro orgullo de examinadores nos hace jueces injustos y el orgullo del examinado se cierra, como hace una ostra con sus valvas respecto a lo que tiene en su interior» dice el Zelote.

«¡Así es! Simón, verdaderamente has pronunciado palabras de sabiduría» aprueba Judas Tadeo. Y los otros le hacen coro.

584.14 [14]«¿Y entonces a qué ha venido si nada debe cambiar?» rebate Judas Iscariote.

Jesús toma la palabra: «Muchas cosas cambiarán. No todo. Porque contra *mi* Doctrina habrá en el futuro lo que ahora es ya una realidad: odio, el odio de los que no estiman la Luz. Porque contra la fuerza de mis seguidores estará la de los seguidores de Satanás. ¡Cuántos! ¡Con cuántos aspectos! Y ¡cuántas doctrinas heréticas irán surgiendo nuevas, opuestas a mi Doctrina, inmutable por ser perfecta! ¡Cuánto dolor generarán esas doctrinas! Vosotros no conocéis el futuro. A vosotros os parece mucho el dolor que *ahora* hay en el mundo... Pero Aquel que conoce ve horrores que no serían comprendidos,

aunque Yo os los explicara... ¡Ay, si Yo no hubiera venido, si no hubiera venido para dar a los que han de venir un código que frena los instintos en los mejores, y para dar una promesa de paz futura! ¡Ay, si el hombre no tuviera, por mi venida, elementos espirituales que pueden mantenerle "*vivo*" en la vida del espíritu, mantenerle con la seguridad de un premio!... Si no hubiera venido, con el paso de los siglos la Tierra se transformaría en un vasto infierno terrestre y la raza humana se despedazaría y perecería maldiciendo al Creador...».

«El Altísimo prometió no volver a mandar castigos universales como el diluvio. Una promesa de Dios no falla» dice Judas.

«Sí, Judas de Simón. Es verdad. El Altísimo no volverá a mandar calamidades universales como el diluvio. Pero los hombres se crearán por sí mismos calamidades cada vez más atroces, unas calamidades respecto a las cuales el diluvio y la lluvia de fuego que exterminó a Sodoma y Gomorra tendrán aspecto de castigos piadosos. ¡Oh!...».

Jesús se pone en pie con un gesto de angustiosa piedad por las gentes futuras.

[15]«¡Bien! ¡Bien! Tú sabes... ¿Pero ahora qué hacemos respecto a éste?» pregunta Judas Iscariote señalando al niño, que está saboreando en pequeñas dosis su miel y está todo contento. 584.15

«A cada día su afán. Ya dirá el mañana. Preocuparse del mañana es vano, considerando que ni siquiera sabemos quién estará vivo todavía mañana».

«No pienso como Tú. Y lo que digo es que habría que saber dónde vamos a alojarnos, dónde comeremos la Cena... Muchas cosas. Si esperamos y esperamos, pues la ciudad se llena; ¿y a dónde iremos nosotros? A Getsemaní, no; a casa de José, no; a casa de Juana, no; donde Nique, no; donde Lázaro, tampoco. ¿A dónde entonces?».

«A donde el Padre prepare un refugio para su Verbo».

«¿Crees que quiero saberlo para decirlo?».

«Tú lo dices. Yo no he dicho nada. Ven, Salem. Mi Madre tiene noticia de ti, pero todavía no te ha visto. Ven, voy a llevarte donde Ella».

«¿Pero está enferma tu Madre?» pregunta Tomás.

«No. Está orando. Tiene mucha necesidad de orar».

«Sí. Sufre mucho. Llora mucho. Y el único consuelo de María es la oración. Siempre la he visto orar mucho. Podría decir que en los momentos de mayor dolor vive de oración...» explica María de Alfeo mientras Jesús se aleja llevando de la mano al niño y teniendo al otro lado a Analía, a la que ha invitado a ir con Él donde María.

585. El sábado anterior a la entrada en Jerusalén. Judíos y peregrinos en Betania. El Sanedrín ha decidido.

27 de marzo de 1947.

585.1 [1]Amor y odio mueven a muchos de los peregrinos congregados en Jerusalén, y de los propios jerosolimitanos, a ir a Betania sin esperar siquiera a que se complete el ocaso. De forma que cuando los primeros llegan a la casa de Lázaro el Sol apenas ha comenzado a ponerse. Y a Lázaro —que, avisado por los domésticos, muestra su asombro ante esta violación del sábado (porque los primeros en llegar han sido precisamente los más conocidos de entre los más intransigentes judíos)— le dan éstos esta respuesta verdaderamente farisaica: «Desde la Puerta del Rebaño ya no se veía la bola del Sol, y entonces hemos empezado el camino, seguros de que no íbamos a superar la medida prescrita antes de que el Sol declinara tras las cúpulas del Templo».

En el rostro enjuto de Lázaro —Lázaro está sano y tiene buen aspecto, pero ciertamente no está gordo— se dibuja una ligera sonrisa irónica. Y les responde, con garbo pero también con un leve sarcasmo: «¿Y qué queréis ver? El Maestro respeta su sábado. Descansa. No se limita a no ver la bola del Sol para considerar terminado su descanso, sino que espera a que se apague el último rayo de sol para decir: "El sábado ha terminado"».

«¡Sabemos que es perfecto! ¡Lo sabemos! Pero, si hemos cometido un error, razón de más para verle. Sólo un poco, lo necesario, al menos, para ser absueltos por Él».

«Lo siento. No puedo. El Maestro está descansando y reposa. Yo no le molesto».

585.2 [2]Pero llega más gente, y son peregrinos procedentes de todos los lugares; gente que suplica, que insiste en ver a Jesús. Con los hebreos están mezclados gentiles, y con éstos prosélitos. Y observan a Lázaro y le miran de reojo como si fuera un ser irreal. Lázaro soporta la molestia de esta celebridad no buscada, respondiendo pacientemente a los que le hacen preguntas. Pero no da la orden a los servidores de que abran la cancilla.

«¿Eres tú el hombre resucitado de la muerte?» pregunta uno que tiene claro aspecto de ser mestizo, porque de hebreo no tiene más que la típica nariz más bien gruesa y aguileña, mientras que el acento y la manera de vestir revelan que es extranjero.

«Lo soy, para dar gloria a Dios, que me sacó de la muerte para hacerme siervo de su Mesías».

«¿Pero fue una muerte verdadera?» preguntan otros.

«Preguntádselo a esos judíos importantes. Ellos vinieron a mis funerales y muchos estuvieron presentes en mi resurrección».

«¿Pero qué sentiste? ¿Dónde estabas? ¿Qué recuerdas? Cuando volviste a la vida, ¿qué sucedió en ti? ¿Cómo te resucitó?... ¿No se puede ver el sepulcro donde estuviste? ¿De qué moriste? ¿Ahora estás perfectamente? ¿Ya no tienes ni siquiera las señales de las llagas?».

Lázaro, paciente, trata de responder a todos. Pero, si bien le resulta fácil decir que se encuentra perfectamente y que incluso las señales de las llagas durante los meses que han pasado desde que resucitó se han borrado ya, no puede decir lo que sintió y cómo le resucitó. Y responde: «No lo sé. Me encontré vivo en mi jardín, en medio de los criados y de mis hermanas. Cuando me liberaron del sudario, vi el Sol, la luz, tuve hambre, comí, sentí la alegría de vivir y del gran amor del Rabí por mí. Lo demás, más que yo, lo saben los que se encontraban presentes. Ahí están tres de ellos hablando, y otros dos ahí llegan». (Son estos últimos Juan y Eleazar, miembros del Sanedrín, mientras que los tres que están hablando son dos escribas y un fariseo que efectivamente vi en la resurrección de Lázaro, pero cuyo nombre no recuerdo).

«¡Ésos a nosotros que somos gentiles no nos hablan! Id vosotros, que sois judíos, a preguntarles... [3]Pero tú enséñanos el sepulcro donde estuviste». Se muestran insistentes al máximo. 585.3

Lázaro se decide. Dice algo a los domésticos y luego se dirige a la gente: «Id por ese camino que va entre ésta y la otra casa mía. Yo salgo a vuestro encuentro para llevaros al sepulcro, aunque, en realidad, lo único que se ve es un agujero abierto en un estrato de roca».

«¡No importa! ¡Vamos! ¡Vamos!».

«¡Espera, Lázaro! ¿Podemos ir también nosotros? ¿O para nosotros está prohibido lo que se concede a extranjeros?» dice un escriba.

«No, Arquelao. Ven si quieres, si es que no te contamina el acercarte a un sepulcro».

«No me contamina porque no contiene muerte».

«Pero la contuvo durante cuatro días. ¡Por mucho menos uno es considerado impuro en Israel! El que roza con su vestido a uno que tocó un cadáver decís que es impuro. Y mi sepulcro, a pesar de que desde hace mucho esté abierto, todavía despide tufaradas de muerte».

«No importa. Nos purificaremos».

Lázaro mira a los dos fariseos Juan y Eleazar y les dice: «¿También venís vosotros?».

«Sí, vamos».

[4]Lázaro va a buen paso hacia el lado limitado por los setos altos y compactos como muros. Abre una cancilla que está encajada en uno 585.4

de ellos. Se asoma al camino que lleva a la casa de Simón y hace una señal a los que esperan para que prosigan.

Los guía hacia el sepulcro. Un rosal florecido ciñe su entrada, pero no es suficiente para anular el horror emanado por una tumba abierta. En la roca inclinada bajo el arco florecido se leen las palabras: «¡Lázaro, sal afuera!».

Los malévolos las ven en seguida, y en seguida dicen: «¿Por qué has dicho que esculpan ahí esas palabras? ¡No debías hacerlo!». *

«¿Que por qué? En mi casa puedo hacer lo que quiera, y nadie puede acusarme de pecado por haber querido fijar en la roca, para que fueran incancelables, las palabras del grito divino que me devolvió la vida. Cuando esté ahí dentro y no pueda ya celebrar la potencia misericordiosa del Rabí, quiero que el Sol las siga leyendo en la piedra, y que las plantas las aprendan de los vientos y las acaricien los pájaros y las flores, y sigan por mí bendiciendo el grito del Cristo que me llamó de la muerte».

«¡Eres un pagano! ¡Eres un sacrílego! Blasfemas contra nuestro Dios. Celebras el sortilegio del hijo de Belcebú. ¡Cuidado, Lázaro!».

«Os recuerdo que estoy en *mi* casa y que estáis en *mi* casa, y que habéis venido sin que nadie os llamara, y, además, con innoble finalidad. Sois peores que éstos, que son paganos pero que reconocen a un Dios en el resucitador».

«¡Anatema! Como es el Maestro, así es el discípulo. ¡Qué horror! ¡Vámonos! Fuera de esta cloaca inmunda. ¡Corruptor de Israel, el Sanedrín recordará tus palabras!».

«Y Roma, vuestros complots. ¡Salid de aquí!». Lázaro, siempre manso, trae a su memoria que es hijo de Teófilo, y los echa como a una manada de perros.

585.5 [5]Se quedan los peregrinos, de todas las procedencias. Y éstos preguntan y miran e imploran ver a Jesús.

«Le veréis en la ciudad. Ahora no. No puedo».

«¡Ah, pero va a la ciudad? ¿Realmente va a la ciudad? ¿No mientes? ¿Va, a pesar de que le odien tanto?».

«Va. Ahora marchaos, tranquilos. ¿Veis como la casa descansa? No se ve a nadie ni se oye ninguna voz. Habéis visto lo que queríais ver: al resucitado y el lugar de su sepultura. Ahora marchaos. Pero no dejéis que la curiosidad sea estéril. ¡Que el hecho de haberme visto a mí, que soy prueba viva del poder de Jesucristo, Cordero de Dios y Mesías santísimo, os conduzca a todos a su camino! Por esta esperanza me siento contento de haber resucitado, porque espero que el milagro

* *No debías*, por deferencia hacia la prescripción de *Levítico 26, 1.*

pueda hacer reaccionar a los titubeantes y convertir a los paganos, de forma que persuada a todos de que uno sólo es el verdadero Dios y uno sólo es el verdadero Mesías: Jesús de Nazaret, Maestro santo».

La gente, remolona, desaloja el lugar. Y, si uno se marcha, diez vienen; porque nueva gente sigue viniendo. Pero Lázaro logra con la ayuda de algunos criados empujar afuera a todos y cerrar las cancillas.

[6]Hace ademán de querer retirarse. Ordena: «Vigilad por que no 585.6
fuercen las cancillas o salten por encima de ellas. Pronto anochecerá y se marcharán a sus lugares de alojamiento». Pero, en esto, ve que de tras una espesura de mirtos salen Eleazar y Juan. «¿Qué? No os había visto y creía...».

«No nos expulses. Hemos entrado en una espesura para no ser vistos. Tenemos que hablar con el Maestro. Hemos venido nosotros porque sospechan menos de nosotros que de José y Nicodemo. Pero no quisiéramos ser vistos por *nadie*, aparte de por ti y por el Maestro... ¿Son de fiar tus criados?».

«En casa de Lázaro existe la usanza de ver y oír sólo lo que agrada al dueño, y de no saber nada para los extraños. Venid. Por este sendero. Entre estas dos paredes vegetales más opacas que un muro». Los guía por el caminito que hay entre la dúplice, impenetrable barrera de bojes y de laureles. «Quedaos aquí. Os traigo a Jesús».

«¡Que nadie se percate!...».

«No temáis».

[7]La espera dura poco. Pronto en el sendero, semiobscuro por la 585.7
enramada, aparece Jesús, blanco todo con su túnica de lino. Lázaro se queda en el límite del sendero como si estuviera de guardia, o por prudencia. Pero Eleazar le dice —más que decírselo, se lo indica con un gesto— que se acerque. Lázaro se acerca mientras Jesús saluda a los dos, que le reverencian inclinándose profundamente.

«Maestro, escucha, y tú también, Lázaro. En cuanto ha corrido la noticia de tu llegada y de que estás aquí, el Sanedrín se ha reunido en casa de Caifás. Todo lo que se hace es un abuso... Y ha decidido... ¡No te hagas falsas ilusiones, Maestro! ¡Vigila, Lázaro! Que no os seduzca la falsa calma, la aparente somnolencia del Sanedrín. Es una simulación, Maestro; una simulación para atraerte hacia ellos y apresarte sin que la muchedumbre se altere y se prepare a defenderte. Tu suerte está signada y el decreto no se cambia. Puede ser mañana o dentro de un año, pero se cumplirá. El Sanedrín no olvida *nunca* sus venganzas. Espera, sabe esperar la ocasión propicia, ¡pero luego!... Y también tú, Lázaro. Quieren quitarte de en medio, apresarte, eliminarte, porque por causa tuya demasiados los abandonan para seguir al Maestro. Tú —lo has dicho con exactas palabras—

eres el testimonio de *su* poder. Y quieren destruir ese testimonio. Las muchedumbres pronto olvidan. Ellos eso lo saben. Una vez desaparecidos tú y el Rabí, se apagarán muchos ardores».

«¡No, Eleazar! ¡Arderán con viva llama!» dice Jesús.

«¡Oh, Maestro! ¿Pero... qué... si Tú estás muerto?: ¿de qué nos servirá el que la fe en ti —admitámoslo— se alce con viva llama, si Tú estás apagado? Yo esperaba tan sólo poder decirte algo alegre y hacerte una invitación: mi esposa pronto dará a luz al hijo que tu justicia ha hecho florecer poniendo de nuevo la paz entre dos corazones en tempestad. Nacerá para Pentecostés. Quisiera decirte que vinieras a bendecirle. Si entras bajo mi techo, toda calamidad quedará para siempre alejada de mi hogar» dice el fariseo Juan.

«Te doy ya desde ahora mi bendición...».

«¡Entonces es que no quieres venir a mi casa! ¡No me crees leal! ¡Lo soy, Maestro! ¡Dios me ve!».

«Lo sé. Es que... para Pentecostés ya no estaré entre vosotros».

«Pero el niño nacerá en la casa que tengo en el campo...».

«Ya lo sé. Pero Yo ya no estaré. No obstante, tú, tu esposa, el que nacerá y los hijos que ya tienes tenéis mi bendición. Os doy las gracias por haber venido. Ahora marchaos. Guíalos por el sendero hasta más allá de la casa de Simón. Que no los vean... Yo vuelvo a casa. La paz a vosotros...».

586. El sábado anterior a la entrada en Jerusalén. La cena en Betania. Judas de Keriot ha decidido.

28 de marzo de 1947.

586.1 [1]La cena ha sido preparada en esa sala enteramente blanca en que Jesús habló con las discípulas. Y todo es esplendor de blanco y plata, en el que ponen una pincelada menos nívea y fría unos haces de ramas de manzano o peral, o de otro árbol frutal, cándidos como la nieve pero con un levísimo toque de color rosa; tan leve, que hace pensar en la nieve acariciada por un beso de lejana aurora: sobresalen, enhiestos, de jarrones abombados o de estrechas ánforas de plata, y están colocados en las mesas y sobre las arcas y aparadores que hay junto a las paredes de la sala. Las flores esparcen por toda la sala el típico olor de flores de árbol frutal, un olor fresco, amargoso, de primavera pura...

Lázaro entra en la sala al lado de Jesús. Detrás, de dos en dos o en grupos más nutridos, los apóstoles. Por último, las dos hermanas de Lázaro con Maximino. No veo a las discípulas. Tampoco a María. Qui-

zás han preferido quedarse en la casa de Simón con la Madre afligida.

El día se encamina hacia el crepúsculo. Pero un vestigio de sol incide aún en la copa susurradora de algunas palmas que se alzan agrupadas a pocos metros de la sala, y en la cima de un gigantesco laurel en cuyas frondas pugnan los pardales antes de entregarse al descanso. Y más allá de las palmas y del laurel, más allá de los setos de rosas y de jazmines, más allá de los cuadros de muguetes y de otras flores y pequeñas plantas aromáticas, más allá de todo ello, se ve la blanca extensión de un grupo tardío de manzanos o perales del huerto, moteada del verde tierno de sus primeras hojas: parece una nube apresada entre las ramas.

[2]Jesús, al pasar cerca de una ánfora llena de ramas, observa: 586.2
«Tenían ya los primeros pequeños frutos. ¡Fíjate! Arriba hay flores y más abajo se ha caído ya la flor y se está agrandando el ovario».

«Ha sido María la que ha querido cogerlas. Ha llevado también otros haces como éstos a tu Madre. Se ha levantado con el alba, creo, por miedo a que un día más de sol consumiera estas frágiles corolas. Yo, hace poco, he tenido noticia de este estrago. Pero no he sentido el rechazo que sintieron los criados agricultores; al contrario, he pensado que era justo ofrecerte todas las bellezas de la Creación a ti, Rey de todas las cosas».

Jesús se sienta en su sitio sonriendo, y mira a María, la cual, junto con su hermana, se apresta a servir cual si fuera una criada, y acerca los cuencos de la purificación y los paños para secarse, y luego echa vino en las copas y pone sobre la mesa las bandejas con la comida, a medida que los criados las van trayendo de las cocinas o las acercan después de haber trinchado en los aparadores.

Naturalmente, si bien las dos hermanas sirven con cortesía a todos los comensales, su esmero se concentra especialmente en sus dos comensales predilectísimos: Jesús y Lázaro.

[3]En un momento dado de la cena, Pedro, que come con satisfac- 586.3
ción, observa: «¡Fíjate! ¡Me doy cuenta ahora! Los platos son todos como es usanza en Galilea... Me da la impresión como de... ¡Sí, claro!... Es como estar en un banquete de boda. Pero aquí no falta el vino como faltó en Caná».

María sonríe mientras le llena de vino al apóstol de nuevo la copa, un vino ambarino limpísimo. Pero no habla.

Es también esta vez Lázaro el que explica: «Efectivamente, éste ha sido el pensamiento de mis hermanas, especialmente de María: ofrecer una cena en que el Maestro tuviera la impresión de estar en su Galilea, sin duda mejor, mucho mejor, que estos lugares, aunque también imperfecta...».

«Pero para hacerle pensar esto se habría requerido la presencia de María en esta mesa. En Caná estaba. Por Ella se produjo el milagro» observa Santiago de Alfeo.

«¡Aquél debió ser un gran vino!».

«El vino es símbolo de alegría y debería serlo también de fecundidad, porque el vino es jugo de la fecunda vid. Pero no veo que haya fecundado mucho porque Susana no tiene hijos» dice Judas Iscariote.

«¡Vaya que si era un gran vino! Nos fecundó en el espíritu...» dice Juan, con un cierto aspecto soñador, como siempre cuando contempla en su interior los milagros obrados por Dios. Y termina: «Por una virgen fue hecho... y sobre el que lo probó descendió un influjo de pureza».

«¿Pero tú crees que Susana es virgen?» pregunta, riéndose, Judas Iscariote.

«No he dicho eso. Virgen es la Madre del Señor. Virginidad emana todo lo que por Ella se ha llevado a cabo. Yo siempre pienso lo virginizadoras que son todas las cosas que se hacen a través de María...» y sueña de nuevo, sonriendo ante quién sabe qué visión.

«¡Dichoso ese muchacho! Creo que ahora ni se acuerda del mundo. Observadle» dice Pedro señalando a Juan, que, echado en su triclinio, mueve absorto unos pedacitos de pan olvidándose de comer.

También Jesús se inclina un poco para mirar a Juan, que está en una esquina de uno de los lados de la mesa dispuesta en forma de U (por tanto, un poco detrás del Señor, a espaldas de Él, que a su vez está en el medio del lado central y que tiene a su primo Santiago a la izquierda y a Lázaro a la derecha). Después de Lázaro están el Zelote y Maximino, como después de Santiago el otro Santiago y Pedro. Juan está entre Andrés y Bartolomé, y después Tomás, que tiene enfrente a Judas, a Felipe, a Mateo y a Judas Tadeo, el cual está justo en la esquina donde la larga mesa central empieza.

586.4 [4]María de Lázaro sale de la estancia mientras Marta pone en la mesa unas bandejas colmadas de higos nuevos, de verdes tallos de hinojo, de frescas almendras peladas, y fresones o frambuesas, no lo sé, que parecen aún más rojos estando en medio de esas pálidas esmeraldas de los hinojos y de los higos, y del color lácteo de las almendras; y bandejas colmadas de pequeños melones u otro fruto similar —a mí me recuerdan a los melones verdes de la baja Italia— y de doradas naranjas.

«¿Ya estas frutas? En ningún lugar he visto estas frutas ya maduras» dice Pedro abriendo desorbitadamente los ojos y señalando a las fresas y los melones.

«Han venido, en parte, de las riberas de más allá de Gaza, donde

tengo un huerto de estos productos, y, otra parte, de las terrazas solaneras que tengo encima de la casa, los invernaderos de las plantas más delicadas, las que hay que proteger del frío intenso. Me enseñó su uso un amigo romano... Fue lo único bueno que me enseñó...». Lázaro se entristece. Marta suspira... Pero Lázaro, en seguida, vuelve a ser ese perfecto huésped que no da tristeza a sus invitados. «Es muy usual en las quintas de Baya y Siracusa, y a lo largo del arco de Síbaris, el cultivar estas delicias con este método para tenerlas precozmente. Con las naranjas libias coméis los últimos frutos, con los melones de Egipto que han crecido en las solanas, y con estos frutos latinos, coméis los primeros; y coméis almendras blancas de nuestra patria y tiernas habas y digestivos tallos que saben a anises... [5]Mar- 586.5
ta, ¿has pensado en el niño?».

«He pensado en todos. María se ha conmovido al recordar Egipto...».

«Tenías algunas de estas plantas en aquel pobre huerto. En los períodos de calor sofocante era una fiesta sumergir los melones en el pozo del vecino, un pozo hondo y fresco, y comerlos al atardecer... Me acuerdo... Y tenía una cabrita golosa a la que había que vigilar, porque le gustaban mucho las plantas y frutos tiernos...». Jesús, que estaba hablando con la cabeza un poco agachada, alza la cara y mira a las palmas, susurradoras con el viento del atardecer: «Cuando veo esas palmas... siempre que veo las palmas, veo de nuevo Egipto, esa tierra suya amarilla y arenosa que el viento tan fácilmente movía... y a lo lejos vibraban las pirámides en el aire rarefacto... y veo los altos tallos de las palmas... y veo la casa donde... Pero es inútil evocar. Cada momento tiene su afán... y con su afán su alegría... Lázaro, ¿te importaría darme algunos frutos de éstos? Quisiera llevárselos a María y Matías. No creo que Juana los tenga».

«No los tiene. Ayer lo decía, proponiéndose plantarlos en Béter mandando contruir las solanas. Pero no te los doy ahora. He cogido todos los que tenía y durante algunos días faltarán los frutos maduros. Te los mandaré; o, si no, manda a alguno por ellos antes del viernes. Prepararemos un bonito cesto para esos niños. ¿Verdad, Marta?».

«Sí, hermano mío. Y meteremos también esos pequeños lirios de los valles que a Juana tanto le gustan».

[6]Regresa María Magdalena. Trae en las manos un recipiente de 586.6
cuello estrecho y terminado en un piquito, elegante como el cuello de un ave. El alabastro es de un precioso color amarillo-rosado, como la carne de ciertas rubias.

Los apóstoles la miran, quizás pensando que trae alguna gollería rara. Pero María no va al centro, a donde está su hermana, al interior

de la U que forman las mesas. No. Pasa por detrás de los triclinios y va a colocarse entre el de Jesús y Lázaro y el de los dos Santiagos. Destapa el recipiente de alabastro y pone la mano debajo del pico y recoge algunas gotas de un líquido de aspecto filamentoso que sale lentamente del esenciero abierto. Un penetrante olor de tuberosas y de otras esencias, un perfume intenso y exquisito, se esparce por la sala. Pero María no se siente satisfecha con eso poco que sale. Se agacha y rompe con un golpe seguro el cuello del esenciero contra el ángulo del triclinio de Jesús. El estrecho cuello cae al piso esparciendo sobre los mármoles del suelo gotas perfumadas. Ahora el recipiente tiene una amplia boca y la exuberancia del ungüento fluye en densos hilos.

María se pone detrás de Jesús y extiende sobre la cabeza de Él el espeso óleo; unta todos los bucles de los cabellos de Jesús, los extiende y luego los ordena con un peine que se quita de sus propios cabellos, y repeina la cabeza adorada. La cabeza rubio-rosada de Jesús resplandece como oro viejo brillantísimo después de esta unción. La luz de la lámpara que los criados han encendido se refleja en la cabeza rubia de Cristo como en un casco de un bronce cobreño hermosísimo. El perfume es embriagador. Penetra en las fosas nasales, sube a la cabeza; tan penetrante es, esparcido de esa manera, sin medida, que casi irrita como polvo estornutatorio.

Lázaro, que tiene la cabeza vuelta hacia atrás, sonríe al ver con qué esmero María unge y peina los bucles de Jesús, para que su cabeza, después de la olorosa fricción, se vea ordenada, mientras que no se preocupa de que sus propios cabellos, no sujetos ya por el ancho peine que ayudaba a las horquillas en su función, estén descendiendo cada vez más por el cuello y ya estén próximos a soltarse del todo y caer sobre los hombros. También Marta mira y sonríe. Los demás hablan entre sí, en voz baja y con distintas expresiones de sus caras.

Pero María no está satisfecha todavía. Hay todavía mucho ungüento en el esenciero roto, y los cabellos de Jesús, a pesar de ser tupidos, están ya saturados. Entonces María repite el gesto de amor de * un atardecer ya lejano. Se arrodilla a los pies del triclinio, suelta las hebillas de las sandalias de Jesús y le descalza los pies; luego, hundiendo los largos dedos de su bellísima mano en el recipiente, saca toda la cantidad que puede de ungüento, y lo extiende, lo distribuye sobre los pies desnudos, dedo por dedo; luego en la planta y el calcañar; y, más arriba, en el tobillo, que ha descubierto retirando la túnica de lino; por último, sobre el empeine de los pies, y se detiene allí, en los metatarsos, en el lugar por donde entrarán los clavos tremen-

* *el gesto*, descrito en 236.2/3.

dos, e insiste hasta que ya no encuentra bálsamo en el hueco del recipiente. Entonces rompe el esenciero contra el suelo, y, libres ya las manos, se saca las gruesas horquillas, se suelta rápidamente las pesadas trenzas, y quita con esa madeja de oro viva, suave, fluyente, de los pies de Jesús, que gotean bálsamo, lo que sobra de la unción.

[7]Judas alza su voz. Hasta este momento había guardado silencio, 586.7
observando con mirada impura de lujuria y de envidia a la hermosísima mujer y al Maestro, cuya cabeza y cuyos pies estaban siendo ungidos por ella. *Es la única voz de abierto reproche*; los otros, no todos, pero sí algunos, habían susurrado algo o habían expresado algún gesto de sorprendida, aunque tímida, desaprobación. Pero Judas, que incluso se había puesto en pie para ver mejor la unción derramada sobre los pies de Cristo, dice con desaire: «¡Qué inútil y pagano derroche! ¿Qué necesidad había de hacerlo? ¡Y luego no queremos que los Jefes del Sanedrín murmuren que hay pecado! Éstos son gestos propios de una cortesana lasciva y desdicen, mujer, de la nueva vida que llevas. ¡Demasiado recuerdan tu pasado!».

El insulto es de tal naturaleza, que todos se quedan atónitos; es tal, que todos se agitan (unos se sientan en los triclinios, otros se ponen bruscamente en pie, todos miran a Judas como a uno que, al improviso, se hubiera vuelto loco).

Marta se pone roja. Lázaro se pone en pie como movido por un resorte y pega un puñetazo en la mesa, y dice: «¡En mi casa...!», pero luego mira a Jesús y se contiene.

«Sí. ¿Me miráis? Todos habéis murmurado en vuestro corazón. Pero ahora, por haberme hecho eco vuestro y haber dicho abiertamente lo que pensabais, sin titubear os oponéis a mí. Repito lo que he dicho. No quiero, ciertamente, decir que María sea la amante del Maestro. Pero sí digo que ciertos actos no sintonizan ni con Él ni con ella. Es una acción imprudente. Y también injusta. Sí. ¿Por qué este derroche? Si ella quería destruir los recuerdos de su pasado, hubiera podido darme a mí ese esenciero y ese ungüento. ¡Era al menos una libra de nardo puro! Y de gran valor. Yo lo habría vendido por lo menos por trescientos denarios. Un nardo de ese valor ahora se cotiza a ese precio. Y hubiera podido vender el recipiente, que era hermoso y de valor. Habría dado a los pobres, que nos asedian, esos denarios. Nunca son suficientes. Y mañana en Jerusalén no se contarán los que pidan una limosna».

«¡Eso es verdad!» asienten los otros. «Hubieras podido usar un poco para el Maestro y lo demás...».

[8]María de Magdala... como si estuviera sorda. Sigue enjugando 586.8
los pies de Cristo con sus cabellos sueltos, que también ahora están

espesos en la parte de abajo por el ungüento, y están más obscuros que en la parte alta de la cabeza. Los pies de Jesús están lisos y suaves, de un color de marfil viejo, como si estuvieran cubiertos por una epidermis nueva. María calza las sandalias a Cristo y besa los dos pies antes y después de haberlos calzado, sorda ante cualquier otra cosa que no sea su amor por Jesús.

Y Jesús la defiende, poniéndole una mano sobre la cabeza, que tiene agachada para el último beso, y diciendo: «Dejadla. ¿Por qué la apenáis y la molestáis? No sabéis lo que ha hecho. María ha cumplido conmigo una acción obligada y buena. Pobres siempre tendréis entre vosotros. Yo estoy para marcharme. A ellos los tendréis siempre, pero a mí pronto ya no me tendréis. A los pobres podréis siempre darles una limosna. A mí, dentro de poco, al Hijo del hombre entre los hombres, no será posible ya dar honor alguno, por voluntad de hombres y porque la hora ha llegado. El amor, a ella, le es luz; ella siente que estoy para morir y ha querido anticiparle a mi cuerpo las unciones para la sepultura. En verdad os digo que en cualquier parte que se predique la Buena Nueva será recordado este acto suyo de amor profético. En todo el mundo. Durante todos los siglos. ¡Pluguiera a Dios hacer de cada una de las criaturas otra María, que no calcula precios, que no abriga apegos, que no guarda el más mínimo recuerdo del pasado, sino que destruye y pisotea todo lo relativo a la carne y al mundo, y se quebranta y se difunde como ha hecho con el nardo y el alabastro, sobre su Señor y por amor a Él! No llores, María. En esta hora te repito las palabras que dije a Simón el fariseo y * a tu hermana Marta: "Todo te queda perdonado porque has sabido amar *totalmente*". "Tú has elegido la parte mejor. Y no te será arrebatada". Ve en paz, dulce oveja mía hallada. Ve en paz. Los pastos del amor serán tu alimento por toda la eternidad. Álzate. Besa también estas manos mías que te han absuelto y bendecido... ¡A cuántos han absuelto, bendecido, curado, favorecido estas manos mías! Y, no obstante, os digo que ese pueblo al que he favorecido está preparando la tortura para estas manos...».

586.9 [9]Se produce un denso silencio en el denso aire del intenso perfume. María, pendiéndole los sueltos cabellos sobre los hombros como manto y sobre el rostro como velo, besa la derecha, que Jesús le ha ofrecido, y no sabe apartar de esa mano sus labios...

Marta, emocionada, se acerca a María y le recoge los cabellos sueltos, los trenza luego acariciándola y extendiéndole el llanto sobre las mejillas intentando secarlo...

---

* *las palabras que dije a Simón el fariseo*, en 236.4; *y a tu hermana Marta*, en 377.5.

Ninguno tiene ya ganas de seguir comiendo... Las palabras de Cristo ponen pensativos a los presentes.

El primero en levantarse es Judas de Alfeo. Pide permiso para retirarse. Santiago, su hermano, hace lo mismo, y lo mismo hacen Andrés y Juan. Se quedan los otros, pero ya en pie, en la operación de purificarse las manos en las palanganas de plata que les ofrecen los criados. María y Marta hacen lo mismo con el Maestro y Lázaro.

[10]Entra un doméstico y se inclina hacia Maximino para decirle algo. «Maestro» dice éste después de haber escuchado «hay una serie de personas que desearían verte. Dicen que vienen de lejos. ¿Qué hacemos?». 586.10

Jesús llama a Felipe, a Santiago de Zebedeo y a Tomás y ordena: «Id, evangelizad, curad. Id en mi nombre. Anunciad que mañana subiré al Templo».

«¿Convendrá decir esto, Señor?» pregunta Simón Zelote.

«Es inútil callarlo porque ya lo han dicho en la Ciudad Santa, más bocas de enemigos que de amigos. ¡Id!».

«¡Mmm! Se comprende que los amigos lo sepan... Pero los amigos no traicionan. Lo que no comprendo es cómo pueden saberlo los otros».

«Entre los muchos amigos siempre hay algún enemigo, Simón de Jonás. Demasiados son ya... los amigos, y con demasiada facilidad son recibidos como tales. ¡Cuando pienso en lo que tuve que rogar y esperar yo!... Pero eran los primeros tiempos y había cautela. Luego los triunfos deslumbraron y se dejó de tener cautela. Y fue un error. Pero eso les sucede a todos los vencedores. Las victorias empañan la limpieza de visión y debilitan la prudencia de actuación. Naturalmente me estoy refiriendo a nosotros, discípulos. No estoy hablando del Maestro, que es perfecto. ¡Si hubiéramos seguido siendo nosotros doce, no deberíamos acongojarnos por temer traiciones!» miente descaradamente Judas de Keriot.

Es indescriptible la mirada que Cristo pone en el apóstol traidor. Una mirada que expresa una llamada y dolor infinitos. Pero Judas no la recoge. Pasando por delante de la mesa, se dispone a salir...

[11]Jesús le sigue con la mirada y, en el momento justo en que le ve que está saliendo, le pregunta: «¿A dónde vas?». 586.11

«Afuera...» responde evasivamente Judas.

«¿Fuera de esta sala o fuera de esta casa?».

«Afuera... Sin más... Para andar un poco».

«No vayas, Judas. Quédate aquí conmigo, con nosotros...».

«Se han marchado tus hermanos y Juan con Andrés. ¿Por qué yo no?».

«Tú no vas al descanso como ellos...».

Judas no responde, sino que, testarudamente, sale. Las palabras han callado en la sala. Los huéspedes y los cuatro apóstoles que quedan —Pedro, Simón, Mateo y Bartolomé— se miran.

Jesús mira afuera. Se ha levantado y ha ido a una ventana para seguir los movimientos de Judas. Cuando le ve salir de la casa con el manto ya puesto, y encaminarse hacia la cancilla que desde aquí no se ve, le llama con fuerte voz: «¡Judas! Espérame. Tengo que decirte una cosa», y aparta delicadamente a Lázaro, quien, intuyendo el dolor de su Maestro, había rodeado su cintura con un brazo; y sale de la estancia y alcanza a Judas, que había seguido andando, aunque más lento.

586.12 [12]Le alcanza a un tercio largo de la distancia que hay entre la casa y la cerca del jardín, en una pequeña espesura de árboles de gruesas hojas; árboles que parecen de cerámica verde obscura, tachonada de pequeñas flores reunidas en ramilletes (y cada flor es una crucecita con pétalos gruesos, como si estuvieran hechos de una cera apenas enmarillecida, de intenso perfume). No sé su nombre. Le lleva detrás de la espesura y, agarrando todavía con su mano el antebrazo de Judas, le pregunta de nuevo: «¿A dónde vas, Judas? ¡Te lo ruego, quédate aquí!».

«¿Por qué me lo preguntas, Tú que sabes todo? ¿Qué necesidad tienes de preguntar, Tú que lees el corazón de los hombres? Sabes que voy donde mis amigos. No me concedes ir. Ellos solicitan mi presencia. Yo voy».

«¡Tus amigos! ¡Tu perdición has de decir! Vas a la perdición. Vas donde tus verdaderos asesinos. ¡No vayas, Judas! ¡No vayas! A cometer un delito vas... Tú...».

«¡Ah! ¡¿Tienes miedo?! ¡¿Por fin tienes miedo?! ¡Por fin te sientes hombre, nada más que un hombre! Porque sólo el hombre tiene miedo de la muerte. Dios sabe que no puede morir. Si te sintieras Dios, sabrías que no podrías morir y no tendrías miedo. Porque Tú, ahora, ahora que sientes próxima tu muerte, tienes ese miedo que es común a todos los hombres, y tratas, con todos los medios, de alejarlo, y ves en todas partes y en todas las cosas un peligro. ¿Dónde está tu maravillosa audacia? ¿Dónde, esas firmes declaraciones de estar contento, sediento, de llevar a cabo el Sacrificio? ¡De eso no tienes en tu corazón ni un vestigio! Pensabas que esta hora no iba a llegar nunca, y entonces te mostrabas fuerte, generoso, y decías frases solemnes. ¡Venga ya! ¡No te quedas corto respecto a los que tachas de hipócritas! Nos has halagado y traicionado. ¡Y nosotros que habíamos dejado todo por ti! ¡Nosotros que somos odiados por causa tuya! Tú eres

la causa de nuestra perdición...».

«Bueno, basta. ¡Ve! ¡Ve! No han pasado muchas horas desde que me has dicho: "Ayúdame a quedarme. ¡Defiéndeme!". Lo he hecho. ¿De qué ha servido? Dime una última cosa. Reflexiona antes de decirla. ¿Es ésta tu pura voluntad? ¿La de ir donde *tus* amigos, la de preferirlos a mí?».

«Sí. Es ésta. No necesito reflexionar, *porque ya hace tiempo que no tengo otra voluntad*».

«Pues ve entonces. Dios no fuerza la voluntad del hombre», y Jesús le vuelve la espalda y regresa lentamente hacia la casa.

586.13 [13]Cuando está cerca de la casa, alza la cabeza atraído por la mirada que Lázaro, en pie, erguido en el sitio de antes, tiene clavada en Él. Y bien pálido está ese rostro que se esfuerza en sonreír al amigo fiel.

Vuelve a la sala en que los cuatro apóstoles están hablando con Maximino mientras Marta y María dirigen el trabajo de los criados, que ponen en orden la sala, recogen la vajilla y mantelería usados en el banquete.

Lázaro ha ido a la puerta y ha ceñido de nuevo la cintura de Jesús. Ahora, al pasar junto a un criado, le dice: «Tráeme ese rollo que está en la mesa de mi habitación de trabajo».

Lleva a Jesús a uno de los amplios asientos que hay en la encajadura de las ventanas, para que se siente. Pero Jesús permanece en pie, esforzándose en prestar atención a todo lo que le dice Lázaro... pero es visible que su pensamiento está en otro lugar, y que su corazón está muy afligido, a pesar de que, cuando se da cuenta de que los apóstoles le están observando, sonría para disipar la sospecha que hay en el corazón de los que se han acercado y puesto en torno a Él y ahora se susurran palabras y se entienden con las miradas señalando al Maestro.

El criado vuelve con el rollo. Pedro, visto que esos pergaminos contienen cosas más elevadas de lo que su cabeza puede entender, se retira diciendo: «Los peces no pican con ciertas comidas. Es mejor hablar con Maximino de plantas y cultivos».

586.14 Marta continúa su trabajo. [14]María, aun guardando silencio, participa en lo que expone Lázaro, quien señala al Maestro algunos puntos escritos en esos pergaminos diciendo: «¿No posee una clarividencia singular este pagano? Más que muchos de los nuestros. Quizás... si hubiera estado aquí, mientras Tú eres el Maestro nuestro, habría sido de tus discípulos, y uno de los mejores. Y te habría comprendido como muchos de los nuestros no saben hacer. Y ¡qué poema habría extraído de su genio la admiración por ti! ¡Oh, tus palabras recogidas y conservadas por un espíritu que es luminoso a pesar de

ser de pagano! ¡Tu vida descrita por este intelecto abierto y transparente! Nosotros no tenemos ya escritores y poetas. Tú has nacido tarde. Cuando el egoísmo de la vida y la corrupción religioso-social han extinguido en nosotros la poesía y el genio. No ha encontrado eco en la voz viva de un seguidor tuyo lo que escribieron de ti nuestros sabios y profetas sin conocerte. Tus predilectos y tus fieles son, en su mayor parte, personas sin instrucción. Y los otros... No. No tenemos ya ningún soelet —lo digo como se pronuncia— que transmita a las * gentes tu sabiduría y tu figura. Ya no los tenemos, porque faltan, más que la capacidad para hacerlo, el espíritu y la voluntad. La parte más selecta de Israel tiene voz sorda, como la de una trompeta averiada, y no sabe ya cantar las glorias y maravillas de Dios. Mi miedo es que todo se pierda o quede alterado, parte por incapacidad, parte por mala voluntad...».

«No sucederá. El Espíritu del Señor, cuando haya establecido su morada en el interior de los corazones, repetirá mis palabras y explicará el significado de ellas. Es el Espíritu de Dios el que habla por los labios del Cristo. Luego... Luego hablará directamente a los espíritus y recordará mis palabras».

586.15 [15]«¡Oh, si esto fuera pronto! Pronto porque tus palabras son muy poco escuchadas y menos comprendidas. Yo creo que el rugido del Espíritu Santo será violento como dilatado fuego para esculpir en las mentes, con la violencia, aquello que no quisieron acoger por ser dulce y suave. Yo creo que el llameante Espíritu consumirá con sus llamas las tibias o tardas conciencias y escribirá en ellas tus palabras. El mundo deberá amarte. ¡El Altísimo lo quiere! ¿Pero cuándo será?» dice la Magdalena con su ímpetu habitual.

«Cuando Yo me haya inmolado en el Sacrificio del amor. Entonces el Amor vendrá. Será como la hermosa llama que se alce de la Víctima inmolada. Y esta llama no se apagará, porque no cesará el Sacrificio. Una vez establecido, durará todo el tiempo que dure la Tierra».

«Pero entonces... ¿Tú, para que eso sucediera, deberías verdaderamente ser inmolado?».

«Así es». Jesús tiene ese gesto suyo usual de adhesión al propio destino. Abre los brazos con las manos vueltas hacia afuera e inclina la cabeza. Luego la alza de nuevo para sonreír a Lázaro, que está afligido, y dice: «Pero no será violenta como un rugido la voz inmaterial del Espíritu de Amor, sino que será dulce como el amor, que es suave como viento de Nisán aunque fuerte como la muerte. ¡El inefa-

---

* *soelet*: *Los hebreos* —anota MV en una copia mecanografiada— *llamaban así a los que hablaban en las asambleas. Los libros sapienciales están compuestos por las palabras de los soelets recogidas en los rollos de la Escritura.*

ble ministerio del Amor! El complemento, el coronamiento de mi ministerio. La perfección de mi ministerio de Maestro... Yo no tengo miedo, como tú lo tienes, a que se pierda algo de lo que he dado. Es más, en verdad te digo que serán proyectados rayos de luz sobre mis palabras y veréis el espíritu de ellas. Yo me voy serenamente, porque confío mi doctrina al Espíritu Santo y mi espíritu al Padre mío».

[16]Inclina la cabeza pensando. Luego, dejado el rollo que ha originado la conversación en una especie de alto aparador o arca de ébano, o de otra madera obscura cuajada de incrustaciones de marfil amarillento, que ha sido traído de la habitación de al lado por cuatro criados y en el cual Marta está ordenando la disposición de las piezas de vajilla más preciosas, dice: «Lázaro, ven afuera. ¡Necesito hablarte!». 586.16

«En seguida, Señor», y Lázaro se alza del asiento en que estaba sentado y sigue a Jesús al jardín que ya se cubre de sombras (pues en el cielo está muriendo la última luz del día y aún demasiado tenue es el primer claror lunar, que apenas se manifiesta).

[17]«Aquí» dice Jesús «pondrás la visión del 2 de marzo de 1945: 586.17
* "El adiós a Lázaro". Desde el punto: "Jesús camina, dirigiéndose más allá del jardín, al lugar donde está el sepulcro que fue de Lázaro"».

587. El adiós a Lázaro.

2 de marzo de 1945.

[1]Jesús está en Betania. Declina la tarde. Un plácido atardecer de abril. Por las amplias ventanas de la sala del banquete se ve el jardín de Lázaro, todo florido; más allá, el pomar, que parece toda una nube de pétalos ligeros. Un perfume de verdor nuevo, de un dulce amargo de flores de fruta, de rosas y otras flores, se mezcla —entrando con la serena brisa del atardecer que hace ondear levemente las cortinas extendidas en los vanos de las puertas, y temblar las luces de la lámpara del centro— con un penetrante perfume de tuberosas, muguetes, jazmines, mezclados en una esencia singular, recuerdo del bálsamo con que María de Magdala ha perfumado a su Jesús, que tiene todavía el pelo más obscuro a causa de la unción. 587.1

En la sala están todavía Simón, Pedro, Mateo y Bartolomé. Los otros faltan, como si ya hubieran salido para distintas gestiones.

Jesús se ha levantado de la mesa y está observando un rollo de pergamino que Lázaro le ha mostrado. María de Magdala va de acá

* *Desde el punto...* Sin embargo, reseñamos la visión desde el principio, como en 174.10.

para allá por la sala... parece una mariposa atraída por la luz. Lo único que sabe hacer es girar en torno a su Jesús. Marta tiene cuidado de los criados, que están recogiendo las espléndidas piezas de la preciosa vajilla distribuida sobre la mesa.

Jesús pone el rollo en un alto aparador que tiene incrustaciones de marfil en su negra madera brillante, y dice: «Lázaro, ven afuera. Necesito hablar contigo».

«Enseguida, Señor», y Lázaro se levanta de su asiento, que está cerca de la ventana, y sigue a Jesús al jardín, donde la última luz del día se mezcla con el primer clarísimo claror de Luna.

587.2 [2]Jesús camina, dirigiéndose más allá del jardín, al lugar donde está el sepulcro que fue de Lázaro y que ahora exhibe una orladura grande de rosas, todas florecidas, en la boca vacía. Encima de ésta, en la roca levemente inclinada, está esculpido: "¡Lázaro, sal afuera!".

Jesús se para allí. La casa, oculta por árboles y setos, ya no se ve. Hay absoluto silencio y absoluta soledad.

«Lázaro, amigo mío» pregunta Jesús, permaneciendo en pie frente a su amigo, mirándole fijamente, con un atisbo de sonrisa en su cara, muy enflaquecida y más pálida de lo habitual. «Lázaro, amigo mío, ¿tú sabes quién soy Yo?».

«¿Tú? ¡Pues eres Jesús de Nazaret, mi dulce Jesús, mi santo Jesús, mi poderoso Jesús!».

«Estas cosas para ti. Pero, para el mundo, ¿quién soy Yo?».

«Eres el Mesías de Israel».

«¿Más...?».

«Eres el Prometido, el Esperado... Pero ¿por qué me preguntas esto? ¿Dudas de mi fe?».

«No, Lázaro. Pero quiero confiarte una verdad. Nadie, aparte de mi Madre y uno de los míos, la sabe. Mi Madre, porque Ella no ignora nada. Uno, porque es copartícipe en esta cosa. A los otros se la he dicho muchísimas veces en estos tres años que llevan conmigo. Pero su amor ha hecho de nepente y escudo ante la verdad anunciada. No han podido comprender todo... Y es bueno que no hayan comprendido; en caso contrario, para impedir un delito habrían cometido otro. Inútil. Porque lo que debe suceder sucedería, por encima de cualquier homicidio. Pero a ti quiero decírtela».

«¿Dudas de que te ame como ellos? ¿De qué delito hablas? ¿Qué delito *debe* suceder ¡Habla, en nombre de Dios!». Lázaro está agitado.

«Hablo, sí. No dudo de tu amor. Dudo tan poco de él, que a tu amor le confío y develo mis deseos...».

«¡Oh, mi Jesús! ¡Esto lo hace quien está próximo a la muerte! Yo lo hice cuando comprendí que no venías y debía morir».

«Y Yo *debo* morir».

«¡Nooo!», y otro gemido de Lázaro.

«No grites. Que nadie oiga. Necesito hablarte a ti a solas. [3]Lázaro, amigo mío, ¿tú sabes lo que está sucediendo en este momento en que estás conmigo, en la amistad fiel que me diste desde el primer momento y que nunca por ningún motivo fue alterada? Un hombre, junto con otros hombres, está contratando el precio del Cordero. ¿Sabes qué nombre tiene ese Cordero? Su nombre es Jesús de Nazaret». 587.3

«¡Nooo! Hay enemigos, es verdad. ¡Pero no puede uno venderte! ¿Quién? ¿Quién es?».

«Es uno de los míos. Sólo podía ser uno de aquellos a quienes más fuertemente he desencantado, y que, cansado de esperar, quiere librarse de Aquel que ya no es más que un peligro personal. Cree, según su pensamiento, reconstruirse una estima ante los grandes del mundo. Sin embargo, será despreciado por el mundo de los buenos y de los perversos. Ha llegado a este cansancio de mí, de la espera de aquello que, con todos los medios, ha tratado de alcanzar: la grandeza humana. La persiguió primero en el Templo, creyó alcanzarla con el Rey de Israel, y ahora la busca nuevamente, en el Templo y con los romanos... Lo espera... Pero Roma, si bien sabe premiar a sus siervos fieles... sabe también pisotear bajo su desprecio a los viles acusadores. Él está cansado de mí, de la espera, de la carga que significa el ser bueno. Para el malvado, ser, *tener que fingir que se es bueno*, es una carga de un peso aplastante. Se puede sostener durante un tiempo... pero luego... ya no se puede más... y la persona se libra de ella para volver a ser libre. ¿Libre? Eso creen los malvados. Eso cree él. Pero eso no es libertad. *Ser de Dios es libertad.* Estar contra Dios es una cautividad de grilletes y cadenas, de pesos y azotes, como ningún galeote de remo, como ningún esclavo de construcciones, soporta bajo el azote del cómitre».

«¿Quién es? Dímelo. ¿Quién es?».

«No es necesario».

«Sí que es necesario... ¡Ah!... Sólo puede ser él: el hombre que ha sido siempre una mancha en tu grey, el hombre que incluso hace poco ha ofendido a mi hermana. ¡Es Judas de Keriot!».

* «No. Es Satanás. Dios ha tomado carne en mí: Jesús. Satanás ha

---

* *ha tomado carne*, es decir, *se ha encarnado*, debe ser entendido aquí no en sentido fisiológico (como en la expresión: *Dios-Verbo se encarnó en el seno de la Virgen María*), sino en el sentido figurado de *concretarse, personificarse.* En este sentido no es errado decir que *Dios se encarnó en Jesús* y que *Satanás se encarnó en Judas de Keriot.* El mismo significado tendrán, en 600.32, las análogas expresiones de Jesús respecto a Judas, definido *uno que está anulado en Satanás*, el cual se ha *encarnado* en su *carne mortal*; mientras el demonio mismo había declarado, en 420.6, que quería *regenerarse* en Judas.

tomado carne en él: Judas de Keriot. Un día... muy lejano... aquí, en este jardín tuyo, consolé un llanto y disculpé a un espíritu que había caído en el fango. Dije que la posesión es el contagio de Satanás que * inocula sus extractos en el ser y lo desnaturaliza. Dije que es connubio de un espíritu con Satanás y con la animalidad. Pero la posesión es todavía poca cosa respecto a la encarnación. Yo seré poseído por * mis santos y ellos lo serán por Mí. Pero sólo en Jesucristo está Dios como está en el Cielo, porque Yo soy el Dios hecho Carne. Única es la Encarnación divina. De la misma forma, en *uno* solo estará Satanás, Lucifer, tal y como está en su reino, porque sólo en el asesino del Hijo de Dios está Satanás encarnado. Él, mientras te hablo aquí, está ante el Sanedrín tratando y comprometiéndose para mi muerte. Pero
587.4 no es él: es Satanás. [4]Ahora escucha, Lázaro, amigo fiel: Yo te pido algunos favores. Nunca me has negado nada. Tu amor ha sido tan grande, que, sin sobrepasar nunca el respeto, ha estado siempre activo a mi lado, con mil ayudas, con muchas prudentes y oportunas ayudas y con sabios consejos que Yo siempre he aceptado porque veía en tu corazón un *verdadero* deseo de mi bien».

«¡Oh, Señor mío! ¡Pero si mi alegría era ocuparme de ti! ¿Qué voy a hacer en adelante, sin deber ocuparme de mi Maestro y Señor? ¡Demasiado! ¡Demasiado poco me has permitido hacer! Mi deuda hacia ti, que has devuelto a María a mi amor y a mi honor, y a mí a la vida, es tal, que... ¡oh, ¿por qué me has llamado de la muerte para hacerme vivir esta hora?! Todo el horror de la muerte y toda la angustia del espíritu, tentado por Satanás al miedo en el momento de presentarse ante el Juez eterno, ya los había superado, ¡y había obscuridad!... ¿Qué te pasa, Jesús? ¿Por qué te estremeces y te pones más pálido aún de lo que ya de por sí estás? Tu cara está más pálida que esta rosa de nieve que languidece bajo la luna. ¡Oh, Maestro, parece como si la sangre y la vida te estuvieran abandonando...».

«En efecto, soy como uno que está muriendo con las venas abiertas. Toda Jerusalén —y quiero decir con ello "todos los enemigos de entre los grandes de Israel"— está pegada a mí con ávidas bocas y me aspira la vida y la sangre. Quieren silenciar la Voz que durante tres años los ha atormentado, aunque amándolos... porque cada una de mis palabras, aunque fuera palabra de amor, era una sacudida que invitaba a su alma a despertar, y ellos no querían oír a esta alma suya, ellos que la han atado con su triple sensualidad. Y no sólo

---

* *Dije*, en 84.5.

* *Yo seré poseído por mis santos...: Porque los santos, los justos* — anota MV en una copia mecanografiada — *teniendo en sí la caridad heroica, tienen a Dios en ellos y, contemporáneamente, Dios-Jesús los posee porque ellos son enteramente de Él.*

los grandes... sino toda, toda Jerusalén, muy pronto, va a ensañarse con el Inocente y querer su muerte... y con Jerusalén Judea... y con Judea Perea, Idumea, la Decápolis, Galilea, Siro-Fenicia... todo, todo Israel congregado en Sión para el "Paso" del Cristo de vida a muerte... [5]Lázaro, tú que has muerto y has resucitado, dime: ¿qué es el 587.5
morir? ¿Qué experimentaste? ¿Qué recuerdas?».

«¿El morir?... No recuerdo exactamente lo que fue. Después del intenso sufrimiento, vino un gran desfallecimiento... Me parecía que ya no sufría y que sólo tenía un fuerte sueño... La luz, el ruido, cada vez se hacían más débiles y lejanos... Dicen mis hermanas y Maximino que daba señales de duro sufrimiento... Pero yo ese sufrimiento no lo recuerdo ... ».

«Ya. La piedad del Padre ofusca a los moribundos el sensorio intelectual, de manera que sufren únicamente con la carne, que es la que debe ser purificada por este prepurgatorio que es la agonía. Pero Yo... ¿Y de la muerte qué recuerdas?».

«Nada, Maestro. Tengo un espacio obscuro en el espíritu. Una zona vacía. Tengo una interrupción, que no sé cómo llenar, en el curso de mi vida. No tengo recuerdos. Si mirase en el fondo de ese agujero negro que me tuvo durante cuatro días, a pesar de ser ya de noche y de estar en sombra, sentiría —no vería, pero sí sentiría— el hielo húmedo subir desde sus vísceras y sacudir mi cara. Ya es una sensación. Pero yo, si pienso en esos cuatro días, no tengo nada. *Nada*. Ésa es la palabra».

«Claro. Los que vuelven no pueden contar... El misterio se muestra de una en una vez para quienes en él entran. Pero Yo, Lázaro, Yo *sé* lo que voy a sufrir. Yo sé que sufriré en *plena* consciencia. No habrá ninguna mitigación, de bebidas y de desfallecimiento, que me hagan menos atroz la agonía. *Yo me sentiré morir*. Ya lo siento... Ya muero, Lázaro. Como un enfermo incurable, durante estos treinta y tres años he ido muriendo; y, a medida que el tiempo me ha ido acercando a esta hora, el morir se ha ido acelerando. Antes era sólo el morir del saber que había nacido para ser Redentor; luego fue el morir de quien se ve atacado, acusado, escarnecido, perseguido, obstaculizado... ¡Qué cansancio! Luego... el morir del tener al lado, cada vez más cerca —hasta llegar a tenerle estrechado a mí como un gigantesco pulpo al náufrago— a aquel que es mi Traidor. ¡Qué náusea! Ahora muero en el desgarro de tener que decir "adiós" a los amigos más queridos, a mi Madre...».

[6]«¡Maestro! ¡¿Estás llorando?! Sé que lloraste también delante de 587.6
mi sepulcro porque me querías. Pero ahora... Lloras de nuevo. Estás todo de hielo. Tienes las manos ya frías como un cadáver. Tú su-

fres... ¡Tú sufres demasiado!...».

«Soy el Hombre, Lázaro. No soy sólo el Dios. Del hombre tengo la sensibilidad y los afectos. Y el alma se me angustia al pensar en mi Madre... Y, fíjate, te digo que se ha hecho *tan monstruosa* esta tortura mía de sufrir la proximidad del Traidor, el odio satánico de todo un mundo, la sordera de aquellos que no odian pero tampoco saben amar activamente, porque amar activamente es llegar a ser como el Amado quiere y enseña... y, sin embargo aquí... sí, muchos me aman, pero han seguido siendo "ellos"; no han tomado otro *yo* por amor a mí. ¿Sabes quién ha sabido entre mis más íntimos desnaturalizarse para ser de Cristo, como Cristo quiere? Una sola: tu hermana María. Empezó desde una animalidad completa y pervertida para llegar a una espiritualidad angélica. Y esto sólo por fuerza de amor».

«Tú la has redimido».

«A *todos* los he redimido con la palabra. Pero *sólo ella* se ha transformado totalmente por actividad de amor. Pero estaba diciendo que tan monstruoso es mi sufrimiento por todas estas cosas, que no anhelo sino que todo se consume. Mis fuerzas se pliegan... Será menos pesada la cruz, que esta tortura del espíritu y del sentimiento...».

«¡¿La cruz?! ¡Noo! ¡Oh, no! ¡Es demasiado atroz! ¡Es demasiado infamante! ¡No!». Lázaro, que ha tenido, en pie frente a su Maestro, desde hace un rato, entre sus manos las manos heladas de Jesús, las suelta y cae sobre el asiento de piedra que está ahí al lado, se tapa la cara con las manos y llora desconsoladamente.

587.7 [7]Jesús se acerca a él, le pone la mano en la espalda, convulsa a causa de los sollozos, y dice: «¿Entonces? ¿Debo ser Yo, que muero, el que te consuele a ti, que vives? Amigo, necesito fuerza y ayuda. Y te lo pido. El único que tengo que me lo pueda dar eres tú. Los otros conviene que no lo sepan. Porque si lo supieran... correría la sangre. Y no quiero que los corderos se transformen en lobos, ni siquiera por amor al Inocente. Mi Madre... ¡oh, qué punzada hablar de Ella!... ¡Mi Madre tiene ya mucha angustia! También Ella es una destinada a próxima muerte y está exhausta... También hace treinta y tres años que viene muriendo, y ahora es toda una llaga como la víctima de un atroz suplicio. Te juro que he combatido entre la mente y el corazón, entre el amor y la razón, para decidir si era oportuno alejarla, enviarla a su casa donde Ella siempre sueña con el Amor que la hizo Madre, y paladea el sabor de su beso de fuego, y vibra en el éxtasis de aquel recuerdo y, con ojos de alma, siempre ve soplar levemente el aire impulsado y agitado por un resplandor angélico. A Galilea la noticia de la Muerte llegará casi en el momento en que pueda decirle: "¡Madre, soy el Vencedor!". Pero, no, no puedo hacer esto. El pobre

Jesús, cargado con los pecados del mundo, necesita una confortación. Y mi Madre me la dará. El aún más pobre mundo tiene necesidad de *dos* Víctimas. Porque el hombre pecó con la mujer; y la Mujer debe redimir, como el Hombre redime. Pero mientras no suena la hora, Yo le ofrezco a mi Madre una sonrisa segura... Ella tiembla... lo sé. Siente acercarse la Tortura. Lo sé. Y siente rechazo de ella por natural horror y por santo amor, de la misma forma que Yo siento rechazo de la Muerte, porque soy un "vivo" que debe morir. Pero, ¡ay si supiera que dentro de cinco días...! No llegaría viva a esa hora, y Yo la quiero viva para extraer de sus labios fuerza como extraje vida de su seno. Y Dios quiere que esté en mi Calvario para mezclar el agua del llanto virginal con el vino de la Sangre divina y celebrar la primera Misa. ¿Sabes qué será la Misa? No lo sabes. No puedes saberlo. Será mi muerte aplicada perpetuamente al género humano viviente o penante. No llores, Lázaro. Ella es fuerte. No llora. Ha llorado durante toda su vida de Madre. Ahora ya no llora. Se ha crucificado la sonrisa en el rostro... ¿Has visto qué aspecto ha tomado su rostro en estos últimos tiempos? Se ha crucificado la sonrisa en el rostro para confortarme. Te pido que imites a mi Madre. [8]No podía tener ya en mí 587.8
solo mi secreto. He mirado a mi alrededor, buscando a un amigo sincero y seguro, he encontrado tu mirada leal, he dicho: "A Lázaro". Yo, cuando tenías una losa sobre tu corazón, respeté tu secreto y lo defendí contra la curiosidad incluso natural del corazón. Te pido el mismo respeto por el mío. Después... después de mi muerte, lo dirás. Narrarás este coloquio. Para que se sepa que Jesús fue *conscientemente* a la muerte, y a las torturas que conocía unió esta de no haber ignorado nada, ni sobre las personas ni sobre el propio destino. Para que se sepa que, mientras todavía podía salvarse, no quiso, porque su amor infinito por los hombres no anhelaba otra cosa sino consumar el sacrificio por ellos».

«¡Sálvate, Maestro! ¡Sálvate! Yo te puedo procurar la huida. Esta misma noche. ¡Una vez ya huiste a Egipto! Huye también ahora. Ven, vamos. Tomamos a María con nosotros y a mis hermanas y nos marchamos. Tú sabes que ninguna de mis riquezas me atrae. La riqueza mía y de María y Marta eres Tú. Vamos».

«Lázaro, aquella vez huí porque no era la hora. Ahora es la hora. Y me quedo».

«Entonces yo voy contigo. No te dejo».

«No. Tú te quedas aquí. Puesto que una licencia concede que quien está dentro de la distancia de un sábado puede consumir el cordero en *su* casa; así que tú, como siempre, consumirás aquí tu cordero. Pero déjame venir a tus hermanas... Por razón de mi Ma-

dre... ¡Oh, qué te celaban, oh Mártir, las rosas del amor divino! ¡El abismo! ¡El abismo! ¡Y de él ahora suben, y atacan, las llamas del Odio para morderte el corazón! Tus hermanas, sí; ellas son fuertes y activas... y mi Madre será un ser agonizante, inclinado sobre mi cadáver. Juan no basta. Juan es el amor. Pero todavía no ha alcanzado la madurez. Madurará y se hará hombre en el suplicio de estos próximos días. Pero la Mujer tiene necesidad de las mujeres, que atiendan sus tremendas heridas. ¿Me las concedes?».

«¡Todo, siempre te he dado todo con alegría! ¡Lo único que me afligía es que me pidieras tan pocas cosas!...».

«Ya lo ves. De nadie he aceptado tanto como de los amigos de Betania. Ésta ha sido una de las acusaciones que el injusto me ha echado en cara más de una vez. Pero Yo, aquí, entre vosotros, encontraba muchas cosas que consolaban al Hombre de *todas* sus amarguras de hombre. En Nazaret Yo era el Dios que hallaba un consuelo en la Única delicia de Dios. Aquí era el Hombre. Y Yo, antes de subir a la muerte, te doy las gracias, amigo fiel, amoroso, amable, solícito, reservado, docto, discreto y generoso. Por todo te doy las gracias. El Padre mío, después, te premiará...».

«Ya he recibido todo con tu amor y con la redención de María».

587.9 «¡No! Todavía debes recibir *mucho*. Y lo recibirás. [9]Escucha. No te desesperes así. Dame tu inteligencia para que Yo pueda decirte lo que todavía te pido. Te quedarás aquí a esperar...».

«No, eso no. ¿Por qué Marta y María, y no yo?».

«Porque no quiero que te contamines como todos los varones se van a contaminar. Jerusalén en los próximos días estará contaminada como lo está el aire en torno a una carroña podrida caída de improviso a causa del imprudente golpe de un viandante con el talón. Contaminada y contaminadora. Sus miasmas enajenarán incluso a los menos crueles, incluso a mis propios discípulos, que huirán. ¿Y a dónde irán, aturdidos? Vendrán donde Lázaro. ¡Cuántas veces, durante estos tres años, han venido en busca de pan, de cama, de defensa, de refugio, y del Maestro!... Ahora volverán. Como ovejas desperdigadas por el lobo que ha alejado al pastor, correrán a un redil. Reúnelas. Fortalécelas. Diles que los perdono. Te confío mi perdón para ellos. Les faltará la paz, por haber huido. Diles que no caigan en un pecado mayor desesperando de mi perdón».

«¿Todos huirán?».

«Todos menos Juan».

«Maestro. ¡No me pedirás que reciba a Judas! Hazme morir de tortura, pero esto no me lo pidas. En más de una ocasión mi mano, ansiosa de eliminar el oprobio de la familia, se contuvo para no coger

la espada. Y nunca lo hice porque no soy violento. Sólo estuve tentado a hacerlo. Pero te juro que si vuelvo a ver a Judas, como a un cabro de delito le degüello».

«No le verás nunca más. Te lo juro».

«¿Va a huir? No importa. He dicho: "Si le veo". Ahora digo: "Iré donde él, aunque fuera al fin del mundo, y le mataré"».

«No debes desear eso».

«Lo haré».

«No lo harás porque a donde el estará no podrás ir».

«¿Dentro del Sanedrín? ¿En el Santo? Allí también le pillaré y le mataré».

«No estará allí».

«¿Donde Herodes? Me matarán, pero antes le mataré».

«Será de Satanás. Y tú no serás *nunca* de Satanás. Pero deja *inmediatamente* este pensamiento homicida, porque, si no, te dejo Yo».

«¡Oh! ¡Oh!... Pero... Sí, por ti... ¡Oh! ¡Maestro! ¡Maestro!».

«Sí. Tu Maestro... Acogerás a los discípulos. Los confortarás. Los conducirás de nuevo a la paz. Yo soy la Paz. Y también después... Después los ayudarás. Betania será siempre Betania, hasta que hurgue el Odio en este hogar de amor creyendo desparramar las llamas, cuando en realidad lo que hará será esparcirlas por el mundo para encenderlo por entero. [10]Yo te bendigo, Lázaro, por todo lo que has 587.10
hecho y por todo lo que harás...».

«Nada, nada. Tú me has sacado de la muerte, y no me consientes defenderte. ¿Qué es lo que he hecho, entonces?».

«Has puesto tus casas a mi disposición. ¿Lo ves? Era destino. El primer alojamiento en Sión en una tierra que es tuya. El último también en una de ellas. Era destino que Yo fuera tu Huésped. Pero de la muerte no podrías defenderme. Al principio de este coloquio te he preguntado: "¿Sabes quién soy?". Ahora respondo: "Soy el Redentor". El Redentor *debe* consumar el sacrificio hasta la última inmolación. Por lo demás, créelo, el que subirá a la cruz y será expuesto a las miradas y burlas del mundo no será un vivo, sino un muerto. *Yo soy ya un muerto*, matado por el no amor, más y antes que por la tortura. Y una cosa más, amigo. Mañana al alba voy a Jerusalén. Y oirás decir que Sión ha aclamado como a un triunfador a su manso Rey, que entrará en ella a lomos de un asno. Que no te desoriente este triunfo y no te haga juzgar que la Sabiduría que te habla fue *no sabia* en este plácido anochecer. Más veloz que un astro que atraviesa el cielo y desaparece por espacios desconocidos, se desvanecerá el favor popular, y, para mí, dentro de cinco atardeceres, a esta misma hora, empezará la tortura con un beso de engaño que abrirá las bo-

cas que mañana gritarán hosanna, para formar un coro de atroces blasfemias y feroces voces de condena.

587.11 [11]¡Sí, oh ciudad de Sión, oh pueblo de Israel, por fin tendrás al Cordero pascual! Lo tendrás en este próximo rito. Aquí está. Es la Víctima preparada desde todos los siglos. El Amor la engendró, preparándose como tálamo un seno en que no hubo mancha. Y el Amor la consuma. Así es. *Es la Víctima consciente*. No como el cordero que mientras el matarife afila el cuchillo para degollarlo todavía roza en el prado, o, ajeno a lo que sucede, choca contra el redondo pezón materno su morro rosado. Pero Yo soy el Cordero que consciente dice adiós a la vida, a la Madre, a los amigos, y va al sacrificador y dice: "¡Aquí me tienes!". Yo soy el Alimento del hombre. Satanás ha puesto un hambre que jamás se ha saciado, que no se puede saciar. Sólo un alimento sacia esa hambre porque la quita. Y aquí está ese Alimento. Aquí está, hombre, tu Pan; aquí, tu Vino. ¡Consume tu Pascua, Humanidad! Pasa tu mar, rojo por las llamas satánicas. Purpurada con mi Sangre pasarás, raza del Hombre, preservada del fuego infernal. Puedes pasar. Los Cielos, presionados por mi deseo, ya entreabren las eternas puertas. ¡Mirad, espíritus de los muertos! ¡Mirad, hombres vivientes! ¡Mirad, almas que seréis incorporadas en los futuros! ¡Mirad, ángeles del Paraíso! ¡Mirad, demonios del Infierno! ¡Mira, oh Padre; mira, oh Paráclito! La Víctima sonríe. Ya no llora...

587.12 [12]Todo está dicho. Adiós, amigo. A ti tampoco te veré antes de la muerte. Vamos a darnos el beso de adiós. Y no dudes. Te dirán: "¡Era un demente! ¡Era un demonio! ¡Un embustero! Murió y decía que era la Vida". Respóndeles, y respóndete especialmente a ti mismo: "*Era y es la Verdad y la Vida*. Es el Vencedor de la muerte. Yo lo sé. Y no puede ser el eterno Muerto. Yo le espero. Y, antes de que se consuma * todo el aceite en la lámpara que el amigo, invitado a las bodas del Triunfador, tiene preparada para iluminar al mundo, Él, el Esposo, volverá. Y la luz esta vez ya no podrá, jamás, ser apagada". Cree esto, Lázaro. Obedece a mi deseo. ¿Oyes a este ruiseñor, cómo canta tras haber callado por la irrupción de tu llanto? Haz tú lo mismo. Que tu alma, después del inevitable llanto ante el Matado, cante el himno seguro de tu fe. Recibe la bendición del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo».

587.13 [13]¡Cuánto he sufrido! Durante toda la noche, desde las 23 del jueves, 1 de marzo, hasta las 5 de la mañana del viernes. He visto a Jesús envuelto en una angustia poco inferior a la del Getsemaní, especialmente cuando habla de su Madre, del traidor, y muestra el estre-

* *...se consuma todo el aceite*, como en la parábola narrada en 206.2/3.

mecimiento ante la muerte. He obedecido la orden de Jesús de escri-
* bir esto en un cuaderno aparte, para hacer de él una Pasión más detallada. Usted ha visto mi cara esta mañana... débil imagen del sufrimiento padecido... y no digo nada más, porque existen pudores insuperables.

588. Judas Iscariote con los Jefes del Sanedrín.

29 de marzo de 1947.

[1]Judas llega de noche a la casa que Caifás tiene en el campo. Pero 588.1
hay Luna, una Luna que hace de cómplice al asesino iluminándole el camino. Debe estar bien seguro de encontrar allí, en aquella casa de fuera de las murallas, a quienes busca, porque, en el caso contrario, pienso que habría tratado de entrar en la ciudad e ir al Templo. Sin embargo, sube seguro entre los olivos del pequeño collado. Se siente
* más seguro esta vez que la pasada, porque ahora es de noche, y las sombras y la hora le protegen de toda posible sorpresa. Los caminos de los campos ya están desiertos, tras haber sido recorridos todo el día por las muchedumbres de los peregrinos que van a Jerusalén para la Pascua. Hasta los pobres leprosos están en sus grutas y duermen sus sueños de infelices, olvidados durante alguna hora de su sino.

Ya está Judas delante de la puerta de la casa, que albea con la luz de la Luna. Llama. Tres golpes, un golpe, tres golpes, dos golpes... ¡Sabe a las mil maravillas hasta la señal convencional! Y debe ser verdaderamente una señal segura, porque la puerta se entreabre sin que previamente el portero mire por el ventanillo practicado en la puerta.

Judas se introduce rápidamente, y, al criado portero que le saluda con deferencia, le pregunta: «¿La asamblea está reunida?».

«Sí, Judas de Keriot. Podría decir que está completa».

«Llévame a ellos. Tengo que hablar de cosas importantes. ¡Rápido!».

El hombre cierra con todos los cerrojos la puerta y precede a Judas por el pasillo semioscuro. Se para ante una pesada puerta y llama. El rumor de las voces cesa en la sala cerrada y es substituido

---

* *una Pasión más detallada.* En efecto, muchos episodios del ciclo de la Pasión fueron escritos dos veces. La primera redacción aparecía más compendiada aunque frecuentemente unida a un comentario. La segunda redacción, más detallada, ha posado a formar parte de la presente Obra, con los comentarios de la primera. Puede suceder, por tanto, en esta Obra, que la fecha de escritura de un episodio (visión) sea posterior en algunos años a la fecha de escritura de su comentario (dictado).

* *la* (vez) *pasada*, en 535.6/13.

por el ruido de la cerradura y el chirriar de la puerta, que al abrirse proyecta un cono de luz viva en el pasillo oscuro.

«¿Tú? ¡Entra!» dice el que ha abierto la puerta (no sé quién es). Y Judas entra en la sala mientras el que le ha abierto cierra con llave de nuevo.

588.2 [2]Hay una reacción de estupor, o, por lo menos, de turbación, al ver entrar a Judas. Pero le saludan en coro: «La paz a ti, Judas de Simón».

«La paz a vosotros, miembros del Sanedrín santo» saluda Judas.

«Acércate. ¿Qué quieres?» le preguntan.

«Deciros algo... Hablaros del Cristo. Ya no es posible continuar así. Yo ya no puedo seguir sirviéndoos de ayuda, si no os decidís a tomar decisiones extremas. Ese hombre ya sospecha».

«¿Te has dejado descubrir, necio?» le interrumpen.

«No. Necios vosotros, vosotros que por una estúpida prisa habéis dado pasos errados. ¡Bien sabíais que os habría servido! No os habéis fiado de mí».

«¡Tienes memoria lábil, Judas de Simón! ¿No recuerdas cómo nos dejaste la última vez? ¿Quién podía pensar que nos eras fiel, a nosotros, proclamando de esa manera que no podías traicionarle?» dice Elquías, irónico, más que nunca serpentino.

«¿Y creéis que es fácil llegar a engañar a un amigo, al único que verdaderamente me ama, al Inocente? ¿Creéis que es fácil llegar al delito?». Judas está ya turbado.

588.3 [3]Tratan de calmarle. Emplean la lisonja. Y le seducen, o, al menos, tratan de seducirle, haciéndole observar que eso suyo no es un delito, «sino —esto dicen— una obra santa para con la Patria, a la que evita represalias de los dominadores, que ya dan señales de intolerancia por esas continuas agitaciones y divisiones de partidos y de la gente en una provincia romana; y para con la Humanidad, si es que —le dicen— está verdaderamente convencido de la naturaleza divina del Mesías y de su misión espiritual».

«Si es verdad lo que Él dice —lejos de nosotros el creerlo—, ¿no eres tú el colaborador de la Redención? Tu nombre estará asociado al suyo para todos los siglos venideros, y la Patria te contará entre sus hombres de pro, y te honrará con los más altos cargos. Tienes preparado un sitial entre nosotros. Subirás, Judas. Darás leyes a Israel. ¡No olvidaremos lo que hiciste por el bien del sacro Templo, del sacro Sacerdocio, por la defensa de la Ley santísima, por el bien de toda la Nación! Solamente ayúdanos, y luego —te lo juramos, te lo juro yo en nombre del poderoso padre mío y de Caifás, que lleva el efod—, tú serás el hombre más grande de Israel. Más que los tetrarcas, más

que mi propio padre, ya relevado como Pontífice. Como un rey serás servido, como un profeta serás escuchado. Y si luego Jesús de Nazaret no fuera más que un falso Mesías —aunque, en realidad, no se le podría condenar a muerte, porque sus acciones no son las de un bandolero sino las de un demente—, te recordamos las palabras inspiradas de Caifás pontífice —tú sabes que quien lleva el efod y el racional habla por inspiración divina y profetiza el bien y lo que hay que
* hacer para el bien—, Caifás, ¿recuerdas?, Caifás dijo: "Conviene que un hombre muera por el pueblo y no perezca toda la Nación". Fueron palabras de profecía».

«En verdad lo fueron. El Altísimo habló por boca del Sumo Sacerdote. ¡Sea obedecido!» dicen en coro —sin duda con teatralidad y como autómatas que deben hacer esos determinados gestos— esas ruines marionetas de los miembros del gran consejo del Sanedrín.

[4]Judas está sugestionado, seducido... pero todavía una pequeña 588.4
raíz de buen sentido, si no de bondad, queda en él, y le retiene para no pronunciar las palabras fatales.

Rodeándole con deferencia, con simulado afecto, le apremian: «¿No nos crees? Mira: somos los jefes de las veinticuatro familias sacerdotales, los Ancianos del pueblo, los escribas, los más encumbrados fariseos de Israel, los sabios rabíes, los magistrados del Templo. Lo más selecto de Israel está aquí, en torno a ti, y estamos dispuestos a aclamarte, y, a una voz, te decimos: "Haz esto, que es santo"».

«¿Gamaliel dónde está? ¿José y Nicodemo dónde están? ¿Dónde está Eleazar el amigo de José; dónde, Juan de Gahas? No los veo».

«Gamaliel, haciendo una fuerte penitencia; Juan, con su mujer, que está encinta y está mal esta noche; Eleazar... no sabemos por qué no ha venido, pero cualquiera puede sentirse mal de improviso, ¿no te parece? Respecto a José y Nicodemo, no los hemos avisado de esta sesión secreta, por amor a ti, por cuidado de tu honor... Para que, en el infortunado caso de que la cosa fallara, tu nombre no fuera referido al Maestro... Nosotros tutelamos tu nombre. Nosotros te
* amamos, Judas, nuevo Macabeo salvador de la Patria».

«Macabeo combatió la buena batalla. Yo... cometo una traición».

«No observes las particularidades del acto, sino la justicia del fin. [5]Habla tú, Sadoq, escriba de oro. De tu boca fluyen valiosísimas pa- 588.5
labras. Si Gamaliel es docto, tú eres sabio, porque en tus labios está la sabiduría de Dios. Háblale tú a este que todavía vacila».

Ese mal bicho de Sadoq se acerca, y con él el decrépito Cananías:

---

* *dijo*, en 549.15.
* *Macabeo* es Judas Macabeo, cuyas gestas están narradas en: *1 Macabeos 3-9*; *2 Macabeos 8-15*.

un zorro esqueletado y moribundo junto a un astuto chacal fuerte y feroz.

«¡Escucha, hombre de Dios!» empieza pomposamente Sadoq tomando una pose inspirada y retórica: el brazo derecho, ciceronianamente, extendido hacia delante; el izquierdo ocupado en sujetar todo ese embarazo de pliegues que constituye su vestidura de escriba. Y luego levanta también el brazo izquierdo, dejando que su monumento de vestiduras se desarregle y desordene. Y así, cara y brazos alzados hacia el techo de la estancia, dice con voz potente: «¡Yo te lo digo! ¡Te lo digo ante la Altísima Presencia de Dios!».

«¡Maran-Athá!» hacen coro todos, inclinándose como si un soplo * supremo los plegara, para enderezarse luego con los brazos recogidos sobre el pecho.

«Yo te lo digo: ¡Está escrito en las páginas de nuestra historia y de nuestro destino! ¡Está escrito en los signos y en las figuras transmitidos por los siglos! ¡Está escrito en el rito que no conoce interrupción desde aquella noche fatal para los egipcios! ¡Está escrito en la figura de Isaac! Está escrito en la figura de Abel. Y... lo que está escrito cúmplase».

«¡Maran-Athá!» dicen los otros haciendo coro, un coro bajo y lúgubre, sugestionador, con los gestos de antes, iluminadas caprichosamente sus caras por la luz de las dos lámparas encendidas en los extremos de la sala, unas lámparas de mica pálidamente violácea que emanan una luz fantasmagórica. Y verdaderamente esta reunión de hombres, casi todos vestidos de blanco, con las coloraciones pálidas o trigueñas de su raza, ahora aún más pálidos y trigueños por la luz difusa, parece realmente una reunión de espectros.

«La palabra de Dios ha descendido a los labios de los profetas para signar este decreto. ¡Debe morir! ¡Está escrito!».

«¡Está escrito! ¡Maran-Athá!».

«¡Debe morir, su suerte está signada!».

«Debe morir. ¡Maran-Athá!».

«Su destino fatal está descrito hasta en sus más pequeños detalles. ¡Y el sino no se quebranta!».

«¡Maran-Athá!».

«Hasta está establecido el precio simbólico que se entregará al que se haga instrumento de Dios para el cumplimiento de la promesa».

«¡Está establecido! ¡Maran-Athá!».

---

* *¡Maran-Athá!*, expresión ya encontrada en 475.6 (donde MV le atribuye el significado de *Así sea*), podría corresponder a una invocación aramea al Señor que viene, como en *1 Corintios 16, 22*.

«¡Como Redentor o como falso profeta, Él debe morir!».

«¡Debe morir. ¡Maran-Athá!».

«¡La hora ha llegado! ¡Yeohveh lo quiere! ¡Yo oigo su voz! Esa voz grita: "¡Cúmplase esto!"».

«¡El Altísimo ha hablado! ¡Cúmplase! ¡Cúmplase! ¡Maran-Athá!».

[6]«Que el Cielo te fortalezca como fortaleció a Yael y Judit, que 588.6
siendo mujeres supieron ser heroínas; como fortaleció a Jefte, que siendo padre supo sacrificar a su hija a la Patria; como fortaleció a David contra Goliat. ¡Y cumple el gesto que hará eterno a Israel en la memoria de los pueblos!».

«Que el Cielo te fortalezca. ¡Maran-Athá!».

«¡Sal vencedor!».

«¡Sal vencedor! ¡Maran-Athá!».

Se eleva la ronca voz senil de Cananías: «¡El que titubea ante la orden sagrada queda condenado al deshonor y a la muerte!».

«Queda condenado. ¡Maran-Athá!».

«Si no quieres escuchar la voz del Señor Dios tuyo, y no llevas a cabo su mandato y lo que Él por boca nuestra te ordena, ¡véngante todas las maldiciones!».

«¡Todas las maldiciones! ¡Maran-Athá!».

«Que el Señor te castigue con todas las maldiciones mosaicas, y te disgregue entre las gentes».

«¡Te castigue y te disgregue! ¡Maran-Athá!».

Un silencio de muerte sigue a esta escena sugestionadora... Todo queda suspendido en una inmovilidad terrorífica.

[7]Y al fin se oye alzarse la voz de Judas, y casi, de tan transforma- 588.7
da como está, me cuesta reconocerla: «Sí. Yo lo haré. Lo *debo* hacer. Y lo haré. Ya la última parte de las maldiciones mosaicas es mi parte y debo salir de ellas porque ya demasiada demora he tenido. Estoy volviéndome loco y no tengo tregua ni descanso; mi corazón está amedrentado; mi mirada, perdida; mi alma, consumida por la tristeza. Temiendo ser descubierto en mi doble juego y fulminado por Él —yo no sé, yo no sé hasta qué punto conoce Él mi pensamiento—, veo mi vida pendiente de un hilo, y mañana, tarde y noche invoco que termine este momento por el terror que amedrenta mi corazón. Por el horror que debo llevar a cabo. ¡Oh, acelerad este momento! ¡Sacadme de estas angustias mías! Cúmplase todo. ¡Enseguida! ¡Ahora! ¡Y yo sea liberado! ¡Vamos!».

La voz de Judas, a medida que ha ido hablando, se ha ido afirmando y haciendo fuerte. El gesto, antes automático e inseguro, como de sonámbulo, se ha hecho libre, voluntario. Se yergue en toda su altura, satánicamente bello, y grita: «¡Suéltense los lazos del demen-

cial terror! Libre estoy de la sujección aterradora. ¡Cristo, ya no te temo y te entrego a tus enemigos! ¡Vamos!». Un grito de demonio victorioso. Y verdaderamente se encamina con arrogancia hacia la puerta.

588.8 [8]Pero le paran: «¡Calma! Respóndenos: ¿Dónde está Jesús de Nazaret?».

«En la casa de Lázaro. En Betania».

«No podemos entrar en esa casa que cuenta con siervos fieles. Es la casa de un favorito de Roma. Nos buscaríamos complicaciones seguras».

«Al amanecer vendremos a la ciudad. Poned la guardia en el camino de Betfagé, cread tumulto y prendedle».

«¿Cómo sabes que viene por ese camino? Podría tomar el otro...».

«No. Ha dicho a sus seguidores que entrará por ese camino en la ciudad, por la puerta de Efraím, y que estuvieran esperándole en En Rogel. Si le capturáis antes...».

«No podemos. Deberíamos entrar en la ciudad con Él entre la guardia, y todos los caminos que conducen a las puertas y todas las calles de la ciudad están llenos de gente desde el alba hasta la noche. Se produciría tumulto, y eso no debe suceder».

«Subirá al Templo. Llamadle para interrogarle en una sala. Llamadle en nombre del Sumo Sacerdote. Él irá porque tiene más respeto hacia vosotros que hacia su vida. Una vez que esté solo con vosotros... no os faltará la manera de llevarle a lugar seguro y condenarle en la hora propicia».

«Igualmente se produciría tumulto. Habrías debido darte cuenta de que la multitud está fanática por Él. Y no sólo el pueblo, sino también los grandes y los que son las esperanzas de Israel. Gamaliel pierde sus discípulos. Lo mismo Jonatán ben Uziel. Y otros de entre nosotros. Todos, seducidos por Él, nos dejan. Hasta los gentiles le veneran, o le temen —lo cual es ya veneración—, y están dispuestos a alzarse contra nosotros si le maltratamos. Entre otras cosas, algunos bandoleros, a los que pagábamos para ser falsos discípulos y suscitar disputas, han sido arrestados y han hablado. Esperan clemencia por la delación. Y el Pretor está al corriente... Todo el mundo le sigue, mientras nosotros no concluimos nada. No. Hay que actuar con sutileza, para que no se den cuenta las turbas».

«Sí. ¡Así hay que actuar! Anás también da esta advertencia. Dice: "Que no suceda durante la fiesta y no se cree tumulto entra el pueblo fanático". Esto ha ordenado, y ha dado disposiciones también para que sea tratado con respeto en el Templo y en otros lugares y que no sea molestado y así poder llevarle a una encerrona».

[9]«¿Y entonces qué queréis hacer? Yo estaba ya bien decidido para esta noche, pero vosotros titubeáis...» dice Judas. 588.9

«Mira: deberías llevarnos donde Él a una hora en que esté solo. Tú conoces sus costumbres. Nos has escrito que a ti, de todos, es al que más cerca tiene. Por tanto, sabrás lo que Él quiere hacer. Estaremos siempre preparados. Cuando juzgues propicia la hora y el lugar, vienes y nosotros vamos».

«Así quedamos. ¿Cuál será mi retribución?». Ya Judas habla fríamente, como si se tratara de un trato comercial cualquiera.

* «Lo que dicen los profetas, para ser fieles a la palabra inspirada: treinta monedas...».

«¿Treinta monedas por matar a un hombre, y además a ese Hombre? ¿¡El precio que tiene un cordero común en estos días de fiesta?! ¡Estáis locos! No es que yo tenga necesidad de dinero. Tengo buenas reservas. Así que no penséis que me convencéis por ansia de dinero. Pero es demasiado poco para pagar mi dolor de traicionar a Aquel que me ha amado siempre».

«¡Pero si ya te hemos dicho que recibirás de nosotros gloria y honores! Lo que esperabas de Él y no has recibido. Nosotros medicaremos tu desilusión. ¡Pero el precio está fijado por los profetas! ¡Es una formalidad! Es un símbolo, nada más. El resto vendrá después...».

«¿Y el dinero cuándo?».

«En el momento en que nos digas: "Venid". No antes. Nadie paga antes de tener en sus manos la mercancía. ¿Es que no te parece justo?».

«Es justo. Pero, al menos, triplicad la suma...».

«No. Así está dicho por los profetas. Así se debe hacer. ¡Oh, sí que sabremos obedecer a los profetas! No omitiremos ni una iota de lo que han escrito acerca de Él. ¡Je! ¡Je! ¡Je! ¡Nosotros somos fieles a la palabra inspirada! ¡Je! ¡Je! ¡Je!», se ríe ese nauseabundo esqueleto que es Cananías.

Y muchos le hacen coro con risas lúgubres, bajas, insinceras, verdaderos caquinos de demonios que no saben sino reírse burlonamente. Porque la sonrisa es propia del corazón sereno y amante; la risa burlona, de los corazones turbados y saturados de malignidad.

[10]«Todo está dicho. Puedes marcharte. Esperaremos al alba para regresar a la ciudad por distintos caminos. Adiós. La paz sea contigo, oveja perdida que vuelves al rebaño de Abraham. ¡La paz a ti! ¡La paz a ti! ¡Y el reconocimiento de todo Israel! ¡Cuenta con nosotros! Tus deseos son leyes para nosotros. ¡Que Dios te acompañe, como 588.10

* *Lo que dicen los profetas*, como en *Zacarías 11, 12-13.*

acompañó a todos sus siervos más fieles! ¡Que desciendan sobre ti todas las bendiciones!».

Le acompañan, con abrazos y manifestaciones de amor, hasta la puerta... le miran mientras se aleja por el pasillo semiobscuro... oyen el ruido de hierros de los cerrojos del portón que se abre y después se cierra.

588.11 [11]Vuelven a la sala con gran contento.

Sólo dos o tres voces se alzan. Son las de los menos demoniacos: «¿Y ahora? ¿Qué haremos respecto a Judas de Simón? ¡Bien sabemos que no podemos darle lo que le hemos prometido, aparte de esas pobres treinta monedas!... ¿Qué va a decir cuando se vea traicionado? ¿No habremos hecho un daño mayor? ¿No irá diciendo al pueblo lo que hicimos? Sabemos que es un hombre de pensamiento no firme».

«¡Bien ingenuos y necios sois teniendo estos pensamientos y creándoos estas angustias! Ya está determinado lo que haremos con Judas. Determinado desde la otra vez. ¿No os acordáis? *Y nosotros no cambiamos nuestro pensamiento.* Cuando todo haya terminado con el Cristo, Judas morirá. Está dicho».

«¿Pero y si hablara antes?».

«¿A quién? ¿A los discípulos y al pueblo, para que le apedreen? No hablará. El horror de su acción le amordaza...».

«Pero podría arrepentirse en el futuro, tener remordimientos, incluso perder el juicio... Porque su remordimiento, si se despertara, le volvería loco; no puede ser de otra manera...».

«No tendrá tiempo. Tomaremos antes las medidas oportunas. Cada cosa a su tiempo. Primero el Nazareno y luego el que le ha traicionado» dice lentamente, terriblemente, Elquías.

«Sí. ¡Y atentos! Ni una palabra a los ausentes. Ya demasiado han sabido de nuestro pensamiento. No me fío de José ni de Nicodemo. Y poco de los otros».

«¿Dudas de Gamaliel?».

«Gamaliel se ha segregado de nosotros ya hace muchos meses. Sin una expresa orden pontifical, no asistirá a nuestras reuniones. Dice que está escribiendo su obra con la ayuda de su hijo. Pero me refiero a Eleazar y a Juan».

«¡Nunca se han opuesto a nosotros!» responde al momento un Anciano que he visto otras veces con José de Arimatea, pero cuyo nombre no recuerdo.

«No. Es que se han opuesto *demasiado* poco. ¡Je! ¡Je! ¡Je! ¡Y habrá que vigilarlos! Muchas sierpes se han anidado en el Sanedrín, yo creo... ¡Je! ¡Je! ¡Je! Pero serán desanidadas... ¡Je! ¡Je! ¡Je!» dice Cananías mientras va encorvado y tembloroso, apoyado en su bastón, a

buscarse un cómodo lugar en uno de los anchos y bajos asientos cubiertos de gruesos tapetes, que hay a lo largo de las paredes de la sala, y, satisfecho, se tumba y pronto se queda dormido: abierta la boca, afeado por su mala vejez.

Le observan. Y Doras, hijo de Doras, dice: «Está satisfecho por ver este día. Mi padre le soñó, pero no lo tuvo. Llevaré en el corazón su espíritu, para que esté presente en el día de la venganza contra el Nazareno y reciba su alegría...».

[12]«Recordad que tendremos que turnarnos. Un turno nutrido. Estar constantemente en el Templo». 588.12

«Estaremos».

«Tendremos que ordenar que, a cualquier hora, Judas de Simón sea conducido ante el Sumo Sacerdote».

«Lo haremos».

«Y ahora preparemos nuestro corazón para la tarea final».

«¡Ya está preparado! ¡Ya está preparado!».

«Con astucia».

«Con astucia».

«Con finura».

«Con finura».

«Para aquietar toda sospecha».

«Para engatusar a todos los corazones».

«Diga lo que diga o haga lo que haga, ninguna reacción. Nos vengaremos de todo de una sola vez».

«Así lo haremos. Y será una venganza despiadada».

«¡Completa!».

«¡Terrible!».

Y se sientan buscando descanso en espera del alba.

[13]30-3-47 (Domingo de Ramos). 588.13

Dice Jesús: «Aquí pondréis la visión: "De Betania a Jerusalén" (del 3 de marzo de 1945). Y ahora: ¡ve!».

589. De Betania a Jerusalén, predisponiendo a los apóstoles en orden a la Pasión inminente.

3 de marzo de 1945.

[1]Jesús camina entre pomares y olivares plenamente florecidos. 589.1
Hasta las plateadas hojas de los olivos, aljofaradas de rocío, que brillan heridas por el primer rayo de la aurora y movidas por un ligero viento perfumado, parecen flores. Las frondas de cada uno de los ár-

boles son un trabajo de orfebre. El ojo mira maravillado su belleza. Los almendros, ya todos vestidos de su verdura, sobresalen de entre las masas blanco-rosadas de los otros árboles frutales, y, abajo, las vides muestran los festones de las primeras hojas tiernas, tan brillantes y sedosas que parecen una escama delgadísima de esmeralda o un jirón de seda preciosa. Arriba, un cielo de un color turquesa obscura, uniforme, plácido, solemne. Por todas partes, cantos de pájaros y perfumes de flores. Un aire fresco entona y alegra. Verdaderamente la alegría abrileña sonríe por todas partes.

589.2 [2]Jesús está en medio de sus apóstoles. Los doce. Y está hablando:

«He dicho a las mujeres que se adelanten porque quiero hablaros a vosotros solos. Al principio os dije a los que estabais conmigo: "No inquietéis a mi Madre hablándole de malas acciones contra su Hijo". Aquéllas parecían acciones muy graves... Ahora vosotros tres, testigos de las que supusieron el comienzo de la cadena con que será conducido a la muerte el Hijo del hombre —tú, Juan, tú, Simón, y tú, Judas de Keriot—, bien podéis ver que aquéllas eran comparables a un granito de arena que cae de arriba, respecto a la roca, a las rocas, que son las acciones de ahora. Pero entonces ni vosotros, ni Yo ni mi Madre, estábamos preparados en orden a la maldad humana. Mirad: tanto en el bien como en el mal el hombre no alcanza de improviso el máximo, sino que sube, o se hunde, por grados. Y lo mismo en el dolor. Ahora, vosotros los buenos, habéis subido en el bien y podéis constatar —sin el escándalo que antes habríais sufrido— hasta qué punto de perversión puede bajar el hombre que se hace demonio, de la misma forma que Yo y mi Madre podemos soportar, sin morir por ello, todo el dolor que viene del hombre. Hemos robustecido nuestra alma. *Todos*. En el Bien, en el Mal o en el Dolor. Y todavía no hemos tocado la cima. *Todavía no hemos tocado la cima...* ¡Oh, si supierais cuál es la cima del Bien, del Mal, del Dolor, y lo altas que son! Pero os repito las palabras de entonces. No refiráis a mi Madre lo que el Hijo del hombre va a deciros ahora. Le causaría demasiado dolor. Los que están para ser ejecutados beben el compasivo preparado que aturde para poder esperar, sin trepidar en todo instante, la hora del suplicio... ¡Vuestro silencio será como el preparado compasivo para

589.3 Ella, Madre del Redentor! [3]Ahora Yo quiero, para que nada os quede obscuro, abriros el sentido de las profecías. Y os pido que estéis conmigo, mucho, mucho. Durante el día seré de todos. Por la noche os ruego que estéis conmigo porque Yo quiero estar con vosotros. Tengo necesidad de no sentirme solo...».

* *profecías*, tomadas *de la Pascua mosaica* (así lo anota MV a lápiz), es decir de *Éxodo 12, 1-14.21-22*; y de: *Isaías 42, 1-9*; *Zacarías 9, 9-10*.

Jesús está tristísimo. Los apóstoles lo ven y están angustiados. Se arriman alrededor de Él. También Judas sabe arrimarse al Maestro como si fuera el más afectuoso de los discípulos. Jesús los acaricia y prosigue:

«Quiero, en esta hora que todavía se me concede, ultimar el conocimiento del Cristo en vosotros. Al principio, con Juan, Simón y Judas, di a conocer la verdad de las profecías sobre mi nacimiento. Las profecías me han pintado, como no hubiera podido hacerlo el más excelso pintor, desde mi alba hasta mi ocaso. Es más, el alba y el ocaso son las dos fases más ilustradas por los profetas. Ahora el Cristo bajado del Cielo, el Justo que las nubes han dejado llover sobre la Tierra, el Retoño sublime, muy pronto va a ser muerto, quebrantado como un cedro por el rayo. Vamos a hablar, pues, de su muerte. No suspiréis, no menéis la cabeza. No murmuréis en vuestros corazones, no maldigáis a los hombres. No es de ningún provecho.

[4]Subimos a Jerusalén. La Pascua ya está cercana. 589.4

"Este mes será para vosotros el primero de los meses del año". Este mes será para el mundo el principio de un nuevo tiempo, que jamás cesará. Inútilmente, de tanto en tanto, el hombre tratará de introducir en él otros nuevos. Aquellos que quieran introducir un tiempo nuevo que lleve su nombre idolátrico serán fulminados y castigados. *No hay más que un Dios en el Cielo y un Mesías en la Tierra*: el Hijo de Dios: Jesús de Nazaret. Él, dando todo de sí, todo lo puede querer, y pone su regio sello no sobre aquello que es carne y fango, sino sobre lo que es tiempo y espíritu.

[5]"El décimo día de este mes tomen todos un cordero por familia y 589.5
casa. Y, si no basta el número de las personas de la casa para consumir el cordero, tome a su vecino con los suyos hasta poderlo consumir entero". Porque el sacrificio y la víctima han de ser completos y deben ser consumidos. Ni una miga debe quedar de ellos. No quedará. Demasiados son los que van a nutrirse del cordero. Un número sin número, para un banquete sin límite de tiempo; y no es necesario nuevo fuego para consumir los restos porque no hay restos. Aquellas partes que serán ofrecidas pero que serán rechazadas por el odio serán consumidas por el fuego mismo de la víctima, por su amor.

Hombres, os amo. Vosotros, doce amigos míos elegidos por mí mismo, vosotros en quienes están las doce tribus de Israel y las trece venas de la Humanidad. Todo lo he reunido en vosotros y todo en vosotros veo reunido... Todo».

«Pero en las venas del cuerpo de Adán está también la de Caín. Ninguno de nosotros ha alzado la mano contra su compañero. ¿Dónde está entonces Abel?» pregunta Judas Iscariote.

«Tú lo has dicho. En las venas del cuerpo de Adán está también la de Caín. Y el Abel soy Yo. El dulce Abel pastor de rebaños, grato al Señor porque ofrecía sus primicias y lo que no tenía imperfección, y la primera de sus ofrendas: él mismo. Os amo, hombres. Aunque no me amáis, os amo. El amor acelera y cumple la obra de los sacrificadores.

589.6 [6]"Que el cordero sea sin mancha, macho, de un año". No hay tiempo para el cordero de Dios. Él es. Igual en el último día que como era en el primero de esta Tierra. Aquel que es como el Padre no conoce en su divina naturaleza envejecimiento. Y su Persona conoce una sola vejez, un solo cansancio: la desilusión de haber venido en vano para demasiados.

Cuando sepáis cómo fui matado —y los ojos que verán a su Señor convertido en leproso cubierto de llagas ahora brillan de llanto a mi lado, y ya no ven esta risueña colina porque el llanto los ciega con su líquida visera— decid, sí, decid: "No de esto murió, sino de haber sido ignorado por aquellos a quienes más quería y de haber sido rechazado por demasiada humanidad".

Pero si no tiene tiempo el Hijo de Dios y, por tanto, difiere del cordero del rito, es como él por carecer de mancha y ser varón consagrado al Señor. Sí. Inútilmente los verdugos, los que me maten con las armas, o con la voluntad, o con la traición, intentarán justificarse a sí mismos diciendo: "Era culpable". Ninguno que sea sincero puede acusarme de pecado. ¿Podéis hacerlo vosotros?

Estamos frente a la muerte. Yo lo estoy. Otros también lo están. ¿Quiénes? ¿Quieres saber quiénes, Pedro? Todos. La muerte avanza hora a hora y aferra a quien menos se lo espera. Pero es que incluso aquellos que tienen todavía mucha vida que tejer, hora a hora están frente a la muerte, pues que el tiempo es un relámpago respecto a la eternidad y en la hora de la muerte hasta la vida más larga se reduce a nada, y las acciones de lejanos decenios, hasta los de la primera edad, vuelven en masa para decir: "Mira: ayer hacías esto". ¡Ayer! ¡Siempre es ayer cuando uno se muere! ¡Y siempre es polvo el honor y el oro que tanto anheló la criatura! ¡Pierde todo sabor el fruto por el que se perdió el juicio! ¿La mujer? ¿La bolsa? ¿El poder? ¿La ciencia? ¿Qué queda? ¡Nada! Sólo la conciencia y el juicio de Dios, juicio al que la conciencia va pobre de riquezas, desnuda de humanas protecciones, cargada sólo de sus obras.

589.7 [7]"Tomen su sangre y tiñan con ella jambas y arquitrabe y el Ángel no arremeterá, a su paso, contra las casas en que esté el signo de la sangre". Tomad mi Sangre. Ponedla, no en las piedras muertas, sino en el corazón muerto. Es la nueva circuncisión. Y Yo me circuncido por todo el mundo. No sacrifico la parte inútil, sino que quebranto mi

magnífica, sana, pura virilidad, completamente la sacrifico, y de los miembros mutilados, de las venas abiertas, tomo mi Sangre, y trazo sobre la Humanidad anillos de salvación, anillos de eternos desposorios con el Dios que está en los Cielos, con el Padre que espera, y digo: "Mira, ahora no puedes rechazarlos porque rechazarías *tu* Sangre".

"Y Moisés dijo: '... y luego sumergid un manojo de hisopo en la sangre y asperjad con sangre las jambas'". ¿No basta entonces la sangre? No basta. A mi sangre debe unirse vuestro arrepentimiento. Sin el arrepentimiento, amargo y saludable, inútilmente Yo para vosotros moriré.

Ésta es la primera palabra que en el Libro habla del Cordero redentor. Pero están presentes estas palabras en todo el Libro. De la misma manera que, con cada vez que el Sol nace, más espeso se hace el florecimiento en estas ramas, así, a medida que un año va sucediendo al otro y se aproxima el tiempo de la Redención, el florecimiento de palabras se hace más tupido.

[8]Y ahora Yo, con Zacarías, os digo, a vosotros por Jerusalén: "Ved 589.8
al Rey que viene lleno de mansedumbre cabalgando una asna y un pollino. Él es pobre". Pero disperderà a los poderosos que oprimen al hombre. Es manso, y, no obstante, su brazo alzado para bendecir vencerá sobre el demonio y la muerte. "Él anunciará la paz, porque es el Rey de la paz". Estando clavado, extenderá su dominio de mar a mar. "Él, que no grita, que no quebranta, que no extingue al que no es luz sino humo, al que no es fuerza sino debilidad, al que merece toda reprensión, Él, hará justicia según la verdad". Tu Mesías, oh ciudad de Sión, tu Mesías, oh pueblo del Señor, tu Mesías, oh pueblo de la Tierra.

"Sin tristeza y sin mostrarse turbulento". Y vosotros veis que no tengo la tristeza apesadumbrada del vencido, ni la rencorosa del perverso, sino solamente la seriedad de quien ve hasta qué punto puede llegar la posesión de Satanás en el hombre; y veis cómo, pudiendo reducir a cenizas y desbaratar con una sola pulsación de mi voluntad, he tendido las manos como invitación de amor, a todos, sin descanso. ¡Y otra vez las alargaré, y serán heridas! "Sin tristeza ni turbulencia, conseguiré establecer mi Reino". Ese Reino de Cristo en que reside la salvación del mundo.

Me dice el Padre, Señor eterno: "Te he llamado, te he tomado de la mano, te he establecido como alianza entre los pueblos y Dios, te he hecho luz de las naciones". Y Luz he sido. Luz para abrir los ojos a los ciegos, palabra para dar el habla a los sordos, llave para abrir las mazmorras subterráneas de los que estaban en las tinieblas del error.

[9]Y ahora, Yo que soy todo esto, voy a la muerte. Entro en la obscu- 589.9

ridad de la muerte. La muerte, ¿comprendéis?... Estas primeras cosas anunciadas, que se están cumpliendo, las digo Yo también con el profeta; las otras os las diré antes de que nos separe el Demonio.

Allí en el fondo está Sión. Id por el asna y el pollino. Decidle al hombre: "Son necesarios para el Rabí Jesús. Y decid a mi Madre que estoy llegando. Ella está allá, en aquel rellano, con las Marías; me está esperando. Es mi triunfo humano... Que sea también su triunfo. Unidos siempre. ¡Oh, unidos!...

¿Y quién es ese corazón de hiena que con un golpe de su pata armada de uñas separa el corazón del corazón materno: a mí, a su Hijo? ¿Un hombre? No. Todo hombre nace de una mujer. Por reflejo instintivo y por reflejo moral, no puede arremeter contra una madre porque piensa en la "suya". Un hombre, pues, no es. ¿Quién, entonces? Un demonio. ¿Pero puede un demonio agredir a la Vencedora? Para agredirla debe tocarla. Y Satanás no soporta la luz virginal de la Rosa de Dios. ¿Y entonces? ¿Quién creéis que es? ¿No habláis? Yo entonces lo digo. El demonio más astuto se ha fundido con el hombre más degenerado y, como el veneno en los dientes del áspid, así está cerrado dentro de él, que puede acercarse a la Mujer, y así, proditoriamente, morderla.

¡Maldito sea el híbrido monstruo que es Satanás y que es hombre! ¿Le maldigo? No. No es propia del Redentor esta palabra. Entonces digo al alma de este híbrido monstruo lo que dije a Jerusalén, monstruosa ciudad de Dios y de Satanás: "¡Oh, si en esta hora que todavía se te concede supieras venir a tu Salvador!". ¡No hay amor mayor que el mío! Ni tampoco mayor poder. También el Padre consiente, si Yo digo: "Quiero", y Yo no sé pronunciar sino palabras de piedad para los que han caído y me tienden los brazos desde su abismo.

Alma del mayor pecador, tu Salvador, ante el umbral de la muerte, se inclina hacia tu abismo y te invita a tomar su mano. No será impedida mi muerte... Pero tú... pero tú, a quien amo aún... te salvaría. Y el alma de tu Amigo no se estremecería de horror al pensar que por obra de su amigo conoce el horror del morir, y de *este* morir...».

Jesús calla... agobiado...

589.10 [10]Los apóstoles hablan en voz baja y se preguntan: «¿Pero de quién habla? ¿Quién es?».

Y Judas, descarado en el mentir: «Sin duda es uno de los falsos fariseos... Yo creo que José o Nicodemo, o Cusa o Manahén... A todos les preocupan los primeros puestos y las riquezas... Sé que Herodes... Y sé que el Sanedrín. ¡Él se ha fiado de ellos *demasiado*! ¡Fijaos como ayer tampoco estaban presentes! No tienen el valor de hacerle frente...».

Jesús no oye. Ha ido adelante y ha llegado donde su Madre, que está con las Marías y con Marta y Susana. Sólo falta Juana de Cusa en el grupo de las pías mujeres.

* [11]Cuando hagáis la obra completa, aquí meteréis las otras partes que daré y que diré. 589.11

590. El llanto ante Jerusalén y la entrada triunfal en la Ciudad Santa.

30 de marzo de 1947.

[1]Jesús pasa su brazo sobre los hombros de su Madre, que se había levantado cuando Juan y Santiago de Alfeo habían llegado donde Ella para decirle: «Tu Hijo viene». Luego éstos habían regresado para reunirse con sus compañeros, que caminan lentamente, y van hablando. Mientras, Tomás y Andrés han ido ligeros hacia Betfagé para buscar al asna y al pollino y llevarlos a Jesús. 590.1

Jesús, entretanto, habla a las mujeres. «Hemos llegado a la ciudad. Os aconsejo que os marchéis y vayáis seguras. Entrad antes que Yo en la ciudad. En En Rogel están todos los pastores y los discípulos más leales. Tienen la orden de escoltaros y protegeros».

«Es que... Hemos hablado con Aser de Nazaret y Abel de Belén de Galilea, y también con Salomón. Habían venido hasta aquí para observar tu llegada. La muchedumbre prepara una gran fiesta. Y queríamos ver... ¿Ves cómo se agitan las copas de los olivos? No es el viento el que las agita de ese modo. Es la gente, que coge ramas para sembrar de ellas el camino y para resguardarte del sol. ¡¿Y allá?! Mira, allá están quitando a las palmas sus ventalles. Parecen racimos, pero son hombres que han trepado a los troncos para coger y coger... Y en las laderas puedes ver cómo los niños, agachados, recogen flores. Y las mujeres, sin duda, están despojando huertos y jardines de corolas y hierbas olorosas para sembrarte el camino de flores. Nosotras queríamos ver... e imitar el gesto de María de Lázaro, que recogió todas las flores pisadas por tu pie cuando entraste en el jardín de Lázaro» ruega, por todas, María de Cleofás.

Jesús acaricia en la mejilla a su anciana pariente, que parece una niña deseosa de ver un espectáculo, y le dice: «En medio de la masa de gente no veríais nada. Id adelante. A la casa de Lázaro. La que está custodiada por Matías. Pasaré por allí y me veréis desde arriba».

---

* *Cuando*, es una anotación, a lápiz, de MV en un cuaderno autógrafo.

«Hijo mío... ¿y vas solo? ¿No puedo estar a tu lado?» dice María, alzando una cara muy triste y fijando sus ojos de cielo en su dulce Hijo.

«Quisiera rogarte que estuvieras oculta. Como la paloma en la hendidura de la roca. ¡Más que tu presencia me es necesaria tu oración, Mamá amada!».

«Si es así, Hijo mío, nosotras oraremos. Todas. Por ti».

«Sí. Después de verle pasar, vendréis con nosotras a mi palacio de Sión. Y mandaré servidores al Templo y siempre detrás del Maestro, para que nos traigan sus órdenes y sus noticias» decide María de Lázaro, siempre rápida en captar lo que es mejor hacer y en hacerlo sin vacilación.

«Tienes razón, hermana. Aunque me duela no seguirle, comprendo la justicia de la orden. Y, además, Lázaro nos ha dicho que no contradigamos al Maestro en nada, sino que le obedezcamos hasta en las cosas menos importantes. Y lo haremos».

«Pues entonces marchaos. ¿Veis? Las calles se animan. Están llegando los apóstoles. Marchaos. La paz sea con vosotras. Os mandaré llamar en las horas que juzgue buenas. Mamá, adiós. Ten paz. Dios está con nosotros». La besa y se despide de ella. Y las obedientes discípulas se marchan solícitas.

590.2 [2]Los diez apóstoles llegan donde Jesús. «¿Las has mandado adelante?».

«Sí. Verán desde una casa mi entrada».

«¿Desde qué casa?» pregunta Judas de Keriot.

«¡Son ya muchas las casas amigas!» dice Felipe.

«¿No la de Analía?» insiste Judas Iscariote.

Jesús responde negativamente y se encamina hacia Betfagé, que está poco lejos.

Cercana ya la tiene cuando vuelven los dos que habían sido enviados por el asna y el pollino. Gritan: «Hemos encontrado las cosas como habías dicho. Y te habríamos traído los animales. Pero el dueño quiere almohazarlos y adornarlos con los mejores jaeces, para honrarte. Y los discípulos, unidos a los que han pasado la noche en las calles de Betania, para honrarte, quieren tener el honor de traértelos. Nosotros hemos asentido. Nos ha parecido que su amor merecía un premio».

«Habéis hecho bien. Entretanto, vamos adelante».

«¿Son muchos los discípulos?» pregunta Bartolomé.

«¡Oh, una multitud! No se logra entrar por las calles de Betfagé. Por eso le he dicho a Isaac que lleve el asno a casa de Cleante el quesero» responde Tomás.

«Has hecho bien. Vamos hasta aquel rellano del collado. Vamos a esperar a la sombra de aquellos árboles un poco».

Van a donde Jesús señala.

«¡Pero nos alejamos! ¡Pasas Betfagé rodeándola por detrás!» exclama Judas Iscariote.

«Y si quiero hacerlo, ¿quién me lo puede prohibir? ¿Acaso estoy ya prisionero, de forma que no me sea lícito ir a donde quiera? ¿Es que hay prisa en que lo esté y se teme que pueda evadirme de la captura? Y, si juzgara oportuno alejarme por lugares más seguros, ¿alguien podría impedírmelo?». Jesús asaetea con sus ojos al Traidor, que ya no abre la boca y que se encoge de hombros como diciendo "haz lo que te parezca".

En efecto, dan la vuelta por detrás del pueblecito, que yo diría que es un suburbio de la propia ciudad, porque por el lado oeste está verdaderamente muy poco separado de la ciudad, formando parte ya de las laderas del Monte de los Olivos, que corona a Jerusalén por el lado oriental. Abajo, entre las laderas y la ciudad, el Cedrón brilla bajo el sol de abril.

Jesús se sienta en aquel silencio verde y se concentra en sus pensamientos. Luego se levanta y va justo hasta el borde del rellano.

[3]Dicè Jesús: «Aquí pondrás la visión del 31 de julio de 1944: "Je- 590.3
sús llora ante Jerusalén", desde la frase que te he dicho como principio de la visión». Y luego, de nuevo, me muestra las fases de su entrada triunfal.

30 de julio de 1944.

[4]No sé cómo voy a describir, porque me siento tal mal del corazón 590.4
que a duras penas puedo estar sentada. Pero, bueno, así es. Debo escribir lo que veo.

Se me ilumina el Evangelio de hoy, noveno domingo después de Pentecostés.

Desde un collado cercano a Jerusalén, Jesús mira a la ciudad, que se extiende a sus pies. No es un collado muy alto: como mucho, como puede serlo la plaza de San Miniato del monte, en Florencia. Pero basta para que la vista domine la extensión de todas las casas y calles que suben y bajan por las pequeñas elevaciones de terreno que constituyen Jerusalén. Este collado, eso sí, respecto al Calvario, es mucho más alto, si se toma el nivel más bajo de la ciudad; y está más cerca de la muralla. Comienza verdaderamente a dos pasos de ésta. Por esta parte de las murallas, se eleva con pronunciado desnivel, mientras que, por la otra, desciende suavemente hacia una campiña

toda verde que se extiende hacia el Este (al menos me parece el Oriente, si juzgo bien la luz solar).

Jesús y los suyos están bajo un grupo de árboles, a la sombra, sentados. Descansan del camino recorrido. Luego Jesús se levanta, deja el espacio arbolado donde estaban sentados y se llega justo hasta el borde del rellano. Su alto físico —así, erguido y solo, parece todavía más alto— destaca neto en el vacío que le rodea. Tiene las manos recogidas sobre el pecho, sobre el manto azul, y mira serio, serio.

Los apóstoles le observan. Pero no le estorban, no moviéndose ni hablando. Deben pensar que se ha separado para orar.

Pero Jesús no está rezando. Primero mira durante un tiempo largo a la ciudad, mira a todos sus barrios y a todas sus elevaciones y a todos sus detalles, a veces fijando su mirada largamente en éste o en aquel punto, otras veces con menor insistencia; luego se echa a llorar, sin convulsiones ni ruido. Las lágrimas llenan las órbitas, luego salen y ruedan por las mejillas y caen... Lagrimones silenciosos y llenos de tristeza, como de una persona que sabe que *debe* llorar solo, sin esperar consuelo y comprensión de alguien, por un dolor que *no puede* ser anulado y que, sin remisión, *debe* ser sufrido.

590.5 [5]El hermano de Juan, por su posición, es el primero que ve ese llanto y se lo dice a los otros, los cuales, asombrados, se miran.

«Ninguno de nosotros ha hecho alguna cosa mal» dice uno, y otro: «Tampoco ha habido insultos de la gente, ni estaba entre ella ninguno de sus enemigos». «¿Por qué llora entonces?» pregunta el más anciano de todos.

Pedro y Juan se levantan al mismo tiempo y se acercan al Maestro. Piensan que lo único que debe hacerse es hacerle sentir que le quieren y preguntarle qué le sucede.

«Maestro, ¿estás llorando?» dice Juan mientras apoya su cabeza rubia en el hombro de Jesús, que le supera en altura todo el cuello y la cabeza. Y Pedro, poniéndole una mano en la cintura, ciñéndole casi con un abrazo para arrimarle hacia sí, le dice: «¿Qué te aflige, Jesús? Dínoslo a nosotros, que te queremos».

Jesús apoya la mejilla en la cabeza rubia de Juan, y, abriendo los brazos, pasa a su vez el brazo por el hombro de Pedro. Permanecen en este abrazo los tres, en una postura de mucho amor. Pero el llanto sigue goteando.

Juan, que siente que desciende entre sus cabellos, le pregunta de nuevo: «¿Por qué lloras, Maestro mío? ¿Es que te hemos adolorado nosotros?».

Los otros apóstoles se han añadido al grupo amoroso y ansiosamente esperan una respuesta.

«No» dice Jesús. «No vosotros. Vosotros sois amigos míos, y la amistad, cuando es sincera, es bálsamo y sonrisa, nunca llanto. [6]Quisiera que permanecierais siempre en esta amistad conmigo, incluso ahora, que vamos a entrar en la corrupción que fermenta y que pudre a quien no tiene decidida voluntad de conservarse honesto». 590.6

«¿A dónde vamos, Maestro? ¿No a Jerusalén? La gente ya te ha saludado con alegría. ¿Quieres defraudarla? ¿Es que vamos a Samaria para algún prodigio? ¿Justo ahora, que la Pascua está cercana?». Varios al mismo tiempo hacen las preguntas.

Jesús levanta las manos e impone silencio. Luego, con la derecha, señala a la ciudad. Un gesto amplio, como de una persona que fuera sembrando delante de sí. Y dice: «Ésa es la Corrupción. Entramos en Jerusalén. Entramos en ella. Y sólo el Altísimo sabe cómo quisiera santificarla llevando a ella la Santidad que viene de los Cielos. *Santificar de nuevo*, a esta que debería ser la Ciudad santa. Pero no podré hacerle nada. Corrompida está y corrompida se queda. Y los ríos de santidad que brotan del Templo vivo, y que más aún brotarán dentro de pocos días hasta dejarle vacío de vida, no serán suficientes para redimirla. Vendrá al Santo la Samaria y el mundo pagano. Sobre los templos falsos se alzarán los templos del Dios verdadero. Los corazones de los gentiles adorarán al Cristo. Pero este pueblo, esta ciudad le será siempre adversa y su odio la llevará al mayor de los pecados. [7]Ello debe suceder. ¡Pero, ay de aquellos que sean instrumentos de este delito! ¡Ay de ellos!...». 590.7

Jesús mira fijamente a Judas, que está casi enfrente de Él.

«Eso a nosotros no nos sucederá nunca. Somos tus apóstoles y creemos en ti, dispuestos a morir por ti». Judas miente desvergonzadamente y resiste la mirada de Jesús sin turbación. Los otros unen a ello sus declaraciones en la misma línea.

Jesús responde a todos, evitando responder a Judas directamente.

«Quiera el Cielo que así seáis. Pero en vosotros hay todavía mucha debilidad y la tentación podría haceros semejantes a los que me odian. Orad mucho y velad mucho por vosotros mismos. Satanás sabe que está para ser derrotado y quiere vengarse arrebatándoos de mis manos. Satanás está alrededor de todos nosotros: de mí, para impedirme hacer la voluntad del Padre y cumplir mi misión; de vosotros, para reduciros a siervos suyos. Velad. Dentro de esas murallas, Satanás se apoderará de aquel que no sepa ser fuerte. Aquel para quien el haber sido elegido será maldición, porque hizo de su elección una finalidad humana. Os he elegido para el Reino de los Cielos y no para el del mundo. Recordad esto. [8]Y tú, ciudad que quieres tu destrucción, ciudad por la que lloro: que sepas que tu Cristo ora por 590.8

tu redención. ¡Ah, si al menos en esta hora que te queda supieras venir a quien sería tu paz! ¡Si al menos comprendieras en esta hora al Amor que pasa por ti, y te despojaras del odio que te ciega y te enloquece, que te hace cruel respecto a ti misma y a tu bien! ¡Pero llegará el día en que recordarás esta hora! ¡Demasiado tarde, entonces, para llorar y arrepentirte! El Amor habrá pasado y habrá desaparecido de tus calles. Quedará el Odio que has preferido. Y el Odio se volverá contra ti, contra tus hijos. *Porque se tiene lo que se ha querido y el odio se paga con el odio.* Y no será, entonces, un odio de fuertes contra inermes, sino odio contra odio, y, por tanto, guerra y muerte. Acorralada por trincheras y soldados, languidecerás antes de ser destruida y verás caer a tus hijos por armas y hambre y a los supervivientes ir como prisioneros, y los verás escarnecidos, y pedirás misericordia, mas no la hallarás porque no has querido conocer tu Salud. Lloro, amigos, porque tengo corazón de hombre y las ruinas de la patria le sacan lágrimas. Pero es justo que esto se cumpla, porque la corrupción supera entre estas murallas todo límite y atrae el castigo de Dios. ¡Ay de los ciudadanos que sean causa del mal de la patria! ¡Ay de los dirigentes, que son la causa principal de ello! ¡Ay de aquellos que deberían ser santos para conducir a los demás a la honestidad, y que, al contrario, profanan la Casa de su ministerio y se profanan a sí mismos! Venid. De nada servirá mi acción. Pero ¡hagamos que la Luz resplandezca una vez más en las Tinieblas!».

Y Jesús desciende, seguido por los suyos. Va rápido por el camino, el rostro serio, yo diría: casi ceñoso. Y ya no habla. Entra en una casita que está al pie del collado. Y ya no veo más.

590.9 [9]Dice Jesús:

«La escena narrada por Lucas parece sin conexión, casi ilógica. ¿Lamento las desdichas de una ciudad culpable y no tengo conmiseración de sus hábitos? No, no tengo, *no puedo* tener conmiseración de ellos, porque son precisamente estos hábitos los que engendran las desdichas; y verlos agudiza mi dolor. Mi ira contra los profanadores del Templo es la lógica consecuencia de mi meditación sobre las ya cercanas desdichas de Jerusalén.

Los castigos del Cielo están siempre provocados por las profanaciones del culto de Dios y de la Ley de Dios. Haciendo de la Casa de Dios una cueva de ladrones, aquellos sacerdotes indignos y aquellos indignos creyentes (de nombre sólo) atraían para todo el pueblo maldición y muerte. Es inútil dar uno u otro nombre al mal que hace sufrir a un pueblo; buscad su justo nombre en esto: "Castigo por una vida de animales". Dios se retira y el Mal avanza. Éste es el fruto de

una vida nacional indigna del nombre de cristiana.

Como entonces, tampoco ahora, en esta fracción de siglo, he dejado de aguijar y llamar; pero, como entonces, lo único que he obtenido para mí y para los instrumentos por mí usados ha sido burla, indiferencia y odio. Recuerden, no obstante, las personas en particular y las naciones, recuerden que inútilmente lloran cuando antes no quisieron conocer su salvación. Inútilmente me invocan cuando en la hora en que me hallaba con ellos me expulsaron con una guerra sacrílega que, partiendo de las conciencias particulares, devotas del Mal, se extendió por toda la Nación. Las Patrias no se salvan tanto con las armas, cuanto con una forma de vida que atraiga las protecciones del Cielo.

Descansa, pequeño Juan. Y trata de ser siempre fiel a tu elección. Ve en paz».

¡Qué esfuerzo! ¡Verdaderamente no puedo más...!

[30 de marzo de 1947]

590.10 [10]Casi no ha tenido tiempo Jesús de entrar en la casa bendiciendo a los que en ella moran, y ya se oye el sonido alegre de cascabeles y voces festivas. Un instante después, la cara enjuta y pálida de Isaac aparece en la abertura de la puerta y el fiel pastor entra y se postra ante su Señor Jesús.

En el marco de la puerta, abierta de par en par, se apiñan muchas caras (y detrás se ven todavía más). Gente que choca, que se apretuja, que quiere abrirse paso... Algún grito de mujer, algún llanto de niño atrapado en medio del gentío, y gritos de saludo y exclamaciones festivas: «¡Dichoso este día que te trae de nuevo a nosotros! ¡La paz a ti, Señor! Bien vuelves, Maestro, a premiar nuestra fidelidad».

Jesús se pone en pie y hace ademán de hablar. Todos callan. La voz de Jesús se oye con nitidez. «¡Paz a vosotros! No os apretujéis. Vamos a subir juntos al Templo. He venido para estar con vosotros. ¡Paz! ¡Paz! No os hagáis daño. ¡Dejad paso, amados míos! Dejadme salir, y seguidme, porque entraremos juntos en la Ciudad santa».

590.11 [11]La gente, bien o mal, obedece. Y se abre un poco de camino. Lo suficiente como para que Jesús pueda salir y montar en el pollino (porque Jesús señala como cabalgadura para Él el pollino que hasta ahora nunca ha sido montado). Entonces, unos ricos peregrinos comprimidos entre el gentío extienden sobre la grupa del animal sus suntuosos mantos, y uno de ellos hinca una rodilla en tierra mientras con la otra hace de escalón para el Señor, que se sienta en la grupa del pollino de asna. El viaje empieza. Pedro va a un lado del Maestro e Isaac al otro, teniendo las bridas del animal, que aunque

no esté domado camina tranquilo, como si estuviera acostumbrado a ese oficio, sin inquietarse o asustarse de las flores que a menudo —dado que las arrojan hacia Jesús— le dan al animalito en los ojos o en el blando morro; ni tampoco de las ramas de olivo y de las hojas de palma que la gente agita delante y alrededor de él, arrojadas al suelo para que hagan de alfombra junto con las flores; ni de los gritos, cada vez más fuertes, de: «¡Hosanna, Hijo de David!» que se elevan al cielo sereno mientras la muchedumbre se va adensando cada vez más y aumenta por otros que han llegado nuevos.

Pasar por Betfagé, por entre las callejuelas estrechas y tortuosas, no es cosa fácil. Las madres deben coger en brazos a los niños, y los hombres deben proteger de golpes demasiado violentos a las mujeres. Y algún padre monta a su hijito a caballo de sus hombros y le lleva así alto, más alto que la gente, mientras las vocecitas de los niños parecen balidos de corderos o chillidos de golondrinas y sus manitas echan las flores y hojas de olivo que les dan sus madres, y también besos, al manso Jesús...

Una vez fuera del pequeño arrabal, el cortejo se ordena y se extiende. Muchos, diligentemente, se adelantan para ir abriendo la marcha liberando el camino. Otros los siguen, esparciendo ramos en el suelo. Uno tiene la iniciativa de arrojar su manto como alfombra, y otro y cuatro y diez y cien y mil le imitan. La calle presenta en su centro una faja multicolor de indumentos extendidos en el suelo. Una vez que Jesús pasa, recogen los indumentos y los llevan más adelante, con otros, con otros, y más flores, ramos, hojas de palma, que la gente agita y arroja; y se elevan gritos más fuertes en torno al Rey de Israel, al Hijo de David, a su Reino, en torno a Él y en honor de Él.

590.12 [12]Los soldados que están de guardia en la puerta salen a ver qué sucede. Pero como no se trata de una sedición, apoyados en sus lanzas se hacen a un lado y observan admirados o irónicos el extraño cortejo de ese Rey que cabalga un pollino de asna, hermoso Él como un dios, humilde como el más pobre de los hombres, manso, bendecidor... rodeado de mujeres y niños y hombres desarmados que gritan: «¡Paz! ¡Paz!»; de este Rey que antes de entrar en la ciudad se detiene un momento a la altura de los sepulcros de Hinnón y de Siloán (creo que refiero bien estos lugares donde he visto milagros de leprosos otras veces), y apoyándose en el único estribo en que descansa su pie —pues está sentado en el asno, no a caballo de él—, se yergue y abre los brazos mientras eleva su voz en dirección a aquellas laderas horrendas (donde se asoman caras y cuerpos horrorosos mirando hacia Jesús y alzando el grito quejumbroso de los leprosos: «¡Estamos infectados!», para alejar a algunos imprudentes que, con tal de ver a

Jesús, subirían incluso a esos corrompidos e infectados rellanos): «¡El que tenga fe en mí que invoque mi Nombre y reciba por ello la salud!», y bendice para reanudar luego la marcha, ordenando a Judas de Keriot: «Comprarás alimentos para los leprosos y, con Simón, se los llevarás antes de que anochezca».

[13]Cuando el cortejo entra por debajo de la bóveda de la puerta de 590.13
Siloán y luego, como un torrente, irrumpe dentro de la ciudad, al pasar por el barrio de Ofel —donde todas las terrazas se han transformado en una pequeña, aérea plaza colmada de gente jubilosa que arroja a la calle flores y perfumes, tratando de que caigan sobre el Maestro, y el aire está saturado del olor de las flores que mueren bajo los pasos de las turbas y de la esencia que se esparce en el aire antes de caer al polvo del camino—, al pasar por el barrio de Ofel, el grito de la multitud parece aumentar y hacerse fuerte como si cada uno lo gritara con una bocina, porque los espacios abovedados de que está llena Jerusalén lo amplifican con resonancias continuas.

Oigo gritar, y creo que quiere decir lo que escriben los evangelistas: «¡Salem, Salem melquil!» (o malquit: trato de representar el sonido de las palabras, pero es difícil porque tienen aspiraciones que nosotros no tenemos). Es un grito continuo, semejante al bramido de un mar en tempestad en que antes de que cese el fragor del golpe que azota playas y escolleras ya otro golpe lo recoge y lo alza de nuevo formando un nuevo fragor, sin tregua alguna. ¡Estoy ensordecida...!

Perfumes, olores, gritos, agitación de ramos y de indumentos, colores, chillidos... Es una visión que aturde.

[14]Veo mezclarse continuamente a la muchedumbre, aparecer y de- 590.14
saparecer caras conocidas: todos los discípulos de todos los lugares de Palestina, todos los seguidores... Veo a Jairo, a Yaia —me parece—, el jovencito de Pel.la que era ciego como su madre y al que Jesús curó. Veo a Joaquín de Bosra y a aquel campesino de la llanura de Sarón con sus hermanos; veo al anciano y solitario Matías en cuya casa, de aquel lugar del Jordán (orilla oriental), Jesús se refugió mientras todo estaba inundado; y a Zaqueo con sus amigos convertidos; veo al anciano Juan de Nob con casi todos los habitantes de esta ciudad; veo al marido de Sara de Yuttá... Pero ¿quién puede llevar la cuenta de caras y nombres, si es un calidoscopio de caras conocidas y desconocidas, vistas varias veces o una vez sólo?... Y ahora la cara del pastorcito de Enón, y junto a él el discípulo de Corazín que dejó de sepultar a su padre por seguir a Jesús; y, al lado de él, un instante, al padre y la madre de Benjamín de Cafarnaúm con su hijito, que por poco si se cae debajo de las patas del asno por echarse hacia delante y recibir una caricia de Jesús.

590.15 [15]Y —por desgracia— caras de fariseos y escribas (lívidos de ira por este triunfo) que hienden atropelladores el círculo de amor apiñado en torno a Jesús, y gritan: «¡Manda callar a estos locos! ¡Hazles entrar en razón! ¡Los hosanna son sólo para Dios! ¡Di que se callen!».

A lo cual Jesús responde dulcemente: «¡Aunque les dijera que se callasen y me obedecieran, las piedras gritarían los prodigios del Verbo de Dios!».

Y es que, en efecto, la gente, además de gritar: «¡Hosanna, hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna a Él y a su Reino! ¡Dios está con nosotros! ¡El Emmanuel ha venido! ¡Ha venido el Reino del Cristo del Señor! ¡Hosanna! ¡Hosanna desde la Tierra hasta lo alto del Cielo! ¡Paz! ¡Paz, mi Rey! ¡Paz y bendición a ti, Rey santo! ¡Paz y gloria en los Cielos y en la Tierra! ¡Gloria a Dios por su Cristo! ¡Paz a los hombres que le saben acoger! ¡Paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad y gloria en los Cielos Altísimos porque la hora del Señor ha venido!» (y quien grita esto último es el grupo compacto de los pastores, que repiten el grito natalicio); además de estas exclamaciones continuas, la gente de Palestina narra a los peregrinos de la Diáspora los milagros que han visto, y, a quienes no saben lo que está sucediendo —por ser extranjeros, de paso fortuitamente por la ciudad— y que preguntan: «¿Pero quién es éste?, ¿qué sucede», les explican: «¡Es Jesús!, ¡Jesús, el Maestro de Nazaret de Galilea! ¡El Profeta! ¡El Mesías del Señor! ¡El Prometido! ¡El Santo!».

De una casa —sobrepasada su puerta poco antes porque la marcha es lentísima en medio de tanta confusión— sale un grupo de robustos jóvenes llevando en alto recipientes de cobre llenos de carbones encendidos, y de incienso que arde y esparce nubes de humo oloroso. Y otros recogen este gesto y lo repiten, de forma que muchos corren adelante o vuelven hacia atrás, a sus casas, para proveerse de fuego y resinas olorosas para quemarlas en honor del Cristo.

590.16 [16]Aparece la casa de Analía; la terraza, enguirnaldada con vid de hojas nuevas, temblorosas por un leve viento abrileño; presenta en el lado de la calle toda una fila de jovencitas vestidas y veladas de blanco —en cuyo centro está Analía—, con cestos de pétalos de rosas deshojadas y de muguetes, que ya revolean en el aire.

«¡Las vírgenes de Israel te saludan, Señor!» dice Juan, que se ha abierto paso y ahora está al lado de Jesús, atrayendo su atención hacia la guirnalda de pureza que se asoma sonriendo tras el pretil para sembrar la calle de pétalos rojos como la sangre y muguetes blancos como perlas.

Jesús sujeta un instante los ramales y para al pollino. Levanta la

cara y la mano para bendecir a esa virginidad, enamorada de Él hasta el punto de renunciar a todo amor terreno.

Y Analía se echa hacia delante y grita: «¡He visto tu triunfo, Señor! ¡Toma mi vida para tu glorificación universal!» y, mientras Jesús pasa por debajo de su casa y prosigue, le saluda con un grito altísimo: «¡Jesús!».

Y otro, un grito distinto, sobrepuja el clamor de la muchedumbre. Pero la gente, a pesar de oírlo, no se detiene. Es un río de entusiasmo, un río irrefrenable de pueblo en delirio. Y, mientras las últimas ondas de este río están todavía fuera de las puertas, las primeras ya acometen las subidas que conducen al Templo.

590.17 [17]«¡Ahí está tu Madre!» grita Pedro señalando a una casa situada casi en la esquina de una calle que sube al Moria y por la que el cortejo se encanala. Y Jesús alza su cara para sonreír a su Madre, que está allí arriba entre las mujeres fieles.

Un tapón producido por una nutrida caravana detiene al cortejo pocos metros después de haber sobrepasado la casa. Mientras Jesús y los otros se detienen y Él acaricia a los niños que las madres le presentan, acude un hombre y se abre paso gritando: «¡Dejadme pasar! Una mujer ha muerto. Una niña. De repente. La madre pide la presencia del Maestro. ¡Dejadme pasar! ¡Ya la salvó una vez!».

La gente abre paso y el hombre se apresura a ir hasta Jesús: «Maestro, la hija de Elisa ha muerto. Te ha saludado con aquel grito. Luego ha caído hacia atrás diciendo: "¡Soy feliz!" y ha expirado. Su corazón, con el gran júbilo de verte triunfador, se ha quebrado. Su madre me ha visto en la terraza que está al lado de su casa y me ha dicho que viniera a llamarte. ¡Ven, Maestro!».

«¡Muerta! ¡Muerta Analía! ¡Pero si estaba sana, lozana, feliz ayer mismo!». Los apóstoles se arremolinan inquietos, los pastores también. Todos la han visto el día anterior en perfecto estado de salud. Poco antes la han visto rosada, sonriente... No comprenden esta desventura... Quieren saber, preguntan los pormenores...

«No lo sé. Todos habéis oído sus palabras. Hablaba fuerte, segura. Luego la vi ceder hacia atrás, más blanca que sus vestidos, y oí a su madre que gritaba... No sé nada más».

590.18 [18]«No os inquietéis. No está muerta. Ha caído una flor y los ángeles de Dios la han recogido para llevarla al seno de Abraham. Pronto la azucena de la Tierra se abrirá feliz en el Paraíso, e ignorará para siempre el horror del mundo. Hombre, di a Elisa que no llore por el destino de su criatura. Dile que Dios ha otorgado una *especial* gracia a Analía, y que dentro de seis días comprenderá qué gracia ha concedido Dios a su hija. No lloréis. Que no llore nadie. Su exaltación es

aún mayor que la mía, porque cortejo de la virgen son los ángeles para llevarla a la paz de los justos. Y es una exaltación eterna, que aumentará de grado y no conocerá nunca merma. En verdad os digo que tenéis motivo de llanto en todos vosotros y no en Analía. Vamos». Y repite a los apóstoles y a quienes están alrededor de Él: «Ha caído una flor. Se ha echado en paz y los ángeles la han recogido. Dichosa la pura de carne y corazón, porque pronto verá a Dios».

«¿Pero cómo, de qué ha muerto, Señor?» pregunta Pedro, que no logra comprender.

«De amor, de éxtasis, de gozo infinito. ¡Una muerte feliz!».

Los que están muy adelante no saben lo que está sucediendo; los que están muy atrás, tampoco. Por tanto, los gritos de hosanna continúan, aunque aquí, junto a Jesús, se haya creado un círculo de pensativo silencio.

Juan lo rompe: «¡Quisiera seguir su misma suerte antes de los momentos que van a venir!».

«Yo también» dice Isaac. «Quisiera ver el rostro de la jovencita muerta de amor por ti...».

«Os ruego que me sacrifiquéis vuestro deseo. Necesito teneros a mi lado...».

«No te dejaremos, Señor. ¿Pero, para la madre, ningún consuelo?» pregunta Natanael.

«Me ocuparé de que lo tenga».

590.19 [19]Están ya ante las puertas de las murallas del Templo. Jesús baja del jumento. Uno de Betfagé se encarga de cuidar del pollino.

Hay que tener en cuenta que Jesús no se ha parado en la primera puerta del Templo, sino que ha orillado la muralla y no se ha detenido antes de llegar al lado norte de ésta, cerca de la Antonia. Ahí baja y entra en el Templo, como para mostrar que, sintiendo inocentes todas sus acciones, no se esconde del poder dominante.

El primer patio del Templo presenta el habitual jaleo de cambistas y vendedores de palomas, gorriones y corderos; sólo que ahora toda la gente deja plantados a los vendedores para ir a ver a Jesús. Jesús entra, majestuoso con su túnica purpúrea. Pasa su mirada por ese mercado. Mira a un grupo de fariseos y escribas que, bajo un pórtico, observan.

Le centellea de indignación el rostro. En un instante se pone en el centro del patio. Una reacción improvisa que ha parecido un vuelo, el vuelo de una llama (de llama es su túnica, en efecto, bajo el sol que inunda el patio): «¡Fuera de la casa de mi Padre! Éste no es lugar de usura ni de mercado. Está escrito: "Mi casa será llamada casa *

* *Está escrito*, en: *Isaías 56, 7*; *Jeremías 7, 11*.

de oración". ¿Por qué habéis transformado en cueva de ladrones esta casa en que se invoca el Nombre del Señor? ¡Fuera! Limpiad mi Casa: no os vaya a suceder que en vez de correas descargue sobre vosotros los rayos de la ira celeste. ¡Fuera! Fuera de aquí los ladrones, los estafadores, los deshonestos, los homicidas, los sacrílegos, los idólatras que tienen la peor idolatría: la del propio *yo* soberbio, los corruptores y los embusteros. ¡Fuera! ¡Fuera! Si no, Yo os digo que el Dios altísimo arrasará para siempre este lugar y tomará venganza contra todo un pueblo».

* No repite la agresión de la otra vez, con el azote, pero, viendo que mercaderes y cambistas vacilan en obedecer, va al banco más cercano y lo vuelca, esparciendo por el suelo balanzas y monedas.

Los vendedores y cambistas, visto este primer ejemplo, sin demora, ponen por obra la orden de Jesús, seguidos por el grito de Él: «¿Y cuántas veces voy a tener que decir que éste no debe ser lugar de inmundicia, sino de oración?». Mira a los del Templo, los cuales, obedientes a las órdenes del Pontífice, no emprenden gesto alguno de represalia.

[20]Limpio ya el patio, Jesús se dirige hacia los pórticos, bajo los 590.20
cuales hay ciegos, paralíticos, mudos, lisiados y otros enfermos que le invocan con fuerte voz.

«¿Qué queréis de mí?».

«¡La vista, Señor! ¡Los miembros! ¡Que mi hijo hable! ¡Que mi mujer se cure! ¡Nosotros creemos en ti, Hijo de Dios!».

«Que Dios os escuche. ¡Alzaos y alabad al Señor!».

No cura uno a uno a los muchos enfermos, sino que hace un amplio gesto con la mano, y de ella manan gracia y salud para estos pobrecillos que ahora se yerguen sanos y emiten gritos de júbilo que se mezclan con los de los muchos niños que se arriman a Jesús repitiendo: «¡Gloria, gloria al Hijo de David! ¡Hosanna a Jesús Nazareno, Rey de reyes y Señor de señores!».

Algunos fariseos, con fingida deferencia y voz alta dicen: «Maestro, ¿oyes lo que dicen? Estos niños dicen algo que no debe decirse. ¡Repréndelos! ¡Que callen!».

* «¿Por qué? ¿No dijo, acaso, el rey profeta, el rey de mi linaje: "De la boca de los niños y de los lactantes has hecho brotar la alabanza perfecta para confusión de tus enemigos"? ¿No habéis leído esas palabras del salmista? Dejad que los niños expresen mis alabanzas. Se las inspiran sus ángeles, que ven constantemente a mi Padre y conocen sus secretos y se los transmiten a estos inocentes. Ahora dejad-

* *de la otra vez*, en el primer año de la vida pública, en 53.4.
* *dijo*, en *Salmo 8, 3*.

me todos que vaya a orar al Señor» y, pasando por delante de la gente, se introduce en el patio de los israelitas para orar...

Luego, saliendo por otra puerta, pasando muy cerca de la piscina Probática, sale de la ciudad para volver hacia las lomas del monte de los Olivos.

590.21 [21]Se ve entusiastas a los apóstoles... Esta exaltación los hace sentirse seguros, hace que olviden completamente todo el terror que las palabras del Maestro habían suscitado... Hablan de todo... Ansían tener noticias acerca de Analía. No sin dificultad, Jesús los retiene —quieren ir—, asegurando que va a poner los medios que Él conoce... Sordos, sordos, sordos a toda voz divina de aviso... hombres, hombres, hombres a los que un grito de hosanna hace olvidar todo...

Jesús habla con los domésticos de María de Magdala, que se habían unido a Él en el Templo; luego se despide de ellos...

«¿Y ahora a dónde vamos?» pregunta Felipe.

«¿A casa de Marcos de Jonás?» dice Juan.

«No. Al campo de los Galileos. Quizá hayan venido mis hermanos. Quisiera saludarlos» dice Jesús.

«Podrás hacerlo mañana» le señala Judas Tadeo.

«Bueno es obrar mientras *se puede obrar*. Vamos donde los galileos. Se alegrarán de vernos. Vosotros tendréis noticias de las familias y Yo veré a los niños...».

«¿Y esta noche? ¿Dónde vamos a dormir? ¿En la ciudad? ¿En qué lugar? ¿Dónde está tu Madre? ¿En casa de Juana?» pregunta Judas Iscariote.

«No lo sé. Desde luego, en la ciudad no. Quizá todavía en alguna tienda galilea...».

«¿Pero por qué?».

«Porque soy el Galileo y amo a mi patria. Vamos».

Se ponen en marcha subiendo hacia el campo de los Galileos —todo un albear de tiendas bajo el alegre sol abrileño—, que está arriba, en el monte de los Olivos, orientado hacia Betania.

590.22 [22]Dice Jesús: «Mi paciente secretaria, coloca aquí la visión: "La noche del Domingo de Ramos" (4 de marzo de 1945), y que mi paz esté contigo».

591. Por la noche en Getsemaní. Los apóstoles llamados de nuevo a la realidad después de la embriaguez del triunfo.

4 de marzo de 1945.

[1]Jesús está con los suyos en la paz del Huerto de los Olivos. Se viene la noche, una templada noche de plenilunio. Están sentados en esos asientos naturales que son los desniveles del Huerto, los primeros, que se asoman a la placita natural formada por el calvero que está al principio del Getsemaní. El Cedrón, susurrador entre sus cantos, parece conversar animadamente consigo mismo; algún canto de ruiseñor, algún suspiro de brisa, nada más. 591.1

Jesús está hablando.

«Después de la exaltación de esta mañana, muy distinto tenéis el corazón. ¿Qué deberé decir? ¿Que le sentís aliviado? ¡Sí, según lo humano, aliviado! Habéis entrado en la ciudad temblando a causa de mis palabras. Cada uno en particular parecía temer a los esbirros, tras las murallas, preparados para caer sobre vosotros y prenderos.

[2]En todos hombre hay otro hombre, que se revela en las horas más graves. Existe el héroe, que en las horas de peligro se manifiesta en el hombre que el mundo siempre vio manso, en ese hombre al que el mundo juzgó insignificante; el héroe que dice ante la lucha: "Aquí estoy", que dice al enemigo, al avasallador: "Mídete conmigo". Existe el santo, que, mientras que todos huyen aterrorizados ante los sanguinarios deseosos de víctimas, dice: "Tomadme a mí como rehén y como víctima. Pago yo por todos". Existe el cínico, que ante las desventuras generalizadas saca beneficio propio, y que se ríe ante los cuerpos de las víctimas. Existe el traidor, que posee un coraje suyo particular: el del mal; el traidor, que es una amalgama del cínico y el cobarde (que es también una categoría que se manifiesta en los momentos más graves), porque cínicamente saca provecho de una desdicha y cobardemente se pasa al grupo más fuerte, atreviéndose, con tal de sacar provecho de ello, a hacer frente al desprecio de los enemigos y a las maldiciones de aquellos a quienes ha abandonado. En fin, existe —y es la categoría más difundida— el cobarde, que en el momento grave sólo es capaz de dolerse por haber sido reconocido como partidario de un grupo o de un hombre que ahora sufren condenación, y de huir... La culpa del cobarde no alcanza el grado de la del cínico, ni repugna como el traidor, pero muestra, eso sí, la imperfección de su estructura espiritual. Vosotros... esto sois. No digáis que no. Yo leo en las conciencias. 591.2

[3]Esta mañana, íntimamente, pensabais: "¿Qué nos va a suceder? 591.3

¿Iremos a la muerte también nosotros?" y la parte más baja gemía: "¡No teníamos que haberle seguido!...". Sí. Pero ¿os he engañado alguna vez? Ya desde mis primeras palabras os hablaba de persecución y muerte. Y cuando uno de vosotros, por exceso de admiración, *quiso* verme y presentarme como un rey (uno de los pobres reyes de la Tierra, pobre aunque fuera rey y restaurador del reino de Israel), inmediatamente corregí el error y dije: "Soy Rey del espíritu. Ofrezco privaciones, sacrificio, dolor. No tengo otra cosa. Aquí, en la Tierra, no tengo otra cosa. Pero después de mi muerte, y de vuestra muerte en mi fe, os daré un Reino eterno: el de los Cielos". ¿Acaso os hablé de otra manera? No. Vosotros mismos decís que no.

Y vosotros, entonces, decíais: "Sólo esto queremos: estar contigo, ser tratados como Tú y padecer por ti". Sí, ésas eran vuestras palabras. Y erais sinceros. Pero era porque razonabais sólo como niños, como niños distraídos. Os pensabais que seguirme era fácil y estabais tan cargados de la triple concupiscencia, que no podíais admitir que fuera verdad lo que Yo os señalaba. Pensabais: "Es el Hijo de Dios. Lo dice para probar nuestro amor. Pero el hombre no podrá agredirle. ¡Él, que obra milagros, bien sabrá hacer un gran milagro en favor propio!". Y cada uno de vosotros añadía: "No puedo creer que le traicionen, que le apresen y le den muerte". Tan fuerte era esta *humana* fe vuestra en mi poder, que llegabais a *no tener fe* en mis palabras, la Fe verdadera, espiritual, santa y santificante.

"¡Él, que obra milagros, hará también uno en favor propio!" decíais. No sólo uno. Haré todavía muchos. Y dos serán como ninguna mente de hombre puede pensar; serán como sólo los que crean en el Señor podrán admitir. Todos los demás, durante todos los siglos, dirán: "¡Imposible!". Y después de la muerte seguiré siendo objeto de contradicción para muchos.

591.4 [4]Una dulce mañana de primavera, desde lo alto de un monte, anuncié las distintas bienaventuranzas. Hay todavía una: "Bienaventurados los que saben creer sin ver". Ya he dicho yendo por Palestina: "Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen", y también: "Bienaventurados los que hacen la voluntad de Dios". Y otras más, otras he dicho, porque en la casa del Padre mío son numerosas las alegrías que esperan a los santos. Pero también existe ésta. ¡Oh, bienaventurados los que crean sin haber visto con los ojos corporales! Serán tan santos, que, estando en la Tierra, verán ya a Dios, al Dios escondido en el Misterio de amor.

Pero vosotros, después de tres años de estar conmigo, a esta fe no habéis llegado todavía. Y creéis sólo en lo que veis. Por eso, desde esta mañana, después de la exaltación, estáis diciendo: "Es lo que decí-

amos nosotros. Él triunfa. Y nosotros con él". Y, como aves a las que les nacen las plumas que un hombre cruel haya arrancado, alzáis vuestro vuelo ebrios de alegría, seguros, libres de ese sentido de opresión que mis palabras habían puesto en vuestro corazón. Entonces, ¿estáis más aliviados también en vuestro espíritu? No. En él estáis aún *menos* aliviados. Porque estáis aún menos preparados para la hora que amenaza. Habéis bebido los gritos de hosanna como un vino fuerte y agradable y estáis ebrios de él. ¿Un hombre embriagado es, acaso, fuerte?: basta una manita de niño para hacerle tambalearse y caer. Así estáis vosotros. Y será suficiente la presencia de los esbirros para poneros en fuga, cual temerosas gacelas que, en cuanto ven asomarse tras una roca el morro puntiagudo del chacal, se dispersan, rápidas como el viento, por las soledades del desierto.

[5]¡Cuidad de no morir de hórrida sed en esa quemada arena que es 591.5
* el mundo sin Dios! No digáis, no digáis, amigos queridos, lo que dice Isaías aludiendo a este estado de espíritu vuestro, falso y peligroso; no digáis: "Éste sólo habla de conjuras, pero no hay motivo de temor, no hay motivos para sentir espanto. No debemos temer lo que nos profetiza. Israel le ama y nosotros eso lo hemos visto". ¡Cuántas veces el tierno pie desnudo de un niño pisa las hierbezuelas florecidas de un prado mientras arranca corolas para llevárselas a su madre, y cree que va a encontrar sólo tallitos y flores y, sin embargo, pone el calcañar sobre la cabeza de una culebra y ésta le muerde y el niño muere! Las flores ocultaban la sierpe. ¡Y esta mañana... también ha sido así! Yo soy el Condenado coronado de rosas. ¡Las rosas!... ¿Cuánto duran las rosas? ¿Qué queda de ellas cuando su corola se ha deshojado para formar nieve de perfumados pétalos? Espinas.

Yo —Isaías lo dijo— seré para vosotros —y, con vosotros, os digo que lo seré para el mundo— santificación; pero también piedra de tropiezo, piedra de escándalo, y lazo y ruina para Israel y para la Tierra. *Santificaré a los que tengan buena voluntad, seré causa de caída y de quebranto para los que tengan mala voluntad.* Los ángeles no pronuncian palabras engañosas ni palabras que duren poco. Ellos vienen de Dios, que es Verdad y que es Eterno, y lo que dicen es verdad y constituye palabra inmutable. Los ángeles dijeron: "Paz a los hombres de *buena* voluntad". Entonces nacía, ¡oh, Tierra!, tu Salvador. Ahora va a la muerte tu Redentor. Pero para recibir paz de Dios, o sea, santificación y gloria, es necesario tener "buena voluntad". Inútil mi nacimiento, inútil mi muerte, para aquellos que no tienen esta voluntad buena. Mi vagido y mi estertor, el primer paso y

* *lo que dice Isaías*, —también para las siguientes citas— en *Isaías 8, 12-16.*

el último, la herida de la circuncisión y la de la consumación, se habrán producido en vano si en vosotros, si en los hombres, no existe la buena voluntad de redimirse y santificarse. Y os digo que muchísimos tropezarán en mí, que he sido puesto como columna de soporte y no como trampa para el hombre; y caerán porque estarán ebrios de soberbia, de lujuria, de avaricia, y se verán dentro de la red de sus pecados, atrapados y entregados a Satanás. Poned estas palabras en vuestros corazones, sigiladlas para los futuros discípulos.

591.6 [6]Vamos. La Piedra se alza. Otro paso hacia delante, hacia la cima * del monte. Debe resplandecer en la cima porque Él es Sol, Luz, Oriente. Y el Sol resplandece en las cimas. Debe ser en el monte porque el mundo entero debe ver el Templo verdadero. Y Yo mismo lo edifico con la Piedra viva de mi Carne inmolada. Y uno sus distintas partes con la argamasa hecha de sudor y sangre. Estaré en mi trono cubierto con un manto de púrpura viva, coronado con una corona nueva, y los que están lejos vendrán a mí, trabajarán en mi Templo, para mi Templo. Yo soy la base y la cúspide. Pero todo alrededor, cada vez mayor, se irá extendiendo la morada. Yo mismo labraré mis piedras y a mis artesanos. De la misma manera que Yo he sido labrado con cincel por el Padre, por el Amor, por el hombre y por el Odio, así los labraré. Y cuando en un solo día haya sido arrancada de la Tierra la iniquidad, a la piedra del Sacerdote eterno se acercarán los siete ojos para ver a Dios y de ella manarán las siete fuentes para vencer el fuego de Satanás.

Satanás... Judas, vamos; y recuerda que el tiempo es ya poco y que para el anochecer del Jueves debe ser entregado el Cordero». *

592. *Lunes santo.* Consuelo a la madre de Analía y encuentro con el soldado Vital. La higuera estéril y la parábola de los viñadores pérfidos. La autoridad de Jesús y el bautismo de Juan.

31 de marzo de 1947.

592.1 [1]Jesús, allí, en el rellano elevado del Monte de los Olivos donde muchos galileos se congregan con ocasión de las solemnidades, sale pronto de una de las tiendas. Todo el campamento duerme bajo el

* *La Piedra se alza...* es una paráfrasis de *Zacarías 3, 9.*

* *Jueves* es de inmediata comprensión para el lector de hoy, a quien se adapta el lenguaje de la Obra valtortiana. También en otros lugares y en los títulos de los capítulos que siguen, se nombran los días de la semana, los cuales, en realidad, excepciones hechas de *sábado* (nota en 407.1) y *parasceve* (nota en 372.5), no tenían un nombre para los hebreos de aquel tiempo.

claror de una Luna que se pone lentamente, fajando de candor argénteo tiendas, árboles y laderas, y a la ciudad durmiente abajo...

Jesús pasa entre las tiendas seguro y sin hacer ruido. Una vez fuera del campamento, baja rápido hacia el Getsemaní por pronunciados senderos; lo atraviesa, sale de él, cruza el puentecillo del Cedrón —cinta de plata que arpegia a la Luna—, llega a la puerta vigilada por los legionarios. Quizá es una medida de precaución del Procónsul esta vigilancia de las puertas cerradas. Son cuatro soldados, que hablan sentados en voluminosas piedras colocadas contra el fuerte muro como asientos; y se están calentando junto a una pequeña hoguera de zarzas secas que proyecta una luz rojiza en las lorigas brillantes y en los austeros yelmos, bajo los cuales sobresalen unos rostros muy distintos de los de los hebreos, por la fisonomía itálica.

«¿Quién va ahí?» dice el primero que ve aparecer la alta figura de Jesús de detrás del ángulo de una casucha cercana a la puerta, y embraza el asta terminada en puntiaguda lanza que tenía apoyada al lado, contra el muro, poniéndose en la postura reglamentaria. Los otros hacen lo mismo. Aquél, sin dar tiempo a Jesús para responder, dice: «No se entra. ¿No sabes que estamos todavía en la segunda vigilia?».

«Soy Jesús de Nazaret. Mi Madre está en la ciudad y voy donde Ella».

«¡Oh, el Hombre que ha resucitado al muerto de Betania! ¡Por Júpiter! ¡Por fin voy a verle!». Y se acerca mirándole curioso; se mueve en torno a Él, como para asegurarse de que no es una cosa irreal, extraña, sino que es un hombre exactamente como todos los demás. Y lo dice: «¡Oh! ¡Numes! ¡Es hermoso como Apolo, pero hecho en todo como nosotros! ¡Y no tiene ni bastón ni gorro, ni ninguna señal de su poder!». Está perplejo. Jesús le mira pacientemente, sonriéndole con dulzura.

Los otros, que son menos curiosos —quizá han visto ya a Jesús otras veces— dicen: «Habría sido bueno que hubiera estado aquí a mitad de la primera vigilia, cuando han llevado al sepulcro a la niña bonita que ha muerto por la mañana. Habríamos visto resucitar...».

Jesús, dulcemente, repite: «¿Puedo ir donde mi Madre?».

Los cuatro soldados se desperezan. El más viejo habla: «Verdaderamente la orden sería no dejar pasar. Pero Tú pasarías de todas formas. Quien fuerza las puertas del Hades bien puede forzar las puertas de una ciudad cerrada. Y, además, no eres hombre que suscite amotinamientos. Por tanto, la prohibición cae para ti. Procura que no te vean las patrullas de dentro. Abre, Marco Grato. Y pasa sin hacer ruido. Somos soldados y debemos obedecer...».

«No temas. Vuestra bondad no se os transformará en castigo».

Un legionario abre cautelosamente el portillo practicado en la puerta colosal, y dice: «Pasa pronto. Dentro de poco termina la vigilia y seremos cambiados por los siguientes».

«La paz a vosotros».

«Somos hombres de guerra...».

«La paz que Yo doy permanece incluso en la guerra, porque es paz del alma».

Y Jesús se sume en la obscuridad del arco abierto en el espesor de las murallas. Pasa silencioso ante el cuerpo de guardia, de donde, por la puerta abierta, sale la luz temblorosa de una lámpara de aceite, una lámpara corriente, colgada de un gancho del bajo techo, que permite ver algunos cuerpos de soldados durmiendo en esteras puestas en el suelo, bien arrebujados en sus mantos, con las armas al lado.

592.2 [2]Jesús ya está en la ciudad... Le pierdo de vista mientras observo cómo dos de los soldados de antes entran a despertar a los que duermen, para ser substituidos; pero primero observan si Él se ha alejado.

«Ya no se le ve... ¿Qué habrá querido decir con esas palabras? Me habría gustado saberlo» dice el más joven.

«Habrías debido preguntárselo. No nos desprecia. Es el único hebreo que no nos desprecia y que no nos saca el dinero de una u otra forma» le responde el otro (ya en su plena madurez viril).

«No me he atrevido. ¿Yo, campesino beneventano, hablar con uno que dicen que es Dios?».

«¿Un dios en un jumento? ¡Ja! ¡Ja! Si estuviera borracho como Baco, quizá; pero no es un borracho. Creo que no bebe siquiera el mulsum. ¿No ves lo pálido y delgado que está?».

«Y, sin embargo, los hebreos...».

«¡Ellos sí que beben, aunque aparenten no hacerlo! Y, borrachos por haber bebido los vinos fuertes de estas tierras, y también su sidra, han visto a un dios en un hombre. Créeme: los dioses son patrañas. El Olimpo está vacío y la Tierra carece de dioses».

«¡Si te oyeran!...».

«¿Eres todavía tan niño, como para no poder vestir la toga cándida y no sabes que el mismo César no cree en los dioses? Ni tampoco creen en ellos los pontífices, los augures, los arúspices, los arvales, las vestales, ni nadie».

«¿Y entonces, por qué...?».

«¿Por qué los ritos? Porque gustan al pueblo y son útiles para los sacerdotes, y le sirven a César para hacerse obedecer como si fuera un dios terreno sujetado de la mano por los dioses olímpicos. Pero los primeros que no creen son aquellos a los que veneramos como ministros de los dioses. Yo soy pirroniano. He recorrido el mundo. He vivi-

do muchas experiencias. Ya tengo pelo blanco en las sienes y mi pensamiento ha madurado. Tengo como código personal tres sentencias: Amor a Roma, única diosa y única certidumbre, hasta el sacrificio de mi vida; no creer en nada, porque todo lo que nos rodea es ilusión, excepto la Patria sagrada e inmortal (también de nosotros mismos debemos dudar, porque es inseguro incluso el hecho de que vivamos); el sentido y la razón no son suficientes para dar la certidumbre de llegar a conocer la Verdad, y el vivir y el morir tienen el mismo valor porque no sabemos qué es vivir ni qué es morir» dice, haciendo alarde de un escepticismo filosófico de criatura superior...

El otro le mira titubeante. Luego dice: «Pues yo, sin embargo, creo. Y me gustaría saber... saber acerca de ese hombre que ha pasado hace poco. Él, sin duda, conoce la Verdad. Una cosa extraña se desprende de Él. ¡Es como una luz que entra dentro!».

«¡Esculapio te salve! ¡Estás enfermo! Hace poco has subido del valle a la ciudad, y las fiebres aparecen fácilmente en los que realizan este viaje y no se han aclimatado todavía a esta región. Estás delirando. Ven. Para hacer salir en forma de sudor el veneno de la fiebre jordánica lo único es vino caliente y drogas...», y le impele hacia el cuerpo de guardia.

Pero el otro se libera y dice: «No estoy enfermo. No quiero vino caliente con drogas. Quiero vigilar allí, fuera de las murallas (señala al lado interno del bastión) y esperar al hombre que ha dicho que se llama Jesús».

«Si esperar no te desagrada... Yo entro a despertar a éstos para el cambio. Adiós...».

Y entra ruidosamente en el cuerpo de guardia, despertando a sus compañeros y gritando: «Ha sonado la hora. ¡Arriba, holgazanes perezosos! ¡Que estoy cansado...!». Bosteza ruidosamente, y profiere imprecaciones porque han dejado apagar el fuego y se han bebido todo el vino caliente «tan necesario para secar el aguazo palestino...».

El otro, el joven legionario, apoyado en el muro que la Luna ponentina acaricia, espera a que Jesús vuelva sobre sus pasos. Las estrellas velan su esperanza...

592.3 [3]Jesús, entretanto, ha llegado a la casa que Lázaro tiene en el monte Sión. Llama.

Leví le abre. «¿Tú, Maestro! Las amas duermen. ¿Por qué no has mandado a un sirviente, si necesitabas algo?».

«No le habrían dejado pasar».

«¡Ah, es verdad! ¿Y Tú cómo has pasado?».

«Soy Jesús de Nazaret. Y los legionarios me han dejado pasar. Pero esto no hay que decirlo, Leví».

«No lo diré... ¡Mejores ellos que muchos de nosotros!».

«Llévame a donde duerme mi Madre y no despiertes a ninguno otro de la casa».

«Como quieras, Señor. La orden de Lázaro a todos sus encargados domésticos es obecerte en todo sin replicar y sin dilación. Poco después del alba llevó la orden un criado, muchos criados, a todas las casas. *Obedecer y callar*. Lo haremos. Nos has concedido de nuevo a nuestro señor...».

El hombre va con paso ligero por los pasillos, amplios como galerías, del espléndido palacio de Lázaro del monte Sión, y la lámpara que lleva entre sus manos ilumina fantásticamente los objetos y los tapices que adornan estos anchos pasillos. El hombre se detiene ante una puerta cerrada: «Ahí está tu Madre».

«Puedes marcharte».

«¿Y la lámpara? ¿No la quieres? Yo puedo volver a obscuras. Conozco bien la casa. Nací aquí».

«Déjamela. Y no quites la llave de la puerta. Salgo en seguida».

«Sabes donde encontrarme. Cierro por precaución. Pero estaré preparado para abrirte la puerta cuando vengas».

592.4 [4]Jesús se queda solo. Llama con suavidad: un toque tan ligero que sólo una persona que esté bien despierta puede oírlo.

Ruido leve dentro de la habitación, como de correr una silla y un ligero rumor de pasos, y una voz suave: «¿Quién llama?».

«Yo, Mamá. Ábreme».

La puerta se abre en seguida. La luz de la Luna es la única que ilumina la serena habitación, y extiende sus rayos sobre el lecho intacto. Hay una silla junto a la ventana abierta de par en par frente al misterio de la noche.

«¿No dormías todavía? ¡Es tarde!».

«Oraba... Ven, Hijo mío. Siéntate aquí donde estaba yo» y señala a la silla que está junto a la ventana.

«No puedo detenerme. He venido por ti, para ir a Ofel, a casa de Elisa. Analía ha muerto. ¿No lo sabías todavía?».

«No. Ninguno... ¿Cuándo, Jesús?».

«Después de pasar Yo».

«¡Después de *pasar Tú*! ¿Has sido, entonces, para ella el Ángel libertador! ¡Tan severas rejas le eran esta Tierra...! ¡Dichosa ella! ¡Quisiera estar yo en su lugar! ¿Ha sido una muerte... natural? Quiero decir... ¿no por un infortunio?...». *

«Ha muerto de alegría de amor. Lo he sabido cuando estaba ya

---

* *pasar Tú* dice referencia a: *Éxodo 12, 12-13*.

en la subida del Templo. Ven conmigo, Mamá. Nosotros no tememos profanarnos por consolar a una madre que ha tenido entre sus brazos a su hija muerta de alegría sobrenatural... ¡*Nuestra* primera vir-
* gen! La que fue a Nazaret, a ti, para encontrarme a mí y pedirme esta alegría... Días lejanos y serenos».

«Anteayer cantaba como una curruca enamorada y me besaba diciendo: "¡Soy feliz!", y estaba ávida de oír todo acerca de ti. Cómo te formó Dios, cómo me eligió, y mis primeros latidos de virgen consagrada... Ahora comprendo... [5]Estoy preparada, Hijo». 592.5

María, mientras hablaba, se ha fijado el pelo, que le caía por los hombros y tan niña le hacía parecer, y se ha puesto el velo y el manto.

Salen, haciendo el menor ruido posible.

Leví está ya cabe el portón. Explica: «He preferido... por mi mujer... Las mujeres son curiosas. Me habría hecho cien preguntas. Así no lo sabe...». Abre. Hace ademán de cerrar.

Jesús dice: «Dentro de esta misma vigilia traeré a mi Madre».

«Velaré aquí. Pierde cuidado».

«La paz a ti».

Caminan por las calles silenciosas, vacías, de las que la Luna va retirándose lentamente para permanecer en lo alto de las casas altas de la colina de Sión. Más luminoso vese el barrio de Ofel, de casitas más humildes y bajas.

[6]Y se ve la casa de Analía. Cerrada, obscura, silenciosa. Algunas 592.6
flores, mustias, hay todavía en los peldaños de la casa: quizás las que arrojó la virgen antes de morir, o flores caídas de su lecho fúnebre...

Jesús llama a la puerta. Llama de nuevo...

Ruido de una ventana que se abre arriba. Una voz desmayada: «¿Quién llama?».

«María y Jesús de Nazaret» responde María.

«¡Oh! ¡Voy!...».

Breve espera. Luego, ruido de descorrer cerrojos. La puerta se abre y permite ver la cara desencajada de Elisa, que a duras penas se tiene en pie apoyada en la jamba. Y, cuando María, entrando, le abre los brazos, ella se deja caer sobre su pecho, llorando con febles sollozos, propios de quien ha llorado ya tanto, que carece de voz para su llanto. Jesús cierra la puerta y espera paciente a que su Madre calme esa congoja.

Cerca de la puerta hay una habitación. Entran en ella. Jesús lleva la lámpara que Elisa había dejado en el suelo de la entrada antes

---

* *fue*, en 156.5/6, como la propia Analía recordó en 583.17.

de abrir la puerta. El llanto de la madre parece no poder tener fin. Habla entre roncos sollozos a María: habla la madre a la Madre. Jesús, en pie junto a una pared, calla...

592.7 [7]Elisa no encuentra razón de esa muerte acaecida así... Y, en medio de su dolor, hace recaer la causa de ella sobre Samuel, el prometido perjuro: «¡Ese maldito le ha roto el corazón! Ella no lo decía, pero está claro que sufría, ¡quién sabe desde hace cuánto tiempo! Y con el júbilo, con el grito, se le ha abierto el corazón. Maldito sea eternamente».

«No, querida mía, no. No maldigas. No es así. Dios la ha amado tanto, que ha querido que estuviera en la paz. Pero, aunque hubiera muerto por causa de Samuel —no es así, pero supongámoslo por un instante— piensa en qué muerte de júbilo ha tenido, y di que la malvada acción le procuró una muerte feliz».

«¡Yo ya no la tengo! ¡Se me ha muerto! ¡Se me ha muerto! ¡Tú no sabes lo que es perder a una hija! Yo he experimentado dos veces este dolor. Porque ya la lloraba como muerta cuando tu Hijo la curó. Pero ahora... Pero ahora... ¡Él no ha vuelto! No se ha compadecido... ¡Yo la he perdido! ¡Perdida! ¡Mi criatura está ya en la tumba! ¿Sabes lo que es ver agonizar a un hijo?, ¿saber que tiene que morirse?, ¿verle muerto cuando se pensaba que había recuperado la salud y que estaba fuerte? No lo sabes. No puedes hablar... Era bonita como una rosa que se hubiera abierto en ese momento, con los primeros rayos del Sol, esta mañana mientras se arreglaba. Había querido adornarse con el vestido que le había hecho para la boda. Quería también coronarse como esposa. Luego prefirió deshacer la guirnalda, ya preparada, y deshojar las flores para echárselas a tu Hijo, ¡y cantaba!, ¡cantaba! Su voz llenaba la casa. Estaba hermosa como la primavera. La alegría le ponía brillantes como estrellas los ojos; del color de la púrpura, como pulpa de granada, los labios abiertos sobre la blancura de los dientes. Tenía las mejillas rosadas y frescas como rosas nuevas decoradas de rocío. Y se puso blanca como una azucena poco antes abierta. Y se plegó para caer sobre mi pecho como un tallito quebrado... ¡Ya ninguna palabra!, ¡ya ningún suspiro! ¡Ya ausencia de color! ¡Ya sin mirada!

592.8 Plácida, bonita, como un ángel de Dios, pero sin vida. [8]¡Tú no sabes, tú que gozas de la exaltación de tu Hijo y que le tienes sano y fuerte, no sabes cuál es mi dolor! ¿Por qué no ha regresado? ¿En qué le había herido, y yo con ella, para no tener piedad de mi oración?».

«¡Elisa! ¡Elisa! No digas eso... El dolor te ciega y te hace ser sorda... Elisa, no conoces mi dolor. Y no sabes cuán profundo va a ser el mar de mi dolor. Tú la has visto tranquila y hermosa entumecerse en paz. En tus brazos. Yo... Yo hace más de seis lustros que contemplo a

mi Hijo, y, detrás de su carne lisa y limpia que contemplo y acaricio, veo las llagas del Varón de dolores en que se convertirá. ¿Sabes, tú que dices que no sé lo que es ver a un hijo ir dos veces a la muerte y una entrar y ya quedarse en paz en ella, sabes lo que es para una madre tener durante tantos años esta visión? ¡Mi Hijo! Ahí está. Está ya vestido de rojo, como si saliera de un baño de sangre. Y pronto, dentro de poco, antes de que la cara de tu hija se haya puesto obscura en el sepulcro, le veré vestido con la púrpura de su Sangre inocente. De esa Sangre que le he dado. Tú has recogido a tu hija en tu corazón, pero yo, ¿sabes cuál será mi dolor al ver morir a mi Hijo como un malhechor en el madero? ¡Mírale, mira al Salvador de todos! Salvador en el espíritu y en la carne, porque la carne de los que Él salve será incorrupta y bienaventurada en su Reino. ¡Y, mírame! ¡Mira a esta Madre que hora a hora acompaña y conduce —no le retendría ni un paso— a su Hijo al Sacrificio! Te puedo comprender, pobre mamá. ¡Pero tú comprende mi corazón! No aborrezcas a mi Hijo. Analía no habría soportado la agonía de su Señor, y su Señor la ha hecho feliz en un momento de júbilo».

[9]Elisa, al oír esta revelación, ha dejado de llorar. Mira fijamente a 592.9
María, cuyo rostro está pálido, un rostro de mártir lavado por lágrimas silenciosas; mira a Jesús, que a su vez la mira con compasión... y se derrumba a los pies de Él gimiendo: «¡Pero ella se me ha muerto! ¡Se me ha muerto, Señor! Como una azucena, una azucena rota. * ¡De ti dicen los poetas que eres Aquel que se complace en estar entre las azucenas! ¡Oh, verdaderamente, tú, nacido de la azucena-María, bajas a menudo a los jardines florecidos, y haces de las rosas floreci-das cándidas azucenas, y arrebatándoselas al mundo las recoges. ¿Por qué? ¿Por qué, Señor? ¿No es justo que una madre goce de la rosa que nació de ella? ¿Por qué apagar el color purpurino en la fría blancura de muerte de la azucena?».

«¡Las azucenas! Serán el símbolo de las que me amen como mi Madre amó a Dios. El cándido jardín del Rey divino».

«Pero nosotras, las madres, lloraremos; nosotras tenemos derecho a nuestras hijas. ¿Por qué arrebatarles la vida?».

«No quiero decir eso, mujer. Seguirán viviendo las hijas, pero consagradas al Rey como las vírgenes en los palacios de Salomón. Recuerda el Cantar... Y serán esposas, las predilectas, en la Tierra y en el Cielo».

«¡Pero mi hija ha muerto! ¡Ha muerto!». De nuevo llanto desgarrador.

---

* *dicen los poetas*, quizás aludiendo a *Cantar de los Cantares 2, 1-2.16; 6, 2-3*. Más adelante, Jesús hace probable referencia a *Cantar de los Cantares 6, 8-9; 8, 4*.

«Yo soy la Resurrección y la Vida. Quien cree en mí, aunque muera, vive; y en verdad te digo que no muere para siempre. Tu hija *vive*. Tiene vida eterna porque creyó en la Vida. Mi Muerte será para ella Vida completa. Ha conocido la alegría de vivir en mí antes de conocer el dolor de ver que me arrancan la vida. Tu dolor te ciega y te hace ser sorda. Bien lo ha dicho mi Madre. Pero pronto estará en tus labios lo que he encargado que te transmitieran: "Verdaderamente su muerte fue una gracia de Dios". Créelo, mujer. El horror espera a este lugar. Y vendrá un día en que las madres que hayan sufrido el mismo golpe que tú dirán: "Alabado sea Dios, que libró de estos días a nuestros hijos". Y las otras madres gritarán hacia el Cielo: "¿Por qué, oh Dios, no has quitado la vida a nuestros hijos antes de esta hora?". Créelo, mujer. Cree en mis palabras. No levantes entre ti y Analía el verdadero muro que separa: el de una fe distinta. ¿Ves? Yo hubiera podido no venir. Sabes cuánto me odian. ¡No te engañe la exaltación de una hora!... En cada rincón puede esconderse una asechanza contra mí. Y he venido solo, de noche, para consolarte y decirte estas palabras. Yo me hago solidario del dolor de una madre. Para que tu alma tenga paz, he venido a decirte estas palabras. ¡Ten paz! ¡Paz!».

«¡Dámela Tú, Señor! Yo no puedo. No puedo con este sufrimiento conseguir la paz. Pero Tú, que das nueva vida a los muertos y nueva salud a los moribundos, da la paz al corazón de una madre consumida por la aflicción».

«Así sea, mujer. A ti la paz». Le impone las manos bendiciéndola y orando por ella en silencio. María, por su parte, se ha arrodillado al lado de Elisa y la ciñe con un brazo.

592.10 [10]«Adiós, Elisa. Me marcho...».

«¿No nos vamos a volver a ver, Señor? No voy a salir de casa durante muchos días y Tú te vas a marchar pasadas las fiestas pascuales. Tú... eres todavía un poco parte de mi hija... porque Analía..., porque Analía vivía en ti y para ti». Llora. Más serena, pero... ¡cuánto llora!

Jesús la mira... Acaricia su cabeza cana. Le dice: «Me verás todavía».

«¿Cuándo?».

«A partir de esta noche, dentro de ocho».

«¿Y me vas a consolar entonces? ¿Me vas a bendecir para darme fuerza?».

«Mi corazón te bendecirá con toda la plenitud del amor mío hacia los que me aman. Ven, Madre mía».

«Hijo mío, si me lo permites, quisiera estar todavía un tiempo

con esta madre. El dolor es una impetuosa ola que vuelve cuando se aleja Aquel que infunde paz... Volveré a casa a la primera hora. No tengo miedo de ir sola. Tú lo sabes; como también sabes que pasaría a través de todo un ejército de enemigos con tal de consolar a un hermano mío en Dios».

«Sea como quieres. Yo me marcho. Dios esté con vosotras».

Sale sin hacer ruido, cerrando tras sí la puerta de la habitación y la de la casa.

[11]Vuelve hacia las murallas, hacia la Puerta de Efraím o hacia la Puerta Estercolaria o del Estiércol (porque muchas veces he oído nombrar estas dos puertas cercanas con estos tres nombres, quizás porque una da al camino de Jericó, que está en el fondo, y que lleva a Efraím; y la otra, porque está cerca del Valle de Hinnón, donde se quema la basura de la ciudad; y son tan iguales, que las confundo). 592.11

El cielo, a pesar de estar todavía tachonado de estrellas, empieza a clarearse en la parte oriental del horizonte. Las calles están envueltas en una penumbra más densa que la obscuridad nocturna atenuada por la blancura de la luna. Pero el soldado romano tiene buenos ojos. En cuanto ve a Jesús ir hacia la puerta, le sale al paso.

«¡Salve! Te he estado esperando...» se detiene inseguro.

«Habla sin miedo. ¿Qué quieres de mí?».

«Saber. Has dicho: "La paz que Yo doy permanece incluso en la guerra porque es paz de alma". Yo quisiera saber qué paz es y qué es el alma. ¿Cómo puede un hombre que está en la guerra estar en paz? Cuando se abre el templo de Jano se cierra el de la Paz. No pueden estas dos cosas darse juntas en el mundo».

Habla apoyado en el murete verdoso de un huertecillo, en una callejuela estrecha como un sendero entre campos, flanqueada por pobres casas, húmeda, tétrica, obscura. Aparte de un leve reflejo que señala el yelmo bruñido, no se advierte nada más de los dos que hablan: la sombra confunde las caras y los cuerpos en una única negrura.

La voz de Jesús resuena pausada, y luminosa, por la alegría que siente de sembrar una semilla de luz en el pagano. «En el mundo, en verdad, no pueden darse juntas paz y guerra. La una excluye a la otra. Pero en el hombre de guerra puede haber paz aún llevando a cabo esa guerra que le ha sido ordenada; puede estar *mi* paz. Porque mi paz viene del Cielo y no la lesiona el fragor de la guerra ni la brutalidad de las matanzas. Esa paz es cosa divina e invade a la cosa divina que el hombre tiene dentro de sí y que se llama *alma*».

«¿Divina? ¿En mí? César es divino. Yo soy hijo de agricultores. Ahora soy un legionario sin ninguna graduación. Si soy valiente, quizás llegue a centurión. Pero, divino, no».

«Hay una parte divina en ti. Es el alma. Viene de Dios. Del verdadero Dios. Por eso es divina, gema viva en el hombre, y se alimenta y vive de cosas divinas: la fe, la paz, la verdad. La guerra no la turba, la persecución no la lesiona, la muerte no la mata; sólo el mal, hacer lo feo, la hiere o la mata, y también la priva de la paz que Yo doy. Porque el mal separa de Dios al hombre».

592.12 [12]«¿Y qué es el mal?».

«Estar en el paganismo y adorar a los ídolos cuando la bondad del verdadero Dios ha dado el conocimiento de que existe el verdadero Dios. No amar al padre, a la madre, a los hermanos y al prójimo. Robar, matar, ser rebeldes, ser lujuriosos, ser falsos. Esto es el mal».

«¡Ah, entonces no puedo tener tu paz! Soy soldado con órdenes de matar. ¿Para nosotros, entonces, no hay salvación!».

«Sé justo en la guerra y en la paz. Cumple con tu deber sin crueldad ni avidez. Mientras combates y conquistas, piensa que el enemigo es como tú, y que en todas las ciudades hay madres y jóvenes como tu madre y tus hermanas, y sé valiente sin ser brutal: no saldrás de la justicia ni de la paz y *mi* paz permanecerá en ti».

«¿Y luego?».

«¿Y luego? ¿Qué quieres decir?».

«¿Después de la muerte? ¿Qué es del bien que he hecho y de esa alma que dices que no muere si no se hace el mal?».

«Vive. Vive adornada del bien que ha hecho, en una paz gozosa, mayor que la que se goza en la Tierra».

«¡Entonces en Palestina sólo uno había hecho el bien! Comprendo».

«¿Quién?».

«Lázaro de Betania. ¡No murió su alma!».

«Él, en verdad, es un justo. De todas formas, muchos son como él y mueren sin resucitar; pero sus almas viven en el Dios verdadero. Porque el alma tiene otra morada, en el Reino de Dios. Y quien cree en mí entrará en ese Reino».

«¿También yo que soy romano?».

«También tú, si crees en la Verdad».

«¿Qué es la Verdad?».

«Yo soy la Verdad, y el Camino para ir a la Verdad; y soy la Vida y doy la Vida, porque quien acoge la Verdad acoge la Vida».

592.13 [13]El joven soldado piensa..., calla... Luego levanta la cara. Una cara todavía pura de joven, y con una sonrisa límpida y serena. Dice: «Trataré de recordar esto y de saber más aún. Me gusta...».

«¿Cómo te llamas?».

«Vital. De Benevento. De las campiñas de la ciudad».

«Recordaré tu nombre. Haz verdaderamente vital tu espíritu ali-

mentándolo con la Verdad. Adiós. Se abre la puerta. Salgo de la ciudad».

«¡Ave!».

Jesús va con paso ligero a la puerta y se apresura por el camino que lleva al Cedrón y al Getsemaní, y desde allí al campo de los Galileos.

[14]Entre los olivos del monte, se encuentra con Judas Iscariote. 592.14
También él sube ligero hacia el Campo, que ya se despierta. Judas, al encontrarse a Jesús de frente, hace un ademán que expresa casi espanto. Jesús le mira fijamente, sin decir nada.

«He ido a llevar los alimentos a los leprosos. Pero... he encontrado dos en Hinnón, cinco en Siloán. Los otros: curados. Todavía estaban allí, pero curados; tanto que me han rogado que se lo diga al sacerdote. He bajado con las primeras luces del día para estar libre después. Dará que hablar la cosa. ¡Un número tan grande de leprosos curados juntos, después de tu bendición en presencia de tanta gente!».

Jesús no habla. Le deja hablar... No dice ni "has hecho bien" ni nada referente a la acción de Judas, ni referente al milagro. No. Lo que hace es que, de improviso, se para, y, mirando fijamente al apóstol, le pregunta: «¿Entonces? ¿Qué ha cambiado el que te haya dejado libertad y dinero?».

«¿Qué quieres decir?».

«Esto: te pregunto si te has santificado desde que te he dado libertad y dinero. Y tú me comprendes... ¡Ah, Judas! ¡Recuerda, recuerda siempre que a ti te he amado más que a todos los demás, habiendo recibido de ti menos amor del que ellos me han dado; recibiendo, al contrario, un odio mayor que el más ensañado odio del más ensañado fariseo, porque era odio de uno al que traté como amigo. Y recuerda también esto: que ni siquiera ahora te aborrezco, sino que, por lo que depende del Hijo del hombre, te perdono. Ve ahora. No tenemos ya nada que decirnos. Todo está hecho...».

Judas quisiera decir algo, pero Jesús, con un gesto imperioso, le indica que vaya adelante... Y Judas, cabizbajo como un vencido, va adelante...

[15]En el límite del campo de los Galileos, los once apóstoles y los 592.15
dos servidores de Lázaro están ya preparados.

«¿Dónde has estado, Maestro? ¿Y tú, Judas? ¿Estabais juntos?».

Jesús interviene antes de la respuesta de Judas: «Yo tenía que decir algo a unos corazones. Judas ha ido donde los leprosos. Están curados todos menos siete».

«¿Por qué has ido! ¡Quería ir yo también!» dice el Zelote.

«Para estar libre y poder venir con nosotros. Vamos. Entraremos

en la ciudad por la puerta del Rebaño. Vamos, sin demora» dice Jesús, que es el primero en empezar a andar.

592.16 [16]Pasa por entre los olivos que llevan desde el Campo, casi a mitad de camino entre Betania y Jerusalén, hasta el otro puentecito que salva el Cedrón cerca de la puerta del Rebaño.

Algunas casas de campesinos están diseminadas por las laderas, y, casi abajo, rayana a las aguas del torrente, una higuera mece sus desordenadas ramas por encima de éste. Jesús se dirige a ella y busca entre el follaje amplio y abundante alguna flor de higo maduro. Pero la higuera es toda hojas. Tiene muchas hojas, inútiles; pero, ni un solo fruto en sus ramas.

«Eres como muchos corazones en Israel. Que jamás pueda nacer de ti fruto alguno y que nadie coma de ti en el futuro» dice Jesús.

Los apóstoles se miran. La ira de Jesús hacia el árbol estéril —quizás agreste— los asombra. Pero no dicen nada. Sólo más tarde, pasado el Cedrón, Pedro le pregunta: «¿Dónde has comido?».

«En ningún lugar».

«¡Entonces tienes hambre! Allí hay un pastor con alguna cabra que está pastando. Voy a pedir leche para ti. Vuelvo en seguida», y va dando zancadas para volver cauto con una escudilla vieja colmada de leche.

Jesús bebe y da, acompañada de una caricia, la taza al pastorcito, que ha acompañado a Pedro.

592.17 [17]Entran en la ciudad y suben al Templo. Adorado el Señor, Jesús vuelve al patio donde los rabíes exponen sus lecciones.

La gente se arremolina en torno a Él. Una madre, que viene de Cintium, presenta a su hijo, al que una enfermedad ha dejado ciego, creo. Tiene los ojos blancos, como quien tuviera una catarata grande en la pupila, o albugo. Jesús le cura tocando levemente las órbitas con sus dedos. Inmediatamente después, empieza a hablar:

«Un hombre compró un terreno y lo plantó de vides. Construyó allí la casa para los colonos, y una casa para los guardas; también bodegas y lugares para prensar las uvas. Dejó el cultivo del campo a aquellos colonos en que confiaba. Luego se marchó lejos. Cuando les llegó a las vides —ya crecidas suficientemente como para ser fructíferas— el tiempo de poder dar fruto, el amo de la viña mandó a sus servidores donde los colonos para que retirasen el beneficio de la cosecha. Pero los colonos rodearon a los servidores del amo y a una parte de ellos los apalearon, contra otros lanzaron gruesas piedras, de modo que los hirieron mucho, a otros los mataron del todo. Los que pudieron volver vivos donde el señor contaron lo que les había sucedido. El señor los curó y consoló, y mandó a otros servidores, aún más numerosos. Los

colonos trataron a éstos como habían tratado a los primeros. Entonces el amo de la viña dijo: "Les enviaré a mi hijo. Ciertamente respetarán a mi heredero". Pero los colonos, al verle venir y sabiendo que era el heredero, se convocaron recíprocamente diciendo: "Venid. Vamos a agruparnos para ser muchos. Le llevamos por la fuerza afuera, a un lugar lejano, y le matamos. Nos quedaremos con su herencia". Y, recibiéndole con hipócritas honores, le rodearon como festejándole, pero luego, tras haberle besado, le ataron, le dieron fuertes golpes y, en medio de mil burlas, le llevaron al lugar del suplicio y le mataron. Ahora decidme vosotros. Ese padre y amo, que un día verá que su hijo y heredero de los bienes no vuelve, y que descubrirá que sus siervos-colonos, aquellos a quienes había dado la tierra feraz para que la cultivaran en su nombre, gozando de ella lo justo y dando de ella a su señor lo justo, han sido asesinos de su hijo, ¿qué hará?», y Jesús asaetea con sus zafíreos iris, encendidos como un sol, a los presentes, y especialmente a los grupos de los más influyentes judíos, fariseos y escribas que están entremezclados con la gente.

Ninguno dice nada.

«¡Hablad, pues! Al menos vosotros, rabíes de Israel. Pronunciad palabras de justicia que convenzan al pueblo en orden a la justicia. Yo podría decir palabras no buenas, según vuestro pensamiento. Hablad vosotros entonces, para que el pueblo no sea inducido a error».

Los escribas, obligados, responden así: «Castigará a esos canallas haciéndolos morir de manera atroz, y dará la viña a otros colonos que se la vayan a cultivar con honradez y le den el fruto de la tierra recibida».

* «Bien habéis respondido. Así está en la Escritura: "La piedra desechada por los constructores ha venido a ser piedra angular. Es una obra realizada por el Señor y es admirable ante nuestros ojos". Pues porque así está escrito y vosotros lo sabéis y juzgáis justo que reciban atroz castigo los colonos asesinos del hijo heredero del amo de la viña, y que ésta sea entregada a otros colonos que honradamente la cultiven, por eso, os digo: "Os será arrebatado el Reino de Dios para
* ser entregado a otros que lo cultiven con fruto. Y el que caiga *contra* esta piedra quedará destrozado, y aquel sobre el que ella cayere quedará triturado"».

[18]Los príncipes de los sacerdotes, los fariseos y escribas, con un 592.18
acto verdaderamente... heroico, no reaccionan. ¡Tanto puede la voluntad de alcanzar un objetivo! Por mucho menos, otras veces, han

* *está en la Escritura*, en *Salmo 118, 22-23*.
* *contra* es palabra encuadrada, en el manuscrito original, con fuertes trazos de lapicero rojo y azul. Se dará la explicación de ello en 594.8.

arremetido contra Él, y hoy, que abiertamente el Señor Jesús les dice que serán privados del poder, no empiezan a echar improperios, no ponen actos violentos, no amenazan: falsos corderos pacientes, que bajo una hipócrita apariencia de mansedumbre ocultan un inmutable corazón de lobo.

Se limitan a acercarse a Él, que ahora pasea yendo y viniendo, escuchando a unos o a otros de los muchos peregrinos que están congregados en el vasto patio (y muchos de ellos piden consejo en orden a casos de alma o de circunstancias familiares o sociales). Se acercan a Él en espera de poderle decir algo después de escuchar el juicio que da a un hombre acerca de una intrincada cuestión de herencia. Una cuestión de herencia que ha producido división y rencor entre los distintos herederos, a causa de un hijo —adoptado luego— que su padre tuvo con una criada de la casa y al que los hijos legítimos, no queriendo tener nada que ver con el bastardo, no lo admiten a su lado, ni quieren que sea coheredero en la repartición de las casas y terrenos; y no saben cómo solucionar la cuestión, porque el padre, antes de morir, hizo jurar que, de la misma manera que él siempre había compartido el pan tanto con el ilegítimo como con los legítimos, y en igual medida, ellos debían compartir la herencia con él también en igual medida.

Jesús, al que pregunta en nombre de los otros tres hermanos, le dice: «Sacrificad todos un pedazo de tierra, y vendedlo, de forma que reunáis el valor de dinero equivalente a un quinto del total, y dádselo al ilegítimo diciendo: "Ésta es tu parte. No se te despoja de lo tuyo y no se ha traicionado la voluntad de nuestro padre. Ve y que Dios te acompañe". Y dad con abundancia, incluso más del estricto valor de su parte. Hacedlo ante testigos justos, y nadie podrá, ni en este mundo ni más allá de él, alzar voces de censura ni de escándalo. Así tendréis paz entre vosotros y en vosotros, no teniendo el remordimiento de haber desobedecido a vuestro padre y no estando a vuestro lado aquel que, verdaderamente inocente, os es causa de turbación más que si fuera un bandolero colado entre vosotros».

El hombre dice: «En verdad, el bastardo ha robado paz a nuestra familia, un lugar no suyo y salud a nuestra madre, que murió de dolor».

«Hombre, no es él el culpable, sino el que le engendró. Él no solicitó nacer para llevar la marca de bastardo. Fue la pasión de vuestro padre la que le engendró para entregarle al dolor y daros dolor. Sed, pues, justos con el inocente que paga ya duramente por una culpa no suya. Y no reprobéis el espíritu de vuestro padre. Dios le ha juzgado. No se requieren los rayos de vuestras maldiciones. Honrad a vuestro padre, siempre, aunque sea culpable, no por sí mismo sino porque

representó en la Tierra a vuestro Dios, habiéndoos creado por decreto de Dios y siendo el señor de vuestra casa. Los padres vienen inmediatamente después de Dios. Recuerda el Decálogo. Y no peques. Ve en paz».

[19]Entonces los sacerdotes y escribas se le acercan para interrogarle: «Te hemos oído. Has hablado con ecuanimidad. Un consejo que ni Salomón lo hubiera dado más sabio. Pero ahora dinos, Tú que obras prodigios y das sentencias como sólo el rey sabio podía dar, ¿con qué autoridad haces estas cosas? ¿De dónde te viene ese poder?». 592.19

Jesús los mira fijamente. No se muestra agresivo ni desdeñoso, sino majestuoso; mucho. Dice: «Yo también tengo una pregunta que haceros. Si me respondéis, os diré con qué autoridad Yo, hombre sin autoridad de cargos y pobre —porque esto es lo que queréis decir—, hago estas cosas. Decid: ¿el bautismo de Juan de dónde venía?, ¿del Cielo o del hombre que lo impartía? Respondedme. ¿Con qué autoridad Juan lo impartía como rito purificador para prepararos a la venida del Mesías, si Juan era todavía más pobre y menos versado que Yo, y carecía de todo cargo, pues que había vivido en el desierto desde su juventud temprana?».

Los escribas y sacerdotes se consultan unos a otros. La gente se cierra en torno, bien abiertos sus ojos y oídos, preparada para la protesta si los escribas descalifican a Juan Bautista y ofenden al Maestro, y a la aclamación si aquéllos se ven vencidos por la pregunta del Rabí de Nazaret, divinamente sabio. Impresiona el silencio absoluto de esta multitud que espera la respuesta. Es tan profundo, que se oyen las aspiraciones y los bisbiseos de los sacerdotes o escribas, que hablan entre sí casi sin usar la voz, mientras miran de reojo al pueblo, cuyos sentimientos, ya preparados para estallar, intuyen.

Al fin se deciden a responder. Se vuelven hacia Cristo, que está apoyado en una columna, con los brazos recogidos sobre el pecho, y que los escudriña sin perderlos un momento de vista. Dicen: «Maestro, no sabemos por qué autoridad Juan hacía esto ni de dónde venía su bautismo. Ninguno pensó en preguntárselo a Juan el Bautista mientras vivía, y él espontáneamente nunca lo dijo».

«Y Yo tampoco os diré con qué autoridad hago estas cosas». Les vuelve las espaldas, convoca a los doce y, abriéndose paso entre la gente que aclama, sale del Templo.

[20]Una vez afuera, pasada la Probática —han salido por esa parte— Bartolomé le dice: «Ahora son muy prudentes tus adversarios. Quizás están convirtiéndose al Señor, que te ha enviado, y empezando a reconocerte como Mesías santo». 592.20

«Es verdad. No han alegado nada ni contra tu pregunta ni contra

tu respuesta...» dice Mateo.

«Pues que así sea. Es hermoso que Jerusalén se convierta al Señor Dios suyo» dice Bartolomé.

«¡No os hagáis ilusiones! Esa parte de Jerusalén no se convertirá *jamás*. No han respondido de otra manera porque han tenido miedo de la multitud. Yo leía sus pensamientos, aunque no oía sus palabras dichas en voz baja».

«¿Y qué decían?» pregunta Pedro.

«Decían esto. Deseo que lo sepáis para que los conozcáis a fondo y podáis dar a los que vengan una exacta descripción de los corazones de los hombres de mi tiempo. No me han respondido por conversión al Señor, sino porque entre sí han dicho: "Si contestamos: 'El bautismo de Juan venía del Cielo', el Rabí nos va a reponder: '¿Y entonces por qué no habéis creído en lo que venía del Cielo e indicaba una preparación para el tiempo mesiánico?'; y si decimos: 'Del hombre', será la multitud la que se rebelará diciendo: '¿Y entonces por qué no creéis en lo que Juan, nuestro profeta, dijo de Jesús de Nazaret?'. Así que es mejor decir: 'No sabemos'". Esto decían. No por conversión hacia Dios, sino por cálculo ruin y para no tener que confesar con sus bocas que Yo soy el Cristo y hago lo que hago porque soy el Cordero de Dios del que habló el Precursor. Y Yo tampoco he querido decir con qué autoridad hago lo que hago. Ya lo he dicho muchas veces dentro de esas murallas y en toda Palestina, y mis prodigios hablan aún más que mis palabras. Ahora ya no lo voy a decir con mis palabras. Dejaré que hablen los profetas y mi Padre, y las señales del Cielo. Porque ha llegado el tiempo en que todas las señales serán dadas. Las que expresaron los profetas y fueron signadas por los símbolos de nuestra historia, y las que Yo he expresado: la señal de Jonás; ¿os acordáis de aquel día de Quedes? Y la señal que espera * Gamaliel. Tú, Esteban, y tú, Bernabé, que has dejado a tus compañeros, hoy, para seguirme, muchas veces, sin duda, habéis oído al rabí hablar de esa señal. Pues bien: pronto será dada esa señal».

Se aleja, cuesta arriba, por los olivos del monte, seguido de los suyos y de muchos discípulos (de aquellos setenta y dos), además de otros, como José Bernabé , que le sigue para oírle hablar todavía.

592.21 [21]Dice Jesús: «Aquí colocarás la segunda parte del lunes, o sea, *los discursos a mis apóstoles durante la noche* (visión del 6-3-45)».

---

* *aquel día de Quedes*, en 342.6/7; *la señal que espera Gamaliel*, prometida en 41.9 y recordada aquí, además de en 85.4, 114.8/9, 160.4, 354.4, 487.11, 549.9, 602.5.7, 604.10.

593. El lunes por la noche en el Getsemaní con los apóstoles.

6 de marzo de 1945.

[1]Jesús está todavía en el Huerto de los Olivos, con sus apóstoles; 593.1
de nuevo habla.

«Y otro día ha pasado. Ahora la noche, y luego mañana, y luego otro mañana, y después la cena pascual».

«¿Dónde vamos a cenar, Señor mío? Este año estarán también las mujeres» pregunta Felipe.

«Todavía no tenemos previsto nada y la ciudad está saturada de gente. Parece que este año todo Israel, hasta el más lejano prosélito, ha venido al rito» dice Bartolomé.

* Jesús le mira, y, como si recitara un salmo, dice: «Reuníos, apresuraos, acercaos de todos los lugares a mi víctima, que inmolo por vosotros, a la *gran Víctima* inmolada en los montes de Israel; a comer su Carne, a beber su Sangre».

[2]«¿Pero qué víctima? ¿Qué víctima? Pareces como uno del que se 593.2
hubiera apoderado una demencia obsesiva. Hablas sólo de muerte... y nos afliges...» dice vehemente Bartolomé.

Jesús le mira de nuevo, dejando con la mirada a Simón, que se inclina hacia Santiago de Alfeo y Pedro y habla sigiloso con ellos, y dice:

«¿Cómo? ¿Tú me lo preguntas? Tú no eres uno de estos pequeños que para ser doctos deben recibir la heptamorfa luz. Ya estabas versado en la Escritura antes de que Yo te llamara a través de Felipe aquella dulce mañana de primavera. De *mi* primavera. ¿Y tú me preguntas todavía que cuál es la víctima inmolada en los montes, la víctima a la que todos acudirán para nutrirse? ¿Y dices que estoy a merced de una demencia obsesiva porque hablo de muerte? ¡Bartolmái! Como el grito de los escoltas, Yo, en medio de vuestra tiniebla, que nunca se ha abierto a la luz, he lanzado una vez, dos veces, tres veces... el grito anunciador. Pero vosotros no habéis querido entenderle. En ese momento habéis sufrido por ello; luego... como niños, habéis olvidado pronto las palabras de muerte y habéis vuelto festivos a vuestro trabajo, seguros de vosotros y llenos de esperanza respecto a que mis palabras y las vuestras persuadirían cada vez más al mundo a seguir y amar a su Redentor.

No. [3]Sólo después de que esta Tierra haya pecado contra mí —y 593.3
recordad que son palabras del Señor a su profeta—, *sólo después*, el

---

* *dice*, tomando de *Ezequiel 39, 17*. Después se referirá a: *Ezequiel 14, 12-13; Daniel 7; Oseas 6, 1-6; 8, 11-14; Malaquías 1, 10-11; 2, 3-6*; y anticipará *Apocalipsis 11, 15-17*.

pueblo —y no sólo *este* pueblo concreto, sino el *gran pueblo de Adán*— empezará a gemir: "Acerquémonos al Señor. Él, que nos ha herido, nos curará". Y dirá el mundo de los redimidos: "Después de dos días, o sea, *dos tiempos* de la eternidad, durante los cuales nos dejará a merced del Enemigo, que con todo tipo de armas nos golpeará y matará, como nosotros hemos golpeado al Santo y le hemos matado —y le seguimos golpeando y matando, porque siempre existirá la raza de los Caínes que maten con la blasfemia y las malas obras al Hijo de Dios, al Redentor, lanzando flechas mortales no contra su eterna, glorificada Persona, sino contra sus almas propias, las rescatadas por Él de forma que las matarán, matándole, por tanto, a Él a través de sus propias almas—, sólo después de estos dos tiempos, vendra el *tercer día*, y resucitaremos en su presencia en el Reino de Cristo en la Tierra y viviremos en su presencia en el triunfo del espíritu. Lo conoceremos, aprenderemos a conocer al Señor para estar preparados a combatir, mediante este conocimiento *verdadero* de Dios, la extrema batalla que Lucifer presentará al Hombre antes del sonido del ángel de la séptima trompeta, que abrirá el coro bienaventurado de los santos de Dios —coro de un número eternamente perfecto, al que jamás podrá ser añadido ni el más pequeño infante ni el más anciano de los ancianos— el coro que cantará: 'Ha terminado sus días el pobre reino de la Tierra. El mundo ha pasado con todos sus habitantes ante la revista del Juez victorioso. Y los elegidos están ahora en las manos del Señor Dios nuestro y de su Cristo, y Él es nuestro Rey para siempre. Alabado sea el Señor Dios Omnipotente, que es, que era, que será, porque ha asumido su gran poder y ha tomado posesión de su Reino'".

¡Oh, quién de vosotros sabrá recordar las palabras de esta profecía, que ya sonó en las palabras de Daniel con velado sonido y que ahora grita por boca del Sabio ante el mundo atónito y ante vosotros, más atónitos que el mundo? "La venida del Rey —continuará gimiendo el mundo herido y cerrado en el sepulcro, el que ha vivido mal y ha muerto mal, cerrado por su septenario vicio y sus infinitas herejías, el agonizante espíritu del mundo, cerrado, con sus extremos estertores, dentro del organismo, muerto leproso por todos sus errores—, la venida del Rey está preparada como la de la aurora, y vendrá a nosotros como la lluvia de primavera y de otoño". A la aurora la precede y prepara la noche. Ésta es la noche. *Esta de ahora.* ¿Y qué debo hacer contigo, Efraím? ¿Qué debo hacer contigo, Judá?...

593.4 [4]Simón, Bartolmái, Judas, los primos, vosotros que sois los más versados en el Libro, ¿reconocéis estas palabras? Vienen no de un espíritu desatinado, sino de quien posee la Sabiduría y la Ciencia. Co-

mo rey que abre seguro sus arcas, porque sabe dónde está la gema concreta que busca, pues la ha puesto ahí con sus propias manos, Yo cito a los profetas. *Soy la Palabra.* Durante siglos he hablado por labios humanos, durante siglos seguiré haciéndolo. Pero todo lo que de sobrenatural se ha dicho es palabra mía. El hombre no podría, ni siquiera el más docto y santo, subir, águila de alma, más allá de los límites del ciego mundo, para comprender y manifestar los misterios eternos.

Sólo en la Mente divina el futuro es "presente". Necedad es en aquellos que, no elevados por nuestra Voluntad, pretenden hacer profecías y revelaciones. Y Dios pronto los desmiente y castiga, porque sólo Uno puede decir: "Yo soy" y decir: "Yo veo" y decir: "Yo sé". Mas cuando una Voluntad no sujeta a medida ni a juicio, una Voluntad que debe ser aceptada agachando la cabeza y diciendo sin discusión: "Aquí estoy", dice: "Ven, sube, oye, ve, repite", entonces, zambullida en el eterno presente de su Dios, el alma, llamada por el Señor para ser "voz", ve y tiembla, ve y llora, ve y exulta; entonces el alma llamada por el Señor para ser "palabra" oye y, llegando a éxtasis o a agónico sudor, expresa las tremendas palabras del Dios eterno. Porque toda palabra de Dios es tremenda, pues viene de Aquel cuyo veredicto es inmutable y cuya Justicia es inexorable, y porque está dirigida a los hombres, de los cuales demasiado pocos merecen amor y bendición, sino rayo y condena. Ahora bien, esta palabra, pronunciada y vilipendiada, ¿no es causa de tremenda culpa y tremendo castigo para los que, habiéndola oído, la rechazan? Lo es.

[5]¿Y qué debía hacer con vosotros, Efraím, Judá, mundo?; ¿qué, que 593.5
no haya hecho ya? Amándote, he venido, oh Tierra mía, y mi palabra ha sido para ti espada mortal porque la has aborrecido. ¡Oh, mundo que matas a tu Salvador creyendo hacer algo justo, ¿tan identificado con el demonio estás, que no comprendes ya siquiera cuál es el sacrificio que Dios exige, sacrificio del propio pecado, no de un animal inmolado y comido con el alma sucia?! ¿Qué te he dicho, entonces, en estos tres años? ¿Qué he predicado? He dicho: "Conoced a Dios en sus leyes y en su naturaleza". Y me he secado como vaso de arcilla porosa puesto al sol, predicando el conocimiento vital de la Ley y de Dios. Y has seguido cumpliendo holocaustos sin cumplir nunca el único necesario: ¡*la inmolación de tu mala voluntad al Dios verdadero*!

Ahora el Dios eterno te dice, ciudad de pecado, pueblo apóstata — y en la hora del Juicio contigo se usará un azote que no será usado con Roma y Atenas, que son débiles mentales y no conocen ni saber ni palabra, pero que, cuando, de ser eternos niños mal cuidados por su nodriza, niños cuyas capacidades han quedado a nivel animal, pa-

sen a estar en los brazos santos de mi Iglesia, mi única, sublime Esposa que dará a luz innumerables hijos dignos de Cristo, entonces se harán adultos y capaces, y me darán palacios y soldados, templos y santos que poblarán el Cielo como de estrellas—, ahora el Dios eterno te dice: "No me sois gratos ya y ya no aceptaré don venido de tu mano, que me es como estiércol y Yo os lo arrojo de nuevo a la cara y se os quedará prendido. Vuestras solemnidades, todas ellas exteriores, me dan asco. Rescindo el pacto con la estirpe de Aarón y se lo paso a los hijos de Leví, porque *éste es mi Leví* y con Él, eternamente, he hecho un pacto de vida y paz y Él me fue siempre fiel, hasta el sacrificio. Tuvo el santo temor del Padre y tembló por el enojo del Padre, si ofendido, con sólo oír herido mi Nombre. La ley de la verdad estuvo en su boca y en sus labios no hubo iniquidad; caminó conmigo en la paz y la equidad y a muchos apartó del pecado. Ha llegado el tiempo en que en todo lugar —ya no en el que fue único altar de Sión, no siendo merecedores vosotros de ofrecerlo— será sacrificada y ofrecida en mi Nombre la Hostia pura, inmaculada, grata al Señor".

593.6 [6]¿Reconocéis estas eternas palabras?».

«Las reconocemos, Señor nuestro. Y créenos que nos sentimos abatidos como bajo un duro golpe. Pero ¿no es posible desviar el destino?».

«¿Destino lo llamas, Bartolmái?».

«No sabría qué otro nombre...».

«*Reparación*. Ése es el nombre. No se ofende al Señor sin que la ofensa deba ser reparada. Y Dios Creador fue ofendido por la primera criatura. Desde entonces, la ofensa ha ido siendo cada vez mayor. Y no valió ni la gran masa de agua del diluvio, ni la lluvia de fuego sobre Sodoma y Gomorra, para hacer santo al hombre. Ni el agua ni el fuego. La Tierra es una Sodoma sin fronteras, por donde se pasea, libre y como rey, Lucifer. Venga, pues, una trina realidad para lavarla: el fuego del amor, el agua del dolor, la sangre de la Víctima. Éste es, Tierra, mi don. He venido para dártelo. ¿Y ahora habría de huir ante su cumplimiento? Es Pascua. No se puede huir».

«¿Por qué no vas donde Lázaro? No sería huir. Pero en su casa no te tocarían».

«Tiene razón Simón. ¡Te lo suplico, Señor, hazlo!» grita Judas Iscariote arrojándose a los pies de Jesús.

A su gesto responde un llanto desconsolado de Juan. Aunque más controlados en su dolor, también lloran los primos y Santiago y Andrés.

593.7 [7]«¿Me crees el "Señor"? ¡Mírame!», y Jesús perfora con sus ojos la cara angustiada de Judas Iscariote; porque no finge, está realmente angustiado (quizá es la última lucha de su alma con Satanás y no sa-

be vencerla).

Jesús le estudia y sigue su lucha como un científico podría estudiar una crisis en un enfermo. Luego se alza bruscamente, con tanta vehemencia, que Judas, que estaba apoyado en sus rodillas, impulsado hacia atrás, cae al suelo sentado. Jesús retrocede incluso y, visiblemente turbado su rostro, dice: «¿Y así prenden también a Lázaro? Doble presa y, por tanto, doble alegría. No. Lázaro está reservado para el Cristo futuro, para *el Cristo triunfante*. Sólo uno será arrojado fuera de la vida y *no volverá*. Yo volveré. Él no volverá. Pero Lázaro se queda. Tú, *tú que sabes tantas cosas*, sabes también ésta. Mas los que esperan obtener una doble ganancia capturando al águila y al aguilucho, en el nido y sin esfuerzo, pueden estar seguros de que *el águila tiene ojo para todos*, y que por amor hacia su pequeñuelo se alejará del nido, para que sólo a ella la prendan, salvándole así a él. Me da muerte el odio, pero sigo amando. [8]Idos. Yo me quedo a orar. 593.8
Nunca como en esta hora que vivo he tenido necesidad de llevar el alma al Cielo».

«Déjame que me quede aquí contigo, Señor» suplica Juan.

«No. Todos necesitáis descansar. Ve».

«¿Te quedas solo? ¿Y si te hacen algún mal? Pareces incluso enfermo... Yo me quedo» dice Pedro.

«Tú ve con los otros. ¡Dejadme olvidar durante una hora a los hombres! ¡Dejadme en contacto con los ángeles de mi Padre! Me suplirán a mi Madre, que pena en el llanto y la oración, y a la que no puedo cargar más con mi acongojado dolor. Idos».

«¿No nos das la paz?» le pregunta su primo Judas.

«Tienes razón. La paz del Señor descienda sobre aquellos que no le son oprobio ante sus ojos. Adiós», y Jesús se interna, subiendo un escalón del terreno, en la espesura de los olivos.

[9]«¡Pues la verdad es que... lo que dice está en la Escritura! Y, 593.9
oyéndole a Él, se comprende por qué y para quién fue dicho» susurra Bartolomé.

«Esto se lo dije yo a Pedro en otoño del primer año...» dice Simón.

«Es verdad... Pero... ¡no! Yo, estando yo vivo, no dejaré que le prendan. Mañana...» dice Pedro.

«¿Qué vas a hacer mañana?» pregunta Judas Iscariote.

«¿Que qué voy a hacer? Hablo conmigo mismo. Éstos son tiempos de conjura. No confío mi pensamiento ni al aire. Y tú, que tienes influencia —muchas veces lo has dicho— ¿por qué no buscas protección para Jesús?».

«Lo haré, Pedro. Lo haré. No os extrañéis si me ausento alguna vez. Es que estoy trabajando para Él. ¡Pero no se lo digáis, eh!».

«Puedes estar seguro. Bendito seas. Alguna vez he desconfiado de ti, pero te pido que me disculpes por ello. Veo que en los momentos claves eres mejor que nosotros. Tú actúas... yo lo único que sé hacer es echar palabras al vuelo» dice Pedro, humilde y sincero. Y Judas ríe como contento de la alabanza.

Se ponen en marcha para salir del Getsemaní e ir hacia el camino que lleva a Jerusalén.

594. *Martes santo.* Lecciones sacadas de la higuera agostada. El tributo de César y la resurrección de los cuerpos.

1 de abril de 1947.

594.1 [1]Están para entrar de nuevo en la ciudad. Vienen por el mismo caminito lejano que tomaron la mañana anterior. Es como si Jesús no quisiera, antes de llegar al Templo —al que se accede pronto entrando en la ciudad por la Puerta del Rebaño, que está cerca de la Probática—, verse rodeado de la gente que aguarda. Pero hoy muchos de los setenta y dos le esperan ya del otro lado del Cedrón, antes del puente, y en cuanto le ven aparecer de entre los olivos verdegrises, con su túnica purpúrea, se mueven en dirección a Él. Se reúnen y siguen hacia la ciudad.

Pedro, que mira adelante, cuesta abajo, siempre sospechando ver aparecer a algún malintencionado, observa entre el verde fresco de las últimas pendientes una masa de hojas mustias, colgantes, que pende sobre las aguas del Cedrón. Las hojas, acartonadas y lánguidas, con manchas como de óxido distribuidas en su superficie, asemejan a las de un árbol reseco por el fuego; de vez en cuando, la brisa arranca una hoja para sepultarla en las aguas del torrente.

«¡Pero si es la higuera de ayer! ¡La higuera que maldijiste!» grita Pedro señalando con una mano hacia el árbol seco, vuelta su cabeza para hablar con el Maestro.

Acuden todos presurosos, menos Jesús, que sigue adelante con el paso que llevaba. Los apóstoles refieren a los discípulos los precedentes del hecho que observan, y todos juntos hacen comentarios mirando estupefactos a Jesús. Han visto miles de milagros realizados en hombres y elementos. Pero éste los impresiona más que muchos otros.

594.2 [2]Jesús, que ha llegado donde ellos, sonríe al observar esas caras asombradas y temerosas. Dice: «¿Y bien? ¿Tanto os maravilla el que por mi palabra se haya secado una higuera? ¿No me habéis visto, acaso, resucitar muertos, curar a leprosos, dar la vista a los ciegos,

multiplicar los panes, calmar las tempestades, apagar el fuego? ¿Y os asombra el que una higuera se seque?».

«No es por la higuera. Es que ayer estaba lozana cuando la maldijiste, y ahora está seca. ¡Mira! Quebradiza como arcilla seca. Sus ramas ya no tienen médula. Mira. Se pulverizan», y Bartolomé desmenuza entre sus dedos unas ramas que con facilidad ha partido.

«Ya no tienen médula. Tú lo has dicho. Y, cuando ya no hay médula, se produce la muerte, bien sea en un árbol o en una nación o en una religión; queda sólo dura corteza e inútil follaje: crueldad e hipócrita exterioridad. La médula, blanca, interior, llena de savia, corresponde a la santidad, a la espiritualidad; la corteza dura y el follaje inútil, a la humanidad carente de vida espiritual y de vida justa. ¡Ay de aquellas religiones que se hacen humanas porque sus sacerdotes y fieles han dejado de tener vital el espíritu! ¡Ay de aquellas naciones cuyos jefes son sólo crueldad y ruidoso clamor carente de ideas fructíferas! ¡Ay de aquellos hombres en que falta la vida del espíritu!».

«Pero si esto se lo dijeras a los grandes de Israel, aun siendo verdad lo que dices, no te comportaría inteligentemente. No te hagas ilusiones por el hecho de que hasta ahora te hayan dejado hablar. Tú mismo dices que no es por conversión del corazón, sino por cálculo. Sabe, pues, Tú también calcular el valor y las consecuencias de tus palabras. Porque existe también la sabiduría del mundo, además de la sabiduría del espíritu. Y hay que saber usarla en beneficio nuestro. Porque, en fin, por ahora estamos en el mundo, no todavía en el Reino de Dios» dice Judas Iscariote, sin mordacidad pero en tono doctoral.

«El verdadero sabio es el que sabe ver las cosas sin que las sombras de la propia sensualidad y las reflexiones del cálculo las alteren. Yo diré siempre la verdad de lo que veo».

[3]«Bueno, pero ¿esta higuera ha muerto por haberla maldecido 594.3
tú?, o es... una coincidencia... una señal... no sé» pregunta Felipe.

«Es todo eso que dices. Pero lo que he hecho Yo podéis hacerlo también vosotros, si alcanzáis la fe perfecta. Tened esa fe en el Señor altísimo. Cuando la tengáis, en verdad os digo que podréis esto y más. En verdad os digo que si uno llega a tener la confianza perfecta en la fuerza de la oración y en la bondad del Señor, podrá decir a este monte: "Córrete de aquí y échate al mar", y si, diciéndolo, no duda en su corazón, sino que cree que lo que ordena se puede cumplir, lo que ha dicho se cumplirá».

* «Y pareceremos brujos y nos apedrearán, como está escrito para quien ejerce la magia. ¡Sería un milagro necio, y con daño para noso-

* está escrito, en *Levitico 20, 27.*

tros!» dice Judas Iscariote meneando la cabeza.

«¡El necio eres tú, que no comprendes la parábola!» le rebate el otro Judas.

Jesús no habla a Judas, habla a todos: «Os digo, y es vieja lección que repito en esta hora: todo lo que pidáis con la oración, tened fe en que lo obtendréis y lo recibiréis. Pero, si antes de orar tenéis algo contra alguien, antes perdonad y haced la paz para que tengáis como amigo a vuestro Padre que está en los Cielos, que, mucho, mucho os perdona y favorece, de la mañana a la noche, del ocaso a la aurora».

594.4 [4]Entran en el Templo. Los soldados de la Antonia los observan mientras pasan. Van a adorar al Señor. Luego vuelven al patio en que los rabíes enseñan.

En seguida, antes de que la gente venga y se arremoline en torno a Él, se acercan a Jesús saforimes, doctores de Israel, herodianos, y, con falsa deferencia, tras haberle saludado, le dicen: «Maestro, sabemos que eres sabio y veraz, y que enseñas el camino de Dios sin tener en cuenta nada ni a nadie, aparte de la verdad y la justicia; y que poco te preocupas del juicio que los demás tengan de ti, sino que te preocupas sólo de llevar a los hombres al Bien. Dinos, entonces: ¿es lícito pagar el tributo a César, o no? ¿Qué opinas?».

Jesús los mira con una de esas miradas suyas de penetrante y solemne perspicacia, y responde: «¿Por qué me tentáis hipócritamente? ¡Y además alguno de vosotros ya sabe que a mí no se me engaña con hipócritas honores! Pero, mostradme una moneda de las que usáis para el tributo».

Le muestran la moneda. La observa por ambas partes, y, sujetándola en la palma de la izquierda, golpea en ella con el índice de la derecha, mientras dice: «¿De quién es esta imagen y qué dice esta inscripción?».

«La imagen es de César, y la inscripción lleva su nombre, el nombre de Cayo Tiberio César, que es ahora emperador de Roma».

«Pues entonces dad a César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios», y les da la espalda, después de haber entregado el denario a quien se lo había dejado.

594.5 [5]Escucha a unos u otros de los muchos peregrinos que le hacen preguntas, consuela, absuelve, cura. Pasan las horas.

Sale del Templo para ir quizás afuera de las puertas, para tomar los alimentos que los servidores de Lázaro, encargados de ello, le traen.

Vuelve de nuevo a entrar a primera tarde. Incansable. Gracia y sabiduría fluyen, de sus manos y labios, puestas sobre los enfermos o abiertos para consejos individuales dados a cada uno de los que se

acercan a Él, que son muchos: parece como si quisiera consolar a todos, curar a todos, antes de no poder hacerlo ya.

Se acerca el ocaso. Los apóstoles, cansados, están sentados en el suelo bajo el pórtico, aturdidos por ese continuo movimiento de gente que son los patios del Templo en la inminencia de la Pascua. En esto, se acercan unos ricos (ricos, sin duda, a juzgar por sus vestiduras pomposas).

Mateo, que está adormilado aunque sólo con un ojo, se pone en pie y, con algún meneo, llama a los otros. Dice: «Van hacia el Maestro unos saduceos. No debemos dejarle solo, no sea que todavía le ofendan o traten de hacerle algún mal o de burlarse de Él».

Se alzan todos y van donde el Maestro. Inmediatamente forman una barrera en torno a Él. Creo intuir que ha habido desórdenes al marcharse del Templo o al volver a la hora sexta.

[6]Los saduceos, que tienen para Jesús reverencias incluso exage- 594.6
radas, le dicen: «Maestro, has respondido tan sabiamente a los herodianos, que nos ha venido el deseo de recibir también nosotros un ra-
* yo de tu luz. Escucha: Moisés dijo: "Si uno muere sin hijos, su hermano se casará con la viuda y dará descendencia al hermano". Ahora bien, había entre nosotros siete hermanos. El primero tomó a una virgen por esposa, pero murió sin dejar prole; por tanto, dejó su mujer a su hermano. También el segundo murió sin dejar prole, y lo mismo el tercero, que se casó con la viuda de los dos que le habían precedido. Así sucesivamente, hasta el séptimo. Al final, después de haberse casado con los siete hermanos, se murió la mujer. Dinos: en la resurreción de los cuerpos —si es verdad que los hombres resucitan y que nuestra alma sobrevive y vuelve a unirse al cuerpo el último día y a dar nueva forma a los vivientes—, ¿cuál de los siete hermanos tendrá a la mujer, dado que en la Tierra la tuvieron los siete?».

«Estáis en un error. No sabéis comprender ni las Escrituras ni el poder de Dios. La otra vida será muy distinta de ésta, y en el Reino eterno no existirán las necesidades de la carne como en éste. Porque, en verdad, después del Juicio final, la carne resucitará y se reunirá con el alma inmortal y formará un todo nuevo —vivo como, y mejor, como lo están mi cuerpo y el vuestro ahora—, pero no sujeto ya a las leyes, y, sobre todo, a los estímulos y abusos ahora vigentes. En la resurrección, los hombres y las mujeres no tomarán ni mujer ni marido, aunque vivan en el amor perfecto, que es el divino y espiritual. Y por lo que respecta a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído
* cómo habló a Moisés Dios desde la zarza? ¿Qué dijo entonces el Altí-

* *Moisés dijo,* en *Deuteronomio 25, 5-6.*
* *habló... desde la zarza,* en *Éxodo 3, 1-6.*

simo?: "Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob". No dijo: "Yo fui", dando a entender que Abraham, Isaac y Jacob *hubieran existido, pero que ya no existían*. Dijo "*Yo soy*". Porque Abraham, Isaac y Jacob *existen*. Inmortales. Como todos los hombres en su parte inmortal, mientras duren los siglos; luego, también con la carne resucitada para la eternidad. *Existen*, como existe Moisés, los profetas, los justos, como, desventuradamente, existe Caín, y existen los del diluvio y los de Sodoma y todos los que murieron en culpa mortal. Dios no es el Dios de los muertos, *sino de los vivos*».

594.7 [7]«¿Tú también vas a morir y luego estar entre los vivos?» le tientan. Están ya cansados de comportarse con mansedumbre. El aborrecimiento es tal, que no saben contenerse.

«Yo soy el Viviente y mi Carne no conocerá la corrupción. Se nos arrebató el arca, y la actual también se nos quitará, incluso como símbolo. Se nos arrebató el Tabernáculo, y será destruido. Pero el verdadero Templo de Dios no podrá ser ni arrebatado ni destruido. Cuando sus adversarios crean que lo han conseguido, entonces será la hora en que se establecerá en la verdadera Jerusalén en toda su gloria. Adiós».

Y, presuroso, va hacia el Patio de los Israelitas, porque las trombas de plata llaman al sacrificio del anochecer.

594.8 [8]Me dice Jesús:

«De la misma forma que hice que señalaras la frase "de mi cáliz" * en la visión en que la madre de Juan y Santiago pide un lugar para sus hijos, así mismo, te digo que señales en la visión de ayer el punto que dice: "el que caiga *contra* esta piedra quedará destrozado". En las traducciones se usa siempre "sobre". Dije "*contra*", no "*sobre*". Y es profecía contra los enemigos de mi Iglesia. Los que la atacan, arremetiendo contra Ella, porque Ella es la Piedra angular, quedan destrozados. La historia de la Tierra lleva veinte siglos confirmando lo que dije. Los perseguidores de la Iglesia quedan destrozados al arremeter contra la Piedra angular. Pero también —y esto han de tenerlo presente los que por ser de la Iglesia se creen salvados de los castigos divinos— *aquel sobre el que caiga el peso de la condena de la Cabeza y Esposo de esta Esposa mía, de este Cuerpo místico mío, quedará triturado.*

594.9 [9]Y, previniendo una objeción de los siempre vivos escribas y saduceos, malévolos para con mis siervos, digo: si en estas últimas visiones aparecen frases que no están en los Evangelios, como estas del

---

* *de mi cáliz*, en 577.11; *contra esta piedra*, en 592.17.

final de la visión de hoy, y del punto en que hablo de la higuera seca, y otros más, recuerden aquéllos que los evangelistas eran también de *ese* pueblo, y vivían en tiempos en que cualquier choque demasiado vivo podía tener repercusiones violentas y nocivas para los neófitos.

Lean de nuevo los hechos apostólicos, y verán que la fusión de tantos pensamientos distintos no era sin fricciones, y que si unos a otros se tributaron admiración, reconociéndose recíprocamente los méritos, no faltaron entre ellos desacuerdos, porque diversos son los pensamientos de los hombres, y siempre imperfectos. Y para evitar fracturas más profundas, entre uno u otro pensamiento, iluminados por el Espíritu Santo, los evangelistas omitieron *conscientemente* en sus escritos algunas frases que habrían hecho mella en la excesiva susceptibilidad de los hebreos y habrían escandalizado a los gentiles, que necesitaban creer *perfectos* a los hebreos —núcleo del que provino la Iglesia— para no alejarse de ellos diciendo: "Son como nosotros". Conocer las persecuciones de Cristo, sí; pero las enfermedades espirituales del pueblo de Israel, ya corrompido, especialmente en las clases más altas, no. No era conveniente. Y, lo más que pudieron, velaron.

Observen cómo los Evangelios se iban haciendo cada vez más explícitos, hasta llegar al límpido Evangelio de mi Juan, a medida que iban siendo escritos en épocas más lejanas respecto a mi Ascensión al Padre mío. Sólo Juan reseña por entero *hasta* las más dolorosas manchas del propio núcleo apostólico, llamando, por ejemplo, abiertamente "ladrón" a Judas; y refiere íntegramente las bajezas de los judíos (fingida voluntad de hacerme rey, disputas en el Templo, el abandono de muchos tras el discurso sobre el Pan del Cielo, la incredulidad de Tomás). El que más vivió, ya hasta ver fuerte a la Iglesia, alza los velos que los otros no se habían atrevido a alzar.

Pero ahora el Espíritu de Dios quiere que se conozcan incluso estas palabras. Y bendigan por ello al Señor, porque todas ellas son luz y guía para los justos de corazón».

[10]«Colocarás aquí la segunda parte del martes, o sea, l*a instrucción nocturna a los Doce en el Getsemaní*». 594.10

595. El martes por la noche en el Getsemaní con los apóstoles.

7 de marzo de 1945.

595.1 [1]«Hoy habéis oído hablar a gentiles y judíos. Y habéis visto cómo * los primeros me han aceptado con reverencia, mientras que los segundos por poco no me han agredido. Tú, Pedro, casi llegas a las manos al ver que arteramente mandaban contra mí corderos, carneros y chotos para hacerme caer al suelo entre los excrementos. Tú, Simón, a pesar de la gran prudencia que tienes, has abierto tu boca al insulto contra los miembros más aviesos del Sanedrín, que ruinmente se chocaban contra mí diciéndome: "Apártate, demonio, mientras pasan los enviados de Dios". Tú, Judas, primo, y tú, Juan, mi predilecto, habéis gritado, y, raudos, me habéis evitado: uno el ser embestido, tomando el caballo por las bridas; el otro, metiéndose delante de mí y recibiendo el golpe, dirigido a mí, del pértigo cuando, con risa burlona, Sadoq ha venido contra mí con su pesado carro lanzado adrede con veloz carrera. Os agradezco vuestro amor, que os hace alzaros contra los agresores del Inerme; pero veréis otras agresiones y actos crueles, mucho mayores. Cuando esta Luna ría en el cielo por segunda vez, a partir de esta noche, las agresiones, por ahora verbales o apenas esbozadas desde el punto de vista material, se harán concretas, más densas que las flores que ahora pueblan los árboles
595.2 frutales y se apiñan cada vez más por la prisa de florecer. [2]Habéis visto una higuera secada y todo un pomar sin flores. La higuera, como Israel, negó confortación al Hijo del hombre y murió en su pecado; el pomar, como los gentiles, espera la hora que he dicho para florecer y anular el último recuerdo de la crueldad humana con la dulzura de las abundantes flores esparcidas sobre la cabeza y bajo los pies del Vencedor».

«¿Qué hora, Maestro?» pregunta Mateo. «¡Has hablado tanto y de tantas cosas hoy! No recuerdo bien. Y quisiera recordar todo. ¿Quizá la hora del regreso del Cristo? También aquí has hablado de ramas que se vuelven tiernas y dan hojas».

«¡Que no, hombre, que no!» exclama Tomás. «El Maestro habla como si esta conjura que le espera fuera inminente. ¿Cómo puede, entonces, en poco tiempo suceder todo lo que Él dice que precederá a * su regreso? Guerras, destrucciones, esclavitud, persecuciones, Evangelio predicado a todo el mundo, desolación de la abominación en la

* *habéis oído... habéis visto...*, como se intuye en 594.5 (últimos renglones).
* *lo que Él dice,* habiendo ya aludido (por ejemplo, en 265.7/10) a los temas del discurso escatólogico que más tarde dirá.

casa de Dios, y terremotos, pestes, falsos profetas, señales en el Sol y las estrellas... ¡Hombre!, ¡hacen falta siglos para hacer todo esto! ¡Fresco estaría ese amo del pomar, si su huerto tuviera que esperar a ese tiempo para florecer!».

«Ya no comería sus frutos. Porque yo digo que entonces será el fin del mundo» comenta Bartolomé.

«Para llevar a cabo el fin del mundo sólo haría falta un pensamiento de Dios, y todo volvería a la nada. Por eso, podría ser que ese pomar tuviera que esperar poco. Pero las cosas sucederán como Yo he dicho. Por tanto, transcurrirán siglos entre éste y aquél, o sea, hasta el definitivo triunfo del Cristo» explica Jesús.

«¿Y entonces? ¿Cuándo será?».

«¡Yo sé cuándo será!» dice Juan, y llora. «Yo sé cuándo será. ¡Será después de tu muerte y tu resurrección!...», y Juan le abraza fuertemente.

«¿Y lloras si va a resucitar?» dice con mofa Judas Iscariote.

«Lloro porque antes debe morir. [3]No te burles de mí, demonio. Yo 595.3
comprendo. Y no puedo pensar en esa hora».

«Maestro, me ha llamado demonio. Ha pecado contra el compañero».

«Judas: ¿sabes que no lo mereces? Pues entonces no te resientas con su culpa. A mí también me han llamado "demonio", y todavía me lo llamarán».

«Pero Tú tienes dicho que quien insulta a su hermano es culpab...».

«Silencio. Ante la muerte se acaben por fin estas odiosas acusaciones, disputas y mentiras. No turbéis a quien está muriendo».

«Perdóname, Jesús» susurra Juan. «Con el sonido de su risa, he sentido que se me revolvía algo dentro... y no he podido contenerme». Juan está abrazado todo, pecho contra pecho, a Jesús, y le llora en su corazón.

«No llores. Te comprendo. Déjame hablar».

Pero Juan no se despega de Jesús, ni siquiera cuando Él se sienta en una gruesa raíz saliente. Se queda pasándole un brazo por la espalda y otro alrededor del pecho y con la cabeza apoyada en un hombro, y llora quedo. Sólo vese brillar, con la luz de la luna, las gotas de su llanto, que caen en la túnica purpúrea de Jesús y parecen rubíes: gotas de pálida sangre heridas por una luz.

[4]«Hoy habéis oído hablar a judíos y a gentiles. No os debe asom- 595.4
* brar, pues, el que os diga: "De mi boca salieron siempre palabras de justicia, y no serán revocadas"; o el que os diga, también con Isaías,

* *el que os diga*, comienzo de citas o alusiones a: *Isaías 45, 23-25; 49, 2-6.*

hablando de los gentiles que vendrán a mí después de ser elevado de la tierra: "Ante mí se doblará toda rodilla, por mí y en mí jurará toda lengua". Y tampoco dudaréis, habiendo visto cómo actúan los judíos, que es fácil decir, sin temor a equivocarse, que serán conducidos a mi presencia, y avergonzados, todos los que se oponen a mí.

Mi Padre no me ha hecho siervo suyo sólo para que haga revivir a las tribus de Jacob y para convertir a lo que queda de Israel, *el resto*; sino que ha hecho don de mí como luz para las Naciones para que sea el "Salvador" de toda la Tierra. Por este motivo, en estos treinta y tres años de exilio del Cielo y del seno del Padre, he crecido siempre en Gracia y Sabiduría ante Dios y ante los hombres, alcanzando la edad perfecta, y en estos tres últimos años, después de poner incandescentes mi alma y mi mente en el fuego del amor, y de templarlas con el hielo de la penitencia, he hecho de mi boca "como una espada cortante".

595.5 [5]El Padre Santo, que es mío y vuestro, hasta este momento me ha custodiado bajo la sombra de su mano, porque todavía no había llegado la hora de la Expiación. Ahora me deja, y la flecha elegida, la flecha de su divina aljaba, tras haber herido para sanar (herido a los hombres para abrir brecha en los corazones para la Palabra y Luz de Dios), ahora se dirige, rápida y segura, a herir a la Segunda Persona, al Expiador, al Obediente que obedece por todo Adán desobediente... Y, como guerrero alcanzado, caigo, diciendo por demasiados: "En vano me he fatigado, sin razón, sin obtener nada. He consumido mis fuerzas por nada".

¡Pero... no! ¡No, por el Señor eterno que no hace nunca nada sin objetivo! ¡Atrás, Satanás, que quieres que ceda al desánimo y tentarme a la desobediencia! En el alfa y la omega de mi ministerio, viniste y vienes. Pues bien, aquí estoy. Me pongo en pie de guerra —realmente se levanta—, me mido contigo. Y, me lo juro a mí mismo, te venceré. No es orgullo decir esto: es verdad. El Hijo del hombre será vencido en su carne por el hombre, el gusano miserable que muerde y envenena desde su corrompido fango. Pero, el Hijo de Dios, la Segunda Persona de la inefable Tríada, no será vencida por Satanás. Tú eres el Odio. Y eres poderoso en tu acto de odio y de tentación. Pero conmigo habrá una fuerza que escapa a tu acción, porque no puedes ni alcanzarla ni mirarla. ¡El Amor está conmigo!

595.6 [6]Sé cuál es esa desconocida tortura que me espera. No la que os diré mañana, para que sepáis que nada de lo que por mí o en torno a mí se hacía y se movía, que nada de lo que se formaba en vuestro corazón, me era desconocido. No. La otra tortura... La que no le viene al Hijo del hombre ni de lanzas ni de palos, ni de burlas y golpes, sino de

Dios mismo, y que será conocida sólo por pocos en lo que de atroz tendrá, y aceptada como posible por menos todavía. Pero en esa tortura, en que dos serán los principales agentes: Dios con su ausencia y tú, demonio, con tu presencia, la Víctima tendrá consigo al Amor, el Amor que vive en la Víctima, fuerza primera de su resistencia a la prueba, y el Amor en el consolador espiritual, que ya bate sus alas de oro por el ansia de bajar a enjugar mis sudores, y que ya recoge todas las lágrimas de los ángeles en el celeste cáliz y diluye en él la miel de los nombres de mis redimidos, de los que me aman, para calmar con esa bebida la gran sed del Torturado y su amargura sin límites.

Y tú, demonio, serás derrotado. Un día, saliendo de un poseído, * me dijiste: "Espero a vencerte cuando seas un harapo de carne sangrante". Pero Yo te respondo: "No me tendrás. Yo venzo. Mi fatiga fue santa, mi causa está en manos de mi Padre, que defiende las obras de su Hijo y no permitirá que ceda el espíritu mío".

Padre, ya desde ahora te digo para esa hora atroz: "En tus manos abandono mi espíritu".

[7]Juan, no me dejes... Vosotros marchaos. La paz del Señor esté 595.7
donde no es huésped Satanás. Adiós».

Todo termina.

596. *Miércoles santo.* El mayor de los mandamientos y el óbolo de la viuda. Los discursos sobre los escribas y fariseos, sobre el Templo nuevo, sobre los últimos tiempos.

2 de abril de 1947.

[1]Jesús —todo blanco hoy con su túnica de lino— entra en el Tem- 596.1
plo, que tiene aún más gente que en los días precedentes. Hace bochorno.

Va al Atrio de los Israelitas, a adorar, y luego a los pórticos, seguido por mucha gente. Otros ya han cogido los mejores lugares, bajo los pórticos, y son, por lo general, gentiles, los cuales, no pudiendo superar el primero patio, no pudiendo ir más allá del Pórtico de los Paganos, han aprovechado el hecho de que los hebreos han seguido a Cristo para tomar posiciones favorables.

Pero un grupo muy numeroso de fariseos los descompagina —siempre se muestran igualmente arrogantes— abriéndose paso con desconsideración para acercarse a Jesús, que está inclinado hacia un enfermo. Esperan a que lo cure, luego le mandan a un escriba para

* *me dijiste*, en 420.6.

que le haga unas preguntas.

Verdaderamente había habido antes entre ellos una breve disputa, porque quería haber ido uno, Joel llamado Alamot, a preguntarle al Maestro. Pero un fariseo se había opuesto, sostenido por los otros, que decían: «No. Sabemos que estás de la parte del Rabí, aunque sea secretamente; deja que vaya Urías...».

«Urías no» había dicho otro escriba, joven, al que no he visto nunca. «Urías habla demasiado bruscamente. Haría que la gente se agitara. Voy yo».

Y sin prestar oídos ya a las protestas de los otros, se había acercado al Maestro, justo en el momento en que Jesús estaba despidiendo al enfermo con estas palabras: «Ten fe. Estás curado. Esta fiebre y este dolor no volverán nunca».

596.2 [2]«Maestro, ¿cuál es el mayor de los mandamientos de la Ley?».

Jesús, que le tenía a sus espaldas, se vuelve y le mira. Una luz tenue de sonrisa ilumina su rostro. Luego levanta la cara —tenía la cabeza algo agachada, pues el escriba es de baja estatura y además está inclinado en actitud reverente— y recorre con su mirada la multitud; se fija en el grupo de los fariseos y doctores y descubre la cara pálida de Joel, semiescondido tras un grueso fariseo envuelto en su pomposo manto. Su sonrisa se acentúa. Es como una luz que vaya a acariciar al escriba honesto.

Luego baja de nuevo la cabeza y mira a su interlocutor. Responde: «El primero de todos los mandamientos es: "Escucha, Israel: el * Señor Dios nuestro es el único Señor. Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas". Éste es el primero y supremo mandamiento. El segundo es semejante a éste, es: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". No hay mandamientos mayores que éstos, que encierran toda la Ley y los Profetas».

«Maestro, has respondido con sabiduría y verdad. Así es. Dios es Único y no hay otro dios aparte de Él. Amarle con todo el propio corazón, con toda la propia inteligencia, con toda el alma y todas las fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo vale mucho más que cualquier holocausto y sacrificio. Pienso mucho en esto cuando medito las palabras davídicas: "No te agradan los holocaustos; el sacrifi- * cio a Dios consiste en un espíritu contrito"».

«No estás lejos del Reino de Dios porque has comprendido cuál es el holocausto que agrada a Dios».

«¿Pero cuál es el holocausto más perfecto?» pregunta rápidamen-

---

* *El primero*, en *Deuteronomio 6, 4-5. El segundo*, en *Levítico 19, 18.*
* *palabras davídicas*, que están en *Salmo 51, 18-19.* Más abajo se hace referencia también a *Salmo 37, 11* y a *Salmo 110, 1.*

te y en voz baja el escriba, como si estuviera diciendo un secreto.

Jesús resplandece de amor dejando caer esta perla en el corazón de este que se abre a su doctrina, a la doctrina del Reino de Dios, y, inclinado hacia él, dice: «El holocausto perfecto es amar como a nosotros mismos a aquellos que nos persiguen, y no tener rencores. El que hace esto poseerá la paz. Está escrito: los mansos poseerán la Tierra y gozarán de la abundancia de la paz. En verdad te digo que el que sabe amar a sus enemigos alcanza la perfección y posee a Dios».

[3]El escriba le saluda con deferencia y regresa a su grupo, que, en 596.3
voz baja, le censura por haber alabado al Maestro, y con ira le dicen: «¿Qué le has preguntado en secreto? ¿No será que también te ha seducido a ti?».

«He sentido al Espíritu de Dios hablar por su boca».

«Eres un necio. ¿Es que crees que es el Cristo?».

«Creo que lo es».

«¡En verdad, dentro de poco veremos vacías de nuestros escribas nuestras escuelas, y los veremos ir errabundos detrás de ese Hombre! ¿Pero dónde ves en Él al Cristo!».

«¿Dónde?, no lo sé. Sé que siento que es Él».

«¡Loco!». Le vuelven, inquietos, las espaldas.

Jesús ha observado el diálogo, y, cuando los fariseos pasan por delante de Él en grupo compacto para marcharse inquietos, los llama y dice: «Escuchadme. Quiero preguntaros una cosa. Según vosotros, ¿qué os parece?, ¿de quién es hijo el Cristo?».

«*Será* hijo de David» le responden, remarcando el "será", porque quieren hacerle comprender que para ellos Él *no es* el Cristo.

«¿Y cómo, entonces, David, inspirado por Dios, le llama Señor diciendo: "Dijo el Señor a mi Señor: 'Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos como escabel para tus pies'"? Si, pues, David llama al Cristo "Señor", ¿cómo el Cristo puede ser su hijo?».

No sabiendo qué responderle, se alejan rumiando su veneno.

[4]Jesús se cambia de sitio. Estaba en un lugar ahora completa- 596.4
mente invadido por el sol; ha ido más allá, donde las bocas del Tesoro, junto a la sala del gazofilacio. Este lado, todavía en la sombra, está ocupado por rabíes que arengan con grandes gestos dirigidos a sus oyentes hebreos, los cuales van aumentando con el paso de las horas, como también va aumentando continuamente la gente que afluye al Templo.

Los rabíes se esfuerzan en demoler con sus discursos las enseñanzas que Cristo ha dado en los días precedentes o esa misma mañana. Y, a medida que ven que aumenta la muchedumbre de los fieles, más alzan la voz. En efecto, este lugar, aunque sea muy grande,

pulula de gente que va y viene en todas las direcciones...

596.5 [5]Me dice Jesús: «Introduce aquí la visión del óbolo de la viuda (19 de junio de 1944) corregida de la forma que te indicaré» (como he corregido ya en la copia mecanografiada que he devuelto). Luego continúa la visión. *

19 de junio de 1944.

596.6 [6]Hoy y con insistencia, no antes, veo aparecer la siguiente visión.

Al principio veo sólo patios y pórticos, que reconozco que son del Templo. Veo también a Jesús, tan solemne con su túnica de color rojo vivo y manto también rojo, más obscuro, que parece un emperador. Está apoyado en una enorme columna cuadrada que sostiene un arco del pórtico. Me mira fijamente. Me pierdo mirándole, gozándome en Él, al que hacía dos días que ni veía ni oía.

La visión dura así un tiempo largo. Mientras está siendo así, no la transcribo, porque es gozo mío. Pero ahora que veo animarse la escena comprendo que hay otras cosas y escribo.

El lugar se va llenando de gente que va y viene en todas las direcciones. Hay sacerdotes y fieles, hombres, mujeres y niños. Unos pasean, otros están parados escuchando a los doctores, otros se dirigen a otros lugares —quizá de sacrificio— tirando de corderitos o llevando palomas.

Jesús está apoyado en su columna. Mira. No habla. Incluso en dos ocasiones en que los apóstoles le han hecho unas preguntas ha hecho gesto de negación, pero no ha hablado. Observa atentísimo. Por la expresión, parece juzgar a los que mira. Su mirada y toda su cara me recuerdan el aspecto que le vi en la visión del Paraíso cuando juzgaba a las almas en el juicio particular. Ahora, naturalmente, es Jesús, Hombre; allí era Jesús glorioso, así que más solemne aún. Pero la mutabilidad del rostro, que observa fijamente, es igual. Está serio, escrutador. Pero si algunas veces refleja una severidad que haría temblar al más descarado, otras se le ve tan dulce —dulzura que es tristeza sonriente—, que parece acariciar con la mirada.

596.7 [7]Parece no oír nada. Pero debe escuchar todo, porque cuando, de entre un grupo que está separado por bastantes metros y recogido alrededor de un doctor, se alza una voz nasal que proclama: «Más que cualquier otro precepto, vale éste: todo lo que es para el Templo

* *corregido...* Sin embargo, la transcribimos fiel e íntegramente (como en 174.10), sin tener en cuenta las correcciones de MV en la copia mecanografiada, que consisten, sobre todo, en la supresión de los párrafos iniciales por ser de carácter personal y por contener alguna descripción repetida.

debe ir al Templo. El Templo está por encima del padre y la madre, y si alguno quiere dar a la gloria del Señor todo aquello que le sobre puede hacerlo, y será bendecido por ello, porque no hay ni sangre ni afecto que sean superiores al Templo», entonces Él vuelve lentamente la cabeza en aquella dirección y mira con una cierta expresión... que no querría que fuera para a mí.

Parece mirar en general. Pero cuando un viejecito tembloroso va a empezar a subir los cinco escalones de una especie de terraza próxima que parece conducir a otro patio más interior, y apoya el bastoncito y casi se cae al trabarse en la propia túnica, Jesús le tiende su largo brazo y le sujeta, y no le deja hasta que le ve en seguro. El viejecito levanta la rugosa cabeza y mira a su alto salvador susurrando una palabra de bendición. Jesús le sonríe y le hace una caricia en la cabeza semicalva. Luego vuelve a su columna, a apoyarse en ella, de la cual se separa otra vez para levantar a un niño que se ha soltado de la mano de su madre y ha caído de bruces contra el primer escalón, justo a sus pies, y que llora. Le levanta, le acaricia, le consuela. La madre, azarada, da las gracias. Jesús le sonríe también a ella y le da el niño.

Pero no sonríe cuando pasa un pomposo fariseo; tampoco cuando pasan en grupo escribas y otros que no sé quiénes son. Este grupo saluda con exagerados gestos con los brazos y exageradas reverencias. Jesús los mira tan fijamente, que parece perforarlos; saluda, pero sin abierta expresividad; su expresión es severa. También a un sacerdote que viene —y debe ser un pez gordo porque la gente se hace a un lado y saluda, y él pasa pomposo como un pavo— Jesús le mira largamente: es una mirada de tales características, que el sacerdote, aun estando lleno de soberbia, agacha la cabeza; no saluda, pero no resiste su mirada.

[8]Jesús deja de mirarle para observar a una pobre mujercita vestida de marrón obscuro, que sube tímida los escalones y se dirige hacia una pared en que hay como unas cabezas de león con la boca abierta, u otros animales parecidos. Muchos van en esa dirección, y Jesús parecía no haberles hecho caso. Ahora sigue el camino de la mujer. Sus ojos la miran compasivos y se llenan de dulzura cuando ve que alarga una mano y echa algo en la boca de piedra de uno de esos leones. Y cuando la mujercita, retirándose, le pasa cerca, dice: «La paz a ti, mujer». Ella, sorprendida, alza la cabeza y muestra azoramiento. «La paz a ti» repite Jesús. «Ve. El Altísimo te bendice». La pobrecita se queda extática. Luego susurra un saludo y se marcha. 596.8

«Es feliz en medio de su infelicidad» dice Jesús saliendo de su silencio. «Ahora es feliz porque la bendición de Dios la acompaña».

[9]«Oíd, amigos, y vosotros que estáis aquí cerca de mí. ¿Veis a esa 596.9

mujer? Ha dado sólo dos monedas, una cantidad que no es suficiente para comprar la comida de un pájaro enjaulado, y, a pesar de ello, ha dado más que todos los que han echado su donativo en el Tesoro desde la apertura del Templo, al rayar el alba. Oíd. He visto a muchos ricos meter en esas bocas dinero suficiente como para darle de comer a ella durante un año y para revestir su pobreza, que es decente solamente por su limpieza. He visto a ricos meter con visible satisfacción, allí dentro, sumas que hubieran podido saciar el hambre de los pobres de la Ciudad Santa durante uno o varios días y hacerles bendecir al Señor. Mas os digo en verdad que ninguno ha dado más que ésta. Su óbolo es caridad; lo otro, no. Lo suyo es generosidad; lo otro, no. Lo suyo es sacrificio; lo otro, no. Hoy esa mujer no comerá, porque ya no le queda nada. Antes tendrá que trabajar para ganar algo y así poder dar un pan a su hambre. No tiene a sus espaldas ni riquezas ni familiares que ganen por ella. Está sola. Dios se le ha llevado padres, marido e hijos; y también el poco bien que ellos le habían dejado (esto, más que Dios, se lo han arrebatado los hombres, esos hombres que ahora con gestos ampulosos, ¿veis?, siguen echando allí lo superfluo, de lo cual mucho ha sido sonsacado con usura de las pobres manos de los débiles y hambrientos).

596.10 [10]Dicen que no hay ni sangre ni afectos que sean superiores al Templo y así enseñan a no amar al prójimo. *Yo os digo que por encima del Templo está el amor*. La ley de Dios es amor y quien no tiene piedad para el prójimo no ama. El dinero superfluo, el dinero manchado con el fango de la usura, del desprecio, de la dureza de corazón, de la hipocresía, no canta la alabanza a Dios ni atrae hacia el donador la bendición celeste. Dios lo repudia. Enriquece esta caja, pero no es oro para el incienso: es fango que os sumerge, oh ministros, que no servís a Dios sino a vuestros intereses; es lazo que os estrangula, doctores, que enseñáis una doctrina *vuestra*; es veneno que os corroe, fariseos, ese resto de alma que todavía tenéis. Dios no quiere las cosas que sobran. No seáis Caínes. Dios no quiere el fruto de la dureza del corazón. Dios no quiere lo que alzando voz de llanto dice: "Debía saciar a un hambriento, pero le he sido negado a él para crear pompa aquí dentro; debía ayudar a un padre anciano, a una madre caduca, y he sido negado porque esa ayuda no habría sido conocida por la gente y debo emitir mi sonido para que el mundo vea al donador".

No, rabí que enseñas que ha de darse a Dios todo lo que sobra, y que es lícito denegar al padre y a la madre para dar a Dios. El primer precepto es: "Ama a Dios con todo tu corazón, tu alma, tu inteligencia, tu fuerza". Por tanto, no es lo superfluo, sino lo que es sangre nuestra, lo que hay que darle, amando sufrir por Él. Sufrir, no hacer

sufrir. Y, si dar mucho cuesta —porque despojarse de las riquezas no gusta y el tesoro es el corazón del hombre, vicioso por naturaleza—, precisamente porque cuesta hay que dar. Por justicia, porque todo lo que uno tiene lo tiene por bondad de Dios; por amor, porque es prueba de amor amar el sacrificio para dar alegría al amado. Sufrir por ofrecer. Pero, repito, sufrir; no, hacer sufrir. Porque el segundo precepto dice: "Ama a tu prójimo como a ti mismo". Y la ley especifica que después de Dios los padres son el prójimo a quienes estamos obligados a honrar y ayudar.

[11]Por lo cual, os digo, en verdad, que aquella pobre mujer ha comprendido la Ley mejor que los sabios y está más justificada que todos los demás; y bendecida, porque en su pobreza ha dado a Dios *todo*, mientras que vosotros dais lo que os es superfluo, y lo dais para crecer en la estima de los hombres. Sé que me odiáis porque hablo así. Pero mientras esta boca pueda hablar hablará de esta manera. Unís a vuestro odio hacia mí el desprecio hacia la pobrecita a la que Yo alabo. Pero no penséis que haréis de estas dos piedras un doble pedestal para vuestra soberbia: serán la muela que os triturará. 596.11

Vámonos. Dejemos que las víboras se muerdan, aumentando así su veneno. Los que tengan corazón puro, bueno, humilde, contrito, y quieran conocer el verdadero rostro de Dios, que me sigan».

[12]Dice Jesús: 596.12

«Y tú, a quien nada te queda porque todo me lo has dado, dame estas *dos* últimas monedas. Frente a lo *mucho* que has dado parecen, a los ojos de los extraños, nada. Pero para ti, que no tienes nada aparte de ellas, son *todo*. Ponlas en la mano de tu Señor. Y no llores. O, al menos, no llores sola. Llora conmigo, que soy el Único que puede comprenderte y que te comprende sin calígines de humanidad, que para la verdad son siempre interesados velos».

[2 de abril de 1947]

[13]Apóstoles, discípulos y numerosa gente le siguen, en grupo compacto, mientras Él regresa al lugar del primer cerco, que está casi resguardado por la muralla del Templo, al lugar que conserva un poco de frescor (y es que este día se siente un fuerte bochorno). Allí, estando la tierra revuelta por las pezuñas de los animales, y sembrada de piedras que han servido a los mercaderes y cambistas para sujetar sus recintos y sus toldos, allí no están los rabíes de Israel, los cuales permitían que en el Templo se montara un mercado, pero sentían repulsa de llevar las suelas de sus sandalias a los lugares donde malamente estaban canceladas las huellas de los cuadrúpedos que 596.13

apenas unos días antes habían sido desalojados de allí...

Jesús no siente esta repulsa, y allí se refugia, dentro de un círculo denso de oyentes. Pero, antes de hablar, llama a sus apóstoles y les dice:

«Venid y escuchad bien. Ayer queríais saber muchas de las cosas que voy a decir ahora. A ellas aludí vagamente mientras descansábamos en el huerto de José. Así que estad bien atentos porque son grandes lecciones para todos, sobre todo, para vosotros, ministros y continuadores míos.

596.14 [14]Oíd. En la cátedra de Moisés, en el momento justo, se sentaron escribas y fariseos. Tiempos tristes, ésos, para la Patria. Terminado * el destierro de Babilonia, reconstruida la nación por magnanimidad de Ciro, los dirigentes del pueblo sintieron la necesidad de reconstruir también el culto y el conocimiento de la Ley. Porque ¡ay de aquel pueblo que no los tenga como defensa, guía y apoyo, contra los más poderosos enemigos de una nación, que son la inmoralidad de los ciudadanos, la rebelión contra los jefes, la desunión entre las distintas clases y grupos, los pecados contra Dios y contra el prójimo, la irreligiosidad, elementos todos que son disgregadores por sí mismos y por los castigos celestes que provocan!

Surgieron, pues, los escribas, o doctores de la Ley, para poder adoctrinar al pueblo que, hablando el lenguaje caldeo, herencia del duro destierro, no comprendía ya las escrituras redactadas en hebreo puro. Surgieron como ayuda de los sacerdotes, que eran insuficientes en número para acometer la tarea de adoctrinar a las multitudes. Un laicado culto y dedicado a honrar al Señor llevando el conocimiento de Él a los hombres y los hombres a Él; tuvo su razón de ser e incluso hizo un bien. Porque, recordad esto todos, incluso las cosas que, por debilidad humana luego degeneran, como fue esta que se corrompió en el transcurso de los siglos, tienen siempre algo bueno y una razón —al menos inicial— de ser, y es por ello que el Altísimo permite que surjan y se mantengan hasta que, colmada la medida de su degradación, Él las desbarata.

Vino luego, de la transformación de la secta de los asideos, la otra secta, la de los fariseos, surgida para sostener con la más rígida moral la más intransigente obediencia a la Ley de Moisés y el espíritu de independencia de nuestro pueblo, cuando el partido helenista —que se había formado por las presiones y seducciones que comenzaron en tiempos de Antíoco Epifanes, y que pronto se transformaron en persecuciones contra los que no cedían a las presiones de este

* *Tiempos tristes... para la Patria,* como se lee en: *Esdras 1-10; Nehemías 1-13; 1 Macabeos 1-2.*

hombre astuto que más que con sus armas contaba con la disgregación de la fe en los corazones—, buscando reinar en nuestra Patria, trataba de esclavizarnos.

[15]Recordad también esto: temed más las fáciles alianzas y halagos 596.15
de un extranjero que a sus legiones. Porque, si sois fieles a las leyes de Dios y de la Patria, venceréis aunque estéis rodeados de ejércitos poderosos; pero si el sutil veneno dado como miel embriagadora por el extranjero que ha hecho planes sobre vosotros os corrompe, entonces Dios os abandonará por vuestros pecados, y quedaréis vencidos y sujetos, incluso sin que el falso aliado presente cruenta batalla contra vuestro suelo. ¡Ay de aquel que no esté alerta como vigilante escolta y no rechace la insidia sutil de uno, astuto y falso, que esté a su lado, o sea aliado, o dominador que empieza su dominación sobre los individuos enervando el corazón de ellos y corrompiéndolo con usos y costumbres que no son nuestros, que no son santos, y que, por tanto, nos hacen no gratos al Señor! ¡Ay de él! Traed todos a la memoria las consecuencias que le ha acarreado a la Patria el que alguno de sus hijos haya adoptado usos y costumbres del extranjero para atraerse sus simpatías y gozar. Buena cosa es la caridad con todos, incluso con los pueblos que no tienen nuestra fe, que no tienen nuestros usos, que a lo largo de los siglos nos han perjudicado. Pero el amor a estos pueblos, que siguen siendo nuestro prójimo, *nunca* debe hacernos repudiar la Ley de Dios y de la Patria por el cálculo de algún beneficio arrebatado así a los pueblos vecinos. No. Los extranjeros desprecian a aquellos que se manifiestan serviles hasta el punto de repudiar las cosas más santas de la Patria. El respeto y la libertad no se obtienen renegando del Padre y de la Madre: Dios y la Patria.

Fue, pues, una cosa buena, el que, en su debido momento, surgieran también los fariseos para poner un dique contra el desbordamiento fangoso de usos y costumbres extranjeros. Lo repito: toda cosa que surge y dura tiene su razón de ser. Y hay que respetarla, si no por lo que hace, por lo que hizo. Y si ahora es culpable no es función de los hombres el vituperarla, y, menos aún, arremeter contra ella. Hay quien sabe hacerlo: Dios y Aquel al que Dios ha enviado y tiene el derecho y deber de abrir su boca y vuestros ojos para que vosotros y ellos conozcáis el pensamiento del Altísimo y obréis con justicia. Yo y ningún otro. Yo porque hablo por mandato divino. Yo porque puedo hablar, no teniendo en mí *ninguno* de los pecados que os escandalizan cuando los veis cometidos por escribas y fariseos, pero que, si podéis, también vosotros los cometéis».

[16]Jesús, que había empezado en tono bajo su discurso, ha ido al- 596.16
zando la voz y en estas últimas palabras ésta es potente como un to-

que de trompeta.

Hebreos y gentiles, respectivamente, están centrados en lo que dice o simplemente atentos. Y si los primeros aplauden cuando Jesús recuerda a la Patria y llama abiertamente por sus nombres a los que, extranjeros, los han sometido y les han hecho sufrir, los otros admiran la forma oratoria del discurso y se felicitan por estar presentes en este discurso digno —según comentan entre ellos— de un gran orador.

Jesús baja de nuevo la voz al reanudar su discurso:

«Os he dicho esto para recordaros la razón de ser de escribas y fariseos, y cómo y por qué se han sentado en la cátedra de Moisés, y cómo y por qué hablan y no son vanas sus palabras. Haced, pues, lo que dicen, mas no los imitéis en sus acciones. Porque dicen que se debe actuar en un cierto modo, pero luego no hacen lo que dicen que debe ser hecho. Efectivamente, enseñan las leyes de humanidad del Pentateuco, pero luego cargan con pesos grandes, insoportables, inhumanos, a los demás, mientras que respecto a sí mismos no extienden un solo dedo, no sólo para llevar esos pesos, sino tampoco para tocarlos.

Su regla de vida es ser vistos y notados y aplaudidos por sus obras (las hacen de manera que puedan ser vistas para ser alabados por ellas). E infringen la ley del amor, porque les gusta definirse separados y desprecian a los que no pertenecen a su secta y exigen el título de maestros y un culto por parte de sus discípulos, cosas que ellos no dan a Dios. Dioses se creen por sabiduría y poder, superiores al padre y a la madre quieren ser en el corazón de sus discípulos, y pretenden que *su* doctrina supere a la de Dios, y exigen que sea practicada al pie de la letra, aun siendo una manipulación de la verdadera Ley, inferior a ella más aún que este monte respecto a la altura del Gran Hermón, que supera a toda Palestina. Son herejes, creyendo algunos, como los paganos, en la metempsicosis y la fatalidad; negando los otros lo que los primeros admiten y —si no de resultado, sí de hecho— lo que Dios mismo ha dado como fe, es decir, que Él es el único Dios, al que debe darse culto, y que el padre y la madre van después sólo de Dios, y que, como tales, tienen el derecho de ser obedecidos más que un maestro no divino.

Porque, si Yo ahora os digo: "El que ama al padre y la madre más que a mí no es apto para el Reino de Dios", ciertamente no es para inculcaros el desamor hacia los padres, a quienes debéis respeto y ayuda, y a quienes no es lícito privar de una ayuda diciendo: "Es dinero del Templo", u hospitalidad diciendo: "Mi cargo me lo prohíbe", o la vida diciendo: "Te mato porque amas al Maestro". Os lo digo para que tengáis el amor justo a los padres, o sea, un amor paciente y fuerte dentro de su mansedumbre, un amor que —sin caer en el abo-

rrecimiento del padre o la madre que pecan y causan dolor, no siguiéndoos por el camino de la Vida: la mía— sabe elegir entre la ley mía y el egoísmo y abuso familiares. Amad a los padres, obedecedlos en todo lo santo. Pero estad dispuestos a morir —no a dar muerte, sino a morir, digo— si quieren induciros a traicionar la vocación que Dios ha puesto en vosotros de ser ciudadanos del Reino de Dios que Yo he venido a formar.

[17]No imitéis a escribas y fariseos, divididos entre sí aunque finjan 596.17
estar unidos. Vosotros, discípulos de Cristo, estad verdaderamente unidos, los unos para los otros. Los jefes sean dulces con los subordinados; los subordinados, con los jefes. Una cosa sola en el amor y en el fin de vuestra unión: conquistar mi Reino y estar a mi derecha en el eterno Juicio. Recordad que un reino dividido deja de ser un reino y no puede subsistir. Estad, pues, unidos entre vosotros en el amor a Mí y a mi doctrina. Que el distintivo del cristiano —ese será el nombre de mis discípulos— sea el amor y la unión, la igualdad entre vosotros en lo tocante al vestir, la comunidad de bienes, la fraternidad de los corazones. Todos para uno, uno para todos. Quien dé, que lo haga con humildad; quien no tiene, que acepte con humildad y humildemente exponga sus necesidades a sus hermanos, sabiendo que son eso: hermanos. Y que los hermanos escuchen amorosamente lo tocante a las necesidades de sus hermanos, sintiéndose verdaderamente hermanos de éstos.

Recordad que vuestro Maestro a menudo pasó hambre, frío y otras mil necesidades e incomodidades y, humildemente, Él, siendo Verbo de Dios, las expuso a los hombres. Recordad que hay un premio reservado para quien es misericordioso hasta sólo en ofrecer un sorbo de agua. *Recordad que dar es mejor que recibir.* Que recordando estas tres cosas el pobre halle la fuerza de pedir sin sentirse humillado, pensando que Yo lo hice antes que él; de perdonar si le rechazan, pensando que muchas veces al Hijo del hombre le fueron negados el sitio y el alimento que se dan a los perros que cuidan el rebaño. Y que el rico halle la generosidad de dar sus riquezas, pensando que la vil moneda, el odioso dinero sugerido por Satanás, causa de los nueve décimos de las desgracias del mundo, si es dado por amor se transforma en gema inmortal y paradisiaca.

[18]Vestíos con vuestras virtudes. Han de ser éstas ricas, pero sólo 596.18
conocidas por Dios. No hagáis como los fariseos, que llevan las filacterias más anchas y las franjas más largas, y buscan los primeros puestos en las sinagogas y las reverencias en las plazas y quieren que el pueblo los llame "rabí". Sólo uno es el Maestro: el Cristo. Vosotros, que en el futuro seréis los nuevos doctores —os hablo a voso-

tros, apóstoles míos y discípulos—, recordad que sólo Yo soy vuestro Maestro. Y lo seguiré siendo cuando ya no esté aquí entre vosotros. Porque sólo adoctrina la Sabiduría. Así pues, no dejéis que os llamen maestros, porque vosotros mismos sois discípulos. Y ni exijáis ni deis el nombre de padre a nadie en la Tierra, porque sólo uno es el Padre de todos: el Padre vuestro que está en los Cielos. Que esta verdad os haga sabios en el hecho de sentiros verdaderamente *todos* hermanos entre vosotros, bien sea los que dirigen, bien sea los dirigidos; y amaos, pues, como buenos hermanos. Y tampoco quiera ser llamado guía ninguno de los que dirijan, porque sólo uno es vuestro guía común: Cristo.

El mayor de entre vosotros sea vuestro servidor. No es humillarse el ser siervo de los siervos de Dios, sino que es imitarme a mí, que fui manso y humilde, y estuve siempre dispuesto a tener amor hacia mis hermanos en la carne de Adán y a ayudarlos con el poder que, como Dios, tengo en mí. Y no he humillado lo divino sirviendo a los hombres. Porque el verdadero rey es aquel que sabe dominar no tanto sobre los hombres cuanto sobre las pasiones del hombre, de las cuales la primera es la necia soberbia. Recordad esto: quien se humilla será ensalzado y quien se ensalza será humillado.

596.19 [19]La Mujer de que habló el Señor en el segundo del Génesis, la * Virgen de quien se habla en Isaías, la Madre-Virgen del Emmanuel, profetizó esta verdad del tiempo nuevo cantando: "El Señor ha derribado a los poderosos de su trono y ha ensalzado a los humildes". La Sabiduría de Dios hablaba en los labios de Aquella que era Madre de la Gracia y Trono de la Sabiduría. Y Yo repito las inspiradas palabras que me alabaron unido al Padre y al Espíritu Santo, por nuestras obras admirables, cuando, sin detrimento para la Virgen, Yo, el Hombre, me formaba en su seno sin dejar de ser Dios. Que sean norma para aquellos que quieran dar a luz a Cristo en sus corazones y entrar en el Reino de Dios. No tendrán a Jesús, el Salvador, ni a Cristo, el Señor, ni tendrán Reino de los Cielos, los soberbios, los fornicadores, los idólatras que se adoran a sí mismos y adoran su propia voluntad.

596.20 [20]Por tanto, ¡ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que creéis que podéis cerrar con vuestras impracticables sentencias —realmente serían, si estuvieran avaladas por Dios, cierre inquebrantable para la mayoría de los hombres—, que creéis que podéis dejar plantados ante la puerta del Reino de los Cielos a los hombres que a él

---

* *La mujer*, de que se habla en *Génesis 2, 22-23*, pero más afínmente en *Génesis 3, 15* (por tanto *segundo* —en el texto original II— podría estar escrito erróneamente por III); *la Virgen*, de que se habla en *Isaías 7, 14*; *profetizó*, en 21.5.

levantan su espíritu para hallar fuerza en su penosa jornada terrena! ¡Ay de vosotros, que no entráis, no queréis entrar porque no acogéis la Ley del celeste Reino, y no dejáis entrar a los otros que están ante esa puerta, a la que vosotros, intransigentes, reforzáis con cerrojos no puestos por Dios!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que devoráis las casas de las viudas con el pretexto de hacer largas oraciones! ¡Por esto sufriréis un juicio severo!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que vais por mar y tierra, consumiendo haberes *no vuestros*, para conseguir un solo prosélito, y, una vez conseguido, le hacéis el doble que vosotros hijo del infierno!

¡Ay de vosotros, guías ciegos, que decís: "Si uno jura por el Templo, nada es su juramento, pero si jura por el oro del Templo queda obligado". ¡Necios y ciegos! ¿Qué es más?, ¿el oro o el Templo, que santifica al oro? Y que decís: "Si uno jura por el altar, su juramento no tiene valor, pero, si jura por la ofrenda que está sobre el altar, entonces es válido su juramento y a él queda obligado". ¡Ciegos! ¿Qué es mayor, la ofrenda o el altar, que santifica a la ofrenda? Así pues, el que jura por el altar jura por el altar y por todo lo que el altar tiene encima, y el que jura por el Templo jura por el Templo y por Aquel que en él mora, y el que jura por el Cielo jura por el Trono de Dios y por Aquel que en él está sentado.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis los diezmos de la menta y de la ruda, del anís y del comino, y luego descuidáis los preceptos más graves de la Ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad! ¡Éstas son las virtudes que hay que tener, sin descuidar las otras cosas menores!

Guías ciegos, que filtráis las bebidas por miedo a contaminaros bebiendo una mosquita ahogada, y luego os tragáis un camello sin sentiros impuros por ello. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que laváis por fuera la copa y el plato, pero por dentro estáis henchidos de ambición e inmundicia! Fariseo ciego, lava primero lo de dentro de tu copa y de tu plato, de forma que también lo de fuera quede limpio.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que voláis como murciélagos en las tinieblas por vuestras obras de pecado y pactáis por la noche con paganos, bandidos y traidores, y luego, por la mañana, canceladas las huellas de vuestros ocultos pactos, subís al Templo elegantemente vestidos!

¡Ay de vosotros, que enseñáis las leyes de la caridad y de la justicia contenidas en el Levítico, y luego sois ambiciosos, ladrones, fala-

ces, calumniadores, opresores, injustos, vengativos, aborrecedores, y que llegáis a derribar a quien os causa fastidio, aunque sea de vuestra propia sangre, y a repudiar a la virgen que se casó con vosotros, y a los hijos de ella tenidos porque padecen alguna desventura, y a acusar de adulterio a vuestra mujer, que ya no os gusta, o a acusarla de enfermedad impura, para quedar libres de ella, vosotros, que sois impuros en vuestro corazón libidinoso, aunque no lo parezcáis ante los ojos de la gente que no conoce vuestros actos! Sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos mientras que por dentro están llenos de huesos de muertos y podredumbre. Lo mismo sucede en vosotros. ¡Sí, lo mismo! Por fuera parecéis justos, pero por dentro estáis henchidos de hipocresía e iniquidad.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que erigís suntuosos sepulcros a los profetas y embellecéis las tumbas de los justos y decís: "Si hubiéramos vivido en tiempos de nuestros padres, no habríamos sido cómplices y partícipes de los que derramaron la sangre de los profetas"! Y así testificáis, contra vosotros mismos, que sois descendientes de aquellos que mataron a vuestros profetas. Y vosotros, *además*, colmáis la medida de vuestros padres... ¡Oh, serpientes, raza de víboras, ¿cómo os libraréis de la condenación de la Gehena?!

596.21 [21]Por esto, Yo, Palabra de Dios, os digo: Yo, Dios, os *enviaré* nuevos profetas y sabios y escribas. Y, de éstos, a una parte los mataréis, a una parte los crucificaréis, a una parte los flagelaréis en vuestros tribunales, en vuestras sinagogas, fuera de vuestras murallas, a otra parte los perseguiréis de ciudad en ciudad, hasta que recaiga sobre todos vosotros la sangre justa, derramada sobre la Tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la de Zacarías hijo de Baraquías, al * que disteis muerte entre el atrio y el altar, porque, por amor a vosotros, os había recordado vuestro pecado para que os arrepintierais de él y volvierais al Señor. Así es. Odiáis a los que quieren vuestro bien y amorosamente os llaman a los senderos de Dios.

En verdad os digo que todo esto está para cumplirse, tanto el delito como sus consecuencias. En verdad os digo que todo esto se cumplirá con esta generación.

¡Oh, Jerusalén! ¡Jerusalén! ¡Jerusalén que apedreas a los que te son enviados y matas a tus profetas! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y tú no has querido! ¡Pues oye esto, Jerusalén! ¡Escuchad todos vosotros, los que me odiáis y odiáis todo lo que de Dios viene! ¡Escuchad los que me amáis y os veréis envueltos en el castigo reservado para los perse-

* *desde la sangre del justo Abel*, como en *Génesis 4, 8, hasta la de Zacarías*, como en *2 Crónicas 24, 20-22.*

guidores de los Enviados de Dios! Y oíd también vosotros que no sois de este pueblo, pero que igualmente me estáis escuchando; escuchad para saber quién es el que os habla y que predice sin necesidad de estudiar el vuelo, el canto de los pájaros, ni los fenómenos celestes y las vísceras de los animales sacrificados, ni la llama y el humo de los holocaustos, porque todo el futuro es presente para Aquel que os habla. Escuchad: "Os dejarán desierta esta Casa vuestra. Yo os digo, dice el * Señor, que no volveréis a verme hasta que —también vosotros— no digáis: 'Bendito el que viene en el nombre del Señor'"».

[22]Jesús está visiblemente cansado y sudoroso, por el esfuerzo del 596.22
largo e impetuoso discurso y por el bochorno de este día sin viento. Oprimido contra el muro por una multitud, objeto de los dardos de numerosísimas pupilas, sintiendo todo el odio que le escucha desde los pórticos del Patio de los Paganos, y todo el amor —o, al menos, admiración— que le rodea y que no se preocupa del sol que incide sobre las espaldas y en las caras enrojecidas y sudadas, se le ve verdaderamente sin fuerzas y necesitado de descanso. Y lo busca diciendo a sus apóstoles y a los setenta y dos que como cuñas se han ido abriendo lentamente paso entre el gentío y ahora están en primera línea (barrera de amor fiel en torno a Él): «Vamos a salir del Templo. Vamos a un lugar despejado, entre los árboles. Necesito sombra, silencio y frescor. En verdad, este lugar parece arder ya con el fuego de la ira celeste».

Le dejan paso no sin dificultad. Así pueden salir por la puerta más cercana, donde Jesús se esfuerza en despedir a muchos, pero sin conseguirlo: quieren seguirle a toda costa.

[23]Entretanto, los discípulos observan el cubo del Templo, centelle- 596.23
ante bajo el Sol casi cenital, y Juan de Éfeso llama la atención del Maestro acerca de la robustez de la construcción: «¡Mira qué piedras y qué construcción!».

«Pues de ello no quedará piedra sobre piedra» responde Jesús.

«¿No? ¿Cuándo? ¿Cómo?» preguntan muchos.

Pero Jesús no habla. Baja el Moria y sale a buen paso de la ciudad, cruzando Ofel y la Puerta de Efraím o del Estiércol, para refugiarse en la espesura de los Jardines del Rey lo antes que puede, o sea, cuando los que se han obstinado en seguirle —los que no son ni apóstoles ni discípulos— se marchan lentamente cuando Manahén, que ha mandado abrir las pesadas cancillas, pasa adelante, solemne, para decir a todos: «Marchaos. Aquí entran sólo los que yo quiero».

Sombras, silencio, perfume de flores, aromas de alcanfor y clave-

* *hasta que —también vosotros— no digáis*, como en *Salmo 118, 26.*

les, canela, espliego y mil otras hierbas olorosas, y frufrú de arroyos, alimentados, sin duda, de las fuentes y cisternas cercanas, bajo galerías de frondas, trinar de pájaros... hacen de este lugar un sitio de descanso paradisiaco. La ciudad, con sus calles estrechas, obscuras donde hay bóvedas, o cegadoras de sol, con sus olores y hedores de alcantarillas no siempre limpias y de calles recorridas por demasiados cuadrúpedos como para estar limpias (especialmente las de segundo orden), parece estar a muchas millas de distancia.

596.24 [24]El guardián de los Jardines debe conocer muy bien a Jesús, porque le saluda con respeto y confidencia al mismo tiempo, y Jesús le pregunta acerca de sus hijos y su esposa. *

El hombre quisiera recibir en su casa a Jesús, pero el Maestro prefiere la paz fresca, reposante, del vasto Jardín del Rey, un verdadero parque de delicias. Y antes de que los dos incansables y fidelísimos servidores de Lázaro se marchen por la cesta de la comida, Jesús les encarga: «Decid a vuestras amas que vengan. Estaremos aquí algunas horas con mi Madre y las discípulas fieles. Será muy dulce...».

«¡Estás muy cansado, Maestro! Tu cara lo dice» observa Manahén.

«Sí. Tanto, que no he tenido fuerzas de proseguir».

«¡Yo te había ofrecido estos jardines varias veces en estos días! ¡Bien sabes lo contento que estoy de poder ofrecerte paz y descanso!».

«Lo sé, Manahén».

«¡Y ayer quisiste ir a ese triste lugar, de aledaños tan áridos, tan extrañamente escaso de vegetación este año, tan cercano a esa triste puerta!».

«Quise dar esa satisfacción a mis apóstoles. Son niños, en el fondo; niños grandes. ¡Míralos allí cómo descansan felices!... En poquísimo tiempo olvidados de todo lo que fermenta contra mí tras esas murallas...».

«Y olvidados de que estás muy afligido... Pero no creo que haya mucho de qué alarmarse. Me parecía más peligroso el lugar otras veces».

Jesús le mira y calla. ¡Cuántas veces veo a Jesús mirar y callar así en estos últimos días!

Luego se pone a mirar a los apóstoles y discípulos. Ellos se han quitado las prendas que cubrían sus cabezas, se han despojado de mantos y sandalias y ahora se refrescan las caras y las extremidades en los frescos regatos. Muchos de los setenta y dos —ahora creo que

* *debe conocer muy bien a Jesús*, que le había curado una pierna, como se lee en 488.5.

en realidad son muchos más— los imitan. Y, todos unidos por la fraternidad de ideales, se echan a descansar acá o allá, un poco distantes para dejar a Jesús que descanse tranquilo.

También Manahén le deja en la paz y se retira. Todos respetan el descanso del Maestro, cansadísimo, que ha buscado refugio bajo una tupidísima pérgola de jazmines en flor, hecha en forma de cabaña, aislada por un anillo de aguas que fluyen susurrantes por un canalillo en que se bañan hierbas y flores: un verdadero refugio de paz al que se accede por un puentecito de dos palmos de ancho y cuatro de largo, cuya barandilla es toda una guirnalda de corolas de jazmines.

[25]Regresan los servidores, aumentados en número porque Marta 596.25
ha querido asistir a todos los siervos del Señor, y refieren que las mujeres estarán allí poco después.

Jesús manda llamar a Pedro y le dice: «Junto con mi hermano Santiago, bendice, ofrece y distribuye como Yo hago».

«Distribuir sí, pero bendecir no, Señor. Te corresponde a ti ofrecer y bendecir, no a mí».

«Cuando, lejos de mí, estabas a la cabeza de tus compañeros, ¿no lo hacías?».

«Sí. Pero entonces... lo hacía por fuerza. Ahora, como Tú estás con nosotros, bendices Tú. Todo me parece mejor cuando ofreces para nosotros y distribuyes...», y el fiel Simón abraza a su Jesús, que está cansadamente sentado en esa sombra, y baja su cabeza para apoyársela en el hombro, feliz de poderle abrazar y besar así...

Jesús se levanta y le complace. Va hacia los discípulos. Ofrece, bendice, reparte el alimento. Los mira mientras comen contentos. Les dice: «Después dormid, descansad mientras hay tiempo, y para que podáis velar y orar cuando necesitéis hacerlo, sin que la fatiga y el cansancio carguen de sueño vuestros ojos y vuestro espíritu cuando sea necesario que estéis preparados y bien despiertos».

«¿No te quedas aquí con nosotros? ¿No comes?».

«Dejadme descansar. Sólo esto necesito. ¡Comed, comed!». Acaricia al pasar a los que encuentra en su camino, y vuelve a su lugar...

[26]Dulce, suave es la llegada de la Madre al lado de su Hijo. María 596.26
camina segura, porque Manahén, que ha estado vigilando en la cancilla, menos cansado que los otros, le señala el lugar donde está Jesús. Las otras —todas las discípulas hebreas, y Valeria como única representante de las romanas—, están paradas un rato, en silencio para no despertar a los discípulos que duermen bajo la fresca sombra de los frondosos árboles, y que parecen ovejas recostadas en la hierba en la hora sexta.

María entra bajo la pérgola de jazmines sin hacer crujir el peque-

ño puente de madera, ni los guijarros del suelo, y, con más cautela aún, se acerca a su Hijo, que, vencido por el cansancio, se ha dormido (apoyada la cabeza en la mesa de piedra y con el brazo izquierdo como almohada debajo del rostro cubierto por el pelo). María se sienta, paciente, al lado de su Criatura cansada. Y le contempla... mucho... Una sonrisa doliente y amorosa se dibuja en sus labios mientras, quedamente, le caen en el regazo gotas de llanto. Pero, si sus labios están cerrados y mudos, su corazón ora, con toda la fuerza que posee, y la potencia de esa oración y de su sufrimiento se percibe en la posición de sus manos, unidas sobre el regazo, apretadas, entrelazadas para que no tiemblen (aunque, a pesar de ello, las recorre un leve temblor). Manos que se desunen sólo para alejar a una mosca insistente que quiere posarse en el Durmiente y podría despertarle.

Es la Madre que vela al Hijo. Es el último sueño que podrá velar de su Hijo. Y, si bien la cara de la Madre en este miércoles pascual es distinta de la de la Madre en la Natividad del Señor, porque el dolor la quiebra y surca, la dulce pureza amorosa de la mirada, el trémulo esmero, son iguales que los que tenía cuando, inclinada sobre el pesebre de Belén, protegía con su amor el primer, incómodo sueño de su Criatura.

Jesús se mueve y María se enjuga rápidamente los ojos para no mostrar lágrimas a su Hijo. Pero Jesús no se ha despertado. Sólo ha cambiado la postura de la cabeza, volviéndola para la otra parte, así que María vuelve a su inmovilidad y vela.

596.27 [27]Pero algo traspasa el corazón de María, y es que oye a su Jesús llorar en el sueño y susurrar con un bisbiseo confuso —habla con la boca apretada contra el brazo y la túnica— el nombre de Judas...

María se levanta, se acerca, se inclina hacia su Hijo, sigue ese confuso bisbiseo, con las manos apretadas contra el corazón, porque lo que dice Jesús, aunque fragmentario, no lo es tanto como para no poder seguirlo, y permite comprender que sueña una y otra vez el presente y el pasado, y luego también el futuro... hasta que con un brusco movimiento, como para huir de alguna cosa horrenda, se despierta. Mas encuentra el pecho de su Madre, los brazos de su Madre, la sonrisa de su Madre, la dulce voz de su Madre, su beso, su caricia, el leve roce de su velo sobre su rostro para enjugar lágrimas y sudor, mientras le dice: «Estabas incómodo y soñabas... Estás sudoroso y cansado, Hijo mío». Y le pone en orden el pelo alborotado, le seca la cara y le besa, ciñéndole con su brazo, apoyándole sobre su corazón, porque no puede ya recogerle en su regazo como cuando era pequeñito.

Jesús le sonríe diciendo: «Siempre eres la Madre, la que consuela, la que compensa todo, ¡la Madre mía!».

La sienta a su lado y deja una mano desmayada en su regazo. María toma esa mano larga, tan señoril y al mismo tiempo tan fuerte, de artesano, entre sus manos pequeñas, y acaricia sus dedos y el dorso, y alisa las venas que se habían hinchado pendiendo durante el sueño. Y trata de distraer su atención a otras cosas...

[28]«Hemos venido. Estamos aquí todas. Incluso Valeria. Las otras están en la Antonia. Las ha llamado Claudia, que, según la liberta, "está muy triste"; dice que —no sé por qué cosa— siente presagios de mucho llanto. ¡Supersticiones!... Sólo Dios conoce las cosas...». 596.28

«¿Dónde están las discípulas?».

«Allá, a la entrada de los Jardines. Marta quería prepararte alimentos y refrescos y bebidas reconfortantes pensando en lo mucho que te cansas. Así lo ha hecho. Pero yo, mira: esto siempre te gusta, y te lo he traído. Es mi parte. Es mejor, porque es de Mamá». Le muestra miel y una pequeña torta de pan. Extiende la miel en la torta y se la da a su Hijo diciendo: «Como en Nazaret, cuando descansabas durante la hora más tórrida y luego te despertabas sudoroso y yo venía de la gruta fresca con esta miel reconfortante...». Se corta porque le tiembla la voz.

Su Hijo la mira y dice: «Y cuando estaba José, traías para dos comida, y agua fresca de la tinaja porosa que habías tenido en la corriente para que estuviera más fresca, y todavía la hacían más fresca los tallitos de menta silvestre que echabas dentro. ¡Cuánta menta, allá, bajo los olivos! ¡Y cuántas abejas en las flores de la menta! Nuestra miel tenía siempre un poco el sabor de ese perfume...». Piensa... recuerda...

«Hemos visto a Alfeo, ¿sabes? José se ha retrasado porque tenía a uno de los hijos un poco enfermo. Pero mañana seguro que estará aquí con Simón. Salomé de Simón guarda nuestra casa y la de María».

[29]«Mamá, cuando te quedes sola ¿con quién vas a estar?». 596.29

«Con quien Tú digas, Hijo mío. Te obedecía antes de tenerte, Hijo. Seguiré haciéndolo después de que me dejes». Le tiembla la voz, pero la sonrisa es heroica en los labios.

«Tú sabes obedecer. ¡Cuánto descanso estar contigo! Porque, ¿ves, Mamá?, el mundo no puede comprender, pero Yo encuentro un completo descanso con los obedientes... Sí, Dios descansa con los obedientes. Dios no se habría visto sufriendo, ni importunándose, si la desobediencia no hubiera venido al mundo. Todo sucede porque no se obedeció. Por esto el dolor del mundo... Por esto *nuestro* dolor».

«Pero también *nuestra* paz, Jesús. Porque sabemos que nuestra obediencia consuela al Eterno. ¡Oh, para mí en particular, qué cosa es este pensamiento! ¡Yo, criatura, puedo consolar a mi Creador!».

«¡Oh, Alegría de Dios! ¡No sabes, oh Alegría nuestra, qué son para Nosotros estas palabras tuyas! Superan a las armonías de los celestes coros... ¡Bendita! ¡Bendita que me enseñas la última obediencia, y, con este pensamiento, me la haces tan grata de cumplir!».

«Tú no necesitas que yo te enseñe, Jesús mío. Yo todo lo he aprendido de ti».

«Todo ha aprendido de ti Jesús de María de Nazaret, el Hombre».

«Era tu luz la que de mí salía, la Luz que eres Tú y que iba a la
596.30 Luz Eterna anonadada bajo figura de hombre... [30]Me han referido los hermanos de Juana las palabras que has pronunciado. Estaban arrobados de admiración. Te has mostrado contundente con los fariseos...».

«Es la hora de las supremas verdades, Mamá. Para ellos no pasan de verdades *muertas*, pero para los otros serán verdades vivas. Y con el amor y el rigor tengo que intentar la última batalla para arrancarlos de las manos del Mal».

«Es verdad. Me han dicho que Gamaliel, que estaba con otros en una de las salas de los pórticos, ha dicho, al final, estando muchos inquietos: "Cuando uno no quiere ser censurado obra como un justo", y que después de esta observación se ha marchado».

«Me alegra que el rabí me haya oído. ¿Quién te lo ha dicho?».

«Lázaro. Y a él se lo ha dicho Eleazar, que estaba en la sala con los otros. Lázaro ha venido a la hora sexta, ha saludado y se ha vuelto a marchar sin prestar oídos a sus hermanas, que querían que estuviera en casa hasta la puesta del Sol. Ha pedido que mandaras a Juan, o a otros, a recoger la fruta y las flores, que están ya en su punto».

«Mandaré mañana a Juan».

«Lázaro viene todos los días. Pero María se intranquiliza, porque dice que parece una aparición; sube al Templo, vuelve, da una serie de indicaciones y se marcha otra vez».

«También Lázaro sabe obedecer. Le he dicho Yo que lo haga así, porque también le están acechando a él. Pero no se lo digas a sus her-
596.31 manas. No le sucederá nada. [31]Ahora vamos donde las discípulas».

«No te muevas. Voy a llamarlas yo. Todos los discípulos duermen...».

«Les dejaremos que duerman. Por la noche duermen poco, porque los instruyo en la paz del Getsemaní».

María sale, y regresa con las mujeres, que, por lo leves que son sus pasos, se diría que han dejado los pesos. Le saludan con profunda expresión de respeto, familiar sólo en María Cleofás.

Marta, de una bolsa grande, extrae una tinajilla rezumante, mientras María saca de un recipiente, también poroso, piezas de fruta

fresca venida de Betania, y las pone encima de la mesa, al lado de lo que ha preparado su hermana, o sea, de una paloma asada a la llama, crujiente, apetitosa, y ruega a Jesús que coma, diciendo: «Come. Esta carne da fuerzas. Yo misma la he preparado».

Juana lo que ha traído es vinagre rosado, y explica: «Refresca mucho en estos primeros calores. Lo bebe también mi marido cuando se cansa durante las largas cabalgadas».

«Nosotras no tenemos nada», presentan sus excusas María Salomé, María Cleofás, Susana y Elisa. Y, a su vez, Nique y Valeria: «Tampoco nosotras. No sabíamos que debíamos venir».

«Me habéis dado todo vuestro corazón. Me es suficiente. Y todavía me daréis más...».

Jesús come. Pero, sobre todo, bebe el agua fresca melada que Marta le vierte de la tinaja porosa, y la fruta fresca, que son alivio para el Fatigado.

Las discípulas no hablan mucho. Le miran mientras come. En sus ojos hay amor y congoja. Y, de improviso, Elisa se echa a llorar, y se justifica diciendo: «No sé. Tengo el corazón cargado de tristeza...».

«Todas lo tenemos. Incluso Claudia en su palacio...» dice Valeria.

«Yo quisera que fuera ya Pentecostés» susurra Salomé.

«Yo, sin embargo, quisiera detener en esta hora el tiempo» dice María de Magdala.

«Serías egoísta, María» le responde Jesús.

«¿Por qué, Rabbuní?».

«Porque querrías para ti sola la alegría de tu redención. Son millares y millones de seres los que esperan esta hora; o los que por esta hora serán redimidos».

«Es verdad. No pensaba en eso...», agacha la cabeza mordiéndose los labios para que no se vean las lágrimas de sus ojos y el temblor de sus labios. Pero sigue siendo la fuerte luchadora, y dice: «Si vienes mañana, podrás ponerte la túnica que me has encargado. Es una túnica fresca y limpia, digna de la cena pascual».

«Vendré... [32]¿No tenéis nada que decirme? Estáis mudas y afligi- 596.32
das. ¿Ya no soy Jesús?...», sonríe con gesto invitante a las mujeres.

«¡Claro que eres Tú! ¡Pero tan grande en estos días, que ya no sé verte como el infante que llevé en mis brazos!» exclama María de Alfeo.

«Y yo como al rabí sencillo que entraba en mi cocina buscando a Juan y Santiago» dice Salomé.

«Yo siempre te he conocido así: ¡Rey del alma mía!» proclama María de Magdala.

Y Juana, mansa y dulce: «Yo también: divino, desde aquel sueño en que, cuando agonizaba, te me apareciste para llamarme a la Vida».

«Todo nos has dado, Señor. ¡Todo!», suspira Elisa, que se ha calmado ya.

«Y todo me habéis dado».

«¡Demasiado poco!» dicen todas.

«No termina el dar, después de este momento. Terminará solamente cuando estéis conmigo en mi Reino. Mis discípulas fieles. No os sentaréis a mi lado en los doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel, pero cantaréis el hosanna junto con los ángeles, haciendo coro de honor a mi Madre, y entonces, como ahora, el corazón de Cristo hallará su gozo contemplándoos».

«¡Yo soy joven! Queda largo tiempo hasta que suba a tu Reino. ¡Dichosa Analía!» dice Susana.

«Yo soy vieja, y estoy contenta de serlo. Espero que pronto llegue la muerte» dice Elisa.

«Yo tengo hijos... ¡Quisiera servir a estos siervos de Dios!» suspira María Cleofás.

«¡No te olvides de nosotras!» dice la Magdalena, con ansia contenida, yo diría: con un grito de alma (y es que su voz, mantenida baja para no despertar a los que duermen, vibra de fuerza más que un grito).

«No me olvidaré de vosotras. Vendré. Tú, Juana, sabes que puedo venir aunque esté muy lejano... Las otras lo deben creer. Y os dejaré una cosa... un misterio que me tendrá a mí en vosotras y a vosotras en mí, hasta que estemos reunidos, Yo y vosotras, en el Reino de
596.33 Dios. [33]Ahora marchaos. Diréis que os he dicho poco, que casi era inútil el haceros venir para tan poco. Pero deseaba tener conmigo corazones que me han amado sin sopesar nada. Por mí, por mí: Jesús; no por el futuro, soñado Rey de Israel. Idos. Una vez más, benditas seáis. También las otras, que no están aquí pero que piensan en mí con amor: Ana, Mirta, Anastática, Noemí, y Síntica lejana, y Fotinái, y Áglae y Sara, Marcela, las hijas de Felipe, Miriam de Jairo, las vírgenes, las redimidas, las esposas, las madres que a mí han venido, que han sido hermanas para mí, y madres; mejores, ¡oh, mucho mejores que los hombres!, ¡incluso que los mejores hombres!... ¡Todas, todas! Yo os bendigo a todas. La gracia empieza ya a descender, la gracia y el perdón, sobre la mujer, por esta bendición mía. Marchaos...».

Se despide de ellas, pero retiene un momento a su Madre: «Antes de que anochezca estaré en el Palacio de Lázaro. Necesito verte todavía. Y vendrá Juan conmigo. Pero deseo que estéis sólo tú, Madre, y

las otras Marías, Marta y Susana. Estoy muy cansado...».

«Estaremos sólo nosotras. Adiós, Hijo...».

Se besan. Se separan... María se marcha lentamente. Se vuelve antes de salir, se vuelve antes de dejar el puentecito, se vuelve más veces, mientras puede ver a Jesús... Parece no poder alejarse de Él...

[34]Y Jesús está de nuevo solo. Se levanta, sale. Va a llamar a Juan, 596.34
que duerme boca abajo entre las flores, como un niño, y le da la tinajilla del vinagre rosado que le ha traído Juana. Le dice: «Al atardecer vamos donde mi Madre. Pero nosotros dos solos».

«Comprendo. ¿Han venido?».

«Sí. He preferido no despertaros».

«Has hecho bien, porque así tu alegría habrá sido mayor. Ellas saben amarte mejor que nosotros...» dice Juan desconsolado.

«Ven conmigo».

Juan le sigue.

«¿Qué te pasa?» le pregunta Jesús cuando de nuevo están en la penumbra verde de la pérgola donde todavía hay restos de comida.

«Maestro, somos muy malos. Todos. No hay obediencia en nosotros... y no hay deseo de estar contigo. Incluso Pedro y Simón se han marchado, no sé a dónde. Y Judas ha encontrado en esto la ocasión para discutir».

«¿Se ha marchado también Judas?».

«No, Señor, no se ha marchado. Dice que no lo necesita, que él no tiene cómplices en los manejos que hacemos para tratar de obtener protección para ti. ¡Pero, si yo he ido a casa de Anás y si otros han ido a ver a los galileos que residen aquí, no ha sido con mal fin!... Y no creo que Simón de Jonás y Simón Zelote sean hombres capaces de manejos rateros...».

«No pienses en ello. Efectivamente, Judas no necesita ausentarse mientras vosotros descansáis. Él sabe cuándo y a dónde ir para cumplir todo lo que debe hacer».

«¿Entonces por qué habla así? ¡No es una cosa agradable, delante de los discípulos!».

«No lo es, pero es así. [35]Tranquilízate, cordero mío». 596.35

«¿Yo, cordero tuyo? ¡Sólo Tú eres Cordero!».

«Sí, tú. Yo, Cordero de Dios; tú, cordero del Cordero de Dios».

«¡¡¡Oh, otra vez!!! Era en los primeros días de estar contigo. Tú me dijiste estas mismas palabras. Estábamos los dos solos, como ahora, entre el verdor de las plantas, como ahora, y en primavera». Juan está todo contento por este recuerdo que vuelve. Y susurra: «Sigo siendo, todavía lo soy, el cordero del Cordero de Dios...».

Jesús le acaricia, y le ofrece parte de la paloma asada que ha quedado encima de la mesa en un folio de pergamino en que estaba envuelta. Luego le abre unos higos jugosos y se los ofrece, alegre de verle comer.

Jesús se ha sentado oblicuamente en una lado de la mesa y mira a Juan con una intensidad que éste le pregunta: «¿Por qué me miras así? ¿Porque como como un glotón?».

«No. Porque eres como un niño... ¡Oh, mi predilecto! ¡Cómo te quiero por tu corazón!», y Jesús se inclina a besar al apóstol en el rubio pelo y le dice: «Permanece así, siempre así, con ese corazón tuyo que no tiene ni orgullo ni rencores. Así, incluso durante los momentos de la saña desatada. No imites a los que pecan, niño».

596.36 [36]Juan se ha recuperado de su sinsabor. Ahora dice: «Pero no puedo creer que Simón y Pedro...».

«Verdaderamente te equivocarías, si los creyeras pecadores. Bebe. Está buena y fresca esta bebida. La ha preparado Marta... Ahora estás repuesto. Estoy seguro de que no habías terminado tu comida...».

«Es verdad. Me había venido el llanto. Porque, mientras sea el mundo el que se odie, se comprende, pero que uno de nosotros insinúe...».

«No pienses más en eso. Yo y tú sabemos que Simón y el Zelote son dos hombres honestos. Y es suficiente. Y, por desgracia, tú sabes que Judas es pecador. Pero guarda silencio. Cuando pasen muchos, muchos lustros, y sea oportuno referir toda la grandeza de mi dolor, *entonces* dirás también lo que sufrí por las acciones de ese hombre, y por las acciones de ese apóstol. Vamos. Es hora de dejar este lugar para ir hacia el campo de los Galileos y...».

«¿Vamos a pasar también esta noche allí? ¿Y vamos a ir antes al Getsemaní? Judas quería saberlo. Dice que está cansado de estar al relente y con poco e incómodo descanso».

«Pronto terminará. Pero no manifestaré a Judas mis intenciones...».

«No estás obligado. Eres Tú el que debe guiarnos a nosotros y no nosotros a ti». La traición queda tan lejos de Juan, que ni siquiera comprende la razón de prudencia por la que Jesús desde hace unos días no dice nunca lo que planea hacer.

596.37 [37]Y ahí están, entre los que duermen. Los llaman. Se despiertan. También Manahén, el cual, terminada su tarea, se excusa ante el Maestro por no poder quedarse, y por no poder tampoco al día siguiente estar con Él en el Templo porque tiene que quedarse en el palacio. Y, diciendo esto, mira fijamente a Pedro y Simón, que, mientras, han regresado, y Pedro hace un gesto rápido con la cabeza como

para decir: «Comprendido».

Salen de los Jardines. Todavía hace calor. Todavía hace sol. Pero ya la brisa del atardecer templa el calor e impulsa alguna nubecilla en el cielo terso.

Se encaminan hacia arriba por Siloán, evitando los lugares de los leprosos a los que va Simón Zelote para llevarles —a los pocos que quedan, que no han sabido creer en Jesús— lo que ha sobrado de su comida.

[38]Matías, el ex pastor, se acerca a Jesús y pregunta: «Señor y Maestro mío, he pensado mucho, junto con los compañeros, en tus palabras, hasta que nos ha vencido el cansancio, y nos hemos dormido antes de poder resolver la pregunta que nos habíamos hecho. Ahora somos más ignorantes que antes. Si hemos comprendido bien los discursos de estos días, has predicho que muchas cosas cambiarán, aunque la Ley permanezca inalterada, y que se deberá edificar un nuevo Templo, con nuevos profetas, sabios y escribas, contra el que se presentará batalla, y que no sucumbirá, mientras que éste —si no he entendido mal— parece destinado a sucumbir». 596.38

* «Está destinado a sucumbir. Recuerda la profecía de Daniel...».

«Pero nosotros, que somos pobres y pocos, ¿cómo podremos edificarlo de nuevo, si no sin esfuerzo los reyes lograron edificar éste? ¿Dónde vamos a construirlo? Aquí no, porque dices que este lugar va a quedarse desierto hasta que no te bendigan como a un enviado de Dios».

«Así es».

«En tu Reino, no. Estamos convencidos de que tu Reino es espiritual. Y, entonces, ¿cómo, dónde lo estableceremos? Ayer dijiste que el verdadero Templo —¿y no es ése el verdadero Templo?—, que el verdadero Templo, cuando crean haberlo destruido, subirá triunfante a la verdadera Jerusalén. ¿Y dónde está la verdadera Jerusalén? Hay mucha confusión en nosotros».

«Así es. Destruyan si quieren los enemigos el verdadero Templo, que Yo en tres días lo alzaré de nuevo, y, subiendo a donde el hombre no puede dañarlo, ya no conocerá insidias.

[39]Respecto al Reino de Dios, está en vosotros y dondequiera que haya hombres que crean en mí. Diseminado por ahora, sucediéndose sobre la Tierra durante los siglos; eterno luego, unido, perfecto, en el Cielo. En el Reino de Dios será edificado el nuevo Templo, o sea, donde hay espíritus que aceptan mi doctrina, la doctrina del Reino de Dios, y practican sus preceptos. 596.39

---

* *la profecía*, que está en *Daniel 9, 20-27*.

¿Cómo será edificado, si sois pobres y pocos? En verdad, no hace falta ni dinero ni poder para construir el edificio de la nueva morada de Dios, individual o colectiva. El Reino de Dios está en vosotros. Y la unión de todos aquellos que tengan en sí el Reino de Dios, de todos los que tengan a Dios en ellos —Dios, la Gracia; Dios, la Vida; Dios, la Luz; Dios, la Caridad— constituirá el gran Reino de Dios en la Tierra, la nueva Jerusalén que llegará a expandirse por todos los confines del mundo, y que, completa y perfecta, sin imperfecciones ni sombras, vivirá eterna en el Cielo.

¿Cómo edificaréis el Templo y la ciudad? No seréis vosotros, sino Dios, el que edificará estos lugares nuevos. Lo que tendréis que hacer será solamente darle vuestra buena voluntad. Buena voluntad y permanecer en mí. *Vivir* mi doctrina es buena voluntad. Estar unidos es la buena voluntad. Unidos a mí hasta formar un solo cuerpo, nutrido por una única savia en cada una de sus partes individuales, más pequeñas o más grandes. Un único edificio sostenido por una única base y mantenido en su unión por una mística cohesión. Pero, dado que sin la ayuda del Padre —al cual os he enseñado a orar y al cual yo oraré por vosotros antes de morir—, no podríais estar en la Caridad, en la Verdad, en la Vida, o sea, en mí y conmigo en Dios Padre y en Dios Amor (porque somos una única Divinidad), por esto os digo que tengáis a Dios en vosotros para poder ser el Templo que no conocerá fin. Por vosotros mismos no podríais hacerlo. Si Dios no edifica —y no puede edificar donde no puede hacer morada— inútilmente los hombres dan en edificar y reedificar.

596.40 [40]El Templo nuevo, mi Iglesia, surgirá solamente cuando vuestro corazón aloje a Dios y Él, con vosotros, piedras vivas, edifique su Iglesia».

«¿Pero no dijiste que Simón de Jonás es la Cabeza, la Piedra, sobre la cual se habrá de edificar tu Iglesia? ¿Y no has dado a entender, también, que Tú eres su piedra angular? ¿Entonces quién es la cabeza? ¿Existe o no existe esta Iglesia?» interrumpe Judas Iscariote.

«Yo soy la Cabeza mística. Pedro es la cabeza visible. Porque Yo regreso al Padre dejándoos la Vida, la Luz, la Gracia, por mi Palabra, mis padecimientos, por el Paráclito, que será amigo de los que me fueron fieles. Yo soy una única cosa con mi Iglesia, mi Cuerpo espiritual del que soy la Cabeza.

La cabeza contiene el cerebro o mente. La mente es sede del saber, el cerebro es el que dirige los movimientos de los miembros con sus órdenes inmateriales, que son más válidos para poner en movimiento a los miembros que cualquier otro estímulo. Observad un

muerto, en el cual está muerto el cerebro. ¿Tiene acaso ya movimiento en sus miembros? Observad a uno completamente subnormal. ¿No está, acaso, inerte, hasta el punto de no saber tener esos rudimentarios movimientos instintivos que el animal más inferior, el gusano que al pasar aplastamos, tiene? Observad a uno en que la parálisis haya quebrado el contacto de los miembros —uno o más— con el cerebro. ¿Acaso tiene movimiento en aquella parte que ya no tiene vínculo vital con la cabeza?

Pero, si la mente dirige con sus inmateriales órdenes, son los otros órganos: ojos, oídos, lengua, nariz, piel, los que comunican las sensaciones a la mente, y son las otras partes del cuerpo las que ejecutan y hacen ejecutar aquello que la mente, advertida por los órganos —materiales y visibles ellos, invisible el intelecto— ordena. ¿Podría Yo, sin deciros "sentaos", obtener que os sentarais en esta ladera? Aunque pensara que quiero que os sentéis, no lo sabríais hasta que no tradujera mi pensamiento en palabras; y éstas las digo usando lengua y labios. ¿Podría Yo mismo sentarme, si lo pensara por el simple hecho de que siento el cansancio de las piernas, si éstas se negaran a doblarse y, así, sentarme Yo? La mente tiene necesidad de órganos y miembros para cumplir y hacer cumplir las operaciones que el pensamiento piensa.

De la misma manera, en el cuerpo espiritual que es mi Iglesia, Yo seré el Intelecto, o sea, la cabeza, sede del intelecto. Pedro y sus colaboradores serán los que observen las reacciones y perciban las sensaciones y las transmitan a la mente para que ella ilumine y ordene lo que debe hacerse para el bien de todo el cuerpo, y luego, iluminados y dirigidos por mi orden, hablen y guíen a las otras partes del cuerpo. La mano que rechaza el objeto que puede herir el cuerpo, o aleja aquello que, corrompido, puede corromper, el pie que salva el obstáculo sin chocarse y caer y herirse, han recibido orden de hacerlo de la parte que dirige. El niño, y también el hombre, que se han salvado de un peligro o que, por un consejo recibido, por una palabra dicha, obtienen un beneficio de cualquier especie (instrucción, negocios buenos, matrimonio, buena alianza), es por ese consejo y esa palabra por lo que o no sufren un daño o ganan un bien. Pues lo mismo sucederá en mi Iglesia. La cabeza y los que son cabeza, guiados por el divino Pensamiento e iluminados por la divina Luz e instruidos por la eterna Palabra, darán las órdenes y los consejos, y los miembros lo harán, recibiendo espiritual salud y espiritual beneficio.

[41]Mi Iglesia ya existe, porque ya posee su Cabeza sobrenatural y 596.41
su Cabeza divina, y tiene sus miembros: los discípulos. Pequeña todavía: semilla que se está formando; perfecta sólo en la Cabeza que

la dirige, imperfecta en el resto, que necesita el toque de Dios para ser perfecta, y tiempo para crecer. Pero, en verdad os digo que ya existe, y que es santa por Aquel que constituye su Cabeza y por la buena voluntad de los justos que la componen. Santa e invencible. Contra ella arremeterá, una y mil veces, y con mil formas de batalla, el infierno compuesto de demonios y hombres-demonios. Mas éstos no prevalecerán. El edificio será indestructible.

Pero el edificio no está hecho de una sola piedra. Observad el Templo allí, grande, hermoso, bajo el Sol que declina. ¿Acaso está hecho de una sola piedra? Es un complejo de piedras que forman un único, armónico todo. Se dice: el Templo, esto es, *una* unidad. Pero esta unidad está hecha de las muchas piedras que la han constituido y formado. Inútil habría sido echar los cimientos, si éstos no hubieran debido luego sujetar paredes y techo, si sobre ellos no hubiera que haber debido levantar las paredes. E imposible habría sido levantar las paredes y sostener el techo si antes no se hubieran hecho los cimientos fuertes, proporcionados a una mole tan grande. Así, con esta dependencia de las distintas partes, una de la otra, surgirá el Templo nuevo. Durante el transcurso de los siglos, lo edificaréis, sobre la base de los cimientos que Yo le he dado, perfectos, para su gran mole. Lo edificaréis con la dirección de Dios, con la bondad de las cosas usadas para construirlo: espíritus en que Dios inhabita.

Dios en vuestro corazón, para hacer de él piedra pulida y sin fisuras para el Templo nuevo. Su Reino establecido con sus leyes en vuestro espíritu. Si no, seríais ladrillos mal cocidos, madera carcomida, piedras toscas y quebradizas, no resistentes y que el constructor, si es juicioso, rechaza; o que fallan, ceden, provocando la caída de una parte, si el constructor, los constructores puestos por el Padre para dirigir la construcción del Templo, son constructores ídolos que se pavonean en la propia gloria sin velar y trabajar por la construcción que se lleva a cabo y los materiales usados para hacerla. Constructores ídolos, tutores ídolos, guardianes ídolos. ¡Ladrones! Ladrones de la confianza de Dios, de la estima de los hombres. Ladrones, orgullosos, que se complacen en el modo de obtener ganancia y de tener un voluminoso montón de materiales, y no observan si éstos son buenos o de mala calidad, causa de destrucción.

596.42 [42]Vosotros, nuevos sacerdotes y escribas del nuevo Templo, escuchad. ¡Ay de vosotros, y de quienes después de vosotros, se haga ídolo y no vele y vigile en orden a sí mismo y a los demás, los fieles, para observar, probar la calidad de las piedras y de la madera, sin fiarse de las apariencias, y cause destrucción dejando que los materiales de mala calidad, o incluso negativos, se dejen usar para el Templo,

escandalizando y provocando destrucción! ¡Ay de vosotros, si dejáis que se creen hendiduras, y que se construyan paredes inseguras, torcidas, que puedan fácilmente derrumbarse al no estar equilibradas sobre bases sólidas y perfectas! El desastre no vendría de Dios, Fundador de la Iglesia, sino de vosotros, y seríais responsables ante el Señor y ante los hombres.

¡Diligencia, observación, discernimiento, prudencia! La piedra o el ladrillo o la viga débiles, que en una pared maestra comportarían derrumbamientos, pueden servir para partes de menor importancia, y servir bien. Así debéis saber elegir. Con caridad, para no provocar el desagrado de las partes débiles; con firmeza, para no provocar el desagrado de Dios ni la ruina de su Edificio. Y si os dais cuenta de que una piedra, ya puesta para soporte de un ángulo maestro, no es buena o no está equilibrada, sed valientes, audaces, y sabed quitarla de ese lugar. Mortificadla escuadrándola con el cincel de un santo celo. Si grita de dolor, no importa; os bendecirá por siempre, porque la habréis salvado. Cambiadla de lugar, ponedla a desarrollar otra tarea. No tengáis miedo ni siquiera de prescindir totalmente de ella, si veis que es causa de escándalo y destrucción, rebelde a vuestro trabajo. Es mejor pocas piedras que mucho lastre.

No tengáis prisa. Dios no tiene nunca prisa, sino que lo que crea es eterno porque está bien sopesado antes de llevarlo a cabo. Si no es eterno, dura tanto cuanto los siglos todos. Observad el Universo. Desde hace siglos, desde hace millares de siglos, es como Dios lo hizo con sucesivos actos. Imitad al Señor. Sed perfectos como el Padre vuestro. Tened su Ley en vosotros, su Reino en vosotros. Y no fracasaréis.

Pero si no fuerais así, se derrumbaría el edificio; vano habría sido vuestro esfuerzo para levantarlo. Se vendría abajo, de forma que quedaría solamente de él la piedra angular, los cimientos... ¡Lo mismo que le sucederá a ese edificio! En verdad os digo que le sucederá eso. Y lo mismo le sucederá al vuestro, si metéis en él lo que hay en éste: las partes enfermas de orgullo, de ambición, de pecado, de lujuria. De la misma forma que por un soplo del viento se ha deshecho ese dosel de nubes que parecía posado, tan sugestivamente bello, en la cima de aquel monte, se vendrán abajo, con un soplo de viento de castigo sobrenatural y humano, los edificios que de santo no tengan más que el nombre...».

[43]Jesús calla pensativo. Cuando toma de nuevo la palabra es para 596.43
ordenar: «Sentémonos aquí a descansar un poco».

Se sientan en una ladera del monte de los Olivos, teniendo enfrente el Templo, al que besa el Sol poniente. Jesús mira fijamente a

ese lugar, con tristeza; los otros, con orgullo por su belleza, pero es un orgullo velado por la pena que han originado las palabras del Maestro. ¿Y si realmente esa belleza hubiera de desaparecer?...

Pedro y Juan hablan entre sí y luego susurran algo a Santiago de Alfeo, que está a su lado, y éstos asienten con la cabeza. Entonces Pedro se dirige al Maestro y le dice: «Ven aparte y explícanos cuándo se cumplirá tu profecía sobre la destrucción del Templo. Daniel habla de ello. Lo que pasa es que si fuera como él dice y como Tú dices, pocas horas tendría ya de vida el Templo. Pero no vemos ni ejércitos ni preparativos de guerra. ¿Cómo sucederá, entonces, esto? ¿Cuál será la señal? Tú has venido. Dices que estás para marcharte. Y, sin embargo, se sabe que eso se cumplirá estando Tú entre los hombres. ¿Es que vas a volver? ¿Cuándo, este regreso tuyo? Explícanoslo para que podamos saberlo...».

«No hace falta ir aparte. ¿Ves? Aquí están los discípulos más fieles, los que a los doce os servirán de gran ayuda. Pueden oír las palabras que os digo a vosotros. ¡Acercaos todos!» grita al final, para reunirlos a todos.

Los discípulos, que estaban diseminados por la ladera, se acercan, forman un grupo compacto, ceñido en torno al grupo principal formado por Jesús y los apóstoles, y escuchan.

596.44 44«Estad atentos a que nadie os seduzca en el futuro. Yo soy el Cristo y no habrá otros Cristos. Por tanto, cuando muchos vengan a deciros: "Yo soy el Cristo" y seduzcan a muchos, no creáis en esas palabras, aunque vinieran acompañadas de prodigios. Satanás, padre de la mentira y protector de los embusteros, ayuda a sus siervos y secuaces con falsos prodigios, que, de todas formas, pueden ser identificados como no buenos porque siempre están acompañados de miedo, turbación y mentira. Vosotros conocéis los prodigios de Dios: dan santa paz, alegría, salud, fe; conducen a deseos y obras santas. Los otros, no. Por tanto, reflexionad sobre la forma y las consecuencias de los prodigios que podréis ver en el futuro obrados por falsos Cristos y por todos aquellos que se vistan con el manto de salvadores de los pueblos, cuando en realidad serán las fieras que causarán la destrucción de éstos.

Oiréis y veréis, también, hablar de guerras y rumores de guerras y os dirán: "Son las señales del final". No os turbéis. No será el final. Todo esto debe suceder antes del final, pero todavía no será el fin. Se levantará pueblo contra pueblo, reino contra reino, nación contra nación, continente contra continente, y después habrá pestilencias, carestías, terremotos en muchos lugares. Pero esto será sólo el principio de los dolores. Entonces os arrojarán a la tribulación y os mata-

rán, acusándoos de ser los culpables de su sufrimiento y con la esperanza de que persiguiendo y destruyendo a mis siervos se acabará su sufrimiento.

Los hombres siempre acusan a los inocentes de ser causa del mal que ellos, pecadores, se crean. Acusan al mismo Dios, perfecta Inocencia y Bondad suprema, de ser causa de su sufrimiento; y lo mismo harán con vosotros, y seréis odiados por causa de mi Nombre. Es Satanás quien los azuza. Y muchos se escandalizarán y se traicionarán y odiarán recíprocamente. Es también Satanás quien los azuza. Y surgirán falsos profetas que inducirán a muchos al error. Y también será Satanás el autor de tanto mal. Por el progreso de la iniquidad, en muchos se enfriará la caridad. Pero el que persevere hasta el final se salvará. Y antes es necesario que este Evangelio del Reino de Dios sea predicado en todo el mundo, testimonio para todas las naciones. Entonces vendrá el final. Regreso de Israel, que acogerá a Cristo; predicación de mi Doctrina en todo el mundo.

[45]Y luego otra señal. Una señal para el final del Templo y el fin del 596.45
Mundo. Cuando veáis la abominación de la desolación predicha por Daniel —el que me escucha entienda bien, y quien lea al Profeta sepa leer entre las palabras—, entonces el que esté en Judea huya a los montes, el que esté en la terraza no baje a tomar lo que tiene en casa, y el que esté en su campo no regrese a casa a tomar el manto; antes bien, huya, sin volverse para atrás, no vaya a sucederle que ya no pueda huir; y que ni siquiera se vuelva a mirar mientras huye, para no conservar en el corazón el horrendo espectáculo y no vaya a enloquecer por causa de ello. ¡Ay de las que estén encintas y de las que amamanten en aquellos días! ¡Ay si la fuga se debiera hacer en sábado! No sería suficiente la fuga para salvarse sin pecar. Rogad, pues, para que esto no suceda ni en invierno ni en sábado, porque la tribulación de esos momentos será tan grande como nunca la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá nunca como ella porque será el final. Si no fueran abreviados esos días en consideración de los elegidos, ninguno se salvaría, porque los hombres-satanás se aliarán con el infierno para atormentar a los hombres.

Y también entonces, para corromper y apartar del camino recto a aquellos que permanezcan fieles al Señor, surgirán quienes digan: "El Cristo está ahí, el Cristo está aquí. Está en aquel lugar. Ahí le tenéis". No lo creáis. Que ninguno crea porque surgirán falsos Cristos y falsos profetas que harán prodigios y portentos capaces de inducir al error, si ello fuera posible, hasta a los propios elegidos, y expresarán doctrinas aparentemente tan consoladoras y buenas que podrían seducir incluso a los mejores, si con ellos no estuviera el Espíritu de

Dios, que los iluminará acerca de la verdad y el origen satánico de tales prodigios y doctrinas. Yo os lo digo. Yo os predico esto para que podáis obrar en consecuencia. Mas no temáis caer. Si estáis en el Señor, no seréis arrastrados a la tentación y a la destrucción. Recordad lo que os dije: "Os he dado el poder de andar sobre serpientes y escorpiones, y de todo el poder del Enemigo nada os causará daño, porque todo estará sujeto a vosotros". Pero también os recuerdo que para obtener esto debéis tener a Dios en vosotros, y debéis alegraros, no porque dominéis las potencias del Mal y los venenos, sino porque vuestro nombre está escrito en el Cielo.

596.46 [46]Permaneced en el Señor y en su verdad. Yo soy la Verdad y enseño la verdad. Por tanto, os repito una vez más: os digan lo que os digan acerca de mí, no lo creáis. Yo he dicho sólo la verdad. Yo os digo sólo que Cristo vendrá, pero cuando llegue el fin. Por tanto, si os dicen: "Está en el desierto", no vayáis. Si os dicen: "Está en aquella casa", no hagáis caso. Porque el Hijo del hombre en su segunda venida será semejante al relámpago que sale de levante y zigzaguea hasta poniente en menos tiempo que se par-padea. Y cruzará el gran Cuerpo, súbitamente transformado en Cadáver, seguido de sus refulgentes ángeles, y juzgará. Donde esté el cuerpo se reunirán las águilas. Inmediatamente después, pasada la tribulación de esos días últimos de que os he hablado —hablo del final de los tiempos y del mundo, y de la resurrección de los huesos, que son cosas de que hablan los profetas—, se obscurecerá el Sol, la Luna dejará de dar luz, las estrellas del cielo caerán como granos de un racimo demasiado maduro sacudido por un viento tempestuoso, y las potencias de los Cielos temblarán. * *

Entonces en el firmamento obscurecido aparecerá refulgente el signo del Hijo del hombre. Entonces llorarán todas las naciones de la Tierra, y los hombres verán al Hijo del hombre venir en las nubes del cielo con gran poder y gloria. Él dará órdenes a sus ángeles para que cosechen y vendimien, y para que separen la cizaña y el trigo, y que echen las uvas en el lagar, porque habrá llegado el tiempo de la gran recolección de la semilla de Adán, y ya no habrá necesidad de guardar ni racimo ni semilla porque para nunca más habrá perpetuación de la especie humana en la Tierra muerta. Y mandará a sus ángeles que con gran sonido de trompetas reúnan a los elegidos, desde los cuatro vientos, desde una extremidad a la otra de los cielos, para que se pongan al lado del Juez divino y juzgar con Él a los últi-

* *el gran Cuerpo*, que es *la Tierra, el mundo*, como anota MV en una copia mecanografiada.
* *hablan los profetas*, como en *Ezequiel 37, 1-14*.

mos vivos y a los resucitados.

[47]Aprended de la higuera la parábola: cuando veis que sus ramas 596.47
se ponen tiernas y echa las hojas, sabéis que el verano está cercano; de la misma manera, cuando veáis todas estas cosas, sabed que Cristo está para llegar. En verdad os digo: no pasará *esta generación que no me ha querido* sin que todo esto suceda.

Mi palabra no cae. Lo que digo se cumplirá. El corazón y el pensamiento de los hombres pueden cambiar, pero no cambia mi palabra. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Y por lo que respecta al día y a la hora precisa, nadie los conoce, ni siquiera los ángeles del Señor; solamente el Padre.

[48]En la venida del Hijo del hombre, sucederá como en tiempos de 596.48
Noé. En los días que precedieron al diluvio, los hombres comían, bebían, se casaban, y establecían sus moradas, sin preocuparse de la
* señal, hasta el día en que Noé entró en el arca y se abrieron las cataratas de los cielos y el diluvio sumergió a todos los seres vivos y todas las cosas. Lo mismo sucederá en la venida del Hijo del hombre. Dos hombres estarán juntos en el campo, uno será tomado y el otro dejado, dos mujeres estarán ocupadas en mover la rueda de molino, una será tomada y la otra dejada: por los enemigos de la Patria, y más aún por los ángeles, que separarán de la cizaña la buena semilla; y no tendrán tiempo de prepararse para el juicio de Cristo.

Velad, pues, porque no sabéis a qué hora vendrá vuestro Señor. Pensad en esto: si el jefe de la familia supiera a qué hora viene el ladrón, vigilaría y no dejaría depredar su casa. Así pues, velad y orad, estando siempre preparados a la venida, sin que vuestros corazones caigan en un torpor por toda suerte de abusos e intemperancias, y vuestros espíritus se distraigan y se hagan insensibles para las cosas del Cielo por las excesivas atenciones a las cosas de la Tierra, y no os sorprenda de improviso el lazo de la muerte estando impreparados. Porque, recordadlo, todos debéis morir. Todos los hombres que han nacido deben morir. Y esta muerte y el subsiguiente juicio son una venida individual de Cristo, que se verá repetida universalmente cuando venga solemnemente el Hijo del hombre.

[49]¿Cuál será la ventura de aquel siervo fiel y prudente, encargado 596.49
por su señor de distribuir el alimento a los domésticos en su ausencia? Dichosa ventura tendrá, si su señor, al volver de improviso, le encuentra haciendo con diligencia, justicia y amor lo que debe. En verdad os digo que le dirá: "Ven, siervo bueno y fiel. Has merecido mi premio. Ten: administra todos mis bienes". Mas si parecía bueno y

* *señal*, es decir, come observa MV en una copia mecanografiada: *la orden recibida de Noé de preparar el arca para salvar a todas las especies animales* (en *Génesis 6, 13-22*).

fiel, pero no lo era y en su interior era malo como hacia afuera hipócrita, y una vez que hubo partido su señor dijo en su corazón: "¡Mi señor tardará en volver! Dediquémonos a la buena vida", y empezó a golpear y maltratar a sus compañeros de servicio y a sacar ganancia en perjuicio de la comida de éstos y de todas las otras cosas para tener más dinero que consumir con los crapulosos y borrachos, ¿qué sucederá? Sucederá que el señor volverá de improviso, cuando el siervo no crea que esté cerca, y será descubierto su obrar injusto, le serán arrebatados puesto y dinero y será arrojado a donde la justicia exige, y allí se quedará.

Y lo mismo respecto al pecador impenitente que no piensa en que la muerte puede estar cercana, y cercano su juicio, y goza y abusa diciendo: "Más adelante me arrepentiré". En verdad os digo que no tendrá tiempo de hacerlo y será condenado a estar eternamente en el lugar del tremendo horror donde sólo hay blasfemia y llanto y tortura, y saldrá de él sólo para el Juicio final, cuando se revestirá de la carne resucitada para presentarse completo al Juicio último, como completo pecó en el tiempo de la vida terrena, y con cuerpo y alma se presentará ante el Juez Jesús, a quien no quiso por Salvador.

596.50 [50]Todos allí, reunidos ante el Hijo del hombre. Una multitud infinita de cuerpos restituidos por la tierra y por el mar y recompuestos tras haber sido ceniza durante mucho tiempo. Y los espíritus en los cuerpos. A cada carne, ya de nuevo en los esqueletos, le corresponderá su propio espíritu, el que en su tiempo la animó. Y estarán en pie ante el Hijo del hombre, espléndido en su Majestad divina, sentado en el trono de su gloria sostenido por sus ángeles.

Y Él separará a unos hombres de otros poniendo en una parte a los buenos y en la otra a los malos, como un pastor separa ovejas y cabritos, y pondrá a sus ovejas a la derecha y a los cabros a la izquierda. Y dirá, con dulce voz y benigno aspecto, a aquellos que, pacíficos y hermosos, con la belleza gloriosa de su cuerpo santo esplendoroso, le mirarán con todo el amor de su corazón: "Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde el origen del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, anduve peregrino y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, prisionero y vinisteis a consolarme".

Y los justos le preguntarán: "¿Pero cuándo, Señor, te vimos hambriento y te dimos de comer, sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino y te recibimos, desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo y prisionero y fuimos a visitarte?".

Y el Rey de los reyes les dirá: "En verdad os digo que cuando hi-

cisteis una de estas cosas con uno de éstos, los más pequeños de mis hermanos, lo hicisteis conmigo".

Y luego se volverá hacia los que estén a su izquierda y les dirá, con rostro severo —sus miradas serán como saetas fulminadoras para los réprobos y en su voz resonará como un trueno la ira de Dios—: "¡Fuera de aquí! ¡Lejos de mí, malditos! ¡Al fuego eterno preparado por el furor de Dios para el demonio y los ángeles tenebrosos, y para los que de ellos han escuchado las voces de libídine triple y obscena. Yo tuve hambre y no me disteis de comer; sed, y no me disteis de beber; estuve desnudo y no me vestisteis, fui peregrino y me rechazasteis, estuve enfermo y encarcelado y no me visitasteis. Porque teníais una sola ley: el placer de vuestro *yo*".

Y ellos le dirán: "¿Cuándo te vimos hambriento, sediento, desnudo, peregrino, enfermo, prisionero? En verdad, no te conocimos; no vivíamos cuando estabas en la Tierra".

Y Él les responderá: "Es verdad. No me conocisteis. Porque no vivíais cuando Yo estaba en la Tierra. Pero conocisteis mi palabra y tuvisteis a pobres entre vosotros, a hambrientos, a sedientos, a desnudos, enfermos, prisioneros. ¿Por qué no les hicisteis a ellos lo que *quizás* me hubierais hecho a mí? Porque, ciertamente, no se puede decir que los que me tuvieron fueran misericordiosos con el Hijo del hombre. ¿No sabéis que en mis hermanos estoy Yo, y que donde haya uno de ellos que sufra allí estoy Yo, y que lo que no hicisteis con uno de estos hermanos menores míos me lo negasteis a mí, Primogénito de los hombres? Id y arded en vuestro egoísmo. Id y os envuelvan las tinieblas y el hielo porque tinieblas y hielo fuisteis, a pesar de saber dónde estaban la Luz y el Fuego de Amor".

Y éstos irán al eterno suplicio, mientras que los justos entrarán en la vida eterna.

Éstas son las cosas futuras...

[51]Ahora podéis marcharos. Y no os separéis. Yo voy con Juan y es- 596.51
taré con vosotros a la mitad de la primera vigilia, para la cena y para ir luego a nuestros momentos de instrucción».

«¿También esta noche? ¿Todas las noches vamos a hacer eso? Yo estoy todo dolorido de la humedad. ¿No sería mejor entrar ya en alguna casa que nos dé alojamiento? ¡Siempre en las tiendas! Siempre de vela por las noches, frescas y húmedas...», se queja Judas.

«Es la última noche. Mañana... será distinto».

«¡Ah! Creía que querías ir al Getsemaní todas las noches. Pero si es la última...».

«No he dicho eso, Judas. He dicho que será la última noche que tendremos que pasar en el campo de los Galileos todos juntos. Maña-

na prepararemos la Pascua y comeremos el cordero, y luego iré Yo solo a orar al Getsemaní. Y vosotros podréis hacer lo que queráis».

«¡Nosotros vamos contigo, Señor! ¿Pero cuándo tenemos deseos de dejarte!» dice Pedro.

«Tú calla, que no eres inocente. Tú y el Zelote no hacéis más que revolotear de un lado para otro en cuanto el Maestro no os ve. No os pierdo de vista. En el Templo... durante el día... en las tiendas, arriba...» dice Judas Iscariote, contento de denunciar.

«¡Basta! Si lo hacen, hacen bien. De todas formas, no me dejéis solo... Os lo ruego...».

«Señor, créenos que no hacemos nada malo. Dios conoce nuestras acciones y su mirada no se aparta, disgustada, de ellas» dice el Zelote.

«Lo sé. Pero es inútil. Y lo que es inútil puede siempre ser dañino. Estad lo más posible unidos».

Luego se vuelve a Mateo: «Tú, mi buen cronista, les referirás a éstos la parábola de las diez vírgenes sensatas y de las diez necias, y la del amo que da talentos a sus tres servidores para que los hagan producir y dos ganan el doble y el holgazán lo entierra. ¿Recuerdas?». *

«Sí, Señor mío, con exactitud».

«Entonces nárraselas a éstos. No todos las conocen. Y también los que las saben las escucharán de nuevo con gusto. Ocupad así, diciendo sabias palabras, el tiempo hasta mi regreso. ¡Velad! ¡Velad! Tened despierto vuestro espíritu. Esas parábolas son también apropiadas para lo que acabo de decir. Adiós. La paz esté con vosotros».

Toma de la mano a Juan y se aleja con él hacia la ciudad... Los demás se encaminan hacia el Campo galileo.

596.52 [52]Dice Jesús: «Colocarás aquí la Segunda parte del fatigosísimo Miércoles Santo. Noche (1945). Acuérdate de señalar en rojo los puntos que te he dicho. Esas palabritas dan luz, mucha luz para quien la sabe ver». *

---

* *referirás* dos parábolas, que Jesús narró en 206.2/6 y en 281.9, pero que el Evangelio de Mateo reseña junto con los discursos del presente capítulo.

* *Esas palabritas*, que MV remarcó con trazos de lapicero rojo en el manuscrito original, son *además* y *enviaré*, y se encuentran en cursiva en 596.20/21. Casos análogos en 577.11 y en 592.17.

597. El miércoles por la noche en el Getsemaní con los apóstoles.

8 de marzo de 1945.

[1]«Os he dicho: "Estad atentos, velad y orad para no ser sorprendi- 597.1
dos bajo el peso del sueño". Pero veo que vuestros ojos cansados desean cerrarse y vuestros cuerpos, incluso sin intención, buscan posturas de descanso. ¡Tenéis razón, pobres amigos míos! Vuestro Maestro ha pretendido mucho de vosotros en estos días, y estáis muy cansados. Pero dentro de pocas horas, ya pocas horas, os alegraréis de no haber perdido ni siquiera un momento de estar a mi lado. Os alegraréis de no haber negado nada a vuestro Jesús. Por lo demás, es la última vez que os hablo de estas cosas de lágrimas. Mañana os hablaré de amor y os haré un milagro que será todo amor. Preparaos con una gran purificación a recibirlo. ¡Oh, cuánto más de acuerdo con mi *Yo* el hablaros de amor que el hablaros de castigo! ¡Qué dulce me es decir: "Os amo. Venid. ¡Durante toda mi vida he soñado esta hora!"! Pero también es amor hablar de muerte. Es amor en cuanto que la muerte, por los que os aman, es la suprema prueba de amor. Es amor porque prevenir a los amigos queridos en orden a la desventura significa afectuosa previsión que quiere verlos preparados, y no desconcertados, cuando llegue la hora. Es amor porque confiar un secreto es prueba de la estima que se tiene puesta en aquellos a quienes se confía. [2]Sé que habéis asediado a Juan con interrogato- 597.2
rios, para saber qué le he dicho cuando hemos estado solos. Y no habéis creído que no hubiera habido palabras. Y, sin embargo, así ha sido; me ha bastado tener al lado una criatura...».

«¿Por qué, entonces, él, y no otro?» pregunta Judas Iscariote. Y lo pregunta con desdeñosa altanería.

También Pedro, y con él Tomás y Felipe, dicen: «Sí. ¿Por qué a él y no a los otros?».

Jesús responde a Judas:

«¿Hubieras querido ser tú? ¿Puedes pretenderlo?

[3]Era una fresca y serena mañana de Adar... Yo era un desconoci- 597.3
do viandante que iba por el camino cercano al río... Cansado, lleno de polvo del camino, palidecido por el ayuno, desarreglada la barba, rotas las sandalias: parecía un mendigo por los caminos del mundo... Él me vio... y me reconoció como Aquel sobre el que había descendido la Paloma de fuego eterno. En esa primera transfiguración mía, ciertamente debió revelarse un átomo de mi divino esplendor. Los ojos abiertos por la Penitencia de Juan el Bautista y los que la Pureza había conservado angélicos vieron lo que los otros no vieron.

Y los ojos puros llevaron esa visión al tabernáculo del corazón; allí la guardaron como perla en un arca... Cuando se alzaron, pasados casi dos meses, hacia el viandante de rasgadas vestiduras, su alma me reconoció... Yo era su amor. Su primer y único amor. El primero y único amor no se olvida. El alma le siente venir, aunque se haya alejado, le siente venir de distantes lejanías, y vibra de alegría y despierta a la mente y ésta a la carne, para que todas participen en el banquete de la alegría de volver a encontrarse y a amarse. Y los labios temblorosos me dijeron: "Te saludo, Cordero de Dios".

¡Oh, fe de los puros, qué grande eres! ¡Cómo superas todos los obstáculos! No sabía mi Nombre. ¿Quién era Yo? ¿De dónde venía? ¿Qué hacía? ¿Era rico? ¿Era pobre? ¿Era sabio? ¿Era ignorante? ¿Qué importa saber todo esto para la fe? ¿Aumenta o disminuye ella por saber? Él creía en todo lo que el Precursor le había dicho. Como estrella que transmigra, por orden creador, de uno a otro cielo, se había separado de su cielo, Juan el Bautista, de su constelación, y había venido a su nuevo cielo, el Cristo, a la constelación del Cordero. Y, aun no siendo la estrella más grande, sí es la más hermosa y pura de la constelación de amor.

Han pasado tres años desde entonces. Estrellas grandes y pequeñas se han unido a mi constelación y se han separado de ella. Algunas han caído y han muerto, otras, debido a densos vapores, se han convertido en estrellas brumosas. Pero él ha permanecido fijo con su pura luz junto a su Polar.

597.4 [4]Dejadme mirar su luz. Dos serán las luces en las tinieblas del Cristo: María y Juan. Pero tanto será el dolor, que casi no podré verlas. Dejad que me imprima en mis pupilas estos cuatro iris, trozos de cielo entre pestañas rubias, para llevar conmigo, a donde ninguno podrá venir, un recuerdo de pureza. ¡Todo el pecado! ¡Todo sobre los hombros del Hombre! ¡Oh! ¡Oh! ¡Esta gotita de pureza!... ¡La Madre mía! ¡Juan! ¡Y Yo!... ¡Los tres náufragos a flote en el naufragio de una humanidad en el mar del Pecado!

597.5 [5]Será la hora en que Yo, el retoño de la estirpe davídica, diga, gimiendo, el antiguo suspiro de David. "Dios mío, vuelve tus ojos hacia * mí. ¿Por qué me has abandonado? De ti me alejan los gritos de los delitos que he cargado sobre mí por todos... Soy un gusano, ya no un hombre, el oprobio de los hombres, el desecho de la plebe".

Y escuchad a Isaías: "He abandonado mi cuerpo a los castigadores, mis mejillas a quienes me arrancaban la barba; no he apartado la cara de quien me ultrajaba y me cubría de esputos".

---

* *el antiguo sospiro*: es el comienzo de una serie de citas y alusiones que hacen referencia a: *Salmo 22, 2.7.13-19*; *Isaías 50, 6; 53; 63, 3.*

Oíd de nuevo a David: "Estoy rodeado de muchos becerros, asaltado de muchos toros. Contra mí han abierto sus fauces para despedazarme como leones que desmiembran y rugen. Me he derramado como el agua".

E Isaías completa: "Yo mismo he teñido mis vestiduras". ¡Oh, mis vestiduras Yo mismo las tiño, no con mi furor, sino con mi dolor y el amor mío por vosotros. Como las dos piedras planas de la prensa, el dolor y el amor me estrujan y me exprimen la Sangre. No soy distinto del racimo prensado, que entró hermoso en el trujal y después era papilla exprimida sin jugo ni hermosura.

Y mi corazón, hablo con David, "se hace como de cera y se oprime dentro de mi pecho". ¡Oh, Corazón perfecto del Hijo del hombre!, ¿en qué te conviertes ahora? Semejante al que una vida de crápula deshace y enerva. Todo mi vigor se seca. La lengua se me queda pegada al paladar por fiebre y agonía. Y la muerte va avanzando con su ceniza asfixiante y cegadora.

¡Y todavía sin piedad! "Una manada, una jauría de perros me asedia y me muerde. En las heridas caen los mordiscos, en los mordiscos los palos. Ni un jirón de mi carne queda sin dolor. Los huesos chirrían dislocados con el infame estiramiento. No sé dónde apoyar mi cuerpo. La terrible corona es círculo de fuego que penetra en la cabeza. Estoy colgado de los pies y las manos traspasados. Elevado presento mi cuerpo al mundo y todos pueden contar mis huesos"...».

[6]«¡Calla! ¡Calla!» dice Juan entre accesos de llanto. 597.6

«¡No hables más! ¡Nos haces agonizar!» suplican los primos.

Andrés no habla, pero ha metido la cabeza entre las rodillas y llora en silencio. Simón está lívido. Pedro y Santiago de Zebedeo parecen sometidos a tortura. Felipe, Tomás, Bartolomé asemejan a tres estatuas de piedra con expresión de angustia.

Judas Iscariote es una máscara macabra, demoniaca. Parece un réprobo que al fin haya comprendido lo que ha hecho: tiene la boca abierta para un aullido que le grita dentro y que queda estrangulado en la garganta; ojos de loco, dilatados y aterrados; mejillas térreas, bajo el velo moreno de la barba afeitada; cabellos alborotados, porque de vez en cuando se los desordena con la mano; está sudado y frío: parece próximo a desmayarse.

Mateo, alzando la mirada abatida en busca de una ayuda para su tormento, le ve y dice: «¡Judas! ¿Te sientes mal?... ¡Maestro, Judas está sufriendo!».

«Yo también» dice Cristo. «Pero Yo sufro con paz. Haceos espíritu para poder soportar la hora. Uno que sea "carne" no la puede vivir sin enloquecer...

597.7 [7]Sigue hablando David, que ve las torturas de su Cristo: "Todavía no están contentos y me miran y se burlan, y se reparten mis despojos echando a suertes mi túnica. Yo soy el Malhechor. Están en su derecho".

¡Oh, Tierra, mira a tu Cristo! Sabe reconocerle, aunque esté tan deshecho. Escucha, recuerda las palabras de Isaías y comprende el porqué, el *gran porqué*, de que Él quedara así, de que el hombre pudiera dar muerte, reduciéndole a aquellas condiciones, al Verbo del Padre. "Él no tiene hermosura ni esplendor. Le hemos visto, no era hermoso su aspecto. Y no le hemos amado. Despreciado como el último de los hombres, Él, el varón de los dolores acostumbrado a padecer, mantenía tapado su rostro. Vejado, no le hicimos ningún caso". Su belleza de Redentor era esa máscara de tortura. ¡Mas tú, necia Tierra, preferías su rostro sereno!

"Verdaderamente ha cargado sobre sí nuestros males, ha llevado nuestros dolores. Y le hemos mirado como a un leproso, como a uno al que Dios hubiera maldecido, como a persona despreciada. Cuando, en realidad, ha sufrido las llagas por nuestros delitos. Sobre Él ha recaído el castigo a nosotros destinado, el castigo que nos devuelve la paz con Dios. Por sus moraduras somos sanados. Éramos como ovejas errantes. Todos se habían apartado del camino recto y el Señor puso sobre Él las iniquidades de todos".

597.8 [8]Aquel, aquellos que piensen haberse aportado algo a sí mismos y haberlo aportado a Israel desengáñense. Y lo mismo aquellos que piensen que han sido más fuertes que Dios. Y también los que piensen que no tienen que imputarse culpa por este pecado por el simple hecho de que me dejo matar sin resistencia. Yo llevo a cabo mi tarea santa, la perfecta obediencia al Padre. Pero ello no elimina su obediencia a Satanás ni su nefanda tarea.

Sí. Tu Redentor fue sacrificado, oh Tierra, porque Él lo quiso. "No abrió la boca para expresar una palabra de súplica y así ser indultado, ni una palabra de maldición para sus asesinos. Como una oveja se dejó llevar al matadero para que le dieran muerte, como cordero mudo conducido a la presencia del que le esquila".

"Después de la captura y la condena fue alzado. No tendrá descendencia. Como un árbol ha sido talado y apartado de la tierra de los vivos. Dios ha descargado sobre Él su mano por el pecado de su pueblo. ¿Ninguno de su descendencia de la Tierra participará de su dolor? ¿No tendrá hijos el que fue segregado de la Tierra?".

597.9 [9]Te voy a responder, profeta de tu Cristo. Si es cierto que mi pueblo no sentirá compasión del Matado sin culpa, los ángeles del pueblo celeste sí la sentirán. Si su virilidad no tendrá humanamente hijos,

porque su Naturaleza no podía hallar desposorio con carne mortal, sí que tendrá hijos, claro que tendrá hijos, según una generación que recibirá la vida no de la carne y de la sangre, sino del amor y la Sangre divinos, una generación del espíritu, por lo que su prole será eterna.

Y te explico más, oh mundo que no comprendes al profeta. Te explico quiénes son los impíos entregados a su sepultura; quién, el rico entregado a su muerte. ¡Observa, oh mundo, si tan siquiera uno de los que le dieron muerte gozó de paz y larga vida! Él, el Viviente, pronto dejará la muerte. Mas, como hojas que el viento de otoño, una a una, deposita en el pliegue del surco tras haberlas arrancado con repetidas ráfagas, ellos, uno a uno, serán pronto depositados en la innoble sepultura que para Él había sido decretada; y uno que para el oro vivió podría —si fuera lícito poner al inmundo donde estuvo el Santo— ser depositado donde aún quedará la humedad de las innumerables heridas de la Víctima inmolada en el monte. Acusado sin culpas, Dios toma venganza de Él, porque nunca hubo engaño en su boca ni iniquidad en su corazón.

[10]Consumido de padecimientos. Pero, ya consumido, ya truncada su vida como sacrificio de expiación, comenzará su gloria ante los que vendrán. Todos los deseos y las santas disposiciones de Dios en orden a Él tendrán cumplimiento. Por las angustias de su alma, verá la gloria del verdadero pueblo de Dios, y se gozará en ello. Su celeste doctrina, que Él sellará con su Sangre, será la justificación de muchos de entre los mejores. Y tomará la iniquidad de los pecadores. Por eso tendrá una gran multitud, oh Tierra, este Rey desconocido que los pérfidos escarnecieron y que no fue por los mejores comprendido. Y con los suyos se repartirá los despojos de los vencidos, los despojos de los fuertes, Él, único Juez de los tres reinos y del Reino. 597.10

Todo lo ha merecido porque todo lo dio. Todo le será entregado porque entregó su vida a la muerte y fue contado entre los malhechores, Él que no conocía pecado; sin otro pecado que no fuera el de un perfecto amor, una infinita bondad: dos culpas que el mundo no perdona, un amor y una bondad que le movieron a tomar sobre sí los pecados de muchos, de todo el mundo, y a orar por los pecadores. Por *todos* los pecadores, incluso por aquellos que le entregaron a la muerte.

[11]He terminado. No tengo más que decir. Todo lo que quería decir en orden a las profecías mesiánicas está dicho. Desde el nacimiento hasta la muerte, todas os las he ilustrado, y lo he hecho para que me conocierais y no tuvierais dudas; ni justificaciones de vuestro pecado. 597.11

[12]Ahora vamos a orar juntos. Es la última noche que podemos orar así, todos unidos como granos de uva al racimo que los sostiene. Venid. Oremos. 597.12

"Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu Nombre. Venga tu Reino. Hágase tu Voluntad en la Tierra como se hace en el Cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día. Perdónanos nuestras deudas como nosotros las perdonamos a nuestros deudores. No nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal. Así sea".

"Santificado sea tu Nombre". Padre, Yo lo he santificado. Piedad de tu Semilla.

"Venga tu Reino". Para fundarlo muero. Piedad de mí.

"Hágase tu Voluntad". Socorre mi debilidad. Tú que has creado la carne del hombre y con ella has revestido a tu Verbo para que Yo en esta Tierra te obedezca como siempre te he obedecido en el Cielo. Piedad del Hijo del hombre.

"Danos el Pan"... Para el alma un pan. Un pan que no es de esta Tierra. No lo pido para mí. No necesito más que tu consuelo espiritual. Por ellos Yo, Mendigo, te tiendo la mano. Dentro de poco será traspasada y clavada y ya no podrá hacer gesto de amor. Pero ahora puede todavía. Padre, concédeme darles el Pan que diariamente fortalezca la debilidad de los pobres hijos de Adán. Son débiles, oh Padre, inferiores son porque no tienen ese Pan que es fuerza, el angélico Pan que espiritualiza al hombre y le conduce a divinizarse en Nosotros.

"Perdónanos nuestras deudas"...».

Jesús, que ha hablado en pie y ha orado con los brazos abiertos, ahora se arrodilla y alza los brazos y la cara hacia el Cielo. Una cara surcada por un llanto quedo, palidecida por la fuerza de la súplica y el beso de la Luna.

«¡Perdona a tu Hijo, oh Padre, si en algo te faltó! Ante tu Perfección puedo aun aparecer imperfecto, Yo, tu Cristo que la carne grava. Ante los hombres... no. Mi consciente intelecto me asegura que he hecho todo por ellos. Pero Tú perdona a tu Jesús... Yo también * perdono. Para que Tú me perdones, Yo perdono. ¡Cuánto debo perdonar! ¡Cuánto!... Y, sin embargo, perdono. A estos presentes, a los discípulos ausentes, a los sordos de corazón, a los enemigos, a los burladores, a los traidores, a los asesinos, a los deicidas... Ve que he perdonado a toda la Humanidad. En cuanto a mí, Padre, considera anulada toda deuda del hombre al Hombre. Para darles a todos tu Reino Yo muero, y no quiero que sea imputado como condena el pecado contra el Amor encarnado. ¿No? ¿Dices "no"? Es mi dolor. Este "no" me infunde en el corazón el primer sorbo del cáliz atroz. Pero, Padre a

* Ndt: Que Jesús no conoció pecado alguno está claro unos renglones más abajo y en toda la obra de MV. "Padre a quien siempre he obedecido". Las expresiones que en este texto pudieran causar perplejidad dicen relación —según mi opinión— a la naturaleza humana de Cristo y al hecho de que Jesús cargó con nuestros pecados.

quien siempre he obedecido, Yo te digo: "Hágase como Tú quieres".

"No nos dejes caer en la tentación". ¡Oh, si Tú quieres, nos puedes alejar el demonio! Es él la tentación que azuza la carne, la mente, el corazón. Es él el Seductor. ¡Aléjale, Padre! ¡Tu arcángel en nuestra ayuda! ¡Para poner en fuga a aquel que desde el nacimiento hasta la muerte nos acosa!... ¡Oh, Padre santo, piedad de tus hijos!

"¡Líbranos, líbranos del mal!". Tú puedes hacerlo. Nosotros aquí lloramos... Tan hermoso es el Cielo, y tememos perderlo. Tú dices: "Mi Santo no puede perderlo". Pero Yo quiero que veas en mí al Hombre, al Primogénito de los hombres. Soy su hermano. Oro por ellos y con ellos. ¡Padre, piedad! ¡Oh, piedad!...».

[13]Jesús se postra. Luego se levanta: «Vamos. Despidámonos esta 597.13
noche. Mañana por la noche no encontraremos ya la manera de hacerlo. Estaremos demasiado turbados. Y el amor no está donde hay turbación. Démonos el beso de paz. Mañana... mañana cada uno será de sí mismo... Esta noche todavía podemos ser uno para todos y todos para uno».

Y los besa, uno por uno, empezando por Pedro; luego a Mateo, Simón, Tomás, Felipe, Bartolomé, Judas Iscariote, los dos primos, Santiago de Zebedeo, Andrés y, por último, a Juan, en el que luego se apoya mientras salen del Getsemaní.

598. *Jueves Santo*. Preparativos de la Cena pascual. La manifestación del Padre y el homenaje de los Gentiles.

3 de abril de 1947.

[1]Una nueva mañana. ¡Tan serena! ¡Tan festiva! Ni las escasas nu- 598.1
bes que ayer erraban lentamente por el cobalto del cielo se ven hoy. Tampoco se siente ese bochorno pesado que ayer era tan gravoso. Una leve brisa sopla en las caras, una brisa que huele a flores, a heno, a aire limpio, y que mece lentamente las hojas de los olivos: parece desear que se admire el color argénteo de las hojitas lanceoladas, y sembrar flores, pequeñas, cándidas, olorosas para los pasos de Cristo y sobre su rubia cabeza, y besarle, darle frescor —porque cada uno de los pequeños cálices tiene una gotita de rocío—, besarle, darle frescor y morir luego, antes de ver el horror que amenazador pende. Y se inclinan las plantas de las laderas meneando las campanillas, las corolas, las paletas de mil flores. Estrellas de corazón de oro, las grandes margaritas silvestres se yerguen altas en su tallo como para besarle la mano que será traspasada, y las mayas y las matricarias le besan los pies generosos que detendrán su paso por el bien de los hombres

sólo cuando sean clavados para dar un bien aún mayor, y los escaramujos perfuman y el espino albar ya sin flores agita las hojas denticuladas. Parece decir "no, no" a quienes lo usarán para dar tormento al Redentor. Y "no" dicen las cañas del Cedrón; tampoco quieren ellas herir, su voluntad de pequeñas cosas no quiere dañar al Señor. Y quizá también las piedras de las laderas se felicitan por estar fuera de la ciudad, en el olivar, porque así no herirán, no, al Mártir. Y lloran las gráciles correhuelas rosadas que Jesús quería tanto y los corimbos de las acacias cándidas como racimos de mariposas apiñadas en torno a un tallito, quizás pensando: "No volveremos a verle". Y las miosotas, tan gráciles y puras, dejan caer su corola al toque de la túnica purpúrea que Jesús viste de nuevo. Debe ser hermoso morir cuando es por el impacto de algo de Jesús. Todas las flores —incluso un aislado muguete, quizás caído allí fortuitamente y que ha arraigado entre las raíces salientes de un olivo— están contentas de ser cortadas y cogidas por Tomás y ofrecidas al Señor... Como también se sienten felices de saludarle con cantos de alegría los mil pájaros que hay entre las ramas. ¡No, no blasfeman contra Él los pájaros que ha amado siempre! Hasta incluso un grupito de ovejas parece querer saludarle, aunque ahora lloren por haberles sido arrebatados los hijos, vendidos para el sacrificio pascual. Y, balando —un lamento de madres, al aire, llamando a sus hijos que jamás volverán—, vienen a rozar a Jesús con su cuerpo, y le miran con su mansa mirada.

598.2 [2]Al ver a las ovejas, los apóstoles se acuerdan del rito, y preguntan a Jesús, ya casi en el Getsemaní: «¿A dónde iremos a celebrar la cena pascual? ¿Qué lugar eliges? Dilo, e iremos a prepararlo todo» dicen.

Y Judas de Keriot: «Dame indicaciones e iré».

«Pedro, Juan, oídme».

Los dos, que estaban un poco adelantados, se acercan a Jesús, que los ha llamado.

«Precededdnos y entrad en la ciudad por la Puerta del Estiércol. Al entrar, encontraréis a un hombre que vuelve de En Rogel con una tinaja de aquella agua buena. Seguidle hasta que entre en una casa. Diréis al que está en ella: "El Maestro dice: '¿Dónde está la habitación donde pueda celebrar la cena pascual con mis discípulos?'". Él os mostrará un cenáculo grande ya dispuesto. Preparadlo todo allí. Id ligeros y luego venid al Templo. Ya estaremos nosotros en él».

Los dos se marchan a toda prisa.

Jesús, sin embargo, camina lentamente. En realidad está todavía fresca la mañana, y por los caminos que introducen en la ciudad empiezan ahora a aparecer los primeros peregrinos. Cruzan el Cedrón por el puentecillo que hay antes del Getsemaní. Entran en la ciudad.

Las puertas, quizás por una contraorden de Pilatos, tranquilizado por la ausencia de disputas con centro en Jesús, no están ya vigiladas por los legionarios. Efectivamente, reina en todas partes la máxima calma.

[3]¡Desde luego, no se puede decir que no hayan sabido contenerse 598.3
los judíos! Ninguno ha molestado al Maestro ni a los discípulos. Gestos de obsequio bien educados, si no incluso afectuosos, le han saludado siempre (aunque los que los otorgaban eran los más aviesos del Sanedrín). Un aguante inasequible ha acompañado también a la reconvención de ayer.

Y precisamente ahora —la casa de campo de Caifás está muy cerca de aquella puerta—, justamente ahora, pasa, viniendo de la casa, un nutrido grupo de fariseos y escribas, entre los cuales el hijo de Anás, y Elquías con Doras y Sadoq, quienes, en medio de un ondear de túnicas y franjas y amplísimos gorros, plegando sus espaldas vestidas de amplios mantos, saludan reverentes. Jesús saluda y pasa, regio con su túnica de lana roja y su manto de color más obscuro, llevando aquel gorro de Síntica en la mano, y haciendo el Sol de sus cabellos rojo-cobre una corona de oro y un velo refulgente hasta los húmeros. Las espaldas se alzan después de su paso y aparecen las caras: de hienas hidrófobas.

Judas de Keriot, que iba mirando siempre en torno a sí con su cara de traidor, con la disculpa de abrocharse una sandalia, se pone en el margen del camino y —lo veo bien— les hace una seña de que le esperen... Deja que el grupo de Jesús y los discípulos vaya adelante, mientras sigue manipulando la hebilla de su sandalia para fingir, y luego, rápido, pasa cerca de aquéllos y susurra: «En la Hermosa, a eso de la hora sexta. Uno de vosotros», y se echa a correr velozmente y da alcance a sus compañeros. ¡Espontáneo, desvergonzadamente espontáneo!...

[4]Suben al Templo. Pocos hebreos todavía. Pero muchos gentiles. 598.4
Jesús va a adorar al Señor. Luego regresa e indica a Simón y Bartolomé que pidan dinero a Judas de Keriot y compren el cordero.

Y Judas dice: «¡Podría hacerlo yo!».

«Vas a estar ocupado en otras cosas. Lo sabes. Está la viuda a la que hay que llevar el donativo de María de Lázaro, y decirle que después de las fiestas vaya a Betania, a casa de Lázaro. ¿Sabes dónde está? ¿Has comprendido bien?».

«¡Ya sé, ya sé! Me indicó el lugar Zacarías, que la conoce bien». Y añade: «Estoy muy contento de ir, más que de comprar el cordero. ¿Cuándo voy?».

«Más tarde. No estaré mucho tiempo aquí. Hoy voy a descansar,

porque quiero estar fuerte para esta noche y para mi oración nocturna».

«De acuerdo».

Y yo me pregunto: Jesús, que en los días pasados había mantenido ocultos sus propósitos para no dar detalles a Judas, ¿por qué ahora dice y repite lo que hará por la noche? ¿Es que la Pasión ha empezado ya con la ceguera de previdencia; o es que esta previdencia ha * aumentado tanto, que Jesús lee en los libros de los Cielos que ésa es "la noche" y que, por tanto, hay que darlo a conocer a quien espera a saberlo para entregarle a los enemigos; o es que siempre ha sabido que en esa noche debe comenzar su inmolación? No sé darme la respuesta. Jesús tampoco me responde. Y me quedo en mis porqués, mientras observo a Jesús que cura a los últimos enfermos. Los últimos... Mañana, dentro de pocas horas, ya no podrá... la Tierra quedará privada del poderoso Curador de cuerpos. Pero la Víctima, en su patíbulo, empezará la serie, ininterrumpida desde hace veinte siglos, de sus curaciones de espíritus.

598.5 [5]Hoy, más que describir, contemplo. Mi Señor hace proyectar mi vista espiritual desde lo que veo que sucede en el último día de libertad de Cristo hasta lo que sucede en los siglos... Hoy contemplo los sentimientos, los pensamientos, del Maestro, más que lo que sucede en torno a Él. Ya estoy en la angustiosa comprensión de su tortura del Getsemaní...

598.6 [5]Jesús, como de costumbre, se ve sobrepujado por la muchedumbre, que ya ha aumentado y que ahora está formada en su mayor parte por hebreos que... se olvidan de acudir presurosos al lugar del sacrificio de los corderos, para acercarse a Jesús, Cordero de Dios que está para ser inmolado. Y siguen preguntando, y siguen queriendo explicaciones.

Muchos son hebreos venidos de la Diáspora, los cuales, habiendo tenido noticias de la fama del Cristo, del Profeta galileo, del Rabí de Nazaret, sienten la curiosidad de oírle hablar y la ansiedad de disolver cualquier posible duda. Y se abren paso, suplicando a los de Palestina: «Vosotros siempre le tenéis. Sabéis quién es. Tenéis su palabra cuando queréis. Nosotros hemos venido de lejos y regresaremos a nuestras tierras nada más cumplir el precepto. ¡Dejad que nos acerquemos a Él!». La muchedumbre con dificultad se abre, para ceder el sitio a éstos, que se acercan a Jesús y le observan con curiosidad. Comentan entre sí, grupo por grupo.

---

* Ndt: en el texto italiano "preveggenza". Lo he comprendido en el sentido de "pre-veggenza" y "veggenza" derivado de "veggente" en el sentido de "aquel que tiene el uso de la vista". Por tanto, es una visión anticipada, es una "pre-videncia".

Jesús los observa, escuchando simultáneamente a un grupo que ha venido de Perea. Luego despide a estos últimos, que le han ofrecido dinero para sus pobres, como otros muchos hacen, y que Él, como siempre, ha pasado a Judas. Empieza a hablar:

[7]«Muchos de los presentes —que sois una sola cosa en la religión 598.7
aunque de procedencia distinta— os preguntáis: "¿Quién es éste al
* que llaman el Nazareno?", y vuestra esperanza y duda chocan. Escuchad.

Está escrito de mí: "Un retoño brotará de la raíz de Jesé, una flor saldrá de esta raíz, y sobre Él descansará el Espíritu del Señor. No juzgará según lo que se presenta ante los ojos, no condenará por lo que se oye con los oídos; antes bien, juzgará con justicia a los pobres, se hará defensor de los humildes. El retoño de la raíz de Jesé, puesto como señal en medio de las naciones, será invocado por los pueblos y su sepulcro será glorioso. Él, alzada una bandera para las naciones, reunirá a los expatriados de Israel, a los dispersos de Judá; los recogerá de los cuatro puntos de la Tierra".

Está escrito de mí: "He aquí que viene el Señor, con señorío; su brazo triunfará. Trae consigo su retribución, ante sus ojos tiene su obra. Como un pastor, apacentará a su rebaño".

Está escrito de mí: "Éste es mi Siervo, Yo estaré con Él. En Él se complace mi alma. En Él he derramado mi espíritu. Llevará la justicia a las naciones. No gritará, no romperá la caña quebrada, no apagará la mecha humeante, hará justicia según la verdad. Sin desfallecer ni avasallar, hará que se establezca la justicia sobre la Tierra, y las islas esperarán su ley".

Está escrito de mí: "Yo, el Señor, en la justicia te he llamado, te he tomado de la mano, te he preservado, te he constituido alianza del pueblo y luz de las naciones para abrir los ojos a los ciegos y sacar de la cárcel a los prisioneros, y de la mazmorra subterránea a los que yacen en las tinieblas".

Está escrito de mí: "El Espíritu del Señor está sobre mí porque el Señor me ha ungido para anunciar la Buena Nueva a los mansos, para curar a los que tienen el corazón quebrantado, para predicar la libertad a los esclavos, la liberación a los prisioneros, para predicar el año de gracia del Señor".

---

* *Escuchad.* Es el comienzo de otra serie de citas, textuales o parafraseadas, referidas (en la sucesión bíblica) a: *Salmo 78, 23-25*; *Isaías 9, 5; 11, 1-4.10-12; 40, 10-11; 42, 1-7; 50, 6; 53, 2-12; 55, 1-3; 61, 1-2; 63, 1*; *Ezequiel 34, 11.16; 47, 1-12*; *Daniel 9, 24-27*; *Oseas 14, 2*; *Miqueas 5, 3-4*; *Zacarías 9, 9-10*. El último de los profetas, a que se alude en 598.9, es Juan el Bautista. Las profecías a que se alude en 598.17 son las de: *Isaías 7, 14*; *Miqueas 5, 1*.

Está escrito de mí: "Él es el Fuerte. Apacentará el rebaño con la fortaleza del Señor, con la majestad del nombre del Señor Dios suyo. A Él se convertirán, porque ya desde ahora será glorificado hasta los últimos confines del mundo".

Está escrito de mí "Yo mismo iré a buscar a mis ovejas. Iré a la búsqueda de las extraviadas, restituiré al redil a las expulsadas de él, fajaré a las que tengan fracturas, reconfortaré a las débiles, vigilaré a las gruesas y robustas, a todas las apacentaré con justicia".

Está escrito: "Él es el Príncipe de paz y será la paz".

Está escrito: "Mira que viene tu Rey, el Justo, el Salvador. Es pobre, cabalga sobre un jumento. Anunciará paz a las naciones. Su dominio será de mar a mar, hasta los extremos de la Tierra".

Está escrito: "Setenta semanas han sido fijadas para tu pueblo, para tu ciudad santa, para que sea eliminada la prevaricación, tenga fin el pecado, quede borrada la iniquidad, venga la eterna justicia, se cumplan visión y profecía y sea Ungido el Santo de los santos. Después de siete más setenta y dos vendrá el Cristo. Después de sesenta y dos será entregado a la muerte. Después de una semana confirmará el testamento, pero a mitad de la semana vendrán a faltar las víctimas y los sacrificios y se dará en el Templo la abominación de la desolación y durará hasta el final de los siglos".

598.8 [8]¿Faltarán, pues, las víctimas en estos días? ¿No tendrá víctima el altar? Tendrá la gran Víctima. Y la ve el profeta: "¿Quién es este que viene con sus vestiduras teñidas de rojo? Está hermoso con sus vestiduras, camina envuelto en la grandeza de su fuerza".

¿Y cómo se ha teñido de púrpura las vestiduras Aquel que es pobre? Ved que lo dice el profeta: "He abandonado mi cuerpo a los que me golpean, mis mejillas a quienes me arrancan la barba; no he separado el rostro del que me ultraja. Mi hermosura y esplendor se han perdido y los hombres han dejado de amarme. ¡Me han despreciado los hombres, me han considerado el último! Varón de dolores, será velado mi rostro y vejado y me mirarán como a un leproso, cuando en realidad por todos estaré llagado y moriré".

Ahí está la Víctima. ¡No temas, Israel! ¡No temas! ¡No falta el Cordero pascual! ¡No temas, Tierra! No temas. Ahí está el Salvador. Como oveja será conducido al matadero, porque lo ha querido y no ha abierto su boca para maldecir a los que le matan. Después de la condena, será levantado y consumido en los padecimientos; sus miembros descoyuntados, los huesos al descubierto, pies y manos traspasados. Pero después de la aflicción con que justificará a muchos, poseerá las multitudes, porque, después de haber entregado su vida a la muerte para salud del mundo, resucitará y gobernará la

Tierra, nutrirá a los pueblos con las aguas vistas por Ezequiel, aguas que salen del verdadero Templo, el cual, aun habiendo sido abatido, resurge por virtud propia. Y nutrirá con el vino con que ha teñido de púrpura su cándida túnica de Cordero sin mancha, y con el Pan bajado del Cielo.

[9]¡Sedientos, venid a las aguas! ¡Hambrientos, nutríos! ¡Exhaustos, bebed mi vino; y vosotros, enfermos! ¡Venid, vosotros que no tenéis dinero, vosotros que no tenéis salud, venid! ¡Y vosotros, los que estáis muertos, venid! Yo soy Riqueza y Salud, soy Luz y Vida. ¡Venid, vosotros que buscáis el camino! ¡Venid, vosotros que buscáis la verdad! ¡Yo soy Camino y Verdad! No temáis no poder consumir el Cordero porque falten las víctimas verdaderamente santas en este Templo profanado. Todos tendréis posibilidad de comer del Cordero de Dios venido a quitar los pecados del mundo, como dijo de mí el último de los profetas de mi pueblo. Del pueblo al que pregunto: Pueblo mío, ¿qué te he hecho?, ¿en qué te he contristado?, ¿qué más podía darte de lo que te he dado? He instruido tus mentes, he curado a tus enfermos, favorecido a tus pobres, he dado de comer a tus turbas, te he amado en tus hijos, he perdonado, he orado por ti. Te he amado hasta el Sacrificio. ¿Y tú qué preparas a tu Señor? Una hora, la última, se te ofrece, ¡oh pueblo mío, oh ciudad santa y regia! ¡Conviértete, en esta hora, al Señor tu Dios!». 598.9

[10]«¡Ha dicho las palabras verdaderas!». 598.10

«¡Así está escrito! ¡Y Él verdaderamente hace lo que está escrito!».

«¡Como un pastor ha cuidado de todos!».

«Como siendo nosotros esas ovejas desperdigadas, enfermas, que están entre las brumas, ha venido a llevarnos al camino recto, a curarnos el alma y el cuerpo, a iluminarnos».

«Verdaderamente, todos los pueblos acuden a Él. ¡Observad qué maravillados están esos gentiles!».

«Ha predicado paz».

«Ha dado amor».

«No comprendo lo que dice del sacrificio. Habla como uno que tuviera que morir, como si le fueran a matar».

«Así es, si es el Hombre visto por los profetas, el Salvador».

«Y habla como si todo el pueblo fuera a maltratarle. Eso no sucederá jamás. El pueblo, o sea, nosotros, le amamos».

«Es nuestro amigo. Le defenderémos».

«Es Galileo. Los galileos daremos la vida por Él».

«Es de David, y nosotros, los de Judea, si alzamos la mano es para defenderle».

«¿Y nosotros podremos olvidarle? Siendo de Auranítida, de Pe-

rea, de la Decápolis, nos amó como a vosotros. No. Todos, todos le defenderemos».

Éstas son las manifestaciones que se oyen entre esta multitud ya muy numerosa: ¡labilidad de las intenciones humanas! Juzgo por la posición del Sol que serán hacia las nueve de la mañana de nuestra hora. Veinticuatro horas más tarde, esta gente llevará ya muchas horas en torno al Mártir para torturarle con el odio y los golpes, y gritará pidiendo su muerte. Pocos, muy pocos, demasiado pocos, entre los millares de personas que se agolpan procedentes de todas las partes de Palestina y de fuera, y que han recibido de Cristo luz, salud, sabiduría, perdón, serán los amigos. Y éstos no sólo no tratarán de arrancarle de las manos de los enemigos, por impedirlo su escasez numérica respecto a la multitud de los ofensores, sino que no sabrán consolarle tampoco siguiéndole con cara amiga como prueba de amor. Las alabanzas, las manifestaciones de consenso, los comentarios maravillados se esparcen por el vasto patio como olas que desde alta mar vayan lejos a morir en la playa.

598.11 [11]Escribas, judíos, fariseos, tratan de neutralizar el entusiasmo del pueblo, y también la agitación de la gente contra los enemigos de Cristo, diciendo: «Dice incongruencias. Está muy cansado y por ello delira. Ve persecuciones donde hay honores. En sus palabras fluyen los ríos de su habitual sabiduría, pero mezclados con frases de delirio. Nadie quiere causarle ningún mal. Comprendemos. Hemos comprendido quién es...».

Pero la gente desconfía de tanta conversión de ánimos, y alguno se rebela diciendo: «Pues Él me curó a un hijo demente. Conozco la locura. ¡Un demente no habla así!».

Y otro: «¡Déjales que hablen! Son víboras que temen que el bastón del pueblo les rompa los lomos. Cantan la dulce canción del ruiseñor para engañarnos, pero, si escuchas bien, su voz contiene silbido de serpiente».

Y un tercero: «¡Escoltas del pueblo de Cristo, alerta! Cuando el enemigo acaricia, tiene el puñal escondido en la manga y alarga su mano para agredir. ¡Ojos abiertos y corazón preparado! Los chacales no pueden transformarse en dóciles corderos».

«Bien dices: el búho halaga y hechiza a los pajaritos ingenuos con la inmovilidad de su cuerpo y la falsa alegría de su saludo. Ríe e invita con su grito, pero está preparado para devorar».

Y otros grupos otras cosas.

598.12 [12]Pero también hay gentiles. Esos gentiles que han escuchado en estos días de fiesta al Maestro, con constancia y en número cada vez mayor. Siempre a los márgenes de la multitud —porque el exclusi-

vismo hebreo-palestino es fuerte y los rechaza, queriendo los primeros puestos en torno al Rabí—, ahora desean acercarse a Él y hablar con Él.

Un nutrido grupo de ellos reparan en Felipe, al que la multitud ha empujado a un rincón. Se acercan a él y le dicen: «Señor, deseamos ver de cerca a Jesús, tu Maestro, y hablar con Él al menos una vez».

Felipe se alza sobre la punta de los pies, para ver si ve a algún apóstol que esté más cerca del Señor. Ve a Andrés, le llama y le grita estas palabras: «Aquí hay unos gentiles que quisieran saludar al Maestro. Pregúntale si puede atenderlos».

Andrés, separado de Jesús unos metros, comprimido entre la multitud, se abre paso sin miramientos, usando abundantemente los codos y gritando: «¡Dejad paso! Digo que dejéis paso. Tengo que ir donde el Maestro». Llega donde Él y le transmite el deseo de los gentiles.

«Llévalos a aquel ángulo. Voy donde ellos».

Y mientras Jesús trata de pasar entre la gente, Juan, que ha vuelto con Pedro, Pedro mismo, Judas Tadeo, Santiago de Zebedeo y Tomás, que para ayudar a sus compañeros deja el grupo de sus familiares —los había encontrado entre la multitud—, luchan para abrirle camino. [13]Ya está Jesús donde los gentiles, que le reciben con 598.13
muestras de obsequio.

«La paz a vosotros. ¿Qué queréis de mí?».

«Verte. Hablar contigo. Lo que has dicho nos ha conturbado. Hemos deseado siempre hablar contigo para decirte que tu palabra nos impresiona. Esperábamos el momento propicio para hacerlo. Hoy... hablas de muerte... Tememos no poder hablar contigo, si no aprovechamos este momento. ¿Pero es posible que los hebreos sean capaces de matar a su mejor hijo? Nosotros somos gentiles, y no hemos recibido beneficio de tu mano. Tu palabra nos era desconocida. Habíamos oído hablar de ti vagamente. Pero nunca te habíamos visto ni nos habíamos acercado a ti. Y, a pesar de todo, ya ves: te tributamos homenaje; todo el mundo con nosotros te honra».

«Sí, ha llegado la hora en que el Hijo del hombre debe ser glorificado, por los hombres y por los espíritus».

Ahora la gente, de nuevo, está en torno a Jesús. Con la diferencia de que en primera fila están los gentiles y detrás los demás.

«Pero entonces, si es la hora de tu glorificación, no morirás como dices, o como hemos entendido. Porque morir de esa manera no significa ser glorificado. ¿Cómo podrás reunir al mundo bajo tu cetro, si mueres antes de haberlo hecho? Si tu brazo se inmoviliza en la muerte, ¿cómo podrá triunfar y reunir a los pueblos?».

«Muriendo doy vida. Muriendo edifico. Muriendo creo el Pueblo

nuevo. La victoria se consigue en el sacrificio. En verdad os digo que si el grano de trigo que cae a la tierra no muere, queda sin fruto; mas si muere, produce mucho fruto. El que ama su vida la perderá. El que aborrece su vida en este mundo la salvará para la vida eterna. Y Yo tengo el deber de morir, para dar esta vida eterna a todos los que me siguen para servir a la Verdad. El que me quiera servir que venga: no está limitado el sitio en mi reino a este o aquel pueblo. El que me quiera servir, quienquiera que sea, que venga y me siga, y donde Yo esté también estará mi servidor. Y al que me sirva le honrará el Padre mío, único, verdadero Dios, Señor del Cielo y de la Tierra, Creador de todo lo que existe, Pensamiento, Palabra, Amor, Vida, Camino, Verdad; Padre, Hijo, Espíritu Santo, Uno siendo Trino,
598.14 Trino siendo Único, Solo, Verdadero Dios. [14]Pero ahora mi alma está turbada. Y ¿qué diré? ¿Acaso: "Padre, líbrame de esta hora"? No. Porque he venido para esto: para llegar a esta hora. Entonces diré: "¡Padre, glorifica tu Nombre!"».

Jesús abre los brazos en cruz, una cruz purpúrea contra el fondo cándido de los mármoles del pórtico; y levanta su rostro, ofreciéndose, orando, subiendo con el alma al Padre.

Y una voz, más fuerte que el trueno, inmaterial en el sentido de que no asemeja a ninguna voz de hombre, pero perceptibilísima para todos los oídos, llena el cielo sereno de este bellísimo día abrileño, vibrando más poderosa que el acorde de un órgano gigante, con una tonalidad bellísima, y proclama: «Le he glorificado y le seguiré glorificando».

La gente ha sentido miedo. Esa voz, tan potente que ha hecho vibrar el suelo y lo que sobre él se halla, esa voz misteriosa, distinta de todas las otras voces, procedente de una fuente desconocida, esa voz que llena todo, de Septentrión a Mediodía, de Oriente a Occidente, aterroriza a los hebreos y asombra a los paganos. Los primeros, si pueden hacerlo, se arrojan al suelo susurrando atemorizados: «¡Vamos a morir ahora! Hemos oído la voz del Cielo. ¡Un ángel le ha hablado!», y se dan golpes de pecho esperando la muerte. Los segundos gritan: «¡Un trueno! ¡Un estruendo! ¡Huyamos! ¡La Tierra ha bramado! ¡Ha temblado!». Pero huir es imposible en medio de ese gentío que aumenta por los que estaban fuera de las murallas del Templo y ahora entran presurosos gritando: «¡Piedad de nosotros! ¡Corramos! Éste es lugar santo. ¡No se abrirá el monte donde se alza el altar de Dios!». Y, por tanto, la gente —quién obstruido por la multitud, quién paralizado por el espanto— permanece donde estaba.

598.15 [15]Los sacerdotes, los escribas, los fariseos, que estaban esparcidos por los vericuetos del Templo, suben a las terrazas, y lo mismo levi-

tas y magistrados del Templo. Agitados, desconcertados. De todos ellos, bajan a donde está la gente sólo Gamaliel y su hijo. Jesús le ve pasar, todo blanco con su túnica de lino, tan blanca que refulge incluso, bajo este fuerte sol que sobre ella incide.

Jesús, mirando a Gamaliel, pero como hablando para todos, alza la voz diciendo: «No por mí, sino por vosotros, ha venido esta voz del Cielo».

Gamaliel se detiene, se vuelve, perfora con las miradas de sus ojos profundos y negrísimos —involuntariamente duros como los de las aves rapaces, por la costumbre de ser *un maestro* venerado como un semidiós—, perfora la mirada zafírea, límpida, dulce y al mismo tiempo majestuosa, de Jesús... que prosigue: «Ahora el mundo es juzgado, ya el Príncipe de las Tinieblas está para ser expulsado, y Yo, cuando sea alzado, atraeré a todos hacia mí, porque así salvará el Hijo del hombre».

[16]«Hemos aprendido en los libros de la Ley que el Cristo vive eternamente. Tú te presentas como el Cristo y dices que debes morir. Dices también que eres el Hijo del hombre y que salvarás siendo elevado. ¿Quién eres, pues?, ¿el Hijo del hombre o el Cristo? ¿Y quién es el Hijo del hombre?» dice la gente, ya más tranquila. 598.16

«Soy una única Persona. Abrid los ojos a la Luz. Todavía un poco la Luz está con vosotros. Caminad hacia la Verdad mientras tengáis la Luz entre vosotros, para que no os sorprendan las tinieblas. Los que caminan en la obscuridad no saben en dónde acabarán. Mientras tenéis entre vosotros la Luz, creed en Ella, para ser hijos de la Luz». Jesús se calla.

La muchedumbre está perpleja y dividida. Una parte se marcha meneando la cabeza. Una parte observa la actitud de los principales dignatarios: fariseos, jefes de los sacerdotes, escribas... (especialmente observan la actitud de Gamaliel), y según estas actitudes orientan sus reacciones. Otros hacen un gesto de aprobación con la cabeza, inclinándose ante Jesús con clara señal de querer decirle: "¡Creemos! Te honramos por lo que eres". Pero no se atreven a ponerse abiertamente de su parte. Tienen miedo de los ojos atentos de los enemigos de Cristo, de los poderosos, que los vigilan desde lo alto de las terrazas que dominan las soberbias galerías que ciñen los patios del Templo.

[17]También Gamaliel —se ha quedado pensativo unos minutos, pareciendo interrogar a los mármoles que pavimentan el suelo, para obtener una respuesta a sus íntimas preguntas— continúa su marcha hacia la salida, no sin antes menear la cabeza y encogerse de hombros, como por desazón o desprecio... y pasa derecho por delante de Jesús sin mirarle. 598.17

Jesús, sin embargo, le mira con compasión... y alza de nuevo la voz, fuertemente —es como un tañido de bronce—, para superar todo ruido y ser oído por el gran escriba que se marcha desilusionado. Parece hablar para todos, pero es evidente que habla sólo para él.

Dice con voz altísima:

«El que cree en mí no cree, en verdad, en mí, sino en Aquel que me ha enviado, y quien me ve a mí ve al que me ha enviado, que justamente es el Dios de Israel, porque no existe ningún otro Dios aparte de Él.

Por esto digo: si no podéis creer en mí en cuanto hijo de José de David, y que es hijo de María, de la estirpe de David, de la Virgen vista por el Profeta, nacido en Belén, como dicen las profecías, precedido por Juan el Bautista, como también está anunciado desde hace siglos, creed al menos en la Voz de vuestro Dios que os ha hablado desde el Cielo. Creed en mí como Hijo de este Dios de Israel. Porque si no creéis en Aquel que os ha hablado desde el Cielo, no me ofendéis a mí, sino a vuestro Dios, de quien soy Hijo.

¡No queráis permanecer en las tinieblas! Yo he venido —Luz para el mundo— para que el que cree en mí no permanezca en las tinieblas. No queráis crearos remordimientos que no podríais aplacar nunca, una vez vuelto Yo al lugar de donde he venido, y que serían un duro castigo por vuestra obstinación. Yo estoy dispuesto a perdonar mientras estoy con vosotros, mientras no se haya cumplido el juicio, y, por mi parte, tengo el deseo de perdonar. Pero distinto es el pensamiento de mi Padre, porque Yo soy la Misericordia y Él es la Justicia.

En verdad os digo que si uno escucha mis palabras y no las observa Yo no le juzgo. No he venido al mundo para juzgar, sino para salvar al mundo. Pero aunque Yo no juzgue, en verdad os digo que hay quien os juzga por vuestras acciones. El Padre mío, que me ha enviado, juzga a los que rechazan su Palabra. Sí, el que me desprecia y no reconoce la Palabra de Dios y no recibe la palabra del Verbo, tiene a quien le juzgue: le juzgará en el último día la propia Palabra que he anunciado.

De Dios nadie se burla, está escrito. Y el Dios objeto de burla será terrible para aquellos que le juzgaron loco y mentiroso.

Recordad todos que las palabras que me habéis oído pronunciar son de Dios. Porque no he hablado de cosas mías, sino que el Padre que me ha enviado, Él mismo, me ha prescrito lo que debo decir y de qué debo hablar. Y Yo obedezco su orden porque sé que su precepto es justo. Toda orden de Dios es vida eterna. Yo, vuestro Maestro, os doy el ejemplo de obediencia a todo precepto de Dios. Por tanto, estad seguros de que las cosas que os he dicho y os digo las he dicho y

las digo como me ha dicho que os las diga el Padre mío. Y el Padre mío es el Dios de Abraham, Isaac, Jacob; el Dios de Moisés, de los patriarcas, de los profetas, el Dios de Israel, el Dios vuestro».

¡Palabras de luz que caen en las tinieblas que ya van espesándose en los corazones!

Gamaliel, que de nuevo se había detenido, cabizbajo, reanuda su marcha... Otros le siguen, meneando la cabeza o haciendo risitas...

[18]También Jesús se marcha... Pero antes dice a Judas de Keriot: 598.18
«Ve a donde tienes que ir», y a los otros: «Todos tenéis libertad para marcharos, a donde cada uno deba o quiera. Que se queden conmigo los discípulos pastores».

«¡Déjame también a mí quedarme, Señor!» dice Esteban.

«Ven...».

Se separan. No sé a dónde va Jesús. Pero sí sé a dónde va Judas de Keriot. Va a la puerta Especiosa o Bella. Sube la serie de escalones que desde el Atrio de los Gentiles lleva al de las mujeres. Cruza éste y sube otros escalones. Da una ojeada al Atrio de los Hebreos y, con ira, golpea con el pie en el suelo al no encontrar a los que está buscando.

Vuelve sobre sus pasos. Ve a uno de los guardianes del Templo. Le llama. Ordena, con su consabida arrogancia: «Ve donde Eleazar ben Anás. Que venga inmediatamente a la Bella. Le espera Judas de Simón para cosas graves».

Se apoya en una columna y espera. Poco tiempo. Eleazar, hijo de Anás, Elquías, Simón, Doras, Cornelio, Sadoq, Nahúm y otros acuden en medio de un intenso ondear de vestiduras.

Judas habla en voz baja, pero nerviosa: «¡Esta noche! Después de la cena. En el Getsemaní. Venid y prendedlo. Dadme el dinero».

«No. Te lo daremos cuando vengas por nosotros esta noche. ¡No nos fiamos de ti! Queremos tenerte con nosotros. ¡Nunca se sabe!», ríe maliciosamente Elquías. Los otros le hacen coro asintiendo.

Judas se pone colorado de enojo, por la insinuación. Jura: «¡Juro por Yehoveh que digo la verdad!».

Sadoq le responde: «De acuerdo. Pero es mejor hacerlo así. A la hora señalada vienes. Tomas contigo a los encargados de la captura y vas con ellos; no vaya a suceder que los estúpidos guardias arresten a Lázaro, al azar, y creen complicaciones. Tú les indicas con una señal quién es el hombre... ¡Entiéndelo! Es de noche..., habrá poca luz... los guardias estarán cansados, tendrán sueño... ¡Pero si tú guías!... Bueno, eso. ¿Qué pensáis vosotros?». El pérfido Sadoq se vuelve a sus compañeros y dice: «Yo propondría como señal un beso. ¡Un beso! ¡La mejor señal para indicar al amigo traicionado. ¡Ja! ¡Ja!».

Todos se ríen: un coro de demonios riéndose maliciosamente.

Judas está furioso. Pero no se echa para atrás en su decisión. Ya no se echa para atrás. Sufre por la burla de que le hacen objeto, no por lo que está para llevar a cabo. Tanto es así que dice: «Pero recordad que quiero las monedas contadas en la bolsa antes de salir de aquí con los guardias».

«¡Las tendrás! ¡Las tendrás! Te daremos incluso la bolsa, para que puedas conservar esas monedas como reliquia de tu amor. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Adiós, sierpe!».

Judas está lívido. *Ya* está lívido. Ya no perderá ese color y esa expresión de espanto desesperado; es más, esto se irá acentuando con el paso de las horas, hasta hacerse insoportable para la vista cuando penda del árbol... Huye...

598.19 [19]Jesús se ha refugiado en el jardín de una casa amiga. Un tranquilo jardín de las primeras casas de Sión, rodeado por altos y antiguos muros. Un jardín cubierto por las frondas ondeantes de viejos árboles; por tanto, silencioso y fresco. Una voz de mujer canta poco lejos una dulce nana.

Deben haber pasado algunas horas, porque los servidores de Lázaro, de regreso después de haber ido no sé a dónde, dicen: «Tus discípulos están ya en la casa donde se está aparejando para la cena. Juan ha llevado con nosotros los frutos a los hijos de Juana de Cusa y luego se ha marchado a recoger a las mujeres para acompañarlas a casa de José de Alfeo, que no ha venido hasta hoy, cuando ya su madre no esperaba verle; y luego, desde allí, a la casa de la cena, porque ya cae la tarde».

«Iremos también nosotros. Han llegado las horas de las cenas...». Jesús se levanta y se pone el manto.

«Maestro, afuera hay gente. Son personas de alta condición. Quisieran hablar contigo sin ser vistos por los fariseos» dice un doméstico.

«Diles que pasen. Ester no se opondrá» dice Jesús, y añade, dirigiéndose a una mujer de edad madura que está viniendo a saludarle: «¿Verdad, mujer?».

«No, Maestro. Mi casa es tuya, ya lo sabes. ¡Demasiado poco has hecho uso de ella!».

«Lo suficiente como para decir en mi corazón: era una casa amiga». Indica al doméstico: «Conduce aquí a los que esperan afuera».

598.20 [20]Entran unas treinta personas de noble aspecto. Saludan reverentes. Uno habla en nombre de todos: «Maestro, tus palabras nos han impresionado. Hemos oído en ti la voz de Dios. Pero nos dicen que estamos locos porque creemos en ti. ¿Qué hacer, entonces?».

«No en mí cree el que cree en mí, sino que cree en Aquel que me ha enviado, cuya voz santísima hoy habéis oído. No me ve a mí el que me ve, sino que ve al que me ha enviado, porque Yo soy una sola cosa con el Padre mío. Por eso os digo que debéis creer para no ofender a Dios, que es Padre mío y Padre *vuestro*, y que os ama hasta el punto de ofreceros a su Unigénito como holocausto. Porque si hay dudas en los corazones de que Yo sea el Cristo, no las hay de que Dios esté en el Cielo. Y la voz de Dios, al que he llamado Padre hoy en el Templo pidiéndole que glorificara su Nombre, ha respondido al que le llamaba Padre; y ha respondido sin llamarle "embustero" o "blasfemo", como muchos dicen. Dios ha confirmado quién soy Yo: su Luz. Soy la Luz venida a este mundo. He venido como Luz al mundo para que quien cree en mí no permanezca en las Tinieblas. Si uno escucha mis palabras y luego no las observa, Yo no le juzgo. No he venido a juzgar al mundo sino a salvarlo. Quien me desprecia y no acoge mis palabras ya tiene quién le juzgue. La Palabra anunciada por mí será la que le juzgará en el último día; porque era sabia, perfecta, dulce, simple: como es Dios. *Porque esa Palabra es Dios*. No soy Yo el que ha hablado, Jesús de Nazaret, conocido como el hijo de José carpintero de la estirpe de David, e hijo de María, muchacha hebrea, virgen de la estirpe de David casada con José. No. Yo no he hablado de cosas mías, sino que ha hablado mi Padre, Aquel que está en los Cielos y cuyo nombre es Yehoveh, Aquel que me ha enviado y me ha prescrito lo que debo decir y las cosas de que debo hablar. Y sé que en su precepto hay vida eterna. Las cosas que digo las digo, pues, como me las ha dicho el Padre, y en ellas hay Vida. Por eso os digo: escuchadlas. Ponedlas en práctica y tendréis la Vida. Porque mi palabra es Vida, y quien la acoge acoge, al mismo tiempo que a mí, al Padre de los Cielos que me ha enviado para daros la Vida. Y quien tiene en sí a Dios tiene en sí la Vida. [21]Podéis marcharos. La 598.21
Paz descienda sobre vosotros y en vosotros permanezca».

Los bendice y los despide. Bendice también a los discípulos. Retiene solamente a Isaac y a Esteban. A los otros los besa y los despide. Y, cuando se marchan, Él sale, el último junto a estos dos discípulos, y va con ellos por las callejuelas más solitarias, ya obscuras, hacia la casa del Cenáculo. Llegado allí, con especial amor, abraza y bendice a Isaac y a Esteban; los besa, los bendice de nuevo, los mira mientras se alejan. Luego llama y entra...

[22]Dice Jesús: «Colocarás aquí las visiones del adiós a mi Madre, 598.22
del Cenáculo, de la Cena. Y ahora vamos a hacer nosotros dos, Yo y tú, la *verdadera* conmemoración pascual. Ven...».

599. La llegada al Cenáculo y el adiós de Jesús a su Madre.

17 de febrero de 1944.

599.1 [1]Veo el cenáculo donde ha de celebrarse la cena pascual. Lo veo con claridad. Podría enumerar todas las rugosidades de las paredes y las grietas del suelo.

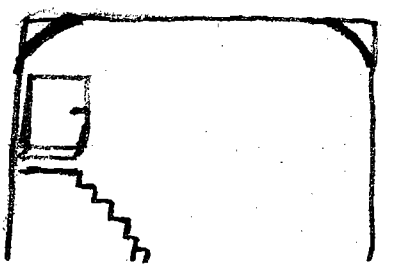
Es una habitación grande, no perfectamente cuadrada, pero también poco rectangular. Habrá, como mucho, una diferencia de un metro o poco más entre el lado más largo y el más corto. El techo es bajo; quizás da esta impresión también por sus amplias dimensiones no proporcionadas con la altura. Es un techo levemente combado; concretamente, los dos lados más cortos no terminan en ángulo recto con el techo, sino en un ángulo rebajado hecho así:

En estos dos lados más cortos hay dos enchas ventanas, anchas y bajas, una enfrente de la otra. No veo a dónde dan; si a un patio o a la calle, porque ahora tienen las contraventanas cerradas. He dicho: contraventanas. No sé si será exacto el término. Son hojas, de tablones, bien cerradas por una barra de hierro que las pasa de una a otra jamba.

El suelo está hecho de grandes losas de terracota, descoloridas por el paso del tiempo, cuadradas.

Del centro del techo cuelga una lámpara de aceite, de varias boquillas.

De las dos paredes más largas, una no tiene ninguna abertura, mientras que la otra tiene una puertecita en un ángulo; se tiene acceso a ésta por una escalerita sin barandilla y de seis peldaños, que terminan en una meseta de un metro cuadrado en la que hay, dentro de la pared, otro escalón, al filo del cual se abre la puerta. No sé si me he explicado. Me esfuerzo en hacer el dibujo.



Las paredes están simplemente blanqueadas, sin listas o rayas. En el centro de la habitación, una mesa grande, rectangular, muy larga respecto a su anchura, colocada paralela a la pared más larga, de madera y sencillísima. Contra las paredes largas, lo que serán los asientos; contra las cortas, debajo de las ventanas, en una de ellas, una especie de arquibanco que tiene encima jofainas y ánforas; bajo la otra ventana, un aparador bajo y largo, sobre cuyo plano superior, por ahora, no hay nada.

599.2 [2]Y ésta es la descripción de la habitación donde se celebrará la ce-

na pascual. Todo el día de hoy llevo viéndola claramente; tanto que he podido contar los escalones y observar todos los detalles. Ahora, dado que anochece, mi Jesús me conduce al resto de la contemplación.

Veo que la habitación, por la escalera de los seis peldaños, lleva a un pasillo obscuro que, a la izquierda respecto a mí, se abre a la calle con una puerta ancha, baja y muy robusta, reforzada con bullones y barras de hierro. Frente a la puertecita que del cenáculo lleva al pasillo hay otra puerta, que lleva a otra habitación, menos grande. Yo diría que el cenáculo se ha hecho aprovechando un desnivel del suelo respecto al resto de la casa y de la calle; es como un semisótano, una bodega semienterrada, o limpiada o adaptada, pero, en todo caso, hundida al menos un metro en el suelo, quizás para hacerle más alto y proporcionado a sus vastas dimensiones.

En la habitación que ahora veo está María con otras mujeres. Reconozco a María Magdalena y a María madre de Santiago, Judas y Simón. Da la impresión de que acaban de llegar, acompañadas por Juan, porque se están quitando los mantos y los están dejando doblados en los taburetes que hay diseminados por la habitación, mientras se despiden del apóstol, que se marcha, y saludan a una mujer y a un hombre, que han venido, a su vez, a saludarlas, y que me parece que son los dueños de la casa, y también discípulos o simpatizantes del Nazareno, porque se manifiestan llenos de solicitud y respetuosa confidencia hacia María, la cual está vestida de color celeste obscuro, un azul de añil obscurísimo. Lleva en la cabeza un velo blanco (que aparece cuando se quita el manto, que le cubría también la cabeza). Su cara se ve muy ajada. Parece envejecida María. Muy triste, a pesar de sonreír con dulzura. Muy pálida. También sus movimientos son cansinos y vacilantes, como los de una persona absorta en un pensamiento suyo.

[3]Por la puerta entreabierta veo que el dueño de la casa va y viene 599.3
al pasillo y al cenáculo. Enciende éste completamente, prendiendo los restantes mecheros de la lámpara. Luego va a la otra puerta de la calle y la abre. Entra Jesús con los apóstoles. Veo que anochece, porque las sombras de la noche descienden ya sobre la estrecha calle que pasa entre casas altas.

Viene con todos los apóstoles. Saluda al propietario con su habitual: «Paz a esta casa» y luego, mientras los apóstoles bajan al cenáculo, Él entra en la habitación donde está María. Las pías mujeres saludan con profundo respeto y se marchan, cerrando la puerta y dejando así libres a la Madre y al Hijo.

Jesús abraza a su Madre y la besa en la frente. María besa pri-

mero la mano de su Hijo y luego le besa en la mejilla derecha. Jesús invita a su Madre a que se siente —hay dos taburetes, cerca el uno del otro—, y Él se sienta al lado. La ha invitado a sentarse acompañándola de la mano a los taburetes, y sigue agarrándole la mano aun cuando Ella ya se ha sentado.

También Jesús está absorto, pensativo, triste, a pesar de que se esfuerce en sonreír. María estudia ansiosa la expresión de su Hijo. ¡Pobre Mamá, que por la gracia y por el amor comprende qué momento es éste! Contracciones de dolor recorren el rostro de María, sus ojos se dilatan por una interna visión di agudo dolor. Pero no crea un drama. Su porte es majestuoso, como el del Hijo.

599.4 [4]Él la saluda, se acoge a sus oraciones, le habla:

«Mamá, he venido para tomar de ti fuerza y consuelo. Soy como un niño pequeño, Mamá, que tiene necesidad del corazón de su madre para su dolor y del pecho de su madre para sacar fuerzas. Soy de nuevo, en estos momentos, tu pequeño Jesús de hace años. No soy el Maestro, Mamá. Soy sólo el Hijo tuyo, como en Nazaret cuando era pequeño, como en Nazaret antes de dejar la vida oculta. A ti sola te tengo. Los hombres, en este momento, no son amigos leales de tu Jesús. No son ni siquiera valientes en el bien. Sólo los malvados saben ser constantes y fuertes en obrar el mal. Pero tú me eres fiel y eres mi fuerza, Mamá, en estos momentos. Sosténme con tu amor y tu oración. De entre los que en mayor o menor grado me aman, eres la única que sabes orar en estos momentos; orar y comprender. Los otros tienen sentimiento de celebración y están absortos en pensamientos celebrativos o en pensamientos delictivos, mientras Yo sufro por *muchas* cosas. Muchas cosas morirán después de estos momentos; entre ellas, su humanidad; y sabrán ser dignos de mí, todos menos el que se ha perdido (y ninguna fuerza sirve para llevarle, al menos, al arrepentimiento). Pero, por ahora, son todavía hombres tardos que no sienten mi muerte y exultan creyendo más cercano que nunca mi triunfo. Las aclamaciones de hace pocos días los han puesto ebrios. Mamá, he venido para esta hora y, sobrenaturalmente, con alegría la veo llegar. Pero mi *Yo* también la teme, porque este cáliz tiene por nombre "traición", "renegamiento", "crueldad", "blasfemia", "abandono". Infúndeme fuerzas, Mamá. De la misma manera que con tu oración atrajiste a ti al Espíritu de Dios y diste por Él al mundo a Aquel al que esperaban las gentes, atrae ahora para tu Hijo la fuerza que le ayude a cumplir la obra para la que ha venido. Mamá, adiós. Bendíceme, Mamá; también por el Padre. Y perdona a todos. Perdonemos juntos, perdonemos desde ahora a quienes nos torturan».

599.5 [5]Jesús ha pasado a arrodillarse y habla a los pies de su Madre

mientras la mira abrazado a su cintura.

María llora, sin gemidos, levemente alzada la cara por una interna oración a Dios. Las lágrimas ruedan por las mejillas pálidas y caen en su regazo y en la cabeza de Jesús (que la ha apoyado en el corazón de María). Luego Ella pone su mano sobre la cabeza de Jesús como para bendecirle, luego se inclina, le besa en el pelo, le acaricia los cabellos, le acaricia los hombros, los brazos, toma su cara entre las manos y la vuelve hacia Ella, la aprieta contra su corazón. Besa una vez más, entre lágrimas, en la frente, en las mejillas, en los ojos dolientes, esa cabeza, acuna esa pobre cabeza cansada; como si fuera un niño; como la vi acunar en la Gruta al recién nacido divino. Pero ahora no canta. Dice solamente: «¡Hijo! ¡Hijo! ¡Jesús! ¡Jesús mío!». Pero lo dice con una voz tal, que me desgarra el corazón.

Luego Jesús se alza. Se coloca el manto, se queda en pie frente a su Madre, que sigue llorando, y, a su vez, la bendice. Luego se dirige hacia la puerta. Antes de salir le dice: «Mamá, vendré una vez más, antes de ofrecer *mi* Pascua. Ora esperándome». Y sale.

600. La última Cena pascual.

9 de marzo de 1945.

[1]Empieza el sufrimiento del Jueves Santo. 600.1

Los apóstoles —son diez— se dedican intensamente a preparar el Cenáculo.

Judas, encaramado encima de la mesa, observa si hay aceite en todas las ampollas de la lámpara, que es grande y parece una corola de fucsia doble. Y es que está formada por una barra —el tallo— rodeada de cinco lámparas en ampollas que asemejan a pétalos; luego tiene una segunda vuelta, más abajo, que es toda una coronita de pequeñas llamas; luego, por último, tiene tres pequeñas lamparitas colgadas de delgadas cadenas y que parecen los pistilos de la flor luminosa. Y no se ría de mi dibujo. Luego baja de un salto y ayuda a Andrés a colocar la vajilla en la mesa con arte. Sobre ésta se ha extendido un finísimo mantel.

Oigo que Andrés dice: «¡Qué espléndido lino!».

Y Judas Iscariote: «Uno de los mejores manteles de Lázaro. Marta se ha empeñado en traerlo».

«¿Y estas copas? ¿Y estas jarras, entonces?» observa Tomás, que ha puesto el vino en las preciosas jarras y las mira una y otra vez con ojos de experto, espejándose en sus panzas estilizadas y acari-

ciando sus asas trabajadas con cincel.

«¿Quién sabe lo que costarán, eh!» pregunta Judas Iscariote.

«Está trabajado con martillo. A mi padre le encantarían. La plata y el oro en hojas se pliegan con facilidad cuanto están calientes. Pero tratado así... Para estropearlo basta un momento; es suficiente un golpe mal dado. Se necesitan fuerza y ligereza al mismo tiempo. ¿Ves las asas? Sacadas del bloque, no soldadas. Cosas de ricos... Fíjate que toda la limadura y lo desbastado se pierden. No sé si entiendes lo que te digo».

«¡Claro que entiendo! En pocas palabras, es como uno que hace una escultura».

«Exactamente».

Todos observan con admiración. Luego vuelven a su trabajo: quién coloca los asientos, quién prepara los aparadores.

600.2 [2]Entran juntos Pedro y Simón.

«¡Oh, por fin habéis venido! ¿A dónde habéis ido otra vez? Habéis llegado con el Maestro y con nosotros y os habéis escapado de nuevo» dice Judas Iscariote.

«Una gestión que había que hacer antes de la hora» responde escuetamente Simón.

«¿Sientes melancolías?».

«Creo que con lo que hemos oído durante estos días, y en esos labios que nunca hemos encontrado falaces, hay buenas razones para sentirlas».

«Y con ese tufo de... Bien, cállate, Pedro» masculla Pedro entre dientes.

«¡Tú también?... Me pareces un desquiciado desde hace algunos días. Tienes cara de conejo agreste cuando siente tras sí al chacal» responde Judas Iscariote.

«Y tú tienes morros de garduña. Tú tampoco estás muy guapo desde hace unos días. Miras de una manera... Hasta se te han torcido los ojos... ¿A quién esperas, o qué esperas ver? Pareces seguro. Quieres parecerlo. Pero se te ve como a uno temeroso de algo» replica Pedro.

«¡En cuanto a miedo!... ¡Tampoco tú eres ningún héroe!».

«Ninguno lo somos, Judas. Tú llevas el nombre del Macabeo, pero no lo eres. El mío significa: "Dios otorga gracias", pero te juro que tiemblo por dentro como quien se supiera portador de desgracia y, sobre todo, tengo miedo de caer en desgracia ante Dios. Simón de Jonás, a pesar de su nuevo nombre de "piedra", ahora se manifiesta blando como cera en el fuego. Ya no es estable en su voluntad. ¡Y yo nunca le vi con miedo en medio de desatadas tempestades! Mateo,

Bartolmái y Felipe parecen sonámbulos. Mi hermano y Andrés no hacen más que suspirar. Los dos primos, en quienes se une el dolor de la sangre con el del amor al Maestro, pues ya los ves: parecen hombres ya viejos. Tomás ha perdido su jovialidad. Y Simón está tan ajado por el dolor —yo diría: tan corroído, lívido y abatido—, que parece otra vez el leproso consumido de hace tres años» le responde Juan.

[3]«Sí. Nos ha sugestionado a todos con su melancolía» observa Judas Iscariote. 600.3

«Mi primo Jesús, el Maestro y Señor mío y vuestro, está y no está melancólico. Si con esta palabra quieres decir que está triste por el exceso de dolor que todo Israel le está dando — y nosotros vemos este dolor— y por el otro, oculto dolor que sólo Él ve, te digo: "Tienes razón"; pero si usas ese término para decir que está desquiciado, eso te lo prohíbo» dice Santiago de Alfeo.

«¿Y no es demencia una idea fija de melancolía? Yo he estudiado también lo profano, y tengo conocimientos. Jesús ha dado demasiado de sí, y ahora tiene la mente cansada».

«Lo cual significa "demente". ¿no es verdad?» pregunta el otro primo, Judas, que está aparentemente calmo.

«¡Justamente eso! ¡Había visto con claridad tu padre, justo de santa memoria, a quien tú tanto te pareces en justicia y sabiduría! Jesús —triste destino de una ilustre casa demasiado vieja y que padece senilidad psíquica— ha tenido siempre una tendencia a esta enfermedad. Suave al principio, luego cada vez más agresiva. Tú mismo has visto cómo ha atacado a fariseos y escribas, saduceos y herodianos. Él se ha hecho imposible la vida, como un camino sembrado de esquirlas de cuarzo. Y se las ha sembrado Él solo. Nosotros... le hemos amado tanto, que el amor nos ha puesto un velo delante de nuestros ojos. Pero los que le amaron sin idolatrarlo: tu padre, tu hermano José, y primero Simón, vieron las cosas con equilibrio... Hubiéramos debido abrir los ojos ante sus palabras. Sin embargo, su dulce hechizo de enfermo nos sedujo. Y ahora... ¡En fin!».

Judas Tadeo, que —de la misma altura de Judas Iscariote— está justo frente a él y parece oírle con calma, reacciona violentamente. Con un fuerte revés arroja a Judas, supino, a uno de los asientos, y con una cólera contenida en la voz, inclinándose sobre la cara del cobarde que no reacciona —quizás temiendo que Judas Tadeo esté al corriente de su crimen— le dice con voz penetrante: «¡Esto por la demencia, reptil! Y si no te estrangulo es porque Jesús está allí y es noche de Pascua. ¡Pero piensa, piénsalo bien! Si le ocurre algo malo y ya no está Él para detener mi fuerza, nadie te salva. Es como si ya

tuvieras el nudo corredizo en el cuello; y serán estas manos mías honradas y fuertes de artesano galileo y de descendiente del hondero de Goliat, las que te le hagan. ¡Levántate, enervado libertino! Y atento a lo que haces, ¡eh!».

Judas se alza, lívido, sin la más mínima reacción. Y lo que me maravilla es que *ninguno* reacciona ante este gesto nuevo de Judas Tadeo. Al contrario... está claro que todos lo aprueban.

600.4 [4]Vuelve el ambiente a la normalidad y un instante después Jesús entra. Se asoma en el umbral de la pequeña puerta por la que su alto físico apenas pasa. Pone pie en el tan reducido descansillo, y, con su mansa, triste sonrisa, abriendo los brazos, dice: «La paz sea con vosotros». Es una voz cansada, como la de uno que estuviera languideciendo en lo físico o en lo moral.

Baja. Acaricia la cabeza rubia de Juan, que ha ido a su encuentro. Sonríe, como si no supiera nada, a su primo Judas, y dice al otro primo: «Tu madre te ruega que seas dulce con José. Ha preguntado por mí y por ti hace poco a las mujeres. Siento no haberle saludado».

«Lo vas a hacer mañana».

«¿Mañana?... Bueno... tendré tiempo de verle... ¡Oh, Pedro, por fin estaremos un poco juntos! Desde ayer me pareces un fuego fatuo: te veo y luego no te veo. Hoy casi puedo decir que te he perdido. Tú también, Simón».

«Nuestro pelo más blanco que negro te puede dar la seguridad de que no nos hemos ausentado por apetito carnal» dice serio Simón.

«Aunque... a todas las edades se pueda tener esa hambre... ¡Los viejos! Son peores que los jóvenes...» dice ofensivo Judas Iscariote.

Simón le mira. Ya iba a replicar. Pero también le mira Jesús y dice: «¿Te duele una muela? Tienes el carrillo derecho hinchado y rojo».

«Sí. Me duele. Pero no tiene mayor importancia».

Los otros no dicen nada y la cosa muere así.

600.5 [5]«¿Habéis hecho todo lo que había que hacer? ¿Tú, Mateo? ¿Y tú, Andrés? ¿Y Tú, Judas, has pensado en la ofrenda al Templo?».

Tanto los dos primeros como Judas Iscariote dicen: «Todo hecho, todo lo que dijiste que había que hacer para hoy. No te preocupes».

«Yo he llevado las primicias de Lázaro a Juana de Cusa. Para los niños. Me han dicho: "¡Eran mejores aquellas manzanas!". ¡Aquellas tenían el sabor del hambre! Y eran *tus* manzanas» dice Juan con rostro sonriente y de ensoñación.

También Jesús sonríe ante un recuerdo...

«Yo he visto a Nicodemo y a José» dice Tomás.

«¿Los has visto? ¿Has hablado con ellos?» pregunta Judas Isca-

riote con exagerado interés.

«Sí, ¿qué hay de raro en ello? José es un buen cliente de mi padre».

«No lo habías dicho antes... ¡Por eso me he asombrado!...». Judas trata de remediar la impresión que ha dado, una impresión de ansiedad, por el encuentro de José y Nicodemo con Tomás.

«Me resulta extraño que no hayan venido a presentarte su obsequioso saludo. Ni ellos ni Cusa ni Manahén... Ninguno de los...».

Pero Judas Iscariote se ríe con una falsa carcajada interrumpiendo a Bartolomé, y dice: «El cocodrilo vuelve a su madriguera en el momento apropiado».

«¿Qué quieres decir? ¿Qué insinúas?» pregunta Simón con una agresividad como nunca ha tenido.

«¡Calma, calma! ¿Qué os sucede? ¡Es la noche de Pascua! Nunca hemos tenido aparejo tan digno para consumir el cordero. Celebremos, pues, la cena con espíritu de paz. Veo que os he turbado mucho con mis instrucciones de estas últimas noches. Pero, ¿veis? ¡He terminado! Ahora ya no os voy a causar más turbación. No está todo dicho en cuanto a mí se refiere. Sólo lo esencial. El resto... lo comprenderéis después. Se os dirá... ¡Sí, vendrá el que os lo dirá! [6]Juan, ve 600.6
con Judas y algún otro por las copas para la purificación. Y luego nos sentamos a la mesa». La dulzura de Jesús verdaderamente parte el corazón.

Juan con Andrés, Judas Tadeo con Santiago, traen una copa grande, echan agua en ella y ofrecen a Jesús la toalla, y también a los compañeros, los cuales hacen luego lo mismo con ellos. Y ponen la copa (en realidad es una palangana de metal) en un rincón.

«Y ahora cada uno a su sitio. Yo aquí, y aquí, a la derecha, Juan; al otro lado, mi fiel Santiago: los dos *primeros* discípulos. Después de Juan mi Piedra fuerte. Y después de Santiago el que es como el aire, que no se advierte pero siempre está y consuela: Andrés. A su lado mi primo Santiago. ¿No te duele, dulce hermano, el que asigne el primer puesto a los primeros? Eres el sobrino del Justo, cuyo espíritu, más que nunca en esta hora, late en suspendido vuelo sobre mí. ¡Ten paz, padre de mi debilidad de niño, encina a cuya sombra hallaron alivio la Madre y el Hijo! ¡Ten paz!... Después de Pedro, Simón... Simón, ven un momento aquí. Quiero mirar fijamente tu rostro leal. Después te veré ya sólo mal, porque otros me cubrirán tu honesto rostro. Gracias, Simón. Por *todo*», y le besa.

Simón, dejado ya, va a su sitio y, un instante, se lleva las manos a la cara con un gesto de aflicción.

«En frente de Simón mi Bartolmái. Dos honradeces y sabidurías

que se reflejan recíprocamente. Están bien juntos. Y, al lado, tú, Judas, hermano mío. Así te veo... y me parece estar en Nazaret... cuando alguna fiesta nos reunía a todos en torno a una mesa... También en Caná... ¿Recuerdas? Estábamos el uno al lado del otro. Una fiesta... una fiesta de boda... el primer milagro... el agua transformada en vino... También hoy una fiesta... y también hoy habrá un milagro... el vino cambiará de naturaleza... y será...». Jesús se sume en su pensamiento. Con la cabeza baja, está como aislado en su mundo secreto. Los demás le miran sin decir nada.

Alza de nuevo la cabeza y mira fijamente a Judas Iscariote, y le dice: «Tú estarás frente a mí».

«¿Tanto me quieres? ¿Más que a Simón, que siempre quieres tenerme enfrente?».

«Mucho. Tú lo has dicho».

«¿Por qué, Maestro?».

«Porque eres el que más ha hecho de todos para esta hora».

Judas mira al Maestro y a sus compañeros con una mirada muy cambiante: al primero con una cierta, irónica compasión; a los otros, con aire de triunfo.

«Y a tu lado, en una parte, Mateo; en la otra, Tomás».

«Entonces Mateo a mi izquierda y Tomás a mi derecha».

«Como quieras, como quieras» dice Mateo. «Me basta con tener bien de frente a mi Salvador».

«Por último, Felipe. ¿Veis? El que no está a mi lado en el lado de honor, tiene el honor de estar frente a mí».

600.7 [7]Jesús, en pie en su sitio, vierte en la amplia copa que está colocada delante de Él —todos tienen altas copas, pero Él tiene una mucho más grande, además de la que tienen todos; debe ser la copa ritual—, vierte el vino. Alza la copa, la ofrece, la pone en la mesa.

Luego todos juntos preguntan con tono de salmo: «¿Por qué esta ceremonia?». Pregunta formal, de rito, está claro.

A la cual Jesús, como cabeza de familia, responde: «Este día recuerda nuestra liberación de Egipto. Bendito sea Yehoveh, que ha creado el fruto de la vid».

Bebe un sorbo de este vino ofrecido y pasa el cáliz a los demás. Luego ofrece el pan, lo parte, lo distribuye; luego las hierbas empapadas en la salsa rojiza que hay en cuatro salseras.

Terminada esta parte de la comida cantan salmos, todos en coro.

Se lleva a la mesa, desde el aparador, la amplia bandeja del cordero asado, y la ponen delante de Jesús.

Pedro, que desempeña el papel de... primera parte, de coro, si le gusta más, pregunta: «¿Por qué este cordero, así?».

«Como recuerdo de cuando Israel fue salvado por el cordero inmolado. No murió ningún primogénito donde la sangre brillaba en las jambas y el dintel. Y, después, mientras todo Egipto lloraba a los primogénitos varones muertos, desde el palacio del faraón hasta los tugurios, los hebreos, capitaneados por Moisés, se movieron hacia la tierra de la liberación y la promesa. Ceñidas ya sus cinturas, calzados los pies, cayado en mano, fue diligente el pueblo de Abraham para ponerse en marcha cantando los himnos del júbilo».

Todos se ponen en pie y entonan: «Cuando Israel salió de Egipto y la casa de Jacob de un pueblo bárbaro, Judea vino a ser su santua-
* rio» etc., etc. (si es como lo he encontrado, se trata del salmo 113).

Ahora Jesús corta el cordero, llena un nuevo cáliz, bebe de él y lo pasa. Luego entonan otro canto: «Niños, alabad al Señor; bendito sea el Nombre del Eterno, ahora y por los siglos de los siglos. De Oriente a Occidente debe ser alabado» etc. (pero no logro encontrarlo).

Jesús da los trozos de cordero cuidando de que todos queden bien servidos, justamente como haría un padre de familia rodeado de los amados hijos de su corazón. Solemne, un poco triste, mientras dice: «He deseado ardientemente comer con vosotros esta Pascua. Ha sido para mí el deseo de los deseos, desde que fui —ab aeterno— "el Salvador". Sabía que esta hora precedería a *esa otra*. Mas la alegría de *darme* infundía, anticipadamente, este consuelo a mi padecer... He deseado *ardientemente* comer con vosotros esta Pascua, porque ya nunca comeré del fruto de la vid hasta la llegada del Reino de Dios. Entonces me sentaré nuevamente con los elegidos en el Banquete del Cordero, para el desposorio de los Vivientes con el Viviente. Pero vendrán a él solamente los que hayan sido humildes y limpios de corazón como Yo soy».

[8]«Maestro, hace un momento has dicho que el que no tiene el ho- 600.8
nor del sitio lo tiene por estar enfrente de ti. ¿Cómo podemos saber, entonces, quién es el primero de entre nosotros?» pregunta Bartolomé.

* «Todos y ninguno. Una vez... volvíamos cansados... nauseados por el odio farisaico. Pero no estabais cansados de discutir entre vosotros acerca de quién era el mayor... Un niño vino a mí rápido... un pequeño amigo mío... Y su inocencia endulzó la desazón que Yo tenía por *muchas* cosas (no la última, vuestra humanidad obstinada). ¿Dónde estás ahora, pequeño Benjamín que tuviste aquella sabia respuesta que te vino del Cielo porque —ángel como eras— el Espíri-

* *se trata del salmo 113*, que en la neovulgata ha venido a ser el *Salmo 114*. El que se cita inmediatamente después es el actual *Salmo 113*.
* *Una vez...*, en 352.5/14.

tu te hablaba? En aquel momento os dije: "Si uno quiere ser el primero, sea el último y el servidor de todos". Y os puse como ejemplo al sabio niño. Ahora os digo: "Los reyes de las naciones las dominan. Y los pueblos oprimidos, aun odiándolos, los aclaman, y los reyes son llamados 'Benefactores', 'Padres de la Patria'. Mas el odio se anida bajo el falso obsequio". Pero entre vosotros no debe ser así. Que el mayor sea como el menor; el que es cabeza, como uno que sirve. Efectivamente: ¿quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve? El que está a la mesa. Yo, sin embargo, os sirvo; y, dentro de poco, os serviré más. Vosotros sois los que habéis estado conmigo en las pruebas. Y Yo dispongo para vosotros un puesto en mi Reino —de la misma forma que en Él Yo seré Rey según la voluntad del Padre—, para que comáis y bebáis en mi mesa eterna y estéis sentados en tronos juzgando a las doce tribus de Israel. Habéis permanecido a mi lado en mis pruebas... Esto y no otra cosa es lo que os hace grandes ante los ojos del Padre».

«¿Y los que vendrán después? ¿No tendrán un lugar en el Reino? ¿Sólo nosotros?».

«¡Oh, cuántos príncipes habrá en mi Casa! Todos los que hayan sido fieles a Cristo en las pruebas de la vida serán príncipes en mi Reino. Porque los que hayan perseverado hasta el final en el martirio de la existencia serán como vosotros, que conmigo habéis perseverado en mis pruebas. Yo me identifico en mis creyentes. A los predilectos les doy, como enseña, ese Dolor que abrazo por vosotros y por todos los hombres. El que me sea fiel en el Dolor será un bienaventurado mío; como vosotros, mis amados».

600.9 [9]«Nosotros hemos perseverado hasta el final».

«¿Tú crees, Pedro? Pues te digo que la hora de la prueba debe llegar todavía. Simón, Simón de Jonás, mira que Satanás ha pedido cribaros como al trigo. He orado por ti, para que tu fe no vacile. Tú, una vez enmendado, confirma a tus hermanos».

«Sé que soy un pecador. Pero te seré fiel hasta la muerte. Este pecado no lo tengo. Nunca lo tendré».

«No seas soberbio, Pedro mío. Esta hora cambiará muchas cosas que antes eran de un modo y ahora serán distintas. ¡Cuántas!... Y esas cosas traen y comportan necesidades nuevas. Vosotros lo sabéis. Siempre os he dicho, incluso cuando íbamos por lugares lejanos recorridos por bandoleros: "No temáis. No nos sucederá nada malo, porque los ángeles del Señor están con nosotros. No os preocupéis de nada". ¿Os ocordáis de cuando os decía: "No estéis preocupados por lo que comeréis o por el vestido. El Padre sabe qué necesitamos"? También os decía: "El hombre es mucho más que un pájaro y que

una flor que hoy es hierba y mañana heno. Y veis que el Padre cuida también de la flor y del pajarillo. ¿Podréis, entonces, dudar de que cuide de vosotros?". Y os decía: "Dad a quien os pida, a quien os hiera presentadle la otra mejilla". Os decía: "No llevéis ni bolsa ni cayado". Porque he enseñado amor y confianza. Pero ahora... ahora ya no es ese tiempo. Ahora os digo: "¿Os ha faltado alguna vez algo hasta ahora? ¿Alguna vez os han hecho algún daño?"».

«Nada, Maestro. Y sólo a ti te lo han hecho».

«Así veis que mi palabra era veraz. Pero ahora los ángeles son, todos, convocados por su Señor. Es hora de demonios... Con las alas de oro, los ángeles del Señor se tapan los ojos, se vendan, y les duele el color de sus alas, porque no es color de amargura y ésta es hora de luto, y de un luto cruel, sacrílego... Esta noche no hay ángeles en la Tierra. Están junto al trono de Dios para cubrir con su canto las blasfemias del mundo deicida y el llanto del Inocente. Y nosotros estamos solos... Yo y vosotros: solos. Los demonios son los dueños de esta hora. Por eso nuestro aspecto ahora y nuestra actitud serán como los de los pobres hombres que recelan y no aman. Ahora el que tenga una bolsa tome consigo también una alforja, el que no tenga
* espada venda su manto y cómprese una. Porque también se dice de mí en la Escritura, y debe cumplirse: "Fue contado entre los malhechores". En verdad, todo lo que a mí se refiere toca a su fin».

[10]Simón, que se ha alzado y ha ido al arquibanco donde había de- 600.10
jado su rico manto —y es que esta noche todos visten sus mejores indumentos, y, por tanto, llevan puñales, damasquinados pero muy cortos (más cuchillos que puñales), colgados de los ricos cinturones—, coge dos espadas, dos verdaderas espadas, largas, levemente curvadas, y se las lleva a Jesús: «Yo y Pedro nos hemos armado esta noche. Tenemos éstas. Pero los demás tienen sólo el puñal corto».

Jesús toma las espadas, las observa, desenvaina una y prueba su tajo contra una uña. Es una extraña visión, y produce una impresión todavía más extraña el ver ese fiero instrumento en las manos de Jesús.

«¿Quién os las ha dado?» pregunta Judas Iscariote mientras Jesús observa y calla. Judas parece muy inquieto...

«¿Quién? Te recuerdo que mi padre era noble y muy poderoso».

«Pero Pedro...».

«¿Pero qué? ¿Desde cuándo tengo que dar cuentas de los regalos que quiero hacer a mis amigos?».

Jesús alza la cabeza. Antes ha metido el arma en su vaina y aho-

* *se dice*, en *Isaías 53, 12*.

ra devuelve las dos espadas al Zelote.

600.11 «Está bien. Son suficientes. Has hecho bien en cogerlas. [11]Pero ahora, antes de beber el tercer cáliz, esperad un momento. Os he dicho que el mayor es como el menor y que Yo estoy como quien sirve en esta mesa y que más os serviré. Hasta ahora os he dado alimentos. Es un servicio en orden al cuerpo. Ahora quiero daros un alimento para el espíritu. No es un plato del rito antiguo; es del nuevo rito. Yo quise bautizarme antes de ser el "Maestro". Para esparcir la Palabra bastaba ese bautismo. Ahora será derramada la Sangre. Vosotros necesitáis otro lavacro, aunque os hayáis purificado (con Juan el Bautista en su momento y hoy también, en el Templo). No es suficiente. Venid para que os purifique. Suspended la comida. Hay algo más importante que la comida que se da al vientre para que se llene, aunque sea alimento santo, como este del rito pascual; y ello es un espíritu puro, en disposición de recibir el don del cielo que ya desciende para hacerse un trono en vosotros y daros la Vida. Dar la Vida a quienes están limpios».

Jesús se levanta —debe también alzarse Juan, para dejar a Jesús salir mejor de su sitio—, va a un arquibanco y se quita la túnica roja; la pone doblada encima del manto, ya doblado, se ciñe a la cintura una toalla grande, luego va a otra palangana, que todavía está vacía y limpia. Echa en ella agua, lleva la palangana al centro de la habitación, junto a la mesa, y la pone encima de un taburete. Los apóstoles le miran estupefactos.

«¿No me preguntáis que qué hago?».

«No lo sabemos. Te digo que ya estamos purificados» responde Pedro.

«Y Yo te repito que eso no importa. Mi purificación le sirve al que ya está purificado para estarlo más».

Se arrodilla. Desata las sandalias a Judas Iscariote y le lava los pies; uno primero, otro después. Es fácil hacerlo, porque los triclinios están hechos de tal manera que los pies quedan hacia la parte externa. Judas está estupefacto. No dice nada. Pero, cuando Jesús, antes de calzar el pie izquierdo y levantarse, pone el gesto de besarle el pie derecho ya calzado, Judas retrae bruscamente el pie y da un golpe con la suela en la boca divina. Lo hace sin querer. No es un golpe fuerte, pero a mí me causa mucho dolor. Jesús sonríe, y, al apóstol, que le dice: «¿Te he hecho daño? Ha sido sin querer... Perdona», le responde: «No, amigo. Lo has hecho sin malicia *y no hace daño*». Judas le mira... Es una mirada inquieta, huidiza...

Jesús pasa a Tomás, luego a Felipe... Rodea el lado estrecho de la mesa y va donde su primo Santiago. Le lava, y le besa en la frente al

levantarse. Pasa a Andrés, que está rojo de vergüenza y hace esfuerzos por no llorar; le lava, le acaricia como a un niño. Luego está Santiago de Zebedeo, que no hace sino susurrar: «¡Oh, Maestro! ¡Maestro! ¡Maestro! ¡Anonadado y sublime Maestro mío!». Juan se ha desatado ya las sandalias y, mientras Jesús está agachado secándole los pies, él se inclina y le besa en el pelo.

¡Pero, a Pedro!... ¡No es fácil convencerle para este rito! «¡Tú lavarme a mí los pies? ¡Ni por asomo! Mientras viva, no te lo permitiré. Yo soy un gusano, Tú eres Dios. Cada uno en su lugar».

«Lo que Yo hago tú no puedes comprenderlo por ahora. Más adelante lo comprenderás. Déjame».

«Todo lo que Tú quieras, Maestro. ¿Quieres cortarme el cuello? Hazlo. Pero no me lavarás los pies».

«¡Oh, mi Simón! ¿No sabes que si no te lavo no tendrás parte en mi Reino? ¡Simón, Simón! Necesitas esta agua para tu alma y para el mucho camino que debes recorrer. ¿No quieres venir conmigo? Si no te lavo, no vienes a mi Reino».

«¡Oh, Señor mío bendito! ¡Pues entonces lávame todo! ¡Los pies, las manos y la cabeza!».

«El que, como vosotros, se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque ya está enteramente purificado. Los pies... El hombre con los pies camina sobre cosas sucias. Y ello sería poco, * pues ya os dije que lo que ensucia no es lo que entra y sale con el alimento, ni contamina al hombre lo que se pega a los pies por el camino. No. Lo que le contamina es lo que incuba y madura en su corazón y de allí sale y contamina sus acciones y sus miembros. Y los pies del hombre de corazón no limpio se dirigen hacia la crápula, la lujuria, los tratos ilícitos, los delitos... Por tanto, son, de entre los miembros del cuerpo, los que tienen mucha parte que purificar... como también los ojos, y la boca... ¡Oh, hombre!, ¡hombre!, ¡perfecta criatura un día, el primero, y luego tan corrompido por el Seductor! ¡Y no había en ti malicia, oh hombre, ni pecado!... ¿Y ahora? ¡Eres todo malicia y pecado y no hay parte en ti que no peque!».

Jesús ha lavado los pies a Pedro. Los besa. Y Pedro llora y toma con sus gruesas manos las dos manos de Jesús, se las pasa por los ojos y las besa luego.

También Simón se ha quitado las sandalias y, sin decir nada, se deja lavar. Pero luego, cuando Jesús está ya para pasar a Bartolomé, Simón se arrodilla, le besa los pies y dice: «¡Límpiame de la lepra del pecado como me limpiaste de la lepra del cuerpo, para no quedar

* *dije*, en 300.9, 301.6, 567.22.

confundido en la hora del juicio, Salvador mío!».

«No temas, Simón. Vendrás a la Ciudad celeste, blanco como nieve alpina».

«¿Y yo, Señor? ¿A tu viejo Bartolmái qué le dices? Me viste a la sombra de la higuera y leíste mi corazón. ¿Ahora qué ves?, ¿dónde me ves? Tranquiliza a este pobre anciano que teme no tener ni fuerza ni tiempo para llegar a como quieres que seamos». Se le ve muy emocionado a Bartolomé.

«Tampoco temas tú. En aquel momento dije: "He aquí a un verdadero israelita en quien no hay engaño". Ahora digo: "He aquí a un verdadero cristiano digno del Cristo". ¿Que dónde te veo? Sentado en un trono eterno, vestido de púrpura. Yo estaré siempre contigo».

Le toca el turno a Judas Tadeo, el cual, cuando ve a sus pies a Jesús, no sabe contenerse y reclina la cabeza sobre el brazo que tiene apoyado en las mesa y llora.

«No llores, dulce hermano. Te sientes como uno que debiera soportar que le arrancasen un nervio, y te parece que no puedes soportarlo. Pero será un dolor breve. Luego... ¡serás feliz, porque me quieres! Te llamas Judas. Y eres como nuestro gran Judas: como un gigante. Eres el protector. Tus acciones son de león y cachorro de león rugientes. Desanidarás a los impíos, que ante ti retrocederán, y los inicuos sentirán terror. Yo sé las cosas. Sé fuerte. Una eterna unión estrechará y hará perfecto nuestro parentesco, en el Cielo». Le besa también a él, en la frente, como a su otro primo. *

«Yo soy pecador, Maestro. A mí no...».

«Eras pecador, Mateo. Ahora eres el Apóstol. Eres una "voz" mía. Te bendigo. ¡Cuánto camino han recorrido estos pies para avanzar sin cesar, hacia Dios!... El alma los incitaba y ellos han abandonado todo camino que no fuera *mi* camino. Continúa. ¿Sabes dónde termina el sendero? En el seno del Padre mío y tuyo».

Jesús ha terminado. Deja la toalla, se lava en agua limpia las manos, se pone de nuevo la túnica, vuelve a su sitio y, al sentarse, dice: «Ahora estáis limpios, aunque no todos. Sólo los que han tenido la voluntad de estarlo».

Mira fijamente a Judas de Keriot, que ha hecho como si no hubiera oído, ocupado en explicar a su compañero Mateo cómo su padre se decidió a mandarle a Jerusalén: palabras inútiles que tienen para Judas —quien, a pesar de su audacia, debe sentirse incómodo— la única finalidad de guardar las apariencias.

600.12 [12]Jesús vierte vino por tercera vez en el cáliz común. Bebe. Ofrece

* *nuestro gran Judas*, es decir, Judas Macabeo, celebrado en *1 Macabeos 3, 1-9*.

de beber. Luego canta, y los otros le siguen en coro: «Amo porque el Señor escucha la voz de mi oración, porche inclina su oído hacia mí. Le invocaré durante toda mi vida. Me rodeaban dolores de muerte» * etc. (Salmo 114, me parece).

Un momento de pausa. Luego sigue cantando: «Tuve fe y por eso hablé. Me había humillado profundamente y en medio de mi turbación decía: "Todo hombre es mentiroso"». Mira fijo a Judas.

La voz de mi Jesús, esta noche cansada, recobra fuerza cuando exclama: «Valiosa es ante los ojos de Dios la muerte de los santos» y «Has roto mis cadenas. Te ofreceré un holocausto de alabanza invocando el nombre del Señor» etc. etc. (Salmo 115).

Otra breve pausa en el canto, y luego continúa: «Alabad todas al Señor, naciones, todos los pueblos alabadle. Porque se ha afianzado en nosotros su misericordia y la verdad del Señor permanece eterna».

Otra breve pausa y luego un largo himno: «Celebrad al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia...».

Judas de Keriot canta tan desentonado, que Tomás dos veces le conduce al tono con su potente voz de barítono y le mira fijamente. También los otros le miran, porque, por lo general está siempre bien entonado, y de su voz, como de todas las otras cosas —lo he podido comprender— se siente orgulloso. ¡Pero esta noche! Ciertas frases le turban, hasta el punto de que le salen gallos, y lo mismo ciertas miradas de Jesús que subrayan las frases. Una de estas frases es: «Es mejor confiar en el Señor que confiar en el hombre». Otra es: «Se me empujó y vacilaba, y estaba para caer. Pero el Señor me sujetó». Otra es: «No moriré, sino que viviré y referiré las obras del Señor». Y, en fin, estas dos que voy a decir, le estrangulan la voz al Traidor en la garganta: «La piedra desechada por las constructores ha venido a ser piedra angular» y «¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!».

Acabado el salmo, mientras Jesús corta y de nuevo pasa trozos de cordero, Mateo pregunta a Judas de Keriot: «¿Te encuentras mal?».

«No. Déjame tranquilo. No te preocupes de mí».

Mateo se encoge de hombros.

Juan, que ha oído esto, dice: «Tampoco el Maestro está bien. ¿Qué te sucede, Jesús mío? Tienes la voz quebrada; como la de un enfermo o la de uno que haya llorado mucho», y le abraza, estando con la cabeza apoyada en el pecho de Jesús.

---

* *me parece*. Según la numeración de la neovulgata, se recitan por orden: *Salmo 116* (que agrupa el 114 y el 115 de la vulgata), *Salmo 117*, *Salmo 118* (largo himno), *Salmo 119* (el que no termina nunca).

«Sólo es que ha hablado mucho; y yo, lo único es que he andado mucho y he cogido frío» dice Judas nervioso.

Y Jesús, sin responderle a él, dice a Juan: «Tú ya me conoces... y sabes qué es lo que me cansa...».

600.13 [13]El cordero está casi terminado.

Jesús, que ha comido poquísimo y ha bebido sólo un sorbo de vino por cada cáliz —sin embargo, como si se sintiera febril, ha bebido mucha agua— continúa hablando: «Quiero que comprendáis mi gesto de antes. Os he dicho que el primero es como el último, y que os daría un alimento que no es corporal. Os he dado un alimento de humildad. Para vuestro espíritu. Vosotros me llamáis: Maestro y Señor. Decís bien, porque lo soy. Entonces, si Yo os he lavado los pies, también debéis lavároslos vosotros los unos a los otros. Os he dado ejemplo para que hagáis lo mismo que Yo he hecho. En verdad os digo: el siervo no es más que su señor, ni el apóstol más que Aquel que le ha constituido apóstol. Tratad de comprender estas cosas. Y si, comprendiéndolas, las ponéis por obra, seréis bienaventurados. Pero no seréis todos bienaventurados. Yo os conozco. Sé a quiénes he elegido. No de la misma manera me refiero a todos. Pero digo la verdad. Por otra parte, debe cumplirse lo que en relación a mí fue escrito: "Aquel * que come conmigo el pan ha alzado contra mí su calcañar". Os digo todo antes de que suceda, para que no abriguéis dudas respecto a mí. Cuando todo esté cumplido, creeréis todavía más que Yo soy Yo. El que me recibe a mí recibe al que me ha enviado: al Padre santo que está en los Cielos. Y el que reciba a los que Yo envíe me recibirá a mí mismo. Porque Yo estoy con el Padre y vosotros estáis conmigo... Pero ahora vamos a cumplir el rito».

Vierte de nuevo vino en el cáliz común y, antes de beber de él y de pasarlo para que beban, se levanta, y con Él se levantan todos, y canta otra vez uno de los salmos de antes: «Tuve fe y por eso hablé...» Y luego uno que no termina nunca. ¡Hermoso... pero eterno! Creo identificarlo, por el comienzo y lo largo que es, como el salmo 118. Lo cantan así: un trozo todos juntos; luego, por turnos, uno dice un dístico y los otros, juntos, un trozo; y así hasta el final. ¡Yo creo que al final tienen que sentir sed!

600.14 [14]Jesús se sienta. No se recuesta; se queda sentado, como nosotros. Y habla: «Ahora que el antiguo rito ha sido cumplido, voy a celebrar el nuevo. Os he prometido un milagro de amor. Es la hora de realizarlo. Por esto he deseado esta Pascua. De ahora en adelante, ésta será la hostia inmolada en perpetuo rito de amor. Os he amado durante

* *fue escrito*, en *Salmo 41, 10.*

toda la vida de la Tierra, amigos amados. Os he amado durante toda la eternidad, hijos míos. Y quiero amaros hasta el final. No hay cosa mayor que ésta. Recordadlo. Yo me marcho. Pero permaneceremos siempre unidos mediante el milagro que voy a cumplir ahora».

Jesús toma un pan todavía entero. Lo pone encima del cáliz, que está completamente lleno. Bendice y ofrece ambos, luego parte el pan y toma de él trece trozos. Se los da, uno a uno, a los apóstoles, y dice: «Tomad y comed. Esto es mi Cuerpo. Haced esto en memoria mía, que me marcho». Pasa el cáliz y dice: «Tomad y bebed. Ésta es mi Sangre. Éste es el cáliz del nuevo pacto en la Sangre y por la Sangre mía, que será derramada por vosotros para el perdón de vuestros pecados y para daros la Vida. Haced esto en memoria mía».

Jesús está tristísimo. Toda huella de sonrisa, de luz, de color, le han abandonado. Su rostro es ya de agonía. Los apóstoles le miran angustiados.

[15]Jesús se levanta y dice: «No os mováis. Vuelvo en seguida». To- 600.15
ma el trozo decimotercero de pan y el cáliz y sale del Cenáculo.

«Va donde su Madre» susurra Juan.

Y Judas Tadeo suspira: «¡Pobre mujer!».

Pedro pregunta en voz baja: «¿Crees que Ella sabe?».

«Sabe todo. Siempre lo ha sabido todo».

Hablan todos en voz bajísima, como delante de un muerto.

«Pero, creéis que realmente...» pregunta Tomás, que no quiere creer todavía.

«¿Y lo dudas? Es su hora» responde Santiago de Zebedeo.

«Que Dios nos dé la fuerza de ser fieles» dice el Zelote.

«¡Oh! Yo...» Pedro está para decir algo, pero Juan, que está alerta, dice: «¡Chss! Está aquí».

Jesús vuelve. Trae en la mano el cáliz vacío. En su fondo, una mínima señal de vino, que, bajo la luz de la lámpara, parece realmente sangre.

Judas Iscariote, que tiene ante sí el cáliz, lo mira como hechizado, y luego desvía la mirada.

Jesús le observa y se estremece. Juan, estando apoyado en el pecho de Jesús, siente este estremecimiento, y exclama: «¡Dilo, ¿no?! Estás temblando...».

«No. No tiemblo por fiebre... [16]Todo os lo he dicho y todo os lo he 600.16
dado. Más no podía daros. Os he dado a mí mismo». Hace ese dulce gesto suyo de las manos, las cuales, antes unidas, ahora se separan y abren, mientras agacha la cabeza, como queriendo decir: "Perdonad si más no puedo. Así es."

«Os he dicho todo y os he dado todo. Y repito que el nuevo rito se

ha cumplido. Haced esto en memoria mía. Os he lavado los pies para enseñaros a ser humildes y puros como el Maestro vuestro. Porque en verdad os digo que los discípulos deben ser como es el Maestro. Recordadlo, recordadlo. Incluso cuando estéis en una posición superior. Ningún discípulo está por encima de su Maestro. De la misma manera que Yo os he lavado, hacedlo entre vosotros. O sea, amaos como hermanos, ayudándoos los unos a los otros, venerándoos recíprocamente, siendo ejemplo los unos para los otros. Y sed puros. Para ser dignos de comer el Pan vivo que ha bajado del Cielo y tener dentro de vosotros, por su virtud, la fuerza de ser mis discípulos en el mundo enemigo que os odiará por causa de mi Nombre. Pero uno de vosotros no es puro. Uno de vosotros me traicionará. Por este motivo estoy intensamente conturbado en el espíritu... La mano del que me traiciona está conmigo en esta mesa. Ni mi amor, ni mi Cuerpo y mi Sangre, ni mi palabra, le convierten y le hacen arrepentirse. Yo le perdonaría yendo a la muerte también por él».

Los discípulos se miran aterrorizados, se escrutan, no sin recelos los unos de los otros. Pedro, despertándose todas sus dudas, mira fijamente a Judas Iscariote. Judas Tadeo se pone en pie como impulsado por un resorte, para mirar también a Judas por encima del cuerpo de Mateo.

¡Pero éste se muestra tan seguro! A su vez, clava sus ojos en Mateo, como si sospechara de él. Luego fija su mirada en Jesús. Sonríe y pregunta: «¿Soy yo, acaso, ése?». Parece el más seguro de su honestidad, y parece que si hace esta pregunta es sólo porque no se interrumpa la conversación.

Jesús repite su gesto y dice: «Tú lo dices, Judas de Simón. No Yo. Tú lo dices. Yo no te he nombrado. ¿Por qué te acusas? Pregúntale a tu voz interior, a tu conciencia de hombre, a esa conciencia que Dios Padre te ha dado para que vivas como hombre, y mira a ver si te acusa. Tú, antes que ningún otro, lo sabrás. Pero, si ella te tranquiliza, ¿por qué dices palabras que son malditas con sólo decirlas, y piensas en un hecho igualmente maldito con sólo pensarlo, aunque sea por juego?».

Jesús habla con calma. Parece sostener la tesis propuesta como lo podría hacer un maestro con sus alumnos. La agitación es fuerte, pero la calma de Jesús la aplaca.

600.17 [17]De todas formas, Pedro, que es el que más sospecha de Judas —quizás también Judas Tadeo, pero lo parece menos, porque la desenvoltura de Judas Iscariote le desarma—, tira de una manga a Juan, y cuando Juan, que se había pegado fuertemente a Jesús al oír hablar de traición, se vuelve, le susurra: «Pregúntale que quién es».

Juan vuelve a su postura de antes. Lo único es que alza levemente la cabeza, como para besar a Jesús, y entretanto le susurra al oído: «¿Maestro, quién es?».

Y Jesús, con voz bajísima, devolviéndole el beso entre los cabellos: «Aquel al que dé un pedazo de pan untado».

Toma un pan todavía entero, no el resto del usado para la Eucaristía; separa un buen trozo, lo unta en el jugo que ha dejado el cordero en la bandeja, alarga por encima de la mesa el brazo y dice: «Toma, Judas. Esto te gusta».

«Gracias, Maestro. Sí que me gusta» y, sin saber lo que es ese bocado, se lo come, mientras Juan, horrorizado, hasta cierra los ojos para no ver la horrenda sonrisa que tiene Judas mientras muerde con sus fuertes dientes el pan acusador.

«Bien. Ahora que te he dado esta satisfacción, márchate» dice Jesús a Judas. «Todo está cumplido, *aquí* (marca mucho la palabra). Lo que en otro lugar queda por hacer hazlo pronto, Judas de Simón».

«Te obedezco en seguida, Maestro. Luego me reuniré contigo en el Getsemaní. ¿Vas allí, verdad?, ¿como siempre?».

«Voy allí... como siempre... sí».

«¿Qué tiene que hacer?» pregunta Pedro. «¿Va solo?».

«No soy ningún niño» dice en tono socarrón Judas, que se está poniendo el manto.

«Déjale que se marche. Yo y él sabemos lo que se debe hacer» dice Jesús.

«Sí, Maestro». Pedro guarda silencio. Quizás piensa que ha pecado de desconfianza hacia su compañero. Con la mano en la frente, piensa.

Jesús aprieta contra su corazón a Juan y le susurra otra cosa entre sus cabellos: «No digas nada a Pedro, por ahora. Sería un inútil escándalo».

«Adiós, Maestro. Adiós, amigos». Judas se despide.

«Adiós» dice Jesús.

Y Pedro: «Adiós, muchacho».

Juan, con la cabeza casi en el regazo de Jesús, susurra: «¡Satanás!». Sólo Jesús lo oye, y suspira.

Aquí me cesa todo. Pero Jesús dice: «Interrumpo por compasión hacia ti. Te daré la conclusión de la Cena en otro momento».

[18](Continúa la Cena). 600.18

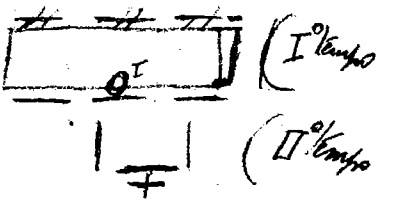
Hay unos minutos de absoluto silencio. Jesús está cabizbajo, mientras mecánicamente acaricia los rubios cabellos de Juan.

Luego reacciona. Alza la cabeza, mira alrededor de sí, sonríe (una

sonrisa consoladora para los discípulos). Dice: «Quitamos la mesa. Vamos a sentarnos todos bien juntos, como hijos en torno a su padre».

Toman los triclinios que había detrás de la mesa (los de Jesús, Juan, Santiago, Pedro, Simón, Andrés y el primo Santiago) y los llevan al otro lado.

Jesús toma asiento en el suyo, igual que antes, entre Santiago y Juan. Pero, cuando ve que Andrés va a sentarse en el sitio que ha dejado Judas Iscariote, grita: «No, ahí no». Un grito impulsivo que su suma prudencia no logra evitar. Luego modifica de esta manera: «No es necesario tanto espacio. Sentados, se puede estar en éstos; son suficientes. Os quiero tener muy cerca».



Ahora, respecto a la mesa, están así:

O sea, forman una ⊔ con Jesús en el centro y, enfrente, la mesa —una mesa ya sin comida— y el sitio de Judas.

Santiago de Zebedeo llama a Pedro: «Siéntate aquí. Yo me siento en este taburete, a los pies de Jesús».

«¡Que Dios te bendiga, Santiago! ¡Lo estaba deseando!» dice Pedro, y se arrima a su Maestro, que viene a hallarse estrechado entre Juan y Pedro, y tiene a Santiago a los pies.

Jesús sonríe:

«Veo que empiezan a obrar las palabras que he dicho antes. Los buenos hermanos se quieren. Yo también te digo, Santiago: "Que Dios te bendiga". Tampoco este acto tuyo será olvidado por el Eterno, y lo encontrarás allá arriba.

600.19 [19]Todo lo que pido lo puedo. Ya lo habéis visto. Ha bastado un solo deseo para que el Padre concediera al Hijo el darse en Alimento al hombre. Con todo lo que ha sucedido ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre, porque el milagro, sólo posible para los amigos de Dios, es testimonio de poder. Cuanto mayor es el milagro, más segura y profunda es esta divina amistad. Éste es un milagro que, por su forma, duración y naturaleza, por su magnitud y los límites a que llega, no admite otro posible mayor. Os digo que es tan poderoso, tan sobrenatural, tan incomprensible para el hombre soberbio, que muy pocos lo entenderán como debe entenderse, y muchos lo negarán. ¿Qué diré, entonces? ¿Condena para ellos? No. Diré: ¡piedad!

Pero, cuanto mayor es el milagro, mayor es la gloria que recibe su autor. Es Dios mismo quien dice: "Sí, este amado mío ha recibido lo

que ha querido, y Yo lo he concedido, porque grande es la gracia que posee ante mis ojos". Y aquí dice: "Posee una gracia sin límites, como infinito es el milagro que ha hecho". La gloria que de Dios revierte en el autor del milagro y la gloria que del autor del milagro revierte en el Padre son parejas: porque toda gloria sobrenatural, procediendo de Dios, a su fuente retorna. Y la gloria de Dios, aun siendo ya infinita, crece y crece y respladece por la gloria de sus santos. Así, digo: de la misma forma que ha sido glorificado por Dios el Hijo del hombre, Dios ha sido glorificado por Éste. Yo he glorificado a Dios en mí mismo, a su vez Dios glorificará en sí a su Hijo; muy pronto le glorificará.

[20]¡Exulta, Tú que vuelves a tu Sede, oh Esencia espiritual de la 600.20
Segunda Persona! ¡Exulta, Carne que vuelves a subir después de tanto destierro en el fango! Y lo que se te va a dar como morada ciertamente no es el Paraíso de Adán, sino el excelso Paraíso del Padre.
* Que, si se dijo que sorprendido por un mandato de Dios —dado por boca de un hombre— se detuvo el Sol, ¿qué no sucederá en los astros cuando vean el prodigio de la Carne del Hombre subir y sentarse a la derecha del Padre en su Perfección de materia glorificada?

Hijitos míos, ya poco tiempo estaré con vosotros. Luego me buscaréis como los huérfanos buscan al padre o a la madre muertos. Y, llorando, hablando de Él iréis y llamaréis en vano al mudo sepulcro, y luego llamaréis a las puertas azules de los Cielos, con vuestra alma lanzada en suplicante búsqueda de amor, y diréis: "¿Dónde está nuestro Jesús? Queremos tenerle. Sin Él ya no hay luz en el mundo, ni alegría ni amor. O devolvédnoslo o dejadnos entrar. Queremos es-
* tar donde Él". Mas no podéis, por ahora, ir a donde Yo voy. Se lo dije también a los judíos: "Luego me buscaréis, pero a donde voy Yo vosotros no podéis ir". Os lo digo también a vosotros.

[21]Considerad que ni siquiera mi Madre podrá ir a donde Yo voy. Y 600.21
fijaos que dejé al Padre para ir a Ella y hacerme Jesús en su seno sin mancha. Fijaos que de la Inviolada vine en el éxtasis luminoso de mi Natividad; y de su amor, hecho leche, me nutrí. Yo estoy hecho de pureza y amor porque María me nutrió con su virginidad fecundada por el Amor perfecto que vive en el Cielo. Y fijaos que por Ella crecí, costándole fatigas y lágrimas... Y fijaos que le pido un heroísmo que supera a todos los realizados hasta ahora, respecto al cual los de Judit y Yael son como heroísmos de pobres mujeres en oposición con su rival en la fuente del pueblo. Y fijaos que ninguno la iguala en amor a mí. Pues bien, a pesar de todo, la dejo y voy a donde Ella no irá

* *se dijo*, en *Josué 10, 12-14.*
* *Se lo dije también a los judíos*, en 488.2.

hasta dentro de mucho tiempo. Para Ella no es el mandato que os doy a vosotros: "Santificaos año tras año, mes tras mes, día tras día, hora tras hora, para poder venir a mí cuando llegue vuestro momento". En Ella reside toda gracia y santidad. Es la criatura que ha tenido todo y ha dado todo. Nada hay que añadir en Ella, y nada hay que quitar. Es el santísimo testimonio de lo que puede Dios.

600.22 [22]Pero para estar seguro de que en vosotros exista la aptitud de venir a mí y de olvidar el dolor del luto de la separación de vuestro Jesús, os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Como Yo os he amado, amaos igualmente los unos a los otros. Por esto se sabrá que sois mis discípulos. Cuando un padre tiene muchos hijos, ¿en qué se sabe que son sus hijos? No tanto por el aspecto físico —porque hay hombres que son en todo semejantes a otro hombre con el que no tienen ninguna relación de sangre, y ni siquiera de nación—, cuanto por el común amor a la familia, a su padre y entre sí. E incluso cuando muere el padre la buena familia no se disgrega, porque la sangre es una, que es la que recibieron genéticamente de su padre y anuda vínculos que ni siquiera la muerte desata, porque más fuerte que la muerte es el amor. Pues bien, si me amáis aun después de que os deje, todos reconocerán que sois hijos míos, y, por tanto, discípulos míos, y que, habiendo tenido un único padre, entre vosotros sois hermanos».

600.23 [23]«Señor Jesús, pero ¿a dónde vas?» pregunta Pedro.

«Voy a donde tú, por ahora, no puedes seguirme. Pero después me seguirás».

«¿Y por qué no ahora? Te he seguido siempre, desde que me dijiste: "Sígueme". He dejado todo sin añoranzas... Marcharte ahora sin tu pobre Simón, dejándome privado de ti, mi Todo, después de que yo he dejado mi poco bien de antes, no es ni razonable ni bonito por tu parte. ¿Vas a la muerte? Bien, pues yo también voy. Iremos juntos al otro mundo. Pero antes te habré defendido. Estoy preparado para dar la vida por ti».

«¿Tú darás tu vida por mí? ¿Ahora? *Ahora*, no. En verdad, en verdad te lo digo: antes de que cante el gallo me negarás tres veces. Estamos todavía en la primera vigilia. Luego vendrá la segunda... y luego la tercera. Antes del galicinio, renegarás de tu Señor tres veces».

«¡Imposible, Maestro! Creo en todo lo que dices, pero no en esto; estoy seguro de mí».

«Ahora, *por ahora* estás seguro; pero es porque ahora me tienes todavía a mí. Tienes contigo a Dios. Dentro de poco el Dios encarnado será prendido y ya no le tendréis. Y Satanás, después de poneros

rémoras —tu propia seguridad es una astucia de Satanás, morralla para ponerte rémoras— os amedrentará. Os insinuará: "Dios no existe. Yo existo". Y, dado que, a pesar de que el espanto os empañe la mente, todavía razonaréis, lo que comprenderéis será que si Satanás es el amo de esa hora, es que ha muerto el Bien y lo que obra es el Mal; que el espíritu ha sido abatido y triunfa lo humano. Entonces os quedaréis como guerreros sin caudillo, perseguidos por el enemigo, y, en medio del desconcierto propio de los vencidos, os doblegaréis ante el vencedor, y, para evitar que os maten, renegaréis del héroe caído.

[24]Pero —os lo ruego—, no se turbe vuestro corazón. Creed en Dios. 600.24
Creed también en mí. Contra todas las apariencias, creed en mí. Crea en mi misericordia y en la del Padre tanto el que se quede como el que huya; tanto el que calle como el que abra su boca para decir: "No le conozco". Igualmente, creed en mi perdón. Y creed que, cualesquiera que sean en el futuro vuestras acciones, en el Bien y en mi Doctrina (por tanto, en mi Iglesia), esas acciones os darán un igual lugar en el Cielo.

En la casa del Padre mío hay muchas moradas. Si no fuera así, os lo habría dicho. Porque Yo voy por delante. A preparar un lugar para vosotros. ¿No hacen, acaso, eso los padres buenos, cuando tienen que llevar a sus pequeñuelos a otro lugar? Van por delante, preparan la casa, los enseres, las provisiones. Y luego vuelven y toman consigo a sus más amadas criaturas. Eso hacen, por amor. Para que a sus pequeñuelos no les falte nada, ni se sientan incómodos en el nuevo pueblo. Lo mismo hago Yo, y por el mismo motivo. Me marcho, ahora. Cuando haya preparado para cada uno su puesto en la Jerusalén celestial, volveré y os tomaré conmigo, para que estéis conmigo donde Yo estoy, donde no habrá ya muerte ni lutos ni lágrimas ni gritos ni hambre ni dolor ni tinieblas ni quemazón, sino sólo luz, paz, bienaventuranza y canto.

¡Oh, canto de los Cielos altísimos cuando los doce elegidos estén en los tronos con los doce patriarcas de las tribus de Israel y, encendidos en el fuego del amor espiritual, canten, erguidos frente al mar de la bienaventuranza, el cántico eterno cuyo arpegio será el eterno aleluya del ejército angélico...!

[25]Quiero que donde voy a estar estéis vosotros. Y ya sabéis a 600.25
dónde voy, y sabéis el camino».

«¡Pero Señor! Nosotros no sabemos nada. No nos dices a dónde vas. ¿Cómo podemos saber el camino que hay que tomar para ir hacia ti y abreviar la espera?» pregunta Tomás.

«Yo soy el Camino, la Verdad, la Vida. Me lo habéis oído decir y

explicar repetidas veces. Y, en verdad, algunos que ni siquiera sabían que existía un Dios se han encaminado antes por *mi* camino y ya os preceden. ¡Oh!, ¿dónde estás, oveja descarriada de Dios traída por mí de nuevo al redil?, ¿dónde estás tú, resucitada de alma?».

«¿Quién? ¿De quién hablas? ¿De María de Lázaro? Está allí, con tu Madre. ¿Quieres que venga? ¿O quieres que venga Juana? Estará, sin duda, en su palacio. Pero, si quieres, vamos a llamarla...».

«No. No me refiero a ellas... Pienso en aquella que será mostrada sólo en el Cielo... y en Fotinái... Ellas me han encontrado. Y desde entonces no han dejado *mi* camino. A una le indiqué al Padre como Dios verdadero y al espíritu como levita en esta individual adoración; a la otra, que ni siquiera sabía que tenía un espíritu, le dije: "Mi nombre es Salvador; salvo a quien tiene buena voluntad de salvarse. Yo soy Aquel que busca a los perdidos, que da la Vida, la Verdad y la Pureza. Quien me busca me encuentra". Y ambas han encontrado a Dios... Os bendigo, débiles Evas que habéis venido a ser más fuertes que Judit... Voy a donde estáis... Vosotras me consoláis... ¡Benditas seáis!...».

600.26 [26]«Muéstranos al Padre, Señor, y seremos como estas mujeres» dice Felipe.

«¡Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, ¿y tú, Felipe, no me has conocido todavía?! El que me ve a mí ve al Padre mío. ¿Cómo es que dices: "Muéstranos al Padre"? ¿No logras creer que Yo estoy en el Padre y Él en mí? Las palabras que os digo no os las digo motu proprio, sino que el Padre, que mora en mí, cumple cada una de mis obras. ¿Y no creéis que Yo esté en el Padre y Él en mí? ¿Qué tengo que decir para haceros creer? Pues si no creéis en las palabras creed al menos en las obras.

Yo os digo, y os lo digo con verdad: el que cree en mí hará las obras que Yo hago, y las hará aun mayores, porque voy al Padre. Y todo lo que pidáis al Padre en mi nombre Yo lo haré para que el Padre sea glorificado en su Hijo. Y haré lo que me pidáis en nombre de mi Nombre. Mi Nombre, en lo que realmente es, es conocido por mí sólo y por el Padre que me ha engendrado y por el Espíritu que de nuestro amor procede. Por ese Nombre todo es posible. El que piensa en mi Nombre con amor me ama, y obtiene; pero no basta amarme, es necesario observar mis mandamientos para tener el verdadero amor.

Son las obras las que dan testimonio de los sentimientos. Y por este amor rogaré al Padre, y Él os dará otro Consolador, que permanezca para siempre con vosotros, Uno en quien Satanás y el mundo no pueden ensañarse, el Espíritu de la Verdad que el mundo no pue-

de recibir ni herir, porque ni le ve ni le conoce. Dirigirá contra Él sus escarnios, pero Él es tan excelso que el escarnio no le podrá herir; mientras que su piedad superará toda medida para aquellos que le amen, aunque sean pobres y débiles. Vosotros le conoceréis, porque ya vive *con* vosotros y pronto estará *en* vosotros.

[27]No os dejaré huérfanos. Ya os he dicho que volveré a vosotros. 600.27
Pero antes de que llegue la hora de venir a recogeros para ir a mi Reino Yo vendré; a *vosotros* vendré. Dentro de poco el mundo ya no me verá. Pero vosotros me veis y me veréis. Porque Yo vivo y vosotros vivís. Porque Yo viviré y vosotros también viviréis. Ese día conoceréis que estoy en el Padre mío y vosotros en mí y Yo en vosotros. Porque el que acoge mis preceptos y los observa es el que me ama, y el que me ama será amado por el Padre mío y poseerá a Dios porque Dios es caridad y quien ama tiene en sí a Dios. Y Yo le amaré porque en él veré a Dios, y me manifestaré a él dándome a conocer en los secretos de mi amor, de mi sabiduría, de mi Divinidad encarnada. Serán mis regresos a los hijos del hombre, a quienes amo, aunque sean débiles e incluso enemigos. Pero éstos serán sólo débiles, y yo los fortaleceré. Les diré: "¡Álzate!", diré "¡Sal afuera!", diré: "¡Sígueme!", diré "Escucha", diré "Escribe"... y vosotros estáis entre éstos».

«¿Por qué, Señor, te manifiestas a nosotros y no al mundo?» pregunta Judas Tadeo.

«Porque me amáis y ponéis por obra mis palabras. El que haga esto será amado por el Padre y Nosotros iremos a él y viviremos con él, en él; mientras que el que no me ama no pone por obra mis palabras y actúa según la carne y el mundo. Ahora bien, sabed que lo que os he dicho no son palabras de Jesús Nazareno sino palabras del Padre, porque Yo soy el Verbo del Padre, que me ha enviado. Os he dicho estas cosas hablando así, con vosotros, porque quiero Yo mismo prepararos a la completa posesión de la Verdad y la Sabiduría. Pero todavía no podéis comprender ni recordar. Mas, cuando venga a vosotros el Consolador, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi Nombre, podréis comprender, y os enseñará todo y os recordará todo lo que Yo os he dicho.

[28]Mi paz os dejo, mi paz os doy. Os la doy no como la da el mundo, 600.28
y ni siquiera como hasta ahora os la he dado: saludo bendito del Bendito a los bendecidos. La paz que ahora os doy es más profunda. En este adiós, os comunico a mí mismo, mi Espíritu de paz, de la misma manera que os he comunicado mi Cuerpo y mi Sangre, para que tengáis en vosotros una fuerza en la inminente batalla. Satanás y el mundo desatan su guerra contra vuestro Jesús. Es su hora. Tened en vosotros la Paz, mi Espíritu que es espíritu de paz, porque Yo

soy el Rey de la paz. Tened esta paz para no sentiros demasiado desvalidos. El que sufre con la paz de Dios dentro de sí, sufre, pero ni blasfema ni se desespera.

No lloréis. Habéis oído también que he dicho: "Voy al Padre y luego regresaré". Si me amarais por encima de la carne, os alegraríais, porque voy con el Padre después de este gran destierro... Voy donde Aquel que es mayor que Yo y que me ama. Os lo he dicho ahora, antes de que se cumpla —como también os he revelado todos los sufrimientos del Redentor antes de ir a ellos— para que, cuando todo se cumpla, creáis más en mí. ¡No os turbéis de esa manera! No os descorazonéis. Vuestro corazón necesita equilibrio...

600.29 [29]Poco me queda para hablaros... ¡y todavía tengo mucho que decir! Llegado al final de esta evangelización mía, me parece como si no hubiera dicho todavía nada, y que mucho, mucho, mucho quede por hacer. Vuestro estado aumenta esta sensación mía. ¿Qué diré entonces? ¿Que he desempeñado con deficiencias mi función?, ¿o que vosotros sois tan duros de corazón, que para nada ha servido mi obra? ¿Dudaré? No. Me pongo en las manos de Dios, y os pongo a vosotros, mis predilectos, en sus manos. Él dará cumplimiento a la obra de su Verbo. No soy como un padre que muere sin más luz que la humana; Yo espero en Dios. Y aun sintiendo en mí el apremio de daros todos los consejos de que os veo necesitados, y aun sintiendo que el tiempo huye, voy tranquilo a mi destino. Sé que sobre las semillas caídas en vosotros está para descender el rocío, un rocío que las hará germinar a *todas* ellas; y luego vendrá el sol del Paráclito, y las semillas se transformarán en árboles corpulentos. Muy pronto llegará el príncipe de este mundo, aquel con quien Yo nada tengo que ver; y, si no hubiera sido por la finalidad redentora, ningún poder hubiera tenido en orden a mí. Pero esto sucede para que el mundo sepa que amo al Padre y que le amo hasta la obediencia de muerte y que por eso hago lo que me ha mandado.

600.30 [30]Es la hora de marcharnos. Levantaos. Oíd las últimas palabras. Yo soy la verdadera Vid. El Padre es el Viñador. Al sarmiento que no produce fruto el Padre lo corta y al que produce fruto lo poda para que dé aún más fruto. Vosotros estáis ya purificados por mi palabra. Permaneced en mí —Yo permanezco en vosotros— para mantener esa pureza. El sarmiento separado de la vid no puede producir fruto. Igualmente vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la Vid; vosotros, los sarmientos. El que permanece unido a mí produce abundantes frutos. Pero si uno se separa se seca, y es arrojado al fuego y allí arde. Porque sin la unión conmigo no podéis hacer nada. Permaneced, pues en mí; que mis palabras permanezcan en vosotros; luego

pedid lo que queráis y se os concederá. El Padre mío, cuanto más fruto deis y cuanto más discípulos míos seáis, más glorificado será.

[31]Como el Padre me ha amado, así os he amado Yo. Permaneced 600.31
en mi amor, que salva. Amándome, seréis obedientes. La obediencia aumenta el recíproco amor. No digáis que me repito. Conozco vuestra debilidad. Quiero que os salvéis. Os digo estas cosas para que la alegría que os he querido dar esté en vosotros y sea completa. Amaos. ¡Amaos! Éste es mi mandamiento nuevo. Amaos unos a otros *más de lo que cada uno ame a sí mismo*. No hay mayor amor que el del que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos y Yo doy la vida por vosotros. Haced lo que os enseño y mando.

Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor, mientras que vosotros sabéis lo que Yo hago. Todo lo sabéis acerca de mí. Me he manifestado a vosotros, pero no sólo esto, sino que también os he revelado al Padre y al Paráclito y todo lo que he oído a Dios.

No os habéis elegido a vosotros mismos, sino que os he elegido Yo y os he elegido para que vayáis a los pueblos y deis fruto en vosotros y en los corazones de los evangelizados y vuestro fruto permanezca, y el Padre os dé todo lo que en mi Nombre le pidáis.

[32]No digáis: "Y entonces, si nos has elegido, ¿por qué has elegido a 600.32
un traidor? Si lo sabes todo, ¿por qué has hecho esto?". No os preguntéis ni siquiera quién es ése. No es un hombre. Es Satanás. Se lo dije al amigo fiel y lo he dejado decir al hijo predilecto. Es Satanás. Si Satanás no se hubiera encarnado —el eterno, torpe remedador de Dios, en una carne mortal—, este poseído no hubiera podido quedar al margen de mi poder de Jesús. He dicho: "poseído". No. Es mucho más: es uno que está anulado en Satanás».

«¿Por qué, Tú que has expulsado los demonios, no le has liberado?» pregunta Santiago de Alfeo.

«¿Lo preguntas por amor a ti, temiendo ser él? No temas eso».

«¿Yo, entonces?».

«¿Yo?».

«¿Yo?».

«Callad. No digo ese nombre. Uso misericordia. Haced vosotros lo mismo».

«¿Pero por qué no le has vencido? ¿No podías?».

«Podía. Pero para impedir a Satanás encarnarse para matarme habría debido exterminar a la raza humana antes de la Redención. ¿Qué habría redimido, entonces?».

«¡Dímelo, Señor, dímelo!». Pedro ha caído de rodillas ante Jesús y le zarandea frenéticamente, como si el delirio se hubiera apoderado

de él. «¿Soy yo? ¿Soy yo? ¿Me examino? No me parece serlo. Pero Tú... has dicho que te negaré... Y tiemblo... ¡Qué horror ser yo!...».

«No, Simón de Jonás, tú no».

«¿Por qué me has quitado mi nombre de "Piedra"? ¿Entonces soy de nuevo Simón? ¿Lo ves? ¡Lo estás diciendo!... ¡Soy yo! ¿Cómo he podido llegar a esto? Decidlo... decidlo vosotros... ¿Cuándo me he hecho traidor?... ¡Simón?... ¡Juan?... ¡Hablad!...».

«¡Pedro! ¡Pedro! ¡Pedro! Te llamo Simón porque pienso en el primer encuentro, cuando eras Simón. Y pienso en cómo has sido leal desde el primer momento. No eres tú. Lo digo Yo: Verdad».

«¿Quién, entonces?».

«¡Pues Judas de Keriot! ¿No lo has entendido todavía?» grita Judas Tadeo, que ya no es capaz de seguir conteniéndose.

«¿Por qué no me lo has dicho antes? ¿Por qué?» grita también Pedro.

«Silencio. Es Satanás. No tiene otro nombre. ¿A dónde vas, Pedro?».

«A buscarle».

«Deja inmediatamente ese manto y esa arma. ¿O es que tengo que expulsarte y maldecirte?».

«¡No, no! ¡Oh, Señor mío! Pero yo... pero yo... ¿estaré enfermo de delirio? ¡Oh! ¡Oh!». Pedro llora arrojado al suelo a los pies de Jesús.

600.33 [33]«Os doy el mandamiento de que os améis. Y que *perdonéis* ¿Habéis comprendido? Aunque en el mundo haya odio, en vosotros haya sólo amor. Hacia *todos*. ¡Cuántos traidores encontraréis en vuestro camino! Pero no debéis odiarlos y devolverles mal por mal. Si eso hiciereis, el Padre os aborrecerá a vosotros. Antes de vosotros, fui odiado y traicionado Yo. Y ya veis que Yo no odio. El mundo no puede amar lo que no es como él. Por tanto, no os amará. Si fuerais suyos, os amaría; pero no sois del mundo, pues que Yo os he tomado de entre el mundo. Y por esto sois odiados.

Os he dicho: el siervo no es más que su señor. Si me han perseguido a mí os perseguirán también a vosotros. Si me han escuchado a mí os escucharán también a vosotros. Pero todo lo harán por causa de mi Nombre, porque no conocen, *no quieren* conocer al que me ha enviado. Si no hubiera venido y no hubiera hablado, no serían culpables, pero ahora su pecado no tiene disculpa. Han visto mis obras, oído mis palabras, y, no obstante, me han odiado, y conmigo a mi Padre. Porque Yo y el Padre somos una sola Unidad con el Amor. Pero estaba escrito: "Me odiaste sin motivo". Mas cuando venga el Conso- *

* *estaba escrito*, en *Salmos 35, 19; 69, 5.*

lador, el Espíritu de verdad que del Padre procede, dará testimonio de mí, y también vosotros lo daréis, porque desde el principio estuvisteis conmigo.

Os digo esto para que cuando sea la hora no quedéis abatidos y escandalizados. Pronto llegará el momento en que os echen de las sinagogas y en que el que os mate pensará que con ello está dando culto a Dios. No han conocido al Padre y tampoco a mí. En esto está su atenuante. Estas cosas no os las he dicho con tanta amplitud antes de ahora porque erais como niños recién nacidos. Pero ahora la madre os deja. Yo me marcho. Deberéis habituaros a otro alimento. Quiero que lo conozcáis.

[34]Ya ninguno me pregunta: "¿A dónde vas?". La tristeza os hace 600.34
mudos. Y, no obstante, es bueno también para vosotros que me marche; si no, no vendrá el Consolador. Yo os lo enviaré. Y, cuando venga, a través de la sabiduría y la palabra, las obras y el heroísmo que infundirá en vosotros, convencerá al mundo de su pecado deicida, y de justicia en orden a mi santidad. Y el mundo será netamente dividido en réprobos, enemigos de Dios, y creyentes. Éstos serán más o menos santos, según su voluntad. Pero se llevará a cabo el juicio del príncipe del mundo y de sus siervos. Más no puedo deciros, porque todavía no podéis entender. Pero Él, el divino Paráclito, os dará la Verdad entera porque no hablará de sí mismo, sino que dirá todo lo que ha oído de la Mente de Dios y os anunciará el futuro. Tomará lo que de mí viene —o sea, aquello que igualmente es del Padre— y os lo dirá.

Todavía un poco nos veremos. Luego ya no me veréis. Después todavía un poco, y me veréis de nuevo.

[35]Hacéis comentarios entre vosotros y en vuestro corazón. Escu- 600.35
chad una parábola. La última de vuestro Maestro.

Cuando una mujer ha concebido y le llega la hora del parto, se encuentra muy afligida porque sufre y gime. Pero, cuando da a luz a su hijito y le estrecha contra su corazón, cesa toda pena y la tristeza se transforma en alegría porque un hombre ha venido al mundo.

Lo mismo vosotros. Lloraréis y el mundo reirá a costa de vosotros. Pero luego vuestra tristeza se transformará en alegría, una alegría que el mundo nunca conocerá. Vosotros ahora estáis tristes. Pero cuando volváis a verme vuestro corazón se llenará de un gozo que ninguno podrá arrebataros, una alegría tan plena, que acallará toda necesidad de pedir, tanto para la mente como para el corazón como para la carne. Sólo os alimentaréis de verme de nuevo, y olvidaréis todas las demás cosas. Y, precisamente desde ese momento, podréis pedir todo en mi Nombre, y el Padre os lo dará, para que vuestra ale-

gría sea cada vez mayor. Pedid, pedid, y recibiréis.

Llega la hora en que podré hablaros abiertamente del Padre. Ello será porque habréis sido fieles en la prueba y *todo* habrá quedado superado; perfecto, pues, vuestro amor, porque os habrá dado fuerza en la prueba. Y lo que os falte a vosotros Yo os lo añadiré tomándolo de mi inmenso tesoro, y diré: "Padre, Tú lo ves: me han amado y han creído que he venido de ti". Bajé a este mundo y ahora lo dejo y voy al Padre, y rogaré por vosotros».

600.36 [36]«¡Oh, ahora te explicas! Ahora sabemos lo que quieres decir y que Tú sabes todo y respondes sin que nadie te pregunte. ¡Verdaderamente vienes de Dios!».

«¿Ahora creéis? ¿En el último momento? ¡Llevo tres años hablándoos! Pero es que ya obra en vosotros el Pan que es Dios y el Vino que es Sangre no venida de hombre, y os comunican el primer estremecimiento de deificación. Seréis dioses si perseveráis en mi amor y en la pertenencia a mí. No como se lo dijo Satanás a Adán y Eva, sino como Yo os lo digo. Es el verdadero fruto del árbol del Bien y de la Vida. El Mal queda vencido en quien se alimente con este fruto, y queda vencida la Muerte. El que coma de él vivirá eternamente y será "dios" en el Reino de Dios. Vosotros seréis dioses si permanecéis en mí. Y, no obstante..., pues, a pesar de tener en vosotros este Pan y esta Sangre —pues está llegando la hora en que os desperdigaréis—, os marcharéis por vuestra cuenta y me dejaréis solo... Pero no estoy solo. Tengo al Padre conmigo. ¡Padre! ¡Padre! ¡No me abandones! Todo os lo he dicho... Para daros paz. Mi paz. Todavía sufriréis opresión. Pero tened fe. Yo he vencido al mundo».

600.37 [37]Jesús se levanta, abre los brazos en cruz y dice, luminoso su rostro, la sublime oración al Padre. Juan la reseña integralmente. *

Los apóstoles lloran más o menos visible y ruidosamente. Por último, cantan un himno.

600.38 [38]Jesús los bendice. Luego ordena: «Vamos a ponernos los mantos, ahora. Y vámonos. Andrés, di al dueño de la casa que deje todo así, por deseo mío. Mañana... os agradará volver a ver este lugar». Jesús lo mira. Parece bendecir las paredes, los muebles, todo. Luego se pone el manto y se encamina, seguido de los discípulos.

A su lado, Juan, en quien se apoya. «¿No saludas a tu Madre?» le pregunta el hijo de Zebedeo.

«No. Todo está ya hecho. Es más, caminad cautelosos».

Simón, que ha encendido un cirio del candelabro, ilumina el vasto pasillo que conduce a la puerta. Pedro abre cautelosamente la puerta

---

* *la reseña integralmente*, en su Evangelio: *Juan 17.*

de fuera y salen todos a la calle; luego, accionando un mecanismo, cierran desde fuera. Y se ponen en camino.

17 de febrero de 1944.

[39]Dice Jesús: 600.39

«Del episodio de la Cena, aparte de la consideración de la caridad de un Dios que se hace Alimento para los hombres, resaltan cuatro enseñanzas principales.

Primera: la necesidad para todos los hijos de Dios de obedecer a la Ley.

La Ley decía que por Pascua se debía comer el cordero según el ritual que había dado el Altísimo a Moisés; y Yo, Hijo verdadero del Dios verdadero, no me consideré, por mi condición divina, exento de la Ley. Estaba en la Tierra: Hombre entre los hombres y Maestro de los hombres. Tenía, por tanto, que cumplir, respecto a Dios, mi deber de hombre *como los demás y mejor que los demás*. Los favores divinos no eximen de la obediencia y del esfuerzo en orden a una santidad cada vez mayor. Si comparáis la santidad más excelsa con la perfección divina, la encontráis siempre llena de imperfecciones, y, por tanto, obligada a esforzarse a sí misma para eliminarlas y alcanzar un grado de perfección semejante lo más posible al de Dios.

[40]*Segunda*: el poder de la oración de María. 600.40

Yo era Dios hecho Carne. Una Carne que por ser sin mancha poseía la fuerza espiritual para dominar la carne. Y, no obstante, no rehúso —antes al contrario: invoco— la ayuda de la Llena de Gracia, la cual también en esos momentos de expiación encontraría, es verdad, sobre su cabeza, cerrado el Cielo, pero no tanto como para no lograr —siendo Ella Reina de los ángeles— arrebatar al Cielo un ángel para el consuelo de su Hijo. ¡Oh, no para ella, pobre Mamá! También Ella saboreó la amargura del abandono del Padre. Pero, por este dolor suyo ofrecido a la Redención, me obtuvo el poder superar la angustia del Huerto de los Olivos y el poder llevar a cumplimiento la Pasión en todo su multiforme rigor (cada uno de cuyos aspectos estaba orientado a lavar una forma y un medio de pecado).

[41]*Tercera*: el dominio de uno mismo y la soportación de la ofensa. 600.41
—el acto de caridad más sublime de todos— pueden poseerlo únicamente aquellos que hacen vida de su vida la ley de caridad, que Yo había proclamado; y no sólo proclamado, sino realmente practicado.

No os podéis hacer una idea lo que fue para mí el tener a mi lado, a la mesa, a mi Traidor; el deber darme a él; el tener que humillarme ante él; el tener que compartir con él el cáliz del rito y poner los labios donde él los había puesto y ofrecer a mi Madre que los pusie-

ra. Vuestros médicos han discutido y discuten sobre mi rápido fin, y lo atribuyen a un daño cardiaco debido a los golpes de la flagelación. Sí, también debido a estos golpes se debilitó mi corazón, pero ya había enfermado en la Cena, quebrantado, quebrantado en el esfuerzo de tener que sufrir a mi lado a mi Traidor. Empecé a morir físicamente entonces. El resto no fue sino un aumento de la agonía ya existente.

Todo lo que pude hacer lo hice, porque era uno con la Caridad. Incluso en el momento en que Dios-Caridad se retiraba de mí supe ser caridad, porque había vivido de caridad en mis treinta y tres años. No se puede llegar a una perfección como se requiere para perdonar y soportar a nuestro ofensor si no se tiene el hábito de la caridad. Yo lo tenía y pude perdonar y soportar a esta obra singular de Ofensor que fue Judas.

600.42 [42]*Cuarta*: el Sacramento obra más cuanto más digno es uno de recibirlo; cuanto más se ha hecho digno de él uno con una constante voluntad que quebranta la carne y hace señor al espíritu, venciendo las concupiscencias, doblegando el ser a las virtudes, tendiendo el ser, cual arco, hacia la perfección de las virtudes, sobre todo, de la caridad.

Porque cuando uno ama tiende a alegrar a aquel a quien ama. Juan, que era puro y era el que más me quería, recibió del Sacramento el máximo de la transformación. Empezó desde ese momento a ser esa águila al que le resultaba familiar y fácil la altura en el Cielo de Dios, fácil fijar su mirada en el Sol eterno. Pero, ¡ay de aquel que recibe el Sacramento sin haberse hecho digno de él, sino que, al contrario, haya aumentado su siempre humana indignidad con las culpas mortales! Entonces el Sacramento pasa de ser germen de preservación y vida, a serlo de corrupción y muerte. Muerte del espíritu y putrefacción de la carne, por lo cual ésta "revienta", como * dice Pedro de la de Judas. No vierte la sangre, líquido siempre vital y hermoso en su púrpura, sino que esparce sus vísceras, negras de toda su libídine, podredumbre que se esparce fuera de la carne corrompida, como de la carroña de un animal inmundo, objeto de repulsa para los que pasan.

La muerte del profanador del Sacramento es siempre la muerte de un desesperado, y, por tanto, no conoce el plácido tránsito propio de quien está en gracia, ni el heroico tránsito de la víctima que sufre agudamente con la mirada fija en el Cielo y el alma segura de la paz. La muerte del desesperado es atroz en contorsiones y terror, es con-

* *como dice Pedro*, en *Hechos 1, 18.*

vulsión horrenda del alma ya aferrada por la mano de Satanás, que la estrangula para descuajarla de la carne, y que la ahoga con su nauseabundo hálito.

Ésta es la diferencia entre el que pasa a la otra vida habiéndose nutrido en ésta de caridad, fe, esperanza, y de todas las otras virtudes y de toda doctrina celeste, y del Pan angélico que le acompaña con sus frutos —y mejor si es con su presencia real— en el extremo viaje, y el que muere después de una vida bestial con muerte bestial no confortada ni por la Gracia ni por el Sacramento: lo primero es el sereno fin del santo al que la muerte le abre el Reino eterno; lo segundo es la espantosa caída del condenado que siente que se hunde en la muerte eterna y conoce en un instante aquello que ha querido perder, sin poder ya reparar. Para uno, ganancia; para el otro, ser despojado. Para uno, alegría; para el otro, terror.

Esto es lo que os dais, según que creáis en mi don y lo améis, o que no creáis en él y lo despreciéis. Y ésta es la enseñanza de esta contemplación».

Pasión y Muerte de Jesús.

601. Introducción.

10 de febrero de 1944

601.1 [1]Dice Jesús:

«Y ahora ven. Aunque estés esta noche como uno próximo a expirar, ven, que quiero guiarte hacia *mis* sufrimientos. Largo será el camino que tendremos que recorrer juntos, porque no se me eximió de ningún dolor. De ningún dolor de la carne, de ninguno de la mente, de ninguno del corazón, de ninguno del espíritu. *Todos* los experimenté, con todos me alimenté, todos fueron bebida para mi sed, hasta morir por causa de ellos.

Si apoyaras en mi labio tu boca, sentirías en él todavía la amargura de tanto dolor. Si pudieras ver mi Humanidad en su aspecto fúlgido de ahora, verías que ese fulgor emana de las innumerables heridas que cubrieron con una túnica de púrpura viva mis miembros lacerados, desangrados, maltratados, traspasados por amor a vosotros.

Ahora es fúlgida mi Humanidad. Pero hubo un día en que, de tanto como la maltrataron y humillaron, asemejó a la de un leproso. El Hombre-Dios, que tenía en sí la perfección de la belleza física porque era Hijo de Dios y de la Mujer sin mancha, apareció entonces, ante los ojos de quien le miraba con amor, con curiosidad o mirada despreciadora, feo: un "gusano" como dice David, el oprobio de los * hombres, el desecho de la plebe.

El amor al Padre y a las criaturas de mi Padre me llevó a abandonar mi cuerpo a los que me golpeaban, a ofrecer mi rostro a los que me abofeteaban y escupían, a los que creían hacer una obra meritoria arrancándome los mechones de cabello y la barba, hincando en mi cabeza espinas, haciendo cómplices incluso a la tierra y a sus frutos de los tormentos que ellos infligían a su propio Salvador, dislocándome los miembros, descubriendo mis huesos, arrancándome las vestiduras y dando así a mi pureza la mayor de las torturas, clavándome en un madero y levantándome como el matarife cuelga de los ganchos a un cordero degollado, y ladrando alrededor de mi agonía como una manada de lobos famélicos, cuya ferocidad aumenta con el olor de la sangre.

---

* *dice David*, en *Salmo 22, 7*. Siguen citas de: *Isaías 53, 4-5*; *Cantar de los Cantares 2, 10-12*.

Acusado, condenado, matado. Traicionado, negado, vendido. Abandonado incluso por Dios, al estar sobre mí los delitos con que Yo me había cargado. En un estado de pobreza mayor que el de un mendigo asaltado por bandoleros, porque no me dejaron ni siquiera el vestido para cubrir mi lívida desnudez de mártir. No eximido, ni siquiera después de la muerte, de la agresión de una herida ni de las calumnias de los enemigos. Sumergido en el fango de todos vuestros pecados, hundido hasta el fondo de las tinieblas del dolor, sin luz del Cielo que respondiera a mi mirada agonizante, ni voz divina que respondiera a mi extrema invocación.

[2]Isaías expresa la razón de tanto dolor: "Verdaderamente Él ha tomado sobre sí nuestros males y ha llevado nuestros dolores". 601.2

¡*Nuestros dolores*! ¡Sí, por vosotros los he llevado! Para aliviar los vuestros, para mitigarlos, para anularlos, *si me hubierais sido fieles. Pero no habéis querido serlo*. ¿Y qué he recibido a cambio? Me habéis "mirado como a un leproso, como a uno castigado por Dios". Sí, sobre mí estaba la lepra de vuestros pecados infinitos; sobre mí estaba, como un vestido de penitencia, como un cilicio. ¿Y cómo no habéis visto transparentarse a Dios con su infinita caridad a través de esa vestidura que echó sobre su santidad por vosotros!

"Llagado por nuestras iniquidades, traspasado por nuestros desmanes" dice Isaías, que con sus ojos proféticos veía al Hijo del hombre transformado todo en una equimosis para sanar las de los hombres. ¡Ah, si sólo hubieran sido heridas infligidas en mi carne! No.

Lo que más heristeis fue mi sentimiento y mi espíritu. De uno y de otro habéis hecho objeto de burla y blanco de agresión. Me heristeis, a través de Judas, en la amistad que había depositado en vosotros; a través de Pedro, que niega, en la fidelidad que de vosotros esperaba; a través de los que —después de haberlos curado de tantas enfermedades— me gritaban "¡Muere!", me heristeis en lo relativo a la gratitud por mis beneficios; me heristeis en el amor, por la congoja infligida a mi Madre; en orden a la religión, declarándome blasfemo contra Dios (a mí que por el celo de la causa de Dios me había puesto en las manos del hombre encarnándome y padeciendo durante toda la vida y abandonándome a la crueldad humana sin emitir ni palabra ni quejido).

Habría bastado que Yo hubiera vuelto la mirada, para que mis acusadores, jueces y verdugos hubiesen quedado reducidos a cenizas. Pero había venido voluntariamente para cumplir el sacrificio; y, como un cordero, porque era el Cordero de Dios y *lo soy* eternamente, me dejé llevar para ser despojado y matado y para hacer de mi Carne vuestra Vida.

Cuando fui elevado ya estaba consumido por padecimientos sin nombre, *con todos los nombres*. Empecé a morir en Belén, al ver la luz de la Tierra, tan angustiosamente distinta para mí, que era el Viviente del Cielo. Seguí muriendo en la pobreza, en el destierro, en la huida, en el trabajo, en la incomprensión, en la fatiga, en la traición, en los sentimientos arrancados, en las torturas, en las mentiras, en las blasfemias. ¡Esto es lo que dio el hombre a Aquel que venía a unirle de nuevo con Dios!

601.3 [3]María, mira a tu Salvador. No lleva una vestidura blanca ni sus cabellos son rubios, no tiene esa mirada de zafiro que tú conoces: su túnica está roja de sangre, lacerada y cubierta de porquerías y esputos; su cara, tumefacta y desencajada; su mirada, velada por la sangre y el llanto, y te mira a través de la costra de sangre y llanto y polvo que cargan sus párpados. ¿Mis manos? Ya ves, son ya una entera llaga y esperan la llaga última.

Mira, pequeño Juan, como me miró tu hermano Juan. Tras mis pasos van quedando huellas de sangre. El sudor diluye la sangre que fluye de las heridas de los azotes y la que todavía queda de la agonía del Huerto. La palabra sale —en el jadeo de la fatiga de un corazón ya moribundo por toda suerte de torturas— de esos labios abrasados y contusos.

De ahora en adelante, frecuentemente, me verás así. Soy el Rey del Dolor y vendré a hablarte del dolor mío con mi vestidura regia. Sígueme a pesar de tu agonía. Soy el Compasivo, y sabré también poner delante de tus labios amargados por mi dolor la miel aromática de más serenas contemplaciones. Pero debes preferir estas de sangre, porque por ellas tú tienes la Vida y con ellas llevarás a otros a la Vida. Besa mi mano ensangrentada y estáte vigilante, meditando en mí como Redentor».

601.4 [4]Veo a Jesús como Él se describe. Esta noche, desde las siete (ya es la una y cuarto del día once) me hallo verdaderamente en agonía.

601.5 [5]Me dice Jesús esta mañana, 11 de febrero, a las siete y media:

«Ayer por la noche he querido hablarte sólo de mí como Cristo penante, porque he comenzado la descripción y visión de mis dolores. Ayer por la noche ha sido la introducción. ¡Y estabas tan agotada, amiga mía! Pero antes de que vuelva la agonía debo reprocharte dulcemente algo.

Ayer por la mañana te comportaste egoístamente. Le dijiste al * Padre: "Esperemos que yo continúe, porque mi fatiga es la mayor".

* *al Padre*, es decir, al Padre Migliorini, cuya *fatiga* es explicada en nota en 174.10.

No. La *suya* es la mayor, porque es fatigosa y no tiene la compensación de la beatitud que significa el ver y tener a Jesús, presente como le tienes tú, incluso con su santa Humanidad. No seas nunca egoísta, ni siquiera en las cosas más pequeñas. Una discípula, un pequeño Juan, debe ser humildísimo y amantísimo como su Jesús.

Y ahora ven a estar conmigo. "Han aparecido las flores... el tiempo de la poda ha llegado... se ha oído en el campo la voz de la tortolita...". Y son las flores nacidas en las pozas de la Sangre de tu Cristo. Y Aquel que será cortado como rama podada es el Redentor. Y la voz de la tórtola, que llama a su esposa a su banquete de boda dolorosa y santa, es mi voz que te quiere.

Álzate y ven, como dice la Misa de hoy. Ven a contemplar y a sufrir. Es el don que concedo a los predilectos».

602. Hacia el Getsemaní con once apóstoles. La agonía y el prendimiento.

16 de marzo de 1945.

[1]La calle está llena de silencio. Sólo una fuentecilla que vierte su 602.1
agua en una pila de piedra pone un sonido en medio de tanto silencio. En las paredes de las casas, en el lado oriental, todavía hay obscuridad, mientras que en el otro lado la Luna empieza a blanquear la cima de las casas y, donde la calle se ensancha formando una placita, el lácteo color de plata de la Luna desciende a embellecer también los cantos y la tierra de la calle. Pero debajo de los frecuentes arcos que van de casa a casa, semejantes a puentes levadizos o a puntales de estas viejas casas de escasísimas aperturas hacia la calle, y que a esta hora están del todo cerradas y obscuras como si fueran casas abandonadas, hay obscuridad perfecta, y el color rojizo de la antorcha que lleva Simón adquiere una vivacidad singular y una utilidad aún mayor. Los rostros, con esa luz roja y móvil, muestran un relieve neto, y cada uno de ellos revela un estado de ánimo distinto.

El más solemne y tranquilo es el de Jesús, aunque el cansancio le avejente marcándole con líneas que normalmente no tiene y que hacen ya aparecer la futura efigie de su rostro recompuesto en la muerte.

Juan, que camina a su lado, va posando su mirada atónita, doliente, en todo lo que ve a su alrededor; parece un niño aterrorizado por alguna narración que haya oído contar o por alguna promesa amedrentadora, y parece invocar la ayuda de alguien que sepa más que él. Pero ¿quién podrá ayudarle?

Simón, que va al altro lado de Jesús, tiene una expresión cerrada, sombría, propia de quien va rumiando dentro de sí pensamientos atroces; y aun así es el único que, además de Jesús, mantiene un aspecto de noble gravedad.

602.2 [2]Los demás, en dos grupos cuya formación continuamente se altera, son la agitación personificada. De vez en cuando, la voz ronca de Pedro y la voz de barítono de Tomás se elevan con extraña resonancia; y la moderan luego, como temerosos por lo que dicen. Van discutiendo sobre lo que debe hacerse: quién propone una cosa, quién otra; pero todas las propuestas son inconsistentes, porque realmente está para comenzar "la hora de las tinieblas" y los juicios humanos quedan obscurecidos y confusos.

«Había que habérmelo dicho antes» dice Pedro con estrangulada voz.

«Pero nadie ha hablado. Tampoco el Maestro...» dice Andrés.

«¡Sí, ya, Él te lo iba a decir! ¡Vamos, hermano, parece que no le conocieras!...» le responde Pedro.

«Yo percibía algo turbio. Y lo dije: "Vamos a morir con Él". ¿Os acordáis? ¡Pero, por nuestro santísimo Dios, si hubiera sabido que era Judas de Simón!...» brama Tomás amenazador.

«¿Y qué querías hacer?» pregunta Bartolomé.

«¿Yo? ¡Todavía intervendría ahora, si me ayudarais!».

«¿Qué harías? ¿Irías a matarle? ¿Y a dónde?».

«No. Me llevaría al Maestro. Es más fácil».

«¡No iría!».

«No se lo preguntaría. Le raptaría como se rapta a una mujer».

«¡Pues no sería mala idea!» dice Pedro. Y, impulsivo, vuelve hacia atrás, se pone en el grupo de los dos hijos de Alfeo, los cuales, con Mateo y Santiago, van bisbiseando como conjurados. «Oíd: Tomás propone llevarnos a Jesús. Todos juntos. Se podría... desde Get-Sammí, por Betfagé, hasta Betania, y de allí... en barca hacia algún lugar. ¿Lo hacemos? Puesto en salvo Él, volvemos y nos quitamos de en medio a Judas».

«Es inútil. Todo Israel es una trampa» dice Santiago de Alfeo.

«Próxima ya a cerrarse. Esto se comprendía. ¡Demasiado odio!».

«¡Pero Mateo! ¡Me da rabia oírte eso! ¡Eras más valiente cuando eras pecador! Di tú, Felipe».

Felipe, que va completamente solo y parece monologar, alza la cara y se para. Pedro se acerca a él. Hablan los dos en voz baja. Luego se unen al grupo de antes: «Yo diría que el sitio mejor es el Templo» dice Felipe.

«¿Estás loco?» gritan los primos y Mateo y Santiago. «¡Pero si

allí quieren su muerte!».

«¡Chss! ¡Cuánto jaleo armáis! Yo sé lo que digo. Le buscarán por todas partes, pero allí no. Tú y Juan tenéis buenas amistades entre los servidores de Anás. Se da una buena cantidad de oro... y todo arreglado. ¡Creedme! El sitio mejor para esconder a uno perseguido es la casa de los carceleros».

«Yo no lo hago» dice Santiago de Zebedeo. «De todas formas, mira a ver lo que dicen también los demás. El primero, Juan. ¿Y si luego le arrestan? No quiero que se diga que soy yo el traidor...».

«No había pensado en eso. ¿Y entonces?». Pedro está completamente descorazonado.

«Entonces, yo diría que es compasivo hacer una cosa. La única que podemos hacer. Alejar a la Madre...» dice Judas de Alfeo.

«¡Ya!... Pero... ¿Y quién va? ¿Qué se le dice? Ve tú, que eres pariente».

«Yo me quedo con Jesús. Tengo derecho. Ve tú».

«¡¿Yo?! Me he armado de espada para morir como Eleazar de Saura. Atravesaré legiones para defender a mi Jesús y descargaré mi espada sin contemplaciones. Si muero por la fuerza de un número mayor, no importa. Le habré defendido» proclama Pedro.

«¿Pero estás totalmente seguro de que es Judas Iscariote?» pregunta Felipe a Judas Tadeo.

«Estoy seguro. Ninguno de nosotros tiene corazón de serpiente. Sólo él... Ve tú, Mateo, donde María, y dile...».

«¿Yo? ¿Engañarla? ¿Verla a mi lado desconocedora de lo que sucede y luego...? ¡Ah, no! Estoy dispuesto a morir, pero no a traicionar a esa paloma...».

Las voces se mezclan en un susurro.

[3]«¿Oyes? Maestro, nosotros te queremos» dice Simón. 602.3

«Lo sé. No necesito esas palabras para saberlo. Y, si dan paz al corazón del Cristo, le hieren el alma».

«¿Por qué, mi Señor? Son palabras de amor».

«De *amor enteramente humano*. En verdad, en estos tres años no he hecho nada, porque sois todavía más humanos que en la primera hora. Actúan en vosotros todos los fermentos, los más fangosos, esta noche. Pero no es culpa vuestra...».

«¡Sálvate, Jesús!» dice Juan gimiendo.

«Me salvo».

«¿Sí? ¡Oh, mi Dios, gracias!». Juan parece una flor, primero combada por un calor abrasador y ahora erguida de nuevo en su tallo, fresca. «Voy a decírselo a los otros. ¿A dónde vamos?».

«Yo a la muerte, vosotros a la Fe».

«¿Pero no acabas de decir que te ibas a salvar?». El predilecto se abate otra vez.

«Me salvo, eso es, me salvo. Si no obedeciera al Padre me perdería. Obedezco y, por tanto, me salvo. ¡No llores de esa manera! Eres menos valiente que los discípulos de aquel filósofo griego de que te hablé un día. Ellos estuvieron al lado del maestro que moría a causa de la cicuta, confortándole con su dolor viril. Tú... pareces un niño que haya perdido a su padre».

«¿Y no es, acaso, así? ¡Yo pierdo más que a mi padre! Te pierdo a ti...».

«No me pierdes, porque sigues queriéndome. Se pierde a uno que esté separado de nosotros, por el olvido en la Tierra, por el Juicio de Dios en el más allá. Pero nosotros no estaremos separados. Nunca. Ni por una cosa ni por la otra».

Pero Juan no comprende razones.

602.4 [4]Simón se acerca todavía más a Jesús, y le confía en voz baja: «Maestro... yo... yo y Simón Pedro teníamos la esperanza de hacer una cosa buena... Pero... Tú que sabes todo, dime: ¿dentro de cuántas horas esperas ser capturado?».

«En cuanto la Luna ocupe el ápice de su arco».

Simón pone un gesto de dolor y de impaciencia, por no decir de irritación. «Entonces todo ha sido inútil... Maestro, ahora te explico. Casi nos has reprendido a mí y a Simón Pedro por haberte dejado tan solo en estos últimos días... Pero estábamos lejos por ti... por amor a ti. Pedro, en la noche del lunes, impresionado por tus palabras, vino a mí mientras dormía y me dijo: "Yo y tú, de ti me fío, tenemos que hacer algo por Jesús. También Judas ha dicho que quiere intervenir". ¡Oh! ¿Por qué no hemos comprendido entonces? ¿Por qué no nos dijiste nada Tú? Pero, dime: ¿no se lo has dicho a nadie? ¿A nadie en absoluto? ¿Es que te has percatado de ello hace sólo unas horas?».

«Lo he sabido siempre. Aun antes de que formara parte de los discípulos. Y para que su delito no fuera perfecto, tanto en lo divino como en lo humano, he tratado por todos los medios de alejarle de mí. Los que quieren que Yo muera son los verdugos de Dios; éste, mi discípulo y amigo, es también el traidor, el verdugo del Hombre. Mi primer verdugo, porque ya he recibido de él muerte con el esfuerzo de tenerle a mi lado, en la mesa, y de deber protegerle a costa de mí mismo contra vosotros».

«¿Y ninguno lo sabe?».

«Juan. Se lo he dicho al final de la Cena. Pero ¿qué habéis hecho?».

«¿Y Lázaro? ¿Lázaro no sabe nada en absoluto? Hoy hemos estado en su casa. Porque ha venido muy de mañana, ha sacrificado y se ha vuelto a marchar sin siquiera detenerse en su palacio ni ir al Pretorio. Porque él va siempre, por costumbre tomada de su padre. Y Pilato, ya lo sabes, está en estos días en la ciudad...».

«Sí. Todos están. Está Roma: la nueva Sión, con Pilato; está Israel, con Caifás y Herodes; está todo Israel, porque la Pascua ha congregado a los hijos de este pueblo a los pies del altar de Dios... [5]¿Has visto a Gamaliel?». 602.5

«Sí. ¿Por qué esta pregunta? Tengo que verle también mañana...».

«Gamaliel esta noche está en Betfagé. Lo sé. Cuando lleguemos al Getsemaní irás donde él y le dirás: "Dentro de poco tendrás el signo que esperas desde hace veintiún años". Nada más. Luego volverás con tus compañeros».

«Pero ¿cómo lo sabes? ¡Oh, Maestro mío, pobre Maestro que no tienes ni siquiera el consuelo de ignorar las obras ajenas!».

«Bien dices: ¡pobre Maestro! ¡*El consuelo de ignorar*! Porque son más las obras malas que las buenas. Pero veo también las buenas y exulto por ellas».

«Entonces sabes que...».

«Simón: es mi hora de pasión. Para que sea más completa, el Padre, a medida que ésta se va aproximando, me retira la luz. Dentro de poco tendré sólo tinieblas y la contemplación de lo que son tinieblas: o sea, todos los pecados de los hombres. No puedes, no podéis entender. Ninguno, excepto el llamado por Dios a ello por especial misión, comprenderá esta pasión en la *gran* Pasión; y, dado que el hombre es material incluso en el amar y en el meditar, habrá quien llore y sufra por mis golpes, por las torturas del Redentor; pero no se medirá esta espiritual tortura que —creedlo vosotros que me escucháis— será la más atroz... Habla, por tanto, Simón. Guíame por los senderos por donde tu amistad fue por causa mía, porque soy un pobre que va perdiendo la visión y ve fantasmas, no cosas reales...».

Juan le abraza y pregunta: «¿Pero es que ya no ves a tu Juan?».

«Te veo. Pero los fantasmas surgen de las brumas de Satanás. Visiones de pesadilla y de dolor. Todos estamos envueltos en este miasma de infierno, esta noche. En mí trata de crear cobardía, desobediencia y dolor; en vosotros creará desilusión y miedo; en otros —personas que incluso no son ni medrosos ni dados al delito— creará miedo y delincuencia; en otros, que ya son de Satanás, creará la perversión sobrenatural (lo llamo así porque su perfección en el mal será tal, que superará las humanas posibilidades y alcanzará la perfección que siempre es propia de lo sobrehumano). [6]Habla, Simón». 602.6

«Sí. Desde el martes no hacemos otra cosa sino salir para saber, para prevenir, para buscar ayuda».

«¿Y qué habéis podido hacer?».

«Nada. O muy poco».

«Y ese poco será "nada" cuando el miedo paralice los corazones».

«He tenido también un choque con Lázaro... Es la primera vez que me sucede... Un choque porque me parecía inactivo... Podría hacer algo. Es amigo del Gobernador. ¡Sigue siendo el hijo de Teófilo! Pero Lázaro ha rechazado todas mis propuestas. Le he dejado gritándole: "¡Pienso que eres tú ese amigo del que habla el Maestro! ¡Me produces horror!". Y no quería yo volver a su casa... Pero esta mañana me ha llamado y me ha dicho: "¿Puedes pensar todavía que sea yo su traidor?". Yo había visto ya a Gamaliel y a José y a Cusa, y a Nicodemo y Manahén, en fin, a tu hermano José... y ya no podía creer esa cosa. Le he dicho: "Perdona, Lázaro. Pero siento mi mente más confusa que cuando yo mismo era un condenado". Y es así, Maestro... Yo ya no soy yo... Pero ¿por qué sonríes?».

«Porque esto confirma todo lo que te he dicho antes. La bruma de Satanás te envuelve y te turba. ¿Qué ha respondido Lázaro?».

«Ha dicho: "Te comprendo. Ven hoy, con Nicodemo. Necesito verte". Y es lo que he hecho mientras Simón Pedro iba donde los galileos. Porque tu hermano —él, desde tan lejos— está más informado que nosotros. Dice que lo ha sabido por azar, hablando con un galileo anciano que vive cerca de la zona de mercado, amigo de Alfeo y José».

«¡Ah!... sí... un gran amigo de la casa...».

«Él está allá, con Simón y las mujeres; también está la familia de Caná».

«He visto a Simón».

«Bueno, pues José, por este amigo suyo, que además es amigo de uno del Templo que ahora es pariente suyo por enlaces con mujeres, ha sabido que está decidida tu captura, y le ha dicho a Pedro: "Siempre me opuse a Él. Pero por amor y mientras Él era fuerte. Pero ahora que es como un niño a merced de sus enemigos, yo, pariente suyo que siempre le ha querido, estoy con Él. Es deber de sangre y de corazón"».

Jesús sonríe, y vuelve a verse en Él, un instante, la cara serena de las horas de alegría.

«Y José le ha dicho a Pedro: "Los fariseos de Galilea son áspides como todos los fariseos. Pero Galilea no está compuesta sólo de fariseos. Y aquí hay muchos galileos que le quieren. Vamos y les proponemos unirse para defenderle. No tenemos más que cuchillos. Pero hasta un palo es un arma, si se maneja bien. Y, si no vienen los sol-

dados romanos, pronto nos impondremos a esa canalla vil que son los esbirros del Templo". Y Pedro fue con él. 'Yo, mientras, iba donde 602.7
Lázaro, con Nicodemo. Habíamos decidido convencer a Lázaro de que viniera con nosotros y de que abriera su casa para estar contigo. Nos dijo: "Debo obedecer a Jesús y estar aquí, sufriendo el doble...". ¿Es verdad?».

«Es verdad. Le di esa orden».

«Pero me dio las espadas. Son suyas. Una para mí, una para Pedro. También Cusa quería darme las espadas. Pero... ¿qué son dos hierros contra todo un mundo? Cusa no puede creer que sea verdad todo esto que dices. Jura que no sabe nada y que en la corte la única idea que hay es la de gozarse la fiesta... Una juerga, como de costumbre. Tanto es así, que le ha dicho a Juana que se retire a una casa que tienen ellos en Judea. Pero Juana quiere quedarse aquí; dentro de su palacio y como si no estuviera. No se aleja. Con ella están Plautina, Ana, Nique y dos damas romanas de la casa de Claudia. Lloran, oran e incitan a orar a los inocentes. Pero no es tiempo de oraciones, es tiempo de sangre. ¡Siento revivir en mí al "zelote" y ya ansío matar para cobrar venganza!...».

«¡Simón!». Jesús habla severísimo. «¡Si mi intención hubiera sido que murieras bajo la maldición, no te hubiera sacado de tu desgracia!...».

«¡Oh, perdón, Maestro... perdón! Soy como un borracho, como uno que delira».

«¿Y Manahén qué dice?».

«Manahén dice que no puede ser verdad, y que si lo fuera te seguiría hasta en el suplicio».

«¡Cómo os fiáis todos de vosotros mismos!... ¡Cuánta soberbia hay en el hombre! ¿Y Nicodemo y José? ¿Qué saben?».

«No más que yo. Hace tiempo, en una asamblea, José se enfrentó al Sanedrín. Los llamó asesinos por querer matar a un inocente, y dijo: "Todo es ilegal aquí dentro. Razón tiene Él. El abominio está en la casa del Señor. Es necesario destruir este altar, porque ha sido profanado". No le lapidaron por ser *quien* era. Pero desde entonces le han mantenido en una total falta de información. Sólo Gamaliel y Nicodemo han seguido manteniendo la amistad con él. Pero el primero no habla, y el segundo... Ni él ni José han vuelto a ser llamados al Sanedrín para las decisiones más genuinas. Se reúnen ilegalmente, acá o allá, a distintas horas, por miedo a ellos y a Roma. ¡Ah, se me olvidaba!... Los pastores. También ellos están con los galileos. ¡Pero somos pocos! ¡Si Lázaro hubiera querido escucharnos e ir a ver al Pretor! Pero no nos prestó oídos... Esto es lo que hemos hecho...

Mucho... y nada... Y me siento tan abatido que me dan ganas de ir por los campos gritando como un chacal, de degradarme en una orgía, de matar como un bandolero, con tal de alejar de mí este pensamiento que, como han dicho Lázaro, José, Cusa, Manahén y Gamaliel, es "completamente inútil"...». El Zelote no parece él...

«¿Qué ha dicho el rabí?».

«Ha dicho: "No conozco exactamente los propósitos de Caifás. Pero os respondo que lo que decís está profetizado sólo para el Cristo. Y como *no admito* en este profeta al Cristo, no veo que haya motivo para intranquilizarse. Se dará muerte a un hombre, a un hombre bueno, amigo de Dios. Pero ¡¿de cuántos como él ha bebido Sión la sangre?!". Y, dado que insistíamos en tu divina Naturaleza, ha repetido testarudamente: "Cuando vea el signo, creeré". Y ha prometido abstenerse de votar por tu muerte; es más, ha prometido que, si es posible, convencerá a los otros de no condenarte. Esto, no más. ¡No cree!
602.8 ¡No cree! Si se pudiera llegar a mañana... Pero dices que no. [8]¡Oh, ¿qué vamos a hacer nosotros?!».

«Tú irás donde Lázaro y tratarás de llevar contigo a todos los que puedas. No sólo de los apóstoles, sino también de los discípulos que encuentres vagando por los caminos de la campiña. Trata de ver a los pastores y dales esta orden. La casa de Betania es más que nunca la casa de Betania, la casa de la buena hospitalidad. Los que no tengan el valor de afrontar el odio de todo un pueblo, que se refugien allí. A esperar...».

«Pero nosotros no te dejaremos».

«No os separéis... Separados no seríais nada; unidos seréis todavía una fuerza. Simón: prométeme esto. Tú eres un hombre sereno, fiel, con palabra e influencia incluso ante Pedro. Y estás *muy* obligado conmigo. Te recuerdo esto, por primera vez, para imponerte la obediencia. Mira: estamos en el Cedrón. Por ahí subiste, leproso, hacia mí, y de ahí saliste ya limpio. Por lo que te di, dame: da al Hombre lo que Yo di al hombre: ahora el leproso soy Yo...».

«¡Nooo! ¡No digas eso!» gimen juntos los dos discípulos.

«¡Así es! Pedro, mis hermanos, serán los más abatidos. Mi honesto Pedro se sentirá como un malhechor y no tendrá paz. Y mis hermanos... No tendrán corazón para mirar ni a su madre ni a la mía... Te los confío...».

«¿Y yo, Señor, de quién seré? ¿En mí no piensas?».

«¡Niño mío! Tú estás confiado a tu amor. Es tan fuerte, que te guiará como una madre. No te doy ni orden ni guía; te dejo en las aguas del amor: son en ti un río tan tranquilo y profundo, que no me plantean ninguna duda sobre tu futuro. Simón, ¿has comprendido?

¡Prométemelo! ¡Prométemelo!». Es penoso ver a Jesús tan angustiado... Sigue diciendo: «¡Antes de que vengan los otros! ¡Oh, gracias! ¡Bendito seas!».

[9]Todo el grupo se reúne. 602.9

«Ahora vamos a separarnos. Yo voy arriba, a orar. Quiero conmigo a Pedro, Juan y Santiago. Vosotros quedaos aquí. Y si os vierais en grave apuro, llamad. Y no temáis. No os tocarán ni un pelo. Orad por mí. Deponed el odio y el miedo. Será sólo un momento... Luego el júbilo será completo. Sonreíd. Que lleve Yo en mi corazón vuestras sonrisas. Y, una vez más, gracias por todo, amigos. Adiós. Que el Señor no os abandone...».

Jesús se echa a andar y se separa de los apóstoles, mientras Pedro pide la antorcha a Simón, después de que éste ha encendido con ella ramas secas resinosas, que arden crujiendo en el extremo del olivar y expanden olor de enebro. Me aflige ver a Judas Tadeo mirar a Jesús con tan intensa y doliente mirada, que Jesús se vuelve buscando al que le ha mirado. Pero Judas Tadeo se esconde detrás de Bartolomé y se muerde los labios para contenerse.

Jesús hace un gesto con la mano, entre una bendición y un adiós, y luego prosigue su camino. La Luna, ya bien alta, envuelve con su luz la alta figura de Jesús, y parece hacerla más alta incluso, espiritualizándola, haciendo más clara la túnica roja y más pálido el oro de sus cabellos. Detrás de Él, aceleran el paso Pedro —con la antorcha— y los dos hijos de Zebedeo.

[10]Prosiguen hasta el límite del primer desnivel del rústico anfiteatro del olivar, cuya entrada sería el calvero irregular y cuyas gradas serían las terrazas, que ascienden formando escalones de olivos en el monte. Luego Jesús dice: «Deteneos, esperadme aquí mientras oro. Pero no os durmáis. Podría necesitaros. Y os lo pido por caridad: ¡orad! Vuestro Maestro está *muy* abatido». 602.10

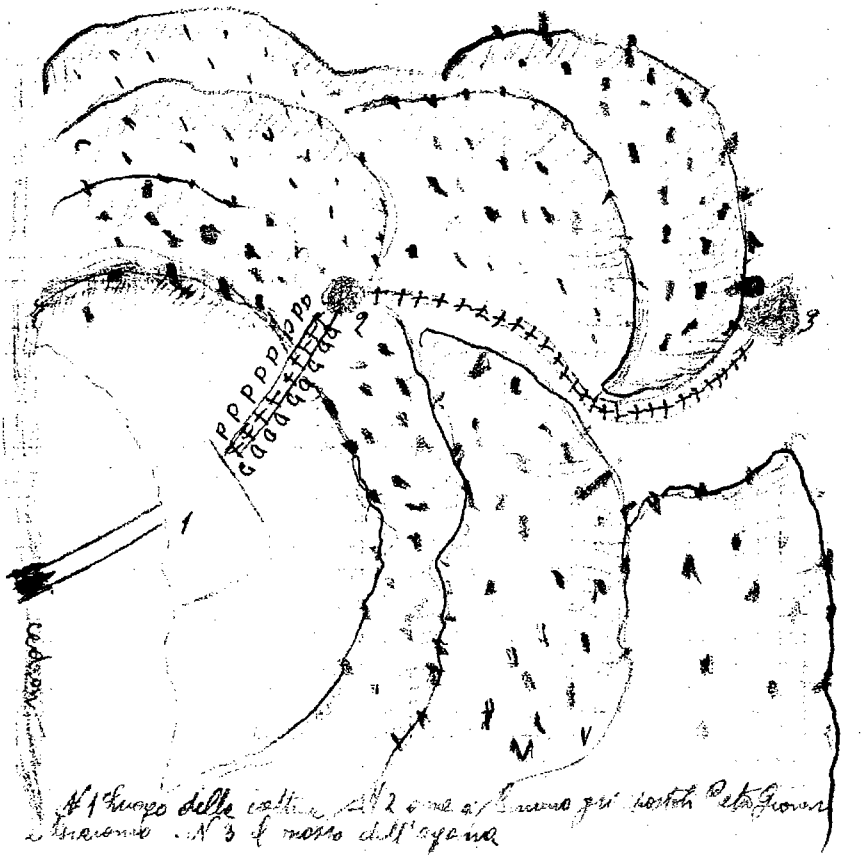
En efecto, su abatimiento es ya profundo. Parece ya bajo un peso que le oprime. ¿Dónde está ese Jesús vigoroso que hablaba a las multitudes, hermoso, fuerte, de mirada dominadora, sonrisa serena, voz sonora y bellísima? Parece ya apoderarse de Él la congoja. Es como uno que hubiera corrido o llorado. Tiene voz cansada, entrecortada. Está triste, triste, triste...

Pedro responde por los tres: «Puedes estar tranquilo, Maestro. Vigilaremos y estaremos en oración. Sólo tienes que llamarnos e iremos».

Y Jesús los deja mientras los tres se agachan para recoger hojas y ramos secos y encender así una hoguerita que sirva para mantenerlos despiertos y combatir el relente, que empieza a descender

abundante.

602.11 [11]Camina, dándoles la espalda, de Occidente a Oriente; de forma que tiene de frente la luz lunar. Veo que un gran sufrimiento dilata aún más sus ojos. Quizás es un bistre de cansancio lo que los agranda, o quizás es la sombra del arco superciliar; no lo sé. Sé que tiene los ojos más abiertos y hundidos. Sube cabizbajo. Sólo de vez en cuando alza la cabeza, suspirando como si le costara esfuerzo y jadeara, y entonces recorre con su mirada tristísima el plácido olivar. Sube algunos metros. Luego tuerce por detrás de una elevación que queda entre Él y los tres dejados más abajo. *



* *más abajo.* MV coloca a continuación de estas palabras el bosquejo que reproducimos en esta página. En él figuran el *Cedrón* (a la izquierda, verticalmente) y los números *1 2 3* (casi en el centro, en secuencia horizontal) con las siguientes, respectivas explicaciones al pie: *N. 1 lugar del prendimiento - N. 2 donde se detienen los apóstoles Pedro Juan y Santiago - N. 3 la roca de la agonía.*

Este saliente de la ladera, que al principio tiene una altura de pocos decímetros, es cada vez más alto, y, después de un pequeño trecho tiene ya una altura de más de dos metros, de forma que resguarda completamente a Jesús de toda mirada más o menos discreta y amiga. Jesús prosigue hasta una voluminosa piedra que en un determinado punto corta el senderillo (una roca que quizá ha sido puesta como sostén de la vertiente que hacia abajo cae más inclinada y desnuda hasta un inerte cúmulo de piedras que precede a los muros tras los que está Jerusalén, y que hacia arriba sigue subiendo con más terrazas y más olivos). Junto a esta voluminosa piedra, justo un poco más arriba, prominente, hay un olivo todo nudoso y retorcido: parece un caprichoso signo de interrogación puesto por la naturaleza para preguntar algún porqué. Sus tupidas ramas en la cima de su copa responden a la pregunta del tronco, diciendo ora "sí" plegándose hacia el suelo, ora "no" moviéndose de derecha a izquierda, al son de un leve viento que sopla a intervalos entre las frondas, y que a veces huele sólo a tierra, a veces a ese olor amargoso de los olivos, y a veces trae una mezcla de perfume de rosas y muguetes que quién sabe de dónde pueda venir. Al otro lado del senderillo, hacia abajo, hay otros olivos, uno de los cuales, justo debajo de la roca, está hendido por algún rayo y aun así vivo todavía, o bifurcado por una causa que desconozco, a partir del tronco inicial y que ha hecho dos troncos que se alzan como los dos segmentos de una gran V en carácter de imprenta; y las dos copas se asoman hacia acá y allá de la roca como queriendo ver y vigilar al mismo tiempo, o formarle a esta peña un suelo de un gris plata lleno de paz.

[12]Jesús se detiene allí. No mira a la ciudad, que aparece abajo, 602.12
blanca toda bajo la luz lunar. Antes al contrario, le vuelve las espaldas. Y ora con los brazos abiertos en cruz, alzada la cara hacia el cielo. No veo su cara porque está en la sombra (tiene la Luna casi en la vertical de su cabeza, pero los tupidos ramajes del olivo están entre Él y la Luna, que se filtra apenas entre unas y otras hojas, formando aritos y agujas de luz en constante movimiento).

Es una larga, ardiente oración. De vez en cuando, un suspiro y alguna palabra más nítida. No es un salmo, no es un *Pater*; es una oración hecha del amor y necesidad que de Él brotan: verdadera elocución dirigida a su Padre. Lo comprendo por las pocas palabras que capto: «Tú lo sabes... Soy tu Hijo... Todo. Pero ayúdame... Ha llegado la hora... Yo ya no soy de la Tierra. Cesa toda necesidad de ayuda a tu Verbo... Que el Hombre te aplaque como Redentor, de la misma forma que la Palabra te ha sido obediente... Lo que Tú quieras... Para ellos te pido piedad. ¿Los salvaré? Esto te pido. Así lo quiero: sal-

vados del mundo, de la carne, del demonio... ¿Puedo pedir aún? Es una petición justa, Padre mío. No para mí. Para el hombre, que es creación tuya y que quiso transformar en barro también su alma. Yo echo en mi dolor y en mi Sangre ese barro, para que vuelva a ser esa incorruptible esencia del espíritu grato a ti... Y está por todas partes. Él es rey esta noche. En el palacio y en las casas. Entre los soldados y en el Templo... La ciudad está henchida de él, y mañana será un infierno...».

Jesús se vuelve, apoya su espalda en la roca y cruza los brazos. Mira a Jerusalén. La cara de Jesús va tomando una expresión cada vez más triste. Susurra: «Parece de nieve... y es toda ella un pecado. ¡A cuántos he curado también en ella! ¡Cuánto he hablado!... ¿Dónde están los que parecían serme fieles?»...

Jesús agacha la cabeza y mira fijamente al suelo, cubierto de hierba corta, brillante de rocío. Pero, aunque tenga la cabeza baja, comprendo que está llorando, porque algunas gotas, al caer de la cara al suelo, brillan. Luego levanta la cabeza, separa los brazos y une las manos más arriba de la cabeza, y las mueve manteniéndolas unidas.

602.13 [13]Luego anda. Regresa donde los tres apóstoles, que están sentados alrededor de su hoguerita de hornija. Los encuentra medio dormidos. Pedro ha apoyado su espalda en un tronco, y, cruzados los brazos, cabecea, envuelto por las primeras brumas de un fuerte sueño. Santiago está sentado —también su hermano— encima de una gruesa raíz que sobresale del suelo y sobre la cual han extendido los mantos para sentir menos las protuberancias; pero, a pesar de estar más incómodos que Pedro, también están adormilados. Santiago tiene su cabeza relajada sobre el hombro de Juan, y éste tiene la suya apoyada en el de su hermano, como si el duermevela los hubiera inmovilizado en esa postura.

«¿Dormís? ¿No habéis sabido velar una hora tan sólo? ¡Tengo mucha necesidad de vuestro consuelo y vuestras oraciones!».

Los tres se sobresaltan, confundidos. Se restriegan los ojos. Susurran una disculpa. Atribuyen la primera causa de este estado suyo de duermevela al esfuerzo de digerir: «Es el vino... la comida... Pero se pasa ahora. Ha sido un momento. No sentíamos ganas de hablar y esto nos ha llevado al sueño. Pero ahora vamos a orar en voz alta y no se va a repetir esto».

«Sí. Orad y velad. También para vosotros lo necesitáis».

«Sí, Maestro. Te obedeceremos».

602.14 [14]Jesús se marcha de nuevo. La Luna —de tan fuerte claror de plata, que va haciendo ver cada vez más pálida la túnica roja, como si la cubriera de un blanco polvo brillante—, ilumina su rostro y me

lo muestra desconsolado, doliente, envejecido. Sus ojos siguen bien abiertos, pero parecen empañados; su boca presenta un frunce de cansancio.

Vuelve a su piedra, aún más lento y encorvado. Se arrodilla y apoya los brazos en la roca, que no es lisa, sino que a mitad de altura tiene como un entrante —parece labrado adrede así—, en el que ha nacido una plantita que creo es una de esas florecillas semejantes a * pequeñas azucenas, que he visto también en Italia, con hojitas pequeñas, redondas pero denticuladas, y carnosas, de florecillas muy pequeñas en sus delgadísimos tallos: parecen pequeños copos de nieve, y salpican el gris de la roca y las hojitas verde obscuro. Jesús apoya las manos ahí al lado. Las florecillas le acarician la mejilla, porque apoya la cabeza en las manos juntas y ora. Pasado un poco de tiempo, siente el frescor de las pequeñas corolas, alza la cabeza, las mira, las acaricia, les dice: «¡También estáis vosotras!... ¡Me aliviáis! Había florecillas como éstas también en la gruta de mi Madre... y Ella las quería, porque decía: "Cuando era pequeña, decía mi padre: 'Eres una azucena diminuta toda llena de rocío celeste'" ... ¡Oh, mi Madre! ¡Oh, Mamá!». Rompe a llorar. Reclinada la cabeza en las manos unidas, un poco apoyado en los calcañares, le veo y oigo llorar, mientras las manos aprietan los dedos y los mortifican, la una a la otra. Oigo que dice: «También en Belén... y te las llevé, Mamá. ¿Pero éstas quién te las llevará?...».

[15]Luego prosigue en su oración y meditación. Debe ser muy triste 602.15
su meditación, angustiosa más que triste, porque para evitarla se alza y va y viene, susurrando palabras que no capto, alzando la cara, bajándola de nuevo, gesticulando, pasándose las manos por los ojos, las mejillas, el pelo, con mecánicos y agitados movimientos, propios de quien está sumido en una gran angustia: decirlo no es nada, describirlo es imposible, verlo es entrar en su angustia. Gesticula hacia Jerusalén. Luego vuelve a alzar los brazos hacia el cielo como para invocar ayuda.

Se quita el manto como si tuviera calor. Lo mira... Pero ¿qué ve? Sus ojos no miran sino su tortura, y todo contribuye a esta tortura, a aumentarla. Hasta el manto tejido por su Madre. Lo besa y dice: «¡Perdón, Mamá! ¡Perdón!». Parece como si se lo pidiera al paño hilado y tejido por el amor materno... Vuelve a ponérselo. Está lleno de congoja. Quiere orar para superarla. Pero con la oración vuelven los recuerdos, los temores, las dudas, las añoranzas... Es un alud de nombres... ciudades... personas... hechos... No puedo seguirle, por-

* *en Italia: en los lugares rocosos*, añade MV en una copia mecanografiada, donde añade: *Su nombre es "cimbalarias".*

que es rápido y entrecortado. Es su vida evangélica lo que desfila ante Él... y le trae el recuerdo de Judas el traidor.

602.16 [16]Es tanta la congoja, que grita, para vencerla, el nombre de Pedro y Juan. Y dice: «Ahora vendrán. ¡Ellos son muy fieles!». Pero "ellos" no vienen. Llama de nuevo. Parece aterrorizado, como viendo algo que no sabemos.

Huye rápidamente hacia donde están Pedro y los dos hermanos, y los encuentra más cómoda e intensamente dormidos, alrededor de unas pocas brasas que, ya mortecinas, presentan sólo algunos zigzagues de color rojo entre el gris de la ceniza.

«¡Pedro! ¡Os he llamado tres veces! ¿Pero qué hacéis? ¿Dormís todavía? ¿Pero no sentís cuánto sufro! Orad. Que la carne no venza, en *ninguno*. Que no os venza. El espíritu está pronto, pero la carne es débil. Ayudadme...».

Los tres se despiertan con mayor lentitud. Pero al final lo hacen, y con ojos atónitos se disculpan. Se ponen en pie, primero sentándose, luego irguiéndose del todo.

«¡Pues fíjate!» dice Pedro en tono quedo. «¡No nos ha sucedido nunca esto! Debe haber sido ese vino, sin duda. Era fuerte. Y también este fresco. Nos hemos tapado para no sentirlo (en efecto, se habían tapado hasta la cabeza incluso, con los mantos) y hemos dejado de ver el fuego y hemos dejado de tener frío y, bueno, pues, el sueño ha venido. ¿Dices que has llamado? Es curioso, no me parecía dormir tan profundamente... Arriba, Juan, vamos a buscar algunas ramitas, vamos, pongámonos en movimientos. Se nos pasará. Estáte seguro, Maestro, que a partir de ahora... estaremos en pie...», y arroja a las brasas un puñado de hojitas secas, y sopla hasta que la llama resucita; luego la alimenta con las ramas de zarza que ha traído Juan. Mientras, Santiago trae una gruesa rama de enebro, o de un árbol similar, que ha cortado de una espesura poco lejana, y la une al resto.

La llama se alza, alta y festiva, e ilumina la pobre faz de Jesús. ¡Una faz de una tristeza... de una tristeza, que no se puede mirar sin llorar! Toda la luminosidad de ese rostro ha quedado diluida en un cansancio mortal. Dice: «¡Estoy en una angustia que me mata! ¡Oh, sí! Mi alma está triste hasta el punto de morir. ¡Amigos... ¡Amigos! ¡Amigos!». Pero, aunque no dijera esto, su aspecto es ya de por sí el de un moribundo, el de un moribundo que, además, muere en el más angustioso y desolado de los abandonos. Cada palabra parece un acceso de llanto...

Pero los tres están demasiado cargados de sueño. Y se mueven con pasos inciertos y ojos semicerrados, tanto que parecen casi

ebrios... Jesús los mira... No los mortifica con reproches. Menea la cabeza, suspira y vuelve a marcharse, al lugar de antes.

[17]Ora de nuevo, en pie con los brazos en cruz; luego de rodillas, como antes, curvado el rostro sobre las florecillas. Piensa. Calla... Luego da en gemir y sollozar fuertemente, tan abatido sobre los calcañares, que está casi prosternado. Llama al Padre, cada vez con más congoja... 602.17

«¡Oh!» dice. «¡Es demasiado amargo este cáliz! ¡No puedo! ¡No puedo! Está por encima de lo que Yo puedo. ¡Todo lo he podido! Pero no esto... ¡Aléjalo, Padre, de tu Hijo! ¡Piedad de mí!... ¿Qué he hecho para merecerlo?». Luego, cobrando nuevas fuerzas, dice: «Pero, Padre mío, no escuches mi voz si pide algo contrario a tu voluntad. No recuerdes que soy Hijo tuyo, sino sólo servidor tuyo. No se haga mi voluntad, sino la tuya».

Permanece así durante un rato. Luego emite un grito ahogado y levanta la cara: es un rostro desencajado. Un instante sólo. Luego se derrumba, rostro en tierra, y se queda así. Un deshecho de hombre sobre el que pesa todo el pecado del mundo, sobre el que se abate toda la Justicia del Padre, sobre el que desciende la tiniebla, la ceniza, la hiel, esa tremenda, tremenda, tremendísima cosa que es el abandono de Dios mientras Satanás nos tortura... Es la asfixia del alma, es estar sepultados vivos en esta cárcel que es el mundo cuando ya no puede sentirse que entre nosotros y Dios hay una ligazón, es sentirse encadenados, amordazados, lapidados por nuestras propias oraciones que caen sobre nosotros cuajadas de agudas puntas y llenas de fuego, es chocar de plano contra un Cielo cerrado en que no penetran ni voz ni mirada de nuestra angustia, es estar "huérfanos de Dios", es la locura, la agonía, la duda de habernos engañado hasta ese momento, es la persuasión de ser rechazados por Dios, de estar condenados. ¡Es el infierno!...

¡Oh, lo sé! Y no puedo, no puedo ver ese espasmo de mi Cristo, y saber que es un millón de veces más atroz que el que me consumió el año pasado y que cuando me vuelve a la mente todavía me perturba profundamente.

Jesús gime, entre estertores y suspiros agónicos: «¡Nada!... ¡Nada!... ¡Fuera!... ¡La voluntad del Padre! ¡Eso! ¡Sólo eso!... Tu voluntad, Padre; la tuya, no la mía... Inútil. No tengo sino un Señor: Dios santísimo. Una ley: la obediencia. Un amor: la redención... No. Ya no tengo ni Madre ni vida ni divinidad ni misión. Inútilmente me tientas, demonio, con la Madre, la vida, mi divinidad, mi misión. Tengo por madre a la Humanidad y la amo hasta morir por ella. La vida se la devuelvo a quien me la dio y ahora me la pide, supremo Señor de

todo viviente. La divinidad la afirmo siendo capaz de esta expiación. La misión la cumplo con mi muerte. No tengo nada más. Nada, aparte de hacer la voluntad del Señor, mi Dios. ¡Retrocede, Satanás! Lo dije la primera y la segunda vez. Vuelvo a decirlo la tercera: "Padre, si es posible pase de mí este cáliz. Pero, hágase tu voluntad, no la mía". Retrocede, Satanás. Yo soy de Dios».

Luego ya no habla. Sólo para decir entre jadeos: «¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!». Le llama a cada latido de su corazón, y parece rezumar la sangre a cada latido. La tela, estirada sobre los hombros, se embebe de sangre y adquiere de nuevo un tono obscuro, a pesar del intenso claror lunar que todo lo envuelve.

602.18 [18]Y, no obstante, un claror más vivo se forma sobre su cabeza, suspendido a un metro de Él aproximadamente; un claror tan vivo, que incluso el Postrado lo ve filtrarse entre las ondas de sus cabellos, ya densos de sangre, y tras el velo que la sangre pone en los ojos. Alza la cabeza... Resplandece la Luna sobre esta pobre faz, y aún más resplandece la luz angélica, semejante a la del diamante blanco-azul de la estrella Venus. Aparece toda la tremenda agonía en la sangre que rezuma a través de los poros. Las pestañas, el pelo, el bigote, la barba están asperjados y rociados de sangre. Sangre rezuma en las sienes, sangre brota de las venas del cuello, gotas de sangre caen de las manos; y, cuando tiende las manos hacia la luz angélica y las anchas mangas se deslizan hacia los codos, aparecen los antebrazos de Cristo también llenos de sudor de sangre. En la cara sólo las lágrimas forman dos líneas netas sobre la máscara roja.

Se quita otra vez el manto y se seca las manos, la cara, el cuello, los antebrazos. Pero el sudor continúa. Él presiona varias veces la tela contra la cara, y la mantiene apretada con las manos; y cada vez que cambia el sitio aparecen nítidamente en la tela de color rojo obscuro las señales, las cuales, estando húmedas, parecen negras. La hierba del suelo está roja de sangre.

Jesús parece próximo al desfallecimiento. Se desata la túnica en el cuello, como si sintiera ahogo. Se lleva la mano al corazón y luego a la cabeza y la agita delante de la cara como para darse aire, manteniendo entreabierta la boca. A rastras, se pega a la roca, pero más hacia el borde del desnivel del terreno. Apoya la espalda contra la piedra, de forma que —como si estuviera ya muerto— quédanle colgando los brazos, paralelos al cuerpo; y la cabeza, contra el pecho. Ya no se mueve.

La luz angélica va decreciendo poco a poco, para acabar como absorbida en el claror lunar.

Jesús abre sus ojos de nuevo. Con esfuerzo levanta la cabeza. Mi-

ra. Está solo, pero menos angustiado. Alarga una mano. Arrima hacia sí el manto que había dejado abandonado en la hierba y vuelve a secarse la cara, las manos, el cuello, la barba, el pelo. Coge una hoja ancha, nacida justo en el borde del desnivel, empapada de rocío, y con ella termina de limpiarse mojándose la cara y las manos y luego secándose de nuevo todo. Y repite, repite lo mismo con otras hojas, hasta que borra las huellas de su tremendo sudor. Sólo la túnica, especialmente en los hombros y en los pliegues de los codos, en el cuello y la cintura, en las rodillas, está manchada. La mira y menea la cabeza. Mira también el manto, y lo ve demasiado manchado; lo dobla y lo pone encima de la piedra, en el lugar en que ésta forma una concavidad, junto a las florecillas.

Con esfuerzo —como por debilidad— se vuelve y se pone de rodillas. Ora, apoyada la cabeza en el manto donde tiene ya las manos.
[19]Luego, tomando como apoyo la roca, se alza y, todavía tambaleán- 602.19
dose ligeramente, va donde los discípulos. Su cara está palidísima. Pero ya no tiene expresión turbada. Es una faz llena de divina belleza, a pesar de aparecer más exangüe y triste que de costumbre.

Los tres duermen sabrosamente. Bien arrebujados en sus mantos, echados del todo, junto a la hoguera apagada. Se los oye respirar profundamente, con comienzo incluso de un sonoro ronquido.

Jesús los llama. Es inútil. Debe agacharse y dar un buen zarandeo a Pedro.

«¿Qué sucede? ¿Quién viene a arrestarme?» dice Pedro mientras sale, atónito y asustado, de su manto verde obscuro.

«Nadie. Te llamo Yo».

«¿Es ya por la mañana?».

«No. Ha terminado casi la segunda vigilia».

Pedro está todo entumecido.

Jesús da unos meneos a Juan, que emite un grito de terror al ver inclinado hacia él un rostro que, de tan marmóreo como se ve, parece de un fantasma. «¡Oh... me parecías muerto!».

Da unos meneos a Santiago, el cual, creyendo que le llama su hermano, dice: «¿Han apresado al Maestro?».

«... Todavía no, Santiago» responde Jesús. «Pero, alzaos ya. Vamos. El que me traiciona está cerca».

Los tres, todavía atónitos, se alzan. Miran a su alrededor... Olivos, Luna, ruiseñores, leve viento, paz... nada más. Pero siguen a Jesús sin hablar. También los otros ocho están más o menos dormidos alrededor del fuego ya apagado.

«¡Levantaos!» dice Jesús con voz potente. «¡Mientras viene Satanás, mostrad al insomne y a sus hijos que los hijos de Dios no duer-

men!».

«Sí, Maestro».

«¿Dónde está, Maestro?».

«Jesús, yo...».

«Pero ¿qué ha sucedido?».

Y entre preguntas y respuestas enredadas, se ponen los mantos...

602.20 [20]El tiempo justo de aparecer en orden a la vista de la chusma capitaneada por Judas, que irrumpe en el quieto solar y lo ilumina bruscamente con muchas antorchas encendidas: son una horda de bandidos disfrazados de soldados, caras de la peor calaña deturpadas por sonrisas maliciosas demoníacas; hay también algún que otro representante del Templo.

Los apóstoles, súbitamente, se hacen a un lado. Pedro delante y, en grupo, detrás, los demás. Jesús se queda donde estaba.

Judas se acerca resistiendo a la mirada de Jesús, que ha vuelto a ser esa mirada centelleante de sus días mejores. Y no baja la cara. Es más, se acerca con una sonrisa de hiena y le besa en la mejilla derecha.

«Amigo, ¿y qué has venido a hacer? ¿Con un beso me traicionas?».

Judas agacha un instante la cabeza, luego vuelve a levantarla... Muerto a la reprensión como a cualquier invitación al arrepentimiento. Jesús, después de las primeras palabras, dichas todavía con la solemnidad del Maestro, adquiere el tono afligido de quien se resigna a una desventura.

602.21 [21]La chusma, con un clamor hecho de gritos, se acerca con cuerdas y palos y trata de apoderarse de los apóstoles —excepto de Judas Iscariote, se entiende— además de tratar de prender a Cristo.

«¿A quién buscáis?» pregunta Jesús calmo y solemne.

«A Jesús Nazareno».

«Soy Yo». La voz es un trueno. Ante el mundo asesino y el inocente, ante la naturaleza y las estrellas, Jesús da de sí —y yo diría que está contento de poder hacerlo— este testimonio abierto, leal, seguro.

¡Ah!, pero si de Él hubiera emanado un rayo no habría hecho más: como un haz de espigas segadas, todos caen al suelo. Permanecen en pie sólo Judas, Jesús y los apóstoles, los cuales, ante el espectáculo de los soldados derribados se rehacen, tanto que se acercan a Jesús, y con amenazas tan claras contra Judas, que éste súbitamente se retira —huye al otro lado del Cedrón y se adentra en la negrura de una callejuela—, con el tiempo justo de evitar el golpe maestro de la espada de Simón, y seguido en vano de piedras y palos que le

lanzan los apóstoles que no iban armados de espada.

«Levantaos. ¿A quién buscáis?, vuelvo a preguntaros».

«A Jesús Nazareno».

«Os he dicho que soy Yo» dice con dulzura Jesús. Sí: *con dulzura*. «Dejad, pues, libres a estos otros. Yo voy. Guardad las espadas y los palos. No soy un bandolero. Estaba siempre entre vosotros. ¿Por qué no me habéis arrestado entonces? Pero ésta es vuestra hora y la de Satanás...».

[22]Mientras Él habla, Pedro se acerca al hombre que está extendiendo las cuerdas para atar a Jesús y descarga un golpe de espada desmañado. Si la hubiera usado de punta, le habría degollado como a un carnero. Así, lo único que ha hecho ha sido arrancarle casi una oreja, que queda colgando en medio de un gran flujo de sangre. El hombre grita que le han matado. Se produce confusión entre aquellos que quieren arremeter y los que al ver lucir espadas y puñales tienen miedo. 602.22

Guardad esas armas. Os lo ordeno. Si quisiera, tendría como defensores a los ángeles del Padre. Y tú, queda sano. En el alma lo primero, si puedes». Y antes de ofrecer sus manos para las cuerdas, toca la oreja y la cura.

Los apóstoles gritan alteradamente... Sí, me duele decir esto, pero es así. Quién dice una cosa; quién, otra. Quién grita: «¡Nos has traicionado!», y quién: «¡Pero ha perdido la razón!», y quién dice: «¿Quién puede creerte?». Y el que no grita huye...

Y Jesús se queda solo... Él y los esbirros... Y empieza el camino...

603. Reflexiones sobre la agonía del Getsemaní y premisa acerca de los otros dolores de la Pasión.

15 de febrero de 1944.

[1]Dice Jesús: 603.1

«Contemplaste en la noche del Jueves el sufrimiento de mi agonía espiritual. Viste abatirse a tu Jesús cual hombre herido de muerte que siente que la vida se le escapa por las heridas que lo desangran, o como uno que se siente desbordado por un trauma psíquico superior a sus fuerzas. Viste las fases crecientes de este trauma, culminadas en la efusión de sangre provocada por el desequilibrio circulatorio causado por el esfuerzo de vencerme y de resistir el peso que sobre mí se había abatido.

Yo era, *soy*, el Hijo del Dios Altísimo. Pero era también el Hijo del hombre. A través de estas páginas quiero que brote nítida esta dú-

plice naturaleza mía, igualmente total y perfecta.

Testimonio de mi Divinidad son mis palabras, que tienen tonos que sólo un Dios puede tener; de mi Humanidad lo son las necesidades, las pasiones, los sufrimientos que os presento y que Yo padecí en mi carne de verdadero Hombre, propuesta como modelo de vuestra humanidad, de la misma forma que instruyo vuestro espíritu con mi doctrina de verdadero Dios.

Tanto mi santísima Divinidad como mi perfectísima Humanidad, durante el transcurso de los siglos y por la acción disgregadora de "vuestra" humanidad imperfecta, han resultado, al ilustrarlas, menoscabadas, tergiversadas. Habéis hecho irreal mi Humanidad, la habéis hecho inhumana; de la misma forma que habéis empequeñecido mi figura divina, rechazándola en muchos aspectos que no os resultaba agradable reconocer o que ya no podíais reconocer con vuestros espíritus disminuidos a causa de las tabes del vicio y del ateísmo, de lo humanal, del racionalismo.

Yo vengo, en esta hora trágica, pródromo de universales desventuras, vengo a refrescar en vuestra mente mi dúplice figura de Dios y Hombre para que la conozcáis tal como es; para que la *reconozcáis* después de tanto oscurantismo, oscurantismo con que la habéis cubierto ante vuestros espíritus; para que la améis y volváis a Ella y *os salvéis por medio de Ella*. Es la figura de vuestro Salvador. Quien la conozca y ame se salvará.

603.2 [2]En estos días te he dado a conocer mis sufrimientos físicos, que torturaron mi Humanidad. Te he dado a conocer mis sufrimientos morales relacionados, entrelazados, fundidos con los de mi Madre, como lo están las enmarañadas lianas de las selvas ecuatoriales, que no se pueden separar para cortar una de ellas solamente, sino que hay que romperlas con un único golpe de hacha para abrir brecha, matándolas juntas; o como están las venas de un cuerpo, de las que no puede ser privada de sangre una, porque un único humor las llena; o como —mejor todavía— no puede ser impedido que entre la muerte en la criatura que se está formando en el seno materno si la madre muere, puesto que la vida, el calor, la nutrición, la sangre de la madre son lo que, con ritmo sonante al compás del materno corazón, penetra, a través de las membranas internas, hasta la criatura que ha de nacer, y la completa en orden a la vida.

¡Ella, oh Ella, la Madre mía pura, me llevó no sólo durante los nueve meses en que toda hembra de hombre lleva el fruto del hombre, sino durante toda la vida! Nuestros corazones estaban unidos por fibras espirituales y palpitaron juntos siempre, y no había lágrima materna que cayera sin surcar mi corazón con su salinidad, ni había un

lamento mío interior que no resonara en Ella despertando su dolor.

Os produce pena la madre de un hijo destinado a la muerte a causa de una enfermedad incurable, la madre de un condenado al suplicio por el rigor de la justicia humana. Pues pensad en mi Madre, que desde el momento en que me concibió tembló al pensar que Yo era el Condenado; pensad en esta Madre que cuando dio el primer beso en mis blandas y róseas carnes de recién nacido sintió las futuras llagas de su Criatura; en esta Madre que habría dado diez, cien, mil veces su vida por impedirme hacerme Hombre y llegar al momento de la Inmolación; en esta Madre que *conocía* y que *debía* desear aquella hora tremenda por aceptar la voluntad del Señor, por la gloria del Señor, por bondad para con la Humanidad. No, no ha habido agonía más larga —ni terminada en un dolor más grande— que la de mi Madre.

[3]Y no ha habido un dolor mayor, más completo que el mío. Era 603.3
Uno con el Padre. Él me había amado desde la eternidad como sólo Dios puede amar. Se había complacido en mí y había encontrado en mí su divina alegría. Y Yo le había amado como sólo un Dios puede amar y encontraba en la unión con Él mi alegría divina. La inefable relación que une ab aeterno al Padre con el Hijo no puede seros explicada ni siquiera con mi palabra, porque, si bien ella es perfecta, vuestra inteligencia no lo es y no podéis comprender y conocer lo que es Dios mientras no estéis con Él en el Cielo. Pues bien, Yo sentía, cual agua que asciende y que presiona contra una presa, crecer, hora tras hora, el rigor del Padre respecto a mí.

Como testimonio contra los hombres-animales, que no querían comprender quién era Yo, Él había abierto, durante el tiempo de mi
* vida pública, tres veces el Cielo: en el Jordán, en el Tabor y en Jerusalén en la víspera de la Pasión. Pero lo había hecho por los hombres, no para aliviarme; Yo ya era el Expiador.

Muchas veces, María, Dios da a conocer un siervo suyo a los hombres, para que éstos reciban un impacto de este siervo, y a través de éste se vean atraídos hacia Dios. Pero esto sucede no sin el dolor de ese siervo, que paga en primera persona —comiendo el pan amargo del rigor de Dios— los consuelos y la salvación de sus hermanos. ¿No es verdad? Las víctimas de expiación conocen el rigor de Dios. Luego viene la gloria. Pero después de que la Justicia haya sido aplacada. No es como en el caso de mi Amor, que a sus víctimas da sus besos. Yo soy Jesús, soy el Redentor, Aquel que ha sufrido y *sabe*, por personal experiencia, lo que es el dolor de ser mirado por Dios con severi-

* *tres veces*: en 45.5/7, en 349.6/7 y en 598.14.

dad y ser abandonado de Dios, y no soy nunca severo ni abandono nunca. Consumo igualmente, pero en una hoguera de amor.

603.4 [4]Cuanto más cerca estaba la hora de la expiación, más sentía Yo alejarse al Padre. Cada vez más separada del Padre, mi Humanidad se sentía cada vez menos sujetada por la Divinidad de Dios. Y por ello sufría en todos los modos. La separación de Dios trae consigo miedo, trae consigo un agarrarse a la vida, y abatimiento y cansancio y tedio. Cuanto más profunda es esta separación, más fuertes son estas consecuencias; cuando es total, comporta la desesperación. Y cuanto más uno —por un decreto de Dios— la experimenta sin haberla merecido, más sufre por ella, porque el espíritu vivo siente la separación de Dios como una carne viva siente la separación de un miembro. Es un estupor doloroso, desalentador, que el que no lo ha experimentado no lo comprende.

Yo lo experimenté. Tuve que conocerlo todo, incluso vuestras desesperaciones, para poder, respecto a todo, interceder a favor de vosotros ante el Padre. ¡Oh, Yo experimenté lo que significa decir: "Estoy solo. Todos me han traicionado, abandonado. Tampoco el Padre, tampoco Dios me ayuda ya". Y por esto obro misteriosos prodigios de gracia en los pobres corazones sobrepujados por la desesperación, y por esto pido a mis predilectos que beban este cáliz mío de tan amarga experiencia, para que ellos —los que naufragan en el mar de la desesperación— no rehúsen la cruz que ofrezco como ancla y salvación, sino que a ella se aferren y Yo pueda llevarlos a la bienaventurada orilla donde sólo habita la paz.

603.5 [5]¡Sólo Yo sé cuánto hubiera necesitado al Padre en la noche del Jueves! Era un espíritu ya agonizante por el esfuerzo de haber tenido que superar los dos mayores dolores de un hombre: el adiós a una madre amadísima, la cercanía del amigo infiel. Eran dos llagas que me quemaban el corazón: una con su llanto, la otra con su odio.

Había tenido que compartir mi pan con mi Caín. Había tenido que hablarle como amigo para no acusarle ante los otros —cuya violencia no me daba garantías— e impedir un delito, por lo demás inútil, puesto que todo estaba escrito ya en el gran libro de la vida: tanto mi Muerte santa como el suicidio de Judas. Inútiles otras muertes reprobadas por Dios. Aparte de la mía, ninguna otra sangre debía ser derramada, y no lo fue. El dogal estranguló esa vida cerrando en el saco repelente del cuerpo del traidor su sangre impura vendida a Satanás, sangre que no debía mezclarse, cayendo en la Tierra, con la Sangre purísima del Inocente.

Habrían sido suficientes esas dos llagas para hacer de mí un agonizante en mi *Yo*. Pero era el Expiador, la Víctima, el Cordero. El cor-

dero, antes de ser inmolado, conoce la marca incandescente, conoce los golpes, conoce el desnudamiento, conoce la venta al matarife. Lo último que conoce es el hielo del cuchillo que penetra en el cuello y abre las venas y mata. Antes debe dejar *todo*: los pastos donde ha crecido, la madre en cuyo pecho ha hallado nutrición y calor, los compañeros con que ha vivido. *Todo. Yo he conocido todo: Yo, Cordero de Dios.*

[6]Por eso vino Satanás mientras el Padre se retiraba a los Cielos. Ya 603.6
había venido en el comienzo de mi misión, a tentarme para desviarme de ella. Ahora volvía. Era su hora, la hora del aquelarre satánico.

Hordas de demonios estaban esa noche en la Tierra para llevar a cabo la seducción de los corazones y disponerlos a querer al día siguiente que mataran a Cristo. Cada uno de los miembros del Sanedrín tenía el suyo, y el suyo Herodes y el suyo Pilato, y el suyo cada uno de los judíos que iba a invocar que cayera sobre sí mi Sangre. También los apóstoles tenían a su tentador a su lado, que los adormilaba mientras Yo languidecía, que los preparaba para la cobardía. Observa el poder de la pureza. Juan, el puro, *fue el primero* que se liberó de la garra demoniaca, y volvió en seguida a su Jesús y comprendió su celado deseo, y me trajo a María.

Pero Judas tenía a Lucifer, y Yo tenía a Lucifer: Judas, en el corazón; yo, al lado. Éramos los dos principales personajes de la tragedia y Satanás se ocupaba personalmente de nosotros. Después de conducir a Judas hasta un punto del que ya no podía retroceder, se volvió hacia mí.

Con su astucia perfecta, me presentó las torturas de la carne con un realismo insuperable. En el desierto también empezó por la carne. Le vencí orando. *El espíritu sojuzgó los miedos de la carne.*

Me presentó entonces la inutilidad de mi muerte, la utilidad de vivir para mí mismo sin ocuparme de los hombres ingratos. Vivir rico, feliz, amado. Vivir por razón de mi Madre, por no hacerla sufrir. Vivir para llevar a Dios con un largo apostolado a muchos hombres, los cuales, por el contrario, si Yo muriera, me olvidarían, mientras que, si fuera Maestro no durante tres años sino durante muchos lustros, terminarían identificándose con mi doctrina. Sus ángeles me ayudarían a seducir a los hombres. ¿No veía que los ángeles de Dios no intervenían para ayudarme? Después, Dios me perdonaría al ver la cosecha de creyentes que le habría llevado. En el desierto también me había inducido a tentar a Dios con la imprudencia. Le vencí con la oración. *El espíritu sojuzgó a la tentación moral.*

[7]Me presentó el abandono de Dios. Él, el Padre, ya no me amaba. 603.7
Yo estaba cargado con los pecados del mundo. Le producía repulsa.

Estaba ausente, me dejaba solo. Me abandonaba al escarnio de una muchedumbre despiadada. Y no me concedía ni siquiera su divino consuelo. Solo, solo, solo. En esa hora sólo estaba Satanás al lado del Cristo. Dios y los hombres estaban ausentes porque no me amaban. Me odiaban o se mostraban indiferentes. Yo oraba para cubrir con mi oración las palabras satánicas. Pero la oración ya no subía a Dios. Caía sobre mí de nuevo como piedras de lapidación y me aplastaba bajo su cúmulo. La oración, que para mí era siempre caricia hecha al Padre, voz que subía y a la que respondían la caricia y la palabra paternas, ahora estaba muerta, era costosa, en vano lanzada contra el Cielo cerrado.

Entonces sentí la amargura del fondo del cáliz. *El sabor de la desesperación.* Era esto lo que quería Satanás. Llevarme a desesperar para hacer de mí un esclavo suyo. Vencí la desesperación, y *la vencí sólo con mis fuerzas, porque quise vencerla.* Sólo con mis fuerzas de Hombre. Ya no era sino el Hombre. Y ya no era sino un hombre sin la ayuda de Dios. Cuando Dios ayuda es fácil mantener elevado hasta al mundo y sostenerlo como juguete de niño. Pero cuando Dios ya no ayuda, hasta el peso de una flor nos resulta fatigoso.

Vencí la desesperación y a Satanás, su creador, por servir a Dios y a vosotros dándoos la Vida. Pero conocí la Muerte. No la muerte física del crucificado —ésa fue menos atroz—, sino la Muerte total, consciente, del luchador que cae, después de haber triunfado, con el corazón quebrantado, rezumándole la sangre con el trauma de un esfuerzo superior a lo posible. Y sudé sangre. *Sudé sangre por ser fiel a la voluntad de Dios.*

603.8 [8]Por eso el ángel de mi dolor me presentó, como medicina para mi agonía, la esperanza de todos los salvados por mi sacrificio.

¡Vuestros nombres! Cada uno de ellos fue para mí una gota medicinal infundida en las venas para devolverles el tono y la función; cada uno de ellos significó para mí vida que volvía, luz que volvía, fuerza que volvía. En medio de las inhumanas torturas, para no gritar mi dolor de Hombre y para no desesperar de Dios y decir que era demasiado severo e injusto para con su Víctima, Yo me repetí vuestros nombres. Yo os vi. Os bendije desde entonces. Desde entonces os llevé en mi corazón. Y cuando llegó para vosotros la hora de estar en la Tierra, me asomé al Cielo y me incliné para acompañar vuestra venida, exultando ante el pensamiento de que una nueva flor de amor había nacido en el mundo y que viviría por mí.

¡Oh, benditos míos, consuelo de Cristo agonizante! La Madre, el Discípulo, las Mujeres pías acompañaban mi morir. Pero vosotros también estabais. Mis ojos agonizantes veían, junto con el rostro

acongojado de la Madre mía, vuestras caras amorosas, y se cerraron así, felices de cerrarse porque os habían salvado, ¡oh, vosotros que compensáis el Sacrificio de un Dios!».

16 de febrero de 1944.

[9]Dice Jesús: 603.9

«Ya has conocido todos los dolores que precedieron a la Pasión propiamente dicha. Ahora te daré a conocer los dolores concretos de la Pasión. Los dolores que más impresionan vuestra mente cuando meditáis en ellos.

Pero meditáis en ellos muy poco, demasiado poco. No reflexionáis en cuánto me costasteis ni en la tortura de que está hecha vuestra salvación. Vosotros que os quejáis de una escoriación, de un golpe contra un saliente, de un dolor de cabeza, no pensáis que Yo era por entero una llaga, que esas llagas estaban sulfuradas por muchas cosas, que las cosas mismas servían como tormento de su Creador porque torturaban al ya torturado Dios-Hijo sin respeto a Aquel que, siendo Padre de la Creación, las había formado.

Pero las cosas no tenían culpa. El culpable era el de siempre: el hombre; culpable desde el día en que prestó oídos a Satanás en el Paraíso terrenal. Hasta ese momento, las cosas de la Creación no le reservaban al hombre, criatura elegida, ni espinas ni venenos ni saña. Dios había constituido rey a este hombre hecho a su imagen y semejanza, y, en su paterno amor, no había querido que las cosas pudieran causar insidias al hombre. Satanás introdujo la insidia. Primero, en el corazón del hombre; luego ésta parió para el hombre, con el castigo del pecado, tríbulos y espinas.

[10]Y he aquí que Yo, el Hombre, tuve que sufrir no sólo de mano de 603.10
las personas, sino también por las cosas, recibir sufrimiento de las cosas. Las personas me propinaron insultos y vejaciones; éstas fueron el arma usada.

La mano que Dios había hecho al hombre para distinguirle de los animales, esa mano que Dios enseñó al hombre a usar, esa mano que Dios había puesto en relación con la mente, esa mano a la que Dios había hecho ejecutora de las órdenes de la mente, esta parte vuestra que es tan perfecta y que hubiera debido ofrecer solamente caricias al Hijo de Dios —de quien había recibido sólo caricias y salud si estaba enferma— se volvió contra Él y le propinó bofetones y puñetazos, y se armó de azote y se transformó en tenaza para arrancar el pelo y la barba, o se armó de maza para hincar los clavos.

Los pies del hombre, que hubieran debido sólo correr diligentes para ir a adorar al Hijo de Dios, se movieron veloces para venir a

capturarme y llevarme por las calles hasta mis verdugos, a empujones y tirones; fueron veloces para darme patadas de un modo que no es lícito usar con un mulo terco.

La boca del hombre, que hubiera debido usar la palabra, esa palabra que es cualidad otorgada únicamente al hombre y a ningún animal creado, para alabar y bendecir al Hijo de Dios, se llenó de blasfemias y mentiras y arrojó éstas, junto con su baba, contra mi persona.

La mente del hombre, que es la prueba de su origen celeste, se fatigó en inventar tormentos de un refinado rigor.

603.11 [11]El hombre, el hombre entero hizo uso de todos y cada uno de sus elementos para torturar al Hijo de Dios. Y llamó a la tierra, con sus formas, como ayuda en la tortura. Hizo de las piedras de los torrentes proyectiles para herirme; de las ramas de los árboles, palos para golpearme; del trenzado cáñamo, lazo para arrastrarme serrándome las carnes; de las espinas, una corona de punzante fuego para mi cabeza cansada; de los minerales, un exasperante azote; de la caña, un instrumento de tortura; de las piedras de las calles, obstáculo para el pie vacilante de Aquel que subía, muriendo, para morir crucificado.

Y a las cosas de la tierra se unieron las del cielo. El frío del alba para mi cuerpo ya exhausto por la agonía del huerto, el viento que encrudecía las heridas, el sol que aumentaba la quemazón y la fiebre y traía moscas y polvo, y cegaba los ojos cansados que no podían ser protegidos por las manos apresadas.

Y a las cosas del cielo se unieron las fibras concedidas al hombre para revestir su desnudez: el cuero que se transformó en azote, la lana de la túnica, que se pegaba a las abiertas llagas de los azotes y producía la tortura de la confricación y laceración en cada movimiento.

603.12 [12]Todo, todo, todo sirvió para atormentar al Hijo de Dios. Él, por quien todas las cosas fueron creadas, en la hora en que era la Hostia ofrecida a Dios, tuvo como enemigas a todas las cosas. María, tu Jesús no halló alivio en ninguna cosa. Cuales víboras enfurecidas, todo lo que existía se volvió a morderme las carnes y aumentar el padecimiento.

Esto sería necesario pensar, cuando sufrís; y, comparando vuestras imperfecciones con mi perfección y mi dolor con el vuestro, reconocer que el Padre os ama como no me amó a mí en aquella hora; y amarle, por tanto, con todo vuestro ser, como Yo le amé a pesar de su rigor».

ÍNDICE DEL VOLUMEN NOVENO

Índice del volumen noveno

Nota del Editor V

Sinopsis valtortiana de los cuatro Evangelios VII

556. Otro sábado en Efraím. Intolerancias de Judas Iscariote. Palabras a los samaritanos sobre el tiempo nuevo. 2

557. Llegan de Siquem los parientes de los tres niños arrebatados a los bandoleros. 10

558. Con la comitiva que regresa a Siquem. Parábola de la gota que excava la roca. 16

559. En Efraím, peregrinos de la Decápolis y misión secreta de Manahén. 21

560. En las cercanías de Gofená, coloquio durante la noche con José de Arimatea, Nicodemo y Manahén. 26

561. El saforim Samuel, de sicario a discípulo. 35

562. Habladurías en Nazaret. 47

563. Falsos discípulos en Siquem. Curación en Efraím del esclavo mudo de Claudia Prócula. 50

564. El hombre de Jabnia y el final de Hermasteo. Reprensión a los samaritanos que carecen de caridad. 55

565. Jesús conforta a Samuel, turbado por Judas de Keriot. Lecciones de las abejas y de la vela plegada por el torbellino. 65

566. En Efraím el día de la llegada de la Madre de Jesús con Lázaro y las discípulas. 76

567. Parábola de la tela desgarrada. Milagro a la mujer parturienta. Judas Iscariote, sorprendido robando, es censurado por Jesús. 97

568. Comienzo del viaje por Samaria partiendo de Efraím en dirección a Silo. 120

569. En Silo, la parábola de los malos consejeros. 126

570. En Lebona, la parábola de los mal aconsejados. 130

571. Llegada a Siquem y recibimiento. 138

572. En Siquem, la última parábola sobre los consejos dados y recibidos. 141

573. Partida para Enón después de un tira y afloja entre Judas Iscariote y Elisa, que se quedan en Siquem. 145

574. En Enón, rescatado y acogido el pastorcillo Benjamín. Hacia Tersa. 149

575. Mal recibimiento en Tersa. Extremo intento de redimir a Judas Iscariote. 159

576. Encuentro con el joven rico en el camino hacia Doco. 172

577. Tercer anuncio de la Pasión. María de Alfeo evoca la figura de José. La insensata petición de los hijos de Zebedeo. 179

578. Encuentro con discípulos y hombres de relieve conducidos por Manahén. Llegada a Jericó. 188

579. Judíos desconocidos refieren las acusaciones recogidas por el Sanedrín. Alegoría dirigida a Jerusalén. 192

580. Delaciones de Judas Iscariote y profecías sobre Israel. Milagros en el camino de Jericó a Betania. 198

581. En Betania en la casa de Lázaro. 205

582. La víspera del sábado anterior a la entrada en Jerusalén. Ofrenda extrema por la salvación de Judas Iscariote. 212

583. Víspera del sábado anterior a la entrada en Jerusalén. Despedida de las discípulas. El desdichado nieto de Nahúm. 223

584. El sábado anterior a la entrada en Jerusalén. Parábola de las dos lámparas y parábola viva del pequeño deforme sanado. El futuro de la Humanidad. 241

585. El sábado anterior a la entrada en Jerusalén. Judíos y peregrinos en Betania. El Sanedrín ha decidido. 252

586. El sábado anterior a la entrada en Jerusalén. La cena en Betania. Judas de Keriot ha decidido. 256

587. El adiós a Lázaro. 267

588. Judas Iscariote con los Jefes del Sinedrín. 277

589. De Betania a Jerusalén, predisponiendo a los apóstoles en orden a la Pasión inminente. 285

590. El llanto ante Jerusalén y la entrada triunfal en la Ciudad Santa. 291

591. Por la noche en Getsemaní. Los apóstoles llamados de nuevo a la realidad después de la embriaguez del triunfo. 305

592. *Lunes santo*. Consuelo a la madre de Analía y encuentro con el soldado Vital. La higuera estéril y la parábola de los viñadores pérfidos. La autoridad de Jesús y el bautismo de Juan. 308

593. El lunes por la noche en el Getsemaní con los apóstoles. 325

594. *Martes santo*. Lecciones sacadas de la higuera agostada. El tributo de César y la resurreción de los cuerpos. 330

595. El martes por la noche en el Getsemaní con los apóstoles. 336

596. *Miércoles santo*. El mayor de los mandamientos y el óbolo de la viuda. Los discursos sobre los escribas y fariseos, sobre el Templo nuevo, sobre los últimos tiempos. 339

597. El miércoles por la noche en el Getsemaní con los apóstoles. 375

598. *Jueves Santo*. Preparativos de la Cena pascual. La manifestación del Padre y el homenaje de los Gentiles. 381

599. La llegada al Cenáculo y el adiós de Jesús a su Madre. 396

600. La última Cena pascual. 399

PASIÓN Y MUERTE DE JESÚS

601. Introducción. 430

602. Hacia el Getsemaní con once apóstoles. La agonía y el prendimiento. 433

603. Reflexiones sobre la agonía del Getsemaní y premisa acerca de los otros dolores de la Pasión. 451

MARIA VALTORTA

Quién es

Nació en Caserta el 14 de marzo de 1897; sus padres eran lombardos.

Giuseppe Valtorta, el padre, había nacido en Mantua en 1862; prestaba servicio en un regimiento de caballería ligera; era suboficial y estaba al frente de la sección destinada a la custodia y manutención de las armas. Era una persona buena y sumisa y fue el afectuoso educador de la única hija.

Iside Fioravanti, la madre, nacida en Cremona en 1861, había sido docente de francés. Su egoismo y su mal genio le llevaron a oprimir al marido y a la hija con una severidad irracional y, a veces, hasta cruel.

Al nacer, Maria corrió el riesgo de morir; luego la confiaron a una nodriza de ligeras costumbres; como su familia tuvo que trasladarse a Faenza para seguir los desplazamientos del regimiento la pequeña, que tenía apenas dieciocho meses, pasó al clima templado de las regiones del norte después de haber conocido el calor abrasador de las del sud. Precisamente al clima meridional y a la leche de su nodriza se atribuye la pasionalidad de su carácter.

Los sucesivos traslados a Milán y a Voghera señalaron las etapas de su desarrollo y de su formación cultural y religiosa, en la cual dio pruebas de temperamento, de indudable capacidad y de profunda sensibilidad espiritual. Culminó sus estudios en el prestigioso Colegio Bianconi de Monza, que fue para ella como un nido de paz por cuatro años, al término de los cuales comprendió cómo continuaría su vida interior según los designios de Dios.

En 1913 su padre se vio obligado a jubilarse por motivos de salud y la familia se estableció en Florencia; allí permanecería por once años y medio. Maria se encontraba bien en esa ciudad, que se adaptaba a su sensibilidad cultural y que le ofreció la posibilidad de poner en práctica su amor hacia el

prójimo durante la primera guerra mundial, en calidad de "enfermera samaritana" del hospital militar. Pero en Florencia también tuvo que soportar durísimas pruebas, debido a aquella madre terrible y al gesto de un sedicioso: la madre quebró por dos veces su legítimo sueño de amor; el sedicioso le asestó un día, en la calle, un terrible golpe en los riñones que propició su invalidez.

Por ese entonces, Maria tuvo la ocasión -¡verdaderamente providencial!- de transcurrir dos años en Reggio Calabria; de 1920 a 1922 estuvo hospedada en casa de unos parientes, dueños de dos hoteles de la ciudad. El afecto que le tributaron, unido a las bellezas naturales de ese lugar, la ayudaron a templar nuevamente su físico y su alma. Durante esas vacaciones, sintió nuevos impulsos hacia una vida radicada en Cristo, pero con el regreso a Florencia, donde habría de transcurrir aún otros dos años, volvió a sumirse en sus amargos recuerdos.

En 1924 sus padres adquirieron una casa en Viareggio y fueron a establecerse allí. Inició para Maria una incontenible elevación espiritual, que se traducía en propósitos firmes y culminaba en heroicas ofrendas de sí por amor de Dios y de la humanidad. Al mismo tiempo estaba ocupada con empeño en la parroquia como delegada cultural para las jóvenes de la Acción Católica y daba conferencias a las que, poco a poco, comenzaron a asistir también personas que no eran practicantes.

Pero por su precaria salud, le era cada vez más difícil moverse. El 4 de enero de 1933 salió de casa por última vez y lo hizo con tremenda dificultad; desde el 1 de abril de 1934 ya no se levantó del lecho.

El 24 de mayo de 1935 se asumió a Marta Diciotti, una joven huérfana sin familia alguna, para que la asistiera. Marta habría de convertirse en su asistente y confidente por el resto de la vida. Sólo un mes más tarde, el 30 de junio, murió el padre, a quien Maria quería tanto que estuvo a punto de morir por el dolor. La madre, a quien siempre amó por deber natural y por sentimiento sobrenatural, murió el 4 de octubre de 1943, sin haber dejado nunca de maltratar a la hija.

Qué hizo

Precisamente a principios de 1943, cuando hacía ya nueve años que Maria estaba paralizada y pensaba que había consumado todos los sacrificios posibles y que el final de su vida estaba cerca, el Padre Migliorini, un sacerdote perteneciente a la orden de los Siervos de María que desde hacía algunos meses era su director espiritual, le pidió que escribiera sus memorias. Tras un momento de vacilación, consintió y con naturalidad, sentada en el lecho, en menos de dos meses llenó siete cuadernos escritos de su propio puño; dio así no sólo prueba de un gran talento de escritora sino de saber revelar su alma, confesándose sin secretos.

Había confiado a las 760 páginas manuscritas que entregó al confesor todo su pasado pero cuando, precisamente por eso, se sentía liberada de él y preparada con mayor confianza para la muerte, una voz que su espíritu ya conocía le dictó una página rebosante de sabiduría divina, que determinó un cambio inesperado. Acaeció de viernes santo, el 23 de abril de 1943.

Maria, desde su habitación, llamó a la fiel Marta y, mostrándole la hoja que tenía en sus manos, le hizo entender que había ocurrido algo extraordinario y le dijo que llamara al Padre Migliorini, que no tardó mucho en llegar. El coloquio fue secreto y nunca se conoció exactamente lo que se dijeron, pero se sabe que el religioso le confirmó el origen sobrenatural del "dictado" y la impulsó a escribir cuanto aún fuera "recibiendo". Y por eso siguió procurándole cuadernos.

Escribió casi diariamente hasta 1947 y con intervalos en los años siguientes, hasta 1951. Los cuadernos llegaron a ser 122 (además de los 7 que componían la *Autobiografía*); las páginas manuscritas, alrededor de quince mil.

Escribía sentada en su lecho, con la estilográfica, apoyando el cuaderno sobre una carpeta que había confeccionado con sus propias manos y que sostenía sobre las rodillas. No preparaba un esquema, ni siquiera sabía lo que iba a escribir día a día, no volvía a leer para corregir. No tenía necesidad de concentrarse ni de consultar libros, excepto la Biblia y el Ca-

tecismo de Pio X. Y si la interrumpían, a veces por motivos fútiles, volvía a escribir sin perder el hilo. No la detenían las crisis de su sufrimiento crónico ni la aguda necesidad de reposo, pues hasta llegaba a tener que escribir de noche. Estaba concentrada con todo su ser en la narración que fluía de su pluma de auténtica escritora, pero si se trataba de temas teológicos podía suceder que no comprendiera el íntimo significado de los mismos. A menudo llamaba a Marta, la obligaba a abandonar sus quehaceres domésticos, y le leía lo que había escrito.

No suspendió su tarea ni siquiera cuando se vio obligada a refugiarse en San Andrés de Cómpito (arrabal del ayuntamiento de Capannori, en la provincia de Lucca), dado que la segunda guerra mundial se iba haciendo cada vez más violenta. Allí trasladó el moblaje de su cuarto de inválida y, desde abril hasta diciembre de 1944, vivió sus nuevos sufrimientos.

Sobre todo en Viareggio, la ocupación de escritora que absorbía todo su tiempo no la alejó del mundo, pues seguía el desarrollo de los acontecimientos a través de la radio y los periódicos. Tampoco dejaba de cumplir con sus deberes cívicos, hasta el punto de que, en ocasión de las elecciones políticas de 1948, se hizo llevar en ambulancia a la mesa electoral. Recibía solamente a personas amigas y, sucesivamente, también a algunos personajes importantes, pero no descuidaba la correspondencia, de especial modo la que mantenía muy asiduamente con una monja carmelita de clausura, a quien consideraba como madre espiritual.

Rezaba pero también sufría, aunque procuraba no demostrarlo. Por lo general sus oraciones eran secretas y sus éxtasis, que están documentados en sus escritos personales, no tuvieron testigos. Su aspecto sano no dejaba traslucir los duros y continuos sufrimientos, que acogía con gozo espiritual por su afán de redimir por medio de ellos. Pidió que se le concediera la gracia de no llevar impresas en su cuerpo las señas evidentes de su participación conjunta en la pasión de Cristo. Y le fue concedida.

Se la veía como a una persona normal a pesar de su invalidez. Se ocupaba en labores femeninas o en los quehaceres do-

mésticos que podían realizarse aun estando en cama, como bordar, mondar verduras, limpiar la jaula de los pajarillos. Hasta lograba ocuparse por sí misma de su aseo personal: era suficiente que le alcanzaran lo necesario. A veces cantaba, y lo hacía con una hermosa voz.

Sus obras

Su obra principal es la que se intitula: *El Evangelio como me ha sido revelado*, publicada en diez volúmenes.

Narra el nacimiento y la infancia de la Virgen María y de Jesús, su hijo (esta parte fue escrita principalmente durante el periodo en que estuvo refugiada). Narra además los tres años de la vida pública de Jesús (es la parte más extensa de la obra), su pasión, muerte, resurrección y ascensión, los albores de la Iglesia y la asunción de María.

Con indudable validez literaria, la obra describe paisajes, ambientes, personas y acontecimientos con el brío de una representación; delinea caracteres y situaciones con habilidad introspectiva; expone hechos gozosos y dramáticos con el sentimiento de quien toma parte realmente en ellos; da informaciones acerca de características ambientales y culturales, costumbres y ritos, con detalles irreprensibles. A través del fascinante relato de la vida terrena del Redentor, pródiga de discursos y de diálogos, ilustra toda la doctrina del cristianismo según el dogma católico.

El Padre Gabriele M. Allegra, misionario franciscano y estudioso de la Biblia, que ha sido proclamado "venerable" en nuestro tiempo, escribió en 1968 a propósito de esta obra: "Esta obra maestra de la literatura religiosa italiana, o quizás sea más justo decir, de la literatura cristiana mundial, está expresada a través de dones naturales unidos en armónica conjunción a dones místicos".

Maria Valtorta escribió esta obra de 1944 a 1947. Algunos de los últimos episodios fueron escritos en 1951.

No siempre seguía un orden cronológico. A veces, debido a factores espirituales ligados a un determinado momento, te-

nía que escribir uno o más episodios fuera de la trama del relato y luego el mismo Jesús le indicaba dónde debía colocarlos. A pesar de la ocasional discontinuidad en la redacción y, sobre todo, a pesar de la falta de esquemas preparatorios -mentales o escritos- la obra presenta desde el principio hasta el final una estructura perfectamente orgánica.

Por añadidura, Maria Valtorta alternaba este trabajo con la redacción de páginas referidas a varios temas, que comenzó a escribir en 1943 (cuando acababa de poner fin a la *Autobiografía*) y que siguió escribiendo en los años sucesivos hasta 1950. Estas páginas han dado origen a las obras menores, que se publicaron en cinco volúmenes: tres de ellos corresponden a la miscelánea titulada *Los Cuadernos* (correspondientes a los años 1943, 1944 y 1945-1950, respectivamente), que es una colección de escritos referidos a temas ascéticos, bíblicos, doctrinales, autobiográficos, así como de descripciones de escenas evangélicas y del martirio de los primeros cristianos. Los otros dos volúmenes son: el *Libro de Azaria* -que contiene comentarios de los textos del misal festivo, excepto los del Evangelio- y las *Lecciones sobre la Epístola de Pablo a los Romanos*.

Epílogo

Maria Valtorta estaba a punto de terminar *El Evangelio como me ha sido revelado* que, como se ha dicho, es su obra principal en diez volúmenes, cuando se apoderó de ella la nostalgia de su Señor, pues pensaba que no Le vería más. Pero el Señor fue a ella para consolarla con una promesa: "Vendré siempre. Y lo haré para ti sola. Y será algo aún más dulce porque seré solamente para ti... te elevaré aún más a lo alto, a las puras esferas de la pura contemplación... De ahora en adelante, vivirás tan sólo en la contemplación... haré que, en mi amor, te olvides del mundo". Era el 14 de marzo de 1947, el día en que cumplió cincuenta años.

Ya algunos años antes (precisamente el 12 de septiembre de 1944), Jesús le había predicho una muerte estática: "¡Cuán feliz serás cuando comprendas que te encuentras ya en mi

mundo para siempre y que has llegado, desde el mísero mundo, sin darte cuenta siquiera, pasando de una visión a la realidad, como un niño pequeño que sueña con su mamá y que, al despertar, siente que ella le estrecha contra su corazón! Así haré contigo".

Y así fue: cuando en el verano de 1956 llegó de la editorial, después de años de espera, un grueso volumen (era el primero de los cuatro nutridos volúmenes de la primera y atormentada edición de su obra, titulada *El poema de Jesús*, y no llevaba el nombre de la autora porque ésta no quería que se la conociera en vida), Maria Valtorta lo observó con indiferencia y lo depositó sobre su lecho como si no tuviera nada que ver con él. Fue la primera señal de un desapego que fue acentuándose con el tiempo hasta convertirse en incomunicabilidad, en una dulce apatía, en un total abandono, pero que no logró atenuar en su rostro el brillo de la mirada ni alterar la serenidad de la expresión.

En los últimos años ya no hacía nada: comía sólo si alguien la embocaba; hablaba sólo para repetir las últimas palabras de la frase que le habían dirigido. Su única expresión personal era: "¡Cuánto sol hay aquí!"; lo decía cada tanto, y nada más. (Téngase en cuenta que, según uno de los médicos que la asistieron, tendría que haber proferido gritos de dolor a causa de su mal). En algunas ocasiones especiales, muy pocas, pareció como si volviera en sí y dio respuestas lúcidas, justas, proféticas, pero se trató de un solo instante; luego volvió otra vez a olvidarse del mundo.

Dejó de existir en la radiante mañana del jueves 12 de octubre de 1961, casi como si obedeciera a la palabra del sacerdote que le recitaba la oración para los agonizantes: "Parte de este mundo, ¡oh, alma cristiana!". Tenía 64 años y llevaba 27 y medio inmovilizada en el lecho.

Doce años más tarde, el 2 de julio de 1973, los despojos de Maria Valtorta fueron trasladados a Florencia desde el Camposanto de la Misericordia de Viareggio y fueron sepultados en una capilla del Claustro grande de la Basílica de la Santísima Anunciación.